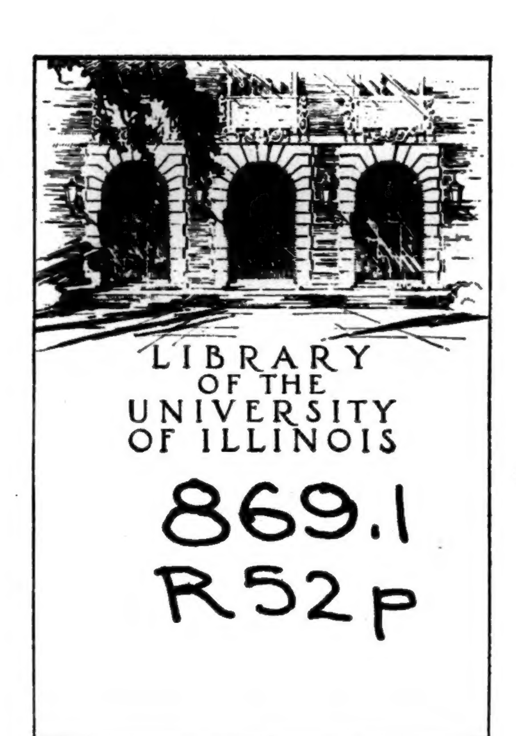


Vert.

LOS

PIRATAS DEL GOLFO.

NOVELA HISTÓRICA

POR EL GENERAL

Vicente Riva Palacio.

EDITOR, MANUEL C. DE VILLEGAS.

MÉXICO.

IMPRENTA DE LA "CONSTITUCION SOCIAL,"

4ª *calle de la Providencia número* 6.

1869.

PRIMERA PARTE.

JUAN MORGAN.

I.

Brazo-de-acero.

CASI en el corazon de la rica y dilatada isla *Española*, florecia á mediados del siglo XVII la pintoresca aldea de San Juan de Goave, célebre entonces por la clase de habitantes que contenia.

La aldea de San Juan tenia el aspecto mas encantador, rodeada de jardines, de florestas y de prados, en los que se apacentaban á millares las vacas y los toros salvajes.

Sus habitantes eran en lo general ó cazadores ó desolladores de bestias, que comerciaban solo con los cueros y el sebo de los animales, y presentaban la mas confusa mezcla de negros, y blancos, y mulatos, y mestizos, y españoles, y franceses, ingleses, é indios; pero todos llevando la misma

vida, todos tratándose con la igualdad de los hijos de una misma raza, todos trabajando con afan por hacerse de algunos puñados de dinero, que venian á perder entre la multitud de mujeres prostituidas que allí habia, ó sobre la carpeta de una mesa de juego, ó entre los vapores del aguardiente.

La vida de aquellos colonos era una extraña mezcla de asiduidad en el trabajo y prodigalidad en los vicios, de religiosa honradez en sus contratos y de relajacion de costumbres en su vida, de franqueza y fraternidad con los desgraciados, y avidez y codicia en el juego.

Los vicios y las virtudes llevados á la exaltacion.

Los vicios y las virtudes viviendo en los mismos pechos, realizado el ensueño de la edad de oro en que las ovejas y los lobos dormian bajo la misma sombra, el milano y la paloma descansaban en la misma rama, el tigre y el toro bebian en el mismo arroyo.

Todo aquello era sin duda inexplicable para la civilizacion del siglo XIX, en que apenas el ciudadano pacífico duerme tranquilo, cuando está bajo el mismo techo que el gendarme.

En una especie de taberna que tenia por muestra un cuadro detestable, representando un toro pintado con humo y un letrero que decia: *Al Toro Negro*, al derredor de una mesa de madera blanca, y sobre la cual se ostentaba un tarro con aguardiente y tres vasos, conversaban negligentemente tres hombres, con los codos apoyados sobre la mesa, las gorras puestas, y fumando todos tres grandes pipas de madera toscamente labradas.

Aquellos tres hombres tenian el pelo y la barba sumamente crecidos y espesos.

Los tres parecian jóvenes, solo que dos eran rubios, te-

nian el aspecto de ingleses, con sus ojos claros y azules, y el otro con el pelo, la barba y los ojos negros, y su color trigueño, parecia pertenecer á alguna de las razas meridionales.

Sus trages eran muy semejantes entre sí, pero casi seria imposible describirlos: calzones de cuero ajustados á la pierna, polainas de cuero tambien, fuertemente ceñidas, y una especie de gaban tambien de cuero.

En la cintura una especie de talabarte, de donde pendia un largo y ancho cuchillo, y una gorra tambien de cuero.

Este era el extraño atavío de aquellos personajes, que parecian tener una gran pereza, y que hablaban en medio de una espesa nube de humo de tabaco.

—Brazo-de-acero tiene razon—dijo uno de los ingleses—esta vida es triste y se gana poco.

—Poco—agregó el otro inglés—sobre todo si se atiende á que tenemos que tratar con esos diablos de *gachupines*, como él les llama, y que vienen á comerciar aquí desde el pueblo de *Aso*.

—Yo me muero de fastidio—contestó lanzando una bocanada de humo el que habia sido llamado Brazo-de-acero, que era el de la barba negra—casi, casi, extraño mi tierra.

—¿Es por ventura tu tierra mas bella que este país?—dijo un inglés.

—Sin duda, Ricardo—contestó Brazo-de-acero suspirando;—México es una de las mejores tierras de la tierra.

—¿Entonces por qué la dejaste?—preguntó el otro inglés.

—¡Ay! es una historia.

—¿Por pobreza?

—Soy allá tan rico como un príncipe.

Los dos ingleses se miraron entre sí con aire de duda.

—¿Entonces por amores?

—Ya os lo diré mas tarde.

—¿Hicísteis muerte de hombre español?

—Ya os lo contaré; entretanto, aquí me fastidio.

—Oh! eso dices tú que tienes amor con la duquesa de Pisaflores.

—Dejad de hablar de esa pobre niña, que mil mujeres hay de quienes ocuparse en San Juan.

—Pero no tan bellas.

—Ni tan interesantes; cien cazadores se mueren de envidia al verte salir con ella camino á las *Palmas Hermanas*, como que allí os pasareis ratos deliciosos: ese bosquillo es un paraíso.

—Nada pasa allí de lo que vosotros podeis pensar; quiero á Julia como si fuera mi hermana, y nada mas: conque vámonos ya.

—No, no, acabemos esta conversacion; ¿nada tienes tú, Antonio, con esa niña?—preguntó con seriedad Ricardo.

—No—contestó Brazo-de-acero;—su padre era, como sabes, un francés amigo mio, que murió de la peste, y Julia y su madre encuentran en mí un protector, y no mas: ¿pero por qué me preguntas eso?

—Lo pregunto—dijo flemáticamente Ricardo—porque si tienes amores con ella, será prudente advertirte que hay un rival que va navegando en tus aguas......

—¿Y quién se atreveria?—preguntó Brazo-de-acero con los ojos brillantes y encendido el rostro por la ira.

—Algo tienes con ella: en fin, nada me importa; pero somos amigos, y te lo advierto, el otro se está á la capa, pero tiene buena arboladura, y si logra una racha, te pasa por ojo.

—¿Pero quién es?

—Cuídate, y además está seguro de que yo te cuidaré tambien; somos amigos, y ya sabes cómo......

Los dos jóvenes se apretaron las manos con efusion, pero Brazo-de-acero quedó desde aquel momento sombrío y preocupado: por el contrario, los claros ojos del inglés veian con todo el brillo que suele comunicarles un corazon tranquilo.

El otro cazador seguia fumando tan indiferente como si nada hubiese oido.

—Estás preocupado—dijo Ricardo despues de un largo rato de silencio;—salgamos á ver si se hace en la tarde algun negocio, y si no, creo que será prudente irnos esta noche, aprovechando la luna, á nuestros montes queridos, en donde tienes menos que sentir que aquí.

—Tienes razon—contestó Brazo-de-acero—salgamos, que este aire me entristece.—Y sacudiendo su negra cabellera, como para disipar un pensamiento importuno, se levantó, y los tres salieron de la taberna.

Las calles de la aldea de San Juan de Goave estaban llenas de gente; habian llegado aquel dia nuevos comerciantes del pueblo de Aso, que era grande, y venian como de costumbre á comprar pieles, ó á cambiarlas por objetos de mercería y lencería, con los cazadores y desolladores de San Juan.

La tarde estaba tibia y serena, soplaba una brisa agradable, y las mujeres salian á ver las curiosidades que en la plaza exponian al público los buhoneros y comerciantes recien venidos.

Los tres cazadores entraron entre la muchedumbre y se dirigieron á una especie de tienda, en la que habia una gran cantidad de cueros de toro á la vista.

Los dos ingleses penetraron y comenzaron á hablar con el que parecia dueño de la casa, y Brazo-de-acero quedó en la puerta.

A este tiempo, muy cerca de allí, pasaban dos mujeres. La que iba por delante era ya como de cuarenta años, y la que le seguia era una jóven de diez y seis, blanca y rubia, con los ojos de un verde tan oscuro, que pudieran haberse tomado por negros; delgada, esbelta y graciosa.

Las dos mujeres vestian casi iguales, trages azules y delantal y sombrerito blanco; parecian ser pobres, y á primera vista hubiera podido asegurarse que pertenecian á la colonia francesa de la isla Española.

La jóven descubrió á Brazo-de-acero y se puso encendida, y procurando que la mujer que iba por delante no la observase, se acercó al cazador.

—Antonio—dijo la jóven—¿estás enojado?

—No, Julia—contestó el cazador, procurando dar á su semblante un aire amable.

—Sí, Antonio, tú tienes algo, dímelo.

—Necesito hablarte.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

—Está bien; ¿adónde?

—En las *Palmas Hermanas*.

—Iré, Antonio, iré, pero no estés enojado; adios.

—Hasta la noche.

Y la jóven corrió á reunirse con la anciana, que distraida, no habia observado nada.

En cambio, habia un observador que no habia perdido ni una sola palabra de aquel diálogo.

Era un hombre de corta estatura, pero sumamente ancho de las espaldas, con el pecho levantado, la cabeza casi hundida entre los hombros, el pelo, las cejas y la barba negras y pobladas, los ojos pardos, pequeños, encapotados, pero brillantes como dos brasas.

Las manos pequeñas y gruesas de aquel hombre estaban cubiertas de vello como las de un mono.

No vestia el trage de cuero de los cazadores; pertenecia á los desolladores de reses, y parecia ser rico, porque sobre su trage de vellorí se ostentaban algunos botones de oro y una gruesa cadena del mismo metal, y en su ancho sombrero brillaba un joyel de piedras preciosas.

Era este un rico desollador y comerciante, español, llamado Pedro de Borica, y conocido en la aldea por el sobrenombre del *Oso–rico*.

II.

Pedro el Desollador.

Pedro habia llegado á la Española en uno de los navíos que hacian la travesía á Nueva-España.

Sin conocimientos y sin relaciones en la isla, determinó unirse á los cazadores y desolladores que entonces ocupaban la mayor parte de aquel territorio.

Internóse en la isla y llegó á San Juan de Goave; allí comenzó á trabajar, primero al servicio de un paisano suyo, y luego, haciendo ya negocios por cuenta propia, hasta que ayudado por la fortuna, y merced tambien á su asiduidad y resistencia para el trabajo, habia llegado á ser uno de los mas ricos del lugar.

El Oso-rico, como le llamaban allí todos, nunca jugaba, porque era avaro; se referia solo que una vez se puso á echar las cartas con un amigo suyo, y perdió: al dia siguiente aquel amigo fué encontrado en una de las huertas con el corazon atravesado por una puñalada.

Todos culparon á Pedro, pero nadie le dijo nada: en aquella rara colonia nadie se metia á vengar mas injurias que las propias.

Pedro trataba á las mil mujeres de mala vida que habitaban entre los cazadores; pero ellas huian de su amistad no mas porque era brusco y avaro.

El rico desollador vivia en una gran casa en la aldea de San Juan, pero sin familia, con una multitud de criados que le ayudaban á cuidar los ganados, á matar y á encerrar, y vender los cueros.

La tarde en que comienza nuestra historia, Juan habia permanecido largo rato parado en la plaza, dirigiendo á todos lados miradas inquietas con sus ojos pequeños y chispeantes.

Cuando Julia y su madre aparecieron en el mercado, el Oso-rico comenzó á seguirlas hasta que oyó la conversacion de Julia con su amante.

Si álguien hubiera observado en aquel momento el rostro del desollador, hubiera podido notar que se ponia horriblemente pálido, y que sus dientes, pequeños y unidos entre sí como si fueran una cinta de marfil, rechinaban; pero nadie paró en esto la atencion, en medio del bullicio de los esclavos y de los comerciantes que iban y venian por todas partes.

Julia y su madre siguieron su camino, pero ya entonces Juan no las seguia, sino que apartando bruscamente á los que le impedian el paso, se dirigió á la gran taberna del Toro Negro, en donde el lector hizo conocimiento con los primeros personajes de esta historia.

La taberna estaba en aquellos momentos casi sola; comenzaba á ponerse oscuro, y todo el mundo estaba en la plaza.

El desollador se sentó en una de las mesas mas retiradas, y gritó como hubiera podido hacerlo á un toro:

—Isaac, Isaac!

Un viejo alto, delgado y pálido, con un gran gorro en la mano, se presentó inmediatamente.

—Ven acá, perro judío—dijo el desollador tomándolo de una mano y haciéndole sentar á su lado—siéntate aquí, hijo de Moisés.

—Convertido, convertido, si gustais, señor—contestó el hombre haciendo una reverencia y sin extrañar el trato que recibia—convertido, que aunque no hay aquí Inquisicion, siempre son buenas las cosas claras, como el rayo de la luz.

—Mal rayo te caiga! déjate de hipocresías y contesta. ¿Me has engañado?

—Que el Dios de mis padres me castigue si miento alguna vez.

—¿No me contaste que ese maldito cazador mexicano, Brazo-de-acero, no tenia amores con Julia?

—Que yo ignoraba semejante cosa os dije, y nunca que no existia, que entre ambas cosas va mucha diferencia.

—Perro judío, te he de desollar como á un novillo.

—Que el Dios de David me libre de semejante tribulacion; pero siempre no me hareis nada.

—¿Que no te haré nada? ¿y por qué lo crees así?

—Mucho es lo que me necesitais y mucho lo que os sirvo para que os arrojárais á semejante cosa.

—Eres un tuno; vamos á cuentas, pues sé á no dudarlo que Julia y el cazador se aman.

—Puede ser—dijo hipócritamente el judío.

—¿Puede ser? sobre que yo lo afirmo, perro miserable!—contestó con impaciencia el desollador acudiendo un puñetazo sobre la mesa, que la hizo bailar.

—Cuidado—exclamó con mucha sangre fria el judío;—cuidado, que vais á romper una mesa, y están hechas de maderas exquisitas, que os costaria mucho pagar.

El desollador lo miró con desprecio, empujó un poco la mesa, y luego continuó:

—¿Qué hacemos? Esos amores desbaratan mis planes, Julia no me querrá por marido, y ahora comprendo por qué me ha despreciado siempre, por ese cazador: ¡ah! estos malditos cazadores que nos tratan siempre con tanto desprecio, que nos llaman siempre «carniceros,» cuando ellos casi todos son ladrones; y luego que cuanta muchacha bonita hay en la aldea es para ellos, amén de las que van á traerse á Santo Domingo y Nuestra Señora de Altagracia, y á Aso, y á todas partes: como cargara con todos la peste, la isla Española seria un paraíso.

—Hum!—dijo taimadamente Isaac.

—Bien, ¿y qué hago? Aconséjame, que bastante dinero te doy para que me ayudes en mis empresas.

—Robaos á Julia.

—Buena es esa! para que si el cazador lo sabe, me ensarte en su lanza ó me encasquille una bala en la frente como si fuera un toro bravo: no, no soy tan tonto; piensa en otra cosa.

—Pero si vos teneis unas fuerzas que os hacen capaz de matar á un buey de una puñada; y luego echároslo al hombro, y luego devorarlo, como cuentan de Milan de Crotona.

—No importa; pero no quiero rencillas con los cazadores: vamos, otro plan.

—¿Cómo sabeis que Julia y Brazo-de-acero se aman?

—Porque esta misma tarde acabo de oirlos darse una cita para esta noche.

—¿Y dónde es la cita?

—Fuera de la aldea, en las *Palmas Hermanas*.

—Bueno; pues oid un plan: supongo que á ese lugar el cazador bajará del bosque adonde duerme con sus amigos los ingleses, y Julia irá desde su casa, ¿es verdad?

—Puede ser.

—Y que terminada la cita, que por fuerza tiene que terminar, él se vuelve á su cabaña y ella á su casa......

—Debe ser.

—Que ella irá sola y sola volverá.

—Ha de ser.

—Entonces esperad que vuelva, atended si viene sola; os emboscais, y al pasar la atrapais, que de seguro que no os conocerá...... y despues venís á decirme si persistís en hacerla vuestra mujer, ó preferís dejársela al cazador.

—Entiendo—contestó riéndose el desollador;—¿y si me conoce?

—Procurad ir disfrazado; de noche y con un disfraz no será fácil que adivine: además, el susto......

—¿Y cómo me disfrazaré?

—Tomad el trage de los cazadores, y poneos además un antifaz de cuero y una capa.

—Excelente: si logro salir bien, creo que se me acabará el capricho, ó ella no tendrá dificultad en ser mi mujer: si me va mal, entonces ya pensaremos otra cosa mejor.

—Está bien pensado.

—Adios, voy á prepararme. ¡Ah! si tienes por ahí un esclavo, envíale á mi casa, para mandarte el cuero de una becerrilla que tengo allá; estará bueno para tu pequeño Daniel...... no lo olvides.

Juan salió tan alegre con su plan, que casi no reparó en un hombre alto, envuelto en una capa negra, con un sombrero negro tambien, coronado por una pluma de guacama-

ya, que estaba en la puerta, y que entró á tiempo que él salia.

El recien llegado se dirigió sin ceremonia al judío, y con una voz imperativa, como el que está muy acostumbrado á mandar, le preguntó:

—¿Quién es ese hombre?

—Señor—contestó Isaac—le llaman Juan-el-Oso-rico.

—¿Es marino?

—No, señor; desollador.

—¡Bah!—contestó el recien venido con un ademan de profundo despecho—creí que fuera un marino; ¿y de quién hablaba?

—De Julia, una jóven de aquí.

—Bien; ¿y qué Julia es esa?

—Julia de Lafont.

—¿Hija de Gustavo de Lafont?

—Sí, señor.

—¿De ese valiente marino que murió aquí de la peste?

—Del mismo.

—Miserable! ya se cuidará el carnicero de tocar un cabello de esa jóven—dijo el recien venido como hablando consigo mismo, y luego continuó:

—¿Esta noche es la cita de que le hablaste?

—Sí, señor.

—¿En las *Palmas Hermanas?*

—Sí, señor, al Sur......

— No necesito explicaciones; toma.

—¿Qué me dais?

— Una onza española.

—Pero, señor, ¿por qué?

—Por tus noticias. Adios.

El judío, espantado de aquella generosidad, se deshacia

en cumplimientos y en caravanas con aquel hombre, que sin volver á mirarle siquiera, se salió de la taberna alzándose el embozo.

—¡Dios de Israel!—exclamaba el judío—¡Dios de Abraham! este debe ser un duque; ¡qué duque! un príncipe: mas, mas; quizá un monarca: ¡una onza de oro por una noticia! Y se metió á contar el lance á su mujer y á esconder su oro.

Cuando Juan el desollador salió de la taberna, comenzaba ya á oscurecer, y sin pérdida de tiempo se dirigió á su casa, cuidando antes de pasar por la de Julia, que estaba casi á la orilla de la aldea, en medio de un bosquecillo de arbustos cubiertos de flores.

El Oso-rico rodeó como un chacal que acecha su presa, por toda la barda del pequeño jardin.

Por las ventanas de la casa se observaba luz, y en un punto en que la barda estaba mas inmediata á la habitacion se puso á escuchar, porque oyó voces.

Julia hablaba en voz alta con su madre.

—Ahí está—dijo alegremente Juan;—ya nos veremos en la noche.

Y se puso en marcha para su casa, saboreando el éxito de su plan, como se saborea el tigre que olfatea de lejos la sangre.

III.

En las Palmas Hermanas.

Era ya cerca de la media noche y la aldea de San Juan estaba en el mas profundo silencio, que no interrumpia sino de cuando en cuando el canto de algun gallo, ó el mugido de alguno de los toros encerrados en los corrales de los desolladores.

La casita en que vivian Julia y su madre estaba envuelta en esa penumbra que se derrama en la tierra cuando la luna no alumbra con toda su plenitud.

Todos indudablemente estaban entregados al sueño, porque no se veia ni una luz y no se sentia el mas leve rumor en la habitacion.

Sin embargo, por la parte de afuera de las tapias del jardin podia observarse un bulto que estaba como en acecho; era un hombre, y un hombre que evidentemente se impacientaba, porque pasaba unas veces á lo largo de las paredes, y otras se detenia procurando observar por encima de las tapias lo que pasaba en el interior del jardin.

Largo rato permaneció aquel hombre en aquella monótona ocupacion, y parecia ya próximo á abandonar su empresa, cuando en una de las veces que se asomó sobre la tapia le pareció escuchar un ruido ligero que salia de una de las puertas.

Contuvo la respiracion, aplicó el oido, y procuró penetrar con su mirada entre esa confusa mezcla de luz y sombra que envolvia la casa, y á fuerza de mirar logró distinguir algo.

Una de las puertas de la habitacion que caian al jardin, se abrió poco á poco como con gran precaucion, y por allí se deslizó una persona que volvió á cerrar la puerta con el mismo cuidado.

—Ella es—dijo el hombre de la tapia, dejando escapar el aliento, que habia contenido en su pecho durante un rato. —¡Es Julia!

La mujer salió al jardin y comenzó á caminar por él con timidez; de repente se detuvo como espantada; habia sentido que álguien la seguia: volvió el rostro, y á pocos pasos de ella y mirándola amorosamente estaba parado un hermoso lebrel blanco y negro, de esos que acostumbraban tener los cazadores de la isla Española.

—Vaya, Titan—dijo la jóven volviendo en sí de su espanto—buen susto me habias dado: quédate aquí, que necesito que cuides la casa mientras vuelvo.

El inteligente animal se detuvo, y la jóven siguió andando hasta llegar á una de las tapias del jardin que estaba literalmente cubierta de enredaderas; se acercó allí, comenzó á apartar los bejucos, y luego se inclinó como para pasar.

—Vamos—dijo entre sí el hombre de la tapia—he aquí una entrada que yo no conocia; bueno es saberlo, ya nos aprovecharemos de ella.

La jóven habia salido al campo del otro lado de la tapia, y allí se detuvo á examinar con curiosidad por todos lados.

El hombre se dejó caer entre los matorrales y permaneció sin moverse, sin respirar siquiera.

La jóven pareció estar tranquila y segura de que nadie la veia, y cubriéndose con un ancho abrigo negro, se puso á caminar tan ligera y tan serena como si se deslizara sobre la tierra.

El camino que eligió pasaba cerca, muy cerca del lugar en que el hombre estaba oculto, y el trage de la jóven rozó el rostro del hombre: si el perro hubiera acompañado á su ama, indudablemente no hubiera dejado de descubrirlo; pero Julia iba muy distraida y preocupada con lo que esperaba y con lo que temia, nada advirtió, y sin vacilar un instante tomó el camino que conducia á las *Palmas Hermanas*, que era una veredita angosta que serpeaba entre los árboles y las malezas del prado.

El hombre dejó alejarse á la jóven, y luego levantándose, siguió tras ella.

En aquella especie de persecucion Julia no notaba siquiera que álguien venia tras ella, y se deslizaba entre un bosquecillo de *yupinas* y de *cazemitus*, que se iba haciendo cada vez mas espeso.

El hombre la perdia de vista algunas veces, porque la escasa claridad de la luna penetraba apenas entre el follaje, y entonces se detenia hasta que un rayo de luz que se deslizaba por donde era menos espesa la bóveda de verdura, le hacia volver á distinguir la sombra de Julia que seguia caminando.

La jóven llegó así hasta una gran plazoleta despojada de árboles y que comenzó á atravesar sin detenerse, siguiendo el sendero trazado entre las yerbas, y que se distinguia

como una inmensa culebra que iba á esconderse en un bosquecillo que servia de fondo á la plazoleta, y sobre el cual se levantaban erguidos y ondulantes los penachos de dos gigantes palmeras.

—Hé aquí las *Palmas Hermanas*—dijo el hombre;—me parece prudente quedarme aquí esperando la vuelta de esa ternerilla blanca: aquí la veré cuando salga del bosque; veré si viene sola y podré tomar mis providencias. Pongámonos en acecho buscando una postura cómoda...... porque me parece que es cosa de esperar un rato largo......

Y se sentó en un tronco, procurando quedar oculto enteramente.

Julia entretanto se habia internado al bosque, y comenzaba ya á buscar al cazador dando ligeros gritos.

De repente oyó un ruido como si se agitase violentamente la maleza, y dos enormes lebreles semejantes al que habia quedado en su casa, llegaron á sus plantas arrastrándose, moviendo alegremente la cola y dando esos pequeños aullidos con que los perros demuestran el exceso de su alegría.

—Buenas noches, Tizoc, buenas noches, Maztla—decia la jóven acariciando alegremente las enormes cabezas de los lebreles con sus manitas blancas y pequeñas;—¿dónde está vuestro amo?

La maleza se agitó de nuevo y apareció entonces Brazo-de-acero con el mismo trage que llevaba en la mañana, teniendo en su mano derecha un mosquete.

—¡Antonio!—exclamó la jóven tendiéndole los brazos.

—Julia mia—dijo el cazador estrechándola entre los suyos y estampando en su frente un beso que no escucharon ni las auras del bosque.—Julia mia, pobrecita, ¿has tenido miedo para llegar hasta aquí?

—No, Antonio; ¿cuándo tengo yo miedo tratándose de verte?

El cazador la miró con ternura y volvió á estrecharla entre sus brazos.

—¿Y aquí conmigo no tienes miedo á nada, alma mia?

—¿Y á qué podia yo temer estando contigo, Antonio? ¿no eres tú mi amante, mi padre, mi hermano? ¿adónde mas segura que á tu lado?

—¡Inocente!

—Sí, Antonio; tú eres todo para mí: ven, siéntate aquí, en este tronco, y óyeme; ahora que me acuerdas eso, te contaré.

Julia se sentó al lado del cazador y comenzó á hablarle jugando infantilmente con los negros y rizados cabellos del mancebo.

Aquel era un grupo artístico; la luna resbalaba sobre la tostada frente de Brazo-de-acero, hiriendo sus ojos brillantes é iluminando el semblante encendido de la doncella, que le miraba arrobada y que estaba como suspendida en sus brazos.

—Oyeme, Antonio, pero no te rias de mí: desde que yo era niña me enseñaba mi madre á rezar todas las noches al ángel de mi guarda, y yo lo queria mucho: ¡qué bonitos serán los ángeles! Me decia mi buena madre que el ángel era muy bello, muy fuerte, que me defenderia del demonio y de mis enemigos, que combatia contra los que me querian hacer mal, y que los vencia; entonces era yo niña y ya me figuraba yo cómo debia ser aquel ángel, tan fuerte, tan gallardo, tan valiente, y tenia yo confianza en él, y nunca sentia el miedo; pero ¿lo creerás, Antonio? desde que te conocí, desde que me dijiste que me querias, me parece que siempre me representaba yo al ángel de mi guarda como

eres tú, tan bello, tan valiente, tan bueno, siempre cuidándome y siempre pensando en mí, ¿es verdad?

—¡Julia! exclamó el cazador, que la escuchaba con la sonrisa de la felicidad en los labios, y contemplando aquella inocencia casi con adoracion.—Julia, ¡qué buena y qué inocente eres!

—¡Ah!—exclamó de repente la jóven—¿y qué me querias decir?

—Nada—contestó el cazador, avergonzado de haber desconfiado un solo momento de aquel ángel—nada, nó mas decirte que te amo cada dia mas.

—No, no era eso, no; tú estabas triste; crees que no te conozco! Y bien, ¿qué tenias? Dime, dime, ó yo me voy á poner triste tambien.

—Oyeme, Julia; ¿tú nunca tienes celos?

—Celos! ¿y qué son celos? yo oigo hablar de eso y no lo entiendo.

—Es decir, temor de perderme, de que ame yo á otra mujer, de que otra me ame.

—¡Ay! sí, temor de perderte, sí; y me entristezco mucho, mucho, porque allá en el pueblo nos cuentan que hay toros muy bravos en los montes, que se arrojan sobre los cazadores y suelen matarlos: cuando pienso en esto, tengo miedo por tí y rezo mucho á la Vírgen. Que tú quieras á otra y que te quieran á tí! ¡si vieras qué gusto me da que las muchachas digan de tí cuando pasas: ¡qué hermoso es el mexicano! ¡qué valiente Brazo-de-acero! me pongo loca de gusto, y digo dentro de mí: «para eso que es mio y muy mio, y me quiere como á las niñas de sus ojos:» ¿es cierto?

—Verdad, verdad, Julia; ¿y otros hombres no te dicen amores?

—Sí, sí, muchos; me mandan flores y cartas y se me

quedan mirando, y me suspiran: ¡pobres! y yo digo, ¿en qué pueden compararse estos con mi Antonio? pero me da gusto que me llamen bella y hermosa, y todo eso porque yo lo creo y estoy contenta, porque entonces creo tambien que si á ellos les agrado, te agradaré á tí, que es mi único deseo.

—Eres adorable, adorable; ¿y me quieres mucho?

—Mucho, mucho, y me da placer repetírtelo, y repetir á mis solas, cuando estoy regando mis flores ó en los quehaceres de mi casa, allá dentro de mí, como si estuvieras presente y me oyeras, decir cada momento: «Antonio, te quiero mucho; quiéreme mucho; yo no puedo vivir sin tí: ¿cuándo viviremos juntos?» Y todo esto me da mucho consuelo repetirlo, y cuando nada tengo que hacer voy á sentarme en el jardin y estoy mirando esas montañas por donde me figuro que andas. ¡Ah! ¿te acuerdas el otro dia que estuviste en casa en el jardin? ¿que el suelo estaba mojado? sí, ¿es verdad? La huella de uno de tus piés se quedó señalada en la tierra, y yo estaba cuidando aquella señal para que no se borrase: duró muchos dias, hasta que el viento la fué haciendo desaparecer y me entristecí: ¡qué piés tan chiquitos tienes! parecen de mujer......

La jóven contemplaba al cazador y sonreia de felicidad.

De repente los perros levantaron sus hermosas cabezas y dieron muestras de inquietud. Julia lo notó.

—¡Ay, Antonio!—exclamó—quién sabe lo que pasa; tus perros están inquietos.

—Nada temas, alma mia; habrán olfateado algun toro: si hubiera un peligro, ya los verias; estos animales conocen mas que un hombre cuando hay necesidad de estar alerta.

Los perros parecieron comprender aquella alabanza y se llegaron al grupo de los jóvenes moviendo las colas y apo-

yando las cabezas en los regazos de Julia y de Brazo-de-acero.

—¡Pobrecitos!—dijo la jóven acariciándolos—¡cuánto los quiero! porque siempre te acompañan, porque te cuidan como me cuida á mí el Titan que tú me regalaste.

—Vale ese perro mas que un esclavo......

—Ya me voy—dijo de repente Julia.

—¡Tan pronto!

—Sí; no vaya á despertarse mi madre.......

—¡Pobre de la señora Magdalena! siento tener que engañarla.

—Es verdad, pero ella tiene la culpa; te quiere como á su hijo, y sin embargo, está encaprichada en que no me he de casar sino con un paisano mio, con un francés, y yo te quiero á tí que eres indiano.

—Con el tiempo llegará á convencerse.

—Dios quiera, pero me parece imposible: adios......

—Adios, mi Julia, adios; te acompañaré.

—No, no, vete; está eso tan tranquilo: y es tan cerca y conozco tanto ese camino, que no vale la pena: adios, adios.

Julia abrazó al cazador y se enderezó sobre la punta de sus piecesitos para alcanzarle la boca; dió y recibió un beso, se envolvió en su manto, y ligera como una gacela, desapareció entre un grupo de guayacanes.

El cazador se quedó un momento escuchando el ruido que hacian los vestidos de Julia entre la hojarasca, y luego cuando todo quedó ya en silencio, lanzó un suspiro, se terció en el hombro su mosquete, y se perdió en el bosque por el opuesto rumbo al que habia tomado la jóven.

Julia atravesó el bosquecillo y llegó á la gran plazoleta, la cruzó distraida, y se internó en la arboleda que habia en el lado opuesto.

Pero habia apenas penetrado unos cuantos pasos, cuando sintió un gran ruido; volvió el rostro, y de la espesura se desprendió un hombre que la tomó violentamente entre sus brazos.

Julia gritó, pero el terror la habia enmudecido, y su grito produjo apenas el ruido que causa una rama al caer; quiso resistirse, pero aquel hombre la sujetaba como pudiera haberlo hecho con un niño, y la jóven se estremeció de horror, porque lo primero que aquel hombre hizo, fué imprimir un beso en su boca.

Julia huyó el rostro; pero el hombre besó entonces su cuello, y la seguia conduciendo á un lado del camino, y la seguia besando. ¡Cómo se arrepentia entonces Julia de no haber admitido la compañía del cazador, de no haber llevado siquiera al Titan! él la hubiera defendido, y en aquel momento se encontraba sin amparo.

Toda lucha fué inútil, y así llegaron hasta un lugar apartado.

—Aquí, gacela—dijo el hombre;—aquí, ven á decirme si me quieres; aquí vas á ser mia por tu voluntad ó por la fuerza.

—¡Infame!—exclamó Julia;—no, no y mil veces no.

—¿Y quién te protegerá?—continuó el hombre oprimiéndola entre sus brazos y procurando acariciarla al mismo tiempo.

—¡Dios!—dijo con suprema angustia la jóven.

—¡Dios!—repitió una voz grave y serena entre la maleza.

—El raptor alzó el rostro con espanto, y Julia lanzó un grito de placer.

La maleza crugió bajo los piés de un individuo, y un hombre alto, embozado en una capa negra, se presentó en el lugar de la escena.

El raptor, que no era otro que el Oso-rico, tuvo un relámpago de audacia, y tomando á Julia de la mano izquierda, la cubrió con su cuerpo, desnudando al mismo tiempo un enorme cuchillo con la derecha.

La luz de la luna hizo brillar el acero; pero el recien venido impasible siguió avanzando, y el desollador retrocedió un paso arrastrando á Julia, que contemplaba aquello sin comprenderlo.

—Deja á esa niña—dijo el desconocido con un aire resuelto de mando.

El Oso-rico quiso luchar aún, y haciendo un esfuerzo de valor, contestó:

—¿Y quién sois vos para darme una órden, ni meteros en lo que no os toca? Idos, y dejadme en paz si en algo estimais vuestra vida.

—¡Ah! no os vayais, señor—exclamó Julia—protegedme.

—Calla—dijo el desollador oprimiendo la mano de la jóven.

—¡Ay!—exclamó Julia sintiendo el dolor de su brazo.

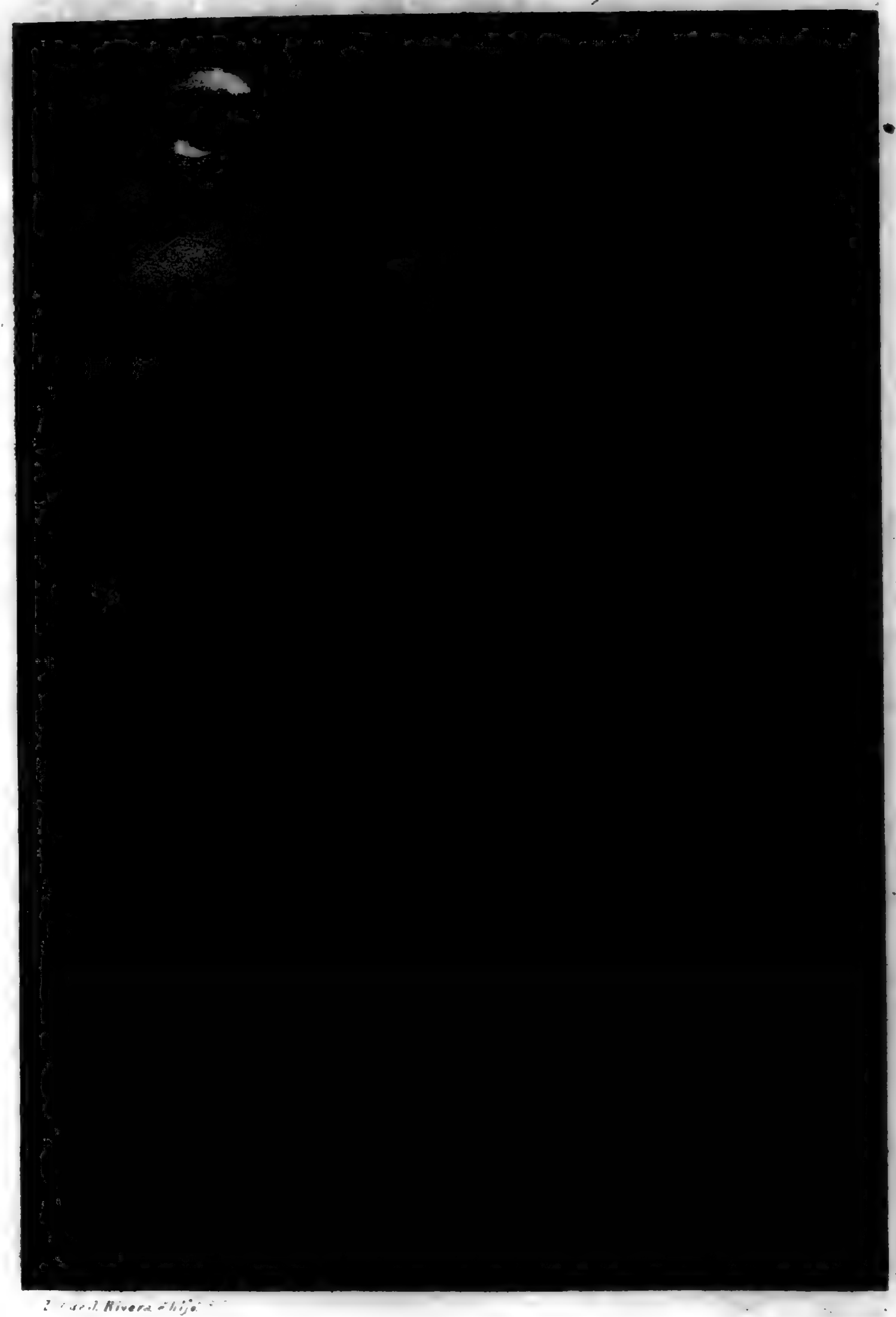
El desconocido no esperó mas, y de un salto, como el de un tigre, cayó sobre el desollador, le arrancó el cuchillo de la mano y le hizo rodar entre la yerba, pero todo esto con la rapidez de un pensamiento.

El Oso-rico se levantó casi en el mismo instante, y sin volver siquiera el rostro, echó á huir por el bosque, exclamando:

—¡Jesus me ampare! es el demonio! el demonio!......

—Niña—dijo el desconocido dirigiéndose á Julia, que habia quedado desmayada;—niña, ven; te llevaré á tu casa.

Sin saber por qué, la jóven tuvo confianza en aquel hom-



Lit. de J. Rivera é hijo.

Deja á esa niña — dijo el desconocido con un aire resuelto de mando.
Pag. 28.

El raptor, que no era otro que el Oso-rico, tuvo un relámpago de audacia, y tomando á Julia de la mano izquierda, la cubrió con su cuerpo, desnudando al mismo tiempo un enorme cuchillo con la derecha.

La luz de la luna hizo brillar el acero; pero el recien venido impasible siguió avanzando, y el desollador retrocedió un paso arrastrando á Julia, que contemplaba aquello sin comprenderlo.

—Deja á esa niña—dijo el desconocido con un aire resuelto de mando.

El Oso-rico quiso luchar aún, y haciendo un esfuerzo de valor, contestó:

—¿Y quién sois vos para darme una órden, ni meteros en lo que no os toca? Idos, y dejadme en paz si en algo estimais vuestra vida.

—¡Ah! no os vayais, señor—exclamó Julia—protegedme.

—Calla—dijo el desollador oprimiendo la mano de la jóven.

—¡Ay!—exclamó Julia sintiendo el dolor de su brazo.

El desconocido no esperó mas, y de un salto, como el de un tigre, cayó sobre el desollador, le arrancó el cuchillo de la mano y le hizo rodar entre la yerba, pero todo esto con la rapidez de un pensamiento.

El Oso-rico se levantó casi en el mismo instante, y sin volver siquiera el rostro, echó á huir por el bosque, exclamando:

—¡Jesus me ampare! es el demonio! el demonio!......

—Niña—dijo el desconocido dirigiéndose á Julia, que habia quedado desmayada;—niña, ven; te llevaré á tu casa.

Sin saber por qué, la jóven tuvo confianza en aquel hom-



bre, y sin darle las gracias por lo que habia hecho por ella, le tomó familiarmente del brazo.

El hombre miró á la luz de la luna el cuchillo que habia quitado al desollador, y luego con un ademan de profundo desprecio, le arrojó lejos de sí.

Caminaron los dos en silencio hasta llegar á la casa de Julia.

—Hasta aquí, y gracias, señor—dijo la jóven.

—¿Aquí es tu casa, niña?

—Sí, señor: adios.

Julia se desprendió del desconocido, que se quedó un rato parado. De repente la jóven volvió, y acercándose á él, le dijo con candor:

—¿Cómo os llamais?

El hombre vaciló un poco, y luego como resolviéndose, le dijo:

—Juan Morgan.

—¿Juan Morgan?

—Sí; pero guarda el secreto: adios.—Y sin decir mas se alejó de la jóven.

IV.

Los cazadores.

BRAZO–de–acero caminaba seguido por sus perros, trepa do por un sendero escabroso, con tanta facilidad como anduviera en un salon alfombrado: de cuando en cuando detenia, y quedaba pensativo; pero no era la fatiga la q lo hacia pararse; era que su pensamiento ocupado enter mente en el recuerdo de Julia, embargaba algunas veces voluntud.

Derepente los perros lanzaron un aullido y dieron mue tras de inquietud, pero el cazador iba tan preocupado, q no lo advirtió y siguió su camino.

A poco, los perros volvieron á dar muestras de inqietu Brazo–de–acero lo notó.

—¡Hola! Tizoc, ¡hola! ¿qué pasa? ¿qué tienes, buen moz dijo inclinándose.

Los perros olfateaban y se volvian al Sur.

—Algo debe pasar—dijo el cazador—porque estos an males no se engañan nunca—y registró la ceba de su mo quete:—quizá álguien que no es de los compañeros, and por aquí perdido: veremos; al fin nò tengo sueño.

Empuñó entonces su arma, silbó á los perros, y con acento cariñoso les dijo:

—Vamos, chiquillos; sus, sus, vamos.

Los perros saltaron entre la maleza y comenzaron á correr, deteniéndose á cada paso y volviendo la cabeza como para ver si su amo los seguia.

Así caminaban entre el bosque, sin llevar al parecer un rumbo fijo y olfateando de cuando en cuando al aire. Por fin, parecia que habian dado en la pista, porque echaron á correr con mas velocidad, llevando las narices casi pegadas á la tierra.

El cazador los perdió de vista entre la espesa *charamasca* que cubria el suelo, y solo á lo lejos oia el ruido que formaban al romper la maleza.

Así los seguia.

Derepente oyó los ladridos furiosos que lanzaban los dos lebreles.

—¡Están enojados! exclamó; y preparando su mosquete se dirigió al rumbo en que ladraban los perors.

Llegó por fin á un pequeño claro en aquel bosque, y allí comprendió lo que pasaba.

Al pié de un grueso tronco de guayacan, un bizarro toro se defendia de los ataques de Maztla y de Tizoc, que daban vueltas en derredor de él, procurando furiosos atacarle por los costados: el toro tenia el anca apoyada en el tronco del árbol, y presentaba á sus adversarios su ancha frente armada de dos agudos y poderosos cuernos, tirándoles un bote siempre que los veia á su alcance, pero sin apartarse del árbol.

Los perros huian el golpe y volvian de nuevo á la carga, redoblando sus ladridos como para llamar al cazador.

—¡Vaya una cosa rara!—dijo Brazo-de-acero—un toro

que no huye, que se empeña en cuidar un árbol como fuera un centinela, y luego estos perros tenaces com nunca.

Y dando una vuelta fué á colocarse casi en frente d toro, á corta distancia.

—Aquí está seguro;—pensó—solo que es preciso qu esos perros me le dejen sosegar un momento; y luego grit —Tizoc, Maztla, aquí—y lanzó un silbidillo muy conocid sin duda para los perros, porque vinieron inmediatament á su lado.

El toro se vió libre de sus enemigos pero no abandon su puesto; al contrario, irguió la cabeza y miró con dos ojo como dos brasas al jóven que estaba á corta distancia.

El cazador con una admirable sangre fria apoyó en s hombro la culata de su mosquete, alzó el cañon y perman ció como un segundo inmóbil.

Brilló un relámpago rojo, el estampido del mosquete atr nó el bosque perdiéndose entre las selvas, y el toro dand un salto terrible hácia adelante, cayó muerto á los piés d Brazo-de-acero; tenia una bala en medio de la frente: com impulsados por un resorte, los dos perros se lanzaron sobr el toro.

—Bendita sea María Santísima que me ha librado de ta grave peligro—dijo una voz en lo alto del árbol que servi de fortaleza al toro.

El cazador alzó la vista, y descubrió entre el follaje un hombre que hacia esfuerzos para descender.

—¿Quién sois? ¿qué ha pasado?—dijo Brazo-de-acero hombre que bajaba del árbol.

—¿Quién soy? un desgraciado que por probar ajeno of cio, estuve á punto de dejar de existir, si no ha sido p vuestro oportuno auxilio.

El hombre tenia el trage de los cazadores y la cara cubierta aún con el antifaz de cuero.

—¿Pero vos sois cazador?—dijo Brazo-de-acero reparando en su traje.

—No, Dios me libre: por capricho me puse este vestido; pero juro á Nuestro Señor que no me volverá á suceder.

—¿Y qué vais á hacer ahora?

—Ahora me vuelvo á la aldea, de donde nunca debiera haber salido, dándoos las gracias......

—Bien, id con Dios.

—¿Quereis vender vuestro toro? que vuestro es, pues le matásteis.

—Sí; ya sabeis el precio.

—En tal caso, hacedle vuestra señal, y yo enviaré mañana mismo por él.

Brazo-de-acero sacó su puñal y cortó las orejas al toro muerto, y entregándolas al hombre del árbol le dijo:

—Aquí teneis la propiedad de la res.

—Muy bien; vuestro dinero mañana en la taberna del *Toro Negro*. ¿Cómo os llamais?

—Me dicen Brazo-de-acero—contestó el jóven.

El hombre se estremeció como si le hubiera picado un escorpion.

—¿Qué os pasa? dijo advirtiéndolo el jóven.

—Nada, nada; un dolor, quizá á causa de la emocion y la humedad de la noche.

—Está bien—agregó el jóven volviendo á cargar de nuevo su mosquete, y con la mayor indiferencia y marcialidad se lo puso al hombro, silbó á sus perros y se perdió en el bosque sin hablar mas.

El falso cazador se quedó un momento inmóbil, con las orejas del toro en la mano.

—Vamos—exclamó—si pasan en el mundo cosas que parecen milagros: quién diria que me ha salvado este mismo á quien por poco le birlo la muchacha! ¡Oh! y si él lo hubiera sabido, de seguro que esa bala me la coloca á mí en la frente, y á mí es á quien corta las orejas: cuidado! Ea, vámonos: lo que es por esta noche, escapó Julia merced á ese demonio, que Dios sabe de dónde salió; y yo escapé gracias al novio de Julia...... pero lo que es la muchacha, mas tarde, mas temprano, mia ha de ser.

Y apretando entre sus manos las orejas del toro, echó á caminar para la aldea, no sin volver continuamente el rostro por todas partes, temiendo un nuevo encuentro con fiera ó con cazador.

La luz de la mañana blanqueaba ya el horizonte cuando Brazo-de-acero llegó á la montaña.

En lo mas áspero de la selva habia varias cabañas fabricadas con hojas de palmera, que servian de guarida á los terribles cazadores, y estas cabañas se apoyaban en los gigantescos troncos de los cedros, de los palmeros ó de los guayacanes.

Allí pasaban los cazadores su vida salvaje persiguiendo á los toros ó á los jabalíes, y de ahí bajaban á las aldeas y las ciudades de la isla á contratar con los desolladores, con los plantadores ó con los dueños de los navíos, carnes y pieles.

Los cazadores eran dueños ya de casi toda la grande isla Española: valientes, aguerridos, conocedores diestros del terreno, ni temian á las fieras, ni á las tempestades, ni á la peste, ni á las tropas españolas que habia en Santo Domingo y en Alta-Gracia.

De la gran isla Española, menos de una tercera parte estaba en poder de los españoles, y el resto lo ocupaban los cazadores y plantadores que no tenian entre sí ley, y si aca-

so, algunas veces llegaban á obedecer las órdenes de los reyes de Francia.

Brazo-de-acero llegó á su cabaña, que estaba amueblada como todas las otras; algunas grandes pieles de buey, algunos troncos de árbol que servian de asientos y de mesa, y algunas armas.

Contra todo lo que esperaba el jóven, encontró á una multitud de cazadores reunidos y hablando entre sí con gran calor, mientras que devoraban, por decirlo así, su alimento cuotidiano, compuesto de un gran trozo de carne asada, y de una especie de ensalada que hacian de los retoños tiernos de la palma.

Brazo-de-acero debia tener sin duda gran prestigio y ascendiente sobre los cazadores, porque al verle llegar, se levantaron á recibirle con muestras de cariño.

—A tiempo llegas—díjole uno de los cazadores—y ya extrañábamos tu ausencia.

—He pasado la noche paseando el bosque—contestó con indiferencia el mexicano.

—Hace poco—agregó otro cazador—que oimos un tiro, y Ricardo sostenia que tú lo habias tirado, porque dice que conoce perfectamente el ruido de tu mosquete.

—Y aun lo afirmo—dijo Ricardo.

—Tienes razon—contestó el jóven;—he matado allá abajo un torete; pero me extraña que hayais estado despiertos á esas horas.

—Es que tenemos una gran novedad—dijo Ricardo.

—¡Novedad! ¿y cuál es?

—Anoche ha estado aquí con nosotros Juan Morgan.

—¡Juan Morgan!—exclamó admirado Brazo-de-acero.

—El mismo—contestó Ricardo con el orgullo del que da una buena noticia.

Para que se comprenda la causa de aquella admiracion y del efecto mágico que el nombre de Juan Morgan producia entre aquellos hombres de temple de fierro, bueno será decir dos palabras acerca del que llevaba ese nombre, y que debe hacer un papel muy importante en esta historia.

Juan Morgan habia nacido en Inglaterra en la provincia de Walis; su padre era un labrador rico y lleno de buenas cualidades; pero el hijo no tuvo inclinacion por la agricultura, y se lanzó á los mares en busca de aventuras: entró en calidad de criado en un navío que iba para la isla Barbudos, y al llegar allí lo vendió su patron.

Logró su libertad, pasó á Jamaica, y entró al servicio de los piratas que comenzaban entonces á atacar á los buques españoles.

Sus hazañas fabulosas de valor, su prodigalidad con los marinos y la buena suerte que siempre le habia acompañado, bien pronto hicieron de Juan Morgan el héroe popular de todos los piratas, cazadores y plantadores que habitaban en las Antillas, y no esperaban todos sino que él los llamase para presentarse al servicio.

Juan Morgan era mas que el jefe de aquellos hombres, era su Mesías.

Los plantadores, los piratas y los cazadores no vivian como unos salvajes, separados de la sociedad, sin pensar en el porvenir; tenian, por el contrario, todos ellos un gran pensamiento político, que no necesitaba sino un jefe para tomar cuerpo.

Aquellos hombres meditaban apoderarse de las Antillas y formar con todas aquellas islas un reino, una nacion poderosa que fuera independiente de las coronas de Francia, de España y de Inglaterra.

Una tras otra las islas debian ir cayendo bajo su domi-

nacion, y las dos escogidas como principio de aquella empresa, lo fueron la Española y la de la Tortuga.

La Española era grande y rica, y estaba casi toda en poder de cazadores y plantadores; los piratas se encargaron de la de la Tortuga.

Como la Francia comprendia la preponderancia que le daba á España la posesion de las islas del mar de las Antillas, procuró favorecer, aunque ocultamente, los designios de los piratas, y llegó hasta el caso de mandar á Mr. Le Vasseur con un navío cargado de soldados para echar á los españoles de la Tortuga.

De este modo, todos aquellos hombres no esperaban mas que un jefe para comenzar sus hostilidades contra el comercio, la marina y los habitantes españoles, y aquel jefe lo veian en Juan Morgan.

He aquí por qué todos, incluso el mismo Brazo-de-acero, que era mexicano, se exaltaban al oir hablar siquiera del célebre pirata.

—¿Aquí estuvo?—preguntó otra vez Brazo-de-acero.

—Aquí mismo, y en ese lugar en que estás tú.

—Y decidme, ¿qué dijo?

—Eso es lo grave; vino á anunciarnos que prepara una gran asonada, que necesita víveres y hombres de marinería y de desembarco.

—¡Soberbio!—exclamó el mexicano entusiasmado.

—Que él promete un año rico en acontecimientos, en aventuras, en presas de mar y tierra; en fin, que moverá el mundo.

—¡Magnífico! ¿y vosotros qué le habeis dicho?

—Unos han ofrecido ayudarle para los víveres que necesita, y los otros se han comprometido á seguirle.

—¿Y tú qué has dicho, Ricardo?

—¿Yo? que le sigo.

—Y yo tambien, y yo tambien—exclamó Brazo-de-acero; ¿dónde le veremos otra vez?

—Mañana en la noche en San Juan de Goave; pero es preciso disimular para que nada llegue á conocimiento del gobernador español.

—¿Entonces?

—Si quieres ser de la partida, yo te instruiré de todo.

—Sí.

—Bien; pues al oscurecer partimos para la aldea.

Los cazadores siguieron conversando. Brazo-de-acero se entró á su cabaña, se tendió sobre un cuero, y acompañado de sus perros se quedó dormido.

V.

La señora Magdalena.

La aldea de San Juan de Goave tenia siempre una gran poblacion, pero de esa que pudiera llamarse flotante, porque iba y venia y cambiaba á cada paso.

San Juan era, por decirlo así, la capital, el cuartel general de los cazadores, y allí por esa razon concurrian multitud de mujeres aventureras, que iban siempre al husmo del dinero que con tal profusion derramaban aquellos hombres.

Habia en San Juan, pues, multitud de jóvenes hermosas, pero ninguna de ellas podia competir con Julia, que además de su belleza, contaba con su modestia y con una gran reputacion de pureza que la hacia respetable.

Julia, como todas las mujeres honradas, sentia el desden mas profundo hácia toda aquella colonia de mujeres perdidas que veia en su alrededor, y por eso sus relaciones se reducian á las familias honradas de la aldea, y por eso disgustadas por aquel aislamiento, que ellas calificaban de or-

gullo, las muchachas alegres habian bautizado á Julia con el nombre de la *duquesa de Pisaflores.*

El padre de Julia, marino francés, habia muerto de la peste poco tiempo despues de haber llegado á la isla Española con su hija y con su mujer, la señora Magdalena, como la llamaban en la aldea.

La señora Magdalena, con el pequeño capital que dejó su marido, habia comprado una casita en la aldea de San Juan, y se dedicaba al comercio de pieles y á la educacion de su hija, y en ambas cosas habia sido afortunada, porque Julia era un ángel y la pobreza nunca habia asomado en su casa.

La señora Magdalena tendria cuarenta años, pero se conservaba fresca como una mujer de treinta, y no faltaban algunos que la hacian objeto de sus amores.

Pero hasta entonces ninguno podia gloriarse de haber alcanzado ningun favor, aunque en verdad ninguno habia hablado de boda á la fresca viuda.

Uno de los personajes mas importantes en la aldea de San Juan, era sin duda Isaac, el patron de la taberna del *Toro negro.*

Judío y amigo de los cristianos en todo lo que podia producirle alguna ventaja, Isaac era centro de mil intrigas amorosas, depositario de todos los secretos de las expediciones piráticas, y además usurero, con cuyas cualidades era tan conocido como necesario.

La taberna de Isaac estaba construida á propósito, y con tales circunstancias, que al mismo tiempo podian tener lugar en ella la cita de dos amantes, una conspiracion de piratas y una comida de cazadores, estando todos tan seguros y tan independientes, como si una cosa pasara en la España y otra en Jamaica ó en la Tortuga.

Y sin embargo de todo, Isaac tenia un gran prestigio con el gobernador español, porque le habia hecho entender que era su agente, su espía, y el hombre necesario para ponerle al tanto de todos los proyectos de los piratas y cazadores que eran en aquel tiempo la pesadilla de la corona de España.

La mañana siguiente á la noche en que Julia salió á ver á su amante á las Palmas Hermanas, la taberna de Isaac estaba casi sola, y él se entretenia en embotellar una media barrica de vino, al que prudentemente mezclaba cierta cantidad de agua.

Llamaron á la puerta del aposento en que él estaba y procuró ocultar el agua, y luego gritó:

—Que pasen.

Abrióse la puerta y se presentó Juan el desollador.

—La paz del Señor venga con vos—exclamó el judío hipócritamente al verle entrar.

—Buenos dias, maese Isaac—dijo el Oso-rico sin quitarse el sombrero:—¿estás solo?

—Solo, para lo que gusteis mandar—contestó el judío.

—Bien; deja eso, siéntate y hablaremos.

El judío cerró la cuba, arrimó un asiento al desollador y se sentó tambien sobre un barril.

—Estoy á vuestras órdenes—dijo.

—En primer lugar, te participo que el negocio de anoche salió mal.

—¿Salió mal? ¿no fué la muchacha á la cita?

—Sí fué, pero pasó lo que no te importa ni quiero contarte, pero nada se consiguió: ¿qué hago?

—¿Qué haceis? no es tan fácil decíroslo; sobre todo ignorando lo que pasó anoche.

—Pues eso no lo sabrás, perro judío, curioso.

—No señor, no tengo curiosidad; pero bueno seria saber para poderos decir un plan que no se oponga con lo que os ha pasado anoche.

—Bueno, bueno; dí tu plan y te diré si se opone ó no, y estamos del otro lado.

—Como gusteis: ¿estais decidido á que esa muchacha sea vuestra?

—Sí.

—¿A costa de cualquier sacrificio?

—Sí, con tal que no sea cosa de andar á cuchilladas con esos malditos cazadores.

—Entiendo: voy á proponeros el único plan que encuentro; vos me direis si os parece demasiado costoso para haceros de la muchacha.

–Veamos.

—El grande obstáculo que aquí teneis para lograr vuestros deseos, es ese maldito cazador Brazo–de–acero, de quien está enamorada Julia; ¿es verdad?

–Sí, es verdad.

—¿De manera que si lograis estar en un lugar solo con ella sin su amparo y sin la señora Magdalena, todo saldria á medida de vuestros deseos?

—Exactamente, y eres un hombre sabio.

—Se trata, pues, de encontrar esa oportunidad......

—Eso es, esa oportunidad.

—Pues casaos con la señora Magdalena.

—¡Ave María Purísima!—exclamó el Oso–rico dando un salto—tú estás loco ó quieres burlarte de mí.

—Calma, señor, ni uno ni otro; la señora Magdalena ni es tan vieja ni es tan fea que le hiciérais un desaire á no estar enamorado de la hija.

—Lo creo.

—Os casais con la señora Magdalena, os vais de la isla, os trasportais á México, á Panamá, con las dos, y en el camino, en la navegacion, la madre *puede morirse, caer al mar*, y vos quedais solo con la chica y libre de todos los cazadores del mundo, y sacais además la ventaja de haber sido dueño de la madre y de la hija...... La verdad, como á mí me gusta tanto la señora Magdalena, quizá por eso me hace ilusion este plan.

El desollador meditaba; sin duda le parecia la cosa digna de atencion.

Por fin levantó la cabeza y dijo:

—Me parece muy bien, muy bien; la esposa que me has escogido no me disgusta, y así como así, á mí me conviene salir de esta maldita isla y dejar estos demonios, con los que tiene uno la vida en un hilo: soy ya bastante rico...... pero...... ¿crees que la señora Magdalena querrá?

—Depende eso del modo con que se maneje el negocio.

—¿Y cómo seria bueno hacer? Comenzaré á dirigirle miradas tiernas y sospechosas, á suspirar cuando esté á su lado......

—Con eso no conseguiríais sino quedar en ridículo: á las mujeres de esa edad y cuando se trata de matrimonio, no se las conquista de esa manera; se reiria de vos como de un chiquillo.

—¿Pues cómo?

—Abordadla de frente, por la proa, sin andar con rodeos, sin darle caza; entrad á su habitacion, suplicadle que hable con vos á solas, y decidle que á ella y á vos os conviene casaros y salir de la isla; ofrecedle vuestra mano, y casi estoy seguro de que acepta.

—¿Pero si dice que no me tiene amor?......

—En todo caso, aun cuando os diga que os le tiene, no

creais que se casará con vos mas que por su conveniencia, y siempre un matrimonio á su edad, en sus circunstancias y con un hombre como vos, es cosa que le convendrá, os lo aseguro.

—¿Y si salgo mal?

—¡Oh! entonces ya veremos lo que se piensa en ese caso; por ahora valor y al abordaje.

—Dices bien, mañana iré.

—¿Y por qué no ahora mismo?

—¿Ahora?

—Sí; ¿por qué no? mientras mas pronto, mejor; la duda es uno de los tizones del infierno.

—Dices bien; ahora mismo voy.

Y como haciendo un esfuerzo de energía, el desollador se levantó y salió de la taberna.

La señora Magdalena cosia sentada en un taburete cerca de una puerta que caia al jardin de la casa, y á su lado estaba Julia, cosiendo tambien.

Tenian entre las dos una conversacion que debia preocuparlas, porque algunas veces dejaban la costura y quedaban como distraidas y sin hablar.

—Lo que mas me atormenta—decia la señora Magdalena—es que el dia menos pensado Dios me llama á sí y tú quedas tan jóven y abandonada.

—No digais eso, madre mia—contestaba Julia;—teneis buena salud y sois jóven aún; muchos años faltan para que llegue ese dia tan temido.

—No lo creas, la muerte no viene solo á los ancianos; puedo morir, y quizá en otra tierra no temeria tanto por tí; pero en esta y con tal sociedad.... ¡Oh! si yo pudiera salir de aquí, moriria tranquila aun cuando tú quedaras huérfana.....

—Madre mia, no os aflijais......

—Si al menos pudiera verte casada, establecida ya!

La jóven se puso encendida.

—Pero aquí ¿con quién?—continuó la señora Magdalena; —uno que otro jóven francés que hay, pertenecen tambien á estos cazadores, que me parecen detestables para maridos.

Julia se puso entonces pálida, y la madre lo hubiera advertido si no hubiera llamado su atencion un hombre que atravesando el jardin se dirigia al lugar en que ellas estaban.

Era Juan el desollador que se acercaba, y las saludó cortesmente, aunque con algun embarazo.

—Dispensadme—dijo á la señora Magdalena—que me atreva á venir así á vuestra casa, pero deseo hablaros de un asunto de importancia......

—Decid, señor—contestó la señora Magdalena.

—Desearia poderos hablar á solas.

La señora hizo una seña á Julia, y la jóven se retiró inmediatamente.

—Podeis hablar—dijo la señora.

—Pues señora—comenzó á decir Juan tosiendo y revolviéndose en su asiento—es el caso...... que...... la verdad es que no sé por dónde comenzar.

—Hablad—dijo sonriéndose la señora Magdalena.

—Pues señora, yo soy hombre honrado y trabajador.

—Es cierto.

—Soy, en lo que cabe, rico.

—Lo creo.

—No soy jóven, pero ni viejo.

—Eso está á la vista.

—Y deseo, es decir...... me conviene...... pues, necesito...... quiero casarme, vaya.

—Muy buena resolucion.

—Ya lo creo, muy buena; pero es...... que la mujer......

es decir...... la dama...... que yo he escogido...... en fin, la que me conviene sois vos...... ya lo solté......

La señora Magdalena esperaba que le pidiera á Julia, y en ese caso hubiera contestado con una sonora carcajada; pero quedó absorta al saber que se trataba de ella.

El Oso-rico daba vuelta á su sombrero entre sus manos como el hombre que está fuera de su papel y de su carácter.

—¿Y haceis eso con formalidad?—dijo la señora Magdalena.

—Sí, señora, porque lo he pensado bien, y creo que nos conviene á los dos.

—¿Nos conviene á los dos? ¿y cómo?

—Mirad, señora, ni vos ni yo somos ya jóvenes, y no estamos para esos amores de muchachos, ¿es verdad?

—Es cierto.

—Pues, y como yo no puedo ya vivir solo, y vos necesitais un hombre que cuide y mire por vos y vuestra hija, y yo...... en fin, no estoy tan despreciable...... porque tengo un buen capital...... y soy trabajador, y vos que sois económica, y mujer de experiencia...... y que teneis una carita fresca y rosada como una muchacha de quince......

La señora Magdalena se ruborizó, pero fué sin duda por orgullo.

—Digo—continuó el desollador—nos conviene casarnos y salir de esta isla en la que el dia menos pensado se arma una que solo Dios sabe, con estas gentes...... y que aquí no estamos bien...... Conque ¿qué decís?

—Debeis suponer—contestó la señora Magdalena—que esta cuestion no es de resolverse así no mas; necesito pensar, porque francamente, nunca habia pensado en casarme por segunda vez: además, vosotros los españoles no me inspirais mucha confianza para maridos.

—Señora, esa es una preocupacion, ya vereis; admitid mi ofrecimiento, y no tendreis de qué arrepentiros, porque muy pronto quedareis satisfecha de que valgo tanto yo para marido vuestro como el mejor francés.

—Bien, lo pensaré, lo pensaré; ya vendreis á saber mi resolucion.

—¿Esta noche?

—No, no tan pronto; dentro de tres dias.

—¡Oh, señora! es demasiado: pongámonos en un justo medio entre vuestra prudencia y la impaciencia que me devora; mañana sabré vuestra resolucion, y espero que será favorable.

—No lo sé yo misma; pero para que veais que soy condescendente, mañana venid.

—¿En la mañana?

—No, en la tarde.

—Sea como quereis; hasta mañana en la tarde.

—Hasta mañana.

El desollador salió de la casa diciendo:

—En verdad que me va gustando tambien la viuda; creo que si no fuera porque esa muchacha me baila todo el dia en la imaginacion, quedaba yo satisfecho: ¡cómo somos los hombres!

La señora Magdalena quedó distraida, y en toda la tarde no habló una sola palabra; Julia la observaba con inquietud, y hacia mil esfuerzos por adivinar lo que aquel hombre habia dicho á su madre, que la habia puesto tan sombría.

Habia ya oscurecido cuando la señora Magdalena llamó á su hija y se encerró con ella en una estancia.

La jóven temblaba figurándose lo que iba á pasar; quizá la señora Magdalena sabia ya sus amores con Brazo-de-acero.

—Hija mia— dijo la señora—tengo que decirte una cosa importante.

—¿Cuál es, madre mia?

—Hija, tú comprendes que vivimos aquí solas, sin amparo, sin auxilio, en fin, sin un hombre en nuestra familia....

—Sí, señora.

—Que aquí estamos rodeados de peligros, y sobre todo, tú que eres jóven y bella......

Julia creia adivinar.

—Es necesario, pues, sucumbir á las circunstancias, es preciso que un hombre entre en nuestra familia con un título legal, para ser nuestro protector y sacarnos de esta isla.

—¡Madre mia!—exclamó Julia, creyendo que se trataba de casarla.

—Hija mia, Julia, es preciso; bien comprendo que tú lo sentirás, pero es necesario.

—¡Pero, señora!—Julia comenzaba á llorar.

—No me atormentes, hija mia, que bastante sufro yo; pero nos conviene á las dos, y estoy resuelta á casarme......

—¡Ah!—exclamó la jóven como si le quitaran un peso inmenso del corazon.

—¿Qué te parece?

—Señora, sois dueña de vuestra voluntad, y siempre estaré contenta cuando vos lo esteis.

—Lo he meditado bien, y veo que es la única esperanza que nos queda para salir de aquí.

—¿Y quién es, señora, el hombre que merece vuestra confianza?

—A tí, hija mia, nada te ocultaré; ese hombre es el que has visto esta tarde aquí.

—¡Juan!

—El mismo, un hombre de bien, aun cuando es algo rudo...... ¿no te agrada, hija mia?

—Con tal de que os quiera bien y os haga feliz, madre mia, le querré como si fuera mi padre.

—¡Dios te bendiga!

La señora Magdalena besó la frente de su hija, y se separó de su lado tranquila y satisfecha.

Aquella noche volvió á tener la señora Magdalena sueños de novia.

VI.

El enganche.

PEDRO Juan de Borica el desollador, salió tan alegre de la casa de la viuda Lafont, que hubiera podido conocérsele de muy lejos su satisfaccion.

Para él era ya negocio arreglado, y el plazo que le habia pedido la Sra. Magdalena, no tenia mas objeto que salvar las apariencias.

Aquella tarde les refirió el proyecto de su boda á cuantos conocidos encontró, y calculando que á todos les habia de parecer tan buen negocio como á él, se gloriaba de su conquista.

Por supuesto que no era así, y todos reian de aquel matrimonio celebrado entre un hombre feo, tonto y cobarde, con una mujer viuda y vieja. Por supuesto que toda aquella tarde y la noche, el enlace de Juan con la señora Magdalena fué el platillo de conversacion en la aldea.

Contra lo que tenian de costumbre los cazadores, aquella noche habia muchos de ellos reunidos en la taberna del *Toro Negro;* bebian, y fumaban, y conversaban con tanto descanso, como si no hubiera una sola vaca en toda la isla Española.

El judío Isaac estaba por supuesto contentísimo; aquella era para él una gran cosecha; pero era quizá en la aldea de los muy pocos que no se admiraban de aquella inusitada reunion de cazadores.

En uno de aquellos grupos se veia á Brazo-de-acero que hablaba, aunque un poco apartado de los demás, con su amigo Ricardo: la conversacion estaba muy animada.

—Veo que aun tienes ideas inexactas de la vida que nos ofrece Juan Morgan—decia el inglés;—¿temes los peligros ó las penalidades?

—Ni una ni otra cosa—contestó Brazo-de-acero.

—¿Entonces qué puede detenerte para tomar parte con nosotros en la expedicion? ¿te hace daño el mar?

—No es eso; pero tengo obstáculos insuperables para abandonar la isla.

—Dímelos.

—Imposible.

—Vamos, ¿me permites que adivine?

—Sí.

—Pero á condicion de que si es cierto me lo digas.

—Convenido.

—Oyeme: tú no quieres abandonar la isla porque estás enamorado.

—¡Ricardo!

—Lo convenido, esta es la verdad, y además, estás enamorado de Julia, de la bella francesita, de la duquesita de Pisaflores.

—¡Qué demonio! es verdad— dijo el jóven.

—Pero tú lo negabas: ahora comprendo por qué te impresionó tanto lo que te dije ayer acerca del oculto rival.

—En efecto, y ahora quiero que me lo expliques.......

—Afortunadamente, tengo en eso buenas noticias que darte, y que tal vez influirán en tus determinaciones.

—Habla.

—Pues bien; ¿conoces tú á Pedro Juan de Borica?

—Sí; Pedro el desollador, Juan el *Oso-rico,* el español, ese hombre que estuvo á punto de nacer mico ó toro.

—El mismo: pues hace algunos dias supe que rondaba con empeño la casa de tu Julia.

—¡Rayo de Dios!—exclamó Brazo-de-acero levantándose como un tigre.

—Calma, calma, mi buen señor—continuó tranquilamente el inglés;—tú no debias llamarte Brazo-de-acero, sino Corazon de Pólvora: siéntate, y oye la historia.

—Pero ese hombre es un miserable, que se atreve á poner sus ojos donde los pongo yo.

—Me causarias lástima si eso fuera cierto.

—¡Cómo!......

—Escúchame y lo verás.

Brazo-de-acero, en cuyo corazon pasaban como ráfagas de viento estos accesos de ira, volvió á sentarse.

—Pues el Oso-rico hacia de centinela en la casa de Julia —continuó el inglés: Brazo-de-acero se agitó en su asiento con impaciencia:—y como allí la jóven, y la bella, y la codiciada es tu Julia, todo el mundo pensó: «Julia es el objeto de esos amores,» y yo tambien lo pensé; pero he aquí que se descorre el velo, y cae como rayo la noticia de que Pedro el desollador, Juan el Oso-rico, se casa con la honorable señora Magdalena, viuda de Lafont.

—¿Es verdad?—exclamó asombrado el mexicano;—no, será una calumnia, una burla.

—Todo el mundo lo sabe, menos tú que debieras ser el primero en tener la noticia.

—Pero es imposible; Julia me lo hubiera dicho.

—Quizá tampoco ella lo sabia: ¿cuándo le hablaste?

—Anoche.

—La noticia es de hoy.

—Estoy espantado.

—Y hay además otra cosa que te puede interesar.

—Dime.

—La boda debe celebrarse muy pronto, y la feliz pareja, llevándose por supuesto á Julia, se retira de la isla para ir á radicarse á México ó á Guatemala.

—Eso no puede ser; Julia no podia habérmelo ocultado.

—Te aseguro que es la verdad; y ausente Julia, ¿para qué quieres permanecer aquí? ¿no te valdrá mas ajustarte con Juan Morgan?

—En efecto—contestó preocupado Brazo-de-acero;—pero yo debo cerciorarme......

—Bien pensado, bien pensado; procura averiguar bien la verdad, y si las cosas pasan tal como tú me dices, ¡qué demonios! vente con nosotros.

—Sí, sí; voy en busca de Julia para que ella me diga.

—Vé y háblala; pero no pierdas tiempo, ni olvides que esta noche ha citado Morgan á los que quieran formar parte de la expedicion, para hacer un arreglo, y que Morgan parte mañana antes de amanecer.

—Voy y vuelvo; ¿pero si no te encuentro aquí?

—Isaac te dará el camino por donde debes encontrarnos.

—Adios.

Y el mexicano, componiéndose el sombrero, salió de la taberna.

—Seria una lástima—dijo Ricardo—que ese Brazo-de-acero no fuera de los nuestros; es inteligente y valeroso.

—¿Y qué, se resiste?—preguntó uno de los cazadores.

—Creo que ya no: tenia algunas dificultades; pero ya están vencidas, y juzgo que será de la partida.

—Es una alhaja—dijo un cazador tomándose un vaso de aguardiente; y todos siguieron bebiendo y fumando sin hablar mas del asunto.

La noche estaba oscura, y el jóven cazador salió de la taberna y se dirigió á la casa de Julia, sin encontrar á ninguna persona en su camino.

Aun estaba despierta la familia de la señora Magdalena, porque las ventanas estaban abiertas y habia luz por dentro.

Antonio dió una vuelta al rededor de las tapias del jardin, y llegó á un lugar en el que la tapia era menos elevada, y habia una gran piedra colocada allí, sin duda á propósito.

El jóven se paró sobre la piedra y dominó perfectamente el jardin: enfrente tenia una ventana de la casa; por allí tambien salia luz.

Brazo-de-acero, silbó de una manera particular, imitando el canto de un tordo, y casi en el momento la silueta de Julia se destacó en el cuadro luminoso de la ventana.

El cazador la conoció y volvió á silbar. Julia se retiró por un momento de la ventana y volvió luego con una luz,

que sopló y apagó allí mismo, quedando oscura la pieza.

Esto en el lenguaje convencional de aquellos enamorados, queria decir:

—Mi madre aun no duerme; espera, yo iré á verte.

El cazador se retiró de la tapia, y fué á sentarse cerca del lugar por donde hemos visto salir la noche anterior á Julia.

Pasó allí mucho tiempo, pero sin dar muestras de impaciencia, sin moverse siquiera.

Tenia la conviccion de que Julia no podia salir, y por esto se resignaba.

Por fin sonó la yerba, y Antonio escuchó que le llamaban.

—Chist, chist! Antonio.

—Julia mia—contestó el cazador llegando.

—Un momento hablaremos, porque mi madre está esta noche muy inquieta, y tengo mil cosas que decirte.

—¿Qué hay?—dijo Brazo-de-acero, disimulando que algo sabia.

—¿Qué hay? cosas muy graves; esta tarde me ha dicho mi madre que está resuelta á casarse.

—¡Julia! ¿y con quién?

—Con un hombre muy repugnante, con Pedro Juan de Borica.

—¿Pero está loca la señora Magdalena?

—No es eso lo peor, Antonio, sino que quieren que nos vayamos de la isla, y esto me mataria.—Y Julia se puso á llorar.

—Julia mia, no llores—decia el cazador;—tú eres muy buena, y no es posible que Dios te abandone así.

—Sin verte. ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡qué desgracia!

—Pero Julia, ¿por qué ha sido esto?

—No lo sé, no lo sé, ni sé tampoco cómo no me puse á llorar cuando me lo anunció mi madre.

—¡Oh, Julia! esta separacion es imposible; no te irás......

—¿Y quién será capaz de impedirlo?—dijo una voz detrás de Julia.

Julia lanzó un grito de espanto, porque habia conocido la voz de la señora Magdalena.

—Antonio—dijo gravemente la señora Lafont—habeis hecho mal en alimentar esa pasion que yo no consentia, porque no sereis el marido de Julia nunca.

—¿Por qué, señora?—preguntó Antonio, tranquilizándose al ver la calma de la señora Magdalena.

—Porque las madres queremos lo mejor para nuestras hijas, y yo no sé ni quién sois, ni cuál es vuestra familia, ni cuáles vuestros antecedentes: os he querido como á un amigo; pero de eso á fiaros el porvenir de mi hija, hay una distancia inmensa: la vida que llevais no es tampoco para tranquilizarme. ¿Entendeis lo que esto quiere decir?

—Sí, señora—contestó el cazador.

—Julia, retírate á tu aposento—continuó con severidad la señora Magdalena.

Julia vaciló un momento, miró á su madre con aire suplicante; pero al contemplar aquella fisonomía adusta, inclinó la cabeza y se retiró llorando.

—Señora—exclamó Brazo-de-acero conteniendo apenas sus salvajes impulsos—señora!

—¿Me amenazais? haceis bien: á una mujer débil y desvalida, á una madre que con sus santos derechos os reclama la tranquilidad de su hija, bien podeis amenazarla, herirla; es una accion heróica de valor, digna de un cazador que lleva por nombre de guerra Brazo-de-acero.

—Señora!—volvió á decir el jóven, no sabiendo ni qué contestar.

—Os han tratado como á hijo en una casa, y seducís á la hija de aquella familia, y en recompensa de un cariño noble y desinteresado, quereis sembrar la desolacion y la tristeza.

—Señora, cuando amo á Julia, es para hacerla mi mujer.

—¿Y qué nombre daríais á esa pobre muchacha, cuando no os llaman mas que Antonio Brazo–de–acero?

—Señora, soy tan noble y tan rico como un príncipe.

—Decidme entonces vuestro nombre, y explicadme por qué andais aquí siguiendo esa vida errante y salvaje de los cazadores.

—Mas adelante sabreis todo eso.

—En tal caso, mas adelante podeis aspirar á la mano de la hija de Gustavo Lafont; entretanto, si es cierto que en algo apreciais la tranquilidad de Julia, retiraos.

—Pero, por Dios......

—Lo he dicho—contestó la señora Magdalena, y se retiró sin decir una palabra mas.

El cazador quedó un largo rato pensativo; despues, como tomando una resolucion, sacudió su rizada cabellera y exclamó:

—Está bien; mas adelante.—Y se preparaba á partir, cuando de entre el follaje que cubria el muro, volvió á salir Julia.

—Antonio—dijo la jóven llorando—¿no hay esperanza?

—Sí, Julia; tú serás mia.

—Nunca contra la voluntad de mi madre.

—Contaremos con ella.

—¿Cuándo?

—Muy pronto, si cuento con que no me olvides.

—Eso, jamás, jamás.

—Entonces ten fe, que seremos felices.

—Adios—dijo Julia;—bésame por la última vez.

—Adios—contestó el cazador, poniendo sus labios en la frente de la doncella.

—Adios—repitió Julia besando la mano de Brazo-de-acero y precipitándose al interior del jardin.

—Mia y muy pronto—exclamó el cazador, y tomó el camino de la taberna del *Toro Negro*.

Cuando llegó allí, la taberna estaba desierta, y un candil moribundo ardia apenas, suspendido del techo por una corta cadena de hierro, sucia y oxidada.

—Isaac, maese Isaac!—gritó el cazador.

Rechinó una puerta y el judío apareció en el despacho.

—¡Ah! ¿sois vos?—dijo;—ya iba á cerrar, cansado de esperaros.

—¿Adónde están esperándome?

—Mirad—dijo el judío saliendo á su puerta;—¿veis ese grupo de árboles que tenemos enfrente, aquí muy cerca?......

—Sí.

—Pues á la derecha encontrareis una senda; seguid, seguid, hasta llegar á una casa arruinada; allí encontrareis lo que buscais......

—Está bien—contestó el cazador—y siguió el rumbo que le habia indicado el judío.

A pocos pasos de la casa estaba, en efecto, el grupo de árboles, y á la derecha un sendero que guiaba entre la yerba.

La luna alumbraba lo bastante para no perder el camino,

y además, el cazador conocia palmo á palmo todo aquel terreno.

Siguió atravesando una pequeña sabana y volvió á encontrarse en un bosque; pero el sendero estaba siempre abierto: caminó aún un gran trecho, y de repente vió alzarse delante de sí las sombrías paredes de una casa.

—Aquí es—dijo—buscaremos la entrada.

Comenzó á dar vuelta al rededor de las tapias, cuando oyó que le llamaron por su nombre.

La voz del inglés le era demasiado familiar y la reconoció al momento.

—Antonio, ¿qué hay por fin?—le preguntó el inglés con impaciencia.

—Soy de los vuestros.

—Venga esa mano; eres todo un hombre. Ahora, vamos á ver á Morgan, que te espera con impaciencia.

—¿Me conoce acaso?

—Todos le han hablado de tí.

—Vamos.

Atravesaron primero por un gran patio cubierto de yerba y de arbustos; luego por varias habitaciones, cuyos techos habian caido y estaban solo iluminadas por la luna, y llegaron por último á una puerta por la cual salia la luz de una hoguera.

—¿Aquí? dijo Brazo-de-acero.

—Mas adelante.

Entraron á una gran estancia iluminada por una gran hoguera que ardia en el centro, y al rededor de la cual habia varios hombres asando grandes trozos de carne.

Ninguno de aquellos hombres fijó su atencion en los que entraban.

El inglés y Brazo-de-acero llegaron á otra puerta que

estaba en el fondo de aquella estancia, y allí escucharon el rumor de muchas voces

—Aquí—dijo el inglés.

Empujó la puerta, entró, y el mexicano que le seguia se encontró en medio de una reunion numerosa y extraña.

En una estancia mas reducida que la anterior, enteramente desamueblada, estaban reunidos un gran número de cazadores, marinos, plantadores y desolladores.

Unos sentados sobre piedras, otros sobre sus capas, en el suelo, otros sobre troncos de árboles: tenian en el centro á Juan Morgan, que mas bien estaba reclinado que sentado al pié de una de las columnas de madera que sostenian el rústico techo.

Aquella escena estaba alumbrada por una gran cantidad de torcidas que habian sido colocadas en el suelo unas, y otras contra las paredes.

La frente despejada y el ardiente brillo de los ojos, hubieran denunciado á Morgan como el jefe de aquella reunion, si no lo hubiera dado á conocer el respeto y casi la admiracion con que los demás le contemplaban.

Al entrar Brazo-de-acero, Morgan le saludó con una finura y una distincion tal en sus modales, que á primera vista manifestaban que aquel hombre tenia una educacion superior á cuantos le rodeaban.

Brazo-de-acero tomó asiento; Morgan hablaba, y todos le escuchaban en el mas profundo silencio.

—Tengo—decia el terrible pirata—grandes proyectos, que con auxilio de vuestro valor, espero llevar muy pronto á cabo. Mansvelt, nuestro antiguo almirante, ya sabeis que ha dejado de existir; el gobernador de Tierra-firme, Don Juan Perez de Guzman, ha conseguido sobre nosotros un triunfo en la isla de Santa Catalina; pero yo os prometo

que repararé todos estos desastres; nuestras serán todas esas islas que están ahora en poder de los españoles, nuestras serán sus ciudades y sus aldeas de las costas; dueños y señores seremos del mar de las Antillas, y dueños y señores de todos esos mares que bañan las costas de las Indias; yo os respondo: oro, mujeres, todo lo tendreis, y lo tendreis en abundancia; pero necesito que me sigais, que me ayudeis, contar con vosotros como cuento con mi brazo y con mi corazon, mandar en vosotros como mando en mi brazo y en mi espada, gobernaros y dirigiros como gobierno y dirijo mi navío: ¿estais conformes?

—¡Viva el almirante! gritaron todos entusiasmados. Por un largo rato Morgan no pudo dominar el confuso vocerío que se escuchaba en la estancia.

Por fin se calmó, y Morgan continuó diciendo:

—Como sabeis, es costumbre entre nosotros firmar una escritura con nuestro convenio; cada uno de vosotros tendrá que llevar las libras de pólvora y balas que juzgue necesarias; habránse de separar, ante todo, los sueldos del carpintero del navío y del cirujano: en cuanto á los navíos, nada tendreis ahora que pagar, porque tengo lista ya una escuadra respetable. El que pierda el brazo derecho en el combate, tendrá una recompensa de seiscientos pesos ó seis esclavos; si es el izquierdo, quinientos pesos ó cinco esclavos: por la pierna derecha, igual precio; por la izquierda, cuatrocientos pesos ó cuatro esclavos: por un ojo, cien pesos ó un esclavo; cuyas recompensas saldrán ante todo de las ganancias de la expedicion: del resto, el capitan cinco porciones, y lo demás se dividirá con igualdad entre todos: estas son las bases del contrato; las escrituras están hechas: ¡á firmar!

Uno de los hombres que acompañaban á Morgan, sa-

có unos grandes pergaminos y un tintero con algunas plumas.

—Vos el primero, dijo Morgan á Antonio.

Brazo-de-acero tomó una pluma y firmó: el pirata se inclinó para ver lo que escribia, pero Antonio puso nada mas: *Antonio Brazo-de-acero.*

Todos aquellos hombres fueron unos en pos de otros poniendo sus firmas, ó una cruz los que no sabian escribir, y otro ponia el nombre por ellos.

Terminó aquella operacion y Morgan volvió á hablar:

—Estais ya solemnemente comprometidos, y ya sabeis cómo se cumplen entre nosotros los compromisos; dentro de quince dias un navío se avistará por el lado occidental de la isla, por el cabo del Tiburon, y ese navío os recibirá á bordo á todos: la contraseña será un gallardete amarillo izado en el trinquete, y estas palabras que dirán ó contestarán los de los botes que vengan á tierra:—Morgan, Santa Catalina—porque antes de un mes la isla de Santa Catalina será nuestra, y doce de nuestros mejores navíos se encontrarán en las aguas del Sur de la isla de Cuba, delante de los puertos de Santiago, Bayamo, Santa María, Trinidad, Sagua y cabo de Corrientes: allí á presencia de los españoles, delante de la mas rica de sus islas, celebraremos consejo para determinar cuál debe ser la primera posicion atacada y tomada por nosotros: ¿lo entendeis?

—Sí, contestaron todos.

—Pues yo, Juan Morgan, que nunca he prometido nada en balde, os prometo haceros ricos y poderosos.

—¡Viva el almirante!

—Ahora retiraos, y mucho secreto.

Todos los que allí estaban comenzaron á salir humildemente; aquel hombre ejercia sobre todos un ascendiente ex-

traordinario, y una indicacion suya era una órden que nadie se atrevia á contradecir.

Brazo–de–acero salia tambien; pero Morgan le hizo una señal para que se detuviese.

Todos se retiraron, y el pirata y el cazador quedaron solos en la estancia.

Morgan se sentó é hizo una señal al cazador para que hiciera lo mismo.

Antonio obedeció y los dos quedaron un momento en silencio.

VII.

Planes y confidencias.

Sois el célebre cazador mexicano, conocido con el renombre de Brazo-de-acero?—dijo Morgan.

—Sí—contestó el jóven.

—¿Antonio?

—Así he firmado mi escritura.

—¿Quereis decirme de dónde os viene el ser llamado Brazo-de-acero?

—Señor—contestó el mexicano—salí ya casi hecho un hombre, y no un niño; en mi país los hombres juegan con los toros mas pujantes, y con una pica los dominan ó con un lazo los aprisionan; ó con solo un estoque y una capa, los llaman y les dan la muerte: todos estos ejercicios que son enteramente desconocidos á los cazadores de la isla y que yo conocia perfectamente, me valieron el nombre con que soy conocido.

—Bien; pero ni ese nombre ni el de Antonio son vuestros, son de vuestra familia.

El cazador miró al pirata con fiereza, como disgustado de aquellas palabras; pero Morgan continuó sin inmutarse:

—No sé cuál será en verdad vuestro nombre, pero no quiero tampoco saberlo por ahora: sois valiente y teneis una inteligencia clara y un brazo firme, y esto es bastante para mí: ¿aborreceis la dominacion española?

—¡Mucho!—dijo con exaltacion Brazo-de-acero.

—¿Habeis comprendido mis planes?

—Creo haber comprendido que se trata de quitar á España el predominio de estos mares y la posesion de sus islas; que se trata de interrumpir su navegacion y arruinar su marina.

—¿Y eso, qué os parece?

—Tan bueno, que no he vacilado un momento en ser de los vuestros, sin que me guie el mezquino interés del oro.

—¡Bravo! ¡bravo!—exclamó con alegría el pirata;—hombres como vos son los que necesito.

—Temo que no seamos bastante fuertes para consumar nuestra empresa.

—¿Eso decís? Callad, jóven, que el hombre de corazon no debe nunca desconfiar de su poder: mi voluntad es de acero como vuestro brazo, y yo os aseguro que todo sucederá como os lo he prometido: antes de un año las Antillas serán nuestras; los navíos españoles llevarán nuestra gente y nuestras banderas, y sus costados vomitarán fuego sobre las armadas de los reyes de Castilla; nuestro nombre sonará del uno al otro mundo, y será escuchado con terror por los marinos de todas las naciones, y las costas de la Tierra-firme serán tributarias de nuestros soldados; y todo esto sucederá, ¿lo entendeis? tengo fe de que ha de suceder;

y entonces, cualquiera tierra que diga yo «es mia,» mia será: y trazaré una barrera que ningun marino será osado de traspasar en los mares, con solo la estela de luz que dejen al cruzar mis naves sobre las aguas del Océano; y tendremos en donde quiera que rueden sus olas, el poder que tienen los reyes sobre los pueblos.

El cazador escuchaba con agitacion el discurso de Morgan; el valor, el miedo, el entusiasmo, todos los afectos y todas las pasiones se comunican cuando el que habla está poseido de ellas.

Los ojos del pirata brillaban con la fosforescencia de las olas; su rostro se encendia, su voz tomaba el timbre sonoro de la inspiracion, y la fe se revelaba en todas sus palabras, en todas sus acciones; parecia tener delante realizado ya aquel soberbio cuadro que le representaba su imaginacion; creia ver los navíos españoles arriando sus banderas, creia escuchar el *zafarancho de combate*, el ruido de la fusilería, el rugido de los cañones, los gritos de las chusmas; sentia en su rostro el calor del fuego ó el soplo de los vientos terrales de las costas de México ó de Tierra–firme. Morgan estaba completamente trasportado á las escenas que iba describiendo.

Brazo–de–acero le seguia en su entusiasmo y en su alucinacion, y sus ojos brillaban tambien, y habia llevado la mano al pomo de su gran cuchillo de monte.

—¡Eso es! ¡eso es!—exclamó sin poderse contener;—nuestras serán las islas, nuestro el dominio de los mares; la bandera española no cruzará ya por estas aguas, y México será libre, libre, porque entonces nosotros le arrancaremos de la corona de Cárlos V y de Felipe II.

—Jóven—dijo el pirata—la fe se enciende ya en vuestro corazon.

—Ansío el momento de comenzar la lucha, el instante de abordar, seguido de un grupo de valientes, uno de esos soberbios navíos de nuestros dominadores......

—¿Sois marino? ¿sabeis manejar las armas?

—Soy marino, y sé manejar tan bien el puñal ó el hacha de abordaje como el mosquete de cazador de toros.

—¿Quereis esperar la nave que venga á recoger á vuestros compañeros, ó preferís partir conmigo?

—Partiria mejor con vos, si tuviera tiempo de despedirme antes de la mujer que amo.

—¿Amais?

—¡Con todo mi corazon! ¡con delirio!

—Ahora estoy mas contento de vos; corazon que ama con tanto ardor, es corazon grande, porque es capaz de grandes pasiones, es capaz de acciones heróicas: si esa mujer no vive lejos de aquí, aun podeis despediros, porque está amaneciendo ya, y yo no partiré hasta mañana antes de amanecer; teneis, pues, á vuestra disposicion un dia y casi toda una noche.

—Es suficiente; partiré con vos.

—Antes, sabed que nuestro viaje estará lleno de peligros; podemos caer en manos de los españoles, podemos zozobrar, porque atravesaremos el mar en una canoa.

—No importa, contad conmigo.

—Entonces hasta mañana antes de amanecer: ¿y adónde os encuentro?

—Buscadme en el cabo del Tiburon.

—No faltaré.

—Y aquellos dos hombres se estrecharon la mano con efusion y salieron juntos de la casa.

Morgan se perdió entre un bosque de mangles y Brazo-de-acero tomó el camino de la aldea de San Juan.

Comenzaba á amanecer: en aquella hora, el lugar en que se habian reunido los conspiradores era ya un desierto, sin que pudiera adivinarse que habia habido allí gente, mas que por las columnitas de humo que se levantaban aún de algunas hogueras convertidas en ceniza y próximas á extinguirse.

Cuando el cazador llegó á la aldea, comenzaba ya á notarse el movimiento de la poblacion, que salia del sueño; habia abiertas algunas casas, en donde brillaba la luz artificial, porque la del dia aun no alumbraba bien.

El judío Isaac estaba ya de centinela en la puerta de su taberna.

Brazo-de-acero pasó de frente sin saludar al judío, y siguió caminando tan distraido, que durante un largo rato no observó que un perro le seguia á muy corta distancia.

Casualmente se detuvo, y el animal se detuvo tambien; entonces Antonio lo miró y lo reconoció; era el Titan, el perro que él habia regalado á Julia, pero que venia adornado con un hermoso collar.

Seguramente aquello tenia para el amante alguna significacion, porque sus ojos brillaron de alegría y la nube que ofuscaba su frente se disipó; y sin detenerse un momento, y sin hacer siquiera un cariño al perro, comenzó á caminar precipitadamente, dirigiéndose á uno de los bosquecillos que rodeaban la aldea.

Llegó así hasta lo mas espeso, miró si álguien le observaba, y acercándose al perro le quitó el collar.

Aquel collar tenia un secreto; era una especie de bolsa, formada de la misma piel de que estaba forrado, pero he-

cha con tal disimulo, que á menos de conocerla con anticipacion, hubiera sido muy difícil encontrarla.

Allí habia una cartita que Brazo-de-acero sacó y abrió con mucho cuidado; la carta era de Julia y decia:

«ANTONIO:

«Somos muy desgraciados: ¿esperas como yo en Dios? A media noche ven, y espérame en el jardin. Adios.

«JULIA.»

Brazo-de-acero cortó una de esas primorosas flores color de violeta de que se viste el guayacan, y la puso en el lugar en que estuvo la carta; aquello era ya una contestacion: volvió á colocar al Titan su collar, y le dijo mostrándole el camino:

—Vamos; vete, vete.

El inteligente animal agachó las orejas y partió corriendo; el cazador leyó todavía diez veces aquella carta y la guardó.

Atravesó en seguida la aldea, y una hora despues, los cazadores le veian llegar meditabundo y encerrarse en su cabaña.

El amor, el patriotismo, la ambicion de gloria y las esperanzas del porvenir, levantaban una tempestad en el corazon de aquel hombre, que se sentia capaz de todo lo grande, y veia abierta para él una senda de aventuras maravillosas en su enganche con Morgan; que comprendia cuán feliz podia ser al lado de Julia y la perdia; que conocia que iba á romper los últimos vínculos que le unian con la sociedad, y alejarse así para siempre de la mujer que amaba.

Por eso en todo el dia no salió de su cabaña, y por eso se fingió dormido cada vez que alguno de los cazadores llegaba á hablarle.

El pasado y el porvenir, el temor y la esperanza, se presentaban en su imaginacion con colores exagerados, como les sucede á todos los hombres cada vez que tienen que dar un gran paso en su carrera.

Durmió un rato, y soñó que Julia y Morgan echaban suertes sobre su corazon; despertó sobresaltado y volvió á la realidad.

Era que el pirata habia ganado la partida.

VIII.

La última cita.

PEDRO Juan de Borica no faltó á la casa de la señora Magdalena para saber su resolucion, que ya desde antes comprendia que le seria favorable.

Como todos los tontos, Pedro Juan era presuntuoso, y como todos los hombres que padecen esta debilidad, pensaba mucho en sus atractivos personales, y creia que una sortija, una cadena mas, ó una rica joya en el sombrero, son el mejor adorno de un pretendiente y el mejor anzuelo para una dama.

Estos hombres piensan que las mujeres son como las aves, que caen desvanecidas con la luz del sol que hiere sus ojos reflejándose en un espejo, y tienen á la parte mas espiritual y mas bella de la humanidad, á la mujer, en el mismo concepto en que ellos merecen que se les tenga.

La señora Magdalena esperaba ya á Juan: la señora Magdalena no era una mujer vulgar que se dejara seducir por

el rico trage y las alhajas del desollador; pero conseguir un marido rico y tonto á los cuarenta años de edad, es una tentacion á la que muy pocas damas no sucumbirán.

El matrimonio que el desollador proponia á la madre de Julia, era para ella, que habia perdido hasta la idea de las segundas nupcias, una especie de milagro, un don maravilloso de la Providencia; por eso esperaba impaciente al español, no sin sentir vagos temores de que se hubiera arrepentido. Era natural, y nadie dejará de disculpar á la juiciosa viuda de Lafont.

Al mirar al desollador que entraba al jardin, la señora Magdalena, á pesar de sus cuarenta abriles, se puso encendida y procuró tomar un aire interesante, y su corazon latia con violencia: una mujer tiembla para decir que sí, y permanece serena cuando está decidida á decir no. Esto no arguye mucho en favor del sexo hermoso.

—Señora—dijo Juan despues de saludar—vengo á saber mi sentencia—y agregó en su interior:—es buena moza; ¿cómo no me habia fijado en ello? seria porque no era mia.

—Caballero—contestó la señora Magdalena bajando la vista y encendiéndose más—casi no he pensado.......

—¿No habeis pensado, señora? ¿tanto así me despreciais?......

—¡Oh! despreciaros, no; por el contrario.

—Entonces, ¿sereis mi esposa?—exclamó el desollador tomando una de las manos, todavía bonitas, de la señora Magdalena.

—No sé qué deciros—contestó ella sin retirar su mano.

—Audacia!—pensó Juan, y llevando á sus labios aquella mano, exclamó:

—Señora, no me hagais sufrir mas.........¿sereis mi esposa?

—Sí—contestó trémula la señora Lafont, abandonando su mano á los apasionados besos del Oso-rico.

En aquel momento Juan se hacia la ilusion de que amaba de veras á aquella mujer, y ella por su parte lo creia y comenzaba á sentir tambien ilusion por aquel hombre.

Es que el amor es una pendiente en la que basta creer que se desciende para descender sin remedio; es bastante creer que se ama para amar de veras.

—Magdalena—dijo el desollador tomando ya un lenguaje mas franco—¿cuándo quereis que se haga la boda?

—Cuando vos lo dispongais—contestó con alguna timidez la señora Lafont.

—En ese caso, cuanto mas pronto es mejor, porque deseo cuanto antes salir de aquí; ¿os parece, hermosa mia?

Muchos años habian pasado sin que la señora Magdalena se oyera llamar «hermosa mia,» y aquella frase cayó en su corazon como un baño de felicidad.

—Sí, cuanto mas pronto mejor—contestó comenzando á animarse;—saldremos de la isla; pero si os parece á vos, ante todo es fuerza salir de esta aldea.

—Por supuesto; afortunadamente todo mi capital puede realizarse en un solo dia, digo lo que aun tengo en mercancías; y esta vuestra casa, sobrarán personas que la compren luego que sepan que está de venta, y en el momento nos vamos para Santo Domingo, y ya en la ciudad, podremos con calma pensar el punto á que debemos ir á radicarnos para vivir felices y tranquilos.

—Eso es muy bien pensado, muy bien pensado.

Y pensando en la vida dulce que les esperaba, y mezclando estos planes con frases de amor que la señora Magdalena oia con gusto y que Pedro Juan decia casi de buena fe, aquella conferencia se prolongó por mas de una hora,

hasta que el desollador se despidió para ir á preparar el matrimonio y el viaje.

—Pues no estaria yo disgustado—decia él entre sí y caminando para la casa—si tuviera necesidad de vivir siempre con la madre; está fresca la viuda y buena moza, y además es amable, y tiene unas manitas....... Vamos, si es la raza, la raza...... me gustan las francesas......

Julia no habia oido nada de lo que la señora Magdalena habia hablado con Juan; pero lo comprendió, porque le vió salir á él muy alegre, componiéndose el jubon, y encontró á su madre con el rostro encendido y la sonrisa en los labios.

Tal impresion y tan grata habia causado á la señora Magdalena aquel inesperado matrimonio, que casi ni habia reconvenido á Julia por sus amores con Brazo-de-acero: la madre, entregada completamente á su felicidad, habia olvidado la conducta de su hija.

Julia temió al principio una tempestad doméstica; pero las horas habian pasado y la señora Magdalena tenia para ella sonrisas y buen humor; la jóven cobró ánimo, y se atrevió por eso á dar una cita á Brazo-de-acero.

Llegó la noche, y Julia contaba los minutos con impaciencia; le parecia que la señora Magdalena tardaba demasiado en retirarse á su estancia; pero procuró disimular, hasta que por fin llegó la hora del silencio.

Julia se cercioró ante todo de que su madre se habia recogido, y luego se dirigió á la ventana de su estancia que caia al jardin, y se puso á esperar.

Los vientos de la noche mecian las copas de los árboles con un rumor melancólico y dulce; la luna iluminaba débilmente los horizontes, dando al firmamento un color verde y apacible, y el silencio de los bosques se interrumpia por

el canto de algunas aves nocturnas ó por el mugido de las vacas.

Julia esperó largo tiempo; pero en aquel tiempo su imaginacion viajó por el pasado, exploró el porvenir desconocido, y se fijó con tristeza en el presente.

Estaba profundamente distraida, cuando un rumor ligero en el jardin la hizo volver en sí.

A la luz de la luna reconoció al jóven cazador que se acercaba.

—Espérame—dijo Julia en voz baja.

El cazador se ocultó bajo la sombra de un árbol, y poco despues vió llegar á Julia.

—Mi madre duerme profundamente—dijo;—pero creo que podemos hablar con mas tranquilidad fuera del jardin.

Y sin esperar mas respuesta, se dirigió á la salida que estaba en la tapia, oculta por la maleza y las enredaderas: Brazo-de-acero la seguia sin hablar.

Salieron al camino y se internaron en un bosquecillo.

—Antonio—dijo Julia de repente deteniéndose—¿es verdad que somos muy desgraciados?

—¡Sí, Julia mia, lo somos!......

—¿Y qué piensas hacer tú ahora?

—Julia, si yo no te amara con tanta pureza, si mi pasion no igualara á mi respeto, yo te diria: Julia, sígueme, huyamos, y serás mia en los bosques, y vivirás en mi cabaña, y serás la mujer del cazador, y nuestros dias se deslizarán llenos de encanto y dulcemente como las auras que pasan entre las flores; pero no, amor mio, tengo aun mas amor por tí que tú; comprendo que entonces seriamos felices, pero que te arrancaria yo de la sociedad, del mundo, adonde tú y yo debemos volver algun dia, adonde te llevaré con orgullo llamándote mi esposa: comprendo que si huyeras

así conmigo, si abandonaras así á tu madre, despues de la dicha de los primeros dias vendría para tí el remordimiento, y el pesar, y el hastío, y me dejarias de amar.

—¡Antonio! no digas eso.

—Sí, ángel mio, te lo digo porque es la verdad: yo soy caballero, soy noble; si me miras viviendo en la montaña, unido con los cazadores, no es porque yo sea un aventurero sin nombre, sin familia, sin fortuna, no, Julia; en esta noche, que precede quizá á una larga separacion, quiero decirte esto: quién soy, algun dia lo sabrás; por ahora, alma de mi vida, bástete saber que no soy un hombre indigno de tu amor.

—Quien quiera que seas, Antonio, noble ó plebeyo, poderoso ó miserable, marqués ó cazador de toros, te amo y te amaré siempre por tí, por tí no mas; respetaré tu secreto, sin pretender saberlo, acataré tus determinaciones cualesquiera que ellas sean, porque te adoro, porque no tengo mas voluntad que tu voluntad, mas deseos que tus deseos, mas esperanzas que tus esperanzas: habla, dí, manda, Antonio; tuya soy, y tú dispones de mi vida, de mi honra, de mi porvenir.

—¡Alma de ángel!—exclamó el cazador, estrechando á Julia entre sus brazos—tu inocencia y tu amor son las murallas de tu virtud: escúchame: mañana debemos separarnos; pero júrame que me serás fiel, y yo te respondo del porvenir, y yo te aseguro que seremos felices.

—¡Te lo juro!—dijo la jóven con exaltacion.

—¿Sean cuales fueren las peripecias de tu vida y de la mia?

—Sí.

—¿Aunque te ofrezcan un brillante matrimonio?

—Sí.

—¿Aunque oigas decir de mí cuanto malo hay sobre la tierra, aunque te digan que soy infiel á tu amor, que he muerto?

—Sí, sí!—exclamó Julia llorando.

—Julia, no olvides ese juramento que Dios recibe en estos bosques.

—¡Nunca!—dijo la jóven, cada vez mas exaltada.

Y aquellas dos almas ardientes se confundieron en un beso prolongado.

—Adios, Antonio—dijo Julia arrancándose de los brazos del cazador—adios: ¿volveré á verte pronto?

—No, Julia, mañana partiré.

—¿Vas á partir?—exclamó espantada la doncella;—¿y para dónde? ¿para dónde?

—No lo sé; voy á seguir mi destino, voy en busca de la libertad y de la venganza de mi país.

—Explícate, explícate, por Dios; tus palabras envuelven para mí un misterio que me causa miedo: Antonio, ¿adónde vas? ¿qué vas á hacer?

—Julia, mañana parto de la villa con Morgan; soy ya de los suyos.

—¡Dios mio! ¿tú con Morgan, Antonio? ¿tú, tan noble, tan bueno, tú partir con ese pirata, cuyo solo nombre causa terror? ¿tú pirata tambien? ¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! ¿qué va á ser de mí? ¿qué va á ser de nosotros?

—Cálmate, ángel mio, cálmate......

—¿Calmarme, Antonio? ¿pero tú crees que yo no comprendo los peligros inmensos que te esperan? ¿crees que yo no sé que va á comenzar para tí una vida de escenas y de combates terribles, espantosos? ¿ignoro acaso, Antonio, que todos los piratas están sentenciados á morir, y con una muerte vergonzosa, con la muerte de la horca? ¿y quieres

que me calme cuando veo el rayo sobre tu cabeza? Es imposible, imposible......

Julia, como loca, lloraba y alzaba los brazos al cielo.

—¡Julia! ¡Julia!—decia el cazador, espantado de aquel arranque de desesperacion—¡Julia, en nombre del cielo, por nuestro amor, te lo suplico; cálmate y escúchame.

—¿Y qué puedes decirme que calme mi afliccion? ¿tú que vas á exponer tu vida, sin pensar que esa vida es la mia, que la idea sola del peligro que vas á correr será la causa de mi muerte?......

—Es, Julia mia, porque tú crees que esos peligros son tan grandes y tan continuos como piensa el vulgo: no, amor mio, todas son exageraciones de la fantasía. Oyeme: ¿recuerdas cómo te pintaban la vida de los cazadores? ¿recuerdas que temblabas por mí á cada instante? Y bien; ¿qué ha sucedido, amor de mis amores? ¿no estoy á tu lado vivo y tranquilo? ¡Oh, Julia! no creas en esas leyendas, que no servirán mas que para hacerte desgraciada.

—Antonio, tú me engañas, tú dices todo eso por darme valor para calmarme, pero no lo crees así tú tampoco; la vida de los cazadores es azarosa, pero no puede compararse con la de los piratas; yo lo sé, Antonio, lo sé; y si temblaba por tí cuando cazabas en las montañas, ¿qué sentiré ahora que vas á vivir con los piratas, con ese Morgan, con ese hombre infame á quien detesto desde hoy porque ha venido á comprometerte, porque ha venido á arrebatarme la calma, la felicidad, la vida?

—No pienses así, Julia, porque me despedazas el corazon; te amo mas que á mi misma vida; nada hago, nada digo sin pensar en tí: tú eres mi espíritu, mi aliento, mi inspiracion; por tí siento la sed de la gloria y de la ambicion, por tí quiero vivir, por tí desprecio los peligros,

y sin tí, norte de mi existencia, ¿qué puede halagarme ni sobre la tierra ni en el cielo? ¿Qué soy sin tu amor? árbol seco, fuente agotada, hoguera que se apaga; máquina triste y miserable que se arrastra penosamente sobre la tierra, sin fe, sin esperanza, sin porvenir. ¿Y cuando tanto te amo, y cuando no mas en tí y en tu amor pienso, crees, Julia mia, que quisiera perder la vida, para separarme eternamente de tí, para herir tu corazon?......

A medida que Brazo-de-acero hablaba, el rostro de Julia se iba poniendo radiante, sus ojos brillaban de placer, y aun el viento de la noche no oreaba las lágrimas que como brillantes temblaban entre sus sedosas pestañas, y ya una sonrisa de inefable felicidad asomaba en su boca fresca y purpurina.

—Antonio, amor mio—exclamó sin poderse contener—¡cuán feliz soy con que me ames así! ¡cuán feliz soy! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡mándame todas las desgracias de la tierra, pero no me quites este amor! ¡Antonio, ya no lloro! tú me amas! tú tienes nuestra dicha en tus manos! ¡Adios! ¡adios! Haz lo que quieras, pero ámame y seré feliz.

—¡Adios!—exclamó el cazador.

Y la jóven, ligera como una gacela, se desprendió de sus brazos y se entró al jardin.

IX.

La primera empresa.

Un mes habia pasado desde aquella despedida de Julia y su amante, y en un mes todo habia cambiado.

Pedro Juan de Borica el desollador se casó con la señora Magdalena, y abandonaron la aldea de San Juan de Goave y se retiraron á la ciudad de Santo Domingo á esperar una oportunidad para embarcarse y pasar á la Nueva-España. La señora Magdalena habia llevado naturalmente consigo á Julia.

Pedro el desollador se retiraba muy rico de su comercio, la casa de Julia habia sido vendida á mas precio, y todos calculaban que el desollador llevaba un fuerte capital para emprender grandes negocios en México.

Al mismo tiempo se habia sabido la noticia de que un gran número de cazadores habian desaparecido, y se aseguraba que estaban ya enganchados con los piratas.

Esta noticia, que corrió veloz, alarmó á los gobernadores

españoles de las islas del mar de las Antillas, y muy pronto se despacharon cartas á la corte de España, anunciándole que el temible Juan Morgan preparaba alguna cosa grave é importante contra los intereses de la corona.

Un dia, en las aguas que bañan las costas del Sur de la isla de Cuba, confundiéndose casi en el horizonte, se alcanzó á divisar una vela que avanzaba ganando tierra; aquella vela se acercaba y crecia, cuando otra apareció tras ella, y luego otra y otra y otra, hasta contarse doce, que como una parvada de garzas blancas que vuelan sobre la superficie del mar, se allegaban cada momento mas y mas á la tierra.

Era de tarde; el mar estaba tranquilo y las olas venian, como lánguidas y perezosas, á chocar en las rocas de la playa, agitándose apenas aquel inmenso espejo de plata líquido y movedizo.

El viento era favorable, y aquellos navíos podian haber llegado hasta la costa, y aquellas tripulaciones podian haber efectuado un desembarco sin obstáculo; pero no fué así, y á corta distancia, cuando el grito triste del hombre que echaba la sonda en la embarcacion que venia por delante anunció que podian echarse las anclas, el bajel, como un caballo refrenado por su ginete, se detuvo estremeciéndose: se oyó despues el ruido de las cadenas, el pito del contramaestre, el golpe del ancla en las aguas, y el navío quedó balanceándose sin avanzar.

Las demás embarcaciones imitaron la maniobra de las primeras, y poco despues toda aquella flota estaba anclada á la vista de la isla.

Un hombre contemplaba desde el alcázar del primer navío todas aquellas maniobras, y las contemplaba con cierta especie de indiferencia y desden.

Cuando todos los navíos estuvieron anclados, aquel hombre dió una órden, y una bandera y un gallardete fueron izados inmediatamente en el palo mayor.

Entonces de todos los demás buques se botaron al agua las lanchas, se pusieron escalas, y de todos ellos bajaron algunos que parecian jefes, y se dirigieron á fuerza de remos al buque que habia hecho la señal: casi todos llegaron al mismo tiempo, y todos subieron, dejando al rededor de aquel navío sus botes con sus marineros.

El hombre que habia dado la señal era Juan Morgan, el almirante de aquella armada de piratas, y llamaba á los capitanes de los navíos para tener con ellos su primer consejo, como se los habia anunciado al engancharlos.

Estaban en las aguas del Sur de la isla de Cuba; tenian una armada respetable; iban á decidir de la suerte del comercio y de la marina española, á fijar el punto y el dia para el primer combate y la primera empresa.

Juan Morgan cumplia su palabra.

La tarde era apacible y la brisa fresca agitaba la bandera y el gallardete izados en el navío del almirante.

Sobre la cubierta de aquel navío, los piratas tenian su consejo, como hubieran podido celebrarlo los generales de un ejército en un campamento la víspera de una batalla.

—Una escuadra española—dijo gravemente Morgan—debe llegar en estos dias á la isla Española; lleva destino de custodiar las urcas y los navíos que el virey de la Nueva-España debe enviar cargados de reales; lleva tambien encargo de proteger unas naves con ricos cargamentos que envian á Veracruz los de Maracaibo; con la flota vienen tambien algunos navíos de España, y es el almirante de ella D. Alonso del Campo y Espinosa.—Ha llegado,

pues, el momento de obrar, y voy á daros cuenta de mis planes.

Todos los piratas redoblaron su atencion.

—Nos presentaremos á la vista de la escuadra española y procuraremos aprovechar la mas ligera oportunidad de apoderarnos de alguno de sus navíos, sin presentarles nunca una batalla: si la suerte nos favorece, bien; si por el contrario, nada conseguimos, al dirigirse los españoles á las costas de Yucatan ó de Veracruz, nosotros embestiremos á Panamá ó á Cartagena; despues ya veremos: ¿os parece?

—Sí, contestaron todos los piratas.

—Pero todo esto requiere otra especie de organizacion: nuestra armada se dividirá en dos partes; la una, que irá delante de las naves españolas, distrayéndolas; y la otra, cuyo mando conservaré yo, irá á tomar la isla de Santa Catalina, que debe ser nuestra base de operaciones para atacar las ciudades y pueblos de Tierra-firme.

Los capitanes hicieron un signo de aprobacion.

—¡Brodeli! exclamó Morgan.

Un hombre de elevada estatura, que estaba entre los capitanes, se puso en pié.

—Te nombro—dijo Morgan—vice-almirante y jefe de la segunda flota; toma los navíos que quieras, haz lo que he dicho, y cuando hayas cumplido, vuelve á la isla de Santa Catalina, que será ya nuestra: esta noche te entregaré por escrito mis instrucciones, y antes que el sol se levante, si el viento es favorable, toda la escuadra habrá levantado anclas: ¿entendeis?

Todos se inclinaron.

—Podeis retiraros.

Los piratas se levantaron y comenzaron á descender á sus botes y á marchar á sus respectivos navíos: entre aquellos

hombres habia ingleses, franceses, italianos; pero todos obedecian sin replicar las órdenes del almirante que habian elegido: entre aquellos hombres reinaba una subordinacion y una disciplina que hubiera podido envidiar la armada real de España.

Solo el italiano que habia respondido al nombre de Brodeli y que habia sido nombrado vice-almirante así, de una manera tan sencilla, permaneció en el navío de Morgan, como esperando nuevas órdenes.

—Escúchame—le dijo el almirante;—lo que te he encargado tiene, además del objeto de distraer al enemigo, el de conocer el número y la clase de su tripulacion; su armamento, sus pertrechos, sus intenciones, si es posible, y el carácter y la índole del almirante.

—Está bien—contestó Brodeli.

—He aquí cómo debes de manejarte para saberlo: la armada debe tocar en la Española; uno de los nuestros, el mas valiente, el de mayor inteligencia, el de mas confianza, debe desembarcar tambien en la isla y acudir al puerto adonde vaya á anclar la armada; allí averiguará cuanto pueda; despues tomará servicio con el almirante español, y servirá con actividad, á ganar, si le es posible, alguna confianza, y luego, cuando tenga ya suficientes noticias, que procure volver á reunirse contigo ó conmigo, es indiferente.

—¿Pero esto, cómo le será posible?

—Él lo procurará; si muere, será su destino; si lo consigue, es su deber.

—¿Y quién será ese hombre? porque yo no creo que tengamos en la escuadra uno á propósito para tanto.

—Es porque aun no conoces la gente; yo te le daré.

Morgan se separó del italiano, desapareció por una escotilla, y volvió poco despues, seguido de Brazo-de-acero.

—Aquí le tienes—dijo el almirante.

Brodeli examinó por un momento la figura interesante de Antonio, que estaba delante de él mirando distraidamente las olas que venian de lejos á chocar en los costados del buque.

—¿Sabrá algo de la maniobra?—dijo Brodeli—porque.....

—Vale tanto como el mejor piloto.

—¿Está instruido de lo que va á hacer?

—Sí, y además, tú te encargarás de decírselo.

—Perfectamente. ¿Partirá conmigo?

—En este momento.

—¿Cómo se llama?

—Antonio.

—¿No mas?

—En el mar, no mas.

—Bien: ¿y el pliego de instrucciones?

—Tómale—dijo Morgan, dando al italiano un grueso pergamino;—nada falta aquí.

—¿Puedo retirarme?

—Retírate, y hasta vernos en las costas de Santa Catalina.

—Seguidme—dijo Brodeli á Antonio.

El jóven sin replicar siguió al italiano; al llegar á la escala, sintió que le tocaban el hombro; volvió el rostro, y era Morgan que le tendia la mano de despedida.

Antonio estrechó sin hablar aquella mano, y descendió al bote.

Poco despues llegaron al navío que montaba Brodeli.

La noche tendió su manto negro sobre los mares, y entre las sombras se oyeron ruidos y voces de mando, y los silbidos de los pitos de la maniobra.

Cuando la aurora volvió á brillar, todos aquellos buques habian desaparecido, y apenas en el horizonte se alcanzaban á ver algunas velas que se alejaban.

Iba á comenzar una época de combates, que debia costar muy caro á la monarquía española.

X.

Santa María de la Victoria.

COMO lo habia anunciado Morgan, los habitantes de la isla Española vieron llegar á sus costas una poderosa escuadra con la bandera de Castilla, y convoyando algunos navíos mercantes que llevaban destino á Nueva-España.

La escuadra debia detenerse allí muy poco tiempo, porque segun se susurraba, el almirante tenia órden de buscar aquellas aguas para perseguir y ahuyentar á los piratas que hostilizaban á los buques españoles.

Algunos oficiales saltaron á tierra, y la isla pareció animarse, porque hasta el interior llegó luego luego la noticia de la llegada de aquellos navíos.

A la segunda tarde de permanecer la armada en las aguas de la Española, uno de los oficiales del navío «Santa María de Gracia» caminaba con algunos de su amigos conversando alegremente, cuando se presentó delante de ellos un hombre, jóven aún, y con el trage de la clase pobre.

—Perdóneme su señoría—dijo dirigiéndose al oficial;—yo no sé cómo se entenderán esas cosas entre los señores, pero yo quisiera irme en esos navíos.

—Irte, ¿adónde?—dijo el oficial, procurando comenzar una conversacion burlesca con aquel hombre.

—Adonde vayan; es decir, acomodado, enganchado.

—¿Sí? pues fácil es como entiendas tú algo de la maniobra.

—No quedaria disgustado su señoría.

—¿Sabes los nombres de toda la cabullería de maniobra y su laboreo?

—Sí, señor, y cuanto su señoría mande; correr un moton, abarbetar, embragar, tomar un rizo, pasar una boza y aguantarla......

—Bien; ¿y sabrás vogar?

—Manejo el bichero como el que mejor lo haga, y sé gobernar una lancha tanto con timon como con espadilla......

—¿Y qué mas sabes?

—Conozco bien la rosa de los rumbos, y sé cuartear la aguja náutica como un timonel.

El oficial comenzaba á mirar con atencion á aquel hombre.

—¿Has sido marino?—le preguntó.

—No, señor.

—Entonces, ¿cómo sabes todo eso?

—Mi padre era español, rico, y dueño de algunos navíos; vivimos en un puerto muchos años, y así se comprende cómo conozco la maniobra.

—¿Y ahora?—preguntó el oficial, siguiendo sin querer la historia que le dejaba adivinar aquel hombre.

—Ahora, mi padre perdió su fortuna, murió pobre, yo quedé lo mismo, y quiero ver si logro siquiera ganar el pan para vivir.

—Y quieres tú pertenecer á la marinería ó á la gente de guerra de la armada?

—Me es igual; con tal de que me consiguiérais una plaza, os viviria yo muy reconocido.

—¿Conoces tambien el ejercicio de los cañones?

—Cuando era yo jóven lo ví practicar muchas veces; creo que me seria muy fácil recordarlo.

—Perfectamente; mañana temprano espera en este mismo lugar, que vendrán á buscarte.

—Sí, señor.

El hombre se quitó del camino y se inclinó con gran respeto al pasar el oficial, y este por su parte siguió su paseo diciendo alegremente:

—Yo conozco mucho á la gente de mar, y este hombre es para nosotros una buena adquisicion......

Aquella noche debió haberse arreglado todo, porque á la mañana siguiente una lancha tocaba el costado del navío «Santa María de la Victoria,» y el primero que tomaba la escala de cuerda para subir, era el hombre que hemos visto hablar con el oficial.

Nuestros lectores habrán conocido sin duda que aquel nuevo voluntario de la armada española, no era otro que Antonio el cazador.

El almirante dió por fin la órden para levantar las anclas al siguiente dia, y entonces comenzó en tierra y á bordo, sobre todo en los navíos mercantes, una agitacion extraordinaria.

La inseguridad en que se encontraban los habitantes de la isla Española por motivo de las incursiones de los piratas, habia hecho que muchos de ellos no estuviesen esperando sino que hubiera un convoy bien custodiado para tras-

ladarse á otra parte, y aquella ocasion habia llegado, y muchas familias emigraban á la Tierra-Firme ó á México.

Naturalmente esto producia gran movimiento, y las aguas del puerto estaban sembradas de canoas y de botecillos que iban y venian en todas direcciones.

La playa era un anfiteatro cubierto de espectadores, y sobre la cubierta de los navíos, los que iban á abandonar quizá para siempre aquella tierra, la contemplaban con melancólica atencion.

Los navíos de guerra parecian contemplar con todo el desden de un veterano aquellas escenas de familia, porque apenas se veia algun marinero que cruzara por ellos, y solo se distinguian á los centinelas, que como una parte del mismo buque, parecian no parar en nada su atencion.

Las olas, suaves algunas veces y fuertes otras, venian á azotar los costados de los buques, se resbalaban despues por ellos como rios de plata y de brillantes, y seguian su eterno movimiento hácia la playa.

Poco á poco los navíos comenzaron á desplegar su velámen blanco y majestuoso, y aquella escuadra, que á lo lejos parecia un bosque de encinos en invierno, se convirtió en una especie de ciudad con altos y grandes edificios.

Sonó el cañonazo, y rompiendo las aguas, abrieron las quillas un camino espumante sobre el mar, que quedaba aún señalando el paso de los buques cuando estos se alejaban ya.

Soplaba el viento favorable, henchíanse las lonas, y las embarcaciones se deslizaban oscilando graciosamente.

Aquella partida era de buen agüero para los marinos.

El dia se pasó en esa monotonía del mar; olas y cielo

siempre iguales, las unas en eterno movimiento, el otro en inmobilidad eterna.

La tierra iba desapareciendo entre brumas que envolvian el horizonte como nubes de polvo, y el sol comenzaba ya á hundirse en el Occidente.

Las sombras de la noche ennegrecieron primero las olas, despues el firmamento; luego la luz se extinguió, y el mar con sus fosforescencias interrumpia solo de cuando en cuando aquella uniformidad triste, aquel inmenso crespon negro tendido sobre el universo.

El navío almirante encendió tres faroles en la popa y uno en la gavia, y todos los demás navíos encendieron entonces un farol en la popa.

—¿Qué señal tenemos?—preguntó Antonio á un marinero con quien habia procurado intimarse.

—En esta escuadra, esa señal quiere decir que no hay peligro.

—¿Y pensais que pueda haberle?

—Mil demonios! ¿de dónde salís vos, que no habeis oido hablar de esos demonios de piratas que abundan por estos rumbos?

—He vivido en tierra, en la que no les temen.

—¿No les temen? mala racha me hunda: ¿es decir que creeis que yo les temo?

—No tal; juro......

—Así salieran todos ellos con el mismo Morgan, que nuestra «Santa María de la Victoria» tiene tantas bocas de bronce, que habian de recibir mas consejos esos demonios que su obra muerta habia de parecerse á mi camisa vieja.

—Ya lo creo.......

—Y luego que el capitan Don Andrés Zavalociten es una

fiera; así le abordaran un navío como á mí hacerme decir misa.

—¿Valiente?

—Al zafarrancho de combate se pone contento como con la música: yo quisiera que se ofreciera; por el alma de mi padre que os habia de gustar.

—¿Y tendremos que caminar mucho tiempo por aquí?

—Es la verdad que yo no lo sé bien; pero por lo que oimos nosotros, hasta acabar con los piratas y llevarle á S. M. las cabezas de todos esos perros, que Dios confunda.

En este momento un relámpago que parecia salir del seno del mar, brilló en el espacio, y luego se escuchó una detonacion sonora y prolongada.

—¡Cañonazo!—exclamó Brazo-de-acero.

—Señal—contestó el otro.

Y el capitan apareció inmediatamente sobre cubierta, y todos los marineros y los soldados se pusieron á escuchar con ansiedad.

Pasaron algunos instantes, y luego sonaron tres cañonazos consecutivos, y luego silencio.

—¿Qué indica?—preguntó Antonio muy bajo.

—Que se descubren embarcaciones sospechosas.

—¿Y quién dió la señal?

—Uno de los navíos cazadores que va á la descubierta.

El capitan permaneció inmóbil sobre cubierta.

En el navío almirante se apagó el farol de la gavia, y todos los demás navíos lo imitaron, apagando tambien el farol que llevaban encendido en la popa.

—Puede que no haya nada, y lo sentiré—dijo el marinero;—que los únicos que podrian peligrar serian estos mercantes, porque una bala les arranca toda la cáscara.

Volvió á sonar un cañonazo, despues de un intervalo otro, y trascurrido un minuto cinco seguidos.

—Escuadra enemiga, y huye—dijo el marinero.

Antonio comprendió ya lo que era; la segunda escuadra de Morgan, mandada por el vice-almirante, comenzaba á maniobrar, segun las instrucciones que tenia; aquella alarma debia de durar ó convertirse en un combate.

Las señales de los cañonazos seguian, y el marinero explicaba á Brazo-de-acero su significado.

—El enemigo navega en popa ó largo.

—Piden permiso para continuar la caza.

—El navío almirante contesta concediendo.

Así pasó mas de una hora, hasta que sonó una señal que hizo levantar el rostro al marinero como con asombro; fué un cañonazo, y luego tres, y luego otros tres.

—¿Qué hay?—preguntó Antonio.

—Que el enemigo vira de bordo.

—¿Creeis que quiera combate?

—¿Pues para qué virar? solo que vengan á darse prisioneros.

—¿Otra señal?

—Sí...... ciñe á babor.

El navío almirante disparó dos cañonazos, y luego uno, y despues dos.

—¡Ahora sí!—dijo el marinero enderezándose.

—¿Qué es eso?

—Formar una pronta línea de combate.

—¿Sin tocar zafarrancho?

—Esta señal lo previene.

En efecto, en aquel mismo momento se sintió en todos los navíos un movimiento activísimo, y en todos ellos se escuchó el toque de zafarrancho.

Como corceles dirigidos por diestros ginetes, todos los navíos se movieron á tomar su lugar en la línea de combate, que se formó sobre la columna de los que iban á Sotavento, y muy pronto pudo, á pesar de la oscuridad de la noche, comprenderse que la línea estaba ya formada y los navíos mercantes á retaguardia.

Entonces comenzaron ya los preparativos para el combate.

XI.

El Ilustre "Cántabro."

ENTRE los navíos mercantes que caminaban al amparo de la real flota española, se contaba uno que mas parecia vogar por la fe de su capitan y por un prodigio, que por la disposicion de su aparejo y la resistencia de su casco.

Llamábase pomposamente *El Ilustre Cántabro*, y viejo y mal servido, parecia arrastrarse sobre las olas como una gaviota herida de una ala, y apenas soltando todo su velámen, podia seguir la derrota de sus protectores los navíos de la real armada.

El capitan de aquel milagro náutico se llamaba Don Simeon Torrentes, viejo marino, gruñon aunque taciturno, que decia cada juramento que hacia temblar la arboladura, y que dirigia á la tripulacion con menos miramientos que un tratante de mulas en la Nueva España á su mercancía.

Los marineros, cortados por el mismo molde, eran casi todos viejos, y habian visto crecer su barba y encanecer su pelo en los vaivenes de su buque; y si no pareciera una

exageracion, podria decirse que hasta los grumetes del *Ilustre Cántabro* peinaban canas.

Este navío recibió como pasajeros que se dirigian á la Veracruz, á tres personajes conocidos nuestros.

A la señora Magdalena.

A Julia de Lafont, su hija.

Y á Pedro Juan de Borica, el ex-desollador de la aldea de San Juan de Goave.

Ningun pasajero mas se atrevió á fiar su vida á la suerte que corrieran las mal seguras tablas del «Ilustre Cántabro,» y bien por esto ó por otras razones que no están á nuestro alcance, el mal genio de Don Simeon Torrentes se exacerbó, y Pedro Juan, el Oso-rico, con todo y su nueva familia, fué secamente recibido á bordo.

—Mala facha tiene este hombre—dijo Pedro á la señora Magdalena.

—Como todos los españoles—contestó ella indiferentemente.

—¡Magdalena! ¡Magdalena!—dijo Juan—¿esto es lo pactado? Conveniste conmigo desde el dia de nuestra boda en que no volverias á hablar mal de los españoles.

—Es cierto, y perdóname—contestó ella;—pero algunas veces estas cosas las digo sin reflexionar.

Juan comenzó á sentir á poco los síntomas del mareo, y determinó dar un paseo sobre cubierta para buscar el aire que soplaba favorable á la embarcacion.

El «Ilustre Cántabro,» desplegando todas sus velas, se arrastraba pesadamente sobre las olas, con un movimiento verdaderamente infernal.

El capitan fumaba una pipa sobre cubierta, cuando apareció por una de las escotillas la cabeza del desollador.

El capitan lo vió y apartó los ojos con disgusto, lanzan-

do entre dientes una maldicion: era indudable que Juan merecia todo el desagrado de Don Simeon Torrentes.

Juan dió algunos pasos, y fué despues á recargarse en la obra muerta, mirando tristemente el horizonte; Don Simeon continuaba tranquilamente fumando y lanzando al aire enormes bocanadas de humo, y dirigiendo de cuando en cuando rencorosas miradas á Juan, que ni siquiera le veia.

El *Ilustre Cántabro* parecia mas pesado en estos momentos, y las nubes de humo que arrojaba la pipa del capitan flotaban sobre su cabeza un rato sin disiparse, y luego en ligeras espirales se elevaban al cielo.

Era que el viento habia aflojado y las velas comenzaban á deshincharse.

—¡Mil rayos en la «Santa-Bárbara!»—gruñó el viejo capitan;—he aquí el viento que se nos va......

Y se puso á contemplar el horizonte.

—Y sin razon, y sin razon—continuó.—Trágueme el agua si todas las señales no son favorables; pero el *Ilustre Cántabro* está mas pesado que si corriéramos el viento en una mar de miel....... Por vida del demonio, esta mala facha de pasajero tiene la culpa; él nos espanta el viento: pese á Dios que si no se baja, esta noche se lo doy de cenar á los tiburones.

Juan, que buscaba fresco y aire sobre cubierta, solo encontró sol y calma, y no sintió alivio, y entonces volvió á dirigirse á una escotilla y desapareció.

Por una casualidad, en el momento en que el capitan le perdia de vista, una ráfaga de viento fresco que venia rizando las olas, pasó sobre el *Ilustre Cántabro*, haciendo tenderse sus lienzos y rechinar su vieja arboladura.

Don Simeon Torrentes lanzó una exclamacion, no de gusto, sino de ira.

—¡Por todas las tempestades del infierno! ya está claro: ese condenado que confunda Dios, ese pasajero que mas parece un oso que un cristiano, y á quien en mala hora admití; ese, claro está, ese es el que espanta los vientos y el que en un descuido nos da un dia fatal. Pero si se alborotan las aguas, lo juro por los regaños de mi abuelo, que le encajo al mar hasta que los tiburones den cuenta de él.

El viento siguió soplando hasta la tarde, en que volvió á aflojar completamente, en el momento en que Juan quiso llevar á la señora Magdalena sobre cubierta.

Entonces el capitan no estaba allí, y no pudo ver á Juan; pero debió notar el movimiento tardío del *Ilustre Cántabro*, porque á poco se apareció, dirigiendo una mirada inquieta á las velas que colgaban flojas é inmóbiles: paseó despues la vista en su derredor, y descu brió á Juan y á la señora Magdalena.

Su furor no conoció ya límites, porque para él, Juan era el que le hacia mal al viento, el que lo espantaba; era, por consiguiente, el que causaba el retardo y el peligro con los piratas, si andaban cerca como se decia.

Don Simeon se dirigió precipitadamente á Juan, que hablaba con la señora Magdalena, mirando al mar; llegó hasta donde ellos estaban sin que lo advirtiesen, y parándose detrás de ellos, exclamó, dando una tremenda patada que hubiera hundido la cubierta de otro buque menos acostumbrado á ellas, que el *Ilustre Cántabro*.

—¡Por vida de todos los diablos y demonios del infierno!......

Juan y su mujer se volvieron á verle espantados.

El capitan, apretando los dientes y los puños, miraba al desollador moviendo al mismo tiempo la cabeza; Pedro Juan hubiera retrocedido si le hubiera sido posible.

—¡Hum!......—decia Don Simeon, procurando contenerse.

—¿Pues qué mandábais?—preguntó haciendo un esfuerzo Juan.

—¡Mirad!—le contestó el capitan, tomándole de un brazo y mostrándole las velas casi inmóbiles.

—¿Amenaza mal tiempo?—preguntó candorosamente Juan.

—Lo que amenaza es que os prohibo volver á poner un pié sobre cubierta mientras dure este viaje.

—¿A mí?

—Sí, á vos; ó por el alma de todos los ahogados, os juro que os mando arrojar al mar si dejais de obedecerme.

Juan palideció.

—¿Y por qué?—preguntó con energía la señora Magdalena.

—¿Por qué? ¿y preguntais eso, señora? ¡Con dos mil rayos! ¿no estais viendo que el aire afloja y se va en cuanto este hombre se aparece por aquí?

—¡Pero eso es imposible! ¿qué tiene que ver?—insistió la señora Magdalena.

—Vos sois la que nada teneis que ver, señora, porque así entendeis vos de marina como yo de Papa; estas son cosas que no alcanzan las mujeres: idos á hacer calcetas por allá abajo, y llevaos á este hombre, si tanto os interesa, porque os aseguro, por el dia en que me coman los tiburones, que no me contengo y os mando arrojar al agua, si no lo hacen antes de por sí los marineros.

—¡Dios nos ampare!—exclamó Juan.

—Pero esta es una injusticia—dijo la señora Magdalena.

—¡Qué sabeis vos! Injusticia ó no, el navío no anda y puede perderse, y yo soy responsable, y aquí solo yo mando, y no mas.

—Vámonos—dijo tristemente Juan, y tomando de la mano á la señora Magdalena, volvieron á bajar á su cámara.

Julia pasaba triste y silenciosa sus dias, tenia fe en las promesas y en el amor de Antonio, y sin embargo, se habia apoderado de su corazon una profunda melancolía, y no hacia otra cosa que llorar cuando estaba sola, y pensar en Brazo-de-acero cuando estaba delante de otras personas.

Los bosques de la isla Española, las montañas que recorrian los cazadores, las callecitas tristes de la aldea de San Juan de Goave, todo, todo era para aquella pobre Julia un recuerdo dulcísimo, pero un puñal para su corazon.

Todos han hablado de eso que se llama ausencia, mal unos, bien otros, perfectamente otros, y sin embargo, nadie comprende su amargura si no la siente ó la ha sentido alguna vez.

La ausencia de una persona amada, es indudablemente una de las especies mas terribles de ese mal que ha convenido en llamarse nostalgia. Es la contrariedad del deseo con la fijeza de un recuerdo, la impotencia de la voluntad para apagar la memoria ó para dominar al corazon; es un mal que no tiene mas que dos remedios, pero que son casi un imposible: ú olvidar ó dejar de amar; esto es, recordar sin pasion, ó dejar aquella pasion en el olvido: de esta lucha viene el desaliento, la tristeza, la misma muerte.

Julia se sentia desfallecer recordando la isla Española, donde se habia criado; creia que cuando volviese á encontrar á Brazo-de-acero, en ninguna parte seria tan feliz como en la aldea de San Juan.

La pobre niña no habia visto mas que una faceta de ese brillante que se llama la vida, y creia, como todos los que comienzan á entrar en ella, que solo por un lado destella.

Julia habia visto al mundo por el agujero de una llave, y aun no lo entendia.

La señora Magdalena, en su segunda luna de miel, apenas hacia caso de su hija: en cuanto á Juan, miraba á Julia cada dia con mas ilusion, saboreando en su interior el dia de su triunfo, que creia tan seguro como cercano.

El trato diario é íntimo no habia hecho sino encender mas y mas la pasion y el deseo en el pecho de Juan: cuando un hombre concibe un amor por una mujer y vive á su lado, si este amor no es correspondido, si lo ignora la misma que lo causa, entonces se convierte en una pasion volcánica y en un tormento infernal; un descuido, una casualidad, una ligera falta de precaucion, hacen entrever á aquel desgraciado tesoros, para él infinitos, de gracia y de placeres, que por lo mismo que le parecen imposibles de obtener, son el incentivo mas poderoso de aquella pasion.

Así habia sucedido con Pedro Juan, aunque él alimentaba la esperanza de que por fuerza ó de grado, aquella mujer debia ser suya, y en su cerebro comenzaba ya á germinar la idea de acortar el plazo y precipitar el desenlace.

El Oso-rico luchaba con ese pensamiento, que no lo dejaba tranquilo un solo instante, aumentando así el malestar que sentia en el *Ilustre Cántabro;* por eso buscaba aire sobre cubierta, por eso sentia que se ahogaba en la cámara.

Cuando Pedro Juan y la señora Magdalena volvieron al lado de Julia, ésta fingió dormir porque no turbasen sus meditaciones, porque pensaba en Antonio, que debia estar muy lejos y expuesto sin duda á grandes peligros.

El desollador, á pesar de que nada se habia atrevido á decir al capitan, estaba furioso, y su mujer procuraba calmarlo.

—Esto es inaudito—decia Juan;—prohibirle á uno que

paga su dinero, sí, su dinero, para venir cómodo, prohibirle que suba á tomar el aire! ¡Infame sayon!

—Cálmate—contestaba la señora Magdalena—cálmate, que esas son preocupaciones de los marinos españoles......

—Mira, ¿volvemos á lo de los españoles? ¿tú no recuerdas que yo tambien soy español?

—No, no lo digo por desagradarte; tú eres mi marido, y ¿qué podré yo decir contra tí? pero tú ves el trato tan brusco de ese español......

—Y toma con lo español! Eso no lo hace por español, que lo mismo diria cualquier francés.......

—No, Juan, no; mis paisanos son otra cosa......

—¿Cuánto vamos apostando á que este sayon resulta francés?

—Dejemos eso, hijo mio, que sea cual fuere su nacion, á mí me ha indignado lo que ha hecho contigo; pero ten calma, al fin serán pocos dias.

—Sí, pocos dias, quince cuando menos, ó sabe Dios.......

—Es cierto......

—Si estos capitanes de los navíos son unos tiranos que nos tratan á los hombres de tierra como carga, peor, como negros.

—¡Eso es infame!

—¿Sí? pero lo que soy yo, no lo he de obedecer así no mas, que no es el rey de España, y de subir tengo á la cubierta, mal que le pese, y si mucho me hace, hasta la cofa, ó como se llame......

—¡Dios nos ampare!

—Dentro de un momento vuelvo.

—Haz lo que quieras; pero procura tener prudencia, y que no te vea, siquiera para evitar un disgusto.

—Bueno, bueno; ya veremos.

Algo mas calmado de ánimo, aunque mas agitado por el mal de mar, Pedro Juan procuró descansar un momento; se recostó y procuró dormirse, pero le fué imposible.

La noche habia cerrado, y él no encontraba postura cómoda.

Levantóse violentamente y como con rabia, trepó la escalera y volvió á encontrarse sobre cubierta; el viento fresco de la noche refrescó su frente, y se sintió mejor.

No parecia por allí el furibundo Don Simeon, y las velas no se aflojaron.

Así pasó largo tiempo sumido en profundas meditaciones; acababa de ver uno de los piececitos de Julia, y aquel pié pasaba y repasaba ante sus ojos, iluminado por un resplandor diabólico, y lo miraba en el aire, en las sombras del firmamento y en el negro fondo del Océano.

Sacudia la cabeza para ahuyentar aquella tentacion; pero el piececito se multiplicaba, y Pedro Juan se lamia los labios como el lebrel que mira destasar una pieza de caza.

En estos momentos, rompiendo el aire, llegó hasta los moradores del *Ilustre Cántabro* el eco sonoro del primer cañonazo de las señales de la escuadra.

Como era natural, casi instintivamente, como una sombra evocada por un conjuro, apareció el terrible capitan seguido de varios marinos.

Hablaban y juraban, sin poner atencion en Juan, que escuchaba espantado aquella conversacion, que se hacia mas y mas animada á medida que las señales eran mas alarmantes y que se vieron desaparecer las luces de popa de los navíos.

El *Ilustre Cántabro* cubrió tambien su farol.

—¡Por todo el infierno!—decia el capitan—esto se pone sério; mal rayo!........ y quizá vamos á tener combate, y el

Ilustre Cántabro tendrá que mantenerse á la capa, porque no tiene ni una mala boca de fuego.

Las señales seguian, y la escuadra comenzaba á maniobrar formando la línea de combate.

El viento trajo hasta el capitan el toque de zafarrancho de combate.

—¡Doscientas mil centellas! zafarrancho, zafarrancho de combate! ahora sí fué de veras!......

Y como un loco se dirigió casualmente al lugar en que estaba Pedro Juan escuchando.

—¡Ah!—exclamó al verle—sois vos, sois vos; con razon sucede todo esto, si estais aquí; habíais de hacer de mal ojo: voy á mandaros arrojar al mar ahora mismo.

Y se volvió para llamar á un marinero.

Pedro Juan comprendió que seria capaz en aquel momento de hacer lo que decia, y á pesar de su torpeza, se escurrió por una escotilla.

Cuando el capitan volvió el rostro á buscarle, habia desaparecido, y quizá hubiera seguido en su persecucion, si los cañonazos de señal no hubieran llamado su atencion.

—El enemigo ciñe á babor—exclamó;—es necesario estar listo.

Y comenzó á disponer la maniobra para el caso de peligro.

XII.

El combate y la tempestad.

Al escuchar el almirante de la armada la señal de que el enemigo viraba de bordo, y despues que ceñia á babor, comprendió que trataban los piratas de dar un ataque, y como apenas conocia las naves con que ellos podian contar y su número, determinó violentamente prepararse, y dió órden de formar una pronta línea de combate sobre la columna que marchaba á sotavento.

Esta operacion, segun la táctica de marina, es semejante á lo que los soldados llaman pronta maniobra.

La vanguardia de la escuadra se *pone en facha*, y el centro y la columna de barlovento arriban y se ponen tambien en facha hasta que llegue la de sotavento y quede establecida la línea; pero cada embarcacion, si la línea es pronta, procura tomar un lugar, sin atender á que otros queden atrás, y abriéndoles paso para la colocacion si llegaren á tiempo.

Pero esta maniobra solo se ejecuta en momentos supremos, y cuando el peligro es inminente y no da el tiempo preciso para establecer otro órden en la línea de combate.

El nombre que los piratas habian llegado á adquirir por sus hazañas fabulosas de valor y de arrojo, hacia á los almirantes tomar toda clase de precauciones con aquellos hombres, que se habian convertido ya en una verdadera potencia marítima.

El toque de zafarrancho seguia sonando, y los preparativos para el combate se hacian con la mayor precipitacion.

La tropa y los hombres de mar se habian dividido en grupos, y se habia dado á cada uno su colocacion.

Diez artilleros para los cañones de 36, nueve para los de 18, siete para los de 12.

El segundo piloto con dos hombres estaba listo en la «Santa-Bárbara.»

El primero, en el alcázar rodeado de pilotines y meritorios para atender al timon, banderas y faroles; los grumetes y los criados, unos esperando en grupos para retirar muertos y heridos, y otros encartuchando en el pañol de la pólvora y conduciendo municiones hasta la boca de la escotilla; los contramaestres en el castillo y en el alcázar con sus gentes.

Entretanto, los hombres destinados á dar ó á rechazar el abordaje, formaban tres trozos, recibiendo con un silencio sombrío y aterrador, los unos, fusiles, pistolas, sables, granadas de mano, frascos de fuego; los otros, chuzos, arpeos, ó chicotes de gancho y hachas.

Todo era movimiento, pero todo en silencio.

Se hacian parapetos, se zafaba, se destrincaba y se ponia en batalla la artillería, se municionaban las chilleras y se formaban depósitos de balas, palanquetas y metralla.

Todo estaba listo; el plan general del combate arreglado, y en cada punto, en el alcázar, en el castillo, en toldilla y baterías, fijadas tarjetas de pergamino que contenian la parte correspondiente á los que allí servian.

El comandante del «Santa María de la Victoria» pasaba su visita de ordenanza, y luego el capellan, en medio del mas religioso silencio, bendijo á aquellos hombres que iban á combatir, y les dió la absolucion.

Acto continuo, los comandantes de los puntos levantaron la voz intimando la pena de muerte al que se portase con cobardía, abandonase su puesto ó desobedeciese.

Cerróse la escotilla del pañol de pólvora, y todos quedaron como estatuas, silenciosos é inmóbiles, esperando el momento del combate.

Antonio habia sido destinado al castillo con el segundo capitan.

Aunque Antonio era hombre de un valor á toda prueba, sin embargo, aquellos preparativos no podian menos de emocionarle.

Conocia el carácter de hierro y la indomable voluntad de los piratas, contemplaba el órden y la decision de los marinos españoles y veia sus elementos, y por todo podia inferir que un arbodaje dado por cualquiera de los dos, debia ser una cosa terrible.

Con los ojos fijos en el horizonte y procurando penetrar con la vista entre las sombras que le envolvian, Brazo-de-acero esperaba el momento en que sonara el primer cañonazo, seguro de que ciego por el ardor del combate, arremeteria quizá contra los mismos soldados de Morgan, sus compañeros, si un rayo de reflexion y de prudencia no venia en su ayuda.

Los navíos de la armada española habian puesto por con-

traseña una cruz hecha con dos bota-varas, que llevaba en cada extremo un farol.

Así se distinguia la línea de combate como una constelacion en medio de la noche.

Los cazadores no habian vuelto á dar señal ninguna.

Antonio seguia observando, y de repente vió brillar un relámpago, sonó un cañonazo á corta distancia, y un proyectil pasó entre la arboladura del «Santa María de la Victoria,» rompiendo la driza de la bandera y causando algunas averías.

Casi en el mismo instante el navío se estremeció, y llamas, y humo, y proyectiles, brotaron de uno de los costados.

Era que los marinos españoles contestaban al saludo de los piratas.

Aquello parecia el principio de un gran combate naval: los piratas contestaban el fuego de los españoles, y casi toda la línea habia comenzado ya á hacer fuego.

El dia iba asomando entre nubes de humo, y á cada momento la claridad de la mañana eclipsaba mas y mas el rojizo resplandor de las bocas de fuego.

La caida bandera del «Santa María de la Victoria» habia vuelto á izarse entre el estampido de los cañonazos.

La luz del dia animaba á los tímidos: no hay peligro que espante mas que aquel que se siente en lo desconocido; nada hay mas pavoroso que un combate en la oscuridad; nada hay mas triste que la idea de recibir la muerte entre las sombras; es como morir lejos de los amigos y de la familia, dejar la luz sin haberle dado un eterno adios.

Muchos que desafian la muerte cuando el sol está sobre el horizonte, tiemblan de encontrarla cuando la noche cubre la tierra con su manto: es el horror que siente el al-

ma á todo lo que no es luz, á todo lo que es desconocido; es la tendencia del espíritu á la verdad y á la claridad, aun cuando en ellas venga la muerte y el no ser; es que quiere ver, aunque vea que nada va á ver; es que hasta la muerte la quiere recibir envuelta en la vida que es la luz.

Habia amanecido, pero el dia estaba siniestro; el mar estaba tranquilo como si se hubiera congelado de repente: ni una ráfaga de viento en la atmósfera, ni una nube en el firmamento; calma, calma repentina, mortal; nada se movia ni en el espacio ni en el firmamento.

El sol con su aparente movimiento avanzaba, lanzando en su luz torrentes de fuego.

Colgaban de los mástiles, lánguidos é inmóbiles, los estandartes, las banderas y los gallardetes.

Las velas desfallecidas se embarraban entre la jarcia, dibujándose en ellas como las venas en la piel de un gigante, los cables y las drisas.

El humo de los cañones flotaba como una nube de algodon sujeta á los navíos sin desprenderse de ellos, y apenas en tardas y pesadas espirales se disipaba de una manera casi insensible.

Las dos armadas enemigas habian quedado á tiro de cañon y como clavadas en el Océano.

Aquello podia llamarse encallar en las olas; no eran los navíos los que habian ido á dar sobre un banco de arena; era el mar que los habia aprisionado, como el amigo que muere estrechando la mano de un amigo; la muerte enfria aquella mano, la da su rigidez, y aquella mano ya no se abre, y la otra queda aprisionada.

Pero las dos armadas comprendieron que existia para ellas un peligro mayor que el de un combate con los hom-

bres, la lucha con los elementos, porque aquellos eran presagios de una tempestad.

Tras de la tempestad viene la calma, dicen los poetas; pero los marinos dejan decir á los poetas lo que quieran, y saben que la calma es anuncio de la tormenta.

La naturaleza se reconcentra para entrar en esa que para nosotros, débiles y pequeños, es una lucha; llama á sus vientos, y á sus aguas, y á su electricidad, como el general que reconcentra sus fuerzas para emprender el asalto: así se comprende esa calma.

El azul del cielo era oscuro y profundo, el mar estaba verde y trasparente, los horizontes se desvanecian en una ligera tinta naranjada.

Todas las miradas sondeaban el espacio; el fuego de los cañones seguia como maquinalmente.

En aquellos momentos, como por una comun inspiracion, como siguiendo las órdenes de un solo almirante, piratas y españoles comenzaron la maniobra mas activa.

Velas, juanetes, rizos, todo bajaba, todo se arriaba; parecia que el lienzo mas pequeño entre la arboladura era una amenaza de muerte; parecia que las dos escuadras habian recibido órden para correr un temporal á palo seco.

Los últimos girones de lienzo se recogian en los navíos, cuando una ráfaga de viento fresco y ligero cruzó como arrastrándose sobre la superficie de la mar.

Como una golondrina que vuela sobre un lago tocando el espejo de las aguas.

Aquello era un explorador, un heraldo de la tormenta.

Las aguas saludaron su venida, y el mar pareció hervir, y millones de olas pequeñísimas y coronadas de espuma blanca y ligera saltaron por todas partes, produciendo, más

que un rugido, un murmullo, que fué propagándose á lo lejos, hasta formar un terrible y sordo rumor.

El horizonte comenzó, por decirlo así, á condensarse: no era una tempestad que avanzaba; era la tormenta que se formaba allí, allí mismo.

Estamos acostumbrados á ver que las tempestades vienen; ¿pero dónde se forman? ¿cómo?

Terribles creaciones, á cuyos misterios solo asisten los hombres que viven en las montañas, ó los que pasan su existencia en el Océano.

El viento se adivinaba, se veia, se sentia llegar, porque habia en la naturaleza un estremecimiento de pavor.

¿Y qué se estremecia?

No el mar tranquilo, no los buques, no los hombres.

¿Pues qué?

Ese algo desconocido que se comprende y no se explica; ese espíritu universal, eso que se llama naturaleza, eso que nadie sabe lo que es, pero que todo el mundo concibe sin poderlo explicar, sin poder siquiera designarlo con un nombre.

Por fin llegó el viento, y las jarcias lanzaron un gemido al sentirlo pasar, y todas las cuerdas se quejaban, silbaban, ahullaban en diversos tonos, pero de una manera tan pavorosa, como si lloraran, como si sintieran, como si anunciaran el peligro y la muerte; era un concierto triste.

Donde quiera que habia una cuerda ó una hendedura entre las tablas, de allí salia un gemido.

¿Quién no ha oido gemir al viento?

Y ¿quién ha oido en su vida otra cosa mas triste y que mas comprima el corazon, que estos gemidos, que se prolongan como el grito supremo de agonía de un sér débil y desgraciado?

La lucha con los elementos iba á comenzar, y el combate entre los hombres habia cesado.

El sol palideció y se eclipsó, velado por un vapor amarillento, y luego aquel vapor, condensándose, tornóse en nubes, pero sombrías, pesadas, con formas caprichosas, con colores diversos, con perfiles mas ó menos luminosos, que las hacian aparecer separadas unas de otras como un rebaño de ovejas gigantescas y cubiertas de cieno.

Allí, en aquel cielo, habia todos los matices que entristecen, desde el color sepia hasta el color del torbellino, que nadie define ni imita.

Se adivinaba en aquellas nubes encerrado un diluvio de agua, y el rayo con sus giros caprichosos, y todo próximo á desprenderse sobre el Océano, que levantaba sus gigantes olas desafiando ó enamorando á la tempestad.

Aquella masa inmensa y pesada de nubes, que casi no podia ni flotar en la atmósfera, comenzaba ya á arrastrarse sobre las olas; la tempestad no se desprendia de las alturas, bajaba al mar compacta y aterradora, y para moverla era preciso el soplo gigantesco del huracan, que movia y jugaba con los poderosos navíos de guerra como hubiera podido hacerlo con la hoja de un árbol.

Las dos escuadras estaban en medio de la tormenta, la oscuridad era completa, densas columnas de vapor atravesaban entre las jarcias y los palos, impulsadas violentamente por el huracan; todo estaba mojado, y sin embargo, no pasaba eso que se llama llover, pero las naves sufrian una inmersion en las nubes.

Relámpagos ardientes y continuados brillaban por todas partes; pero no se sabia si el rayo subia ó bajaba, ni se sabia mas sino que habia una tempestad, y retumbaban las

descargas de la electricidad como si dos mundos se estuvieran batiendo con una artillería fabulosa.

El mar tomaba su parte en aquel desórden de la naturaleza. Olas inmensas se levantaban y corrian, y se chocaban y azotaban los costados de los navíos, y pasaban sobre los puentes, y hacian gemir los aparejos y estremecer á las tripulaciones.

Casi se habia perdido la esperanza.

Todos los agujeros que daban al mar se habian tapado; el timon y las velas eran cosas inútiles; la maniobra hubiera sido una fatuidad, y abandonados casi al destino, los navíos, sin mas defensa que su propia ligereza, saltaban entre las olas, ora cubiertos de agua y de espuma, ora como el fantástico remate de una ola inmensa, llevando á sus oficiales, y á sus marinos y á sus soldados, como una porcion de hormigas que sorprendidas por una corriente se aferran al trozo de una caña seca que flota en el rio.

Los buques españoles y los de los piratas, sin órden ni concierto, sin precaucion, pasaban unos entre los otros sin conocerse, sin verse algunas veces, y casi rozándose.

Dios habia mandado allí la paz con el peligro.

El *Ilustre Cántabro* zozobraba, zozobraba. Habian picado ya los palos, y el viejo casco amenazaba, de un momento á otro, con abrirse y depositar para siempre su carga en el seno del Océano.

El capitan ya no juraba.

Pedro Juan habia llegado al embrutecimiento.

La señora Magdalena y Julia procuraban rezar.

XIII.

La primera presa.

Agitándose unas veces espantosamente y sosegándose otras, aquella tempestad duró casi veinticuatro horas.

A la mañana siguiente, el sol que asomaba por el Oriente, alumbró una mar tranquila y un cielo puro y trasparente; pero no mas. La escuadra habia sido completamente dispersada, y cada navío no podia descubrir en el ancho y dilatado horizonte mas que cielo y agua; ni una vela, ni un puerto, nada, nada; agua y cielo, las ondas y el firmamento.

Uno de los navíos, sin embargo, pudo alcanzar algo mas en lontananza; era el «Santa María de la Victoria,» y su capitan, explorando el mar, distinguió en aquella inmensa extension algo que flotaba, algo que no parecia un buque, y que sin embargo, no podia ser otra cosa.

Aquel objeto estaba en la ruta del «Santa María;» el viento soplaba fresco y favorable, y las proporciones de aquello que causaba la curiosidad de la tripulacion iban aumentando, hasta poderse distinguir perfectamente.

—Es un navío—gritó uno de los marineros.

—Que ha perdido su arboladura—contestó Antonio, que miraba tambien.

—¿Habrá perecido la gente?

—No; ya se mira mover algo sobre cubierta......

—Hacen señas.......

—Piden socorro.

—Mirad; en una bota-vara levantan una bandera......

Estaban ya cerca de aquella pobre embarcacion.

—¡Ah! ¡ah!—dijo Antonio—un hombre sobre cubierta, con una bocina; va á hablar.

—¡Silencio!—dijo un oficial.

El hombre de la bocina la llevó á sus labios y gritó:

—¡Socorro! ¡socorro!

—Ea, muchachos—dijo el capitan;—á botar las lanchas al mar, á recoger esos hombres.

En un instante los botes se echaron á flote, y del navío que pedia socorro, tambien se botó una lancha; Antonio quedó en el «Santa María.»

Poco despues, tres lanchas cargadas de gente, volvian á tocar los costados del buque de guerra sin haber dejado en el otro ni un sér viviente.

Todos fueron recibidos en el «Santa María,» y como si solo esto hubiera esperado, el viejo y desarbolado casco comenzó á hundirse y á crugir, dió luego rápidamente dos vueltas, y desapareció en el abismo, dejando no mas sobre la superficie del mar un gran espacio en que el agua hirvió arremolinándose.

Despues todo habia terminado.

Aquel habia sido el trágico fin del *Ilustre Cántabro.*

Antonio Brazo-de-acero ayudaba á recibir á bordo del «Santa María» á la tripulacion del perdido buque. El ca-

pitan, el contramaestre, el piloto, los marineros, todos se habian salvado; pero entre aquella gente venian dos señoras.

Antonio las miró comenzar á subir la escala y sintió que su corazon daba un vuelco.

Creyó reconocer á Julia y á la señora Magdalena. Entonces su espíritu desfalleció considerando el peligro que habian corrido.

Julia subia la primera, y Antonio se adelantó á recibirla: la jóven llegaba preocupada aún y no alzó el rostro sino hasta que sintió que la tomaban de la cintura; reconoció á Brazo-de-acero y lanzó un grito que no podia saberse si era de espanto ó de alegría.

Antonio procuró arrastrar violentamente á Julia lejos de allí, mientras otro marinero recibia á la señora Magdalena.

—Silencio, por Dios, Julia—le dijo por lo bajo Antonio.

—¿Qué sucede, hija mia?—dijo llegando precipitadamente la señora Magdalena—¿te ha sucedido algo?

Brazo-de-acero se apartó con disimulo como para ir á recibir á otros náufragos.

—No, madre mia—contestó Julia aparentando tranquilizarse;—la alegría de verme aquí me hizo lanzar un grito de júbilo.

—¡Bendito sea Dios que nos ha salvado!—dijo Pedro Juan llegando hasta donde estaban las dos señoras.

Julia seguia inquieta con la vista á Brazo-de-acero, y su mente se perdia en un mar de conjeturas.

Ella sabia que su amante se habia enganchado con los piratas, con el mismo Juan Morgan.

¿Qué estaba haciendo allí?

¿Habria caido prisionero en el combate?

¿Habria venido, como ella, á refugiarse al buque español por haber perdido el suyo en la tormenta?

¿Seria quizás aquel un navío de los piratas, adonde sin saber y obligados por la necesidad, habian venido solos á entregarse?

Julia no sabia qué pensar; pero esta última idea fué la que mas le impresionó; casi sin poderse contener preguntó á Juan:

—¿Qué navío es este?

—De guerra español—contestó con cierto orgullo de nacionalidad el Oso-rico;—pero voy á preguntar cómo se llama.

Apartóse Juan con un oficial, y luego volvió pavoneándose á decir:

—Navío de guerra de S. M. católica el rey de España (Q. D. G.), llamado el «Santa María de la Victoria,» por una especial que alcanzó contra los holandeses, con cuarenta cañones por banda y doscientos hombres de guerra, terror de holandeses y piratas y guarda del comercio de las Indias occidentales.

Pedro Juan se descubrió con fatuidad al dar esta pomposa relacion, y la señora Magdalena le hizo una corta reverencia.

—Ya vereis, queridas—continuó el Oso-rico—que S. M. católica tiene tan soberbia marina como la cristiana soberanía del rey de Francia, y que las armas de la monarquía española lucen con orgullo en estas zonas, llevadas por tales bajeles.

El Oso-rico mostró á las dos mujeres la bandera amarilla y encarnada que flameaba con los frescos vientos de la mañana.

Julia sintió crecer sus dudas, y quiso, sin embargo, salir de ellas.

—¿Y qué sucederia con los piratas?—preguntó.

—Esa misma duda tuve—contestó Juan—y la misma pregunta hice á un oficial; pero me contestó que apenas comenzaba el cañoneo, la tormenta dispersó las escuadras, y no se sabe qué navíos, de una ú otra, habrán perecido. El único que han encontrado es el nuestro.

Entonces Julia conoció que Brazo-de-acero no habia sido recogido por los españoles.

¿Qué hacia, pues, en aquel navío?

¿La habria engañado?

No; hubiera preferido cualquiera otra cosa á saber que Antonio se habia burlado de ella. La duda la mataba, y determinó hablar, á cualquiera costa, con su amante.

Antonio por su parte, no deseaba otra cosa que hablar á Julia, y acechaba una oportunidad; pero era casi esperar un imposible.

La severa disciplina de los buques de guerra dejaba á Brazo-de-acero sin libertad, y la señora Magdalena y Pedro Juan, al verse en medio de tantos soldados y marineros, no se separaban de Julia un solo instante.

El celo del enamorado por una parte, y el amor de la madre para otra, unidos á la diseiplina, levantaban una muralla entre Brazo-de-acero y Julia.

Los ojos hablaban, pero los ojos de los enamorados no tienen mas que una sola frase:

—¡Te adoro!

Fuera de ahí nada saben, y cuando quieren decir algo, no dicen lo que desean, no mas:

—Te amo.

Es un vocabulario muy reducido el de los ojos; en cam-

bio hay palabras que valen por todo un idioma, y los ojos del hombre y de la mujer que se aman, tienen esa frase.

Toda diligencia era, pues, inútil, y los amantes se contentaron solo con mirarse, procurando siempre Antonio huir de Pedro Juan y de la señora Magdalena, que podia fácilmente haberle reconocido.

El navío «Santa María de la Victoria» estaba enteramente separado de la flota y casi perdido de rumbo; pero por las instrucciones del almirante, en caso de temporal ó dispersion, la isla de Cuba debia ser el punto de reunion, caso de que no pudiese algun buque incorporarse á la escuadra en la navegacion.

El capitan se dirigió al Poniente; no conocia aquel mar y necesitaba orientarse: los libros y las noticias no dan nunca la seguridad y el acierto si no los acompaña la práctica.

El viento sopló favorable, y el navío parecia volar; así se pasó la mañana: por la tarde el viento se aflojó y los trapos comenzaron á colgarse. Aquello era un peligro, porque quizá los piratas andaban cerca, y separada aquella embarcacion de la armada, corria el riesgo de caer prisionera.

El capitan contemplaba con ansia febril la bandera, que apenas se movia, y el horizonte, que permanecia puro.

Antonio comprendió lo que pasaba en aquel cerebro, y como su mision era ganarse la confianza del jefe, se acercó á él respetuosamente:

—Señor.

—¿Qué se ofrece?—dijo con orgullo el capitan.

—¿Me da vuesa merced permiso de decir una cosa?

—Dí y vete.

—Señor, conozco este mar......

—Bien; ¿y qué?

—Señor, el viento afloja, y quizá por algunos dias; anuncia calma.

—Ya lo veo; ¿y qué con eso?

—En este tiempo hay una corriente por este rumbo que lleva el rumbo á Cuba.

—¿Por qué rumbo?

—Por el mismo que llevamos; procurando granjear hasta encontrarla, á su favor iremos bien.

—¿Podrias buscarla?

—Sí, señor.

—Vamos á la maniobra.

La suerte parecia favorecer á Brazo-de-acero; el navío caminaba apenas, y el astuto cazador tenia la vista fija en las movedizas aguas. Así permaneció una hora, y de repente exclamó:

—¡Ahí está!

—¿Adónde?—preguntó el capitan, que estaba á su lado.

—¡Mirad, señor!—contestó Antonio, mostrándole un punto cercano en el mar.

—¡En efecto!—exclamó el capitan—una corriente favorable.

Y era la verdad: en medio de la mar podian distinguir, unos ojos de marino, una superficie mas tersa y mas llana, en donde el agua tenia un color azulado y claro.

Era una corriente; sus bordes ó veriles se marcaban por una línea formada por un borboton y que algunas veces parecia hervir.

El alga del golfo era abundante fuera de aquellos bordes, y escasa por dentro.

Todas las señales que tenian los marinos para conocer una corriente, estaban allí, y el navío la ganó muy pronto.

A favor de la corriente el navío avanzaba con rapidez.

De repente se dió la señal de tierra, y al mismo tiempo de una pequeña isleta que estaba ya á la vista, se desprendió una ligera embarcacion, mientras que algunas velas se avistaron á lo lejos.

—¿Qué isla es esa?—preguntó el capitan á Brazo-de-acero, de quien habia llegado á tener confianza;—¿será las Hormigas, ó los Cayos de Morante?

—Señor, es la Navaza.

—¿Y esas velas parecen enemigas?

—Son los piratas—dijo Antonio.

Aquellas palabras cayeron como un rayo en medio de la tripulacion.

La situacion era crítica; virar de bordo era imposible; aquel navío tan pesado nada podia hacer si le daban caza los piratas; acercarse á la isla era imposible sabiendo qué isla era aquella: el capitan conoció que solo por la costa del Oeste podia fondear á media milla; pero allí el desembarco era muy dificil, porque la brisa levanta mucha marejada: además, hubiera sido vergonzoso huir un combate que la suerte hacia casi inevitable.

Las velas se acercaban y crecian, y estaban ya á tiro de cañon. En el «Santa-María» todo estaba listo para el combate.

Antonio reconoció el buque que montaba Brodeli: de allí se desprendió un bote que llegó á tocar los costados del buque de guerra español; dos vogas y un oficial era todo lo que pudo descubrirse en su interior; por eso se le dejó acercar.

El oficial pirata hizo seña, y bajó la escala por la que él subió resueltamente.

El capitan salió á su encuentro.

—Brodeli, vice-almirante del gran Morgan—dijo el pirata con altivez—á tí, comandante de este buque de guer-

ra español, te intima rendicion, y te propone que le entregues el navío y cuanto en él se contenga, garantizando tu libertad y vida y la de todos los tuyos.

—Contéstale á ese tu jefe—dijo con majestuosa calma el capitan—que los marinos que sirven al rey mi señor, no saben qué quiere decir eso de rendirse; que los españoles no capitulamos con los piratas, y que de nuestras vidas y libertad puede disponer á su antojo si llegamos á ser sus prisioneros: su majestad nos permite morir en su servicio, pero nunca perder la honra en el nuestro: anda, y dí lo que has oido.

El pirata sin saludar, giró sobre sus talones, tomó la escala, descendió á su bote y volvió al navío de Morgan.

Un momento despues, una nubecilla de humo se levantó de una de las portas del buque pirata, y una bala vino á clavarse en uno de los costados del «Santa María de la Victoria.»

Era la señal para comenzar el combate.

Los piratas estaban resueltos á apoderarse de la presa, y el español á defenderla á costa de su vida.

Aquello no fué lo que esperaba el capitan del «Santa María de la Victoria,» que fiaba en sus cañones y en la pericia de sus artilleros, y que creia echar á pique ó desarbolar en un momento los buques de sus enemigos.

No se disipaba aún el humo de la primera andanada, y los piratas abordaban por la proa al navío español.

Mas que hombres, los piratas parecian una jauria de perros rabiosos; armados casi todos de hachas y de puñales, subian por la proa y se arrojaban sobre los españoles, que se defendian bizarramente; la cubierta estaba regada de muertos, las puertas de las escotillas, hechas pedazos, chor-

reaban sangre, y el capitan con la cabeza hendida de un hachazo, yacia en el alcázar.

Los piratas eran dueños del «Santa María de la Victoria:» media hora de combate les habia dado el triunfo y la primera presa......

Brodeli, el vice-almirante de Juan Morgan, habia sido el primero en tomar parte en el abordaje, y con el pelo en desórden, cubierto de sangre el trage, y llevando un ancho sable en la mano derecha y una pistola en la izquierda, bajó á la cámara, seguido de un grupo de los suyos.

Julia, la señora Magadalena y Pedro Juan de Borica se habian refugiado allí.

El desollador temblaba, y las dos señoras lloraban y rezaban: los piratas forzaron la entrada, y Brodeli se precipitó sobre las dos mujeres.

Aquello era para él botin de guerra; las mujeres eran de quien las tomaba, á menos que quisiesen cederlas á la compañía.

La belleza de Julia impresionó al vice-almirante, á pesar de la excitacion rabiosa en que se encontraba; era una presa que no tenia obligacion de dividir con nadie.

Púsose en el cinto la pistola, y tendió su mano para tomar la de Julia, que le miraba absorta de pavor, cuando un hombre se interpuso violentamente entre el pirata y la jóven, exclamando:

—¡Perdon, señor! pero esta mujer me pertenece.

Brodeli alzó admirado el rostro, procurando adivinar quién era el atrevido que así se oponia á su voluntad; por el momento no pudo reconocerlo, y dió un paso atrás levantando el sable.

—Cuidado, señor—dijo el hombre;—no hagais armas contra mí, porque puede costaros muy caro.

—¿Pues quién eres?—preguntó el vice-almirante, sorprendido de aquella audacia y de aquella sangre fria.

—Antonio Brazo-de-acero—contestó el hombre.

Brodeli bajó su arma y rechinó los dientes.

—¿Y por qué es tuya esta mujer?

—Porque es la mia, que hice embarcar en la Española; el almirante me mandó venir en los buques españoles, por eso ella viene aquí: si no hubiera sido por esa órden, ella vendria en uno de nuestros navíos.

—¿Pero adónde llevas á esa mujer?

—A Santa Catalina ó á la Tortuga, que deben ser en lo de adelante nuestra residencia; estoy en mi derecho, sirvo bien, no falto á mi contrato, y tengo derecho de ser respetado; ¿es cierto, compañeros?—agregó dirigiéndose á los demás piratas, que miraban asombrados aquella escena inesperada.

—Es verdad, tiene razon—dijeron todos.

Brodeli se mordió los labios hasta hacerse sangre, y procuró disimular.

—¿Y esa otra mujer? Supongo que no será tuya tambien, y podremos disponer de ella.

La señora Magdalena se puso pálida; temió que no le alcanzara la defensa de Brazo-de-acero.

—Esa mujer—dijo Antonio con gravedad—es la madre de la mia, como ese hombre es su marido; estas tres personas son mi familia, sagrada para todos mis jefes y mis compañeros, y si hubiese alguno que se atreviese á faltarles en lo mas pequeño, todos los compañeros saldrian en su defensa, y ese hombre moriria, aun cuando fuese el mismo almirante: así son nuestras leyes; la familia y la honra de uno de nosotros es la de todos, porque si hoy se hiciera una vileza conmigo y los demás la vieran cometer impasibles, maña-

na ellos serian víctimas, y todos los vínculos se romperian entre nosotros: ¿es verdad, compañeros?

—Sí, sí—gritaron los piratas.

Brodeli lanzó una especie de bufido de rabia, y salió seguido de los piratas.

En la cámara, Brazo-de-acero quedó solo con Julia, la señora Magdalena y Pedro Juan.

—Sois todo un hombre—dijo Juan estrechando la mano de Antonio.

—Gracias, gracias!—exclamó llorando la señora Magdalena.

Julia, aprovechando un momento en que no la observaban, puso sus labios sobre la mano de Brazo-de-acero, diciendo muy bajo:

—Eres un ángel, Antonio...... te adoro.

Antonio se estremeció de placer.

Entretanto se oian los gritos de los prisioneros, la algazara de los piratas y la voz del vice-almirante que comenzaba á ordenar algo de la maniobra.

—Oidme—dijo Antonio:—antes de que vengan aquí otra vez es preciso hablar; aun no estamos salvados; quizá dentro de un momento, embriagados por el triunfo y por el aguardiente que hayan encontrado en el navío, venga á insistir en sus pretensiones el vice-almirante; pero yo os defenderé á costa de mi vida: Julia debe pasar por mi mujer; el navío se dirigirá ahora á Santa Catalina; es una isla que Morgan ha elegido para su cuartel general: llegando allí, con el favor de Dios, espero poder proteger vuestra salida para México, adonde estareis tranquilos.

—¿Y tú?—dijo imprudentemente Julia.

—Yo—contestó Antonio—te seguiré cuanto antes.

La señora Magdalena estaba tan acobardada, que no puso atencion en este diálogo entre Julia y Antonio.

—Júramelo—dijo Julia procurando que su madre no lo oyera.

—Te lo juro; ten confianza en mí—contestó el jóven—y la mano de la doncella estrechó con emocion la suya.

El buque crugió y comenzó á navegar.

XIV.

Puerto-Príncipe.

Como un toro reprisionado y rodeado de lebreles, navegaba el navío de guerra español rodeado de las embarcaciones de los piratas.

Aquella hazaña habia enorgullecido de tal manera á los soldados de Juan Morgan, que no temian ya encontrarse con el resto de la armada española.

Se dirigian en busca de la pequeña isla que llamaban de Santa Catalina, inmediata á la de Cuba, con objeto de unirse al almirante.

Al siguiente dia del combate, se descubrieron en el horizonte unas velas.

Brodeli se disponia a luchar si eran españoles de guerra, ó á dar caza si eran mercantes; todo estaba ya listo, cuando se reconoció la pequeña armada que habia quedado al mando del almirante Morgan.

Muy pronto los navíos estuvieron cerca, y Morgan, ins-

truido de lo que habia acontecido, dió órden de seguir sus aguas y dirigirse á Puerto–Príncipe.

Entre aquellos hombres, los jefes daban la razon de todas sus disposiciones, y muy pronto hasta los simples marineros estuvieron al tanto de que la villa de Puerto-Príncipe habia sido escogida por los jefes para dar un asalto, valiéndole esta preferencia la consideracion de que sus habitantes eran ricos porque no habian sufrido ningun saqueo.

Merced á la energía de Antonio y á las grandes consideraciones que Morgan le guardaba, y á su ascendiente sobre muchos de los soldados que habian sido cazadores en la Española, Julia, Pedro Juan y la señora Magdalena nada habian tenido que sufrir; seguian con Brazo-de-acero, que formaba parte de la tripulacion del prisionero navío español.

Morgan habia declarado almirante á este navío y lo mandaba en persona, de manera que la situacion de Julia y de su familia habia mejorado notablemente.

Sin embargo, Julia no habia sido vista por el almirante, que sabia solo que iba en aquel navío la familia de Antonio; pero el vice-almirante Brodeli guardaba en su pecho el rencor contra Brazo-de-acero, que le habia arrebatado á la que él consideraba ya como su presa, y solo esperaba un momento favorable para perderlo.

Una imprudencia patriótica del Oso-rico se la presentó.

Se avistaban ya las costas de Puerto-Príncipe; entre los piratas comenzó la ansiedad, y los prisioneros españoles contaron con un poco de mas libertad para comunicase entre sí y con la tripulacion.

Don Simeon Torrentes, el capitan del *Ilustre Cántabro* se encontraba entre ellos, y valido del desórden que comenzaba á reinar en el navío de Morgan con los preparativos del desembarque, logró llegar hasta donde estaba Pedro Juan.

Los dos se reconocieron, y la desgracia les hizo olvidar las antiguas querellas.

—El demonio nos persigue—dijo D. Simeon.

—Sí—contestó Juan;—y para colmo de desgracias estos hombres dan sobre Puerto-Príncipe y entran á saco, porque esas pobres gentes están desprevenidas.

—Por el timon del diablo—que si yo fuera mas jóven y mas robusto, me siento tan buen español, que seria capaz de echarme á nado para ir á prevenir al gobernador; pero soy viejo, y no hay otro yo.

—Cuidado, paisano, que mucho decir es ese: si buen español sois y amante al servicio de Dios y de su majestad, quizá lo sea yo mas.

—¡Voto á tal! que si yo tuviera vuestras fuerzas y vuestra edad, y con esas franquicias de que vos gozais, ya iria nadando hasta ganar la tierra; pero vos ni sabreis nadar, ¿es cierto?

—Como un pez; y á no saber, probaria á llegar ó ahogarme, que soy tan buen español como el que mejor.

—Calle! ¿seríais capaz de emprenderla?

—¿Y por qué no?

—Pues yo os aseguraria que con tal servicio hecho á S. M., mas tardais en hacerlo vos que el rey en enviaros la recompensa: ¿sois noble?

—No.

—Pues noble os haria, que el servicio lo vale, y quizá os den un escudo de armas con campo de gules, y un pez de oro......

—S. M. sabrá lo que hace conmigo—dijo con fatuidad y pavoneándose Juan, que ya se soñaba con lo que le decia el otro, noble y con escudo de armas;—aunque en todo caso

creo que convendria mejor para esto, campo de plata con roeles de oro.

—¡Por el alma del diablo! ¿ignorais que metal sobre metal solo las casas reales? Vaya, S. M. sabrá lo que dispone, aunque tengo para mí que vos no acometeis la empresa.

—¿Creeis que será un señalado servicio al rey nuestro señor?

—De los primeros.

—¿Y creeis que S. M. hará lo que pensais?

—Ya lo creo.

—Entonces, contadlo por seguro; iré.

—Y sereis noble......

Unos piratas se acercaban, y Don Simeon se separó de Juan.

Pero la idea del capitan Torrentes habia impresionado profundamente al desollador; la empresa le parecia fácil; la costa estaba cerca, él era un buen nadador, y eso de llamarse el señor D. Pedro Juan de Borica, era para él una gran ilusion.

Meditó y meditó, y cada vez le pareció la cosa mas fácil y el premio mas apetecible; nada quiso decir á la señora Magdalena, por temor de que se opusiese; procuró aligerar sus vestidos, y en el momento en que comprendió que nadie le observaba, se arrojó al mar.

El ruido de la caida llamó la atencion de un marinero, que dió el grito de:

—¡Hombre á la agua!

Multitud de marineros se dispusieron á salvar al que creian que habia caido al mar por casualidad, y examinaban la superficie del agua, esperando que volviese á salir el que se habia sumergido, para auxiliarlo.

Pero en vano; Pedro Juan era un diestro nadador, y caminó debajo del agua largo tiempo, de modo que cuando volvió á la superficie para tomar aire, ya estaba lejos de los navíos.

Uno de los piratas alcanzó á verlo, y gritó:

—Allá va; es uno de los prisioneros que se escapa......

Todos volvieron el rostro al lugar que señalaba aquel hombre, y distinguieron al fugitivo, que nadaba á brazo partido y que se encontraba ya muy cerca de la costa.

—Echaremos un bote—dijo uno.

—Es inútil—contestó un pirata;—dentro de un instante estará ya ese hombre en la costa: lo que importa es dar parte al almirante.

En efecto, avisaron á Morgan lo ocurrido, y dió órden inmediatamente de pasar lista á los prisioneros.

Poco despues, uno de sus oficiales avisó que los prisioneros estaban todos, y solo faltaba el marido de la señora Magdalena, de la madre de Julia, que pasaba por mujer de Antonio.

En el momento en que avisaban esto á Morgan, Brodeli, el vice-almirante, se encontraba allí y lo escuchó todo.

—¿Qué pensais de esto?—le dijo Morgan.

—Pienso que hay aquí algo de mas grave que la simple fuga de un prisionero.

—¿Por qué?

—Ese hombre no venia en calidad de tal, pasaba por pariente de ese Brazo-de-acero, y quizá esté mas enterado de lo que debiera de nuestros planes.

—¿Pero qué importa?......

—Quizá dé parte de todo en la villa.

—Aun cuando así fuera, ¿creeis que podrán resistirse?

—Tal vez teniendo un anuncio anticipado se atrevan á hacerlo; pero lo que es mas que seguro, es que los habitantes todos van á ocultar sus bienes, y perdemos lo menos dos terceras partes del botin.

—Teneis razon; ha sido un gran descuido.

—Quizá un gran delito: ¿creeis que ese hombre solo por buscar su libertad se ha fugado, cuando no venia en calidad de prisionero? ¿y creeis tambien que sin tener otro gran interes habria abandonado á su mujer y á su hija, si es que la jóven realmente lo es? Aquí se encierra un misterio, y quizá una traicion.

Morgan quedó meditabundo, con la cabeza inclinada y los ojos clavados en el piso; Brodeli lo contemplaba con curiosidad.

—¡Pero Antonio!—exclamó el almirante, y despues de un rato—es incapaz de una traicion; comprendo su carácter, y yo no me engaño al juzgar á los hombres......

—Tal vez Antonio ignore lo que iba á hacer el otro—contestó Brodeli, no queriendo cargar en el punto en que sentia fuerte al almirante.—Pero él ha sido culpable, porque se opuso á que ese hombre quedara preso con los demás.

—¿Pero si es realmente de su familia?

—Entonces debe saber por qué se ha fugado.

—O no—contestó Morgan, procurando defender á Brazo-de-acero hasta el último atrincheramiento;—ó no; que razon tenia el otro para desconfiar de Antonio al verle con nosotros.

—En todo caso—dijo Brodeli, queriendo llevar la cuestion á otro terreno—por el bien de todos nosotros es preciso hacer una averiguacion pronta y enérgica, comenzando por esas mujeres; quizá ellas declaren además de todo lo

que respecta á la fuga, el verdadero vínculo que las une con Antonio.

—¿Aún insistís en desconfiar de ese jóven? Bien; haré la averiguacion á presencia vuestra, y quedareis convencido.

—Ojalá.

Morgan llamó á un oficial, é hizo conducir á su presencia á la señora Magdalena y á Julia.

Como la fuga de Pedro Juan se sabia ya por todos, las dos mujeres comprendieron el objeto de aquel llamamiento, y llegaron temblando á la presencia del almirante.

—Vais á confesarme la verdad, señoras—dijo severamente Morgan;—la verdad, porque de lo contrario os hago colgar de una entena; ¿lo entendeis?

—Sí señor—contestó la señora Magdalena.

—En primer lugar, señora, ¿vuestra hija es la mujer de Antonio?

La señora Magdalena pensó que si decia una mentira, el pirata seria capaz de conocérsela en la cara, y contestó:

—La verdad, no, señor.

Morgan, á su pesar, alzó el rostro para mirar á Brodeli, que lo contemplaba con diabólica alegría.

—Os lo habia dicho—exclamó éste.

—Bien; dad órden de que pongan preso á Brazo-de-acero inmediatamente.

—¿Qué pensais hacer?—exclamó Julia espantada.

—Ya lo vereis—contestó Morgan, dominado por la cólera de haber sido engañado, y por la humillacion de tener que confesar á Brodeli su triunfo.

—¡Señor! ¡señor! ¿qué vais á hacer con Antonio?—dijo Julia temblando, por la severidad que manifestaba el almirante.

—Señora, á castigar ejemplarmente con la muerte al que se ha atrevido á engañar á sus jefes.

—¡Con la muerte! ¡con la muerte! ¡Dios mio! ¿pero qué ha hecho Antonio! ¿qué crímen ha cometido, señor? No le mateis; os lo pido de rodillas: ¿qué os ha hecho?

—Ha impedido que se tome una presa—dijo Brodeli—que era buena presa, y él es la causa de la fuga de un hombre que va sin duda á difundir la alarma en Puerto-Príncipe.

—¿Pero cómo ha hecho eso, señor?—decia Julia de rodillas.

—Engañándonos; contando que érais su mujer, cuando vuestra misma madre dice que es falso—dijo Morgan.

—¡Madre mia! ¡madre mia! ¡mirad lo que habeis hecho!

—Solo he dicho la verdad—contestó la señora Magdalena.

—¿Lo oís, lo oís?—dijo Morgan;—no hay duda, ese hombre nos ha engañado, burlado, y morirá.

—Pues bien, no morirá—exclamó Julia, levantándose con energía.

—¿No morirá?—dijo Morgan.

—No morirá, ó vos cometereis una injusticia, porque cuanto Antonio ha dicho es la verdad: ¡soy su mujer!

—¡Julia!—exclamó la señora Magdalena—¡Julia! ¿qué dices?

—La verdad, la verdad; soy su mujer.

—Bien; ¿pero qué pruebas dareis? porque no podemos creer vuestras palabras, cuando vuestra madre misma dice lo contrario.

—Tengo una gran prueba.

—Dadla.

—Un testigo que podrá declarar, y su declaracion me salvará.

—¿Y quién ese testigo? nombradle—dijo Morgan.

—Vos—contestó Julia.

—¿Yo?—exclamó Morgan admirado.

—Sí, vos, Juan Morgan, el almirante.

Brodeli, la señora Magdalena y los oficiales que presenciaron esta escena, miraban alternativamente á los dos interlocutores.

—¡Yo!—repitió Morgan.

—Sí; oidme: yo soy la mujer de Antonio Brazo-de-acero, sin conocimiento y contra la voluntad de mi madre......

—¡Infeliz!—exclamó la señora Magdalena.

—Dejadla que continúe—dijo Morgan.

—Cuando mi madre dormia, salia yo á ver á Antonio; estábamos en la isla Española, Antonio era cazador: una noche regresaba yo de haberle visto; la cita habia sido en las *Palmas Hermanas:* al atravesar un bosquecillo, un hombre se apoderó de mí y me arrastró consigo; estaba yo perdida, porque aquel hombre era muy fuerte; grité y llamé á Dios, y Dios me envió un salvador, y el hombre que se habia apoderado de mí, huyó; mi salvador me acompañó hasta mi casa, y allí le pregunté:—¿cómo os llamais?—Juan Morgan—me contestó;—pero silencio:—y silencio guardé hasta hoy, por obedecer á mi protector, y ni á Antonio mismo he dicho nunca nada, porque yo sé hasta dónde obliga la gratitud. ¿Recordais, señor, esta historia?

Morgan habia seguido con interes la relacion de la jóven, y cuando ésta terminó, el pirata se levantó de su asiento, y exclamó, tomando una mano de Julia:

—¡Es verdad! ¡es verdad! Habeis guardado mi secreto, aunque poco importaba; me habeis obedecido por gratitud;

decís la verdad, que quien tal hace no puede mentir: señora, á pesar de lo que vos decís, esta jóven es la mujer de Antonio! Volved á su lado, y todos os respetarán.

Los oficiales miraban con gusto aquel desenlace, y solo Brodeli estaba sombrío.

—¿Qué has hecho, desgraciada?—dijo la señora Magdalena cuando salieron de allí—deshonrarte......

—¡Salvarle, madre mia, así como él nos salva! ¡salvar á mi esposo, que creo mi deber!

XV.

Puerto-Príncipe.

(CONTINÚA).

PEDRO Juan, llegó felizmente á la playa, y en pié ya en tierra, exploró el horizonte para ver si en su persecucion venia alguna lancha de los piratas; convencido de que no habia peligro, quiso descansar un momento para ponerse en marcha.

Aquel terreno era desconocido para él, y no sabia qué camino podria conducirle á la villa; pero firme en su resolucion y con la idea de hacer un gran servicio al rey, se levantó, y tomó sin vacilar el primer sendero que se le presentó á la vista. La fortuna lo favoreció, y despues de cuatro horas de camino se encontró en la villa.

Su aspecto, sus palabras, el riesgo próximo que iba anunciando, hizo que los habitantes de Puerto-Príncipe lo vieran con extraordinaria atencion, y poco despues estaba ya en presencia del gobernador, refiriéndole cuanto sabia acer-

ca de la expedicion y desembarco de los piratas y del gran riesgo que corria la villa.

La mas espantosa alarma produjeron las relaciones de Pedro Juan; unos se apresuraban á esconder sus riquezas, y llevarlas á los montes inmediatos; otros se preparaban á resistir, y otros que creian que nada tenian que perder, resolvíanse á esperar con tranquilidad la llegada de Morgan y de los suyos.

El gobernador despachó por todas partes correos pidiendo auxilio, y comenzó con increible actividad á levantar las milicias y hacer sus preparativos de defensa.

Todos los caminos que conducian de la mar á la villa fueron obstruidos completamente con troncos de árboles y peñascos, y ya el gobernador á la cabeza de sus tropas esperaba al enemigo, cuando llegó la noticia de que los piratas efectuaban su desembarco.

Morgan habia quedado convencido de la lealtad de Antonio, pero Brodeli no estaba satisfecho.

La escena que habia pasado entre el almirante y Julia habia llegado á noticia de Brazo-de-acero, que comprendió desde luego que el vice-almirante tenia contra él un rencor profundo, y que la señora Magdalena estaba tambien terriblemente indispuesta: él y Julia se encontraban, pues, en medio de enemigos.

A pesar de todo, por las mismas circunstancias la madre de Julia procuraba disimular fingiendo una gran conformidad con todo lo acontecido, aparentando no tener mas anhelo que volver á reunirse con Pedro Juan y encontrarse libre para partir á Nueva-España.

Habia llegado el momento del desembarco; botes y lanchas cargadas de piratas se desprendieron de los buques y llegaron á las playas.

—¿Dejais en el navío á Brazo-de-acero?—preguntó Brodeli á Morgan.

—Sí—contestó el almirante.

—Podia seros muy útil en tierra; ha sido cazador, y podria muy bien servir mas á vos que mandais el desembarque y vivís entre peligros, que á mí que ando mandando la escuadra y en perfecta tranquilidad.

Morgan no sabia ú olvidaba el rencor que Brodeli guardaba á Antonio, y se dejó engañar por el vice-almirante.

—Teneis razon—dijo—me lo llevaré.

Y dió órden para que Brazo-de-acero se encargara del mando de uno de los pelotones de desembarco.

Antonio, aunque ignorando todo esto, tuvo, sin embargo, un triste presentimiento al separarse de Julia, pero no comprendió la extencion del mal.

Brodeli quedaba al mando de la escuadra, Antonio iba á tierra; Julia quedaba enteramente á merced del vice-almirante.

Ricardo, el antiguo cazador, era de los que quedaban en la custodia de las naves, y precisamente en el navío almirante; en él vió Antonio una esperanza.

—Ricardo—le dijo Antonio—voy á mandar uno de los pelotones de desembarco.

—Dichoso tú—contestó el inglés;—vas á cambiar de vida, á entrar en combate, á tener emociones, mientras que yo seguiré aquí consumiéndome de fastidio y esperando noticias de tierra.

—Pero óyeme, Ricardo; dejo en la armada mi vida, la mitad de mi alma; Julia se queda aquí......

—Comprendo tu sentimiento; pero confio en que á tí no te sucederá nada, y que tendrás la seguridad de que tu Julia no corre aquí ningun peligro.

—Por el contrario, amigo mio, esa seguridad es la que no llevo; Julia corre aquí un peligro inmenso.

—Peligro! ¿y por qué?

—Oyeme: el vice-almirante tiene respecto de ella perversas intenciones, lo he comprendido, y al verla sola, sin defensa, quizá quiera aprovecharse de la situacion.

—Oh! eso no! ¿por ventura no estamos aquí tus amigos? ¿somos tan débiles?......

—Ricardo, esa es mi única esperanza, mis amigos, y sobre todos tú, tú.

—Sí, yo que cuidaré de ella como de mi hermana.

—Sí, Ricardo, ¿me prometes cuidar de mi Julia?......

—Antonio, parte tranquilo, nada hay en el mundo que no sea yo capaz de hacer por esa niña; hasta dar muerte á Brodeli si fuere necesario: los ingleses que vienen con nosotros me apoyarán; vé tranquilo y nada temas por tu Julia; yo quedo aquí.

—Gracias, gracias, me vuelves la dicha—exclamó con efusion Brazo-de-acero estrechando la mano de su amigo:—adios, Ricardo; algun dia te pagaré este servicio. Adios.

Y los dos amigos se separaron. Antonio desde su bote contemplaba á Ricardo, á Brodeli, á Julia y á la señora Magdalena, que lo miraban alejarse: tres distintos pensamientos agitaban aquellos cuatro cerebros.

—Te llevas mi alma—pensaba Julia.

—He triunfado—decia Brodeli.

—Cumpliré lo que he ofrecido—decia Ricardo.

—Ojalá y encuentres la muerte—pensaba la señora Magdalena.

Y entre tanto Antonio meditaba y confiaba en Dios.

Juan Morgan desembarcó el primero, y poco despues toda su tropa, que era en número bastante reducido.

Comenzaron á explorar los caminos, y resultó que todos ellos estaban obstruidos; los españoles habian creido impedir así que los piratas siguiesen adelante.

Pero aquellos hombres no se detenian delante de ningun obstáculo; las dificultades no hacian sino enardecer mas sus ánimos y afirmarlos mas en sus resoluciones.

Morgan organizó su gente en una columna, y sin buscar camino y sin seguir mas que el rumbo, se internó en los bosques espesísimos que se interponian entre él y la villa.

Terriblemente penosa era aquella travesía: la maleza y los arbustos formaban una muralla, las lianas tejian inmensas y apretadas redes por todas partes, que era necesario cortar á cada paso; los árboles estaban algunas veces tan cerca unos de los otros, que apenas se podia cruzar entre ellos.

Cascadas, torrentes, peñascos, todos eran obstáculos, dificultades y peligros en aquella marcha; todo retardaba, todo amenazaba, y ademas, á cada momento se esperaba una emboscada ó una sorpresa por parte de los enemigos de la villa.

Pero los piratas no hubieran cejado aunque hubiera estado de por medio el infierno, y Morgan era de un carácter de hierro y conocia la gente que llevaba.

Los cazadores de la Española, acostumbrados á la vida salvaje de las montañas, hacian allí el principal papel; ellos eran, por decirlo así, la descubierta y los zapadores de la columna, porque ellos exploraban el terreno y procuraban con sus hachas de abordaje y sus anchos cuchillos de monte expeditar en lo posible el camino.

Antonio mandaba esta descubierta, y en medio de todas aquellas penalidades, la imágen de Julia no se apartaba un solo instante de su pensamiento; algunas veces se la figura-

ba tranquila y pensando en él, y entonces trabajaba con furioso ardor; otras la veia luchando en los brazos de Brodeli, y el hacha caia de sus manos, y sacudia la cabeza temiendo volverse loco con este pensamiento.

Los celos y el amor luchaban en el corazon de Brazo-de-acero, y cada hora que pasaba era para él un siglo.

La columna de los piratas caminó dos dias entre los bosques, y al tercero, cuando el sol estaba en mitad del cielo, los exploradores dieron un grito de alegría.

Habian llegado al límite del bosque; delante de ellos se extendia una inmensa llanura, una gran sabana, y á lo lejos se percibian ya algunas habitaciones.

La situacion de la columna de los piratas habia cambiado, y se sentian cerca del objeto de todos sus esfuerzos.

Comenzó la columna á salir á la sabana, y casi al mismo tiempo se avistó á lo lejos una gallarda tropa de caballería que venia sobre ellos.

Era el gobernador de la villa á la cabeza de un escuadron, que creia atemorizar á los piratas, ponerlos en fuga y destruirlos completamente; pero no conocia la índole ni el valor de aquellos hombres.

Morgan mandó desplegar sus estandartes, formó su gente en semicírculo, y al son del tambor y poniéndose al frente, comenzó á avanzar sobre el regimiento español, que por su parte se acercaba con bizarría.

Quizá en los tiempos modernos, con los adelantos de la táctica, con el principio científico de que la caballería en los ejércitos es un inmenso proyectil, aquella formacion semicircular que habia dado Morgan á su tropa, no hubiera podido resistir la primera carga, no de un escuadron, pero ni de una compañía.

Entonces se pensaba de otro modo, y las batallas, mas que los cañones, las dan los cerebros.

Morgan y el gobernador de Puerto-Príncipe avanzaban, y llegaron por fin á ponerse á tiro; se escuchó primero la detonacion de una arma de fuego, luego otra y otra, hasta que el combate se hizo general.

Españoles y piratas peleaban con encarnizamiento; el combate habia durado ya tres horas, y la suerte estaba aún indecisa para conceder la victoria.

El gobernador español recorria su línea, animaba á sus soldados, cargaba personalmente cuando los piratas cerraban demasiado, y era, en fin, el alma y el valor de los suyos.

Morgan, por su parte, hacia lo mismo; pero uno y otro ganaban y perdian terreno alternativamente.

Antonio luchaba como un leon á la vista de los tercios españoles; habia sentido encenderse su sangre, olvidó á Julia, y no pensaba mas que en combatir; hacia prodigios de valor, y el almirante lo contemplaba con entusiasmo.

—Bien, Antonio, bien—dijo una de las veces que pasó á su lado—es preciso cargar, porque estos españoles se baten como valientes.

—Si tuviéramos siquiera veinte ginetes de mi tierra—contestó Brazo-de-acero—seria esa ya cuestion terminada.

Morgan no replicó, sonrió al mexicano, y siguió reconociendo la línea.

Brazo-de-acero, seguido de algunos cazadores, se avanzó demasiado sobre los enemigos.

El gobernador de la villa lo notó, y á la cabeza de algunos ginetes se arrojó sobre ellos; aquella carga no podia evitarse, ni los cazadores podian huir; era preciso resistirla á pié firme, sin mas esperanza que rechazarla ó morir.

Antonio cargó su mosquete y esperó; sus compañeros le imitaron.

Entre una nube de polvo, haciendo un ruido semejante al de un huracan, se acercaban á escape los ginetes españoles, y el gobernador por delante animándolos con sus gritos y su ejemplo.

Antonio y los que le acompañaban apuntaron al grupo aquel; brilló un gran fogonazo, resonó la descarga, silbaron las balas, y el humo y el polvo ocultaron por algun tiempo el desenlace; pero la caballería siguió la carga, porque el polvo que levantaba avanzó un poco.

Al disiparse aquella nube se comprendió lo que habia pasado; Antonio habia derribado muerto al gobernador; muchos de los que acompañaban á este habian caido; pero los caballos ya sin ginete, siguieron su carrera é hicieron rodar entre el polvo á Brazo-de-acero y á algunos de los piratas.

Los españoles que no perecieron se reconcentraron al grueso de su fuerza, llevando la triste noticia de la muerte del gobernador.

Sin embargo, los españoles no desmayaron y continuó el combate con el mismo encarnizamiento.

Brazo-de-acero se levantó, y cerca de allí vió al caballo del gobernador que cruzaba espantado entre los piratas; salió á su encuentro, logró tomarlo de la brida, y montó sobre él con tanta ligereza y gallardía, que arrancó entre los suyos un grito de entusiasmo.

Desde aquel momento, Antonio se creyó completamente fuerte y capaz de combatir; varios piratas que lograron tomar caballos de los que vagaban sin ginete, le imitaron, y muy pronto se encontró Brazo-de-acero á la cabeza de una pequeña tropa de caballería.



Lit. de J. Rivera é hijo.

Antonio comenzó á escaramucear con sus ginetes...

Pag. 145.

Era lo que habia deseado, y el problema se iba á resolver en favor de Morgan.

Antonio comenzó á escaramucear con sus ginetes, los piratas de infantería cerraron sobre sus enemigos, y bien pronto se introdujo el desórden entre los de la villa.

Morgan comprendió lo que pasaba, y caminó sobre ellos á paso veloz, entre los gritos de triunfo de los suyos.

Los españoles emprendieron su retirada, buscando el asilo del bosque; pero el bosque estaba lejos, y los piratas tenian su caballería para perseguirlos, que se aumentaba á cada momento con los caballos de los que caian muertos ó heridos.

Cuatro horas habia durado la batalla, despues seguia la matanza; pocos alcanzaron á llegar á los bosques, y casi todos quedaron muertos en el campo.

Morgan organizó su gente sin perder un instante; sus pérdidas, comparadas con las de los españoles, habian sido muy pequeñas, y dió órden para dirigirse inmediatamente sobre la villa.

La columna, compuesta ya de caballería, que iba al mando de Brazo-de-acero, y de infantería, se puso en marcha, y pocas horas despues llegaba á Puerto-Príncipe.

Allí esperaba á los piratas un nuevo combate, aunque no tan reñido como el anterior, porque antes de salir de allí el infortunado gobernador dejó la plaza guarnecida, y á pesar del mal éxito de la batalla, los defensores del lugar no quisieron rendirse sin hacer antes un último esfuerzo para salvarse de los piratas.

Rindióse la guarnicion, y algunos vecinos intentaron defenderse dentro de sus casas, pero bien pronto tuvieron que sucumbir.

Hasta aquel momento, Antonio no habia conocido verda-

deramente la clase de hombres con quienes se habia reunido; creia que todo lo que se decia de los piratas era una calumnia levantada por los españoles; pero nada de lo que habia oido contar pudo igualarse á lo que entonces vió.

Apenas se vieron dueños de la villa, comenzaron los piratas por aprisionar á los habitantes: hombres, mujeres, niños, ancianos, esclavos, todos, sin excepcion, fueron encerrados en las iglesias, y ya las casas solas, entregáronse á su placer al pillaje.

Antonio miraba el saqueo de las habitaciones, y entrar y salir hombres cargados con los despojos de aquellos habitantes, y arreglar y disponerlo todo para el embarque.

Brazo-de-acero sintió la indignacion, y buscó al almirante para saber lo que de él se podia esperar.

Juan Morgan no tomaba parte en aquellos desórdenes, y descansaba tranquilamente en la casa que habia sido del gobernador.

El almirante, al ver entrar á Brazo-de-acero, comprendió sin duda lo que habia pasado en el corazon del jóven cazador; estaba solo, y no vaciló en hablarle.

—Podria apostar mi cabeza—dijo el almirante—á que adivino lo que trae tan preocupado á mi nuevo amigo.

—Dificilmente, señor, y puede ser que yo mismo no me atreva á decíroslo.

—Haríais mal, y probaríais que teneis poco conocimiento de los hombres.

—Tal vez, señor.

—Pues oidme: vos, jóven, honrado, valiente, incapaz de una mala accion y dispuesto á todo lo noble y á todo lo grande, os habeis horrorizado al ver lo que hace la gente en la villa, ¿no es verdad?

—Es cierto, señor—contestó Antonio, animado por el aire de franqueza y cordialidad de Morgan.

—Teneis razon; por eso no salgo, por eso me encierro.....

—Pero si tanto os disgusta, ¿por qué no impedirlo?

—Jóven sois, y os falta mucha experiencia todavía: ¿creeis que seria fácil impedir ese pillaje? ¿creeis que no seria yo la primera víctima si tratara de contener á los soldados? Y aun en el caso de alcanzar á reducirlos, ¿suponeis que antes de veinticuatro horas no estariamos vos y yo, si con vida, enteramente solos?

—Entonces, ¿para qué dirigís esta expedicion, sembrando por todas partes el terror, la desolacion, la muerte?

—Escuchadme, Antonio; voy á abriros mi corazon, porque vos solo sois capaz de comprenderme y de ayudarme en esta empresa. Tengo aquí, aquí—y Morgan señalaba su frente—un proyecto, un gran proyecto, que todos adivinan, por el que todos anhelan, pero que nadie, sino yo, es capaz de llevar al cabo: la independencia de las Indias Occidentales.

—¡La independencia!......

—Sí; escuchadme sin interrumpir mi relacion: yo he viajado por todas esas colonias que la Europa posee en tierra firme; yo he visto la tiranía y la esclavitud dividirse á los habitantes; yo he vislumbrado para esos pueblos una era de libertad, y tengo la conviccion de que yo puedo hacer que luzca ese dia de emancipacion. ¿Cómo? mirad: hay en el Océano unas islas que son parecidas, que han brotado en medio de las ondas, ya las conoceis. Cuba, la Española, Jamaica, en fin, todas esas, cuyos habitantes y cuyas guarniciones tiemblan ahora al escuchar nuestro nombre y se estremecen al ver una vela en el horizonte; pero bien, estas islas son la llave del mar, son la muralla entre los dos mun-

dos; formar de todas ellas una sola nacion, poderosa por sus riquezas y temible por su marina, cortar la comunicacion entre Europa y sus colonias, destruir las armadas de los opresores, animar con esto á los oprimidos, y ayudarles y aconsejarles la insurreccion que sus dominadores no podrán sofocar, ¿no es esto dar la libertad á medio mundo? ¿no es esto desencadenar cien naciones? Y para esto, es preciso comenzar de alguna manera, hoy como piratas, valiéndonos de la gente perdida, de los hombres que no van mas que tras de la codicia. Es preciso hacernos grandes y respetables por el terror, ya que somos pequeños por nuestros elementos; pero mañana, mañana, yo os lo aseguro, estos navíos piratas serán ya escuadras armadas, tan moralizadas como las del mismo rey de España, y las ciudades y aldeas no temblarán de nosotros como de sus verdugos, sino que nos llamarán como á sus salvadores, y el viento agitará sobre nuestras embarcaciones una bandera nuestra, una bandera hermosa de una nacion nueva, pero libre, grande, poderosa; y los reyes tratarán de igual á igual con nosotros, y humillaremos su soberbia, y habrá un pueblo que tendrá, como Roma, un puñado de bandidos y de piratas por ascendientes, pero que conquistaron medio mundo; y hará caer de rodillas á los que antes eran los tiranos de la humanidad. ¿Me comprendeis, Antonio, me comprendeis?

—Sí, sí os comprendo, señor, y os seguiré!

—Dejad á esos miserables que hagan su botin; ellos no piensan sino en el dia de hoy: reptiles que se arrastran sobre el cieno, y que no tienen para el firmamento ni una mirada; pero yo, de esa chusma, de esos hombres sin corazon y sin inteligencia, de esa plaga de la sociedad, haré salir una nacion, y los que hoy me apellidan pirata infame, mañana me bendecirán libertador, y mas tarde me alzarán mo-

numentos y me erigirán estatuas: si Dios que ve y juzga mis intenciones me presta su amparo, antes de un año el mundo sabrá lo que valgo y lo que soy capaz de hacer.....

Brazo-de-acero escuchaba á Morgan con admiracion; iba á contestarle, cuando se escuchó en la calle un gran rumor: el almirante y el cazador salieron á la ventana y descubrieron á todos los ingleses que venian en la expedicion, que dando gritos de furor conducian un cadáver.

Aquella comitiva, gritando justicia unos y venganza otros, llegó con el cadáver hasta la casa del almirante.

El cadáver tenia el rostro cubierto con un paño; Morgan lo apartó, y Antonio lanzó una exclamacion de espanto.

Era el cadáver de Ricardo, del amigo de Brazo-de-acero, del que habia quedado encargado por él de proteger á Julia.

XVI.

Ricardo y Brodeli.

Julia se encerró en la cámara y no quiso volver sobre cubierta para nada; se sentia sola, enteramente sola, porque la señora Magdalena apenas le dirigia la palabra, y aprovechaba toda oportunidad para alejarse de ella.

En el concepto de la señora Magdalena, Julia habia deshonrado á la familia declarándose esposa de Brazo-de-acero, que cuando mas era un cazador de toros en la Española, y cuando menos un pirata.

Ricardo y Brodeli espiaban á la jóven, aunque con diversas intenciones; Ricardo para protegerla, Brodeli para hacerla suya; pero la ventaja estaba de parte de aquel, porque conocia á su enemigo, mientras éste ignoraba que hubiera en el navío otra persona que se interesara por Julia, fuera de la señora Magdalena.

Ante todo el inglés creyó que era necesario que la jóven supiera que Antonio la habia dejado un protector, y ponerse de acuerdo con ella. Aprovechando, pues, un momento

n que la señora Magdalena habia dejado sola á su hija, se cercó á hablarla.

—Julia—dijo Ricardo acercándose.

La jóven quizá no recordaba haberle visto, porque levantó el rostro con extrañeza.

—¿Qué quereis?—dijo.

—Necesito hablaros un momento.

—Y bien, decid.

—Seré breve, porque nos observan: Antonio me ha encargado de custodiaros, de ayudaros; ¿qué se os ofrece?

—Gracias; por ahora, nada absolutamente.

—En todo caso, sabed que teneis aquí un amigo; tal vez Antonio os habrá hablado de mí; soy Ricardo.

—En efecto—contestó Julia con mas amabilidad y tendiéndole una mano—sé que sois su verdadero amigo.

—Contad, pues, con esa amistad, y adios, porque me parece que he visto á Brodeli que nos observa: no os olvideis, aquí estoy.

Y Ricardo estrechó la mano de Julia y se retiró.

En efecto, á poco encontró al vice-almirante, que le dijo con aire de suma severidad:

—¿Podeis decirme el negocio que os llevaba cerca de esa jóven?

—Una visita de simple amistad.

—Está bien; pero espero que eso no se repetirá......

—¿No se repetirá? ¿y por qué? ¿falto en algo á nuestra contrata con eso?......

—No precisamente á la contrata, pero sí á las costumbres establecidas entre nosotros, y á la prudencia......

—¿Cómo?

—El marido de esa jóven está en expedicion con el almirante, y no le pareceria muy bien el saber que andais en

amistades con una mujer que es suya; esto podria traernos grandes disgustos entre los nuestros......

—Pero si yo......

—Además, entre nosotros se respetan como sagradas las propiedades, y esa jóven ha quedado bajo la garantía de los jefes de su marido, que deben cuidar del honor de sus soldados como del suyo propio......

—Pero......

—Dejadme concluir: si esto se tolerase, ninguno saldria á campaña con tranquilidad dejando á su familia, porque temeria que durante su ausencia se burlaran de él......

—Es que yo no he tenido la menor intencion......

—No estoy yo aquí para juzgar de intenciones, sino de hechos; y os advierto, bajo las penas mas severas, que no volvais á andaros en amistades con esa jóven; ¿lo entendeis?

Ricardo comprendió cuánta maldad encerraban estas reconvenciones, y se mordió los labios hasta hacerse sangre.

Brodeli tendia astutamente un lazo para separarle de Julia, para dejarla sin amparo, y esto con el hipócrita pretexto de cuidar el honor de los soldados que andaban en campaña.

Ricardo determinó callar y observar.

El vice-almirante rondaba todo el dia al rededor de Julia; esperaba una oportunidad y ansiaba un medio para apoderarse de ella.

La víspera misma del dia en que los piratas tomaron la villa, Ricardo, que estaba siempre en acecho de Brodeli, oyó que éste hablaba con uno de los jefes; era el capitan de un navío, propiedad del mismo Brodeli, y que se llamaba el *Cisne*.

Ricardo se ocultó de modo que no pudieran verle y que él pudiera oir cuanto hablaban.

—Tened todo dispuesto—decia Brodeli—y aparejado para darnos á la vela mañana mismo: no es posible seguir así al lado de Morgan, perdiendo tiempo cuando podemos hacer por nosotros tan buenos negocios, teniendo necesidad de partir nuestras ganancias con estos ingleses que Dios confunda.

—Teneis razon—contestaba el otro;—cinco de los buques que forman esta armada son franceses, y nos seguirán: además, creo que este en que estamos es una presa hecha por nosotros y nos corresponde.

—Así debia ser; pero es preciso tener alguna condescendencia, y quiero que nos separemos de Morgan y de los ingleses, de amigos y sin desavenencia alguna; ya listo todo para darnos á la vela, salto á tierra, le aviso de mi resolucion y nos vamos.

—Perfectamente.

—Antes tengo que deciros; mañana al amanecer llevaré allá dos mujeres, bellas las dos; la mas jóven es mia, cuidádmela y respetadla: en cuanto á la otra, tomadla si os place, ó dadla en mi nombre á quien mejor os parezca.

—¿A qué hora las espero?

—Antes de que amanezca enviad por ellas á vuestro bote; yo daré aquí cuatro marineros de confianza, porque quizá se resistan.

—Lo haré; mañana antes de amanecer.

Esta conversacion la habian tenido en francés Brodeli y el otro; pero Ricardo comprendia perfectamente ese idioma, y no perdió una sola palabra.

El plan de Brodeli estaba claro, llevarse á Julia y separarse de Morgan con todos los navíos franceses. Ricardo se puso á meditar un medio de salvar á Julia y de impedir la traicion del vice-almirante.

La guardia que custodiaba los prisioneros españoles era de ingleses.

Ricardo habló con ellos; no tenian órden para impedir que los prisioneros anduvieran á su voluntad por todo el navío, y solo su consigna era de vigilarlos para que no tramasen una sublevacion. Esto era cuanto Ricardo necesitaba saber.

Comenzó á estudiar el rostro de aquellos españoles, á ver cuál prestaba mas confianza, y se fijó precisamente en el viejo capitan Don Simeon Torrentes.

—Oidme, amigo—dijo acercándosele.

El capitan dió casi un bufido y volvió el rostro á otro lado.

—Oidme—continuó Ricardo;—¿quereis huir?

—¡Hum!—dijo Don Simeon;—¿qué decís?

—Que si quereis huir de aquí; es decir, que si quereis vuestra libertad.

—¿Hablais de veras?

—De veras.

—Entonces ¡con mil rayos! ¿cómo preguntais á un prisionero si quiere su libertad?

—Supongo que querreis; pero lo que deseo saber es si tendreis valor para arrostrar el peligro que os ha de hacer libre.

—Sí que le tendré; ¿pero á mí quién me asegura que vos obrais conmigo de buena fe, y que no es una celada para asesinarme?

—¿Y qué interes podria yo tener en vuestra muerte?

—No lo sé; pero vale mas estar siempre prevenido.

—Tened confianza en mí, que no tengo pruebas que daros de mi buena fe: si quereis, creedme; si no, al otro lado; nada le hace.

Don Simeon reflexionó un momento, y luego exclamó:

—¡Con cien legiones de demonios! decid, os creo; me fio de vos: si me engañais, Dios que os lo demande: ¿qué hay que hacer?

—En primer lugar, escoged entre vuestros compañeros otros tres, valientes y buenos bogas.

—¿Y luego?

—Esta noche os daré cuatro trages semejantes á los nuestros, para que no os conozcan; esperais á que os llame, tomais por fuerza á dos mujeres que vienen en este navío, y las meteis á un bote que debe venir por ellas; dejais que se aleje un tanto el bote, entonces os arrojais sobre los piratas franceses que van en él, los matais, los echais al mar, y libres y con el bote á vuestra disposicion, bogais hasta la playa, y Dios os ayude.

—Y en caso de que todo salga bien, ¿qué hacemos de esas dos mujeres?

—Esa es precisamente la condicion que os pongo: salvadlas de los piratas franceses, y ponedlas en tierra en lugar seguro.

—¿Y si no nos llamais?

—Entonces paciencia; señal será de que se perdió el golpe.

—Buscaré á mis compañeros.

Ricardo se separó de Don Simeon, pensando cómo haria para sustituir á los cuatro españoles en el lugar de los cuatro marineros que debian trasbordar á Julia y á la señora Magdalena.

Pasó la mayor parte de la noche meditando, llevó los vestidos á Don Simeon y á sus compañeros, y la idea que necesitaba no venia; pero una casualidad le sacó de aquella ansiedad.

La noche pasó, y se anunciaba la mañana, cuando Brodeli se presentó delante del inglés.

—Para que veas—le dijo—que creo en tu enmienda, te voy á confiar una comision.

Ricardo tembló, creyendo que se trataba de separarle del navío, y enviarle á tierra.

—Busca cuatro marineros de toda confianza para que conduzcan al *Cisne* á esas dos señoras que están siendo aquí objeto de cuestion y fuego de discordia.

Ricardo apenas daba fe á lo que oia; ni en sueños le habia ocurrido que Brodeli le habia de elegir para semejante comision; y fingiendo indiferencia preguntó:

—¿Para cuándo han de estar listos esos hombres?

—Ahora mismo; vé en su busca.

Ricardo, como para mostrar subordinacion, se levantó violentamente y llegó adonde estaban los prisioneros.

—Arriba—dijo á Don Simeon.

—¿Ya es hora?—preguntó el viejo.

—Sí, ¿dónde están los compañeros?

—Aquí.

Levantáronse los cuatro y siguieron á Ricardo.

—Los llevo de órden del vice-almirante á presentárselos—dijo el inglés á un oficial que los custodiaba.

Cuando Ricardo llegó adonde le esperaba Brodeli, el bote del *Cisne* estaba ya esperando.

—Aquí están—dijo el inglés, presentando en la oscuridad á sus hombres.

—Baja con ellos—contestó el almirante—y apodérate de las dos mujeres, y de grado ó por fuerza las traes aquí.

Ricardo, seguido por los españoles, obedeció.

Julia y la señora Magdalena dormian vestidas, y despertaron espantadas con aquellos hombres.

—Seguidme, señoras—dijo Ricardo.

—¿Pero adónde?

—Ya lo sabreis; seguidme.

—¡Ricardo!—exclamó Julia—¿adónde nos llevan?

—No lo sé, señora; es órden del vice-almirante.—Y luego acercándose á ella, le dijo muy bajo:—Id sin desconfianza, os lo ruego.

—¡Vamos, madre mia!—exclamó Julia.

—¡Vamos!—dijo la señora Magdalena.

Ricardo se presentó, seguido de las señoras y de sus marineros.

—Aquí están—dijo á Brodeli.

—¿Se han resistido?

—Tanto, que creo que es preciso irlas cuidando mucho, porque capaces son de arrojarse al mar, de desesperácion.

Julia miró espantada á Ricardo; aquella era una horrible mentira.

—Bien; bajadlas: dos hombres para cada mujer.

Dos marineros se apoderaron de la señora Magdalena, y dos de Julia.

Así las bajaron al bote, en el que no habia sino dos remeros y un hombre que llevaba el timon.

—Ricardo bajó hasta dejarlas en el bote, y dijo al oido á Don Simeon:

—Todo está como os lo prometí; ¡valor!

—Descuidad; todo saldrá bien.

El inglés volvió á subir, y el bote se desprendió: á pesar de que la operacion se habia comenzado de noche, empezaba ya á brillar la mañana.

Ricardo estaba desesperado, porque ya desde el navío se

podia distinguir algo de lo que pasaba en el mar, y el vicealmirante no despegaba su vista del bote que se alejaba.

De repente Brodeli exclamó:

—¿Qué es eso? ¿qué pasa allá? parece que se baten en ese bote.

En efecto, Don Simeon y sus compañeros, armados de grandes cuchillos, se habian lanzado sobre los marineros del bote.

Los piratas resistieron un momento; pero desprevenidos como estaban, pronto sucumbieron, y uno en pos de otro, sus cadáveres fueron arrojados al mar.

El combate duró un momento; los españoles se apoderaron de los remos, y con toda la energía de la desesperacion comenzaron á bogar.

—¡Se sublevan y se roban el bote!—exclamó Brodeli, ciego de furor:—á botar al mar las lanchas; ¡fuego sobre ese bote que huye! ¡fuego!

Pero ni los botes estaban dispuestos, ni la artillería lista, ni los fugitivos lejos de la playa; de manera que cuando qiusieron perseguirlos, habian saltado á tierra y perdídose en los bosques, dejando el bote salvador flotando entre la marejada de la costa.

XVII.

La salvacion.

El vice-almirante no conoció entonces límites en su furor, y pasó por su cerebro la idea, como un relámpago, de que todo aquello era obra de Ricardo.

Inmediatamente le hizo venir á su presencia.

—¿Qué marineros habeis sacado para conducir á esas mujeres?—le preguntó ronco de ira.

—Cuatro que me habeis pedido.

—¿Quiénes eran ellos?

—Ignoro sus nombres— contestó desdeñosamante Ricardo.

—¡Atad á ese infame!—gritó Brodeli á los marineros que escuchaban.

—¡Infeliz del que se atreva á tocarme!—gritó Ricardo sacando su cuchillo.

Los marineros, que en su mayor parte erán ingleses, y que detestaban al vice-almirante, fingieron terror y no se movieron.

—¿No lo oís?—exclamó Brodeli;—atadle, cobardes.

Nadie se movió.

—¿Conque es decir que nadie me obedece? ¿es decir que os rebelais por miedo? Bien, cobardes; lo que no os atreveis á hacer todos juntos, lo haré yo solo......

Y diciendo esto, dió un paso para acercarse al inglés.

—¡Brodeli!—gritó Ricardo—te lo advierto; si te pones al alcance de mi mano, eres hombre muerto.

—¿Serias capaz?

—Sí, lo seré contigo.

—¡Soy el vice-almirante!

—¡Eres un monstruo que abusas de tu posicion, que has querido seducir y robar la mujer de uno de nuestros hermanos ausente y que en estos momentos combate por nosotros, y yo no te lo he permitido.......

—¿Es decir que confiesas que tú has sido el que protegió la fuga de esas mujeres?

—Sí, yo fuí.......

—Entonces, mas terrible será tu castigo.

Y fingiendo retroceder, Brodeli sacó una pistola, y antes de que Ricardo hubiera tenido tiempo para huir el cuerpo, disparó, atravesando con la bala el corazon del jóven inglés.

Ricardo lanzó un gemido, abrió los brazos, dejando caer el cuchillo que tenia en la mano, y su cadáver rodó á los piés del vice-almirante.

Un grito de indignacion partió de la boca de aquellos marineros ingleses que presenciaban la escena, y todos se arrojaron sobre el vice-almirante, gritando: ¡Venganza! ¡venganza!

Brodeli desprendió de su cinto otra pistola y se puso en guardia; pero los ingleses estaban furiosos y seguian avanzando sobre él.

La gente que acompañaba á Morgan era, puede decirse, una reunion de hombres que representaba todos los países, todas las naciones. Habia entre ellos italianos, españoles, negros, americanos, y hasta chinos; pero la mayor parte eran franceses é ingleses.

Los ingleses reclutados por el almirante, y los regularmente adictos á su persona, estaban siempre en rivalidad con los franceses, que seguian á Brodeli, y varias ocasiones habia sido necesario todo el gran prestigio de Morgan para contener los desórdenes que de esa rivalidad habian nacido.

Naturalmente, cuando el almirante eligió para sí el «Santa María de la Victoria,» lo tripuló con ingleses, y el vice-almirante se encontró allí rodeado de hombres que no le querian, y por eso, en los momentos del conflicto, no encontró ni un solo defensor.

Brodeli comprendió perfectamente la situacion en que se encontraba, y que solo con un rasgo de audacia podia salvar.

Retrocediendo, y amagando con la pistola á los que le amenazaban, llegó hasta el punto que creyó conveniente para su plan. Entonces descargó la pistola contra el que tenia mas inmediato; los demas retrocedieron por un momento, y antes que se disipara el humo de la descarga, y antes que los ingleses le acometieran de nuevo, se arrojó al mar, y procuró, á fuerza de brazo, ganar el costado de uno de los navíos que estaban tripulados por franceses.

Llegó, en efecto, á uno de ellos, bajaron la escala, y el vice-almirante subió, lanzando desde allí un grito de desafio á los ingleses.

A bordo del «Santa María» habia vuelto á restablecerse la calma; se levantó el cadáver de Ricardo y fué colocado en un bote, y acompañado por algunos de sus amigos, que determinaron llevarlo á tierra y conducirlo á presencia de Morgan, para pedir justicia ó venganza.

Esta fué la razon por lo que llegaron hasta la villa y la casa en que se alojaba el almirante.

Morgan escuchó con serenidad la relacion de aquel accidente y prometió hacer justicia, agregando á los ingleses que toda la fuerza debia embarcarse en aquella misma tarde.

Brazo-de-acero quedó consternado; habia muerto Ricardo por servirle, por ser fiel á su promesa, por salvar á Julia; ¿pero adónde estaria Julia? ¿qué habria sido de ella?

Perdida en los bosques, y en compañía de hombres que poco debian conocer el terreno, corria peligro de caer en manos de los piratas otra vez, ó de morir de hambre en las selvas.

Antonio pensó en salir á buscarla, y casi se lo dijo al almirante, con quien comenzaba ya á tener confianza.

—Imposible es eso que vos pretendeis—contestó Morgan.

—¿Por qué?

—Porque vos no conoceis estos terrenos, y porque dentro de pocas horas debemos darnos á la vela: unos de los nuestros que han salido de la ciudad esta mañana, han hecho prisionero á un negro que traia cartas para nuestros prisioneros; en ellas les dicen que nada paguen por su rescate, que mañana mismo estará aquí un poderoso auxilio, tal vez toda la armada española, que nos busca para vengar la presa del «Santa María» y rescatarle; no podemos perder ni un instante.

—¿Pero yo puedo dejar á Julia así, abandonada?

—¿Y qué remedio? ¿os quedareis solo? ¿os expondreis á ser ahorcado sin remedio, quizá delante de esa misma mujer que buscais?

—¡Quizá moriré! pero yo no puedo abandonar á Julia!

—¡Antonio!

—Señor, si teneis confianza en mí, dejadme, que pronto os alcanzaré: ¿cómo? Dios me iluminará; pero si no, hacedme conducir preso á vuestro navío, porque yo voluntariamente no dejaré esta isla hasta saber que Julia está en salvo.

—Haced lo que os parezca, Antonio; pero yo os aconsejo que no permanezcais aquí por mas tiempo; mañana llegarán las tropas españolas.

—Es inútil cuanto mas digais, señor; estoy resuelto á buscar á Julia, á encontrarla, y la buscaré y la encontraré......

—¡Sois libre!......

Antonio procuró cambiar de trage inmediatamente, y sin esperar mas, salió de la villa y tomó el rumbo que le indicaron que habian seguido en el bosque los fugitivos españoles y las señoras.

Caminó mucho tiempo sin encontrar á nadie por en medio de los bosques desiertos.

Por fin, comenzó á escuchar el ruido del Océano; estaba cerca de una playa.

Salió del bosque y se encontró en la orilla del mar.

Inmensos peñascos salian de entre las aguas, y se alzaban unas veces negros y erguidos, y desaparecian otras entre inmensas olas, que levantaban crestas y penachos de espuma blanquísima y luciente, como si derramaran sobre los riscos, cascadas de perlas y de diamantes.

Antonio conoció que estaba en la playa opuesta á la que tenian ocupada los piratas.

Quizá allí habia buscado Julia un refugio.

Habia una senda estrecha por la arena; de un lado bosque espeso, de otro mar: Antonio siguió resueltamente aquel sendero.

Algunas veces el Océano retiraba sus olas, que iban alejándose como un inmenso manto que se arrastra; otras venia furiosa la marejada á morir hasta el pié de los árboles.

Brazo–de–acero sentia llegar las olas y se detenia; lo cubrian algunas hasta la cintura, se retiraban, y volvia á ponerse en camino.

El sendero se internaba en la selva, separándose de la playa; Antonio lo siguió, caminó entre el bosque un largo rato, volvió á escuchar los tumbos de la mar, miró adelante y se encontró con que habia llegado á una gran ensenada.

Allí habia gente.

A lo lejos navíos á la ancla, gente pacífica que miraba desde la playa, soldados en gran número que desembarcaban.

Por un movimiento instintivo, Antonio retrocédió y volvió á ocultarse en el bosque; si hubiera sido conocido, indudablemente le hubieran ahorcado.

Oculto permaneció entre los árboles, procurando observar; habian desembarcado muchas tropas, y artillería, y pertrechos de guerra, y luego aquellas tropas se organizaron y formaron en columna, y tomaron uno de los caminos y se pusieron en marcha.

Era el auxilio que iba á batir á los piratas; pero de segu-

ro que cuando llegaran á la villa, ya Morgan y los suyos se habrian dado á la vela.

La tarde iba espirando, el Océano se envolvia en sombras, el bosque estaba ya en la oscuridad, las olas se distinguian apenas por sus crestas espumosas, los árboles se dibujaban vagamente en el azul oscuro del firmamento, los tumbos de la mar se hacian mas solemnes, y de la selva se levantaban mil rumores, mil cantos, silbidos de insectos, cantos de aves, murmullos de rios, crugidos de troncos y de ramas, ruido monótono del viento entre la fronda.

La noche sobre las aguas y la noche sobre la tierra en el Océano; silencio pavoroso, interrumpido solo por el chocar de las aguas contra las rocas; en el bosque rumor confuso, interrumpido de cuando en cuando por causas que no alcanza ni la ciencia misma.

Antonio esperó, esperó; las luces de los navíos se apagaron, pero en ellos velaba la tropa que allí habia quedado: en la playa ardian algunas lumbradas que fueron poco á poco extinguiéndose.

Reinó el mayor silencio entre los habitantes de aquella improvisada colonia; solo se escuchaban algunas veces los ladridos de los perros que contestaban al lejano grito de alguna fiera de las selvas.

Antonio se atrevió entonces á salir de su emboscada, y á la escasa luz de las estrellas comenzó á caminar.

Siempre recatándose, siempre procurando marchar entre la maleza y no separarse mucho del bosque, llegó hasta un punto en que le pareció oir el rumor de algunas personas que hablaban en voz baja; dió un paso mas, y descubrió un grupo de hombres que conversaban sentados en el suelo. Todos tenian armas, y debian ser sin duda algunos isleños

emigrados de la villa, porque cerca de ellos habia algunas cajas, y algunas mujeres dormian en el suelo cerca de allí.

Antonio se ocultó y procuró escuchar, y á las primeras palabras de aquella conversacion, comprendió que habia llegado al término de su viaje.

—Para que veais—decia uno de aquellos hombres—cómo Dios premia en esta vida las buenas acciones; os encontrais libre, y sano y salvo, y os reunís, cuando menos lo esperábais, con vuestra familia.

—Mucho tengo que agradecer á su Divina Majestad—contestó una voz demasiado conocida para Antonio.

—¿Y decís llamaros?—preguntó un tercero.

—Don Pedro Juan de Borica y Lenguado—contestó el hombre de la voz conocida, que era nada menos que el desollador, que ya creia tener segura su carta de nobleza.

—¿Y pensais quedaros con nosotros?

—De seguro que no—contestó Pedro Juan:—si me es posible, al regreso de esta armada me embarco para la Nueva-España.

—Hareis bien, porque ya en esta isla no es posible vivir con tales cosas como en ella pasan: además, estas dos señoras han padecido tanto, que necesitan mucho reposo, que aquí de seguro no tendrán.

—¡Pobrecitas!—dijo Pedro Juan;—solo Dios las pudo haber salvado de esos infames piratas.

Su conversacion giró entonces sobre la vida y costumbres de aquellos hombres, á los que pintaba el desollador con los colores mas espantosos que pudo encontrar en la escasa paleta de su imaginacion.

Antonio estaba ya seguro de que Julia y la señora Magdalena estaban con seguridad y reunidas con Pedro Juan,

á quien él miraba como una Providencia para aquellas dos mujeres.

Podia, pues, retirarse tranquilo; nada tenia que temer por su amada, ni nada tampoco podia hacer por ella; así se lo aconsejaba la prudencia; pero Brazo–de–acero estaba enamorado, y los enamorados casi nunca tienen que ver con la prudencia; es una virtud que les estorba, y Antonio no estaba exento de esa regla: quiso partir, pero quiso antes que Julia supiera que estaba cerca de ella, que la cuidaba, que la seguia, y que se separaba de ella cuando la miraba ya tranquila y fuera de riesgo.

Hablarla en aquellos momentos era imposible; escribirla, ¿cómo?

Antonio recordó sus costumbres de la isla Española; caminó, dando un rodeo, hasta quedar en la parte opuesta adonde se encontraba al principio, y cerca siempre del grupo en que estaba Julia, y comenzó á silbar una de las cancioncillas con que avisaba á la jóven su presencia en la aldea de San Juan.

Los hombres, como era natural, no hicieron caso de aquello; pero Julia, que no dormia, se figuró al principio que soñaba, y lloró.

Pero luego comprendió que no era sueño, y creyó que por una casualidad habia álguien que silbara así para atormentarla con recuerdos tristes, y procuró no escuchar.

Antonio varió de aire, y entonces Julia se incorporó, sintiendo que se volvia loca.—¡Antonio!—exclamaba—¡Antonio! ¡Imposible! ¿cómo?

Brazo–de–acero seguia silbando; la señora Magdalena dormia, y Julia llegó á comprender que su amante estaba cerca de ella.

Antonio, á la escasa luz de la moribunda hoguera, vió la sombra de Julia que se incorporaba; no podia seguramente reconocerla; pero supuso que ninguna otra mujer hubiera fijado su atencion en lo que él tenia por contraseña con la jóven.

Los dos, pues, se habian reconocido, los dos sabian que estaban muy cerca el uno de la otra, y los dos comenzaron luego á meditar una manera de hablarse.

Julia, miedosa y tímida, la creyó imposible; Antonio, audaz y enamorado, la juzgó sencilla.

Comenzó á arrastrar entre la maleza, que era mas y mas escasa á medida que se acercaba al lugar en que estaba la familia de Pedro Juan; además, la conversacion de éste continuaba y era muy fácil que la descubriera; pero él queria hablarle á Julia, y estaba resuelto á conseguirlo á toda costa.

Por fortuna, los hombres estaban muy entretenidos, y la señora Magdalena dormia tranquilamente.

Antonio logró por fin estar cerca de su amada.

—¡Antonio, por Dios!—le dijo la jóven en voz tan baja que parecia un suspiro;—¿qué haces? ¡te van á descubrir!

—¡Julia! ¿crees que podia yo abandonarte?

—¡Pero Antonio! estoy en seguridad; ¡huye! aléjate de aquí! sálvate! yo te lo ruego!

—Angel mio, no temas; me alejaré; pero he querido hablarte antes, para que sepas que velo por tí, que no te abandono.......

—¿Piensas que lo he dudado nunca? ¡Ah! ¿no te conozco? Pero aléjate! por Dios! por nuestro amor! tengo miedo! mucho miedo por tí! Si llegaran á descubrirte, me moriría yo de pesar! Hazlo siquiera por mí! aléjate, amor mio!......

—Bien, Julia, te obedezco, pero no me olvides ni un instante!

—¡Nunca! nunca! tú eres mi solo pensamiento!

—¿Me amarás siempre?

—¡Siempre! ¡siempre!

—¡Adios! ten fe en mis promesas.

—¡Adios! fia tú en mis juramentos!

Julia tendió su mano, Brazo-de-acero la atrajó suavemente, y depositó en ella un beso tan callado, que no lo escucharon ni las brisas del mar; y luego con la misma precaucion de antes, comenzó su retirada.

Julia escuchaba; el menor rumor, el ruido de la brisa entre la yerba, la espantaban, y creia que habian descubierto á Brazo-de-acero; los tumbos del mar que le impedian oir, la impacientaban.

Así permaneció mas de una hora, y entonces exclamó:

—¡Dios mio! quizá ya estará en salvo!

Antonio, no solo contento, sino verdaderamente orgulloso, se retiró del lado de Julia, y á fuerza de astucia logró ganar, sin que nadie le sintiera, la orilla de los bosques.

Para el hombre que ama de veras, la aprobacion de la mujer que adora es la mas hermosa de las victorias, porque en ella reconcentra él todo su mundo, y nada le importa el desprecio en la sociedad entera si ella está contenta.

Una mujer que es amada así, puede decir con orgullo: yo he inspirado esa accion grande; á mí me debe mi patria este héroe; á mí me debe la humanidad ese libro, esa institucion benéfica; yo sostengo en la batalla ese corazon, en la ciencia ese cerebro, en la virtud ese ánimo; porque ese hombre lo hace todo por mí, por mí no mas.

Brazo-de-acero pensaba en esto, y estaba orgulloso con

el orgullo de su Julia, y meditando en esto, se recostó al pié de un árbol y se quedó dormido.

La juventud y el cansancio reconcilian el sueño aun en medio del mayor peligro; Antonio ni reflexionó siquiera el lugar en que se encontraba.

Durmió mucho tiempo, y soñaba con Julia; de repente sintió que le movian; abrió los ojos, y despertó.

Una multitud de gente le rodeaba.

—Este es de los piratas—decia uno.

—Sí, es pirata—repetian otros.

—Levántate—le dijo uno de ellos, sacudiéndole fuertemente el brazo.

Antonio se levantó.

—Contesta: ¿eres pirata?

—Venia yo con ellos—dijo Antonio con serenidad.

—¿Entonces eres pirata?

—Si lo fuera ¿estaria yo aquí durmiendo con tal tranquilidad?

El argumento debió parecer de mucha fuerza á aquellos hombres, porque se miraron unos á los otros.

—¿Pues cómo venias con ellos?—insistió uno.

—Cautivo desde la isla Española.

—Bueno seria preguntar á los otros prisioneros—agregó un tercero.

—Sí, sí—dijeron todos.

—Es ya imposible—replicó el que hacia de jefe;—mirad que se hace á la vela el navío en que se van.

Todos volvieron el rostro en la direccion que aquel les indicaba, y Brazo-de-acero vió un navío de guerra que comenzaba á deslizarse majestuosamente sobre las aguas.

Fijó su atencion, y alcanzó á distinguir á Julia sobre la cubierta.

Antonio sintió que contra su voluntad, un suspiro salia de lo mas hondo de su pecho. Aquella separacion iba quizás á ser eterna, y este pensamiento le preocupó de tal manera, que se dejó atar sin hacer la menor resistencia.

Poco despues, Brazo-de-acero caminaba hácia la villa, custodiado por un grupo de paisanos furiosos que le amenazaban á cada instante con darle la muerte.

SEGUNDA PARTE.

LOS CONDES DE TORRE-LEAL.

I.

La familia del conde.

UNA de las habitaciones mas suntuosas entre las que habian construido en México los conquistadores españoles y sus descendientes, era sin duda la que ocupaban los condes de Torre-Leal.

Como todas, aquella aristocrática residencia estaba situada en la calle real de Ixtapalapa, que eligieron entre todas las de la ciudad los nuevos señores para levantar aquellos edificios que se llamaban en México modestamente casas, y que hubieran en otra parte podido apellidarse palacios.

Los condes de Torre-Leal descendian de una noble familia española, y á creer lo que decian los noviliarios de la nueva colonia, sus antepasados habian resistido en una tor-

re una invasion de los moros, y guardado el dominio de una comarca á Don Alfonso el Batallador, ó á alguno de los otros reyes de la península ibérica, que conservaron y ensancharon sus dominios merced á la grandeza heróica de sus corazones y al vigor de su brazo.

Sea de esto lo que fuere, los condes ostentaban en el escudo de armas de su familia, como recuerdo de aquella hazaña, en uno de los cuarteles, una torre de oro en campo azul, y llevaban el título antiquísimo, segun ellos, de Torre-Leal.

Las crónicas ó las tradiciones referian que el primer conde que llegó á México, vino como soldado de Hernan Cortés en busca de aventuras, gustó de la tierra, y se quedó de colono el que habia venido de conquistador; tomó *solar* entre los que repartió Cortés, edificó casa, tuvo familia, y quedóse su descendencia en la Nueva-España, siendo cada dia mas rica, mas considerada, y al mismo tiempo mas orgullosa.

En los años que vamos á presentar á la casa al lector, el conde era el anciano Don Cárlos Ruiz de Mendilueta, y la condesa Doña Guadalupe Salinas de Salamanca y Baus.

El conde contaba ya sesenta inviernos, mientras Doña Guadalupe tenia apenas veintidos primaveras.

La razon de esta diferencia era que Don Cárlos, viudo hacia ya muchos años, habia pensado contraer segundas nupcias, y se fijó para ello en una jóven hermosa y cándida, pero pobre, que vió casualmente una mañana en una iglesia; aquella jóven era Guadalupe.

El conde la observó durante la misa, la siguió á su casa, y se informó con los vecinos de su nombre y calidad.

Ocho dias despues se presentó á pedirla en matrimonio. El conde era noble, rico, buen cristiano, tenia un genio bon-

dadoso, y Guadalupe tenia quince años, era lo que puede llamarse una muchacha excelente: el matrimonio se arregló, y muy pronto Don Cárlos llevó al altar á su jóven esposa, que se encendia de rubor bajo las curiosas miradas de la multitud que asistia á la ceremonia.

Don Cárlos habia tenido de su primer matrimonio dos hijos; el mayor, Enrique, pasaba en la ciudad la plaza de un calavera, y la menor, llamada Doña Consuelo, habia profesado en uno de los conventos de México.

Cuando Don Cárlos contrajo segundas nupcias, Enrique no manifestó el menor disgusto; por el contrario, conociendo que el aislamiento en que vivia su padre podia serle dañoso, celebró aquella boda como si hubiera sido la suya, y recibió á Guadalupe, si no con el respeto de un hijo, porque su misma edad se lo impedia, sí con el cariño de un hermano.

El conde estuvo con esto contentísimo.

Un año despues, Guadalupe fué madre, y Enrique llevó al niño á la fuente del bautismo.

Guadalupe tenia un hermano de mucha mayor edad que ella; llamábase Don Justo, y era un hombre sombrío, taciturno, místico y avaro, segun decia el vulgo.

Un mes hacia que el hijo de Guadalupe habia sido bautizado, cuando Don Justo se presentó en la casa del conde con el objeto de felicitar á su hermana.

Guadalupe estaba casualmente sola, y su hermano se acercó á la cama, colocó allí un sitial y se sentó.

—¡Tienes un hermoso niño! ¡gracias á Dios!—dijo Don Justo.

—Está muy hermoso, ¿es verdad?—preguntó Guadalupe con todo el orgullo de una madre.

—Mucho; parece un ángel: Dios me perdone la comparacion.

Guadalupe besó á su hijo, y lo miró y volvió á besarlo.

—Dios te lo conserve, hermana, y lo haga un santo, y muy feliz: ¡pobrecito!—agregó Don Justo con aire compungido—¡qué lástima me da!

—¿Por qué?—preguntó espantada Guadalupe.

—¿Por qué? vaya, bien lo comprendes tú; no finjas.

—¡Ay, no! ¡dime, por Dios! ¿amenaza alguna desgracia á mi hijo?

—¿No nos oirá nadie?

—No.

—Pues óyeme—dijo Don Justo en voz muy baja:—¿qué, no te parece desgracia que este angelito que es nuestra sangre, no sea el heredero del condado de Torre-Leal, y vaya á ser un triste segundon?

—Dios lo ha dispuesto así—contestó Guadalupe;—además, el conde me quiere demasiado, y no dejará á su hijo en la miseria.

—No, no digo yo tanto; pero siempre...... eso de que tú fueras la madre del conde, y yo su tio.......

—Pero esa es la fortuna del que nació antes que mi hijo.

—¿Y si se pudiera en esto hacer alguna cosa?......

—¿Alguna cosa?—preguntó con extrañeza Guadalupe;—¿qué quiere decir eso?

—Pues...... ya supondrás; todo el obstáculo para que tu hijo sea el conde, es ese calavera de Don Enrique.

—¿El heredero legítimo?

—Sí; pero si él faltara.......

—Entonces mi hijo seria el conde.

—Y es fácil que muera.

—¿Quién?

—Don Enrique.

—Ya lo creo; con esa vida de disipacion que lleva, espadachin y quién sabe qué mas....... muchas pesadumbres le da á su buen padre.

—Seria bueno ayudarle al destino.

—¿Cómo?

—Sí; procurar que desaparezca el Don Enrique.

—¡Un crímen! Dios mio! qué horror!

—No, no precisamente un crímen.

—¿Pues qué?

—Así, algo, un plan; no sé cómo explicarte......

—No, Justo, no me hables de eso; Dios sabe lo que dispone, y me conformo con su voluntad.

—Piénsalo bien.......

—Eso no tiene ni qué pensar, Justo......

—La suerte de tu hijo.......

—Dios cuidará de él.

—Vaya, eres una niña, nada quieres hacer; pero al fin sobrino mio es, y yo veré lo que hago.

—Justo, no harás nada; te lo suplico.

—Déjame obrar.

—No, no quiero.

—Eres una tonta, hermana. Adios.

—Justo...... Justo......—gritó Guadalupe.

Pero Don Justo, sin detenerse ni contestarle, habia salido ya de la estancia.

II.

Las primeras asechanzas.

Don Enrique era un jóven á quien pocas mujeres podrian resistir; rico hasta la opulencia, dotado de una figura arrogante, de un ingenio claro, heredero de un antiguo título de nobleza, valiente hasta la temeridad, gran ginete, diestrísimo en el manejo de las armas y en todos los ejercicios corporales, con tanta facilidad improvisaba un romance ó unas seguidillas, como manejaba una lanza.

Por esto mismo, Don Enrique se sentia dueño de toda la tierra que pisaba, y no habia empresa á la que no acometiese, con tanta indiferencia en el peligro como en el triunfo; y sin embargo, Don Enrique tenia el corazon mas bien formado que el cuerpo; hubiera sido capaz de arrojarse al fuego por salvar á un desconocido, ó arremeter contra cualquiera porque le veia maltratar á un niño; muchas veces le veian

servir de diestro á algun ciego para atravesar una bocacalle, formando el mas notable contraste su rico trage de seda y terciopelo, cubierto de oro, y su robusta juventud con los harapos y ancianidad del mendigo.

Don Enrique era conocido y querido de todo el mundo.

Pero el diablo le habia tentado por el lado del amor, y el diablo, que no debe tener mucha dificultad para conocer el flanco débil de los hombres, se convenció de que por este lado poco tenia que luchar con aquella alma para vencerla, y sopló, y Don Enrique resultó mas enamorado que un gallo.

Las muchachas, que tenian ojos, como todas las hijas de Eva, para su perdicion, no dejaban pasar desapercibidas las cualidades del doncel, y á pesar de la bien merecida fama que gozaba de voluble, nunca cobraron experiencia en cabeza ajena, y esperando cada una, cegada por su amor propio y fiada en sus gracias, fijar aquel corazon, fueron, una en pos de otra, muchas, galanteadas, amadas y olvidadas. Solo que Don Enrique tenia el talento de separarse de los amores de una dama, conservándola como su amiga.

En la época á que nos referimos, el heredero del conde de Torre-Leal bebia los vientos, como dice el vulgo, por la lindísima Doña Ana de Castrejon, hija única de un español rico que habia muerto hacia pocos años.

Doña Ana era una jóven de esas que ahora se distinguen con el apodo de coquetas; vivia sola con su madre, gastaba con profusion el dinero, asistia á todos los bailes y á todas las diversiones, tenia un gran círculo de adoradores, y era en esto de constancia y de fe con sus amantes, digna representante de Don Enrique entre el bello sexo.

Ana y Don Enrique se encontraron en el mundo, y cada

uno de ellos comprendió al otro, y se respetaron como enemigos poderosos que no se atrevian á medir sus fuerzas: cada uno de ellos conoció que era aquella, si se empeñaba, una lucha muy peligrosa, y durante mucho tiempo pasaron indiferentes uno al lado del otro, deseando cada uno que su enemigo emprendiera un ataque para vencerlo ó para sujetarlo enteramente.

Pero ninguno de los dos, por mas que lo deseaban, se atrevia á tomar la iniciativa.

—Esta mujer—pensaba Don Enrique—desea que yo la galantee para burlarme y vengar á su sexo. ¡Cuidado!

—Este hombre—pensaba Doña Ana—quiere hacerme creer que no fija su atencion en mí, para interesar mi amor propio y hacer mas fácil su conquista. ¡Cuidado!

Y los jóvenes decian á Don Enrique:

—¿Quieres explicarnos por qué tú, tan enamorado, no piensas jamás en galantear á la hermosísima Doña Ana?

—Yo mismo no lo sé—contestaba Don Enrique.

Y las muchachas decian á Doña Ana:

—¿Qué milagro es ese de que no hayas hecho caer á tus piés á Don Enrique?

—Nunca he pensado en ello—contestaba Ana, y seguia hablando de otra cosa.

Así pasaban los dias, y Don Enrique y Ana se encontraban continuamente, fingiendo que ni se miraban, pero pensando siempre el uno en el otro, y haciendo ya un negocio de orgullo aquel triunfo, en el que realmente poca parte debia tener el corazon.

Por fin, un dia la suerte tuvo que decidirse, y en un baile los dos jóvenes se encontraron y tuvieron que hablarse, y aquella conversacion se animó y se prolongó, y nadie qui-

so interrumpirlos, porque conocieron que habia llegado la hora de la lucha, y todos tenian deseos de saber quién venceria.

—Ha ya algun tiempo—decia Ana—que os miro triste—y esto era falso; pero Ana creyó que así podria emprenderse el combate.

—Señora—contestó Don Enrique, conociendo la intencion de la dama y aceptando el terreno en que se preparaba la batalla;—quien tiene el corazon herido, mal puede mostrar alegría en el rostro.

—¿Estareis apasionado?—dijo la jóven, entrando audazmente en materia.

—En la juventud, señora, ¿quién no lo está?—contestó Don Enrique, esquivando el golpe.

—Puede ser que sea la enfermedad de la juventud; pero ó yo no soy jóven, ó debo ser de distinta naturaleza, porque yo no siento aún esa enfermedad.

—Casi es imposible, señora.

—Podeis creerme.

—¡Vos, tan hermosa, tan interesante, tan pretendida!......

—¿Quizá poetizais?

—¡Señora, si la verdad es poesía, poetizo!

—Soñando.

—Digo lo que siento y lo que veo......

—Esta noche estais por demás galante.

—Esta noche digo lo que otras muchas he pensado.

—¿De veras?

—Podria jurarlo.

Doña Ana lanzó á Enrique una mirada llena de fuego, que él contestó con el mismo entusiasmo.

A partir desde aquellos momentos, las relaciones amoro-

sas entre ambos fueron haciéndose mas estrechas y mas públicas cada dia.

Doña Ana no dejaba de sonreir dulcemente á todos sus otros apasionados, ni Don Enrique perdia ocasion de galantear á otras damas; pero en el fondo todos comprendian que esto no era sino efecto de sus antiguas costumbres, y que ó bien por amor ó bien por orgullo, Don Enrique y Doña Ana se guardaban fidelidad.

La gente comenzaba á creer que al fin los dos se habian ya fijado para siempre y que aquello pararia en un matrimonio.

La madre de Doña Ana se llamaba Doña Fernanda, y estaba tan orgullosa de la beldad de su hija y de sus triunfos amorosos, que jamás entró en su cerebro la idea de reconvenirle: Doña Ana habia llegado á ser el ama en su casa, la dueña absoluta de sus acciones, y su madre no hacia sino acompañarla á las tertulias y á las diversiones.

Los amores de Don Enrique con Doña Ana causaron á Doña Fernanda el mayor placer; casar á su hija con el heredero de Torre-Leal, hubiera sido para ella la suprema felicidad, y aunque jamás habia hablado con su hija de esta clase de asuntos, aquella ocasion le pareció indispensable tratar con ella el modo de realizar el matrimonio, ayudando con su experiencia á la hermosura y á la seduccion de Ana.

Una noche que estaban solas la madre y la hija, Doña Fernanda quiso aprovechar la oportunidad.

—Hija mia—le dijo—quizá te parecerá extraño lo que voy á decirte, porque no me he mezclado jamás en tus asuntos; pero hay cosas en las que me parece muy prudente y de estrecha obligacion aconsejarte.

—¡Vaya un milagro, madre! ¡y cuándo os acordais de eso! ahora que soy ya una mujer formal y que he adquirido en el mundo tanta experiencia!.......

—Ni en la misma vejez, hija mia, es bastante la experiencia adquirida; escúchame: ¿qué tal vas en tus amores con Don Enrique?

Ana miró á su madre con extrañeza y como admirada de aquella intempestiva pregunta.

—No te admires—continuó Doña Fernanda;—eres mi hija, deseo ante todo tu bien, y te hago esta pregunta porque creo que en esas relaciones debes tener muchísimo cuidado.

—¿Creeis, madre mia, que soy una niña á quien podrá burlar á su antojo Enrique?

—No; creo que tienes demasiado mundo, y lo que temo no es que se burle de tí, sino que tú no tengas bastante destreza para obligarlo á casarse contigo.

—No he pensado en eso.

—Ahí está precisamente el mal, y por eso he querido hablarte.

—Pues hablemos, madre mia.

—Ana, tú eres jóven y bella, á mi lado nada te falta, y el dia que yo muera, serás lo que puede llamarse una persona rica; pero las mujeres solas no están bien en la sociedad; las mujeres hemos nacido para casarnos; es fuerza que tú tengas un marido, y nadie puede convenirte mejor que el conde de Torre-Leal.

—Aun no es conde.

—Pero lo será, y muy pronto; conque vamos á lo que importa: ¿jamás te ha hablado de matrimonio?

—Nunca; pero dice que me quiere mucho; ¿no es bastante?

—Hé aquí cómo sois las jóvenes; con palabras tiernas os dais por satisfechas......

—¿Pero qué he de hacer si él no me dice?

—Pues obligarle, obligarle.

—¿Y cómo?

—¿Le has dicho tú que le amas?

—Sí, madre mia.

—Eso es, por eso son ellos tan volubles; nada de dificultades, nada de lucha; como agua que va en el arroyo, todo se les viene á las manos á pedir de boca.

—¡Pero madre mia!......

—Vaya, por eso hoy una niña cuesta tal trabajo cuidarla; en mi tiempo, hija mia, el sí se daba en cambio de la palabra de casamiento; éramos muy prudentes.......

—Vamos, madre mia, no me burleis así, que segura estoy de que mi abuelita os dijo á vos lo mismo que ahora me decís, y que ella lo oyó tambien de boca de su misma madre......

—Será lo que tú quieras, pero lo que te digo es la verdad.

—Bien, lo será; pero si ya alcanzó Don Enrique mi correspondencia sin condiciones, ¿qué remedio me queda?

—Veremos, veremos; es preciso para exaltar su pasion, ponerle infinitas dificultades, que ya que no vengan de tí, sea yo quien las presente.

—¿Vos?

—Yo, yo misma; dirásle que me opongo á vuestros amores porque llegué á saber que es un hombre de mala cabe-

za, y que te he amenazado con meterte de monja antes que consentir en vuestro matrimonio.

—Pero si él nada me ha dicho de matrimonio.

—Por eso soy yo la primera que menciono tal cosa, ¿entiendes? Esa palabra que tú pones en mi boca, pero él oye de la tuya, abre un camino nuevo á vuestras amorosas relaciones.

—¿Y si por esto se desalentase?

—No lo creas; tú no conoces á los hombres: quizá le produzca mal efecto al principio; pero despues será mas ardiente y apasionado, y aquí en confianza te diré que Don Justo, el hermano de Doña Guadalupe la condesa, me ha referido que Don Enrique se muestra cansado......

—¡Ay Dios, madre mia!......

—Precisamente éste es el resultado de la falta de obstáculos, y esta es la que vamos á remediar: conque ten confianza en mí y haz lo que te digo, y verás, verás.

—Bien, madre mia, lo haré.

—Pues aprende bien la leccion: de hoy en adelante me pintarás á sus ojos como un enemigo terrible de vuestros amores; me opondré á que lo veas, y llorarás, y le darás citas á deshora, cortas, llenas de sobresalto y de zozobra; al llegar le saludarás apenas, y luego huirás, diciendo: «Idos, idos, por Dios, Don Enrique! viene mi madre! somos perdidos!»

Ana lanzó una alegre carcajada oyendo el relato de aquellas comedias que se preparaban; jamás habia tenido amores de esa clase, y le parecian muy divertidos.

—Yo—continuó Doña Fernanda—te privaré muchas veces de ir á bailes y paseos......

—¡Ay madre mia, qué rigor!

—Es fuerza hacerlo; de otro modo nada creeria, y no se aventajaba nada.

—¡Es lástima!

—Algunas veces te encerraré, y no le verás á él ni á ningun otro, y entonces le enviarás una esquela llena de quejas y de protestas amorosas.

—Pero si apenas sé poner mi nombre, y eso tan mal, que vos misma no lo entendeis.

—Eso nada importa; yo no, porque no sé; pero un amigo de confianza, el mismo Don Justo, que me ha prometido ayudarme en todo, las escribirá, ó nos valdremos del padre fray José del Carmelo.

—Mejor de Don Justo, porque con fray José me confieso, y me causaria mucha pena.

—Bien, del que tú quieras, eso no importa; hágase el bien, y no importa quién.

—Perfectamente; me gusta, me gusta.

—¿Conque ya comprendes?

—Sí, comprendo.

—Pues adelante; desde mañana mismo comienzas, y me dices cuanto te pase, y yo te aseguro que antes de cuatro meses, si Dios no dispone otra cosa y el viejecito conde se va á gozar de su Divina Majestad, tú eres la señora condesa de Torre-Leal.

—Dios quiera, porque me habeis hecho pensar en ello y desear lo que no me habia imaginado: ya vereis, ya vereis si soy capaz de hacer todo eso que me habeis dicho, y mucho mas.

Doña Fernanda se retiró, orgullosa de la leccion que habia dado á su hija y de la inteligencia de ésta.

Ana comenzó á soñarse desde aquella noche la condesa

de Torre–Leal y figurarse el blason que pondria en la puerta de su carroza, y las armas bordadas en el pañuelo, y las libreas de sus lacayos, y todo aquel tren aristocrático y suntuoso de la antigua nobleza.

Ana habia pensado antes en el triunfo de tener por adorador á Enrique; desde esa noche quiso tenerle por esposo.

III.

El Indiano.

Uno de los hombres mas notables en México en aquella época, era Don Diego de Alvarez, conocido en la ciudad con el sobrenombre del Indiano.

Jóven aún, rico, espléndido y amigo de diversiones, Don Diego era uno de los jóvenes á la moda entonces.

Contaba el Indiano cuando mas treinta años, y su fisonomía revelaba que pertenecia á raza indígena pura: esbelto, robusto, con el pelo negro y lacio, la tez cobriza, escaso bigote y sin barba, cualquiera le hubiera podido señalar como un legítimo descendiente de Mocteuzoma.

Don Diego habia llegado á México muy rico, pero sin saber nadie su procedencia; unos le creian originario de las provincias internas, otros de Antequera, los otros de Zempoala ó de las márgenes del Grijalva, y algunos aseguraban que habia venido de la Cuba ó de la Española. Él por su parte jamás dió explicaciones, y su orígen quedó envuelto

en el misterio, formándose sobre él extrañas leyendas que aumentaban su prestigio entre las mujeres.

A pesar de esto y del poco aprecio que se hacia entonces á los criollos, las riquezas de Don Diego hicieron olvidar pronto cuanto de él se decia, y le dieron un lugar preferente entre la buena sociedad, y solo los vireyes, que no podian aclarar sus dudas y que de todo desconfiaban, no se dieron por satisfechos y siguieron con su mirada indagadora hasta las acciones mas insignificantes del Indiano.

Don Diego fué uno de los mas ardientes adoradores de Doña Ana, y precisamente fué el que cayó de su gracia cuando el noble heredero de los condes de Torre-Leal se apoderó del amor de la jóven. De aquí nació entre ellos una rivalidad que bien pronto con el desden de la dama para uno y el favor para el otro, se convirtió en un odio terrible que ambos alimentaban en silencio, esperando un momento oportuno para satisfacerlo.

Don Enrique se habia gloriado un dia públicamente de haber quitado la dama á su rival, y este se pavoneaba con el orgullo de haber sido el primer dueño de aquella hermosura.

Estas palabras imprudentes llevadas por amigos mas imprudentes aún, hicieron casi imposible toda reconciliacion entre aquellos dos hombres.

Don Diego meditaba proyectos de venganza que Don Enrique presentia y procuraba prevenir viviendo en guardia.

Doña Ana con los sabios consejos de su madre comenzó á cambiar de táctica con su amante; algunas veces se pasaban varios dias sin que este pudiera hablarla, y llegó por fin á hacerle comprender que habia entre ellos obstáculos casi insuperables.

Por supuesto que tales manejos no podian menos de dar

el resultado que se deseaba, y Don Enrique comenzando por un capricho sus amoríos con Ana, llegó por este medio á estar completamente apasionado.

Cuando un hombre llega á esta situacion, por clara que sea su inteligencia y grande la fuerza de su voluntad, sigue como un niño las menores indicaciones de la mujer que ama, no comprende jamás que se engaña, se irrita contra el que intenta sacarle de aquella esclavitud, y no vive sino para aquella mujer, que es siempre para él ó la redencion ó el abismo.

Los viejos y los hombres que se llaman de mundo, son generalmente los que se encuentran mas expuestos á padecer esta terrible enfermedad de corazon, y Don Enrique y Don Diego habian llegado á padecerla simultáneamente por la misma mujer.

La pérdida repentina del amor de Doña Ana en el uno, y los obstáculos imprevistos en la pasion del otro, habian inflamado aquellos dos corazones jóvenes y ardientes.

Don Enrique se sentia capaz de cualquier sacrificio por Ana, pero la idea de casarse con ella le parecia un sacrilegio. Por nada en el mundo hubiera prescindido de aquella mujer; pero las ideas de nobleza que le habian infundido desde su niñez, le hacian ver como imposible una boda con una mujer que, además de ser hija de un comerciante que no era ni aun hidalgo de aldea, gozaba de no muy buena reputacion en la corte por los constantes galanteos de que habia sido objeto, y que segun opinion general, habia recibido con buena voluntad.

Acercábase el dia de San Hipólito, y la ciudad de México disponia magníficas fiestas para celebrar el 13 de Agosto la entrada de Hernan Cortés á Tenoxtitlan y la caida del imperio de los aztecas.

Las damas preparaban galas y joyas, los donceles soberbias cabalgatas; se adornaban ya con anticipacion las fachadas de las casas; en las calles por donde debia pasar la comitiva que sacaba en triunfo el pendon del conquistador, levantábanse tablados para decir loas y para contemplar el paseo, y hasta los templos comenzaban á disponerse para celebrar aquel dia de gloria para los españoles y de luto y tristeza *para los criollos*.

Segun decia el vulgo, jamás se habia visto un lujo semejante; el cabildo y las autoridades que funcionaban en aquel año, querian eclipsar á todos sus antecesores y mostrar su lealtad y adhesion á S. M. con músicas y cabalgatas, y luces y saraos, y toros y cañas, y loas y gangarillas.

Era ya la víspera del dia grande, y la animacion en la ciudad era extraordinaria; por todas partes se veian sastres y talabarteros, y bordadores y tiradores de oro, y lacayos y esclavos, ir y venir, llevando con gran cuidado loza de china, riquísimas faldas bordadas, gregüescos y ropillas de terciopelo, monturas y sillas recamadas de oro y plata, plumas, flores, joyas, costuras de brocado, en fin, objetos de fabulosos precios que apenas podia adivinarse el uso que se iba á hacer de ellos.

En los balcones de las casas habia elegantes cortinajes de damasco, de burato, bordados de sedas de colores, y se habian colocado allí en aparadores hechos á propósito, vajillas de plata, de oro y de porcelana del Japon, flores y plantas raras y exquisitas en fantásticos tibores de China, formando todo aquello una mina de riquezas capaz de ser el precio de un reino.

Don Enrique paseaba con algunos de sus amigos, divirtiendo su ánimo con estos preparativos, y alimentando su esperanza de ver al siguiente dia á Doña Ana, y de lo-

grar en el bullicio de las fiestas una oportunidad para hablarla.

Pasaba por la Plaza, frente á la capilla que se llamaba de los Talabarteros, por pertenecer á su gremio los encargados de cuidar y sostener su culto, cuando advirtió que un negrillo le seguia y le hacia señales de quererle hablar.

El jóven vaciló un momento, dudando si á él se dirigia el negrillo; pero distrájose luego con la gente y no pensó mas en él.

Llegaron así á la esquina de la calle de Tacuba, el jóven mirando á los balcones y el negrillo siguiéndole sin poder alcanzarle á él por la multitud de gente que entre ellos se interponia.

Por fin, Don Enrique se detuvo un momento; el negro se aprovechó, llegó á su lado y le tiró discretamente del ferreruelo.

Volvió el jóven la cabeza, y entonces el negrillo le enseñó una esquela, llevando al mismo tiempo un dedo á sus labios para indicarle silencio.

Habia cerca el zaguan de una casa; Don Enrique se dirigió á él y entró seguido del negrito: los amigos, que comprendieron que se trataba de alguna aventura amorosa, quedaron afuera cubriendo la entrada, y Don Enrique, considerándose seguro porque no podian verle los que pasaban por la calle, abrió la esquela y púsose á leerla.

«Amor mio»—decia la carta.

«Mañana esperaba yo verte y hablarte, pero es imposi-
«ble; soy muy desgraciada: mi madre sabe que te prepa-
«ras á salir capitaneando una de las cabalgatas, y no me
«dejará salir á la calle en el dia, ni asistir en la noche al
«sarao.

«Si me amas, si quieres que tenga yo la inefable dicha
«de hablarte y de estrechar siquiera tu mano, á las doce
«de la noche de mañana te espero en la reja del piso bajo,
«en mi casa. ¿Vendrás? creo que sí, porque no querrás que
«muera yo de pena un dia en que todos gozan tanto.

«Tuya hasta la muerte.

ANA.»

—¿Te dijo algo tu señora de palabra?—preguntó Enrique al negrito, despues que hubo leido la carta.

—Mi señor, mi amita que besa las manos de mi señor, y que usía es muy su dueño; que ahí dice que mañana no dejarán salir á mi amita porque no vea á mi señor; pero que lo espera á las doce de la noche en las rejas de un cuarto bajo que da á la calle, á esa hora que dormirá ya mi ama grande.

—Bien; ¿y crees tú que podrá estar allí?

—Mi señor, sí, porque es el cuarto de Faciquía, la nanita que fué de mi amita, y que sabe los asuntos de mi señor tan bien como yo, y Faciquía cuidará si baja el ama grande.

—Pues dile á tu amita que no le escribí porque me diste la carta en la calle; pero que antes faltaria el sol en nacer mañana, que yo en ir á la cita.

Don Enrique sacó de una rica limosnera una moneda de oro que entregó al negrillo, y le dijo con dulzura:

—Vete, y no olvides lo que te digo.

—No, mi señor—contestó el negro, besando la moneda y saliendo á la calle.

Don Enrique guardó cuidadosamente la esquela, y salió despues, seguido de sus amigos.

Aquella escena habia tenido un testigo, que si nada habia oido, casi lo habia adivinado todo.

El Indiano estaba casualmente en una casa que estaba en frente del zaguan en que Don Enrique se habia entrado con el negrillo, y por la altura en que se encontraba, podia dominar muy bien el espectáculo, y ver por encima de las cabezas de los que cerraban la entrada.

Conoció desde luego á su rival, y la agitacion que sintió en el alma, le hizo comprender que allí se trataba de Doña Ana.

Aquella carta, aquel negrito que hablaba á Don Enrique con tanto misterio, la alegría que se pintaba en el rostro del heredero de los condes de Torre-Leal, el dinero que daba al emisario, y el cuidado con que guardaba el billete, todo le hizo sospechar de lo que se trataba; así es que luego que vió salir al negro, tomó su sombrero, y mirando antes el rumbo que tomaba, se precipitó á la calle en su seguimiento.

El negro caminaba de prisa; pero el odio y los celos daban ánimo al Indiano que iba en su persecucion, y al llegar á la Plaza Mayor logró alcanzarle.

El negro sintió que le tocaban por detrás, volvió á ver quién era, y quedó admirado al encontrarse con un caballero tan ricamente vestido.

—¿Eres esclavo de mi señora Doña Ana?......

—Sí, mi señor—dijo el negrito, sin dejarle concluir;—soy esclavo de mi señora Doña Ana, para servir á vuestra señoría.

—¿Quieres que te haga yo un negro muy rico?

—Como quiera mi señor—contestó el negro, mas admirado.

—Pero me vas á decir una cosa.

—Sí, mi señor.

—¿Qué veniste á hacer, y qué dijiste á ese caballero con quien acabas de hablar?

—Mi señor, yo no he hablado con ningun caballero—contestó hipócritamente el negrillo.

—Vamos, no mientas: ¿cómo te llamas?

—Juaniquillo me dice mi amita.

—Bueno, Juaniquillo; ¿qué le decias á ese caballero con quien hablabas en la calle de Tacuba?

—Mi señor, ese un secreto de mi amita.

—Cuéntamele.

—¡Ay, mi señor! imposible! me pegaria mi amita!

—Pero si no lo sabe, y yo te doy un regalo.

—Sí lo sabe, sí lo sabe, y me pega.

—Vamos, no seas tonto; dime, mira, esto te doy—y el Indiano enseñaba al negrillo una hermosísima cadena de oro que traia al cuello.

Juaniquillo lanzó una mirada ardiente á la cadena, y extendió su mano instintivamente.

—Tuya será—dijo el Indiano retirándose—pero dime lo que te pregunto.

El negrillo reflexionó un momento, y luego dijo:

—Se lo diria á mi señor; pero el pobre de Juaniquillo tendria que huir con los cimarrones.

—No, entonces no; yo quiero que continúes en la casa, para que me sigas dando razon siempre que te pregunte.

—¿Y siempre me dará mi amo cadenas de oro?—preguntó el negro con alegría.

—Cadenas y otras cosas mejores.

—¡Ah! bueno, mi señor.

—¿Te conviene?......

—Sí; le gusta á Juaniquillo muchas cosas ricas y buenas.

—Dime, ¿qué veniste á decir?

—Que mi amita le envió papel á Don Enrique, y que lo espera mañana á las doce de la noche.

—¿En dónde?

—En la casa, en las rejas del cuarto de Faciquita, la nana negrita de mi amita.

—¿Y él qué dijo?

—Que iria, mi señor.

—Bien; toma la cadena, y pasado mañana me buscas por aquí en el dia; pero pones mucho cuidado de cuanto se diga en la casa.

—Sí, mi amo.

—¿Puedes oir lo que allí hablan?

—¿Mi amita y mi ama grande?

—Sí.

—Por supuesto.

—Todo necesito saberlo pasado mañana.

—Le sabrá mi amo.

—Vete, pues.

El Indiano desprendió de su cuello una riquísima cadena, y la puso en manos del negro.

Juaniquillo la miró, y luego guardándola en el seno, apretó á correr para su casa.

El Indiano se quedó mirándole, y cuando el negro torció por la calle de Ixtapalapa, él se dirigió para la de Tacuba, y entró en la casa de donde le hemos visto salir.

IV.

Marina.

La casa en que entró Don Diego en la calle de Tacuba, era grande y suntuosa; habia en el patio muchos esclavos y lacayos que se descubrieron respetuosamente al ver al Indiano.

Don Diego subió lentamente la escalera y penetró en las habitaciones, hasta llegar á una hermosísima sala.

Los muebles, los tapices y todos los adornos eran de un gusto exquisito; pero se notaba á primera vista que las costumbres españolas estaban todavía en lucha allí con las de los naturales del país.

Los adornos eran, en lo general, ricos penachos de exquisitas plumas de todos colores; los tapices eran de algodon bordados y recamados de oro y de plumas, y á los piés de los estrados habia tendidas enormes pieles de tigres, de leones y de osos, que conservaban las cabezas de las fieras y que tenian las garras de oro y de plata.

Habia allí algunas mesas cargadas de figurillas, tambien de plata y de oro, y de jarrones del Japon, y de flores lindísimas que perfumaban el ambiente.

La sala estaba enteramente desierta cuando entró en ella Don Diego; pero casi al mismo tiempo se abrió una de las puertas y apareció una mujer.

Aquella mujer era jóven, y nadie entonces hubiera vacilado en reconocerla como una mexicana de sangre pura.

Sus ojos eran negros y ardientes, su pelo azuleaba como el ala de un cuervo, sus labios rojos y sumamente delgados dejaban entrever unos dientes blancos, iguales, y con un esmalte tan brillante como el del marfil. El color de su rostro no era cobrizo como el de Don Diego; era lo que puede llamarse una trigueña del color del trigo.

Vestia una túnica azul bordada de negro, sin mangas ni justillo, y ceñida al cuerpo por una gruesa cadena de oro, que dando algunas vueltas á su cintura, dejaba colgar sus dos puntas por delante. Llevaba en sus desnudos brazos ricas pulseras de oro, y sujetaba su negro cabello una especie de diadema muy angosta y de oro tambien.

El Indiano al verla entrar, se levantó y se dirigió á su encuentro.

—Don Diego—exclamó la jóven—estaba triste porque creia que no volvias.

—¿Estabas triste, Doña Marina?

—¿Estarán alegres las flores cuando se oculta el sol?

—Pero el sol, señora, vuelve siempre porque sabe que le esperan las flores, y brilla solo porque brilla por ellas.

—¿Es verdad?

—Señora, cuando no hay una flor en el invierno, el sol se entristece, y se cubre con sus nubes porque no hay flores.

—No, Don Diego; mueren las rosas porque el sol se cubre.

—Doña Marina, ¿por qué tardó mi dicha hoy, y no te ví temprano?

—Cuando salí en tu busca habias partido; ¿te cansó el esperarme?

—Salí para volver muy pronto y repetirte mi amor.

Doña Marina tomó á Don Diego de la mano y lo atrajo con dulzura hasta sentarlo á su lado.

—Don Diego—dijo, mirándole con ternura—¿por qué te empeñas en permanecer aquí? este aire es fatal para nosotros: el árbol que crece en las selvas, languidece con el ambiente de las ciudades; la flor de los campos muere en los jardines: vámonos, señor; volvamos á nuestras selvas y á nuestras campiñas, allí, donde me decias cosas tan bellas, á la luz de la luna; allí donde el viento iba cantando nuestros amores; allí donde el arroyo repetia nuestros besos: aquí todo lo que nos rodea es triste, sombrío; aquí ni flores, ni árboles, ni arroyos; hombres y mujeres que nos observan con curiosidad; aquí los rostros, y las armas, y las fiestas de los conquistadores: ¿por qué se empeña mi amor en vivir en esta cárcel?

—Tienes razon, Doña Marina; es preciso huir de este ambiente emponzoñado: aquí las mujeres no aman con el corazon, sino con la cabeza; la mano que estrecha la nuestra, busca solo probar nuestra pujanza para combatir con nosotros: aquí se respira el aliento de la esclavitud: sí, nos iremos; pero mas tarde, mas tarde.

—¿Por qué mas tarde, señor? ¿es porque ya no me amas como antes? ¿es porque mis ojos ya no son bellos para tí, ni dulce mi aliento, ni grata mi voz, ni bello mi rostro?

—Doña Marina, no digas eso; cada dia te amo mas, porque te comparo con las otras mujeres, y si alguna de ellas ha podido alucinar á mi alma un momento, su hermosura se ha eclipsado á tu solo recuerdo, como palidecen las estrellas al nacer el sol.

—¡Oh! esa seria para mí la suprema felicidad! Te adoro, Don Diego, y soy tuya, tuya desde que éramos niños; tú me amabas tambien, pero quisiste venir á México, y yo callé y lloré; lloré porque temia perderte; pero luego dije para mí: sí, que vaya, que vaya; creerá que hay en el mundo una mujer que ame como yo sé amar: que vaya, que conozca cuánto engaño, cuánta doblez encierran en su pecho todas esas damas cuyas historias nos refieren aquí los viajeros; que las ame, que le hagan padecer, y entonces volverá sus ojos á mí, y me encontrará digna de él, y guardando su amor, como guarda su perfume el capullo de la rosa: esto dije, y me consolé, Don Diego; y como se cierran las flores cuando el sol se oculta, para abrir su cáliz puro con la aurora, llegó la noche de la ausencia, y mi alma se cerró esperando la mañana de tu amor, y esperé, y esperé, y con los vientos que venian te enviaba mis besos y mis suspiros, y á los que iban les preguntaba por tí, y tu imágen estaba allí, y la buscaba en las sombras de nuestros bosques y al márgen de nuestros arroyos; los soles pasaban, y moria una luna y nacia otra, y en vano te esperaba; los árboles perdian sus hojas, y luego volvian á vestirse, y cuando veia yo sus tiernos brotes, decia: «antes que caigan esas hojas estará aquí;» los vientos frios arrastraban aquellas hojas secas entre el bosque, y yo lloraba porque tú no estabas allí.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas de la jóven; Don Diego la estrechó contra su pecho y besó su frente.

—Por fin, me decidí; sentia la muerte que se acercaba, y no temia morir, sino morir lejos de tí y sin verte: emprendí mi viaje, y despues de muchos dias llego á tu lado, en esta ciudad en que todo me asombra y me da miedo: ¡ay Don Diego! ¿y cómo te encuentro? triste, sombrío. Apagado el brillo de alegría de tus ojos con las huellas del padecimiento impresas en tu rostro, señor; tú has sido desgraciado aquí; por eso odio á estas mujeres; no porque me han robado algunos dias tu amor, sino porque no han sabido comprenderte; porque tímidas ó engañosas palomas, no han podido seguir en su vuelo al águila de nuestros bosques.

—¡Doña Marina! qué criminal soy! porque jamás debí haber puesto mis ojos sino en tí, tan noble, tan bella, tan digna; pero el cielo se ha encargado de la venganza: yo no comprendí ni tu amor ni la grandeza de tu alma, y estas mujeres, señora, no me han comprendido, ni han medido la altura de mis pensamientos.

—Don Diego, me horrorizan esas mujeres, porque yo conozco tu corazon, y comprendo lo que te habrán hecho sufrir; pero, amor mio, vuelve á mí, vuelve; te adoro como siempre; pura está para tí mi alma; el fuego de mi pasion ha vivido inextinguible en mi pecho, y solo tiemblo ante la idea de que no seas ya para mí lo que eras antes.

—¡Marina! Marina! el frio del infortunio ha tostado mi frente, ha apagado el ardor en mis miradas, pero aun está vírgen mi corazon; porque estas mujeres que han reido de mí, que han querido jugar con mis sentimientos, no son capaces de amar, y por eso no pueden inspirar una verdadera pasion, una pasion ardiente, pura, como la que he sentido siempre por tí, y que se ocultaba avergonzada al en-

contrarse entre los placeres de esto que se llama sociedad.

—¿Pues por qué no nos vamos?

—Doña Marina, pronto regresaremos á nuestra patria; pero antes necesito algunos dias......

—¿Y para qué?

—¡Para vengarme!

—¿Vengarte? ¿y de quién?

—De un hombre que me ha burlado, de una mujer que me ha despreciado.

En las pupilas de la jóven brilló rápidamente un relámpago de furor.

—¿Amas acaso á esa mujer?—preguntó con voz sorda.

—No la amo, la odio.

—¿Entonces la amaste?

—Tampoco; creí llegar á amarla, y me despreció.

—¿Y ese hombre?

—Es su amante.

—¿Tienes celos?

—Te he dicho que no amo á esa mujer.

—¿Me lo juras?

—¡Te lo juro!

—¿Por la sombra de nuestros padres?

—¡Por la sombra de nuestros padres!

—¿Tardará mucho tu venganza?

—Tal vez no.

—Te ayudaré si quieres; pero partamos pronto.

—Partiremos el mismo dia.

—¿Cómo se llama esa mujer?

—Doña Ana de Castrejon.

—¿Y su amante?

—Don Enrique Ruiz de Mendilueta.

—Te ayudaré si me crees útil.

—Quizá serás el instrumento que Dios me envia.

Doña Marina se arrojó en los brazos del Indiano, y con una especie de furor unió su boca á la del jóven en un ardiente y prolongado beso.

La tarde espiraba, y en la penumbra que envolvia la estancia brillaban como dos estrellas los ojos de Doña Marina.

V.

El Pendon.

El 13 de Agosto de 1521, despues de setenta y cinco dias de asedio, cayó en poder de los españoles la capital del poderoso imperio Mexicano, y Hernan Cortés realizó la conquista de un inmenso, poblado y rico territorio, coronando el éxito mas favorable la empresa mas atrevida, y quizá la menos meditada, pero sin duda la mas hábil y valerosamente ejecutada de cuantas registra la historia desde los fabulosos tiempos de los semi–dioses.

Guatimotzin, que defendia con el valor y la constancia de un héroe la capital de su imperio, quiso salvarse de la cautividad para seguir la guerra, y por donde despues se fundó el convento del Cármen, salió en una canoa, seguido de su familia, de algunos nobles, y de los reyes de Tacuba y Aculhuacan; pero fué alcanzado y hecho prisionero por el bergantin que mandaba García de Holguin.

El desgraciado monarca solo pidió la muerte como única gracia al vencedor.

Estos sucesos celebraban cada año con gran pompa el cabildo y la ciudad de México, y á uno de esos aniversarios vamos á asistir en nuestra historia.

Mientras que el Indiano hablaba con Doña Marina, comenzaban las ceremonias y festividades de la víspera del paseo; es decir, era la tarde del 12 de Agosto.

Don Enrique guardó la carta que acabara de recibir de manos del negrillo, y profundamente preocupado, se dirigió por las calles de Tacuba, dando vuelta á la izquierda, hasta desembocar en las del nuevo monasterio de San Francisco.

Toda la calle, desde la puerta del palacio de los Vireyes hasta la esquina de San Francisco, y desde allí hasta la de San Hipólito, estaba completamente llena de gente que esperaba el *Pendon* de Cortés, que se iba á depositar aquel dia á la última de estas iglesias, para pasearlo en triunfo á la mañana siguiente y llevarlo á las casas consistoriales.

Por todas las calles que debia recorrer la procesion, habia arcos, enramadas, cortinas y adornos en las puertas, en las ventanas y en las azoteas.

Don Enrique, iba de tal manera preocupado, que nada advertia, ni nada llamaba su atencion.

Los miembros de la noble familia de Torre–Leal tenian casi una obligacion de formar parte de la comitiva que acompañaba al alférez real, que conducia, seguido del virey, de la audiencia, del ayuntamiento y de las corporaciones, el Pendon, y Don Enrique estaba dispuesto á concurrir, pero la carta que acababa de leer le habia contrariado de tal manera, que no pensó siquiera en asistir á la solemnidad: confundido entre el gentío miró pasar la procesion, y casi

maquinalmente caminó con la multitud, que formó una cauda inmensa á la comitiva.

Llegaron á la iglesia de San Hipólito, en donde se depositaba el Pendon, por ser este santo patron de México, en razon de haberse tomado la ciudad en su dia; se cantaron allí unas vísperas solemnes, y luego se disolvió aquella muchedumbre, en medio ya de la oscuridad de la noche.

Don Enrique distraidamente habíase quedado separado de sus amigos, y así regresaba por las calles de San Francisco, cuando una vieja le detuvo misteriosamente.

—¿Sois el caballero Don Enrique Ruiz de Mendilueta?—le preguntó.

—El mismo, señora—contestó Don Enrique.

—Tomad.

—¿Qué me dais?

—Ya lo vereis, una esquela.

—¿De parte de quién?

—Las letras lo dirán. Adios.

—Oid; decidme......

—Nada mas tengo que agregar, adios.

Y la vieja se perdió entre la gente.

Don Enrique pudo ser conocido por la vieja, merced á la multitud de faroles y hachas de cera y de brea que habia en las ventanas, balcones y azoteas, con motivo de la solemnidad; pero para leer la esquela, aquella no era luz suficiente, y tuvo necesidad de acercarse á una de las hogueras que ardian en medio de la calle.

La esquela no tenia en el sobre ni armas, ni cifras, ni nada absolutamente que indicara de la persona que la dirigia.

Don Enrique la abrió y leyó:

«Don Enrique:

«Si el amor propio no me engaña, creo que soy bella, noble y discreta; podreis juzgar en parte de estas cualidades mañana cuando paseis con la cabalgata por la calle de Tacuba; mi casa queda entonces para vos del lado de vuestro corazon.

«Si me encontrais bella, quizá se realice lo que es hoy para mí una ilusion encantadora.

«No quiero deciros mas.»

Y la carta no llevaba firma. Don Enrique la leyó varias veces, queriendo adivinar algo mas de lo que decian aquellos pocos renglones, y no entendia mas sino que una dama deseaba que la viese; pero no contenia ni siquiera una declaracion formal de amor.

Don Enrique se quedó pensando, con la esquela en la mano, qué podria ser aquello, y si debia tomarlo seriamente ó por una burla.

Por mas humilde que sea un hombre, una carta así de una mujer, y sobre todo, de una dama desconocida, le causa un cierto movimiento de orgullo, que le preocupa y que difícilmente puede contener.

—Iré á ver á esa dama—dijo Don Enrique, guardándose la esquela;—será bella, y sobre todo, disipará esta aventura extraña esa sombría nube de tristeza que ha caido sobre mi frente con la carta de Ana.

Y embozándose en su ferreruelo, se dirigió apresuradamente para su casa.

Amaneció el 13 de Agosto, dia de San Hipólito, y desde muy temprano reinó en la ciudad la mayor animacion: en esta mañana, la comitiva que conducia el Pendon debia pa-

sar por las calles de Tacuba, dar vuelta por enfrente de las casas del marqués del Valle, que hoy se llama calle del Empedradillo, y luego á las casas consistoriales.

Por todas aquellas calles se veian, como en las de San Francisco, arcos y cortinas, desplegándose un fausto y una ostentacion de riqueza que en estos tiempos parecerian fabulosos.

Los arcos estaban formados de mantones y pañolones chinos, de bordados de seda de vivísimos colores; las cortinas de los balcones eran de brocado, y lucian en inmensos aparadores las vajillas de oro y de plata.

La gente se agrupaba en las aceras y llegaba casi hasta la mitud de la calle, y multitud de damas hermosísimas lucian en los balcones sus galas, sus alhajas y la belleza de sus rostros.

Sobre un soberbio potro negro como la noche, con los ojos ardientes y que piafaba de orgullo, con toda esa altivez que siente un ginete que oprime los lomos de un buen caballo, se presentó frente á San Hipólito, seguido de una espléndida cabalgata, en la que todos montaban caballos negros, Don Enrique Ruiz de Mendilueta.

La silla y la brida del jóven eran de las que se llamaban de corte, adornadas de oro.

Toda la cuadrilla que le seguia vestia trage semejante al suyo, calzones de escudero y ropilla color de violeta, acuchilladas de blanco, medias calzas de venado con espuelas de oro, sombrero de anchas alas con pluma blanca, y talabarte bordado con espada de corte.

Al mismo tiempo que Don Enrique llegaba á San Hipólito, desembocaba por otro lado otra cuadrilla que montaba caballos blancos, y vestia trages encarnados con acuchillados blancos, y plumas rojas en el sombrero.

A la cabeza de esta cuadrilla caminaba el Indiano sobre un fogosísimo caballo, blanco tambien, que llevaba la montura cubierta con una gran piel de tigre: todos los que le seguian llevaban pieles semejantes en sus monturas.

Las dos cuadrillas se colocaron una al lado de otra, y los capitanes se hicieron con la cabeza un saludo tan ligero, que no habria podido conocerse sin la oscilacion de las plumas; pero pudo advertirse que los dos caballos que montaban los jefes se movieron con violencia, lo que probaba que habian sentido alguna contraccion nerviosa en el brazo que regia las bridas, y que las espuelas de los ginetes habian tocado sus flancos.

Organizóse la marcha de la procesion; todos iban á caballo: el alférez real tomó en sus manos el Pendon del conquistador, colocáronse á sus lados el virey, los oidores, los alcaldes y todas las autoridades y funcionarios, y siguieron los gremios y las corporaciones.

Habia llegado el momento de que tomaran su colocacion las cuadrillas de los jóvenes caballeros.

El lugar de preferencia entonces, como en todos los casos semejantes, era el mas inmediato á las primeras autoridades; de manera que la mayor distincion era ir delante, como en otras veces lo es ir atrás.

Así lo comprendieron sin duda las dos cuadrillas, porque apenas acabaron de pasar las corporaciones, cuando las dos se lanzaron violentamente sin consideracion de ninguna especie, á ocupar el lugar.

Como era natural, hubo un punto en el que ambas se encontraron, y como ninguna de ellas queria ceder, resultó un choque semejante al de un combate ó de un torneo.

De uno y otro lado rodaron por tierra algunos ginetes y cayeron algunos caballos; los que quedaron firmes sobre

los estribos mas se indignaron, y metiendo mano á los estoques, arremetieron los unos contra los otros, conociéndose los enemigos por los colores de los caballos, de las ropas y de las plumas.

Como es de suponerse, Don Diego y Don Enrique se buscaron inmediatamente; además del antiguo rencor que ardia en sus pechos, se creian en obligacion de pelear cada uno de ellos con el capitan de la cabalgata enemiga; pero el tumulto era tan grande y tan densa la nube de polvo que se levantaba, que casi les fué imposible el hallarse.

Crecian el tumulto y los gritos de combatientes y espectadores, encendíase mas y mas la refriega, brillaban entre el polvo y á la luz del sol de la mañana los aceros, y alzaban un pavoroso rumor las pisadas de tantos caballos en movimiento.

Huian los pacíficos por todas las calles; la comitiva se detuvo, y se escucharon aquellas palabras terribles que en todo caso surtian un efecto prodigioso:

—¡Ténganse á Su Majestad! ¡ténganse á la justicia! ¡Favor al rey! ¡favor á la justicia!

El virey mismo en persona, y seguido de muchos caballeros, alcaldes, alabarderos y gentes de justicia, llegó al lugar del combate.

—¡Ténganse al rey!

—¡Aquí está su Excelencia!

—¡Favor á Su Majestad!

gritaban alguaciles y caballeros, y repetia la gente que habia permanecido contemplando la lucha.

Apenas se oyeron estas voces, como por encanto todos los caballos quedaron sin moverse, y todos los estoques se bajaron, y todas las lenguas enmudecieron, y el polvo se disipó, y pudo verse lo que habia pasado.

Entretanto, á los gritos de «favor al rey, favor á la justicia,» una multitud de gente armada se habia reunido en derredor del virey.

Afortunadamente pocas y muy leves habian sido las heridas que de aquel lance resultaron.

Armados todos aquellos caballeros con espadines cortos, apenas habian podido tocarse, y solo algunos sacaron rasgadas las ropillas, y en el cuerpo piquetes de tan poca consideracion, que era dificil distinguir las pequeñas manchas de sangre que aparecian en uno que otro justillo.

El virey, despues de reconvenir acremente aquella falta, en vista de que no habia desgracia que lamentar, en consideracion á que todo se habia producido por la exaltacion, en honra de S. M., y atendiendo á la grandeza del dia, perdonó aquel desórden, y para cortarlo definitivamente sin ofensa de nadie, acordó que marchasen las dos cuadrillas mezcladas, caminando ambos á dos por delante los belicosos capitanes.

Aparentemente todo quedó tranquilo, y Don Enrique y el Indiano, cediéndose con la mayor urbanidad el lado de la espada, se pusieron en marcha, devorando sus corazones el rencor y el deseo de la venganza. Por lo demás, como entre el resto de las cuadrillas no existian los mismos antecedentes, muy pronto reinó entre los caballeros la mayor cordialidad y alegría, alentados por la fingida amistad que parecia unir á los capitanes.

En los acontecimientos de la mañana Don Enrique olvidó por un momento la carta de la dama desconocida que habia recibido la víspera; pero al llegar cerca de la calle de Tacuba se acordó, y determinó fijar su atencion, esperando reconocer entre la multitud de señoras que estaban en los

balcones y ventanas, por alguna seña á la que le habia escrito.

Comenzó, pues, á examinar á todas, recordando que la esquela decia que en una casa del lado de su corazon: iba ya terminando la calle, y nada podia descubrir que le diera la mas pequeña luz.

Por fin sus ojos se detuvieron en unos balcones riquísimamente adornados y en donde no habia mas que una sola mujer; pero aquella mujer era muy bella, vestia de negro, y en su trage y en su tocado, y en sus manos y en su garganta y en sus brazos, brillaban como soles soberbios diamantes.

Aquella mujer tenia algo de fantástico, parecia la vírgen de la noche de alguna leyenda india; y aquella mujer que la gente toda se paraba á contemplar admirada, era Doña Marina.

Era Doña Marina, que miraba con indiferencia pasar á toda la comitiva.

—¡Si esta fuera!—exclamó en su interior Don Enrique, fascinado de aquella hermosura.

Doña Marina, al ver al jóven, hizo un movimiento que no se ocultó á la penetracion de éste, y dejó escapar una flor que tenia entre sus dedos.

—¡Es ella!—pensó el jóven, y lanzó su caballo hácia el pié de los balcones, para recoger la flor, que le entregó uno del pueblo que la habia alzado.

Don Diego le miró sonriéndose, y luego alzó el rostro para ver á la dama, y una mirada de inteligencia cruzó entre los dos.

Don Enrique colocó la flor en su pecho, y volvió á ocupar su lugar al lado del Indiano.

VI.

Los planes de Don Justo.

MIENTRAS esto pasaba, Don Justo no podia sosegar, meditando un plan para hacer que desapareciera Don Enrique, á fin de que quedase como heredero del título y de las riquezas de los condes de Torre-Leal el hijo de su hermana.

Don Justo miraba mucho en el porvenir; el conde era viejo y podia tardar mucho en morir: faltando Don Enrique, su sobrino seria el heredero, y entonces indudablemente Don Justo seria llamado á la administracion de todos aquellos bienes, por su misma hermana Guadalupe, y esto era para él como fijar un clavo de oro en la rueda de la fortuna.

Esto era muy sencillo; la única dificultad que se le presentaba, era encontrar un medio á propósito para deshacerse del heredero legítimo.

El carácter de Don Enrique podia presentar una ocasion

oportuna, porque era amigo de galanteos y de aventuras, y en esta clase de vida un hombre está muy propenso á morir de una estocada ó á caer bajo el puñal de un asesino; pero en compensacion el jóven era tan diestro en el manejo de las armas, que pocos camorristas se atrevian á emprenderla con él; y su carácter franco, generoso y jovial, hacia, por otra parte, que fuese en lo general muy querido.

Don Justo se desvelaba pensando en esto, y averiguando por todas partes quién era enemigo de Don Enrique.

Cuando un hombre se fija en un pensamiento, cuando pretende á toda costa conseguir algo, cuando tiene la suficiente fuerza de voluntad para perseverar dia con dia y sin interrupcion en el plan que se ha propuesto, es difícil que no logre su objeto.

Una mañana Don Justo se despertó contento; habia, á su juicio, encontrado, si no todo, parte de lo que apetecia.

La hermana de Don Enrique era monja profesa del convento de Jesus María, y con la abadesa de aquel convento Don Justo habia tenido *en el siglo* grande amistad, y la conservaba todavía.

Allí creyó aquel hombre prudente comenzar.

Vistióse precipitadamente, se desayunó de prisa como el que no quiere perder un instante, y salió á la calle, dirigiéndose con rapidez al convento de Jesus María.

Preguntó por la abadesa y solicitó el hablarla; pero la abadesa sin duda estaba ocupada ó tenia pocas ganas de hablar con Don Justo, y no hubo mas remedio que aguardar hasta el dia siguiente, que por ser el 13 de Agosto, dia de la gran fiesta del Pendon, supuso con motivo Don Justo, que habria muy poca gente que fuera á ver á las monjas.

No se perdió aquella tarde, porque Don Justo averiguó en ella que por motivo de los amores de Don Enrique con

Doña Ana, Don Diego, el Indiano, era un enemigo mortal y poderoso del heredero del conde de Torre-Leal.

—Oh!—pensaba Don Justo—decididamente me protege la fortuna: con este auxilio y con el plan que pienso poner en el convento, el triunfo es mio ó soy el hombre mas torpe de la tierra. Mañana á las once hablaré con la abadesa, y en la tarde buscaré al Indiano, que agradecerá mi buena voluntad para ayudarle contra su enemigo......

Y Don Justo se retiró á su casa temprano, despues de haber hecho la visita de costumbre á su hermana Guadalupe, callándole por supuesto todos sus planes.

A la mañana siguiente salió de su casa hasta cerca de las once, y ya para ir al convento y en la calle, comenzó á saber por sus conocidos la noticia del terrible escándalo que habian dado en la calle de San Hipólito las dos cuadrillas de ginetes capitaneadas por Don Enrique y el Indiano.

Como sucede siempre en estos casos, las noticias al pasar de una boca á la otra aumentan, y el que la refiere, por darle mas interes abulta ó agrega, y siempre creciendo y siempre desfigurándose, aquella noticia vuela con una rapidez maravillosa, y se difunde por todas partes.

Cuando Don Justo la recibió, se contaban ya por docenas los muertos y los heridos, y se referian pormenores de estocadas, mandobles dados por los capitanes, y se agregaba que era cosa premeditada, porque los ginetes iban armados de *punta en blanco,* y se daba la causal de aquel encuentro en los amores de Doña Ana con los dos capitanes.

En el fondo el vulgo habia dado con el verdadero motivo; pero era mas porque lo inventaba que porque lo comprendia.

A cada persona que le daba un nuevo dato de aquel lance,

Don Justo se frotaba las manos y se iba diciendo en su interior:

—Soberbio! magnífico! admirable! esto marcha mejor de lo que yo esperaba; todo se redondea de la manera mas milagrosa; y luego los dos negocios á la vez se preparan perfectamente, lo del convento y lo del Indiano...... ya no temo perder en balde mi tiempo.—Y pensando en esto, llegó hasta Jesus María.

La fortuna parecia sonreirle, porque antes de media hora estaba ya hablando con la madre abadesa.

—Quisiera yo— decia Don Justo—poner en conocimiento de su reverencia cosas que pasan en el mundo y que no son muy convenientes para el convento.

—¡Válgame mi Dios y Señor!—contestó la abadesa espantada—¿pues qué hay, hermanito? ¿si habrá algo contra esta pobre comunidad?

—Aun no, madrecita; pero fácil me parece que suceda.

—¡Madre y señora mia del Amparo! ¿Acaso nosotras, humildes siervas de Jesus, María y José, habremos dado un motivo? ¿ó estamos siendo, Dios no lo permita, causa de algun escándalo en el mundo?

—Perdóneme su reverencia que por cariño á su respetable comunidad y por honor de mi madrecita su digna abadesa, me atreva yo á darle este mal rato, que Dios nuestro Señor me perdone, y me lo aplique para descargo de mis culpas por lo que me hace padecer.

—Amen.

—Pero me veo en precisa necesidad de dar á su reverencia parte de esto, que puede ser motivo de escándalo para su respetable comunidad y para el mundo, que en esto no distingue, como dicen los libros santos, la mies de la zizaña.

—Hable, hermanito, que me tiene perpleja con ese preámbulo, y pido á Dios me dé fortaleza para escucharle, si tan grave y doloroso es para su sierva lo que tiene que comunicarme. Deus in adjutorium meum intende.

—Domine ad adjuvandum me festina.

—Pues diga por Dios, hermano.

—Voy con ello, madrecita, aunque casi no sé por dónde comenzar. Su reverencia tiene en esta sagrada comunidad una hermana que es hija del señor conde de Torre-Leal.

—Y muy virtuosa, y muy santa, y muy ejemplar religiosa.

—Tanto peor.

—¿Cómo tanto peor, hermano?

—Tanto peor digo á su reverencia, madrecita, por lo que su reverencia oirá despues: como sabrá su reverencia, el señor conde casó en segundas nupcias con mi hermana Doña Guadalupe.

—Sí, una de nuestras santas bienhechoras, á quien Dios dé salud y bienes por muchos años.

—Por eso me interesa á mí tambien el negocio que hay de la familia.

—Verdad es.

—Pues tiene el señor conde un hijo heredero de su título y riquezas, por desgracia suya y de mi familia, y sobre todo, de esta santa comunidad.

—¿Cómo así?

—Así mismo; porque ha de saber su reverencia que este jóven, como dejado de la mano de su Divina Majestad, escandaliza toda la tierra con su vida relajada y costumbres públicamente depravadas; y en lugar de ser honra de su linaje y apoyo de la vejez de mi señor el conde, no

se ocupa sino de mancebías y fiestas profanas, sin dar nada de su tiempo á Dios y al buen nombre de su casa; todo esto con perjuicio de su familia y con desdoro y mengua de esta comunidad, en donde todo el mundo sabe que tiene una hermana de su misma sangre y estirpe.

—¡Ave María Santísima, y qué cosas!

—El mal es mas grave de lo que parece; pero no se mienta al hermano sin hablar de la hermana, y de ella nada se dice que no recuerde á las santas religiosas de esta comunidad; y como los desmanes y escándalos del mancebo son cuotidianos y grandes, no pasa un dia de Dios en que esta santa casa no ande en lenguas, tanto mas ligeras y fáciles de mover, como son poco cautos los que las ejercitan en difamar bien sentadas honras y bien arraigadas virtudes.

—¡Jesus nos acompañe! ¡qué cosas, qué cosas! ¿Y qué remedio tendria este mal?

—Preciso y urgente será buscarle, y calculo que despues de consultarlo con quien deba y mas sepa, bueno seria fijarse en acudir á S. E. el virey, que representa aquí la majestad y poder de nuestro católico monarca (Q. M. A. G.), para que él como patrono y defensor de la Iglesia y de su honra, se digne tomar providencia que no está en nuestras manos el dictar.

—Oportuno me parece el consejo, y mucho, hermanito, lo agradezco; cuidaré de consultarlo á nuestros padres capellanes para que ellos lo hagan, si así lo juzgan conveniente, con el señor arzobispo.

—Eso es lo que debe hacer su reverencia; que luego ayudaréla yo en lo que me sea posible para salvar la honra de su convento.

—Gracias, hermanito.

—A Dios son debidas.

Separáronse los dos interlocutores, él enteramente satisfecho del giro que tomaba el asunto, y ella escandalizada de lo que habia sabido, y temerosa de que aquello siguiera adelante con mengua del respeto y obediencia que debia inspirar su comunidad.

—Ahora—pensó Don Justo—ya que por aquí la semilla parece haber caido en buen terreno, por la candidez de la madre abadesa, necesario será que veamos á ese Don Diego, que siendo tan enemigo de Don Enrique, fuerza es que me sirva de auxiliar poderoso, si no para arrostrar de frente esa enemistad y causar la caida perpetua de Don Enrique, sí al menos para proporcionarme los medios de que los escándalos del señorito se repitan con mayor frecuencia y con mayor solemnidad...... Esto es hecho.

Las ceremonias habian ya concluido, el Pendon estaba depositado en las casas del ayuntamiento, y como eran ya las dos de la tarde, todo el mundo se habia retirado á su casa, porque entonces aquella era la hora precisa de comer.

Don Justo creyó prudente hacer lo mismo, porque además de que era hombre, y sujeto por desgracia como todos á tal necesidad, á la hora de la comida en aquellos tiempos felices, no podia emprenderse nada.

A las dos de la tarde, todas las puertas de las casas se cerraban con llave, y durante el tiempo de la comida y aun el de la siesta que dormian casi todas las personas que gozaban de alguna proporcion, los zaguanes de las casas no se abrian á nadie ni para nada; por consecuencia, se hubiera tenido por una imperdonable falta de urbanidad llamar en una casa á esas horas, aun siendo persona de confianza, y no siéndolo, además de ser inoportuno, se corria el peligro

de que el portero, apoyado en su consigna y en su costumbre, hubiera dejado al imprudente en la calle.

Nada de esto ignoraba nuestro hombre, y así es que siguiendo la general costumbre, se puso á comer á puerta cerrada, y despues se entró tranquilamente á dormir la siesta, guardando para la tarde la visita que pensaba hacer á Don Diego el Indiano.

VII.

El gran escándalo.

Doña Ana de Castrejon habia seguido al pié de la letra los consejos que recibió de su madre, y procuraba por cuantos medios estaban á su alcance, desesperar á Don Enrique y exaltar su pasion mas y mas.

De eso provenia la esquela que le habia enviado la víspera del dia de San Hipólito, y todo se hacia de acuerdo con Doña Fernanda, que dirigia todas aquellas operaciones.

Doña Ana no se privó del placer de divertirse con las cabalgatas el dia de la fiesta del Pendon, no mas que cuidó bien de que su novio no supiera adónde iba á ver desfilar la comitiva, y procuró ocultarse cuando él pasó.

Pero todo en el mundo está admirablemente compensado, porque en aquellos momentos el enamorado caballero pensaba mas que en Doña Ana en la dama que le habia enviado el billete misterioso, y despues de que la conoció, ó que creyó conocerla, mas que en la cita que tenia pendiente

para aquella misma noche, se ocupó el galan en averiguar quién era aquella mujer tan misteriosa y de una tan rara belleza.

Cuando la comitiva se disolvió, Doña Ana volvió á su casa en una carroza cerrada, á preparar la comedia que tenia dispuesta para aquella misma noche, y Don Enrique tornó á pasar por la calle de Tacuba en busca de Doña Marina; pero los batientes de las ventanas estaban cerrados, y nadie aparecia por allí: determinó esperar, confiado en que una mujer que se habia atrevido á escribirle, debia indudablemente procurar ó expeditar los medios para ponerse en comunicacion con él.

La noche se acercó, y Doña Ana tuvo que sacrificar aquella noche sus deseos y sus placeres á sus proyectos, y en vez de los brillantes adornos y los provocativos atavíos del sarao, púsose un trage oscuro y humilde; necesitaba representar el papel de víctima, y era preciso comenzar por el vestido.

—Espero—decia Doña Fernanda—que esta noche hagas algo de provecho, y decidirás á ese hombre á pedir tu mano.

—Tan ardiente es su amor, que no dudo alcanzar el triunfo, que tal está para él la situacion, que la única esperanza que le resta es el matrimonio—contestó Doña Ana.

—Procura tambien que no solo por amor, sino por amor propio y por orgullo de caballero, comprometa su palabra.

—¿Y si él llegara á proponerme esta noche la fuga?

Doña Fernanda no contestó inmediatamente á la pregunta, sino que se puso á reflexionar durante un largo rato.

—Tal vez seria conveniente que aceptaras, porque esto

daria lugar á un escándalo, cuya reparacion deberia ser el matrimonio.

—¿Pero si se resiste despues?

—Fácil será obligarle por justicia.

—¿Y debo seguirle muy lejos?

—No; me avisas en el momento, y voy tras de tí, y vuelvo á traerte á la casa, despues de haber hecho constar el rapto por algunas personas que me acompañen......

—Me parece muy bien.

—Lo que importa es, que procures por cuantos medios te sea posible exaltar su amor, que santo y bueno es esto, porque el fin que te has propuesto es lícito y honesto.

La madre y la hija siguieron hablando hasta muy avanzada la noche, y como el corazon de una y otra se interesaban muy poco en aquel amor de cálculo, una y otra comenzaron á sentir cansancio.

—¿Qué hora es?—preguntó Doña Ana con negligencia.

—Apenas las diez y media—contestó Doña Fernanda con todas las señales del fastidio, mirando una magnífica muestra que habia sobre una mesa.

—Todavía hora y media de espera.

—Y lo que siga despues.

—¡Qué contentas estarán las que hayan ido al sarao!

—Dicen que se preparaba espléndido.

—Casi casi me arrepiento de no haber ido por esperar á este pobre de mi futuro; ahora bailaria yo, en lugar de estar aquí consumiéndome de tedio....... no lo volveré á hacer......

—Siempre serás niña, Ana; ¿qué importa un baile mas ó menos cuando se trata de tu porvenir? Saraos hay muchos, y maridos como Don Enrique son muy escasos: ya te preguntaré qué ha sido de ese arrepentimiento el dia que te

llamen la señora condesa y que puedas divertirte á toda tu satisfaccion.

Doña Ana se sonrió, y las dos volvieron á quedar en silencio.

De cuando en cuando aquel silencio se interrumpia por las alegres voces de algun grupo de paseantes que atravesaban cantando por la calle, y entonces Doña Ana preguntaba:

—¿Qué hora es?

Doña Fernanda alzaba el rostro, y con los ojos entrecerrados por el sueño ó porque la luz le parecia demasiado fuerte, contestaba:

—Las once.

—¡Qué noche tan larga!—decia Doña Ana: y volvia la hija á meditar, y á dormitar la madre.

Por fin, á una de las preguntas Doña Fernanda contestó:

—Van á dar las doce.

—¡Bendito sea Dios! voyme para el cuarto de Faciquía á esperar á Don Enrique.

—Procura antes refrescarte—dijo la madre—que tienes que atravesar el patio, y la noche está fria.

Doña Ana se levantó y fué á mirarse en una pequeña luna que habia en uno de las ángulos de la estancia; estudió, sin duda, algunas miradas y algunas sonrisas, y hubiera quizá permanecido allí mas tiempo si Doña Fernanda no hubiera dicho:

—Las doce.

—Me voy—exclamó Doña Ana, y salió precipitadamente, cubriéndose con un manto de lana negra.

Doña Ana descendió ligeramente la escalera y se entró á uno de los aposentos del piso bajo.

Allí cosia á la luz de un candil una negra anciana, con la cabeza envuelta en un pañuelo de lana encarnado y amarillo.

—Faciquía—dijo Doña Ana al entrar.

—¡Niña!—exclamó la negra, levantando la cabeza.

—Nana, apaga el candil y sálte, que es ya la hora.

La negra se levantó é iba á apagar el candil.

—Espera, espera—exclamó la jóven;—quiero llegar á la ventana para abrirla, porque á oscuras no daré con ella nunca.

La negra esperó hasta que la jóven llegó á la ventana, sopló al candil y salió cerrando tras sí la puerta.

Entonces Doña Ana abrió con precaucion los batientes de la ventana, que estaba guardada por una gruesa reja, y miró curiosamente para la calle; cerca de allí habia un hombre embozado: por lo demás, todo estaba enteramente desierto, aunque brillaba hermosa la claridad de la luna.

La casa de Doña Fernanda y de Doña Ana formaba la esquina de aquella cuadra, por el frente la calle real de Ixtapalapa, y por uno de los costados un ancho callejon, para donde caian las ventanas por la que debian hablar y habian hablado ya otras veces Don Enrique y la jóven.

Cuando el hombre embozado notó que la ventana se abria, se llegó á ella con mucha cautela y poco á poco.

—Don Enrique—dijo Doña Ana.

—Angel mio—contestó el jóven.

—Acércate, mi bien; ¡qué miedo tengo!

—¿Miedo? ¿y de qué, vida de mi vida? ¿quién hay que pudiera ofenderte estando yo á tu lado?

—¡Ay, Don Enrique! quien puede tardar nuestra dicha está libre de los golpes de tu espada.

—¿Tu madre, Ana? Pero ¿por qué me odia? ¿acaso no

ama ella á los que te aman á tí? ¿no soy bastante noble y bastante digno para llamarte mia?

—Don Enrique, no digas eso, tú tan caballero, no; tu nobleza es tan alta como la de un rey, y muy dichosa debe ser la mujer que pueda llevar tu nombre y llamarte suyo; pero......

—¿Qué? Amor mio, habla, no te detengas......

—Don Enrique, mi madre ha dado oidos á tus enemigos, y cree que no me amas, que pretendes solo burlarte de su hija.

—¿Cree que no te amo, señora? ¿lo cree, cuando quizá hasta que te conocí supe lo que era amar? Pero ¿qué me importa que ella no crea en mi amor si lo crees tú? tú, para quien solo quiero ser digno y bueno. Dime, Ana, ¿crees que te amo?

—Si no lo creyera así, habria muerto.

—Y tú, ¿me amas?

—Mas cada dia, mas......

Y al través de la reja la jóven asomó el rostro, Don Enrique se acercó, y aquellas dos bocas se unieron en un beso que parecia ser eterno.

—¡Ana!—exclamó repentinamente con terrible violencia el jóven, dando vuelo á la pasion que sentia en aquel momento;—¡Ana! ¿dices que me amas?

—Mas de lo que tú puedes creer.

—¿Serás capaz de hacer cuanto te diga?

—Sí, aunque me mandaras darme la muerte.

—¡Alma de mi alma! pues bien, Ana, huye conmigo.

—¡Huir!—contestó la jóven, fingiendo un gran espanto que estaba muy lejos de sentir, pues iba casi preparada para aquella proposicion.—¡Huir! ¿y adónde?

—Conmigo, en mis brazos y á mi lado.

—Don Enrique, ¿me amas, y me propones la fuga, el escándalo, la deshonra?

—No, Ana, no es la deshonra; á mi lado te espera el amor, la felicidad, y entonces tu madre no podrá oponerse y tendrá que consentir en nuestro amor, y serás muy pronto la condesa de Torre-Leal: Ana, ¿te negarás á seguirme?

—¡Oh! eres todo un caballero, y te adoro, Don Enrique! te seguiré hasta el fin del mundo.

—¡Me das la felicidad!

—¿Y cuándo quieres que salga de aquí?

—En este momento.

—¿Tan pronto?

—Un siglo es para mí cada momento que retardas mi ventura, amor de mis amores; ven, no tardes.

—Bien; voy, voy, espérame—dijo Doña Ana retirándose.

—¿En el zaguan de la casa?—preguntó Don Enrique, poseido ya de ese temblor nervioso que acomete á los hombres en los momentos de una grande excitacion.

—No, ahí mismo.

—¡No tardes, ángel mio!

—Pronto estaré á tu lado; ¡mira cuánto te amo!

La ventana se cerró, Don Enrique se embozó en su capa y se puso á esperar.

Doña Ana salió precipitadamente, subió la escalera y se dirigió á la estancia de Doña Fernanda.

—¿Qué pasa?—exclamó ésta al verla entrar.

—Llegó el momento, madre mia.

—¿Te propuso la fuga ó el matrimonio?

—Las dos cosas.

—¿Cuál primero?

—La fuga—contestó sonriéndose Doña Ana.

Doña Fernanda se sonrió tambien, y contestó:

—No es tonto, pero yo tampoco; estamos prevenidas.

—Vamos, madre, no se fastidie.

—¡Niña! poco conoces todavía á los hombres! el mas impaciente aguarda un dia contento, por una muchacha que le guste.

—Pero vamos.

—Parece que á tí tambien te corre prisa, sin pensar en que apenas te dejaré andar con él una ó dos calles.

—Como gusteis; pero despachemos.

—Es preciso avisar á Don Justo, que escribió la carta y que se quedó aquí esta noche para ayudarnos.

—Id á avisarle mientras me dispongo.

Doña Fernanda salió, y entretanto Ana volvió al tocador á componerse mas.

Queria aparecer muy bella á los ojos de su amante.

La madre volvió seguida de Don Justo.

—Estamos listos—dijo.

—Vamos—contestó Doña Ana.

Y los tres bajaron al patio.

—Tú saldrás sola—decia Doña Fernanda mientras llegaban á la puerta;—te dejamos partir, y luego salimos en tu busca y te rescatamos.

—¿Solos?

—No, con los lacayos que están ya dispuestos—repitió Don Justo, mostrando en el fondo del patio á varios lacayos con faroles y hachas.

—¿Sabeis, madre, que comienzo á tener vergüenza de que tantas personas se enteren del negocio?

—Vaya, qué tonta! mañana lo sabrá todo México; ¿qué importa que hoy lo vean unos cuantos?

—Pero todo México no me verá á mí, y estos van á presenciar......

—Si tienes miedo, aun es tiempo.

—No........—replicó Doña Ana, abriendo el zaguan resueltamente y saliendo.

Don Justo cerró por dentro.

En aquel instante se oyó un grito de Doña Ana, y un ruido semejante al que produce una lucha.

—¿Oís?—dijo espantada Doña Fernanda—salgamos.

—No tengais cuidado; ¿quereis que ella no finja sorpresa y resistencia?

Callaron ambos, y por allí no se escuchó ya nada: iban á salir, cuando en la calle se escuchó el ruido de espadas.

—¡Salgamos! salgamos! quién sabe lo que pasa!—dijo Doña Fernanda.

—Ahora sí lo creo prudente—contestó Don Justo abriendo; y los dos, seguidos de muchos lacayos, salieron á la calle.

Cerca de la esquina, un hombre, con el estoque en la mano, se defendia de tres ó cuatro que le atacaban vigorosamente; aquel hombre perdia terreno y se batia en retirada.

Iba casi á sucumbir, cuando aparecieron Don Justo, Doña Fernanda y los lacayos.

Los que atacaban huyeron, y Doña Fernanda y Don Justo reconocieron en el que habian salvado, al Don Enrique.

—¿Y mi hija?—preguntó espantada la madre de Doña Ana.

—No lo sé, señora—contestó Don Enrique.

—¿No lo sabeis?—dijo imprudentemente Doña Fernanda;—¿no lo sabeis, cuando salió de mi casa para huir con vos?

—Por mi honor os lo juro—contestó el jóven, sin reparar en que aquella mujer decia lo que debia ignorar:—díjome que la esperara á la vuelta, y en su lugar han aparecido cuatro asesinos.

—¿Pues en dónde está mi hija? Don Justo, ¡mi hija! ¡buscadla! buscadla! aquel grito! aquella lucha!...... ¡Oh! yo os decia bien, debiamos haber salido!

—¡Pronto! corred por esas calles! buscad á la señorita! —dijo Don Justo á los lacayos;—no volvais sin traer razon.

Los lacayos se dispersaron corriendo en todas direcciones y haciendo cundir el escándalo por toda la ciudad.

Doña Fernanda, desesperada, volvió á entrar á su casa, sostenida por Don Justo; y Don Enrique, sin saber qué pensar de aquello, se embozó en su ferreruelo y se echó á caminar á la aventura, esperando encontrar la llave de aquel misterio.

Cerca del amanecer regresaron los lacayos unos en pos de otros; ninguno habia podido averiguar nada: en cambio la noticia de la fuga de Doña Ana y del escándalo que habia ocasionado, se esparció instantáneamente y sin saberse quién la habia llevado, en el sarao que para celebrar la fiesta del Pendon daba el ayuntamiento, y en el que se hallaba reunida la gente mas noble y principal de la ciudad.

VIII.

Retrocediendo.

VAMOS á encontrar la explicacion del extraño rapto de Doña Ana, retrocediendo solamente algunas horas.

Don Justo levantóse de dormir la siesta, á las cuatro de la tarde del dia de San Hipólito; vistióse con gran cuidado y salió á la calle en busca, ante todo, del Indiano, en quien esperaba encontrar un auxiliar poderosísimo.

Era el Indiano muy conocido en México por sus riquezas y por su espléndido lujo, y cosa fácil fué para Don Justo encontrar su habitacion.

En la prolongacion de las calles de Ixtapalapa y en direccion al santuario de la Vírgen de Guadalupe, á la derecha del palacio de los Vireyes, tenia Don Diego una magnífica casa.

Don Justo se presentó allí, preguntó á un lacayo por su señor, y supo que allí se encontraba disponiéndose para salir á la calle á paseo.

En efecto, un palafrenero tenia del ronzal á un soberbio potro de gran alzada, bayo-lobo, con la crin, la cola y los cabos negros y ricamente enjaezado, que levantaba inquieto la cabeza, y relinchaba y rascaba el suelo con las manos, tascando el freno como ansioso por salir á ostentar su brío y su hermosura.

Don Justo subió las escaleras, y al llegar al corredor de la casa, se encontró con el Indiano que se disponia ya á bajar.

—Dios guarde á su señoría muchos años—dijo Don Justo.

—Para serviros—contestó Don Diego.

—Tengo que hablar con vos un instante acerca de negocio grave, si teneis á bien escucharme.

—A fe que será una honra para mí: pasad.

—Honra es la que de vos recibo.

El Indiano condujo á Don Justo á una estancia pequeña, pero tapizada y amueblada con exquisito gusto.

—Hacedme la gracia de sentaros—dijo mostrándole uno de los sitiales, que eran de sándalo con brocados de oro.

—Despues que vos; que no debo sentarme estando en pié persona tan distinguida.

—Ambos á dos.

Sentáronse, y Don Justo, casi sin saber por dónde principiar la conversacion, dijo tímidamente:

—Caballero, sin duda extrañareis esta visita cuando apenas tengo la honra de ser conocido hasta hoy por vos.

—Esa honra es para mí.

Levantáronse un poco los dos de sus asientos, y se saludaron ceremoniosamente; Don Justo continuó:

—Pero hay ocasiones en que dos personas están identificadas por intereses sin conocerse, y en este caso, la reu-

nion de esas personas es una cosa muy provechosa para ambos: ¿no os parece?

—Perfectamente—contestó Don Diego, y pensó:—¿en qué vendremos á parar?

—Soy para serviros, puesto que no sabeis mi nombre, Don Justo Salinas de Salamanca y Baus......

—Muy señor mio—contestó el Indiano, y los dos volvieron á levantarse de sus asientos á hacerse otra reverencia.

—No conozco su nombre—pensó Don Diego.

—Hermano—continuó Don Justo—de Doña Guadalupe Salinas de Salamanca y Baus, condesa de Torre-Leal y esposa del conde Don Cárlos Ruiz de Mendilueta, padre de Don Enrique.

Otra reverencia.

—¿Venís acaso de parte de Don Enrique?—preguntó Don Diego, inmutándose un tanto al oir el nombre de su enemigo.

—Dios me libre; pero sí vengo á hablaros de negocio que le atañe.

—¿En qué puedo seros útil?

—A mí no precisamente; pero si yo os pudiera servir de algo......

—No veo......

—Hablaremos con franqueza, si me lo permitís......

—Seguramente.

—Bien, voy á ello: vos sois, á lo que asegura la gente, enemigo jurado de Don Enrique Ruiz de Mendilueta.

—No, poca cosa, disgustos que nunca faltan entre los hombres......

—Permitidme; hay entre vosotros algo mas que disgustos; hay casi un odio profundo.

—¿Él os ha dicho?

—No, no en mis dias; no le trato.

—¿Entonces, cómo podeis decir......

—Porque todos lo aseguran.

—Quizá todos se engañen.

—Permitidme; yo creo que no; el pueblo lo dice, y ya sabeis, *vox populi vox Dei.*

—Y sin embargo, el pueblo se engaña.

—Don Diego, desconfiais de mí porque mi hermana es la mujer del conde, y quiero probaros que haceis mal, y que quizá con nadie debeis tener mas confianza que conmigo.

—Pero......

—Vengo á proponeros una alianza: vos aborreceis á Don Enrique, y yo tambien; á vos os estorba, á mí tambien: vamos por caminos distintos, pero el obstáculo es el mismo; los dos necesitamos deshacernos de ese hombre: unámonos; yo vengo á ofrecerme como aliado vuestro para ayudaros en vuestros planes.

Cuando Don Justo acabó de hablar, miró satisfecho á su interlocutor; pero Don Diego se habia levantado del sitial, pálido, con los ojos centellantes de furor, cerrados los puños y apretados los dientes.

Don Justo se espantó al verle así, y se levantó tambien de su asiento.

El Indiano dió un paso hácia adelante, y luego con la voz ronca por la ira, y como haciendo un gran esfuerzo para contener su furor, exclamó:

—¡Vive el cielo, caballero, que si no viera el lugar en que estamos y lo sagrado que es aquí para mí vuestra persona, os enseñaria á tratarme como quien soy!...... ¿De dónde os ha ocurrido á vos venir á proponerme planes de venganza contra mis enemigos, y ofrecerme auxilio que jamás os

he demandado? Brazo fuerte y corazon sin miedo debo al cielo para tomar la demanda de mis injurias sobre mí, sin buscar en ajenas fuerzas lo que por solo mi aliento puedo acometer. Hacedme, caballero, la gracia de retiraros antes de que cegado por el furor, cometa un desman con vuestra persona...... y os suplico y os aconsejo por vuestro propio bien, que jamás volvais á mezclaros en asuntos que no os conciernen, y sobre todo, en los mios......

Don Justo, sin esperar el fin de aquella tempestad, salió de la estancia y bajó precipitadamente la escalera, murmurando entre dientes:

—Estúpido, villano, mal nacido......

Poco despues bajó Don Diego con muestras aún de mal humor, y diciendo á sus solas:

—Infame! un plan contra uno de su familia!...... y luego...... proponerme eso á mí...... á mí...... Malvado! no sé cómo he podido contenerme!...... yo me vengaré de Don Enrique y de Doña Ana; pero eso seré yo, yo solo, ó con los mios...... pero este...... infame!

Y sin ver siquiera al palafrenero, saltó sobre el caballo, que se encabritaba, y salió á la calle.

El potro debió conocer que su ginete no estaba esa tarde para chanzas, y tomó sosegadamente su garboso trote.

Los pajes montaron á caballo y siguieron silenciosamente á su señor.

Tambien ellos conocieron que habia habido una gran tempestad.

A poco andar, Don Diego se reunió con un grupo de jóvenes que iban á caballo tambien por la Plaza mayor, y se encaminaron hácia la Alameda, pasando por las calles de San Francisco.

Poco á poco la nube de disgusto que pesaba sobre la fren-

te del Indiano fué disipándose con la alegre charla de sus festivos compañeros.

Al llegar á la Alameda Don Diego hizo una seña á uno de aquellos jóvenes, y ambos se adelantaron un poco y pudieron hablar sin que los demás los escuchasen.

—¿Está todo dispuesto para el negocio de esta noche, Estrada?—preguntó el Indiano.

—Como tú lo deseas—contestó el jóven á quien llamaba Don Diego, Estrada.

—¿Y cómo?

—Vas á oir mi plan: he ido á reconocer con ardid la casa, y fácilmente, mientras los dos amantes hablen, podremos yo y los que me acompañan escuchar desde la esquina y sin ser vistos, la conversacion, y en llegando un momento oportuno, salimos, y se arma un escandalazo que nos oirán los sordos. ¿Es bastante?

—Bastante; pero no hay que dormirse.

—Bah! yo estaré en el sarao hasta que llegue la hora, y mis hombres irán á esconderse en una casuca que hay cerca de la de Doña Ana: allí están reunidos y seguros, y yo iré por ellos cuando convenga.

—¿Cuántos son?

—Seis, y de toda confianza; valientes como leones y callados como peces.

—Por supuesto que sabré el resultado......

—Inmediatamente, que yo volveré al sarao.

—No hay que causar gran daño á Don Enrique.

—Nada de eso, lo convenido; desarmarle y dejarle atado á la reja hasta que amanezca y lo vea la gente.

—Eso es.

Otros jóvenes se reunieron en este momento á Don Die-

go y á Estrada, y la conversacion se suspendió porque ya se habian dicho lo bastante.

Toda la tarde se pasó en recorrer las calles, y al oscurecer, cada uno se dirigió á su casa para prepararse para el sarao.

—Mucho cuidado—dijo Don Diego á Estrada.

—Ten confianza—contestó el otro.

A las diez de la noche, una magnífica concurrencia llenaba los salones de la casa del marqués del Valle, descendiente de Hernan Cortés, y en la que el ayuntamiento daba un soberbio baile.

Era un mar de joyas y de blondas y de brocados y de flores; al través de cuyas ondas se descubrian rostros hechiceros, ojos de fuego, bocas encantadoras.

Alegre murmullo de voces juveniles se alzaba entre los dulces acordes de las músicas, y se escuchaban como un lejano acompañamiento el ruido de las vajillas de plata y de cristal.

Sin rival reinaba en aquella fiesta el Indiano; su gallarda postura, su trage riquísimo, sus soberbias joyas con que iba adornado, y sobre todo, la ausencia de su competidor Don Enrique Ruiz de Mendilueta, le hacian el objeto de ardientes miradas y de furtivas conversaciones.

Faltando allí Doña Ana, todos se explicaban la ausencia de Don Enrique; pero ¿por qué la dama no asistia? nadie podia saberlo, y todos se preguntaban.

A las once y cuarto el Indiano miró una magnífica muesra cubierta de brillantes, y dijo á Estrada, que iba á su lado:

—Creo que ya es hora.

Estrada le apretó la mano y salió furtivamente del salon.

Desde aquel instante el Indiano no volvió á bailar; estaba inquieto, y con disimulo procuraba acercarse á las ventanas, desde donde se descubria la Plaza Mayor y la entrada á las calles de Ixtapalapa.

Así trascurrió mas de una hora.

En uno de aquellos momentos en que Don Diego miraba á la calle, sintió que le tocaban la espalda; volvió el rostro, y se encontró con Estrada.

—¿Qué hubo?—preguntó el Indiano.

—Necesito hablarte—contestó el otro;—vamos afuera.

Los dos salieron, y atravesando el corredor, entraron á una estancia que estaba sola.

—Dime—exclamó el Indiano.

—Pues hay cosa mas grave; he cometido una locura, pero no me arrepiento.

—¿Has muerto á Don Enrique?

—No.

—¿Qué hay, pues?

—Atiende: desde la esquina escuchaba la conversacion, esperando el momento; pero hé aquí que oigo que la dama iba á escapar con el galan.

—¡Ingrata!

—El plan era que él esperara en donde estaba, y ella saldria por el zaguan; aquí fué el lance: dejé á Don Enrique haciendo el centinela, vigilado por cuatro de los mios, y yo con otros dos me planté cerca de la puerta: esperamos un poco, sonó la llave, salió la dama y el zaguan volvió á cerrarse.

—Entonces......

—Nos arrojamos sobre Doña Ana, que pudo apenas dar un grito; la envolvieron mis hombres en sus capas, cargaron con ella, y guiados por mí, en un instante la trasladé á mi

casa sin que nadie nos viera, y allí la tienes á tu disposicion.

—¡Qué locura!......

—Locura ó no, ya está hecho: si te conviene, allí la tienes; si no, déjamela á mí, que bien me gusta y mucho me hizo penar en otro tiempo.

—¿Y si te descubren?

—¡Qué! mi casa es sola, yo y mis lacayos; mis hombres eran de confianza, y en todo caso, pagaria yo cuando mas con la cabeza, y bien vale tan real moza salir un poco antes de este valle de lágrimas.

—¿Y Don Enrique?

—Se quedó entretenido acuchillándose con mis cuatro sayones.

—¿Qué sucederia por fin?

—Nada; porque al llegar aquí, uno de ellos me esperaba, y me contó que habia salido gente en auxilio del galan, de la misma casa de la novia; los mios huyeron y están todos en salvo.

—Muy bien; ahora vámonos de aquí para no hacernos sospechosos, y es preciso divulgar en el salon que Doña Ana ha huido de su casa sin saberse con quién; procura que todos noten que no has faltado al sarao; es una precaucion.

—¿Y qué dispones de la tórtola prisionera?

—Tuya es, ganada por tí, botin de guerra; haz de ella lo que quieras, yo no la amo.

—Estoy de enhorabuena; ya quisiera yo estar en mi casa.

—No; se necesita mucha prudencia: retírate del baile hasta cerca de amanecer.

Los dos jóvenes volvieron al salon, y media hora despues todo el mundo hablaba de la fuga de Doña Ana.

Estrada metia bulla por diez, y bailaba, y se hacia notable por su grande alegría.

Doña Ana entretanto, sin comprender lo que le habia pasado, se encontraba encerrada en una estancia de una casa que le era desconocida enteramente.

Don Enrique pensaba que Doña Ana le habia dispuesto aquella celada.

Doña Ana pensaba que aquel rapto habia sido preparado por Don Enrique.

Ninguno de los dos se acordó del Indiano.

IX.

Por la razon ó por la fuerza.

La casa de Don Cristóbal de Estrada, el amigo de Don Diego, estaba situada á la espalda del monasterio de San Francisco.

No era Estrada un hombre muy rico, pero tenia recursos para pasar en México la vida con toda comodidad. Sin padres, sin parientes cercanos, Don Cristóbal gastaba las rentas que le producia su capital, sin ocuparse de otra cosa que de galanteos y saraos.

Sin ser lo que puede llamarse un jóven, estaba aún en todo el vigor de su edad, y las muchachas veian en él un *partido* mediano; á pesar de todo, Don Cristóbal jamás habia tomado parte en ninguno de aquellos escándalos que diariamente se daban en la capital de la colonia, y todo esto lo tranquilizaba y lo hacia pensar que no seria sobre él sobre quien recayese la sospecha del rapto de Doña Ana.

16

Animado con estos pensamientos y fija su imaginacion en Doña Ana, Estrada miraba con ansiedad á los balcones, esperando que las luces de la aurora comenzaran á derramarse por el cielo.

Exaltado su ánimo en el sarao, y pensando que tenia en su casa, prisionera y á su disposicion, una mujer que eclipsaria á todas las hermosuras allí reunidas con solo presentarse, Estrada vió llegar el dia, y su corazon comenzó á palpitar con mas violencia.

Los últimos grupos abandonaron el salon; Estrada salió con ellos á la calle, despidiéndose en el momento en que encontró una oportunidad, y se encaminó velozmente á su casa.

Llamó á la puerta, que permanecia aún cerrada; le abrieron, y se lanzó á la escalera, sacando de la bolsa de sus calzones una llave.

Doña Ana, fatigada por el esfuerzo de sus mismos pensamientos, habíase quedado dormida en un sitial; el ruido de una puerta que se abria la despertó.

Triste la claridad de la mañana penetraba en el aposento por una ventana cerrada con fuertes rejas.

Doña Ana dirigió la vista hácia la puerta, esperando ver entrar á Don Enrique, y disponiéndose á recibirle con enojo, verdadero ó fingido, segun le conviniera.

Pero fué Don Cristóbal el que apareció, y Doña Ana quedó abismada en un mar de conjeturas.

—Dios os guarde, bella señora—dijo Estrada.

Doña Ana no contestó.

—Habladme, hermosa—continuó Estrada:— supongo que habreis descansado muy poco; la estancia no era digna de vos; pero ¿qué quereis? no estaba yo preparado para recibiros como mereceis; mas adelante será otra cosa.

—Caballero—dijo con altivez Doña Ana—¿quereis explicarme lo que significa todo esto? ¿en dónde me encuentro?

—Nada mas sencillo; en mi casa, en la casa de vuestro servidor, Don Cristóbal de Estrada, y á partir desde hoy, en vuestra misma casa.

—¿Don Enrique me ha hecho conducir aquí?......

—Perdonad; Don Enrique nada tiene que ver en esto.

—Entonces, ¿me explicareis este misterio?

—Con mucho gusto, supuesto que ya nada se pierde: anoche os he encontrado saliendo de vuestra casa, sin duda para huir con Don Enrique, y dije para mí: Dios me depara esta buena presa; si de llevársela tienen los moros, que se la lleven los cristianos: y cargué con vos, y aquí estais á mi lado y en mi poder.

—¡Pero esto es indigno de un caballero!

—Doña Ana, quiero apelar á vuestra memoria: os ví, os amé, me dísteis esperanzas; aun mas, por algunos dias me hicísteis creer, como á otros mil, que me amábais; á poco otro hombre llamó vuestra atencion, y fuí olvidado: en vano rogué, lloré, supliqué; en vano pasé los dias y las noches rondando vuestra casa; nada, habia yo muerto para vos: ¿es esto digno de una dama?

—¡Don Cristóbal! tomais una venganza infame!

—Señora, os juro que en todo esto, parte ninguna tiene la venganza; os encontré á mi paso, y ¿qué queríais que hubiera hecho? era preciso ser de mármol para no aprovechar la ocasion: os tengo en mi poder; ¿creeis que el hombre que tiene en su poder á una dama tan hermosa como vos, puede dejarla así, con tanta facilidad? ¿qué tiene que ver con esto la venganza? lo mismo hubiera hecho aun cuando nada hubiera mediado entre nosotros.

—¿Es decir que estais resuelto á no dejarme salir de aquí?

—Eso será segun vuestro comportamiento.

—¿Cómo se entiende?

—Muy fácilmente; ¿consentís en ser mia? entonces libre sois de entrar y salir......

—¡Don Cristóbal!

—¿Para qué he de engañaros? mi resolucion es que habeis de ser mia, por la razon ó por la fuerza.

—¡Nunca!

—Oidme, y sed razonable: ¿me habeis dicho una vez que me amábais?

—Os engañé.

—No; entonces me amábais.

—Bien; ¿y qué?

—Que no os será tan penoso pertenecerme.

—¿Despues de lo que habeis hecho conmigo?

—Culpad en eso al destino y no á mí.

—¿Pero podeis suponer que pueda yo consentir en ser la dama de un hombre?

—¿Qué otra cosa íbais á ser con Don Enrique?

—Su esposa.

Estrada lanzó una alegre carcajada.

—¿Y para eso huíais con él? Vamos, sois una niña; su dama seríais, y si así os agrada, podeis aún serlo, que bien vale la pena una mujer como vos de olvidar algo del pasado.

—Nada conseguireis de mí.

—Pensadlo bien; estais en mi poder, nadie podrá auxiliaros aunque os busquen por todas partes, que estoy bien libre, aun de las sospechas; he tomado mis precauciones: conformaos, que sabeis que os amo; podeis ser feliz á mi lado;

vuestra resistencia es inútil, y al fin os dará el mismo resultado....... ¿Quereis que os pida desayuno? dispensadme, pero me habia olvidado con la conversacion.

—¡Nada quiero!—dijo Doña Ana.

—Vamos, ¿pensais moriros de hambre como las princesas de los cuentos?

Doña Ana, á pesar de su enojo, se sonrió; aquel hombre no le parecia un mal mozo.

Otra mujer, en aquella situacion, se hubiera desesperado; Doña Ana, acostumbrada á los galanteos atrevidos de los jóvenes de la ciudad, y habiendo oido contar tantas aventuras amorosas á sus amigas, no encontraba aquello tan trágico como una jovencilla inocente y cándida lo hubiera encontrado.

La verdad es que Doña Ana comenzaba sin disgusto á resignarse con su situacion, y lo único que la inquietaba era lo que sucederia con Don Enrique.

Estrada comprendia lo que pasaba en el corazon de la dama, y conoció que ganaba terreno con el trascurso del tiempo, que la empresa no era ni muy dificil ni muy larga, y que podia llegar por la casualidad á lo que no habria llegado con la constancia y el amor.

—Doña Ana—dijo—voy á mandar que os dispongan un desayuno y que os preparen otra habitacion mejor, porque estais aquí incómoda y necesitais descansar; la noche ha sido para vos muy angustiosa.

Doña Ana le miró sin contestar; pero en aquella mirada ya no habia rencor; quizá—pensaba ella—con la dulzura consiga mi libertad.

Don Cristóbal salió, y á poco dos esclavas negras sirvieron á Doña Ana el desayuno.

Varias veces aprovechó á hablarlas, pero no obtuvo con-

testacion; ó eran mudas, ó tenian severas prohibiciones que acatar.

Trascurrió una hora, y Don Cristóbal volvió.

—Señora—la dijo;—vuestra estancia está dispuesta, tened la bondad de seguirme.

Doña Ana esperaba ganar su libertad con aquel cambio, y siguió á Don Cristóbal sin resistencia.

Atravesaron varias habitaciones, subieron una escalera; despues cruzaron por un pasillo y penetraron en una estancia.

—Aquí podeis reposar un tanto—dijo Estrada.

Doña Ana recorrió con su mirada aquel aposento; tenia en el fondo una ventana, pero alta, y cerrada tambien por fuertes rejas.

Estrada comprendió su pensamiento.

—Es inútil que busqueis salida, si yo no os la proporciono—dijo;—esa ventana cae á las tapias elevadísimas del convento, y los frailes no han de venir por vos, ni vos tendríais tan mal gusto de cambiarme por uno de ellos: descansad, y no penseis sino en lo que os he dicho; mia, por la razon ó por la fuerza; no tengo mas que una palabra.

—Váisme agradando por vuestra audacia, y casi me pareceis un hombre digno de ser amado.

—Dios lo haga, por evitaros disgustos y por hacerme feliz: descansad.

Y Don Cristóbal salió, cerrando con llave la maciza puerta.

—¡Dios dispondrá!—exclamó Doña Ana, y se arrojó vestida sobre el lecho que habia en el aposento.

A poco rato dormia tranquilamente.

....

....

Exquisitas diligencias se hicieron por Doña Fernanda para saber el paradero de Doña Ana, y como no dieron resultado de ninguna especie, aquella señora se fijó en que Don Enrique era el raptor, en que la aventura de los embozados era todo comedia, y en que el jóven, maliciando la red que se le tendia, habia ganado por la mano, como decia el vulgo.

Por su parte Don Enrique hizo algunas averiguaciones, y convencido de que nada llegaria á saber, se figuró que el rapto habia sido una intriga, y la cita una celada para asesinarlo, y creyó que en esto estaban de acuerdo Doña Ana y el Indiano.

Determinó olvidar á aquella mujer y esperar en el porvenir la solucion de aquel enigma.

Fácilmente se resignaba Don Enrique; pero su alma comenzaba ya á preocuparse con la misteriosa beldad de la calle de Tacuba.

Con objeto de disipar sus negros pensamientos, y con el interés de ver de nuevo á la dama, Don Enrique pasó varias veces por la calle en que la habia visto por vez primera, se detuvo enfrente de la casa, y procuró averiguar con los vecinos su nombre y calidad.

Lo mas que logró alcanzar, fué que aquella mujer habia llegado hacia poco tiempo de fuera, sin saberse de dónde, que parecia ser muy rica, que casi todos sus criados eran indígenas que no hablaban el castellano, por lo cual nada se podia saber por ellos, y finalmente, que la tal dama llevaba una vida tan misteriosa, que los vecinos solo habian podido juzgar de su belleza el dia de San Hipólito, que la habian visto en el balcon de su casa.

Don Enrique se desesperaba, y los dias pasaban y la bella desconocida parecia haberse evaporado.

Doña Ana no habia vuelto á aparecer en la sociedad, y

poco á poco se olvidó el asunto del rapto, y ya nadie hablaba de él.

En cambio, la casa de Don Cristóbal de Estrada habia cambiado en su modo de ser; no era ya la habitacion del hombre solo, se conocia que aquella casa comenzaba á tener su vida de familia; no mas que la señora de allí no se dejaba ver mas que de las esclavas de gran confianza.

Doña Ana no estaba ya prisionera, y Estrada se habia retirado de los bailes y de los paseos; sus amigos decian que se habia metido á buen vivir.

Solo el Indiano conocia el secreto de aquellas trasformaciones.

X.

Las pretensiones de una monja.

AUNQUE Don Enrique no fuera culpable del rapto de Doña Ana, su nombre andaba mezclado de tan diversos modos en las conversaciones que se siguieron al escándalo, que nadie habia en México que no lo culpara, cuando menos, de ser la causa de aquel acontecimiento.

Su fama de seductor con las muchachas, creció al par de la indignacion de los padres y de los hombres juiciosos, y llegó esta á tal grado de exaltacion, que comenzó á publicarse contra él una especie de cruzada, para que no se le recibiese en las casas, y se le vigilase como á un malhechor.

Natural era que aquellas voces llegaran hasta el convento de Jesus María, y que Don Justo quisiera aprovechar la disposicion de ánimo en que tales especies pondrian á la abadesa.

Esperó algunos dias con objeto de que su presencia en

el convento fuese deseada, y una tarde solicitó hablar á la abadesa, y lo consiguió sin dificultad.

—¡Ay, hermanito!—dijo la abadesa en cuanto le vió—Dios Nuestro Señor me le envia, que ya estábamos determinadas á enviarle un atento.

—Madrecita, perdone vuestra reverencia si no habia vuelto por acá; pero estaba yo muy ocupado en la casa de mi hermana la condesa, porque su esposo el señor conde ha pasado muy malos dias.

—¿Está enfermo nuestro benefactor?

—Pero del alma, madrecita, del alma.

—¿Cómo así?

—Sí; figúrese su reverencia que ha tenido en la familia disgustos de esos que nunca faltan con Don Enrique, que Dios no dispone que sea bueno.

—Sea por Dios, hermanito, pobre señor conde! ya hemos sabido sus cuitas, y mucho hemos rogado á Dios Nuestro Señor por él en nuestras oraciones, aunque indignas y pecadoras.

—Inconsolable está, él, tan bueno, tan virtuoso, tan respetable; ¡oh! porque eso sí, es un hombre ejemplar por su caridad; y su hijo, Dios me lo perdone, que es un jóven tan disipado, tan escandaloso.

—Eso sobre todo, hermanito, ¡el escándalo! ¡el escándalo! que es peor que el pecado.

—María Santísima ayude al señor conde; vea su reverencia cómo en este mundo á nadie le falta su cruz, y comparada la nuestra con las del prójimo, debemos dar gracias á Dios porque nos envia la mas ligera.

—¡Bendito sea para siempre tan gran Señor!

—Amén.

—¿Y qué ha pensado el señor conde hacer con su hijo?

No creais, hermanito, que es un espíritu de curiosidad lo que me mueve á hacer esta pregunta, no, el Señor me defienda, sino porque con los escándalos de ese jóven, que Dios sea servido de llevar por buen camino, cada dia padece mas el crédito de esta comunidad, de la que soy indigna abadesa.

—El señor conde no puede hacer en este caso nada, porque su autoridad no es bastante para impedir el mal.

—¿Pues quién seria capaz de cortarle?

—Creo, madrecita, que solo S. E. el señor virey.

—Eso mismo han creido nuestros padres capellanes; pero ellos no quieren tomar parte activa en pedirlo.

—Fácil es conseguir lo que se desea, de otra manera.

—Precisamente para tal cosa os esperaba, hermanito; ¿qué creeis que debiera hacerse?

—En primer lugar, que su reverencia ponga un ocurso al señor virey, previas las correspondientes licencias de los prelados, en el cual ocurso se queje de los males que sufre esta santa comunidad con todo lo acaecido, y lo mucho que su honra pierde con los tales escándalos que dia á dia se dan en esta corte por una persona que tiene aquí una hermana.

—Entiendo, entiendo.

—En segundo lugar, que el dicho ocurso me sea entregado por su reverencia, á fin de que yo lo lleve al señor virey.

—Muy bien.

—En tercer lugar, que su reverencia consiga que el señor arzobispo recomiende el pronto y buen despacho de la solicitud ó queja.

—¿Y despues?

—Despues S. E. hará lo demás.

—¿Y qué pensais que hará?

—Pues supongo que podrá desterrar de estos reinos al que tanto escandaliza, ó le remitirá por sus culpas á España, bajo partida de registro.

—¿Y no habrá algun temor de que se derrame sangre?

—Ninguno.

—En tal caso, haré lo que decís, hermanito, que nuestro capellan dice que por su ministerio prohibido le está tomar parte en negocio de justicia en el que pueda haber derramamiento de sangre humana.

—Pues su reverencia puede proceder con toda confianza, que nada habrá de lo que se temen los padres capellanes.

—¡Gracias á Dios! Entonces dentro de tres dias tendreis en vuestro poder el dicho escrito. Os espero dentro de tres dias precisamente.

—No faltaré.

Despidióse Don Justo, y la monja procedió á su negocio, enviando á llamar á los padres capellanes.

....

....

Gobernaba por estos tiempos la Nueva-España Don Sebastian de Toledo, marqués de Mancera, que habia tomado posesion del vireinato el 15 de Octubre de 1664, y que habia traido consigo á su esposa Doña Leonor de Carreto.

Un dia el virey convino en recibir á Don Justo; habian pasado ya cinco desde la última conversacion de éste con la monja.

Don Justo se presentó con la mayor humildad.

El marqués de Mancera, hombre inteligente y sagaz, como le llaman los cronistas de aquellos tiempos, permitió á Don Justo que tomara asiento, procurando estudiar su fisonomía, y adivinar qué clase de hombre era aquel.

—Perdóneme S. E.—dijo Don Justo;—negocio tan deli-

cado me obliga á distraerle de sus altas y complicadas atenciones, que no he vacilado en insistir, quizá con demasiada obstinacion, hasta alcanzarlo.

—Podeis decirme cuál es vuestro negocio—contestó el virey—que para dirigir y gobernar estos reinos me ha enviado S. M., honrándome con la representacion de su sagrada persona y autoridad.

—Comenzaré, para no molestar á S. E. Es el caso que hay en esta ciudad una persona muy respetable (sin ofender al señor virey), que se llama el conde de Torre-Leal.

—Le conozco bastante.

—Pues este señor conde tiene dos hijos, varon el uno y señora la otra. El varon, que es el mayor de entrambos, tiene relajadas costumbres y perversas inclinaciones que lo arrastran á causar dia con dia gravísimos y trascendentales escándalos.

—¿Cómo se llama ese jóven?

—Don Enrique Ruiz de Mendilueta.

—¡Ah!—exclamó el virey, recordando el lance del dia de San Hipólito.

—Don Enrique—continuó Don Justo sin darse por entendido de la exclamacion del marqués, ni de lo que ella queria decir—tiene una hermana, hija de su mismo padre, y de la que he hablado ya á V. E., y que es monja profesa en uno de los conventos de esta noble y leal ciudad.

—Entiendo.

—Los escándalos de Don Enrique turban la tranquilidad de su hermana y de aquellas otras santas religiosas, y como es público y notorio que la hermana está en aquel convento, toda aquella respetable comunidad se halla triste y conturbada, sin esperar el remedio de tantos males y de

otros que pueden seguirse, mas que en V. E., que representa en estos reinos la alta majestad del soberano.

—Y bien, ¿qué puedo hacer?

—Señor Excelentísimo, humildemente presento á S. E. esta solicitud, en la que se pide por las señoras religiosas el remedio de tantos males y de escándalos tan perjudiciales á la cristiandad.

El virey tomó el escrito, que le presentó Don Justo poniéndose de pié y haciendo una estudiada caravana. Leyóle detenidamente, y luego dijo:

—Aquí no se me indica el paso que pretenden que yo dé.

—Supusieron las madres que esto no se ocultaria á la sábia penetracion de S. E., ni seria digno del respeto, que á V. E. se debe, el indicarlo.

—Pues no alcanzo...... ¿quizá amonestando al conde de Torre-Leal para que reprimiera á su hijo dentro de los límites del deber, usando de la paterna autoridad?

—S. E. no sabrá que esto no dará resultado; pertenezco yo á la casa del señor conde, y puedo asegurar á V. E. que todo lo que se intentara por este camino seria inútil, porque el señor conde ha hecho por su parte los mayores esfuerzos, y no se ha ocurrido á molestar á V. E. hasta que ya no se encontró otro remedio en lo humano.

—Llamaré en tal caso á ese jóven y le amonestaré, conminándole con penas severas si no procura la enmienda.

—No me toca á mí contradecir á S. E.; pero usando de la bondad que lo distingue, me permitiré hacer una observacion, si S. E. me da para ello su vénia.

—Hablad, que bien es del reino y de la religion dar en esto una acertada providencia.

—Como V. E. no ha tratado nunca á ese mancebo, supo-

ne, por su propio recto corazon, que surtirán en él todo el deseado efecto los consejos y admoniciones de sus superiores; pero en ánimo tan endurecido nada se alcanzaria, sino exaltar mas sus pasiones y hacerle enemigo irreconciliable del convento, de donde supondria fundadamente que era originada la queja, siendo entonces mayores los males, sin que para estorbarlos valer pudiera la muy alta autoridad y respeto de V. E.; porque hombre es Don Enrique capaz de sacar el estoque y andar á cuchilladas delante de V. E. mismo; tanto así le ciegan sus costumbres y malas inclinaciones.

Intencionalmente habia dicho esto Don Justo para provocar en el virey el recuerdo de los acontecimientos de San Hipólito, y el tiro estaba tan bien dirigido, que no pudo menos de hacer todo el efecto se esperaba de él.

Púsose á reflexionar el virey, y luego dijo:

—Ciertamente teneis razon, y me confirmo en ello por cosas que yo me sé, y por acontecimientos que he yo mismo presenciado, y en los que quizá deberia haber obrado de otra manera de como lo hice; pero eso ya pasó: decidme, ¿hay alguna nueva queja contra ese jóven?

—Sí, excelentísimo señor, el dia de San Hipólito......

—Eso ya lo sabia yo; ¿anduvo á cuchilladas á la hora de salir el Pendon?

—No señor, es otra cosa; despues de ese escándalo y en la misma noche del dia 13, Don Enrique ha cometido el rapto de una jóven perteneciente á una de las familias mas ricas de esta ciudad, en cuyo rapto no faltaron golpes, estocadas y escándalo, y es lo peor que niega ser el autor del atentado, cuando yo mismo presencié que la madre de la jóven salió en busca de su hija pocos momentos despues

de que ella habia salido, y todavía encontró en la calle á Don Enrique, que batiéndose con unos desconocidos......

—¿Y la jóven, pareció?

—No, señor excelentísimo; temeroso sin duda de que lo obliguen á la justa y merecida reparacion, Don Enrique la oculta, y á lo que supone la desgraciada madre de la víctima, el raptor despues de saciar en ella sus torpes pasiones, la ha enviado fuera de la ciudad.

—Pero ese es un infame que merece un ejemplar castigo.

—La prueba seria tan difícil ante los tribunales, que el culpable se burlaria de todo, porque bien ha sabido tomar sus precauciones.

—Ese jóven debe ser un mónstruo.

—Hay otras mil cosas que V. E. no sabe, y serian muy largas de contar.

—¿Pero qué remedio?

—Señor, que V. E. le destierre de estos reinos, ó que le envíe á España bajo segura partida de registro.

—Eso es muy grave.

—Es verdad, señor; pero para el hombre cuyos hechos comienza aún á conocer S. E., no es sino quizá menos de lo que merece.

—Puede suceder.

—Y además, que las madres están pendientes, para su tranquilidad, de lo que V. E. determine en este asunto.

—¡Ah! y habia yo olvidado que tenemos pendiente además la solicitud de las monjitas en este negocio. Bien; podeis retiraros, que en esta misma noche resolveré.

—¿Y qué diré á las madrecitas?

—Podeis asegurarles que quedarán contentas, y muy pronto.

—Doy á V. E. las mas debidas gracias en nombre de las

señoras religiosas, que otra cosa no esperaban de la magnanimidad de S. E.

—Cuidad de que nadie se entere de todo esto, porque quizá sabido por el jóven, provoque nuevas dificultades, ó estorbe el golpe que prepara la justicia.

—S. E. puede confiar en nuestra discrecion.

Don Justo se retiró, haciendo al marqués mil cortesías y reverencias.

—Esto marcha bien—exclamó, al encontrarse en la calle;—con una recomendacion cualquiera y un escandalito, por pequeño que sea, que dé mi señor Don Enrique, muy pronto lo vamos á ver en camino para la Veracruz.

El virey quedóse reflexionando, y volvió á leer el escrito de las monjas.

—Esto es claro—dijo;—ese jóven no tiene remedio; las monjas están en su derecho, porque nunca puede ser justo que su honor y su buen nombre se perjudiquen por las malas acciones de ese hombre...... y luego el rapto....... y el escándalo en mi misma presencia en el dia de San Hipólito...... y tantas cosas....... no, ese jóven es una plaga; es preciso tomar con él una providencia enérgica....... estoy decidido...... estoy decidido.

Y levantándose violentamente, se dirigió al aposento en que estaba su secretaría.

La suerte de Don Enrique vacilaba.

XI.

El último escándalo.

Precisamente en la mañana del dia en que Don Justo presentó la queja de las monjas al virey, un lacayo dejó en la casa de Don Enrique una esquela cuidadosamente cerrada y sellada.

El jóven llegó á la hora de la comida, y recibió aquella carta; estaba concebida en estos términos:

«Don Enrique:

«Esta noche doy en mi casa un sarao á mis amigos: venid, «haceos anunciar, y cuando os parezca oportuno, podeis «acercaros á mí y hablarme.

«Sabeis ya mi casa en la calle de Tacuba.»

La carta no tenia firma ninguna, pero Don Enrique conoció la letra; era la misma de la primera esquela.

Aquella aventura tan misteriosa, aquella dama tan bella, y cuyo nombre no habia podido él saber, que era recien llegada á México, y que sin embargo de eso, tenia ya amigos y daba saraos, todo exaltaba de tal manera la imaginacion de Don Enrique, que no vaciló un momento en tomar su resolucion, y determinó concurrir aquella noche á la cita de la encantadora desconocida.

Pero en medio de todo, aquellas cartas no podia él calificarlas de amorosas; habia en ellas algo de reservado, de misterioso; parecian estar escritas con demasiado estudio; ninguna de ellas podia comprometer á la dama que las habia escrito; parecian mas bien las cartas de una reina que concede un momento de audiencia.

Cuando Don Enrique pensaba en esto, sentia un extraño presentimiento; pero despues recordaba los brillantes ojos de la desconocida, su negra cabellera sembrada de brillantes, su trage, negro tambien, cubierto de deslumbrantes joyas, y le parecia todo aquello tan fantástico, tan ideal, que hubo momentos en que se creyó loco.

Llegó la noche, y la casa de Doña Marina se iluminó como por encanto, y apareció engalanada con tanta riqueza y tanta magnificencia, pero al mismo tiempo con un gusto tan extraño, que no parecia sino que allí se preparaba una fiesta de hadas.

Una tupida alfombra de plumas de encendidos colores cubria el pavimento desde la puerta de la calle hasta los corredores de la casa; bosques de plantas aromáticas y de flores se extendian de uno y otro lado, y entre aquella improvisada selva esparcian su ardiente claridad multitud de bujías; pájaros de todas clases, cantores orgullosos de las montañas, lanzaban al viento sus trinos, engañados por aquella luz, que ellos tomaban por la del dia.

Régia y extraña pompa se desplegaba en todos los aposentos de la casa; muebles de maderas exquisitas y desconocidas que exhalaban suavísimo perfume, llamaban por todas partes la atencion con sus formas caprichosas; ricos brocados europeos fantásticos, telas de seda bordadas en la China, y curiosos lienzos con delicadas labores tejidos por los indígenas, formaban la tapicería, y el oro y la plata y la porcelana del Japon se mezclaban en las vajillas.

Aquel era el sarao mas espléndido de que se hacia mencion en México, y se tenia por cosa segura que el virey marqués de Mancera, y su esposa Doña Leonor, asistirian á él.

La invitacion se habia hecho en nombre de la señora Doña Marina de Alvarado, hija del cacique D. Hernando de Alvarado, convertido á la fé católica, y uno de los mas ricos señores de Tehuantepec.

Doña Marina para invitar al virey, hizo presentar en palacio todos los documentos que acreditaban su nobleza y descendencia del rico señor de Tehuantepec. El virey, examinados que fueron aquellos títulos, no tuvo inconveniente en aceptar, y prometió asistir en compañía de su esposa.

Aun no comenzaban á llegar los convidados; los mayordomos, los lacayos, los reposteros y los esclavos entraban y salian con grande agitacion por los salones, afanados con los últimos preparativos.

Doña Marina y el Indiano conversaban en uno de los aposentos.

Doña Marina vestia un trage blanco sin adornos, pero tan fino, tan flotante, por decirlo así, que parecia envuelta en una nube; ceñia su cintura una faja de seda roja sembrada de brillantes; en sus brazos, descubiertos hasta el hombro, y

en su cuello y en su cabeza, llevaba tambien pulseras, collar y diadema rojos con estrellas de brillantes.

Aquella mujer así, parecia una de esas encantadoras de los cuentos árabes.

El Indiano llevaba los colores de Doña Marina; era su trage blanco de seda con acuchillados rojos, y por únicas piedras, diamantes; nada de oro ni de otro metal; habia hecho un estudio para llevar los mismos colores y con el mismo adorno que la dama.

Señor—decia Doña Marina—no sé qué pretendes ni cuáles serán tus pensamientos; pero te obedezco y te sigo como las nubecillas siguen el camino del viento.

—Nada temas, Marina; pronto verás el resultado de todo.

—¿Temer yo cuando se trata de obedecerte? No; tú eres mi vida y mi voluntad; tú mandas, señor: ¿pues qué es amar? Así te amo, que tu alma es la mia: ¿puede querer tu alma lo que tu alma no quiere? ¿Estás contento?

—Siempre lo estoy cuando tú lo estás, luz de mi alma. ¿Sabes si recibió la carta Don Enrique?

—Sí la recibió. ¡Oh! tú no sabes, señor, lo que yo siento cuando pienso que un hombre que no eres tú, cree que puedo amarle, que puedo pensar en él; esta idea me destroza el corazon.

—Amor mio, ¿oyes esos pájaros que cantan con la luz de las bujías? Piensan que es el sol, Marina, y ese engaño puede ofender al sol, puede causarle celos. Deja que ese hombre crea que la luz de una hoguera es el resplandor del dia; nuestro amor y nuestra dicha son tan puros y tan firmes, que ninguna tempestad puede turbarla.

—¡Oh, señor! así, así quiero que me hables siempre, y que me mandes cuanto quieras. ¿Qué haré si viene ese hombre?

—Procura no mirarle mucho, pero tambien preséntale una oportunidad para que llegue hasta tí y te hable; alienta su audacia con tu silencio: lo demás corre de mi cuenta. Pero si llego y te pregunto lo que él te ha dicho, refiéremelo en alta voz, delante de todos y manifestando extrañeza: dí cuanto él te haya dicho; ¿me entiendes, vida mia?

—¡Oh! mi alma te comprende siempre.

En estos momentos comenzaban á llegar los convidados. Damas y caballeros invadian los salones, y las músicas preludiaban ya dulcemente algunas piezas; solo se esperaba al virey y á su esposa para comenzar el sarao.

Habia hombres apostados desde la puerta del palacio para que á todo escape llegaran á anunciar la llegada de sus excelencias, y todo el mundo aguardaba aquel momento con impaciencia.

Por fin, llegó el anuncio deseado: los concurrentes todos se pusieron en agitacion, y Doña Marina, apoyada en el brazo del Indiano, descendió á esperar á los vireyes hasta el pié de la escalera.

Desde la puerta de la calle hasta donde esperaban el Indiano y la jóven, habia tendidos en dos alas, lacayos españoles vestidos con elegancia á la europea, y alternando con indígenas, que llevaban los vistosos trages de plumas que usaban en los tiempos de Moctezuma. Los lacayos tenian en sus manos gruesos y blancos cirios encendidos, y los indígenas alumbraban con hachones de resinas aromáticas, cuyo humo era un delicado perfume.

Dos niñas vestidas con los antiguos trages aztecas, y dos niños con los trages españoles de la época, caminaban delante del virey y de su esposa en cuanto penetraron en la casa, regando á su paso hojas de rosa y de amapolas. Las

músicas sonaban por todas partes, y de las azoteas de la casa se lanzaban millares de cohetes.

El virey estaba encantado, lo mismo que su esposa Doña Leonor, con aquel esplendor y aquellas muestras de regocijo.

La vireina se apresuró á encontrar á Doña Marina y la estrechó entre sus brazos, y el virey tendió su mano primero á Don Diego y despues á la jóven.

—Señora—le dijo Doña Marina—mi corazon quisiera haberte recibido como mereces, por tí y por la grandeza que representas en esta tierra, porque eres aquí la persona de nuestro monarca; perdóname, señor, si no hago para que encuentres agradable mi casa, mas que esto, que no es todavía digno de tí.

El marqués de Mancera, acostumbrado al lenguaje de las cortes europeas, se hallaba embarazado para contestar aquella locucion, que le parecia de los tiempos de los patriarcas; la vireina sentia la misma extrañeza; pero el marqués, hombre de agudo ingenio, comprendió que debia contestar en los mismos términos.

—Niña—le dijo—el monarca mira tus intenciones y agradece la voluntad; tu casa es magnífica, y tal fiesta es digna de un monarca.

—Señora—dijo Marina dirigiéndose á la vireina—este que ves aquí—y señaló á Don Diego—va á ser mi marido ante Dios, porque somos cristianos él y yo; y concédeme, señora, la gracia de rogar á tu noble esposo que él y tú sean los padrinos en este matrimonio.

Aquella peticion, hecha con tanta franqueza y tanta sencillez, agradó á Doña Leonor, que buscó en los ojos del marqués la respuesta afirmativa.

—Niña—contestó el virey—mi esposa y yo seremos los

padrinos de tu boda, y en recuerdo de esto te declaro, que S. M. el rey nuestro señor (Q. D. G.) me ha concedido autorizacion para hacer en su nombre dos visitas á las personas que en este reino juzgue yo dignas de tan alta merced, y declaro que una de dichas visitas es la presente, que recibirás como si la misma majestad del rey de las Españas hubiera con su sagrada persona entrado en esta casa.

—¡Viva S. M.!—gritaron los que habian escuchado aquello, y este grito se repitió por todos los aposentos y por la calle.

El virey ofreció su mano á Doña Marina para subir la escalera, y el Indiano la suya á Doña Leonor, y en esta forma estas dos parejas *rompieron el baile,* como se decia en aquellos tiempos.

Una hora habia trascurrido despues de aquellas escenas, cuando se anunció al señor D. Enrique Ruiz de Mendilueta.

D. Enrique penetró en el salon en que se encontraban los vireyes, y los saludó con gran cortesanía.

—¿Este es el jóven de que me hablaste?—preguntó Doña Leonor á su marido.

—Este, y en verdad que es una lástima; tan gallardo y de tan buena figura!—contestó el virey.

—Quizá lo hayan calumniado.

—Ojalá: á primera vista me ha simpatizado, y por mi fe que me alegro de no haber dictado hoy la providencia que pedian las madres: esta noche procuraré observarle.

—Tal vez no sea tan malo como lo pintan.

Si Don Enrique no hubiera estado tan preocupado buscando con la vista á Doña Marina, quizá hubiera podido notar que el virey y su esposa hablaban en voz baja y le miraban; pero nada advirtió.

Durante largo tiempo D. Enrique no despegó sus ojos de Doña Marina, la cual apenas parecia notarlo, rodeada de damas y de galanes, á quienes encantaba el lenguaje pintoresco y sencillo de la jóven.

Hubo un momento en que levantándose todos á bailar, dejaron sola á Doña Marina. Don Enrique pensó que habia llegado el momento de hablarla, quiso aprovecharle y se sentó á su lado.

—¿Estás contento, señor?—preguntóle la jóven.

Don Enrique, que no estaba acostumbrado á aquella manera de hablar, y que ignoraba que así hablaba Doña Marina á todo el mundo, por ser la costumbre de su país, tomó aquello por un supremo acto de confianza, y animado por él, contestó:

—¿Cómo no estar contento á tu lado, señora, cuando mi único anhelo era este momento, para hablarte y escuchar tu voz, para decirte, señora, que te amo?

En aquellos instantes Don Diego entró como casualmente en el salon con un grupo de damas y caballeros; Don Enrique, preocupado, no lo advirtió.

—¿Me amas, y apenas me conoces?—dijo Doña Marina.

—A tí, señora, basta conocerte para amarte, y creo que tú me amarás tambien; ¿es verdad que serás mia?

—Tuya! ¿y cómo?

—Amándome como te amo yo, viviendo conmigo y á mi lado, viviendo solo por mí y para mí.

—¿Pero por qué crees que puedo hacer eso?

—Lo creo, señora, por tus dos cartas; lo creo por el boton de rosa que dejaste caer para mí el dia de San Hipólito.

—¿Yo?

—Sí, tú; no me lo niegues, porque yo te amo ya.

En este instante el Indiano se acercó á ellos; Doña Ma-

rina se levantó como espantada, y Don Enrique miró cerca de sí á su enemigo.

—¡Caballero!—dijo el Indiano en voz alta para que todos pudieran oirle—¿qué deciais á esta dama?

—¿A vos qué os atañe?—contestó Don Enrique con altivez.

—Doña Marina, ¿qué te decia ese hombre?

—Me hablaba de cosas de que yo no tenia noticia—contestó inocentemente la jóven;—me decia que me amaba, que yo le amaba, que habia recibido cartas mias, y que yo debia ser suya, por el boton de rosa que dejé caer para tí el dia de San Hipólito, y que él, que venia á tu lado, se apresuró á recoger.

Una sospecha terrible cruzó por el alma de Don Enrique; ¿habria sido víctima de alguna intriga?

La música habia cesado, el baile se habia suspendido, y de todos los salones venia la gente, atraida por el interés de aquella escena.

—¿Lo oís, caballero?—dijo el Indiano;—habeis venido á galantear á esta dama abusando de que os ha abierto las puertas de su casa; y esta dama, caballero, es mi futura esposa, en cuyo matrimonio el señor virey acaba de concederme la honra inmensa de ser mi padrino.

Don Enrique estaba como anonadado; un rayo caido á sus piés no le hubiera hecho un efecto tan terrible: conocia que en todo aquello se ocultaba una trama infame, pero no podia ver con claridad en aquella espantosa situacion.

—Creo, por consecuencia, caballero—continuó el Indiano—que me concedereis que estoy en mi perfecto derecho para suplicaros que os retireis de una casa en donde habeis cometido tan grave falta.

—¡Oh!—exclamó Don Enrique, pálido y con la frente

inundada de sudor—es preciso, caballero, que me expliqueis.......

—Es preciso que os retireis, Don Enrique Ruiz de Mendilueta—dijo una voz serena detrás de Don Enrique.

Volvió éste la cara, y se encontró con la adusta fisonomía del marqués de Mancera.

—Obedezco á S. E.—dijo Don Enrique—y mañana arreglaremos esto, señor Don Diego.

—Como gusteis.

Don Enrique atravesó en medio de la asombrada concurrencia.

—¿Lo has visto?—dijo el virey á su esposa.

—No tiene mas remedio—contestó Doña Leonor.

Y restablecida la calma, continuó el sarao tan alegre como si nada hubiera pasado.

XII.

La voluntad de un virey.

El escándalo provocado por Don Enrique tan inocentemente, no interrumpió, sino por muy poco tiempo la alegría del sarao; los amigos mas íntimos del jóven dejaron para el siguiente dia la explicacion de aquel misterio y la solucion de aquel lance, y se entregaron por aquella noche al placer de la danza, dando treguas á su indignacion, á su dolor y á sus amistosos sentimientos.

El virey quedó profundamente preocupado; habia ya formado su resolucion, y nada hubiera ya podido entonces hacerle retroceder. Meditaba el modo de llevarla á cabo, huyendo por su parte el escándalo, y procurando que cuando llegase á noticia del público estuviera ya ejecutada la providencia, para evitarse los necesarios compromisos que le traerian las súplicas y los llantos de la familia.

La vireina Doña Leonor conocia á fondo el carácter de su marido, y comprendió, por el obstinado fruncimiento de

su entrecejo, que habia tomado en aquel negocio una resolucion firme, y por esto cuidó mucho de no hablarle sobre ello absolutamente nada.

Llegó la hora de retirarse; el virey y su esposa se levantaron, repitiendo su promesa al Indiano y á Doña Marina, que los acompañaron hasta la puerta de la calle, atravesando en medio de las dos filas de lacayos que alumbraban. Montaron los vireyes en su carroza, partieron los caballos, y toda la concurrencia del sarao comenzó á retirarse.

La claridad de la mañana comenzaba á esparcirse por las calles de la ciudad, y las golondrinas cantaban alegres sobre los techos de las casas, y Don Diego y Doña Marina habian quedado solos en aquellos salones, poco tiempo antes tan concurridos.

—Señor—dijo Doña Marina—¿te he obedecido? ¿estás contento?

—Sí, Marina.

—Ahora yo soy la que deseo pedirte una gracia.

—Habla, hermosa mia, tus deseos son órdenes de mí: dime qué quieres; mi alma se inclina ante tu voluntad, como ante el soplo de los vientos las hojas del palmero.

—Señor, ¿quieres decirle á tu Marina qué piensas hacer ahora con ese hombre? ¿á qué fin ha sido todo esto?

—Doña Marina—respondió con imperturbable calma el Indiano—ahora voy á matar á ese hombre de una estocada.

—¡Pobre de él! porque cuando tú dices «ese hombre morirá,» es seguro que ese hombre muere: hasta hoy nadie puede vanagloriarse de haber desviado de su pecho una sola de tus estocadas; pero no te enojes, alma de mi alma, si yo te pregunto: ¿con qué objeto has hecho en esta noche tales cosas?

—Marina mia, tú no conoces á esta sociedad: si yo hubiera matado á ese hombre antes de ponerle en la horrible situacion en que le puse delante de todos, le hubieran compadecido; si él me hubiera muerto á mí, le hubieran ensalsado: ahora, por el contrario, escarnecido, despreciado, reportando la fea nota de mal caballero, y teniendo de mi parte la justicia y la opinion, si yo le mato, «razon tuvo,» dirán todos, y si él me mata á mí, no gozará de gloria en su triunfo, mi venganza saldrá de mi misma tumba, y todos huirán de él como de un infame.

—¡Dios mio! ¿y crees que será capaz de matarte?

—Tal vez; yo tengo confianza en mi brazo; pero quizá haya llegado mi hora fatal: solo Dios conoce el arcano del porvenir.

—Ahora comienzo á arrepentirme de lo que te he ayudado á hacer con ese hombre.

—No te arrepientas, Marina mia, porque ese duelo de todas maneras se habria efectuado, y tú no has hecho sino justificarme ante el mundo si le mato, ó ayudar á su castigo si muero.

Marina inclinó el rostro, y dos lágrimas rodaron por sus mejillas y fueron á confundirse con los brillantes de su riquísimo collar.

—Marina—exclamó Don Diego besando la frente de la jóven—las mujeres de tu raza no lloran, para no acobardar á un hombre cuando van á entrar en combate. ¿El aire de México hizo ya débil tu corazon?

—Ante la idea sola de perderte, mi corazon gime y se entristece. ¿Dónde encontraré fortaleza si tú me faltas?

—Tu amor será mi defensa: adios.

La jóven volvió á llorar; pero el Indiano depositó en cada uno de aquellos dos hermosos ojos un beso apasionado, y

tomando su sombrero y su capa, salió precipitadamente de la casa.

....

....

Don Enrique salió del sarao como un loco; la vergüenza, la cólera, el despecho, se agitaban en su corazon; comprendia que habia sido víctima de una intriga, preparada sin duda por el Indiano, y el deseo de venganza hacia hervir su corazon.

Vagaba por las sombrías y desiertas calles de la ciudad, con el sombrero en la mano y esperando calmar el fuego que devoraba su cerebro con el frio viento de la noche; anhelaba encontrar á álguien con quien trabar una pendencia, para morir ó saciar la sed de sangre que le inflamaba; pero todas las calles estaban desiertas, y anduvo, y anduvo toda la noche, y la luz de la mañana le sorprendió fuera ya de las últimas casas de la ciudad.

Entonces, rendido de cansancio, abrasado por la fiebre, volvió á su casa y se metió en la cama. Habia formado tambien su resolucion: matar al Indiano ó morir; vengarse ó perecer en la demanda.

Cerró los ojos y quedó como privado en su lecho.

En todo aquel dia no pudo ni levantar siquiera la cabeza, ni abrir los ojos; sentia un dolor espantoso en el cráneo, una sed insaciable, una postracion y un cansancio como jamás habia sentido.

Sus ideas en desórden le llevaban unas veces al sarao, otras á la cabalgata del dia de San Hipólito, otras á las rejas de la casa de Doña Ana, y todos los personajes que habian tenido intervencion en estas escenas pasaban ante sus ojos en confuso tropel; y sin embargo, en todos sus semblantes notaba una sonrisa de desprecio.

Don Enrique vivia en la misma casa que su padre, el viejo conde de Torre-Leal; pero Don Enrique tenia allí su habitacion independiente, con puerta para la calle, con el objeto de que á cualquiera hora del dia ó de la noche, pudiera salir á caballo ó en su carruaje, sin turbar ni inquietar al resto de la familia.

Don Enrique al caer la tarde deliraba; pero se opuso formalmente á que le dieran aviso de su enfermedad á su padre, por no disgustarle, y esperó encontrarse mas aliviado al siguiente dia.

Eran las doce de la noche; la ciudad estaba en el mayor silencio, cuando se abrió una de las grandes puertas del palacio y salió por ella un coche de camino tirado por seis mulas y escoltado por varios hombres de á caballo, entre los cuales, á la luz de las hachas que tenian algunos lacayos, pudo distinguirse á un oficial de alabarderos.

El coche salió á la plaza y tomó la direccion de las calles de Ixtapalapa.

El oficial de alabarderos iba por delante y se detuvo frente á la casa de Don Enrique. Iba sin duda muy bien instruido, porque se dirigió no á la entrada principal de la casa del conde de Torre-Leal, sino ante la particular de la habitacion de Don Enrique, y llamó. El coche se habia detenido tambien, y cuatro hombres echaron pié á tierra y se acercaron al oficial, que se habia tambien apeado de su caballo.

Despiertos los criados por la enfermedad de su señor, se hicieron esperar muy poco para abrir.

—¿Quién va?—preguntó uno por dentro.

—Oficial de los reales ejércitos de S. M., con recado de S. E. el señor virey para Don Enrique Ruiz de Mendilueta: abrid.

El portero, espantado con aquella relacion, abrió inmediatamente.

El oficial, seguido de los hombres que le acompañaban, penetró á la casa.

—Alumbra y guia—dijo á un lacayo:—¿dónde está tu señor?

—En la cama enfermo—contestó el lacayo.

—Pues guíame allá y anúnciale mi llegada.

Hablaba aquel hombre con tal imperio, que el lacayo no se atrevia ni á replicar, y tomando un candil, lo condujo hasta cerca de la pieza en que se hallaba Don Enrique.

—Espéreme su señoría, que voy á anunciarle—dijo.

—No tardes.

Don Enrique dormitaba.

—Señor—dijo el lacayo.

—¿Qué hay?—contestó el jóven abriendo con dificultad los ojos.

—Un oficial desea ver á usía, de parte del señor virey.

—Dile que estoy enfermo.

—Se le ha dicho é insiste.

Don Enrique hizo un gesto de profundo disgusto y contestó:

—Que pase.

El lacayo salió y volvió á entrar á poco seguido del oficial, que examinaba curiosamente la habitacion á la escasa y vacilante luz de una lamparilla que servia de veladora al enfermo.

—¿Don Enrique Ruiz de Mendilueta?—dijo.

—Yo soy—contestó el jóven.

—Traigo órden expresa de S. E. el señor virey para que me sigais.

—Es imposible, estoy enfermo.

—Es la voluntad de S. E., y traigo esa órden y debo cumplirla sin excusa.

—Pero S. E. no sabrá que estoy enfermo.

—Todo está previsto, y esa es la voluntad de S. E.

—Pero esto es horrible; no iré.

—Me poneis en duro compromiso, porque esa es la voluntad del virey, y tengo órden de ejecutarla, de grado vuestro ó por fuerza.

— Pues usad de la fuerza—exclamó furioso Don Enrique.

—Tened prudencia; traigo gente en mi compañía, y no creo que querais comprometer la casa de vuestro anciano padre haciendo armas contra el rey y la justicia.

Los lacayos estaban espantados. Don Enrique habia tomado ya la espada y saltado del lecho; pero despues reflexionó, y dijo con resignacion:

—Os seguiré; permitid que me vista.

—Dueño sois de ello.

—¿Avisaré al señor conde?—dijo uno de los criados.

—No—replicó Don Enrique—no quiero que tenga ese disgusto.

—Y tanto mas—agregó el oficial—cuanto que no tengo órden para permitirlo.

Don Enrique calló y se vistió apresuradamente.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Pues seguidme.

Bajaron las escaleras alumbrados por los lacayos, salieron á la calle, y uno de los hombres que allí esperaban abrió la portezuela del coche.

—Pasad—dijo el oficial á Don Enrique.

—¿Adónde me llevais?—preguntó el jóven.

—No hay órden para decíroslo.

—Pero......

—Es la voluntad de S. E.

Don Enrique entró al coche y tomó asiento; el oficial entró tambien y se colocó á su lado.

La portezuela se cerró, y las mulas arrastrando al carruaje echaron á caminar.

Los criados lloraban en la puerta de la casa mirando partir á su amo.

Don Enrique se recostó en uno de los ángulos del carruaje y comenzó á delirar: creia estar soñando.

El oficial escuchaba aquel delirio en profundo silencio.

Así salieron de la ciudad por el lado de Ixtapalapa.

XIII.

El Jején.

En la misma noche en que pasaban los acontecimientos que acabamos de referir, en una especie de fonda triste, inmunda y mal alumbrada, que habia en uno de los callejones que desembocaban á la plaza de los Estudiantes ó de la Universidad, cerca de las once, cenaban alegremente cuatro hombres.

Rodeados estaban de una vieja y angosta mesa que á cada momento vacilaba; en medio de ella ardia un velon de amarillento sebo, colocado en un sucio y roto candelero de barro, y cada uno de los comensales tenia delante de sí un gran plato de tortillas enchiladas, y bebia á su turno de un inmenso jarro de pulque que estaba en constante circulacion de una á otra mano.

Aquellos cuatro hombres vestian pobremente viejas y usadas ropillas de bayeta oscura casi todos, y solo uno, que

parecia ser el jefe, la llevaba de terciopelo, pero tan raida, que podia asegurarse que despues de dos ó tres dueños habia venido á poder del último poseedor, y prestado sus servicios por largos años y en rudas campañas, porque apenas él hubiera podido decir cuál habia sido el color primitivo.

El que llevaba esta ropilla era un mozo de pequeña estatura, enjuto de carnes, escasa barba, negra como el ébano, pero con unos ojos tan brillantes y tan vivos, que llamaban la atencion.

La conversacion se animaba, y el pulque hacia á cada momento mas comunicativos á aquellos hombres.

—¿Conque es decir que por ahora vosotros no contais ni con dinero ni con esperanzas de tenerlo?—dijo el de la ropilla de terciopelo.

—Así es la mano, Lúcas—contestó uno de los otros, llevando el cántaro á la boca.

—Siempre os ha de suceder lo mismo—dijo el de la ropilla, á quien los otros llamaban Lúcas.

—¿Por qué?

—Porque en verdad, sois flojos y os falta audacia.

—Lo que nos falta es una empresa buena.......

—Bah! si quisiérais exponer algo, empresas sobran.

—No las veo.

—Sobran.

—Pero ¿adónde?

—Yo sé de varias, y á mí nunca me falta el dinero.

—Ya; pero no todos somos como Lúcas el Jején, hijos de la buena suerte.

—Porque yo trabajo, me ingenio.

—Pues ayúdanos.

—Vosotros sois los que debeis ayudarme, que negocios tengo para los que necesito compañeros......

—Aquí estamos.

—¿Sereis capaces?

—Sí, sí.

—Pues escuchadme; acercaos.

Aquellos hombres reunieron casi sus cabezas para oir mejor, y el Jején tomó la palabra.

—Hay en la ciudad un caballero que me ofrece una buena ganancia, con ciertas condiciones; la empresa es arriesgada, pero la creo segura, sobre todo contando con vosotros que sois hombres de valor.

—Veamos, veamos—dijeron todos, y el grupo de las cabezas se hizo mas compacto.

—Se trata de atacar una partida de las tropas del rey.....

—¡Hum!—dijo uno.

—Eso es grave......—agregó otro.

—Negocio cuando menos de garrote—añadió el tercero.

—En efecto—continuó el Jején—es cosa que puede costar el pescuezo; pero si teneis miedo, nada se ha perdido, tan amigos como antes; lo haré con otros.

—No, no; ¿quién habla de miedo? yo no lo conozco.

—Ni yo.

—Ni yo.

—En tal caso, adelante: ¿cuento con vosotros?

—Sí—dijeron todos.

—Es el caso que......

Iba á continuar el Jején, cuando un muchacho que servia en la fonda se acercó á él y le dijo:

—Busca un señor á su merced.

—¿En dónde está?

—En la calle espera; me dijo nada mas que era el de marras.

—Dile que voy en el instante—y luego agregó, dirigiéndose á sus compañeros:—vuelvo, no tardaré mucho.

Tomó su sombrero y salió.

—¿Qué empresa será esta del Jején?—dijo uno de los tres cuando Lúcas se retiró.

—Ha de ser difícil, cuando él no la emprende solo.

—Yo lo sigo sea cual fuere; el Jején es muy hábil.

—Yo tambien le acompaño, salga lo que saliere.

Y los tres siguieron bebiendo pulque mientras volvia el Jején.

Habia éste salido á la calle y encontrádose allí con el personaje que lo esperaba, que era una especie de fantasma envuelto en una larga capa negra, cuyo embozo le subia hasta los ojos, cubierto con un gran sombrero negro, de anchas alas y calado hasta las cejas.

—Lúcas—dijo aquel hombre.

—¿Sois vos, Don Justo?—preguntó el Jején.

—Silencio, y no me nombres aquí; ¿están listos los compañeros?

—Dentro de media hora.

—¿Son seguros?

—No los llevaria si no lo fuesen.

—Bien; dentro de una hora te espero en el puente de la Audiencia: cuida de no faltar y de llevarlos.

—Sí, señor.

—Toma.—El hombre sacó la mano por debajo de la capa y entregó al Jején una bolsa llena de dinero.

—Gracias.

—No faltes.

El embozado se alejó, y Lúcas volvió á entrar á la fonda y se sentó á la mesa.

—Pues como decia yo, es preciso atacar á unos soldados del rey que llevan un prisionero.

—¿Y libertar al prisionero?

—No; menor es el riesgo: atacar á los soldados, hacerlos huir y despachar al prisionero.

El Jején acompañó estas últimas palabras con un sublime movimiento, que consistió en pasar su mano cerrada y figurando que tenia un cuchillo, al derredor de su cuello.

—¿Y luego?—preguntó uno de aquellos hombres.

—Luego, á nuestras casas: ¿os parece dificil?

—No; ¿pero cuántos soldados serán?

—Cuando mas seis, y los tomamos de sorpresa.

—Estoy conforme.

—Y yo.

—Y yo.

En este momento sonaron las ocho, y los cuatro se pusieron de pié, se santiguaron, y murmuraron devotamente una oracion por las Animas del Purgatorio, adonde estaban tratando de enviar un refuerzo.

—¿Y eso cuándo será?—preguntó uno de ellos cuando acabó de rezar la plegaria.

—Esta misma noche; de manera que para mañana ya despachamos y estamos ricos—contestó el Jején.

—¿Cuánto dan?

—Me pasan doscientos pesos para cada uno de vosotros.

—¿Vamos á pié?

—No, el patron me dará caballos; vosotros no teneis que traer mas que vuestras armas.

—Bien; ¿y qué tales caballos serán?

—Buenos; los he reconocido yo, y sabeis que lo entiendo: además de los doscientos pesos, los caballos se os regalan.

—Soberbio!

—Conque id á traer vuestras armas; aquí os aguardo: á las nueve en punto saldremos de aquí.

—Vamos.

Y aquellos tres hombres salieron de la fonda y se dirigió cada uno por su lado; el Jején se volvió á sentar á la mesa, y gritó:

—Paulita, Paulita.

La fonda estaba enteramente sola, y cuando Lúcas gritó abrióse una puerta que habia en el fondo y salió una muchacha como de veinte años, morena, bonita, graciosa y vivaracha: vestia un zagalejo encarnado, no llevaba justillo ni armador, sino solo la camisa fina y blanquísima que dibujaba sus bellas formas. En su garganta torneada y mórbida lucia una sarta de gruesos corales, y la corta falda del zagalejo permitia mirar dos piés pequeños, sin medias y calzados con unos ajustados zapatos de seda.

—¿Qué quieres?—dijo aquella muchacha, acercándose con mucha zalamería al Jején.

—Ven acá, mi perla; estoy solo y necesito aguardar aquí á unos amigos: siéntate aquí á hacerme compañía; platicaremos mientras.

La muchacha se sentó al lado de Lúcas y atizó la luz.

—¿Y qué empresa traes entre manos esta noche?

—Una muy grande, que no pueden saber las mujeres, prenda mia—contestó el Jején tomándole cariñosamente la barba.

Paulita hizo un dengue como de disgusto, y apartó la cara.

—Vamos, ¿estás enojada conmigo, buena moza?

—Sí—contestó dengosamente Paulita.

—¿Y por qué, dime, preciosa?

—Porque ya tú no tienes confianza de mí.

—¿Cómo no he de tener, si sé que tú eres mujer de pecho, y mas seguro está un secreto contigo que con un hombre?

—Por eso no me cuentas lo que vas á hacer esta noche.

—Ya te lo contaré despues.

—Despues lo sabré sin que me digas nada; por eso quiero yo mas á Farfala, porque ese sí no tiene secretos para mí.

—Oye, Paulita, yo te diré cuanto quieras, pero por Dios que no vuelvas á mentar á ese mal nacido.

—Mal nacido ó no, pero él sí me quiere mas, y yo á él.

—Mira, mira, conozco que todo eso lo dices por verme enojado; pero mas vale que lo dejes en paz.

—¿Y tú te enojas?

—Y mucho.

—¿Celos?

—Puede ser.

—¿Es decir que me quieres mucho?

—Mas que á mi vida.

—Engañador!—dijo graciosamente Paulita, levantando el rostro del Jején con una mano, y plantó en su boca un sabroso beso, que él tuvo cuidado de pagar al recibirlo.

—Vamos, Paulita, eres muy zalamera, y á tí nada se te puede negar. Oye la historia de esta noche.

La muchacha se acomodó bien en su asiento para escuchar, apoyando el rostro sobre la mano izquierda, cuyo bra-

zo descansaba sobne la mesa, y jugando en su derecha con los rizados cabellos del Jején.

Paulita estaba seductora en aquella postura.

—¡Qué linda eres!—exclamó Lúcas.

—Vamos á la historia.

—Pues óyeme: se trata solamente de salir esta misma noche al camino de Cuernavaca, por donde deben ir seis hombres del rey con un prisionero, derrotar á esos seis hombres, quitarles el prisionero y matarlo allí mismo.

—¿Y despues?

—Nada mas.

—¿Y cuánto pagan?

—Para mí quinientos pesos como jefe, y doscientos para cada uno de los otros.

—¿Cuántos sois vosotros?

—Cuatro.

—Entonces ni peligro hay.

—Pero son seis.

—Sí, pero soldados; eso lo haria yo.

—Es verdad; el riesgo no es muy grande.

—Ya lo creo: ¿y cómo se llama el preso que debe morir?

—No lo sé.

—No mientas—dijo Paulita, tirándole suavemente de una oreja.

—Curiosa!

—Ya sabes que no me gusta quedarme en ayunas de nada: ¿cómo se llama el preso?

—¿Y serás capaz de salirte con la tuya?

—Es seguro: vamos, ¿cómo se llama?—insistió Paulita, tirándole entonces del bigote.

—Se llama...... ¿pero por qué lo quieres saber?

—Anda, dímelo, ó te hablo de Farfala.

—No, no me hables de él; te lo diré.

—Dímelo, retrechero.

—Se trata de Don Enrique Ruiz de Mendilueta.

—¡Jesus le ampare!—exclamó Paulita, poniéndose pálida y levantándose de su asiento;—¿Don Enrique, el hijo del conde de Torre-Leal?

—El mismo: ¿pero qué te pasa? ¿por qué te pones pálida? ¿por qué te espantas?

—No, Lúcas, no; tú no harás eso si me quieres bien.

—Pero Paulita, ¿qué tienes que ver con ese hombre? ¿será tu amante?

—Lúcas, ese hombre no es mi amante, pero le amo, le respeto como á mi padre mismo: yo no quiero, no quiero; tú no le matarás.

Y la muchacha apoyó su cabeza en el seno de Lúcas y comenzó á llorar.

—Paulita, jamás te he visto así: ¿qué misterio es este? Explícamelo, porque comienzo á pensar cosas horribles—dijo Lúcas.

—Aquí no hay misterio, aquí nada hay de malo que pueda excitar tus sospechas: Lúcas, esta historia es mi historia; si yo te la contara, amarias á Don Enrique como le amo yo, le respetarias como yo le respeto: Lúcas, estoy segura de que lloras si escuchas esa historia.

—Cuéntamela, cuéntamela, Paulita, y no te aflijas—contestó el Jején, acariciando la negra cabellera de la muchacha.

—Sí, Lúcas, te la contaré porque me quieres, ¿es verdad?

—Eres mi único cariño en la tierra, y cuando tenga dinero me meteré á buen vivir y me casaré contigo.

—Pues voy á contártela para que hagas cuanto puedas por Don Enrique, para que su persona sea sagrada para tí. Escúchame: ¿tardarán aún tus compañeros?

—Si no han de volver hasta las nueve.

—Pues óyeme con atencion.

El Jején se dispuso á escuchar, y Paulita, limpiándose sus grandes ojos negros con la vuelta de su delantal, comenzó su historia de esta manera.

XIV.

La historia de Paulita.

Mi padre era un honrado albañil que ganaba penosamente la vida; tenia dos hijas, yo, que era la mayor, y otra niña que contaba cuatro años menos.

Con muchísima pobreza, pero mi padre sostenia á su familia, y queria mucho á su mujer y sus dos hijitas. Jamás tomaba pulque ni se emborrachaba. Los domingos por las tardes no salia de casa, contándome cuentos ó jugando con mi hermanita.

Mi padre era el marido que envidiaban todas nuestras vecinas.

Siempre estaba formando proyectos para cuando yo creciera y para cuando Dios le abriera camino para remediar nuestras necesidades, que en verdad eran muchas.

Tenia yo siete años y tres mi hermanita, cuando un sábado en la noche mi padre vino mas alegre que lo de costumbre, y dijo á mi madre:

—Angela, mañana te llevo con tus niñas á las fiestas de Coyoacan.

—¿Cómo así?—preguntó mi madre:—hijita, ven acá, me dijo; tu padre nos lleva mañana á las fiestas de Coyoacan.

Yo no habia salido nunca de mi casa, ni sabia cómo eran las fiestas; mi madre llevaba mucho tiempo tambien de estar encerrada, y las dos nos pusimos tan contentas, tan contentas, que mi padre se enterneció, se le llenaron los ojos de lágrimas, y atrayendo nuestras dos cabezas con sus brazos, nos dió un beso á cada una, exclamando:

—¡Pobrecitas!

Yo no habia visto nunca llorar á mi padre, y me afecté mucho, y casi llorando le pregunté:

—¿Por qué lloras, padre?

—De gusto—me contestó sonriendo y con las lágrimas en los ojos—de gusto, Paulita, porque os veo tan contentas.

Mi madre lo acarició, diciéndole:

—¿Qué mas quieres, Pablo? Somos muy pobres, pero estamos contentos; no llores ni de gusto, porque me entristezco: voy á traerte á la otra niña para que te calmes completamente.

Mi madre se levantó y tomó á mi hermanita, que dormia en un rincon del cuarto, y se la llevó á mi padre, que la tomó en sus brazos, pudiendo apenas verla, porque el llanto nublaba aún sus ojos.

No te enfades, Lúcas, porque te refiero tantos pormenores de esa noche; pero están vivos en mi memoria aquellos recuerdos y aun me hacen llorar.

Paulita limpió sus ojos; Lúcas estaba á punto de llorar.

La muchacha continuó:

«Mi padre, haciéndose gracioso y queriendo dar á mi madre una sorpresa, sacó de su seno un pañuelo y lo desen-

volvió á su vista; habia allí algunas monedas de plata y una moneda de oro.

—¿De dónde?—preguntó mi madre con una sonrisa de alegría.

—Eso quisieras saber, picarona—contestó mi padre entregándole todo el dinero.

Yo no habia visto nunca una moneda de oro, y la tomé admirada entre mis manos.

—Bueno, esto es de tu jornal—dijo mi madre contando las monedas de plata;—¿pero esta?

—Esa me la envió Dios para vosotras, óyeme: despues de que salí de mi trabajo, me volvia para acá muy cansado, y comencé á encontrar gente que se iba para Coyoacan, en donde dicen que van á estar muy bonitas las fiestas del santo patrono, y pensaba yo entre mí—«qué lástima que esté yo tan pobre, porque no puedo llevar á pasear á mi pobre Angela y á mis hijitas, que nunca han visto nada;» y me entristecí.

—¡Qué buen Pablo!—dijo mi madre contemplándolo cariñosamente.

Yo me estreché contra mi padre, que tenia á mi hermanita en sus rodillas y la dejaba jugar con sus escapularios.

—Pues venia muy triste, cuando oigo que gritan: «atájenlo,» «atájenlo;» alzo la cara, y cerca ya de mí venia suelto un hermoso caballo muy bien enjaezado y muy lindo: casi no tuve mas que alargar el brazo y tomarlo por la brida; el maldito se resistia, pero yo firme, hasta que llegó su dueño, que era un señor muy principal, que metió mano á la bolsa de sus calzones, y me dió esta moneda: ¿qué tal? Dios me la mandó para que os deis un dia de gusto en Coyoacan y compres frutas y dulces para las niñas......

Estaba yo tan contenta, que no me hubiera cambiado por la viriena.

Desde aquel momento hasta que nos acostamos y nos dormimos, no se habló de otra cosa mas que del paseo del dia siguiente. Cansé á preguntas á mi padre y á mi madre, y le conté y le expliqué á mi hermanita lo que íbamos á hacer, causando con todo esto el placer que puedes figurarte á mis pobres padres, que estaban casi orgullosos de haber podido proporcionarme dia tan feliz.

Me dormí por fin, y soñé cosas tan bonitas como nunca he visto en la vida.

—Mañana, levantarse temprano—habia dicho mi padre.

Excusada recomendacion; mas de tres veces me desperté en la noche, preguntando:

—¿Ya me levanto? ¿ya me levanto?

—Aun es de noche, todavía no—contestaba mi madre, y volvia yo á dormirme.

En una de aquellas veces, mi padre preguntó:

—¿Qué dice Paulita?

—Que si ya se levanta.

—Pobrecita!—dijo mi padre riéndose, pero con cierta ternura—¡qué alborotada está!

Pero al fin me dormí tan profundamente, que mi madre hubo de despertarme.

Salimos de México á pié por supuesto, pero alegrísimos: yo reia, corria, llevaba de la mano á mi hermanita algunos ratos que caminaba por su pié. Mi padre iba encantado con mi alegría y con la satisfaccion que brillaba en el semblante de mi pobre madre.

¡Ay, Lúcas! qué bueno era mi padre.

Llegamos á Coyoacan; me compraron cuanto llamó mi

atencion en la plaza, frutas, dulces, juguetes, flores; aquel era para mí el dia mas feliz de mi vida.

Llegó el momento en que salia la procesion, y mi padre nos llevó al cementerio para que la viéramos mejor.

Comencé á espantarme, lo mismo que mi hermanita, porque los cohetes volaban en todas direcciones.

—Vámonos de aquí—dijo mi padre—no vayan á quemar á estas niñas.

—Vámonos—dijo mi madre; é íbamos ya á retirarnos, cuando una gran bomba despedida de una rueda que quemaban cerca de nosotros, vino á reventar junto á mí.

Las chispas me ofendieron y quise correr; pero casi al mismo tiempo oí que mi padre lanzó un grito; volví á mirarle; se habia cubierto el rostro con las manos, vacilaba queriendo caer, y entre sus dedos brotaba sangre.

Mi madre dió tambien un grito y se apresuró á prestarle ayuda, y le sentó en el suelo; toda la gente se agrupó en derredor nuestro.

—¿Qué te ha sucedido, Pablo? Pablo, respóndeme—decia angustiada mi madre.

—Le reventó la bomba en la cara—decian algunos.

—Un médico, un confesor—gritaban las mugeres, y de todas partes llegaba la gente corriendo para ver lo que habia sucedido.

Yo creia soñar; aquella mañana tan alegre, tan feliz, mi padre tan contento, tan satisfecho, y de repente mirarlo en tierra sin conocimiento, cubierto de sangre, y á mi madre angustiada, loca; tantas gentes, tantas caras pálidas y desconocidas, los gritos de «médico,» «confesor,» todo èra horrible, espantoso; me parece que lo estoy viendo.

Mi padre volvió en sí dando gemidos tan dolorosos, que me partian el corazon.

—Aquí está el médico—dijo un hombre abriéndose paso entre el concurso y arrodillándose junto á mi padre.

—Amigo, quitaos las manos del rostro.

Mi padre no obedecia, y seguia gimiendo.

—Señora—dijo el médico á mi madre—apartadle las manos para ver la herida.

El círculo de los curiosos se estrechó entonces tanto, que llegué á quedar casi sobre el cuerpo de mi padre.

Se le apartaron las manos del rostro; mi madre lanzó un grito, y los demás una exclamacion de espanto: yo no pude ni gritar.

Aquello no era rostro; era una masa horrible, confusa, de sangre y de carne.

El médico le examinó cuidadosamente, y luego con mucho aplomo, pero con muy poca lástima de él y de nosotras, que esperábamos temblando su resolucion, exclamó:

—La cosa no es de muerte, pero indudablemente se quedará ciego para siempre.

Sentí helarse mi corazon.

—Ciego!—exclamó mi padre, batiendo el aire con las manos—¡ciego para siempre! Dios mio, Dios mio, ¿y quién mantendrá á mi mujer y á mis hijitas, Dios mio?......

Era tan tierno, tan desgarrador el acento de mi padre, que creo que todo el mundo lloraba.

—Angela, Paulita—gemia el infeliz—¿adónde estais, adónde?

—Aquí á tu lado, Pablo, á tu lado—contestó mi madre llorando.

—¿Y mis hijitas?

—Aquí están; tiéntalas.

Mi padre nos buscaba con sus manos y nos acariciaba á las tres.

—Angela, Paulita, Lucía, ya no os veré nunca, nunca, hijitas mias: ¡ciego! ciego! En qué podré trabajar, con qué os mantendré?

—Cálmate, cálmate, Pablo; ¿te duele mucho?

—¡Oh! mucho, mucho; pero no es nada lo que padezco de la herida, comparado con lo que siente mi corazon: ¡ciego! ¡ciego! ¿qué será de vosotras? ¡Ay! nunca os volveré á ver......

La gente ya no lloraba, aullaba de dolor con aquella escena.

Afortunadamente llegó el señor cura; le hizo traer una escalera en donde acostaron á mi padre para conducirle al curato, y de allí á nuestra casa: aun tengo presentes las palabras de dulce consuelo que el señor cura dirigia á mi padre para calmarlo.

Una calentura terrible se apoderó de mi pobre padre; aquella noche la pasamos á su lado y llorando amargamente, en una de las piezas del curato. Mi padre deliraba; pero en su delirio su único pensamiento era su mujer y sus hijas; nos llamaba siempre, creyéndonos lejos, y estábamos á su lado.

Al dia siguiente muy temprano le hicimos conducir á México en una camilla.

¡Qué diferencia de aquel camino al del dia anterior!

¡Cuánto habia variado nuestra suerte! de la suma felicidad á la mas espantosa desgracia.

Paulita se inclinó sobre la mesa y lloró; el Jején quiso hacerse fuerte y volvió el rostro á otro lado, pero limpiaba con disimulo dos lágrimas que corrian por sus mejillas.

—Vamos, Paulita, gritaba, ¡qué cosas tan tristes cuentas esta noche!

—La verdad, Lúcas, la verdad; y ya verás, ya verás.

XV.

La historia de Paulita.

(CONCLUYE.)

Mi padre—continuó Paulita—estuvo enfermo tres meses; la miseria llegó á nuestra casa; los primeros dias muchas personas caritativas nos ayudaban. Pero ¡ay! Lúcas, la caridad, por desgracia, se cansa pronto, y la curacion de mi pobre padre era muy larga.

Sanó por fin, pero estaba completamente ciego: no tenia ojos.

Habiamos vendido cuanto teniamos, y no hubo mas remedio; el pobre ciego se decidió á salir á la calle á pedir limosna para mantenernos, y entretanto mi madre cosia para ayudarle.

Yo le servia de diestro; saliamos muy temprano y le llevaba yo á las puertas de las iglesias; á las doce volviamos á nuestra casa, comiamos cuando habia qué, y en la tarde

tornábamos á salir y regresábamos á las nueve, porque el toque de ánimas es muy á propósito para conmover á los cristianos. Mi padre consiguió aprender algunas relaciones, y así se pasaba la vida.

Tenia yo doce años, y la miseria habia hecho espantosos estragos en mi casa: mi madre estaba tan pálida y tan estenuada, que parecia una vieja; mi hermanita, que tenia ocho, tan enferma, que ya no se levantaba nunca de la cama; solo mi padre y yo teniamos fortaleza para trabajar, si es que era trabajo pedir limosna.

Por aquel tiempo, muchas noches, en una de las calles de nuestro tránsito, habia yo observado que un jóven hablaba con una dama que le esperaba en la reja de la ventana de una casa; pasábamos cerca algunas veces, y como no se cuidaban de nosotros, habia yo escuchado palabras tan dulces, que á pesar de mi corta edad, me impresionaban; otras veces el jóven llevaba allí músicos que tocaban piezas muy bonitas: entonces nos deteniamos á escuchar.

—¡Ah!—exclamaba mi padre—si yo tuviera la habilidad de tocar un instrumento, no pasariamos tantos trabajos.

Y yo pensaba:

—¡Ah! si yo fuera bonita y rica, por mí vendrian estos músicos, y mi padrecito estaria muy contento!

Porque yo era muy niña y pensaba que los padres tenian mucho gusto cuando les llevaban música á sus hijas.

—Vámonos—decia mi padre.

Nos retirábamos, y muy lejos aún, oiamos la música, y yo iba pensando:

—¡Qué felices serán los ricos!

Una noche cayó un aguacero terrible; las calles se anegaron, y con mil trabajos, en medio de la oscuridad, caminaba yo conduciendo á mi padre, empapadas completamente nues-

tras pobres ropas, y tropezando y resbalando á cada momento. Para colmo de desgracias, aquella tarde la limosna habia sido muy escasa, y unas tortas de pan que compramos con todo el producto de la tarde, se habian echado á perder con el agua. Ibamos, pues, con las manos yacías.

—Mi padre caminaba muy triste, y yo estaba á punto de llorar.

Como no podia verse el piso, tanto por la oscuridad de la noche como porque estaba cubierto de agua, no pudimos evitar un agujero que habia en la calle; mi padre metió en él un pié, vaciló y cayó, arrastrándome en su caida.

Yo me levanté violentamente para ayudarle; le tomé de las manos, hizo un esfuerzo y se enderezó un poco, y volvió á caer dando un quejido. Tenia quebrado un pié.

—¡Imposible!—exclamó—¡imposible, hijita! no puedo levantarme; me he quebrado un pié.

Me espanté mucho, pero procuré calmarlo.

—No, padre, puede que no; haga usted un esfuerzo.

—Hijita, no puedo; tiéntame el pié.

Me incliné y toqué el pié de mi padre, y esto solo me bastó para conocer que decia la verdad.

Entonces no me ocurrió otra cosa mas que ponerme á llorar, abrazarlo y cubrirlo de besos.

Me acarició y sintió mis lágrimas.

—Vamos, tontita—me dijo con una ternura inmensa—no llores, no te aflijas; si no me duele: ¿no ves que me estoy riendo?

Y procuraba reirse; yo no lo veia, pero lo adivinaba.

—Esto es cualquiera cosa, continuó; ya verás como me paro, y poco á poco nos vamos á nuestra casita; allí me curará tu madre, y muy pronto estoy tan bueno como antes.

Pobrecito! yo seguia llorando, y él me decia:

—No llores, no llores, mi alma; si yo hubiera sabido que ibas á llorar, no te digo nada: vaya, yo te creia mas valiente...... Vamos, ayúdame; ahora verás como me levanto.

Se apoyó en mí, y haciendo un esfuerzo, que solo su amor de padre podia darle, se puso en pié; pero quiso dar un paso, y ya no pudo sostenerse; dió un gemido y cayó otra vez.

—No puedo, no puedo—dijo con desesperacion:—¿y qué hacer? Tú no puedes ayudarme: ¿cómo vas á estar aquí hasta que amanezca? y luego con esta noche tan horrible.

Yo no hacia mas que llorar y acariciarlo.

—¿Sabes, hijita?—me dijo—vete á la casa; díle á tu madre que yo me quedé en la casa de unos señores muy caritativos; duerme esta noche, y mañana temprano que habrá ya gente que te ayude, nos vamos los dos: yo me arrimaré arrastrándome hasta la pared, y allí duermo tambien; si soy muy fuerte......

—¿Pues qué ha sucedido aquí?—dijo cerca de nosotros una voz que yo reconocí ser la del jóven enamorado, porque yo la tenia muy presente, y porque estábamos en la calle de la dama.

—Señor caballero—contestó mi padre—soy un pobre ciego que pasa por aquí todas las noches; estaba el piso muy malo, caí, y me he quebrado un pié y no puedo llegar á mi casa.

—¿Está muy lejos tu casa, niña?—me preguntó el jóven.

—No mucho, señor—le contesté.

El jóven reflexionó. Habia pasado la tormenta y la luna comenzaba á alumbrar.

Yo pude ver al jóven, que tenia una capa negra y venia muy ricamente vestido.

—Ponte en pié—le dijo á mi padre.

—¿Cómo, señor?—dijo mi padre—tengo un pié quebrado completamente.

—¿Pero puedes sostenerte sobre el que está bueno, aunque sea un momento?

—Probaré, señor caballero.

—Apóyate en mí—dijo el jóven, tomando de los brazos á mi padre.

Mi padre se puso en pié, sin tocar el suelo con el que tenia roto.

—Permanece así un momento—dijo el jóven, y quitándose la capa y el sombrero, me los entregó, diciéndome:—lleva eso; pero no los vayas á mojar.

Tomé la capa y el sombrero, sin comprender al pronto lo que él iba á hacer, cuando lo ví acercarse á mi padre y ponerse de espaldas delante de él.

—Cruza tus brazos sobre mi cuello—le dijo.

Mi padre obedeció, él le tomó de las piernas y le levantó, llevándole á la espalda como un fardo.

—Vamos, niña, guía—dijo.

Obedecí sin vacilar, espantada de lo que estaba pasando.

Así caminamos sin hablar una palabra, y llegamos á mi casa.

Mi madre lloró sin consuelo al ver á mi padre en aquel estado; el jóven nos ayudó á ponerlo en su cama, y entonces noté que su rico trage se habia manchado de lodo por todas partes.

—Señor—le dijo mi madre—¡qué haré para mostraros mi gratitud! somos miserables, pero nuestro corazon os pertenece, señor, y allá arriba está el único que tiene suficiente poder para premiar accion semejante.

—Señora, dejemos eso—dijo el jóven;—me voy porque tengo un negocio; pero mañana al medio dia vendré á ver

al enfermo: llamen un médico temprano que lo cure; tiene ya fiebre ese hombre: si me necesitan, temprano mandad á buscarme á la calle de Ixtapalapa; me llamo Enrique Ruiz de Mendilueta.......

—¡Don Enrique!—exclamó el Jején, que habia escuchado sin pestañear la historia de Paulita.

—El mismo.

—Voto á tal! pues no sabia yo que fuera tan bueno con los pobres.

—Pues aun hay mas—continuó la muchacha.

—Salióse de mi casa Don Enrique, y al componer á mi padre la cama, encontramos debajo del petate que le servia de lecho, algunas monedas de oro que nos habia dejado allí con disimulo.

Al dia siguiente volvió, y nos visitaba cada cinco, cada ocho dias, mientras que mi padre estuvo enfermo.

Desde la noche que condujo á mi padre á nuestra casa, Don Enrique tomó á mi familia bajo su proteccion y nada nos faltaba, pero ya no era tiempo; mi madre y mi hermana murieron poco tiempo despues, y mi padre y yo, contando con tan buen protector, nos mudamos á esta misma casa.

Hace dos años tenia yo ya diez y seis, Don Enrique contaba diez mas que yo, y ni nos habia abandonado ni nos dejaba de visitar con alguna frecuencia.

Yo sentia que cuando él llegaba se apoderaba de mí una alegría extraña, que estaba triste cuando no le veia, que lo soñaba muchas noches; en fin, comprendí que me habia enamorado de él, aunque él jamás me habia dicho nada.

Debí sin duda, por la pasion que me causaba y por mi inexperiencia, de dárselo á conocer, y un dia me llamó á solas y me dijo:

—Oyeme, Paulita, quiero que me hables la verdad.

—Sí, señor—le contesté, encendida de rubor.

—Pero sin engañarme para nada.

—No, señor.

—Paulita, ¿tú estás enamorada de mí?

Era lo menos que yo me esperaba semejante pregunta, y creí que iba á caer privada del susto que me causó.

—Vamos, Paulita, dime.

—Sí, señor—le contesté;—mucho, muchísimo.

—Paulita—me dijo con dulzura—óyeme: yo tengo en eso la culpa por imprudente; debí conocer que este resultado tendrian mis visitas; pero aun es tiempo de remediar el mal: tú eres bonita, me agradas mucho, y me enamoraria yo de tí con tanta mas facilidad, cuanto que soy bien enamorado; pero no conseguiria yo mas que perderte, porque tú ves que no puedo casarme contigo: separémonos; con otra mujer quizá no tendria yo estos escrúpulos, pero tú eres otra cosa; yo no te abandonaré, pero no me verás mas; así conviene por tí, por mí y por ese pobre ciego, á quien le haria yo pagar con su honra mis pocos favores.

No tuve qué contestar; Don Enrique salió y yo lloré muchos dias: conté aquella escena á mi padre, que lo bendijo y me consoló.

Un año despues murió mi padre, y puse yo esta fondita para mantenerme de mi trabajo, y con ella, gracias á Dios, vivo sin pobreza y feliz, sin haber hasta hoy sucumbido á la seduccion de ninguno de vosotros los que me enamorais, y á quienes acaricio y trato bien, pero no mas, Jején, no mas.

—¿Y nunca has vuelto á ver á Don Enrique?

—Jamás! supo la muerte de mi padre y me envió dinero y buenos consejos.

—¡Qué cosa!

—¿Tengo razon en quererlo y respetarlo como á mí padre?

—¡Voto va! y mucho; y desde hoy te quiero mas yo á tí y á él.

—¿Le salvarás?

—¡Te lo juro! primero me matan!......

En este momento los compañeros del Jején entraron á la fonda.

XV.

Las consecuencias de la historia de Paulita.

Es la hora? preguntó el Jején á uno de los que entraban.

—Sí—contestó el otro.

—Vamos, pues.

—Vamos—contestaron los otros.

El Jején se levantó, tomó su sombrero y dijo á los demás: esperadme afuera un momento.

Los hombres salieron.

—Paulita—le dijo entonces Lúcas, tomando cariñosamente la mano de la jóven—voy á hacer por ese hombre lo que podria en igual caso hacer por un hermano mio.

—¿Qué cosa?—preguntó la jóven con interés.

—Voy á salvarle la vida y á darle la libertad: Don Enrique va prisionero y nosotros llevamos encargo de matarle; le amenazan, pues, dos peligros, y de ambos le salvaré.

—¡Lúcas, eres todo un hombre!

—Paulita, no le mataremos, y además le sacaremos de las manos de los soldados del rey: lo que ese jóven ha hecho

por tu padre y por tí, le da el derecho de ser respetado por todos los hombres que hemos sabido lo que es la miseria.

—¡Oh! y cómo voy á quererte!

—Oyeme, Paulita: si logro salvarle, aquí le traigo.

—¿Aquí?—exclamó Paulita poniéndose pálida.

—¿Tienes acaso miedo de la justicia?

—No; pero....... volver á verle, y en mi casa, seria mucha felicidad; quizá te daria celos.

—Paulita, yo soy un hombre malo; he robado, he asesinado, ¡voto al demonio! pero sé lo que es querer y lo que es agradecer: ¡qué diablo! le traeré aquí, y si os enamorais y os quereis de nuevo, Dios os bendiga como vos me bendecereis: vaya, alguna vez haré algo bueno por tanto mal como he hecho, y quizá Dios me lo recibirá en cuenta. Hasta luego.

Y embozándose en su capa para ocultar mejor su emocion, el Jején salió apresuradamente de la fonda.

Paulita quedó sola enteramente, y entonces, alzando sus ojos al cielo y juntando sus manos sobre el pecho, exclamó con un acento que partia del fondo de su corazon:

—¡Gracias, Dios mio!...... todavía le amo......

El Jején, seguido de sus tres compañeros, atravesó las calles que conducian al puente de la Audiencia, sin que ninguno de ellos pronunciase una sola palabra.

Al llegar cerca del puente se adelantó, y dejó á los otros, en espera de su vuelta, parados á corta distancia.

Un hombre esperaba tambien en el puente.

—Jején—dijo aquel hombre, que era Don Justo.

—Señor—contestó el Jején.

—¿Estás listo?

—Sí, señor.

—¿Tus compañeros?

—Adelante esperan.

—Vamos por los caballos; llámalos.

Jején silbó de un modo particular, y los hombres se aproximaron.

—¿Todos vienen armados?—preguntó Don Justo.

—A su satisfaccion—contestó Lúcas.

—Vamos.

Y Don Justo echó á andar, seguido de los cuatro ladrones.

Tomaron por la calle de Tacuba y siguieron adelante, caminando sin parar hasta salir casi de la ciudad.

Allí se levantaba una especie de granja, triste y arruinada, cercada de árboles que se dibujaban vagamente entre las sombras en el oscuro firmamento.

Se acercaron hasta la puerta sin que nada indicara que habia allí habitantes; ni una luz, ni un ladrido de perro, ni el canto de un gallo, ni una voz humana; nada, nada.

Don Justo buscó en el suelo una piedra, aplicó tres golpes fuertes en la puerta, y esperó.

Pasó largo rato, nadie abrió, y entonces volvió á golpear, pero no fué solo por tres veces, sino que continuó hasta que adentro se escuchó la voz de una mujer que gritaba:

—Allá voy, allá voy.

—¡Bendito sea Dios!—dijo Don Justo cuando la mujer que habia gritado abrió la puerta—creí que se habian muerto ó estaban sordos.

—No, señor; el hombre está por allá dentro disponiendo los caballos, porque ya dijo que era hora. Pasen sus señorías.

Don Justo y los hombres entraron, y la mujer volvió á cerrar la puerta.

—Por aquí—les dijo, y comenzó á guiar alumbrando con un velon de sebo que llevaba en la mano.

Penetraron primero á un patio rodeado de toscos y ba-

jos arcos formados de ladrillo; el piso estaba cubierto de montones de tierra, en donde nacian los granos que caian allí, sin duda del alimento de las bestias.

Las paredes estaban ahumadas, los techos viniéndose abajo, y la yerba crecia en las cornisas.

Atravesaron un pasillo angosto y sombrío; el viento, que corria por allí produciendo una especie de gemido triste, apagó el velon de la mujer.

—Quedamos bien—dijo con enfado Don Justo.

—Síganme sus señorías—contestó la mujer;—ya no hay cuidado.

Los hombres, siguiendo á la mujer y tropezando á cada paso, llegaron por fin hasta un gran corralon, en el que á la incierta luz de las estrellas divisaron algunos bultos.

—Manuel, Manuel—gritó la mujer.

—¿Qué hay?—preguntó á lo lejos una voz.

—Aquí están ya lo señores.

—Voy.

A pocos momentos, un hombre alto y en calzon blanco y camisa, sin mas ropa y sin sombrero, se llegó al grupo.

—Buenas noches, Manuel.

—Buenas noches, señor—contestó el hombre.

—¿Están los caballos listos?

—Sí, señor.

—Tráelos aquí.

El hombre se apartó, y volvió á poco trayendo de la brida dos caballos.

—Este es—dijo señalando uno—el del señor jefe.

El Jején, sin hacerse llamar, se apoderó del caballo y saltó ligeramente sobre él.

—Bueno—exclamó haciéndolo mover.—Bueno; estoy á gusto.

—Y yo tambien—dijo otro de los hombres que habia montado.

Lo mismo respondieron los otros.

—Pues en marcha, y que Dios os guie—dijo Don Justo; —ya sabes adónde, Jején; un coche.

—Sí, señor: ¿por dónde se sale de esta casa?

—Por aquí—dijo Manuel; y condujo á los de á caballo hasta una gran puerta que abrió y que daba al campo.

—Ahora—agregó—por esta calzada derecho hasta Chapultepec; de ahí ya sabreis por dónde os conviene iros.

—Adios—dijo el Jején, y picó su caballo.

—Adios—contestó el hombre; dejó pasar á los compañeros de Lúcas, y cerró la gran puerta.

....

....

Rodaba pesadamente por la calzada de Ixtapalapa el coche que conducia á Don Enrique prisionero.

El oficial velaba, pero Don Enrique, devorado por la fiebre, dormitaba en uno de los ángulos del carruaje.

Los soldados de la escolta dormitaban tambien sobre sus caballos.

Llegaron á un grupo de árboles, y repentinamente cuatro hombres se desprendieron del bosquecillo y se lanzaron sobre la desprevenida escolta, que echó á huir perseguida por tres de aquellos hombres.

Los cocheros abandonaron á las mulas y huyeron tambien á pié.

El otro hombre, que era el Jején, se dirigió al carruaje en los momentos en que el oficial bajaba de él con la espada en la mano.

—¿Sois Don Enrique?—preguntó el Jején.

—Soy un oficial de S. M.—contestó el otro.

El Jején se precipitó sobre él, y antes de que pudiera defenderse el oficial, le hendió el cráneo de un sablazo.

Á este tiempo llegaron de vuelta los que habian ido en persecucion de la escolta.

—Acabad con ese—dijo el Jején señalando al oficial, y se dirigió al carruaje.

—Don Enrique, Don Enrique!—exclamó.

—¿Qué me quereis?—contestó con voz lánguida el enfermo.

—Salid pronto; venid, estais libre.

La voz de libertad anima hasta á un moribundo. Don Enrique hizo un esfuerzo y salió del carruaje; los compañeros del Jején se habian acercado.

—Montad en este caballo—dijo Lúcas, mostrándole uno que los suyos le habian quitado á los de la escolta.

Don Enrique obedeció.

—Ahora seguidnos.

Y todos al galope desaparecieron, dejando como huella de la aventura un coche abandonado y un cadáver.

....

....

Desde entonces no se volvió á saber lo que habia sido de Don Enrique Ruiz de Mendilueta. El virey y Don Justo le creyeron muerto; el viejo conde de Torre-Leal le lloró, pero siempre alimentando la esperanza de volverle á ver, no quiso declarar heredero del título al hijo de Doña Guadalupe.

Por aquel tiempo celebróse la boda de Don Diego y de Doña Marina, y ambos desaparecieron de México.

Para escribir este libro hemos tenido que retroceder algunos años; así era preciso, y volvemos ya á tomar el hilo de nuestra historia.

TERCERA PARTE.

BRAZO-DE-ACERO.

I.

Juan Darien.

El auxilio que la armada española envió á Puerto Príncipe, llegó demasiado tarde; los piratas habian desocupado ya la villa, llevándose cuanto pudieron; pero antes de darse á la vela Morgan puso en libertad á cuantos prisioneros españoles tenia.

Tal conducta impresionó tan favorablemente al jefe que mandaba las fuerzas auxiliares, que cuando le presentaron á Brazo-de-acero, se mostró con él muy complacido.

Algunos marineros del «Santa María de la Victoria» declararon haberle visto al servicio de S. M., desde la isla Española, y agregaron que podia ser muy bien que Antonio se hubiera escapado como lo hicieron otros.

El jefe se dió por satisfecho, y Antonio fué puesto en libertad.

Morgan y los suyos se habian dirigido á Jamaica con el objeto de repartir allí el botin, y Brazo-de-acero comprendió que era preciso dirigirse allá para reunirse con ellos: ¿pero cómo?

Ningun navío se hubiera atrevido á hacerse al mar; tan grande era el terror que esparcian por todas partes aquellos piratas.

Brazo-de-acero no sabia qué hacer; porque á pesar de que se le habia concedido la libertad, todos desconfiaban de él, y le veian con cierto temor, y le señalaban por donde quiera que iba. Aquella situacion era para él verdaderamente aflictiva.

Caminaba pensativo por una de las callejuelas menos concurridas de la villa, cuando sintió que le tocaban en el hombro.

Volvió el rostro y se encontró con un hombre gordo, vestido de paño gris, con un ancho sombrero, sin armas, y con todo el aspecto de un rico, honrado y pacífico comerciante.

—Dispensadme—dijo el hombre—deseo hablaros.

—Estoy á vuestras órdenes—contestó Antonio, creyendo que cuando menos se trataba de ponerle preso.

—Ante todo supongo que pues en la mañana de hoy os han traido preso y aquí no teneis ni amigos ni conocidos, no habeis pasado bocado.

—No, ciertamente.

—Pues hacedme el gusto de venir á comer conmigo.

—Pero, caballero, si no me conoceis.

—No importa; ¿acaso el cristiano para ayudar á sus hermanos, necesita saber cómo se llaman?

—En verdad que no.

—Perfectamente: además, hay otra razon; por vuestro aspecto parecéisme indiano.

—Soy de México.

—Ya lo veis; yo soy de Campeche, y he aquí otra razon de mas para que tenga yo gusto y deseo de partir con vos mi pan, que no puedo llamar pobre, porque realmente no lo es.

Brazo-de-acero miraba con asombro á aquel personaje que se le aparecia como una Providencia.

—Conque venid—dijo el desconocido; y tomando familiarmente del brazo á Antonio, le condujo á una casa que estaba muy cerca de allí.

Llegaron á una estancia en donde estaba preparada una mesa como para dos personas.

—Sentaos—dijo el desconocido quitándose el sombrero; —sentaos, comeremos; que bien lo necesita vuestro cuerpo.

Antonio obedeció sin replicar; el rostro franco y el aire bonachon de su nuevo amigo le infundian confianza.

Comenzaron á servir la comida dos hombres, á quienes el desconocido dirigia la palabra en un idioma que Antonio no comprendia.

El convite era digno de un duque; vinos, frutas, legumbres, carnes y pescados exquisitos, y servido todo en una rica vajilla de plata.

Pero allí no habia indicio de que ninguna mujer hubiera en la casa; aquello llamó la atencion de Brazo-de-acero, aunque se cuidó muy bien de decir nada.

El anfitrion iba haciéndose mas expansivo y la conversacion mas animada.

—Vamos—dijo el desconocido;—creo que no tendreis ya desconfianza de mí, puesto que veis que soy un hombre incapaz de hacer mal á nadie, ¿es verdad?

—Tal creo—contestó Antonio.

—Decidme: ¿vos perteneceis á la gente de Morgan, y sois uno de los jefes de su confianza?

—No, señor—contestó sonriéndose Brazo-de-acero;—esa creencia pudo serme fatal.

—Pero yo no soy ni gente de justicia ni de tropa; tened confianza en mí, quizá no os pesará.

—Me inspirais demasiada confianza, y para probároslo, os diré que es cierto; soy de la gente de Morgan, y estoy desesperado porque no puedo ir á reunirme con él.

—Pues caballero—dijo cambiando de tono el desconocido—confianza por confianza, escuchadme:

Habian sufrido el rostro y el aire de aquel hombre una trasformacion tan repentina, que Antonio le miraba asombrado; no era ya el sencillo comerciante que Brazo-de-acero habia creido encontrar, no; era un hombre lleno de fuego y de energía, sus ojos chispeaban al hablar y se erguia con cierto aire de altivez.

—Yo tambien soy pirata—continuó;—me llamo Juan Darien, porque mis primeras aventuras pasaron en el golfo de Darien; soy de Campeche; llegué á esta isla en busca de Juan Morgan para reunirme con él y comprometerlo á emprender algo por la tierra firme; pero al llegar aquí, Juan Morgan habia partido ya: mi navío está oculto en una ensenada no distante de aquí; uno de mis antiguos marineros que se encontraba aquí por casualidad, me contó vuestra llegada y me dijo quién érais, porque os vió desembarcar con los de Morgan: he aquí explicado todo; es necesario partir de aquí, y pronto.

Antonio escuchaba espantado aquella relacion.

—Esta misma noche es preciso darnos á la vela—continuó Juan Darien—quiera Dios ó no quiera: felizmente el

tiempo es favorable, ningun navío de los españoles se atreverá á salir en muchos dias, y pronto nos reuniremos con Morgan; ¿estais conforme?

—Me parece que teneis razon.

—En tal caso, prudente será que salgamos de la villa al pardear la tarde, porque mas temprano ó mas noche nos haríamos sospechosos.

—¿Conoceis el terreno?

—Como si me hubiera criado en él.

—Perfectamente.

—Y decidme, ¿creeis que Morgan consienta en ir á la tierra firme?

—Creo que sí, si esto le ofrece ventajas.

—¡Cómo si le ofrece! Puerto-Belo, Gibraltar, Maracaibo y otras mil villas y ciudades serán nuestras; los navíos que conducen el rico cargamento del cacao, nuestros serán tambien, y cada uno de nosotros tendrá dentro de poco una fortuna que envidiaria un rey.

—Entonces, creo que Morgan aceptará.

—¿Me ayudareis á convencerle?

—Haré cuanto esté de mi parte.

—Muy bien; haremos los preparativos del viaje.

Juan Darien llamó á los esclavos y les dió algunas órdenes en lengua desconocida, y luego dirigiéndose á Antonio, le dijo:

—Tomad vuestro sombrero, y vamos emprendiendo el camino para llegar á tiempo.

Antonio se puso su sombrero, y Juan Darien con una admirable facilidad ,volvió á tomar el aire candoroso con que habia engañado á Brazo-de-acero, y los dos salieron á la calle.

Brazo-de-acero, conducido por Juan Darien, salió de la villa sin obstáculo de ninguna clase. Una vez en el campo,

el pirata de Campeche volvió á recobrar su aire resuelto y la energía y viveza de sus movimientos.

—¿Está muy lejos el lugar en que os aguarda vuestra embarcacion?—preguntó Antonio.

—Por el camino que todos saben, se necesitarian para llegar hasta allá lo menos ocho horas; pero yo conozco muy bien el país, y en dos llegaremos: yo no tengo necesidad de hacer ningun rodeo.

En efecto, Juan Darien atravesaba montes y barrancas y valles con tanta seguridad como si fuera por un camino carretero.

A poco mas de dos horas de camino, comenzaron á escucharse ya los tumbos del mar, y á poco Brazo-de-acero y su conductor se encontraron en una playa.

La mar estaba tranquila, comenzaba á soplar dulcemente el terral, y muy cerca de la orilla se mecia en las ondas una ligera y graciosa embarcacion.

—Hemos llegado—dijo Juan Darien.

—¿Y vuestros esclavos?—preguntó Brazo-de-acero.

—Poco deben tardar; pero para nosotros será mejor esperarlos á bordo.

Juan Darien reunió entonces algunas yerbas secas, sacó de la bolsa un pedernal, un eslabon, una mecha y una pajuela de azufre.

Encendió la mecha, ardió la pajuela, y Darien la introdujo entre el monton de yerbas secas.

En el momento se levantó una gran llama que tardó poco en extinguirse.

—Ahora—dijo el pirata—poco tardará el bote.

En efecto, poco despues se escuchó en el silencio de la noche el acompasado golpear de los remos y el rumor de una barca que rompia las aguas.

—Ahí están—dijo Juan Darien.

El bote tocó la playa.

—Vamos—exclamó el pirata levantándose, y de un brinco entró al barco.

Antonio le siguió, y los bogas, entonando un canto monótono y melancólico, comenzaron á remar.

Casi tocaban ya el costado del navío, cuando en la playa brilló otra llama.

—¡Mirad!—exclamó Juan—¿no os dije que no tardarian? hélos ahí.—Y tomando la escala, subió al navío, seguido de Brazo-de-acero. El bote regresó á la playa.

Una hora despues, el viento inflando las velas de la ligera embarcacion de Juan Darien, la impelia rumbo á Jamaica.

Brazo-de-acero dormia entonces tranquilamente.

II.

Juan Morgan y Juan Darien.

La «Vénus» se llamaba la embarcacion de Juan Darien, que resbalaba ligera sobre el Océano, merced al viento favorable y en busca de la armada de Morgan.

Cerca de amanecer, Brazo-de-acero se levantó en busca del capitan, y le encontró fumando tranquilamente.

—¿Creeis—preguntó Juan—que encontraremos á Morgan y á los suyos en Jamaica?

—En Jamaica realmente no—contestó Brazo-de-acero—que por el tiempo trascurrido supongo que aun no estarán allí; tratábase de repartir el botin, y si él era tal que alcanzase á pagar las deudas contraidas con los ingleses de Jamaica, entonces sí irian; pero si no, no.

—En tal caso, ¿estarán en la isla de Navaza, ó en los cayos de Morante?

—Así me parece; ¿conoceis esta derrota?

—El Freri entre la Española y Cuba y Jamaica, le conozco como á mis manos. Por eso creo mejor dirigirnos á Navaza, porque los cayos de Morante son cuatro islitas pequeñas que se levantan, cuando mas, siete piés sobre la superficie de la mar; en tres de ellas hay algo de bosque, pero el fondeadero es allí peligroso; hay que cuidar del Placer Blanco y Arrecife, que se extiende como á dos millas; hay fondo de arena con tres y media y hasta cuatro brazas, pero hay tambien allí mancha de coral, y es menester buscar con el escandallo sitio limpio antes de dar fondo.

—¿Conoceis bien estos mares?

—Ya lo creo! en una galera del rey de España he andado mucho por aquí.

—¿Voluntariamente?

—Sí; á rechina motones me sacaron de mi tierra, y á palo seco me hicieron correr el temporal.

—Supuesto lo que decís, Morgan habrá fondeado en Navaza.

—Tal vez; esa es una islita pequeña, pero sus costas son muy limpias, se puede fondear á cuarto de milla y con catorce brazas sobre arena, y sin mas peligro que la marejada tan alta que levanta allí el viento fresco.

—Pues allá vamos.

—Iremos, que con los ojos cerrados llegaria yo.

El viento siguió favorable y la «Vénus» parecia volar.

....

....

En la pequeña isla de Navaza habian fondeado los buques de los piratas, para hacer con mas comodidad la division del botin adquirido en la última expedicion.

La buena fe entre aquellos hombres era admirable.

Ninguno hubiera sido capaz de esconder ni una moneda de cobre; todo iba al fondo comun, y todo se repartia segun las estipulaciones de las escrituras.

Pero la empresa no habia producido grandes resultados; aquel primer golpe no dió mas que veinticinco mil pesos, cantidad miserable para hombres ávidos de riquezas y que creian encontrar montes de oro á sus primeros pasos.

Aquella suma no alcanzaba ni para pagar las deudas contraidas en Jamaica, y de las que habia hablado Brazo-de-acero á Juan Darien.

Además, habia allí una cosa muy grave; los franceses querian dejar á Morgan, y por mas instancias y promesas de éste, no querian seguir en su compañía.

Los ingleses comenzaron entonces á desmayar. Morgan estaba desesperado.

El número de sus soldados y de sus embarcaciones ha bia disminuido hasta ser casi la mitad de los que tenia, y en cuanto á la decision de sus pocas tropas, no estaba tampoco muy satisfecho.

Sentóse en una roca á meditar; el porvenir era luminoso, su esfuerzo era grande, y sin embargo, nada podia hacer; no habia allí un solo hombre que lo comprendiese. Entonces pensó en su jóven amigo, en Antonio Brazo-de-acero.

¿Qué seria de él? Quizá habia perecido á manos de los soldados españoles.

Sumido en estas profundas meditaciones, le encontró un oficial que traia la noticia de que se divisaba una vela. Morgan se levantó violentamente.

La embarcacion avanzaba con rapidez.

—Ese debe ser amigo—exclamó Morgan;—ningun buque

español, y menos de ese porte, se habria arriesgado á lanzarse á los mares sabiendo que Juan Morgan navega por aquí; apenas una armada pasaria cerca de nosotros sin temor: dejad que llegue ese navío, que el corazon me dice que trae buenas nuevas.

Aun tardó mucho en llegar á la costa aquella embarcacion, y al hacerlo, se presentó con tal gracia y tal confianza, que los que esperaban y los que llegaban se sintieron amigos.

El bote sé desprendió de aquella embarcacion, y dos hombres llegaron en él á la orilla.

Juan Morgan corrió á su encuentro con alegría, porque en uno de aquellos hombres habia reconocido á su amigo Brazo-de-acero.

Brazo-de-acero presentó á Morgan á Juan Darien, y le refirió cuanto con él le habia pasado.

—Vuestro nombre—dijo Morgan—me era ya muy conocido. ¿Quién no ha oido hablar del intrépido capitan que tiene aterrorizadas á las guarniciones españolas de Tierra Firme?

—Desgraciadamente—contestó Juan Darien—mis fuerzas no son ya suficientes para acometer las empresas que se presentan; por eso vengo en vuestra busca: teneis hombres, teneis bajeles; ¿á qué permanecer en este golfo, en el que pobre presa serán para vuestro brio los despojos de las Antillas? Marchemos á la Tierra Firme; las costas es verdad que están un tanto pobres y despobladas; pero hay ciudades que, aunque mas internadas, caerán al empuje de nuestros bravos. Yo conozco aquellas sondas; yo os guiaré, yo marcharé siempre á vuestras órdenes; y allí, en el continente, tengo hombres adictos á nuestra causa, que saldrán

de sus hogares y se armarán para seguirnos y para auxiliarnos: todo nos es favorable; marchemos.

—Juan Darien—contestó tristemente Morgan—¿no sabeis que una gran parte de mis soldados me han abandonado, llevándose gran parte de los bajeles?

—¿Y esos que están ahí á la ancla?

—Eso es todo lo que nos resta.

—¿Y os parece poco? ¡Oh! vos no conoceis aquellos terrenos y aquellos rumbos; yo me comprometo á entregaros, con solo esta armada, las principales villas y ciudades. ¿Os falta el ánimo? ¿no sois el hombre que yo habia pensado?

—¿Que si me falta el ánimo, preguntais? ¡Ah! vos sois el que no conoceis á Juan Morgan. Iré, iré, y moriremos en las costas de la Tierra Firme, ó triunfaremos aun cuando se opongan todas las escuadras del rey de España.

—¡Cuánto me place oiros hablar así!

—Juan Darien, tomad mi mano en señal de alianza y en prueba de lo que os prometo; mañana mismo, esta misma noche, en este momento, si sopla favorable el viento, nos haremos á la vela en busca de esas tierras en que vos esperais encontrar tantos tesoros y de donde me ofreceis la fortuna para los mios.

—¿De veras?

—Mirad si lo sé cumplir.

Juan Morgan se levantó, y tocando un agudo silbato de oro que pendiente de una cadena llevaba al cuello, hizo venir á su lado á varios hombres, á los cuales dió en voz baja algunas órdenes.

En el mismo momento cundió por todo el campo donde estaban los piratas, una grande agitacion.

Reinaba la alegría, el gozo se pintaba en todos los semblantes, y se conocia que todos recibian la noticia de que se iban á dar á la vela, con el mayor placer.

Muchos habian reconocido á Brazo-de-acero y lo juzgaban la causa de aquella grata disposicion.

Los botes iban y venian á los navíos conduciendo algunos objetos que los marineros habian bajado á tierra; en el interior de los navíos la agitacion era mayor; todo se preparaba y se disponia, porque habia órden de aprovechar el primer viento favorable.

Juan Morgan, Juan Darien y Brazo-de-acero contemplaban aquel bullicio sentados á la orilla del mar; un bote con sus bogas estaba cerca de ellos, esperando el momento de la partida para conducirlos á bordo.

Todo estaba dispuesto, no habia ya ni un marinero en la tierra ni una lancha en el agua; los navíos esperando solo el soplo de los vientos para tender sus velas de lona sobre el agua.

Aquel era un espectáculo hermoso.

—¿Con eso—dijo Juan Darien—temeríais fracasar en nuestra empresa?

—¡Nada temo!—contestó Juan Morgan—y no espero mas que la llegada del viento.

—Pues la mar comienza á ponerse gruesa.

—Señal de buen viento en esta sonda la gruesa marejada—dijo Juan Morgan, poniéndose en pié y dirigiéndose al bote, que se mecia en las olas que llegaban á la playa.

Juan Darien y Antonio le siguieron y entraron con él al bote.

Darien y Antonio se sentaron, Morgan permaneció de pié, hizo una señal con la mano y los bogas empuñaron los remos y se miraron entre sí.

Luego, como impulsados por una máquina, todos los remos penetraron al agua y se sintió el esfuerzo simultáneo, y el bote, como lanzado por un resorte, surcó las ondas, dejando una profunda estela.

Pocos momentos despues, la armada de Juan Morgan se daba á la vela.

III.

Portobelo.

UNA de las plazas mas fuertes que tenia sin duda el rey de España en todos sus dominios del nuevo continente, á excepcion de la Habana y de Cartagena, era la ciudad de Portobelo.

En la Costa-Rica, á catorce leguas del golfo de Darien y á ocho de la serranía conocida por el *Nombre de Dios*, Portobelo estaba defendido por dos castillos, en los que se encontraba siempre una guarnicion compuesta de 300 soldados y sobre 400 mercaderes armados para su seguridad y custodia.

Generalmente los comerciantes, aunque tenian en Portobelo sus almacenes, no concurrian á la ciudad sino cuando llegaban los galeones de España, y preferian vivir en Panamá por su clima sano y su aire puro.

Sin embargo, vivia en Portobelo un riquísimo propieta-

rio llamado Don Diego de Alvarez, con su esposa Doña Marina, y una preciosa niña, fruto de aquel feliz matrimonio, á la que, por recuerdo de la esposa del virey de México, marqués de Mancera, habian puesto Leonor.

Doña Marina no habia perdido su deslumbradora belleza; y la frescura de su tez y el brillo de sus negros ojos la hubieran podido hacer pasar por una vírgen tan fácilmente como por una madre jóven.

Don Diego era tan galante y apuesto como cuando nuestros lectores le conocieron en México; y en Portobelo como en la capital de Nueva-España, á nadie cedia en lujo y esplendor.

Poco tiempo despues de la llegada de Don Diego y de Doña Marina á Portobelo, habia llegado allí un amigo del primero, Don Cristóbal de Estrada, que siguiéndolo y en busca de un abrigo contra la rencorosa persecucion de Doña Fernanda, llevaba lejos de su patria á la hermosa Doña Ana.

Muy cerca está aún la historia de estos amantes, para que nuestros lectores hayan podido olvidarla.

Doña Marina conocia á Don Cristóbal, pero ignoraba que trajera consigo á Doña Ana, y ésta por su parte, no sabia que se encontraba cerca del Indiano, porque Estrada habia cuidado bien de contárselo.

Doña Ana seguia en su vida de aislamiento y de soledad; pero aquella vida comenzaba á cansarla: su imaginacion ardiente y su espíritu inquieto no la permitian echar en olvido aquellos tiempos en que jugaba con el corazon de cien galanes; y si por un momento se engañó á sí misma creyendo que iba á encontrar la felicidad en el hogar, pronto conoció que se habia equivocado.

Quiso recobrar su antigua libertad poco á poco, para no

alarmar á Estrada, en cuyo poder se encontraba, y comenzó con una paciencia y una habilidad, propias solo de las mujeres, á romper aquel método de vida.

Estrada lo comprendió, pero la dejó hacer. Doña Ana no era conocida en la ciudad y podia pasar muy bien por su mujer, y Doña Fernanda ignoraba hasta el lugar en que ellos habian ido á buscar refugio.

Doña Ana salia ya por las tardes á paseo, buscando el fresco aliento de las brisas del mar, acompañada generalmente por dos esclavos que conducian una silla para que descansara la señora en el lugar que le parecia mas á propósito.

Nada hay que haga soñar mas á las imaginaciones ardientes, que la vista del mar y los paisajes de las costas: el alma se separa allí del cuerpo, la vida real desaparece y una vida fantástica y romancesca desenvuelve sus brillantes cuadros ante el espíritu, á presencia de la grandeza del Océano, de la grandeza de la materia. El hombre ve tan pequeña su parte material, que no siente mas que el espíritu, el espíritu, ante el cual no hay mas grandeza que la de Dios.

Doña Ana gustaba de ir á meditar y á soñar á la orilla del Océano, y buscaba siempre la playa mas solitaria, los lugares en que las olas bravías chocaban en los erguidos y negros peñascos, rugiendo y amenazando á la tierra con su furor y su eterna constancia.

Una tarde, la jóven se habia alejado distraida y sin advertir que la marea subia á toda prisa, y hubiera seguido caminando si uno de los esclavos no se hubiera atrevido á hablarla.

—Mi señora—dijo el esclavo.

—¿Qué quieres?—preguntó con altivez Doña Ana.

—Mi señora, la marea sube, sube, y corta el camino de la vuelta.

Doña Ana volvió el rostro; las ondas ganaban visiblemente terreno.

Habia atravesado la jóven una larga distancia por una playa de arena que se tendia al pié de una muralla inaccesible de rocas; las ondas llegaban ya al pié de aquellas rocas, y muy pronto se estrellarian furiosas contra ella, sin dejar la menor esperanza de salvacion.

Doña Ana miró adelante, y era imposible avanzar: ningun recurso quedaba sino aprovechar el tiempo y volver rápidamente por el mismo camino, antes que la alta marea lo hiciera imposible.

Los esclavos comenzaban á temblar de miedo, y Doña Ana sintió un movimiento de pavor en su corazon. Pero comprendió que era fuerza sobreponerse á todo, y comenzó á caminar con cuanta velocidad le fué posible, seguida de los esclavos.

Las ondas venian ya á mojar sus pequeños piés, y no podia caminar mas aprisa, y aun para salir del peligro tenia que atravesar una gran distancia.

Cada ola que llegaba era un anuncio de muerte, porque cada ola que llegaba era mas alta que la anterior. El agua al principio se retiraba dejando solo mojada la arena; pero poco á poco fué quedando en vez de arena húmeda, agua que subia de nivel, agua que llegaba ya á la cintura de la jóven, y olas que la cubrian completamente algunas veces.

La muerte era ya inevitable; pero ni una mujer ni un niño mueren sin luchar por la vida. Doña Ana hacia inauditos esfuerzos por avanzar, aferrándose á las erizadas rocas para no ser arrastrada por las olas: sus manos sangraban y el aliento le faltaba algunas veces.

En aquella angustia mortal, sintió que el terreno se iba elevando á medida que caminaba, y se creyó salvada; era una eminencia que las mismas rocas formaban en la orilla del mar, y que venia á ser como un pequeño escalon al pié de aquellas peñas tajadas como á pico.

Doña Ana subió aquel escalon, no sin maltratar su cuerpo, seguida de los dos aterrorizados esclavos, y respiró.

Aquella no era una gran altura, ni de allí se podia subir mas; pero allí el agua no bañaba mas que sus piés, y quizá el mar no subiria mas.

La tarde estaba hermosa, y el sol se reflejaba á lo lejos sobre la movediza superficie del Océano, mientras en la playa se dibujaban las sombras de las montañas.

La marea subia, subia implacable; el mar queria aquellas víctimas.

Volvieron las ondas á tocar á Doña Ana; ella comprendió que su última hora habia llegado, cruzó sus manos y comenzó á orar con resignacion.

Los esclavos gritaban como unos desesperados.

IV.

Entre las olas.

La escuadrilla de Morgan, dirigida por Juan Darien, habia llegado hasta el puerto de Naos, y pasádose de allí á otro puertecillo mas cercano á Portobelo, que se conocia con el nombre de Puerto-Pontin.

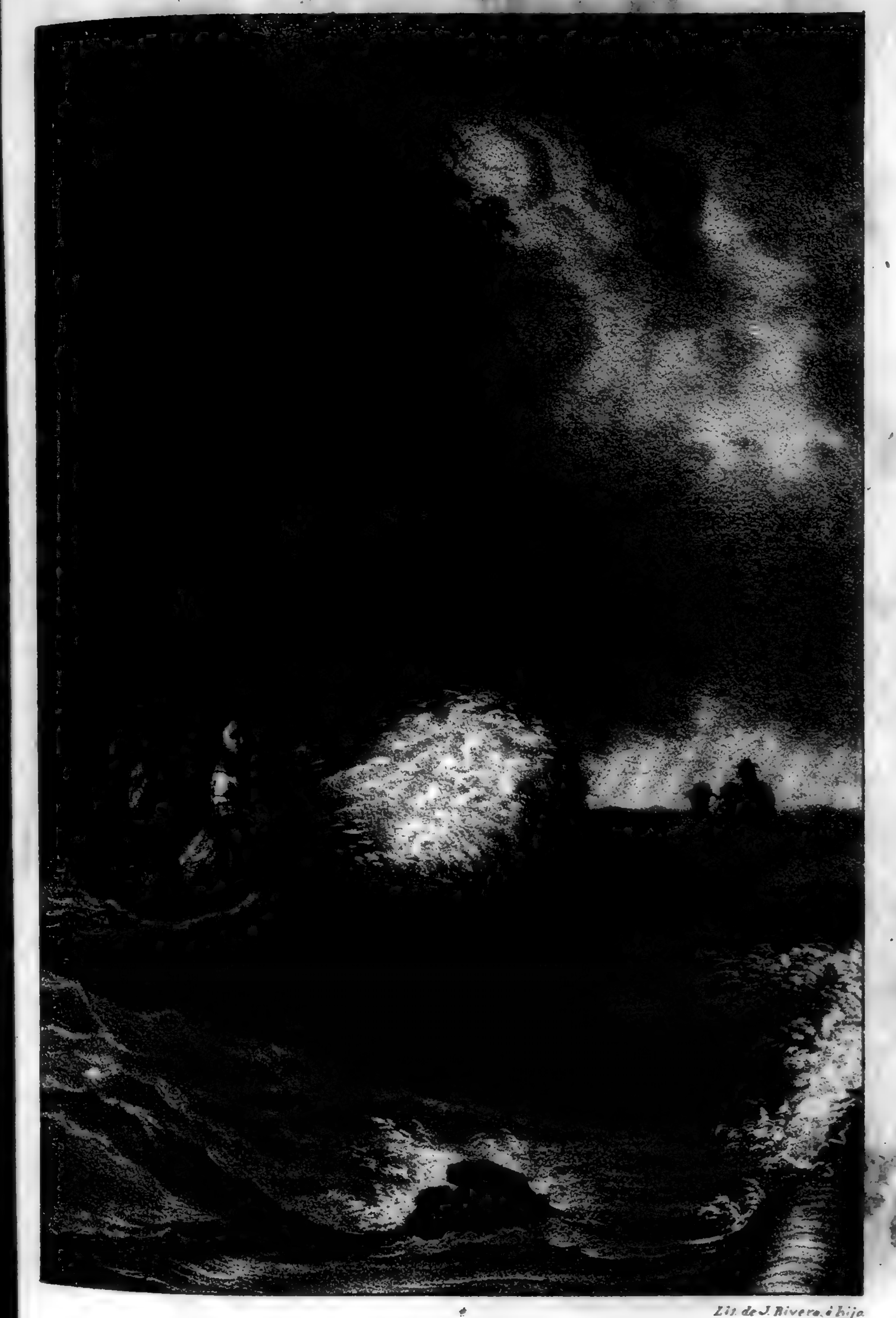
Allí se dispusieron para salvar en lanchas la distancia que por mar los separaba de la ciudad, desembarcar durante la noche en un paraje llamado *Estera*, y de allí acercarse á las fronteras y sorprenderlas, cuidando antes de poner cerco á la ciudad.

Este era el plan propuesto por Juan Darien y aprobado por Morgan.

—Para tener mas seguro el éxito—dijo Juan Darien—ocúrreme una cosa.

—Decid—contestó Morgan.

—Que alguno de los nuestros se introduzca en la ciudad antes que la noticia de nuestra llegada circule allí; él



Lit. de J. Rivera é hija

Entre las olas.-pag. 326.

nos avisará si algo se prepara contra nosotros, y en el caso de una resistencia obstinada, podrá atacar á nuestros enemigos dentro de sus mismos atrincheramientos.

—Muy bien pensado—contestó Morgan;—pero hacer entrar á la ciudad un gran número de nuestros soldados, seria peligroso, porque fácilmente serian descubiertos.

—No, á fe mia, que solo uno se necesita que penetre, con tal de que sea hombre de valor, que yo le daré persona que ponga á sus órdenes en el momento tropa tan buena como la que vos podeis conducir; dadme el jefe, que yo de los mios no le puedo escoger, porque todos á cual mas son desconocidos en Portobelo.

—El jefe, tal como vos pudiérais desearlo, aquí está—dijo Morgan, mostrándole á Brazo-de-acero.

—En efecto; tal es este jóven, que pudiera decirse que está llamado á propósito para esta empresa. ¿Tendreis, Brazo-de-acero, valor para acometerla?

Antonio se sonrió desdeñosamente.

—Preguntas haceis—dijo Morgan—que hombres como el mexicano tomaria por insulto á no venir de un amigo: dad las instrucciones, que él sabrá cumplirlas.

—Perdonadme, mi jóven paisano—dijo Juan Darien—perdonad mi indiscrecion, y escuchad: yo os daré dos de mis marineros que os lleven en un bote hasta un lugar de la playa que ellos conocen; una vez allí, en la extension corta que alcanzará vuestra vista; porque están muy cerca los bosques, vereis una casita; encaminaos á ella y preguntad por José el pescador; él se os presentará; es un viejo, alto, enjuto de rostro, con la barba poblada y muy cana; decidle, y no lo olvideis: ¿Podré tomar un rizo? y él os contestará: ¿Y enjuncar tambien? Entonces decidle nuestros

planes. El os introducirá á la ciudad, os proporcionará lugar seguro para esperar, os dará las noticias necesarias, y pondrá lista á la gente que necesiteis para el caso de un ataque. ¿Necesitais algo mas?

—Nada. ¿A qué hora debo partir?

—La tarde avanza; debeis llegar á la casa de José antes de que falte la luz, porque al anochecer saldremos de aquí nosotros.

—En tal caso, que venga el bote.

Juan Darien se apartó unos cuantos pasos, dió una órden á uno de sus oficiales, y no tardó en presentarse un bote angosto y pequeño con dos bogas.

—Hélo aquí—dijo Juan Darien.

—Pues adios—exclamó Brazo–de–acero estrechando la mano de Morgan, mientras que el pirata campechano daba sus órdenes á los remeros.

Antonio saltó al bote y los remos azotaron el agua.

Durante la travesía, Brazo–de–acero permaneció en silencio y sin poner atencion á lo que hablaban los marineros, hasta que ellos levantaron insensiblemente la voz.

Era que hablaban sobre algo que los preocupaba.

—Vaya—decia uno—y son tres.

—Tres—contestaba el otro—y parece mujer la de enmedio.

—Sí que es mujer; pero esos á no ser buzos se ahogarán, y esta noche se los cenan los tiburones.

—¿Qué hay?—preguntó Brazo–de–acero.

—Tres personas que están allá entre las peñas, y que la marea tiene de cubrir mas alto que donde ellas están—contestó un marinero sin dejar de remar.

—Y hay una mujer, agregó el otro.

—¿Y no tienen modo de huir de allí?—preguntó Brazo-de-acero.

—Ninguno; yo conozco muy bien esas rocas: una vez me sorprendió allí la marea, y solo á nado y con mucho trabajo salí; ya me ahogaba yo: le puse milagro de concha á Nuestra Señora del Buen Viaje.

—¿Entonces esos infelices van á ahogarse?—dijo Antonio.

—De seguro, y muy pronto; ya les llega la mar á la cintura.

El bote iba poco distante de la costa.

—Gritan—dijo uno de los bogas.

En efecto, se oian á lo lejos gritos terribles.

—¡Vamos á auxiliarlos!—exclamó con entusiasmo Antonio.

Los dos marineros alzaron el rostro para mirarlo, como si hubiera dicho una blasfemia enorme; Brazo-de-acero lo advirtió.

—¿Por qué me veis así?—dijo—¿acaso no quisiérais salvar á esas pobres gentes?

—Querer sí—contestó uno;—pero es imposible.

—¡Imposible! ¿por qué?

—La mar nos romperia las narices contra las rocas antes de que hubiéramos conseguido algo.

—Pues probemos—dijo Brazo-de-acero.

—Por nosotros es igual—dijo con indiferencia un marinero;—nadamos como unos pargos y conocemos la sonda como á nuestro sombrero.

Y sin mas objeciones dirigieron la proa hácia donde estaban aquellos tres desgraciados, que como es de suponerse, eran Doña Ana y sus dos esclavos.

La marea subia, y el bote caminaba á la costa con facilidad; los salvadores estaban ya cerca; Doña Ana esperaba con resignacion, y los esclavos no dejaban de gritar.

—Aprovechad esa ola que viene—dijo Antonio á los bogas;—sobre ella es preciso enfilar; esos hombres detendrán el choque del bote. Ea, hombres, disponeos á recibir el bote; aferrad bien, que no choque contra las rocas. Allá vamos; firmes.

Aquella rara maniobra se ejecutó tal como la habia mandado Brazo-de-acero; la ola llegó, levantando el bote, y despues lo arrastró sobre la cresta. Los esclavos se prepararon á recibirlo para evitar el choque, y se apoyaron contra las rocas.

Cuando el bote llegó, los dos negros casi se lanzaron á recibirlo, y los marineros tendieron los remos para apoyarlos tambien en las rocas, como hacen los picadores para aguardar el bote de un toro.

Sin embargo, á pesar de todos estos esfuerzos, el choque fué violentísimo, y uno de los marineros cayó dentro del bote; pero la desesperacion triunfó sobre los elementos, y el bote quedó como amarrado en la costa.

—No hay que perder tiempo—exclamó Antonio;—antes de que otra ola venga y nos arrastre, entrad, señora.

Doña Ana tendió sus brazos, y Antonio, ayudado por los negros, la metió en el pequeño bote, y los negros entraron tambien, y todos se pusieron á esperar la ola que llegaba y cuya retirada debian aprovechar.

Llegó la ola, el sacudimiento fué tambien terrible, la espuma cubrió á aquellas seis cabezas, y cuando reventó y volvió aquella masa de agua á retirarse de la costa, ya llevaba en sus espaldas á los que acababan de escapar de la muerte.

—¡Nos hemos salvado!—exclamó Brazo-de-acero.

Doña Ana levantó el rostro á mirar á Antonio; sus ojos se abrieron con espanto, y gritó sin poder contenerse:

—¡Dios mio! Don Enrique Ruiz de Mendilueta.

—¡Cielos!—dijo Brazo-de-acero reconociéndola—¡Doña Ana de Castrejon!

V.

Una chispa entre las cenizas.

Brazo-de-acero ó Don Enrique Ruiz de Mendilueta, como le llamaremos en lo de adelante, puesto que ya sabemos su verdadero nombre, abrió los brazos, y Doña Ana se arrojó llorando en ellos.

Ni una sombra, ni un recuerdo, ni un reflejo siquiera de las antiguas sospechas cruzó por aquellas dos almas, que no sintieron sino el placer de haberse encontrado otra vez, y en momentos tan supremos, sobre la tierra.

Era natural; cualquiera que haya estado lejos de su patria algun tiempo, comprende cuán grande es el placer que se siente al encontrar en apartadas regiones, no solo un amigo ó un pariente, sino un simple conocido, un hombre de quien no se sabe mas sino que es un compatriota; entonces toda ofensa anterior, aun cuando exista, se olvida, y seria necesario un odio terrible y un motivo muy poderoso para no arrojarse en los brazos de aquel hombre, sintiendo por él la ternura de un hermano.

Don Enrique y Doña Ana, que en un tiempo habian tenido amores, que se habian dejado de ver repentinamente de una manera tan extraña, cuando sus ilusiones estaban vivas y ardientes, y que habian vivido los dos en una especie de retraimiento de la sociedad, sintieron animarse en aquellos momentos sus corazones.

Seria preciso no ser hombre para no comprender esto.

Doña Ana y Don Enrique permanecieron abrazados sin hablarse por algunos instantes.

Para los marineros y para los esclavos, aquella escena nada tenia de interesante; dos conocidos que se abrazaban despues de una larga ausencia.

Los marineros seguian bogando con indiferencia, los esclavos aun no volvian en sí de su espanto, y se hablaban en voz baja sin cuidarse de su señora.

El bote tocaba la playa.

—Hemos llegado—dijo uno de los bogas.

Don Enrique salió, ofreciendo su mano á Doña Ana, que hizo lo mismo, y los esclavos la siguieron.

Don Enrique miró en derredor, y muy cerca se levantaba la cabaña de José.

—¿Nos vamos?—dijo un boga.

—Esperad—contestó Don Enrique, y luego dirigiéndose á Doña Ana, le dijo:—Doña Ana, desearia hablaros.

La jóven se adelantó, y ambos se apartaron del grupo que formaban marineros y esclavos.

—Señora—le dijo Don Enrique—no es este el momento de entrar en explicaciones de saber vos cómo me encuentro aquí, ni de preguntaros cómo habeis venido; el placer de haberos visto, Doña Ana, es tan grande para mi corazon, que vos le comprendereis sin que mi lengua os lo revele.

—Don Enrique, Dios me guardaba la inefable dicha de encontraros en el momento en que debíais salvarme la vida, para que yo viera en vos, no al amante á quien ofendí en otro tiempo, sino al ángel salvador de mi existencia. Si no guardara para vos otro afecto en mi corazon, os hablaria de mi eterno agradecimiento......

—Doña Ana, no hableis de eso; solo Dios sabe lo que será de nosotros mañana; oidme, señora: ¿pensais penetrar en la ciudad?

—Sí, volver á mi casa, que por desgracia no puedo ofreceros, por razones que despues sabreis; pero decidme adónde quereis que os busque mañana, y os buscaré, os lo juro, aunque sea en medio de los bosques......

—Señora, mañana quién sabe lo que será de nosotros.....

—¿Qué quereis decir? ese tono, esas palabras, me espantan.

—Silencio, Doña Ana. Voy á hablaros con franqueza: no me conviene que nadie sepa que estoy aquí, ni lo que ha pasado entre nosotros......

—Y por mi parte, si quereis que os guarde ese secreto, os juro que nadie lo sabrá.......

—Lo creo; pero ¿y esos esclavos? ¿estais segura de su discrecion?

—No; esos esclavos, impresionados por el peligro que han corrido, lo referirán á todo el mundo, y todo el mundo sabria en la ciudad antes de cuatro horas cuanto ha pasado......

—Eso seria fatal para mí......

—Entonces, ¿qué quereis que haga? ordenad, yo estoy pronta á dar por vos la vida misma......

—Señora, perdonadme si insisto: ¿haríais por mí el sacrificio de no volver esta noche á la ciudad?......

—Lo haré, si vos quereis......

—Y los esclavos, quedándose á vuestro lado, ¿creeis que no vayan á dar aviso de lo que pasa?

—No os respondo de ello.

—Entonces el sacrificio será mayor, porque tendreis que prescindir de su compañía, y os volvereis en tal caso sola á la ciudad, ó permanecereis sola fuera de ella, porque yo necesito deshacerme de esos hombres.

—¿Matarlos?—exclamó espantada Doña Ana.

—No, señora—contestó Don Enrique con una sonrisa;—eso seria un crímen inútil.

—Entonces haced lo que os parezca.

—Perdonadme, señora, pero no puede ser de otra manera.

Don Enrique llamó á uno de los marineros y le habló en voz baja.

—Está muy bien—contestó el marinero; habló á su compañero un momento, tambien en voz baja, y luego dijo dirigiéndose á los esclavos:

—Vamos, buenos mozos, al bote.

Los esclavos se miraron entre sí con espanto, y miraron luego á Doña Ana, que volvió el rostro para otro lado.

El marinero sin esperar mas, empujó bruscamente á los negros hácia el bote; el otro marinero que estaba ya adentro, los cogió de los brazos sin ceremonia, y los dos se apoderaron de sus remos, y el bote llevando á los dos esclavos prisioneros, se alejó de la playa en que quedaban Don Enrique y Doña Ana.

Doña Ana, que no sabia lo que pasaba en el corazon del jóven, esperaba, al ver desaparecer á los esclavos, que Don Enrique se arrojaria á sus piés; pero él estaba demasiado preocupado en la empresa que allí le llevaba, y pasado el pri-

mer momento de excitacion, sus pensamientos se volvieron al rumbo de la peligrosa mision que traia.

El amor propio de aquella mujer comenzó á resentirse.

—¿Y bien?—exclamó, como queriendo decir:—¿ahora, qué quereis que yo haga?

—Doña Ana, ¿preferís entrar á la ciudad, ó permanecer fuera de ella?—preguntó el jóven.

—Os he dicho que haré lo que vos dispongais; vos sois, pues, el que debe resolver esta cuestion.

—Señora, yo no deseo sino que se haga lo que os sea mas grato.

—Lo mas grato para mí será obedeceros, Don Enrique; porque ¿qué podré negaros cuando os debo la vida?

—Por Dios, Doña Ana, no recordeis eso: venid, seguidme; vamos á esa cabaña que se descubre desde aquí.

Don Enrique tomando la mano de Doña Ana, se dirigió á la cabaña de José el pescador.

Pero no habia dicho ni una palabra de amor, ni habia estrechado con alguna violencia la mano de la jóven.

—Creí—pensaba Doña Ana—que me retenia por amor, y es quizá solo por algun negocio; quién sabe! Tal vez aun no se atreva á abrirme su corazon: veremos lo que hace; larga es la noche, comienzan á caer las sombras......

Habian llegado á la cabaña de José; era una pobre choza formada de troncos de árboles y de hojas de palma; enfrente á la puerta habia un tronco seco del que pendian algunas redes y unas velas pequeñas que se oreaban.

—¡Ah de la casa!—dijo Don Enrique sin soltar la mano de Doña Ana, que le seguia silenciosa.

—¿Qué se ofrece?—dijo saliendo del interior un hombre alto, seco, con barba cana y larga, correspondiendo perfec-

tamente con su persona á las señas que habia dado Juan Darien.

—¿Sois José el pescador?—dijo Don Enrique.

—El mismo, para servir á Dios y á sus señorías—contestó el hombre quitándose un viejo sombrero.

—¿Podré tomar un rizo?—dijo Don Enrique.

El pescador se lo quedó mirando, y luego contestó con grandes muestras de respeto:

—Y enjuncar tambien: ¿qué me ordena su señoría?

—Muchas cosas tenemos que tratar, y muy importantes; pero ante todo quisiera saber si hay por aquí cerca una casa cómoda, segura y digna de que esta señora pueda pasar allí la noche con tranquilidad.

José el pescador miró á Doña Ana; luego meditó por un momento y contestó:

—Aquí muy cerca hay una casa de campo, en la cual está tambien mi familia, una mujer ya grande y dos niñas; los dueños de la casa están en la ciudad; pero allí hay comodidades, y si su señoría gusta, podemos ir para allá inmediatamente.

—Pues vamos, porque tengo con vos un asunto muy importante, y no hay que perder un momento.

El pescador, sin cuidar de lo que dejaba en la cabaña, sin volver siquiera el rostro, echó á andar por una vereda que se internaba en el bosque.

—¿Está lejos?—preguntó Don Enrique—porque comienza á oscurecer, y esta señora no está acostumbrada á caminar así.

—Dentro de un instante estamos allá.

El pescador guiaba, y Don Enrique, siempre llevando de la mano á la jóven, lo seguia; pero todos iban silenciosos, parecia que iban huyendo.

El jóven pensaba en lo que debia hacer en la noche y á la mañana siguiente, y á su pesar se olvidaba de Doña Ana, y solo de cuando en cuando le decia:

—¿Os habeis cansado, señora?

—No—contestaba ella, y volvian á callar.

—¡Oh!—pensaba ella—todo esto es muy extraño: Don Enrique, tan galan, tan amoroso...... ¿qué pensará? ¿qué querrá hacer de mí?...... ¿se quiere deshacer de mi persona como de los esclavos?...... imposible; me habria enviado con ellos en el bote...... Me guardó aquí, no me dejó entrar en la ciudad...... es porque quiere tenerme á su lado...... porque me ama...... quizá al llegar á la quinta se arroje á mis piés...... ¡Ah! sí, sí; ¡qué felices vamos á ser! nos iremos de aquí, lejos, muy lejos; ¡es tan triste este país!

Los ladridos de los perros les anunciaron que llegaban ya á la casa de campo y que habian sido sentidos.

El pescador comenzó á silbar, y rompiendo la yerba llegaron festejosos á recibirlo tres perros pequeños.

VI.

El despecho.

La casa de campo se presentó á la vista de los viajeros al volver uno de los recodos del camino; la noche habia cerrado, pero era una de esas noches claras, en que los edificios se dibujan como una sombra en la oscuridad.

En algunas de las ventanas habia luz, y se advirtió que álguien se asomaba por una de ellas.

El pescador volvió á silbar.

—¿Eres tú, José?—preguntó desde la ventana una mujer.

—Yo soy, Ursula—contestó el pescador.

La cabeza de la mujer desapareció de la ventana, y una de las puertas de la casa se abrió.

—Ursula—dijo José—vienen aquí conmigo un caballero y una dama; es preciso que prepares camas y que cuanto antes les sirvan algo que cenar. Supongo, señor, que no os vendrá mal un trago de aguardiente; le tengo exquisito, y nosotros los hombres de mar necesitamos calentar un poco

el estómago. Mira, Ursula, lleva á esta señora por allá adentro, sus vestidos están empapados; y mándanos á este caballero y á mí el frasco y un par de copas.

—Venid, señora—dijo Ursula á Doña Ana—efectivamente necesitais cambiar de trage; el agua del mar es muy pesada: vamos.

Doña Ana vaciló y miró á Don Enrique, como esperando que él le dijera algo.

—Esta señora tiene razon—dijo Enrique;—es necesario que cambieis ese trage.

Doña Ana se puso encendida: si Don Enrique hubiera puesto mas atencion en ella, habria conocido que estaba profundamente disgustada; pero el jóven pensaba solo en que el tiempo volaba, en que nada habia hecho aún, y en que quizá en aquel momento Morgan y Juan Darien se ponian en marcha para atacar la ciudad.

Doña Ana, sin hablar una sola palabra, se levantó y siguió á Ursula; José y Don Enrique quedaron solos.

—Señor, estoy á vuestras órdenes; ¿qué teneis que decirme?—dijo José.

—Escuchad, porque el tiempo corre: esta noche deben atacar á Portobelo las tropas de Juan Morgan, con las que vienen Juan Darien y los suyos......

—¡Dios mio!—exclamó con cierta alegría el pescador—¿es cierto? Juan Morgan, el mentado Juan Morgan, el célebre pirata, ¿viene? ¿está tan cerca? ¿viene con Juan Darien, con mi antiguo jefe? ¿estais cierto?......

—Tan cierto estoy, que vengo comisionado por ellos para entrar de acuerdo con vos á la ciudad, para informarme de todo, y para que en caso necesario, si los españoles se resisten mas de lo que se espera, los ataquemos por la espalda....

—Sí, eso es, eso es—gritó el pescador;—yo os daré gente...

—Silencio—dijo Don Enrique—pueden oirnos.

—Nadie hay aquí mas que mi mujer.

—Y esa dama......

—¡Cómo! ¿pues no es vuestra......

—Nada; es una dama de Portobelo.

—¿Pues cómo venia con vos?

—Ya os contaré eso otro dia; por ahora considerad que en este momento mismo quizá se ponga en marcha la gente.

—¿A qué hora piensan atacar?

—A la madrugada.

—¿Y cómo vienen, por qué caminos?

—Yo no conozco esta costa; pero la expedicion viene en barcos á desembarcar á un lugar cercano de la ciudad, que se llama la «Estera»......

—Entonces aquí......

—¿Aquí?

—Sí, esta ensenada se llama la «Estera,» y no creo que tarden mucho; no hay que perder tiempo.

—Pues marchemos.

—Esperad; tomaremos una copa antes de marchar.

En este momento entraba Ursula con una botella y dos copas.

—Disimulad mi pregunta—dijo Enrique á Ursula mientras que José llenaba las copas—¿la dama?......

—Está en la habitacion que sigue.

—Bien, os la recomiendo.

—Perded cuidado, que estará como en su casa.

—Por el buen éxito—dijo el pescador presentando una copa á Don Enrique.

—Por el buen éxito—contestó el jóven; y los dos vaciaron sus copas.

—Ahora, en marcha, señor Don Enrique. ¡Ah! Ursula, enciérrate bien: si esta noche llega por aquí por mar mucha gente armada, pregunta por Juan Darien, y díle que esta es la casa de José el pescador.

—¿Juan Darien?......

—Silencio; haz lo que te digo, y adios. Cuida á esa dama.

—Adios—contestó la mujer.

José salió seguido de Don Enrique, y tomaron uno de los senderos que conducia á la ciudad.

Ursula salió á dejarlos hasta la puerta; cuando ellos se alejaron cerró perfectamente, y agregó por via de seguridad á la puerta un gran trozo de viga.

Desde la ventana por donde se habia asomado Ursula á recibir á su marido, Doña Ana observaba los movimientos de Don Enrique, y le vió desaparecer entre las sombras de la noche.

Entonces se retiró y dijo con voz ronca:

—Se va, y sin verme siquiera; es decir me ha traido aquí no porque me ame, no siquiera porque le cause yo una ilusion pasajera, no, en fin, para gozar de mi belleza, sino prisionera, para impedir que yo cuente en la ciudad que le he visto, para que no estorbe el plan que trae y que comienzo á entrever...... ¡Oh! mas me valiera haber perecido esta tarde: este hombre por quien he tenido siempre tan grande ilusion, me mira con indiferencia, me desprecia; no levanto en su pecho ni un solo deseo; me tiene en sus manos á su disposicion, y ni una palabra, ni un beso...... ¡Oh! esto es espantoso; ni bonita, ni mujer siquiera le he parecido...... y yo que le sigo, creyendo que su amor habia revivido; y me aprisiona, y se marcha así...... ¡Miserable! él me la pagará, y de una manera muy cruel...... ¿Me habré puesto tan fea?

Ursula entraba en este momento.

—¿Conque ya sabeis, señora—dijo—que esta noche tendremos seguramente visitas por estos campos?

—Sí— contestó Ana procurando disimular;—he oido algo; Juan Darien.

—¿Conoceis á Juan Darien?

—No; ¿quién es?

—Vaya! sereis la única que no le ha oido nombrar. Juan Darien es uno de los mas célebres piratas; ¿no os ha hablado de él vuestro amante? ¿ó qué es vuestro ese caballero?

Doña Ana se encendió, no tanto por la vergüenza de que Ursula creyese que Don Enrique era su amante, sino porque los recuerdos de la conducta del jóven para con ella se agruparon á su mente.

Iba ya á contestar que ningun vínculo la unia con Don Enrique, cuando reflexionó que tal vez para averiguar la verdad le convenia fingir.

—Es mi esposo—dijo.

—Será; ¿y vuestro esposo no os ha hablado nunca de Juan Darien?

—Nunca.

—No os lo creo, porque él viene con ellos, á lo que parece, y vos llegais con él: ¿cómo es posible?

—Hemos estado separados mucho tiempo, y hasta esta tarde nos hemos vuelto á reunir.

—¿Y ya os habia dicho que esta noche llegan aquí los piratas?

—¿Los piratas? ¿aquí?—preguntó sobresaltada Doña Ana.

—Pues, así me lo indicó José, que si por mar llegaban esta noche muchos hombres de armas, preguntara yo por Juan Darien y le dijera que esta es la casa de José el pescador.

—¿Pero qué vienen á hacer aquí esos hombres?

—¡Toma! sin duda á tomar la ciudad.

—¿A tomarla? ¿y para qué?

—Para hacerse de dinero y de muchachas, que todo eso les falta.

—Pero ¡Dios mio! ¿vos que aun sois jóven no teneis miedo?

—No; aquí ni por vos ni por mí hay que temer: yo soy la mujer de José, y vuestro marido es de ellos tambien, y eso sí, se respetan mucho unos á los otros: ya vereis gente alegre y bien dispuesta.

—¿Pero estais segura de que vendrán?

—¡Pues no! y algo de eso se fueron á arreglar nuestros pobres maridos, y sin cenar. Buen chasco se van á llevar en la ciudad; ¡cuántas ricotas amanecerán mañana mujeres de piratas!

—¿Conque esta noche?

—Ya vereis, ya vereis: vamos á cenar.

—Vamos—dijo Doña Ana, y pensó: es preciso huir de aquí y avisar en la ciudad; así me vengaré del desprecio de Don Enrique.

Y siguió á Ursula al comedor.

La cena fué ligera, y Ursula mostró á Doña Ana el aposento que le habia dedicado.

—Mirad—le dijo;—esta ventana da al campo, y por aquí podreis verlos cuando lleguen.

—¿Por dónde llegarán?

—Por aquí enfrente; ¿no veis el mar?

—Sí; ¿y por dónde queda la ciudad?

—Aquí luego, á la derecha.

—Está bien.

—Ahora descansad; yo os avisaré si oigo algo.

Ursula se retiró, y Doña Ana cerró la puerta, y se quedó escuchando hasta que estuvo cierta de que estaba ya lejos.

La ventana estaba poco distante del suelo, y Doña Ana decidida á todo.

Ató una á la otra las dos sábanas de su lecho; en uno de los extremos hizo un nudo; colgó las sábanas por la ventana, cerró uno de los batientes sobre ellas, haciendo que el nudo quedase de manera que impidiese correr las sábanas, y saliendo fuera de la ventana comenzó á descender.

Casi tocaba ya la tierra, cuando sintió que la tomaban de la cintura; dió un grito y se soltó de la improvisada escala, pero no cayó: dos brazos robustos la sostuvieron, y conoció que álguien se la llevaba.

Quiso volver á gritar; pero una mano ancha le tapó la boca.

Entonces se arrepintió de lo que habia hecho, y se creyó ya en poder de los piratas.

VII.

El asalto.

Doña Ana sintió que caminaba un largo trecho; pero la persona que la llevaba debia ser un Hércules, porque no mostraba fatiga.

Por fin, oyó voces, la soltaron cuidadosamente en tierra, y se encontró casi en la orilla del mar, rodeada de hombres á quienes no podia distinguir en la oscuridad de la noche; pero eran muchos, y todos armados.

—Señor—dijo el hombre que la habia conducido, dirigiéndose á otro que pareció á la jóven que era el jefe;—esta mujer la he tomado prisionera descolgándose de la ventana de la casa de campo.

—¿La conoces?

—Aun no le he visto el rostro; pero temí que nos hubiera sentido y fuera á dar aviso.

—Bien; déjala aquí y vuelve á continuar explorando.

El hombre se retiró, y Doña Ana quedó á presencia del que parecia ser el jefe.

—¿Cómo os llamais?—preguntó el hombre con arrogancia.

—Doña Ana de Castrejon.

—¿Adónde íbais?

—Venia yo en busca vuestra.

Algunos otros hombres se habian acercado á escuchar el diálogo.

—¿En nuestra busca?—preguntó el que interrogaba á Doña Ana;—¿sabíais acaso que veniamos? ¿sabeis quiénes somos?

—Todo lo sé; sois piratas, debeis atacar esta noche á Portobelo; entre vosotros debe venir Juan Darien, y habeis enviado por delante á un hombre.

—Pero ¿cómo sabeis todo eso?

—Lo sé porque el hombre de quien os habeis confiado os ha vendido, os traiciona.

—¿Nos traiciona?—exclamaron á un tiempo varias voces.

—Sí, y por eso os buscaba, para preveniros el peligro: ¿cómo se llama entre vosotros ese hombre?

—Antonio Brazo-de-acero.

—Pues su nombre verdadero yo le conozco; ese hombre se llama Enrique Ruiz de Mendilueta.

—¿Sabeis, señora, que lo que decís es grave?

—Tan grave, que supongo que á esta hora toda la ciudad está en alarma, y se preparan sin duda para veniros á atacar: creo que debíais retiraros sin intentar nada, porque seria ya en vano; por hoy se ha perdido la oportunidad.

—¿Pero Antonio ó Enrique, como vos le decís?

—Estará con el gobernador.

—¿Es verdad eso?

—Si dudais de mí, quizá pronto tendreis que arrepentiros.

—Llevad á esta señora á bordo de una lancha—dijo el hombre—y tenedla allí hasta que yo dé otra órden.

Dos hombres se apoderaron de Doña Ana, á la que aun no habian visto bien el rostro, y la condujeron á una lancha; el que la habia interrogado se quedó allí, rodeado de otros tres ó cuatro.

—¿Y bien, Juan Darien, qué decís de esto?

—Yo espero que vos, que conoceis mas á Brazo-de-acero, me deis vuestra opinion, señor Morgan.

—Pues yo creo que Antonio es incapaz de una traicion.

—Pero si eso es así, ¿esta mujer cómo sabia nuestra llegada aquí y nuestros planes?

—¡Por mi vida que todo eso me confunde!

—Y á mí tambien.

—¿Creeis que debemos desistir? porque de una ó de otra manera, hemos sido descubiertos, y quizá estén prevenidos los españoles.

—Preciso seria tener mas seguridad.

—Entonces no hay que vacilar; acerquémonos, que siempre para retirarse será tiempo.

—¿Así lo ordenais?

—Sí.

—Llevaré alguna gente y marcharé á la descubierta; vos me seguireis con todo el grueso de nuestra fuerza.

—En el momento, á movernos; no hay que perder un instante.

Juan Morgan y Juan Darien se separaron, y los piratas comenzaron á organizarse para marchar.

Poco despues, entre las sombras de los manglares, podíanse distinguir algunos bultos que avanzaban, unas veces

caminando como hombres, otras arrastrándose como reptiles, escurriéndose, embarrándose en los troncos de los árboles, pero siempre ganando terreno y sin causar el mas leve rumor; ni las piedras rodaban bajo sus piés, ni la maleza seca crugia; parecian unas sombras impalpables: de repente una de aquellas sombras se detenia, y todas las demás le imitaban, escuchaban seguramente los ruidos vagos y lejanos que llegaban entre los vientos de la noche; pero nada debia alarmarlos, porque continuaban su camino.

Detrás de ellos, á corta distancia, marchaba tambien otra gran masa negra y silenciosa; esta parecia una serpiente que se arrastraba pausadamente, pero que tampoco se oia ni el rozar de su cuerpo sobre la arena.

Era la columna de los piratas mandada por Juan Morgan, que seguia á su descubierta.

De repente aquella columna se detuvo; era que la negra silueta de uno de los castillos que défendian la plaza se habia levantado delante de ellos como un fantasma.

Juan Darien estaba cerca de aquel castillo; un centinela se paseaba tranquilamente fuera de la muralla. Juan Darien llamó á dos de los suyos, y con una voz tan baja que apenas podian oirle, les dijo:

—Es preciso apoderarnos de ese hombre: seguidme y procurad taparle la boca.

El centinela se paseaba. Juan Darien y los suyos se acercaron á él arrastrándose.

Cuando el centinela venia hácia ellos, se dejaban caer y permanecian sin movimiento; cuando él daba la vuelta, se arrastraban procurando ganar terreno.

Era una empresa de astucia y de paciencia; pero el centinela nada sintió.

Por fin, llegaron á estar tan cerca, que si el hombre hu-

biera dado un solo paso mas, hubiera tropezado con ellos; pero llegó hasta donde habia llegado antes y dió media vuelta.

Juan Darien se levantó con una ligereza asombrosa, se arrojó sobre el descuidado centinela y le aprisionó entre sus brazos.

Los hombres que le acompañaban llegaron casi al mismo tiempo, y uno le cubrió la boca con la mano y el otro le levantó de los piés.

Así, antes que pudiera dar un grito, y menos hacer uso de la arma, fué arrebatado de su puesto y conducido lejos de allí.

Todo aquello se habia ejecutado con el mas profundo silencio.

Morgan esperaba á la cabeza de los suyos, cuando vió llegar á Darien con el prisionero.

—Un centinela prisionero—dijo Juan Darien;—este podrá informarnos de lo que pasa en la ciudad y en los castillos.

—Habla—dijo Morgan;—contesta la verdad, ó ten por seguro que te haré matar si me engañas.

El soldado estaba maniatado.

—¿Qué se sabe en la ciudad de nuestra llegada?—preguntó Morgan.

—Nada, señor, nada—contestó temblando el soldado.

—¿No hay alarma?

—No, señor, todo está tranquilo.

—Mira que no me engañes.

—Os lo juro.

—Bien; te va la vida si mientes: ¿qué gente de armas hay en la plaza?

—Serán cuatrocientos soldados, y otros tantos mercaderes armados; pero esos están en su casa.

—¿Y bocas de fuego?

—Esas sí son muchas; pero todas están en los dos castillos grandes y en el chico.

Morgan se levantó, ordenó á la columna ponerse en marcha, y se puso á la cabeza de ella.

El primero de los castillos estaba á un cuarto de legua del lugar en que se habian detenido los piratas, y la columna llegó allí al amanecer.

En aquellos tiempos la guerra tenia indudablemente un aspecto mas caballeresco.

En nuestros dias, hemos visto las escuadras de las naciones que se tienen por mas civilizadas, invadir un país sin previa declaracion de guerra; hemos visto á los ejércitos de Francia sitiar y atacar plazas sin hacer antes una intimacion.

Los piratas eran mas caballeros.

Al amanecer, el castillo estaba completamente circunvalado y nadie podia salir de allí; pero Morgan envió á uno de sus oficiales á intimar rendicion, amenazando á la guarnicion española con pasar á todos á cuchillo.

Los españoles se negaron á entrar en tratados con los piratas, y rompieron sobre ellos un fuego vivísimo de cañon.

La ciudad no sintió hasta entonces lo que pasaba, y comenzó en ella la alarma. Unos huian á los bosques, otros se preparaban á la defensa, otros arrojaban á los pozos sus riquezas para salvarlas, y las mujeres lloraban, y todo era confusion y desórden.

Los del castillo se defendian bizarramente; pero los piratas atacaban con un valor increible.

Juan Morgan y Juan Darien, armados con hachas de

abordaje, se arrojaron á la puerta como dos leones; los demás los siguieron en medio de una granizada de balas.

La puerta cedió bajo los tremendos golpes de los dos aventureros, y como un torrente de fuego, los piratas se precipitaron en el interior.

Pocos momentos despues la guarnicion estaba rendida.

—Algo se ha hecho—dijo Juan Morgan—pero aun queda mucho por hacer para tomar la ciudad.

—¿Quereis que avance sobre ella?—preguntó Juan Darien.

—No; encargaos aquí de destruir esta fortaleza, y yo seguiré con las otras.

Morgan salió seguido de los suyos, y se dirigió á la ciudad.

Quedaban por conquistar un castillo grande y uno mas pequeño; en el grande se habia encerrado el gobernador español con el resto de la guarnicion, y el pequeño habia quedado al mando de Don Diego de Alvarez y estaba defendido por todos los comerciantes, que habian llevado allí á sus familias; Doña Marina y Leonor su hija, estaban tambien allí.

Morgan penetró á la ciudad entre el fuego de cañon que le hacian del castillo ocupado por el gobernador; pero como si no hubiera riesgo de ninguna clase, los piratas entraron á saco en todas las casas, y se dirigieron á los monasterios y sacaron de allí prisioneros á todos los frailes y las monjas.

En este momento se escuchó una espantosa detonacion.

Juan Darien habia encerrado en el castillo que estaba en su poder, á todos los prisioneros españoles y habia puesto fuego al pañol de la pólvora.

Desde las almenas de su fortaleza, el gobernador habia

presenciado aquella espantosa catástrofe, y comprendió la suerte que le aguardaba.

No tardó en comenzar el ataque contra él; los piratas acometian con valor, pero eran rechazados; la muerte diezmaba sus columnas, sin disminuir el valor y la rabia de los que sobrevivian.

Arrojábanse los mas decididos sobre las puertas para abatirlas con las hachas; pero morian en la empresa, porque aquellas puertas no cedian. Morgan comenzaba á desesperar.

—¡Fuego á esas puertas!—gritó Juan Darien.

Y como si ya hubieran estado preparados para recibir aquella órden, se vieron por todas partes piratas que procuraban acercarse al castillo con vigas encendidas y con cuantas materias inflamables podian encontrar á la mano.

Unos morian y otros retrocedian espantados; pero no cedian en su empeño. Largo rato duró esta porfía, hasta que de repente los piratas lanzaron un grito de entusiasmo; una llama que crecia rápidamente, levantaba sus lenguas rojas y movedizas en una de las puertas, que pocos momentos despues cayó reducida á cenizas.

La caida de aquella puerta abria la entrada á los piratas, que ciegos de furor se arrojaban por ella.

Pero los defensores estaban decididos á morir combatiendo; apenas los primeros hombres de Morgan penetraron en el castillo, cuando vino sobre ellos una verdadera lluvia de granadas de mano, de frascos llenos de pólvora, y hasta de saquillos llenos tambien de pólvora, que se incendiaban al caer en el fuego, causando por todas partes la muerte y el espanto.

Los jefes animaban con la voz y con el ejemplo; los pira-

tas hicieron un esfuerzo; pero todo fué inútil, y tuvieron que retroceder.

La victoria se declaraba por los soldados del rey, la esperanza comenzaba á animarlos, y la desesperacion se apoderaba del corazon de Morgan y de Juan Darien.

Retiráronse los piratas fuera del alcance de los tiros del castillo, cuya entrada fué vuelta á cerrar inmediatamente.

—Esto es horrible—dijo Juan Morgan atusando su largo bigote—estos hombres se resisten mas de lo que yo esperaba; mucha gente nos han muerto, y la que queda está desalentada.

—Así lo comprendo—replicó Juan Darien;—pero esta defensa obstinada me hace recordar lo que nos contó anoche esa mujer, que vuestro enviado ha hecho traicion.

—Y retirarnos seria perdernos—continuó Morgan sin hacer caso de lo que Juan Darien le indicaba respecto de Brazo-de-acero;—retirarnos seria perdernos, porque estos, alentados, saldrian sobre nosotros, y tenemos tantos heridos, y los navíos están lejos.

—No hay que pensar en retirada, porque si como suponemos, los españoles están instruidos de nuestro número, su aliento será mayor. ¡Ah, Brazo-de-acero! ¡si yo te llegara á tener entre mis manos!

—¿Creeis en eso aún?

—¿No he de creer? ¿pues acaso, segun las instrucciones que le dimos, no era ya tiempo de que estuviera en combate?

—Quizá no tarde.

—No lo creo.

—Pues mirad—gritó Morgan con alegría, mostrando con la mano el otro castillo.

En el mas pequeño de los tres castillos se escuchaban

gritos de triunfo, y una bandera inglesa ondeaba sobre sus almenas.

—¿Qué podrá ser eso?—dijo Juan Darien.

—Brazo-de-acero!—exclamó Morgan con alegría;—Brazo-de-acero, que desmiente con sus hechos las calumnias de esa mujer.

—Almirante, os pido mil perdones por haber desconfiado de vuestro protegido.

—Las cosas se habian rodeado de tal modo que yo mismo llegué á vacilar: en fin, no hay por ahora que ocuparnos de eso, sino solo de rendir á estos perros que se resisten.

—Es preciso dar un asalto formal.

—Mandad que preparen escalas, pero grandes, de tal manera, que puedan subir por ellas hasta tres hombres de frente; buscad en el pueblo quienes vengan á prestarnos ayuda por bien ó por fuerza, para arrimar esas escalas á la muralla; pero todo con diligencia: es apenas medio dia; al anochecer debemos ser dueños de ese castillo.

—Sereis obedecido—dijo Juan Darien; y seguido de algunos de los suyos penetró en la ciudad.

VIII.

Dos antiguos rivales.

José el pescador habia ocultado á Don Enrique en una casa que estaba muy cerca del pequeño castillo ocupado por los comerciantes de la ciudad.

Durante toda la noche José no habia descansado un solo momento. La casa en que estaba Don Enrique era muy grande, pero se hallaba casi abandonada, pues era de aquellas que solo ocupaban los comerciantes de Panamá cuando por motivo de la llegada á Portobelo de los galeones de España, tenian necesidad de trasladar su domicilio.

Aquella casa, cuando Don Enrique llegó, estaba al cargo de una familia pobre, que cuidaba de su conservacion y que habitaba en la portería; pero aquella familia, apenas se presentó José el pescador y habló con ella un momento, cuando abrió todas las estancias y salones.

—Cuidad de que no se vea luz—dijo José;—la puerta

de la calle abierta, pero todas las ventanas perfectamente cerradas: pronto estaré de vuelta.

Don Enrique entró á una estancia, sentóse en un sitial y comenzó á meditar.

Pensaba en Doña Ana, en Morgan, en los piratas, en sus recuerdos de infancia. El, un rico heredero, uno de los jóvenes mas nobles de México, reducido por mil circunstancias que él mismo no sabia explicarse, á huir de su patria y vivir entre los piratas!

Su memoria le trajo con una cruel fidelidad cuanto le habia acontecido la noche del sarao en la casa de Doña Marina; y aquel recuerdo encendió su sangre, aquella intriga negra y horrible habia sido sin duda la causa de la persecucion que le habia declarado el virey, y sin poderse contener, exclamó:

—¡Ah! ¡si yo pudiera volver á México por dos horas no mas!...... Ese hombre se reirá de mí...... y yo soy impotente para castigarle, y he perdido por él patria, nombre, familia, todo, todo; hasta mi porvenir, porque aunque yo haya prometido á Julia una época de ventura, ¿podré cumplirle esta promésa? ¿podré alguna vez presentarme en México?......

Y Don Enrique inclinó la cabeza y olvidó el presente para perderse en un mar de recuerdos y de esperanzas.

—Aquí estamos—dijo repentinamente una voz.

Don Enrique se levantó sobresaltado, y vió delante de sí á José el pescador, seguido de otros dos hombres de mala catadura.

—¿Qué hay por la ciudad?—preguntó Don Enrique.

—Nada, absolutamente nada; todo está tranquilo, nadie piensa en los piratas, nadie se figura que estén cerca; creo que el golpe es seguro.

—¿Y qué se ha adelantado?

—Mucho: estos dos que veis aquí son hombres de toda confianza que deben colocarse desde este momento en la puerta para reconocer á todos los nuestros que vayan llegando, y para no permitir la salida á ninguno: poco á poco irán llegando los hombres á quienes he podido dar aviso, y se os presentarán; no teneis que pedirles contraseña ni debeis desconfiar de ellos, porque cuando lleguen hasta vos estarán ya reconocidos por estos, y solo os verán para que os conozcan y vos los podais conocer tambien; despues ya sabreis á qué hora y en qué momento los haceis salir: yo me voy.

—¿Por qué?

—Voy á recoger á los demás amigos......

—Pues cuidad de colocar á los que deben estar á la entrada.

—Lo haré—dijo José, y volvió á salir.

Casi desde este instante comenzaron á llegar hombres armados que se presentaban á Don Enrique.

Habia entre ellos de todas las naciones, y vestian todos los trages conocidos en aquella sociedad. Don Enrique creyó estar pasando una revista á las tropas de Morgan, y no se admiró de que fuesen aliados de los que venian á atacar.

La casa estaba llena; habia allí mas de trescientos hombres, y comenzaba ya á amanecer cuando volvió José el pescador.

—¿Qué habrá sucedido?—preguntó á Don Enrique;—el dia va aclarando, la noche ha pasado, y nuestros amigos no parecen: seria para nosotros un horrible compromiso; quizá á muchos nos costaria inútilmente la vida.

—Espero que no tardarán; quién sabe qué obstáculo habrán encontrado en su camino.

—Pero es que ya los hombres se impacientan, murmuran; quieren salir de aquí antes que puedan ser vistos por la gente con la luz de la mañana.

—Que esperen.

—No es posible; si no hay nada en la noche, ¿cómo salen de aquí estos hombres? ¿cómo atraviesan la ciudad de dia y armados? Quizá esto solo bastaria para que los prendieran.

En este instante, dos hombres de los que se habian reunido en la casa se presentaron delante de Don Enrique y de José sin ceremonia alguna.

—¿Qué quereis?—dijo Don Enrique, suponiendo á lo que venian.

—Queremos—contestó con altanería uno de ellos—saber si se trata de burlarse de nosotros, y todos los compañeros, que no son hombres para andarse con chanzas, nos envian para arreglar este negocio.

—¿Y bien?—dijo Don Enrique.

—Y bien—continuó el hombre;—que se nos ha sacado de nuestras casas con engaño, prometiéndonos y contándonos que esta noche Morgan y Juan Darien estarian aquí y atacarian por fuera la ciudad, mientras que nosotros les ayudábamos por el interior: hemos dejado á nuestras familias y hemos pasado toda la noche en espera; la noche se acaba, y necesitamos saber antes que salga la luz lo que pase aquí, porque si llega el dia no podremos sin peligro inminente salir de aquí.

—Pues ya lo veis—contestó Don Enrique;—yo espero tambien y estoy en la misma incertidumbre que vosotros.

—Es decir—replicó un hombre de aquellos—que sin tener una plena seguridad nos habeis comprometido; es decir que habeis jugado con nosotros, que nos habeis engañado.

—¿Cómo se entiende?—exclamó Don Enrique, levantándose pálido de furor y con su gran cuchillo en la mano.

—Se entiende así—contestó el hombre, desnudando tambien un puñal, accion que imitó tambien su compañero;—se entiende así, que tú has jugado con nosotros, que nos has engañado, que nos has comprometido; pero que te vamos á castigar en nombre de todos, para que no te acontesca jamás hacer otro tanto con nadie.

—¿Os atrevereis?—exclamó José el pescador.

—Sí tal; y agradece tú, José el pescador, agradece á que eres tan buen amigo y á que tú tambien has sido engañado, que si no, por tí comenzaba el castigo: es cosa decidida por todos.

—Pues para tocar á este hombre, primero me matareis á mí—dijo el pescador con resolucion, desnudando su cuchillo y poniéndose al lado de Don Enrique.

Los otros dieron, ya con gran vacilacion, un paso adelante.

—Vamos, vamos, quietos—dijo el pescador;—ya me conoceis á mí todos vosotros, ya sabeis que solo basto para cinco; no me pongais en el duro trance de enviaros por mi mano á la otra vida.

—Mira, José—replicó uno de los hombres—ya sabemos lo que tú vales; quítate de en medio, déjanos castigar á ese; es cosa resuelta matarlo porque nos ha engañado, y cueste lo que cueste. Retírate, José.

—Nunca.

—¿No?

—No.

—Pues por tu culpa morirás tambien—exclamó uno de los hombres, y abrió la puerta, por donde se precipitaron como rabiosos todos los que pudieron caber en la estancia; pero sin gritar, en silencio, como sombras que no hacian ruido.

Don Enrique y el pescador se habian refugiado en uno de los ángulos de la estancia, y formándose una trinchera con los sitiales esperaban el ataque, del que ni pensaban siquiera salir con vida.

—Por última vez, José, ¿nos dejas libres para castigar á ese hombre sin atravesarte en nuestro camino?

—No!—contestó resueltamente José.

—Pues concluyamos, que ya está amaneciendo—dijo una voz; y todos se disponian á arrojarse con el puñal en la mano sobre Don Enrique y José, que esperaban pálidos pero serenos la segura muerte, cuando á lo lejos se escuchó el estampido de un cañonazo, y las paredes de la casa se estremecieron.

Don Enrique y el pescador conocieron que se habian salvado; un minuto mas que hubiera tardado el ataque, eran hombres muertos.

Todo el mundo habia quedado inmóbil; los fuegos se continuaban cada vez mas nutridos, y nadie se atrevia á hablar una palabra.

Se comprendia que habia un ataque formal sobre uno de los castillos.

—¿Os habia yo engañado, miserables?—gritó Don Enrique.

Nadie se atrevió á contestar.

—Respondedme: os llamo para una gran empresa, ¿y me pagais con quererme asesinar?...... No me valdré ya de vosotros para esta accion.

—Señor—dijo José el pescador—los amigos están arrepentidos de su ligereza, estoy cierto de ello; yo los conozco: perdonadles, llevadles á pelear, y vereis cómo allí hacen olvidar las faltas con su valor.

Don Enrique fingió una gran indignacion; pero en el fon-

do estaba contento de haber escapado de tan inminente peligro, y deseando llevar á aquellos hombres al combate.

—Bien—exclamó—olvidemos lo que ha pasado, y dispongámonos á tomar parte en la funcion: oid cómo se baten; es preciso escoger el momento oportuno para salir.

—Sí—agregó José;—en este momento aun están en la ciudad las tropas que manda el gobernador en persona, que son en número superiores á nosotros, y nos sacrificarian inútilmente; voy yo mismo á aprovechar la alarma y el desórden que debe haber, y observando los movimientos de las tropas, vendré á daros aviso oportuno para que podais salir en ayuda de nuestros amigos.

Y José salió violentamente á la calle.

Don Enrique comenzó á alistar y á animar á su gente.

La puerta de la casa permanecia cerrada; pero al través de ella se escuchaban las pisadas de los que pasaban corriendo á pié ó á caballo, y palabras y frases que eran por sí solas una historia.

—Ya casi están derrotados—decian unos al pasar;—y otros—sigue terrible el asalto;—ya van á salir los refuerzos;—se va la tropa con el gobernador;—yo ya escondí todo;—me voy al monte.

Y otras mil cosas que indicaban la alarma y confusion que reinaba en la ciudad.

De repente se escuchó un horrible estallido, y la casa se cimbró hasta los cimientos, y algunos batientes de las ventanas se abrieron con violencia.

Llamaron fuertemente á la puerta; era José el pescador.

—¡Es el momento!—exclamó, jadeando de fatiga y de emocion—¡es el momento! salgamos: Juan Darien ha volado con todo y prisioneros uno de los castillos grandes, despues de que lo tomaron, y Morgan está en el otro castillo,

en donde se ha refugiado el gobernador con toda su tropa: vamos á atacar el castillo chico que ocupan los mercaderes armados, y en donde han encerrado la mayor parte de sus riquezas.

—¡Al asalto!—gritó Don Enrique.

—¡Al asalto!—contestaron todos, formando con las voces una especie de trueno que se escuchó muy lejos.

Y Don Enrique salió de la casa, seguido de aquella multitud, que blandia sus armas y que gritaba, ansiosa de sangre y de botin.

Algunas familias que corrian por la calle, huyeron despavoridas al ver á aquellos hombres.

Se escuchaban á lo lejos las descargas repetidas de los cañones y de la mosquetería, el cielo estaba negro del humo de la pólvora y de los incendios y del polvo que levantara al volar el castillo, y fuera del ruido del combate, la ciudad estaba desierta y silenciosa; pavor causaban sus calles solitarias y las puertas abiertas de sus abandonadas habitaciones.

La tropa de Don Enrique se presentó delante del castillo que ocupaban los comerciantes, y fué recibida con una descarga que puso á muchos fuera de combate; pero los asaltantes cargaron con tanto vigor, que podia asegurarse que el triunfo no era ni dudoso.

En un momento se improvisaron escalas y arietes, y se comenzó en toda forma el asalto; las puertas cayeron al golpe de las hachas, y parte de los sitiadores penetraron por allí, en el mismo momento en que Don Enrique, á la cabeza de los mas atrevidos, saltaba el primero sobre la muralla.

Los defensores, atacados por todas partes, se rindieron, y en el último grupo de los que deponian las armas el jefe quedó tambien prisionero.

Don Enrique se dirigió á aquel grupo en busca del jefe, que por su parte salió á su encuentro; los dos se reconocieron y se miraron.

—¡Don Enrique Ruiz de Mendilueta!—exclamó el Indiano, que era el jefe de los vencidos.

—¡Don Diego de Alvarez!—gritó Don Enrique.

En este momento Juan el pescador izaba en las almenas del castillo una bandera inglesa.

IX.

Venganza.

La turba vencedora gritaba y se apoderaba de cuanto contenia el castillo; dinero, mercancías, armas, mujeres, todo era arrebatado y todo se sacaba de allí inmediatamente, porque aquellos hombres temian que á su turno los piratas los despojasen del botin.

Por todas partes se escuchaba el ruido de las hachas con que se rompian las puertas y las cajas, los gritos de alegría de los que encontraban una buena presa, los gemidos de los moribundos y los ayes de angustia y de terror de las damas, que arrebatadas del seno de sus espantadas familias, salian del castillo en brazos de sus raptores.

Aquella era una escena espantosa, y los que no se dedicaban al saqueo ó que estaban ya satisfechos, amenazaban con la muerte á los prisioneros, y calmada su sed de oro, buscaban saciar su sed de sangre.

El Indiano y sus compañeros de desgracia esperaban la

muerte, oyendo aquel espantoso tumulto y considerando la suerte que correrian sus infelices familias.

Cuando vieron aproximarse á Don Enrique, creyeron que habia llegado para ellos el supremo instante.

Don Enrique y el Indiano se reconocieron, y permanecieron en silencio contemplándose por un momento.

Don Diego fué el primero en romper aquel silencio.

—Don Enrique—dijo con una tranquilidad que nada tenia de afectada—sé que para mí no hay esperanza; estoy en vuestro poder, podeis vengaros, y estais en vuestro derecho; nada pido para mí; pero si hay en vuestro corazon algun rasgo de generosidad, una gracia os pide el hombre que va á partir de este mundo, una gracia sola: que vuestro acero, despues de romper mi corazon, abra tambien el pecho de mi esposa Marina y de mi hija Leonor, antes que sean el juguete y el escarnio de los hombres que os acompañan: prometedme eso nada mas, y moriré tranquilo; que ellas mueran tambien, pero que no las deshonren......

—Don Diego—contestó Don Enrique con una calma terrible—estais en mi poder, y en mi poder están vuestra esposa y vuestra hija; por vos, por la que hoy es vuestra esposa, he perdido cuanto un hombre puede tener sobre la tiera, familia, patria, riquezas, honores, porvenir, nombre, todo, todo; por vos he tenido que vivir en las montañas como un bandido; por vos he llegado á ser pirata, á seguir esta carrera que no tiene mas porvenir que el patíbulo y la deshonra. Don Diego, me debeis una venganza terrible; vuestra muerte no satisfaria tantos pesares, tantos rencores; vida por vida; ¿pero y mi honra, y mi nombre, y mi patria, y mi porvenir? Apenas verter vuestra sangre y entregar á vuestra mujer á las torpes caricias de mis soldados, y educar á vuestra hija para el vicio y la prostitucion, ape-

nas serviria para el digno castigo de cuantas injurias he recibido de vos.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—exclamó el Indiano con la mas profunda amargura—¡Dios mio! esto es espantoso!

—¡Don Diego de Alvarez!—continuó Don Enrique—yo os tengo de matar con mi espada y con mi mano, porque me debeis una reparacion; pero esto lo haré como quien soy, como caballero. Don Diego, libre estais desde este momento; buscad á vuestra esposa y á vuestra hija; yo os daré algunos hombres para que os las entreguen, rescatándolas de grado ó por fuerza; pero no me agradezcais nada, nada, Don Diego, porque os aborrezco con todas las fuerzas de mi corazon. Id, Don Diego, y no os pongo mas condicion sino la de que dentro de seis meses, es decir, el seis de Agosto de este año, me esperareis en México, á las doce de la noche, enfrente de la misma casa en la que recibí de vosotros tan atroz injuria.

Don Diego quiso contestar.

—José—dijo Don Enrique dirigiéndose al pescador—ya habeis escuchado; llevaos á ese caballero; que le sean restituidas su esposa y su hija, y todos tres, custodiados debidamente, salgan de la ciudad por donde quieran, hasta quedar fuera de peligro.

Don Enrique dió la vuelta y se retiró, dejando asombrado al Indiano.

—¡Oh!—exclamó el Indiano—grandeza por grandeza, veremos cuál es mejor; yo me vengaré como él.

Y seguido del pescador y de algunos hombres, se dirigió en busca de Doña Marina.

....

....

Entretanto, pasaba en el castillo que defendia el gobernador de la plaza, una cosa horrible.

Juan Darien habia encontrado las escalas que queria Morgan, y llegaba con ellas al campo de los sitiadores.

Pero traia tambien la gente que las habia de arrimar á la muralla. Eran todos los frailes y las monjas que habian podido encontrar en la ciudad.

Las monjas lloraban; sus velos y tocas habian sido arrancados, y los piratas reian de las que eran feas y viejas, y se permitian espantosas chanzas y brutales caricias con las jóvenes y bonitas.

—Esta gente colocará las escalas—dijo Juan Darien.

—Bueno—contestó Morgan;—manos á la obra.

—Mejor que nos den algunas de esas—dijo un pirata, señalando á las monjas.

Morgan, por toda contestacion, preparó su pistola y descargó el tiro sobre el osado que hablaba así en su presencia.

El hombre huyó el golpe y se ocultó entre sus compañeros.

—A las escalas!—dijo Juan Darien.

Los frailes y las monjas vacilaron; pero el pirata descargó un furioso golpe con un leño sobre una de las religiosas, que cayó, lanzando un grito.

—¡A las escalas pronto!—repitió con voz de trueno.

Todos aquellos infelices corrieron y levantaron las escalas.

—Ahora, seguidme—dijo Juan Darien.

Y aquellos desgraciados, cargando las grandes escalas, comenzaron á caminar, siguiendo á Juan Darien.

Los defensores del castillo se horrorizaron al ver avanzar sobre ellos aquella comitiva de monjas y frailes, conduciendo las escalas de los sitiadores.

—¡Fuego! gritó el gobernador.

Ningun soldado se atrevia á obedecer.

—¡Compasion! ¡compasion!—gritaban los desgraciados que conducian las escalas.—¡Compasion! En nombre del cielo, no tireis; mirad que venimos por la fuerza; mirad que somos gentes pacíficas, que vienen aquí ministros y esposas del Señor.

—Adelante! adelante!—gritaban los piratas, y avanzaban.

Los asaltantes estaban ya casi al pié del castillo; las monjas lloraban, los frailes pedian misericordia.

—¡Fuego!—repitió con voz firme el gobernador. Los soldados españoles comprendieron el peligro, y apuntaron al grupo y luego volvieron los rostros.

Una cinta de fuego rodeó la fortaleza, retumbó la descarga, el humo envolvió las almenas, y multitud de víctimas rodaron por tierra.

Aquella descarga habia sido fatal para los asaltantes; frailes y monjas, heridos revolcándose en su sangre y dando lastimosos gemidos, otros queriendo huir, y los piratas feroces y encarnizados, obligándolos á permanecer y á continuar en su tarea.

Las descargas se sucedian; era aquello un asalto en forma: las escalas se colocaron contra los muros, y comenzaron á subir por ellas como unos rabiosos los piratas.

Entonces la batalla se libró entre las almenas, y en los patios, y en las estancias del castillo.

Como un leon el gobernador español se defendia y luchaba, rechazando á sus enemigos y perdiendo y ganando terreno.

El valor faltó á algunos de sus soldados, y él les dió la muerte.

Por fin, rodeado de enemigos que respetaban y admira-

ban su esfuerzo heróico, dió por un momento tregua al combate.

Juan Morgan llegaba en aquel momento.

—¿Pides cuartel?—preguntó el pirata.

—¡Nunca!—contestó el gobernador;—antes morir como soldado y con honor, que vivir como un cobarde.

Y sin esperar mas, se lanzó furioso sobre Morgan y sobre todos los que le rodeaban.

Pero era un combate temerario; cien espadas se dirigieron contra su pecho, y no tardó en caer acribillado de heridas.

El triunfo era completo; los piratas, dueños de la ciudad, se entregaron al saqueo.

Morgan y Juan Darien escogieron para su alojamiento una gran casa, y aun no se disipaba el humo del combate, y ya sentados á la mesa comian tranquilamente.

Estaba anocheciendo, y el combate habia comenzado al despuntar la aurora.

En doce horas habia cambiado totalmente la suerte de aquella infortunada ciudad.

X.

El regalo.

La ciudad presentaba un cuadro aterrador; las calles oscuras, las puertas de las casas rotas, fragmentos de muebles por todas partes, y por todas partes tambien grupos de piratas, ó de hombres perdidos de la poblacion en completo estado de embriaguez, cantando coplas indecentes y llevando en sus brazos jóvenes hermosas de las principales familias de la ciudad, que habian tomado como parte del botin para saciar sus brutales apetitos, y esto quizá pasando aquellas desgraciadas sobre los cadáveres y la sangre de sus padres y de sus hermanos.

Aquella era una espantosa y sangrienta bacanal.

Un grupo de aquellos soldados llevando á varias jóvenes, entre las que se veian tambien algunas religiosas de las que habian salvado en el asalto, llegó á una de las casas abandonadas.

Los piratas llevaban casi todos grandes hachones de cera que se habian sacado de una iglesia.

—Esta casa está buena para pasar la noche—dijo uno; —¿os parece?

—Sí, sí, á la casa!—gritaron todos.

—Estas hermosas no pueden andar en la calle; están cansadas.

—Sí—agregó otro—tendremos una noche de príncipes; ¿no te parece, hermosa mia?—dijo, dirigiéndose á la jóven que traia.

La infeliz no contestó; y toda la turba invadió la casa, registrándolo y examinándolo todo.

Aquella era una habitacion magnífica y soberbiamente amueblada.

Por todos los aposentos se veian las luces que llevaban los piratas, que recorrian las estancias buscando algo que les conviniera llevarse, y un lugar para pasar la noche.

De repente, uno de ellos que habia penetrado en un sótano, salió de allí gritando á sus compañeros, y casi arrastrando á una mujer.

En un momento todos se reunieron y rodearon á aquella desgraciada.

Era Doña Marina.

—¡Mirad qué mujer tan hermosa!—exclamó;—¿quién la quiere?

—Yo tengo la mia y estoy contento—contestó uno.

—Y yo, y yo—repitieron los otros.

—Pues será lástima que tan linda moza se quede sin uno de nosotros.

—Es cierto.

—¿Pues qué hacemos? Que busquen á uno de los nuestros......

—Todos tienen ya.

—Entonces, ¿sabeis lo que me ocurre?

—¿Qué?—dijeron todos.

—Que estas señoras que nos acompañan, la vistan como una reina, y mañana se la regalamos al almirante.

—Bien pensado; ¿pero si tiene ya alguna dama?

—Mañana nos agradecerá esta.

—Bueno; ¿pero mientras qué hacer con ella?

—Encerrarla y tenerla oculta toda la noche.

....

....

El Indiano, acompañado de José el pescador, habia ido en busca de Doña Marina y de su hija.

En aquella terrible confusion le era casi imposible reconocer á todas las infelices mujeres que estaban ya en poder de los asaltantes.

Entonces comprendió Don Diego todo el horror de aquella situacion; apenas hubo mujer jóven de la que no se apoderasen: lloraban, se desesperaban, suplicaban de rodillas; pero aquellos hombres eran inflexibles.

Apenas con el prestigio que entre todos disfrutaba José el pescador, pudo proceder Don Diego á la averiguacion, y sus pesquisas resultaron inútiles.

Despues de tres horas de presenciar aquel horroroso espectáculo, Don Diego se desengañó de que Doña Marina no estaba en el castillo, y perdida ya toda esperanza, salió de él.

Una infeliz anciana, herida de un brazo, estaba sentada en la puerta de una casa y reconoció al Indiano.

—¡Qué dia! ¡qué dia!—exclamó aquella desgraciada;—la cólera de Dios ha descargado sobre nosotros.

El infortunio vuelve á los hombres comunicativos y hace

desaparecer todas las diferencias sociales. Don Diego y aquella anciana se miraron como dos hermanos en medio de aquel caos.

—Señora—dijo el Indiano—¿quién tan infortunado como yo? He perdido á mi hija y á mi esposa!

—Yo he perdido tambien el único hijo que tenia; me lo han asesinado esos hombres. ¿Vuestra esposa ha muerto tambien?

—¡Mas valiera! la he perdido, y quizá en este momento sirva de escarnio á esos tigres.

—¿No está en el castillo?

—No, señora.

—Pues quizá haya escapado: yo estaba herida desde el principio del combate, y he permanecido aquí; cuando el castillo se rindió, un gran grupo de mujeres, entre las que iban algunos niños, salió por una puerta y ganó el bosque; nadie las perseguia y deben ya estar en salvo: tal vez vuestra hija y vuestra esposa hayan tenido esa dicha.

—¿Y además de esas mujeres, á ninguna habeis visto salir?

—Ninguna ha salido, os lo aseguro, y está en el castillo ó entre las que se salvaron.

—En el castillo no está.

—Entonces buscadla en los bosques.

—¿Qué rumbo decís que tomaron?

—Por ahí derecho—dijo la anciana señalando un bosque muy poblado de árboles que estaba cerca.

—Entonces voy en su busca.

—Dios os guie.

—¿Quereis que os lleve?

—¡Oh! gracias; espero recoger siquiera el cadáver de mi

hijo, para poder morir á su lado: conozco que ya se agota mi vida.

—Entonces adios, y Dios os consuele.

—Que Dios os guarde.

Don Diego echó á andar siguiendo la direccion que le habia indicado la anciana.

Comenzaba á encumbrar cuando oyó el fuego nutrido de cañon en el fuerte que defendia aún el gobernador.

Volvió el rostro, la bandera española flameaba coronando las almenas; nubes de humo se alzaban lentas sobre la fortaleza, y al pié de las murallas se distinguia á los asaltantes moverse con una infernal actividad.

Don Diego pensó en el gobernador, en los soldados y en las familias refugiadas allí; lanzó un suspiro, y exclamó:

—¡Están perdidos sin remedio!—y volvió á continuar su camino.

Poco á poco se fué internando en el bosque y alejándose de la ciudad; poco á poco fueron haciéndose mas remotos los ecos de los cañonazos, hasta que dejaron de percibirse completamente.

La selva era espesísima, no habia allí senda ni vereda de ninguna especie, y el Indiano vacilaba á cada paso sobre el rumbo que debia seguir, y se afligia pensando que quizá se apartaba del que seguian las fugitivas, y que en medio de aquel bosque moririan de hambre aquellas mujeres, sin amparo y sin guia.

Maquinalmente atravesaba colinas y bosques. Iba ya á morir la tarde, cuando oyó que le llamaron por su nombre.

Se detuvo, buscó con la vista y vió á una mujer que le llamaba, y se dirigió á encontrarla.

Era una de las principales damas de la ciudad; pero su

trage estaba completamente destrozado, su cabello lleno de polvo, su rostro maltratado por las espinas y las ramas de los árboles.

—Gracias á Dios, señor, que habeis salvado—dijo la dama;—¿adónde está Doña Marina?

—Señora, lo ignoro—contestó Don Diego;—la busco hace mucho tiempo sin haber tenido noticia de ella ni de mi hija.

—¡Dios mio! ¿pues qué habrá sido de ella?

—¿Vos no la vísteis, señora?

—Sí; cuando esos hombres asaltaron el castillo, nosotras encontramos modo de abrir una puerta que daba al campo, y huimos. Doña Marina y vuestra hija venian con nosotras; llegamos al bosque, pero ella no quiso pasar de allí; me entregó á su hija, y á pesar de mis instancias, volvióse á buscaros.

—¿Es decir que mi hija está aquí?

—Yo la tengo; todas hemos llegado juntas hasta este lugar que nos ha parecido seguro, y de donde nos ha sido imposible pasar, porque el cansancio, el hambre y la fatiga nos han rendido.

—¿Y nada habeis comido?

—Nada; mujeres solas, ¿qué queríais que hiciéramos? Es verdad que hemos encontrado en el bosque algunos toros; ¿pero cómo hacer?

Don Diego se puso á reflexionar.

—Dios mio!—exclamaba—¿qué haré? Mi hija aquí, próxima á morir de hambre con todas estas desgraciadas; Marina perdida en la ciudad por mí...... Dios mio, inspírame...... ¿Abandonar á mi hija? ¡imposible! ¿abandonar á Marina? ¡menos!...... llevarme á esa criatura, exponerla otra vez á una muerte segura, sin tener en el camino con que alimentarla,

cuando me puedo extraviar entre los bosques! ¡Dios mio, Dios mio!......

El Indiano inclinó la cabeza sobre el pecho y dejó caer los brazos con abatimiento.

—Oidme—dijo la dama;—¿teneis armas?

—Ninguna—contestó Don Diego;—¿qué intentais?

—Cerca de aquí hemos oido bramar unos toros; matad uno, así tendremos alimento; yo me encargaré de la niña, y vos ireis en busca de Doña Marina.

———

XI.

La cara del toro.

Don Diego no contestó, pero siguió á la dama, que se internó entre la arboleda.

A corta distancia se encontraron en una especie de campamento de amazonas.

Una multitud de mujeres de todas clases se habia reunido allí buscando un refugio para salvarse de los piratas; pero en aquellos rostros se pintaba el hambre, la desesperacion.

Don Diego fué recibido como un salvador; todas le hablaban, todas le preguntaban por sus hijos, por sus hermanos, por sus esposos, y el Indiano no podia satisfacer aquellas preguntas, y el desconsuelo mas grande reinó entre aquellas desgraciadas.

—Señoras—dijo la dama que habia conducido á Don Diego—este caballero busca á su esposa Doña Marina, pero su hija está aquí y ya entre sus brazos: yo le he propuesto encargarme de esa niña mientras él va en busca de Doña

Marina; pero le he suplicado que antes nos ayude á cazar un toro, porque de lo contrario moriremos todas de hambre.....

—Sí, sí!—exclamaron todas.

—Bien; el caso es que Don Diego no tiene armas de ninguna clase, y las necesita......

—Yo tengo un puñal!—gritó una jóven—un puñal que he traido para darme la muerte antes que caer en poder de los piratas.

—Ese puñal nos dará ahora la vida; dádmelo acá para entregárselo á Don Diego.

La jóven se adelantó y presentó á Don Diego un rico puñal guarnecido de plata.

—¿Os basta con eso?—preguntó al Indiano.

—Me basta para lograr la empresa ó morir en la demanda.

—Anochece ya—dijo una dama—puede comenzar la cacería, y vos direis lo que debemos hacer.

—Poca cosa—contestó el Indiano;—caminaremos por el bosque á tal distancia unos de otros que sea imposible extraviarnos; vosotras servireis de ojeadores, y tan pronto como alguna descubra una res, me avisará: lo demás corre de mi cuenta.

—Muy bien.

—Pues en marcha.

—En marcha—contestaron todas.

Aquella turba comenzó á moverse, y en medio de ella Don Diego con el puñal en la mano y seguido de la dama que se habia constituido madre de la pequeña Leonor, á la que llevaba entre sus brazos.

Caminaron en silencio algun tiempo sin escucharse mas ruido que la maleza que crujia bajo los piés de aquella gente.

El Indiano meditaba un plan para atacar al toro en caso de encontrarlo.

Si el toro venia sobre él, entonces habia esperanza de matarlo; pero si huia ¿cómo ir en su persecucion? ¿cómo darle alcance?

Pensaba en esto, cuando sintió que le tocaban por la espalda.

Era una de aquellas mujeres.

—Hemos encontrado la res—dijo la mujer.

—¿En dónde?

—Cerca de aquí; varias señoras están allí inmediatas para cuidar de sus movimientos: es un soberbio toro......

—Vamos—dijo el Indiano, y siguió á la mujer.

Cerca de allí se formaba en el bosque una pequeña plazoleta rodeada de árboles, y allí, á la escasa luz del crepúsculo, las damas mostraron al Indiano un hermoso toro que comia de la yerba de aquel pradito.

Don Diego, dando un rodeo, comenzó á acercarse al animal, procurando no ser sentido por él.

El toro no maliciaba siquiera la presencia de un enemigo en un bosque en donde quizá habia vivido siempre sin que nadie osase atacarlo.

El Indiano estaba ya muy cerca, cuando el toro alzó la cabeza y lo miró, pero sin tratar de huir y solo poniéndose como en actitud de defensa.

Don Diego quiso aprovechar aquel momento, y se lanzó sobre él; pero el animal inclinó su frente y opuso al ataque de su adversario dos cuernos largos y agudos como dos estoques, y á su vez tiró tambien un golpe que esquivó el Indiano aferrándose á uno de los cuernos del animal, con la mano y el brazo erguidos, y descargando al mismo tiempo sobre él con la diestra una verdadera lluvia de puñaladas.

Pero Don Diego comprendió que la lucha era desigual:

el toro tenia una pujanza terrible, y el hombre no podia al mismo tiempo atacar y defenderse, librarse de los golpes y contener á la fiera si queria huir.

El animal herido quiso dejar el combate, y el Indiano se resolvió á detenerlo á todo trance; dejóle el hierro clavado en uno de sus flancos, y con los dos brazos se afirmó en los cuernos.

Luchaba el toro por desprenderse del hombre, y el hombre se adheria al animal para aprisionarlo; pero el animal ganaba terreno y arrastraba al hombre hácia la selva, al principio lentamente, y poco despues con mas y mas rapidez.

Don Diego, cansado, pensó que no tenia mas remedio que soltar su presa, é iba ya á desprenderse, cuando el toro vaciló.

Como un enjambre de avispas, así habian caido sobre él todas las mujeres; unas le jalaban, otras le golpeaban con piedras, otras le pinchaban con palos, otras con fajas procuraban atarle los piés; el Indiano aprovechó los instantes, sacó el puñal que aun llevaba clavado el toro, y le dió la muerte.

Aquellas damas, entre las cuales habia algunas que la víspera hubieran despreciado las mas exquisitas viandas, lanzaron un grito de alegría al ver caer al animal y al pensar que habia siquiera carne para comer.

A fuerza de trabajo destrozaron al toro; brillaron luego como por encanto algunas hogueras, y todas aquellas infelices comenzaron á devorar con ansia trozos de carne mal cocida y sin preparacion de ninguna especie.

—Señoras—dijo Don Diego—os he cumplido mi palabra; voy ahora en busca de mi esposa; cuidad de mi hija.

Y dando un tierno beso en la frente á Leonor, se perdió entre los bosques.

La noche estaba oscura, y Don Diego no conocia por allí camino alguno. Comenzó á caminar á la ventura; pero á cada momento se le presentaban obstáculos insuperables; ya una caudalosa vertiente, ya un barranco, ya una cadena de peñascos.

La constancia no le abandonaba, aunque sentia que las fuerzas le faltaban; las horas volaban para él con una rapidez espantosa; cada momento que perdia se le figuraba que era el instante terrible en que Doña Marina sucumbia á la fuerza de los piratas; y entonces una sombría desesperacion se apoderaba de su alma, y si las sospechas se hubieran tornado en realidades en aquel instante, se hubiera dado él mismo la muerte.

Toda la noche caminó, caminó, y sin nada que le indicara el rumbo que debia seguir, sin ninguna esperanza de que se aproximaba al término de su viaje.

Cuando comenzó á lucir la mañana, Don Diego no podia ya dar un paso; sus piés estaban horriblemente maltratados, sus miembros se negaban ya á sostenerle, y fatigado, jadeante, desesperado y con las fauces secas, se dejó caer al pié de un árbol, para esperar allí la muerte.

....

....

Las naves de Morgan habian quedado en el puerto de Naos al cuidado de algunos hombres de toda confianza, que tenian órden de hacerse á la vela al dia siguiente al de la partida de la expedicion, para anclar en Portobelo.

Así lo ejecutaron, y cuando la escuadrilla llegó frente á la ciudad, aun se escuchaban las detonaciones de la ar-

tillería del fuerte en que se defendia el gobernador español.

Aquella noche, despues del triunfo, muchos marineros saltaron á tierra, y Doña Ana de Castrejon, que estaba prisionera en el navío almirante, quedó allí bajo la vigilancia de los pocos soldados que cuidaban del buque.

Brazo-de-acero, como le decian los piratas á Don Enrique, habia sido recibido por Morgan y Juan Darien con grandes muestras de estimacion, y por no herir su amor propio, ninguno de ellos se habia atrevido á decirle una sola palabra de cuanto contra él les habia contado Doña Ana.

En la misma noche se organizaron algunas partidas que salieron á recorrer los bosques inmediatos, con objeto de aprehender á los fugitivos, y Brazo-de-acero fué nombrado por Juan Morgan gobernador de aquella plaza.

Eran ya las primeras horas de la mañana del siguiente dia, y Morgan descansaba en su alojamiento, cuando oyó un rumor en la calle, la puerta de su casa se abrió y penetraron por ella una porcion de piratas conduciendo en una silla de manos á Doña Marina, régiamente vestida y ataviada.

—¿Qué es esto?—dijo el almirante.

—Señor—contestó el que llevaba la voz entre todos aquellos hombres—os traemos á la mas hermosa de cuantas damas se han encontrado en la ciudad, y que hemos querido nosotros destinarla á nuestro gefe como una muestra de cariño.

Morgan estaba absorto con la belleza de Doña Marina: acostumbrado á la hermosura de las mujeres del Norte, el almirante sentia en los ojos dulces y negros de Marina, una extraña fascinacion; el color de la piel, suave y sedosa, sus negros cabellos, todo le alucinaba, todo le encendia.

—¡Oh!—exclamó—me haceis un obsequio digno de vo-

sotros, y esta mujer no será para mí el juguete de una hora, sino que la guardaré á mi lado como la esposa que me dan mis valientes, y como un recuerdo de su cariño. Dentro de pocos momentos comenzarán los preparativos para hacernos á la vela, y esta señora por lo mismo no puede permanecer aquí; hacedla llevar á bordo como la habeis conducido hasta aquí, en triunfo, y volved á disponeros para el viaje.

—¡Viva el almirante!—gritó uno.

—¡Viva!—repitieron todos, y aquella comitiva volvió á salir de la casa de Morgan y se dirigió al puerto.

Doña Marina ni hablaba ni se resistia; estaba como una insensata.

Los marineros desataron un bote, y cuatro de ellos saltaron á él conduciendo la silla en que iba la jóven.

—Al «Almirante»—dijo uno de ellos á los que remaban.

—Aguardo—exclamó otro;—hay que observar una cosa.

—¿Qué?

—Yo soy de la tripulacion del «Almirante,» y anoche salí á tierra.

—Bien; ¿eso qué importa?

—Mucho; que en el «Almirante» tiene el jefe otra dama, que es muy bella tambien, y que la envió allí desde la misma noche que se dirigió para Portobelo.

—¿Y crees tú que ese será inconveniente?

—Puede que eso no le convenga á él.

—Algo nos hubiera dicho.

—Tal vez por distraccion...... además, nos encargó que la trajéramos á bordo, pero no dijo que al navío que él monta.

—Lo mismo da: por sí ó por no, que vaya entonces á la «Vénus» del campechano; ya el almirante sabrá despues lo que dispone.

—Bien pensado.

Y el bote, al impulso de los remos, llegó hasta el navío que habian indicado los marineros.

Doña Marina fué izada en la misma silla de manos, y quedó como un depósito sagrado á las órdenes del almirante.

Los bogas volvieron á la plaza, y poco despues comenzó el movimiento del embarque de las tropas de los piratas y del botin.

En estos momentos comenzaban á llegar las partidas de piratas que habian salido á expedicionar.

XII.

Las dos Soledades.

Entre las partidas que llegaron á la plaza á presentarse á Don Enrique, una sola traia prisioneros.

Estos eran, una mujer de la clase mas ínfima del pueblo, y á la que Don Enrique mandó poner en libertad, y un hombre á quien hizo traer á su presencia.

Los soldados condujeron á aquel hombre al alojamiento de Don Enrique.

—¡Don Diego!—exclamó el jóven—¿otra vez prisionero?

—¡Sí, Don Enrique!—contestó Don Diego—¡soy muy desgraciado!

—¿Pues qué os pasa?

—Me fué imposible encontrar á Doña Marina; en vano la he buscado todo el dia y toda la noche; no sé qué ha sido de ella: el cansancio me rindió, y he vuelto á caer prisionero. ¡Mandadme matar!

—Don Diego—replicó el jóven—os he dado mi palabra

de que quedaríais libre y que os devolveria á vuestra esposa, y os lo cumpliré.

Don Enrique se levantó y llamó á José el pescador, que siempre le acompañaba.

—José—le dijo—muchos de los vuestros son de la ciudad, y muchos quizá conocen á la esposa de Don Diego; hacedme favor de informaros si alguno la ha visto.

José salió inmediatamente.

—Tengo la esperanza—dijo Don Enrique—de que este hombre nos va á traer pronto buenas noticias.

—¡Dios lo haga!—murmuró el Indiano.

La agitacion del embarque seguia en el puerto; habian trasportado ya el botin á las naves y comenzaban á salir los botes cargados de gente.

La hora de la partida se acercaba, José no volvia y Don Diego era presa de una ansiedad mortal.

Por fin, José se presentó.

—¿Qué hay?—preguntaron á un tiempo Don Enrique y el Indiano.

—Pues ya he averiguado el paradero de la señora.

—¿Y adónde está?

—Anoche fué encontrada por unos marineros, y al verla tan hermosa, la ataviaron ricamente, y en una silla de manos y seguidos de una gran multitud, se la han regalado esta mañana al almirante Morgan.

—¡Dios mio!—gritó el Indiano—¡qué horror!

—¿Y qué hizo Morgan?—preguntó Don Enrique.

—Contestó que admitia el regalo y tomaba por suya á aquella dama, y la hizo conducir inmediatamente á bordo de su buque.

—¡Entonces no hay remedio!—exclamó con desesperacion el Indiano—¡está perdida para siempre!

—¡Oh! aun hay esperanza!—dijo Don Enrique;—esperadme aquí, y yo veré al almirante: os he dado mi palabra y la cumpliré.

Y tomando con precipitacion su sombrero, salió, dejando á Don Diego en lucha entre el temor y la esperanza.

Morgan estaba en la playa mirando embarcarse á los piratas.

Enamorado de la belleza de Doña Marina, habia preguntado por ella, y sus marinos, con la ruda franqueza que les caracterizaba, le refirieron que la habian embarcado en la «Vénus,» por temor de que no se encontrase con la otra dama que estaba en el navío «Almirante.»

Morgan se rió de la discrecion de sus soldados.

Don Enrique ocurrió á buscar á Morgan en su alojamiento; pero ya no le encontró, y se dirigió á la playa.

—Y bien, amigo mio—le dijo el almirante—¿estais ya listo para embarcaros?

—Para cuando vos querais mandarme; pero vengo antes á pediros una gracia.

—¿Qué podré yo negar al mas valiente de mis oficiales?......—contestó el pirata.—Hablad.

—Señor, vengo á pediros la libertad de una dama que teneis en vuestro navío.

Don Enrique creia que Doña Marina estaba en el «Almirante;» Morgan, recordando que la dama que estaba en él era Doña Ana, y que Doña Ana habia hablado de Don Enrique, supuso que por ella se interesaba.

—¿Vos pedís la libertad de esa dama?

—Sí, señor; os lo suplico.

—¿Sabeis que esa dama os conoce y sabe vuestro verdadero nombre?

—Sí, señor—contestó Don Enrique, sin reflexionar cómo habia sabido esto el almirante;—la conocí en México.

—¿Y sabeis que esa dama es enemiga vuestra?

—¿Cómo lo habeis averiguado?

—Eso yo solo lo sé; ¿pero vos la conocíais por vuestra enemiga?

—¡Oh! sí, señor, desde México lo es, y por lo mismo quiero vengarme de ella haciéndole un servicio.

—¿Entonces la amais, ó la habeis amado alguna vez?

—La amé en otro tiempo.

—¿Y os pagó mal?

—Muy mal.

—Es extraño que seais tan generoso; yo os lo apruebo; pero antes decidme: ¿por qué no la conservais ahora para vos?

—Quiero ser bueno con ella, por lo mismo que ella no lo fué conmigo.

—Bien; os concedo su libertad.

—Gracias, señor, gracias.

—Pero que no sea hasta que todos estemos embarcados: vos ireis con Juan Darien á la «Vénus,» y disponed que cuando se tire el cañonazo para levantar anclas, un bote con remeros del país vaya al «Almirante» á recibir á esa dama.

—Gracias, señor.

Don Enrique volvió ligero adonde le esperaba el Indiano.

—Don Diego—le dijo—preparad un bote con cuatro remeros, y al sonar el cañonazo, enviadlo al navío «Almirante» y entregarán á vuestra esposa.

—Iré yo mismo.

—No; temo que os conozcan como al jefe que defendia

el castillo pequeño, y todo se descomponga; esperad mejor en la playa.

—¿Y cumplirá el almirante?

—Respondo con mi vida.

—Adios; voy á embarcarme; no olvideis mi cita.

—No.

Y Don Enrique volvió á salir y se encaminó á la playa, en donde le esperaba ya Juan Darien para embarcarse.

Don Enrique saltó al bote en compañía del campechano.

—Habeis—le dijo este—llevado á efecto una gran accion, segun me ha contado el almirante.

—¿Qué accion?—preguntó Don Enrique, no creyendo que lo que habia hecho por Doña Marina llamase tanto la atencion de aquellos hombres.

—Vaya! conseguir la libertad de esa dama, que además de haberos hecho en otro tiempo no sé qué averías, no se ha contentado con ello, y sigue dándoos caza.

—¿Qué queríais que hiciese? estaba en desgracia.

—Quizá aun no sabeis lo mejor.

—¿Qué cosa?

—Díjonos que habíais entrado á la ciudad dando al gobernador aviso de nuestra llegada.

—¿Y vosotros?......

—Ya; el almirante se rió de la noticia, que conocia bien vuestra arboladura; yo seguí á la capa las aguas de la capitana.

—¿Pero esa dama dijo de mí tal cosa?

—Y aseguró que vuestro nombre era......

—¿Cómo?

—Don Enrique Ruiz de Mendilueta.

Don Enrique palideció; sentia cierta especie de rubor de

que el noble apellido de sus antepasados fuese conocido entre aquellas gentes.

—¿Y es cierto?—preguntó Juan Darien.

—Secretos mios son esos que nadie tiene derecho de inquirir, á menos de que esté muy cansado ya de la vida; para vos y para todos soy aquí Antonio el cazador, conocido con el sobrenombre de Brazo-de-acero, sobrenombre que no en vano llevo, y que seria peligroso probar si lo merezco.

Don Enrique habia pronunciado aquellas palabras con una entonacion tan firme, que no se podian tomar de otra manera que como una amenaza terrible saliendo de aquella boca. Juan Darien lo comprendió y se puso encendido.

—Razon teneis—dijo;—entre nosotros los secretos deben ser sagrados, y ni la indiscrecion es perdonable; una imprudencia puede costar cuando menos una avería en el aparejo: teneis razon; dejemos esa sonda, y la proa á otro rumbo: se acabó, no me guardeis rencor.

—Nunca; os quiero por valiente y por franco.

Don Enrique tendió su mano, y Juan Darien la estrechó con efusion.

Tocaban en este momento el costado de la «Vénus,» la escala estaba lista y los dos subieron ligeramente por ella.

Parecia que no se esperaba mas que esto para dar la señal, porque casi en el mismo instante una nubecilla blanca se desprendió del navío «Almirante» y corrió un largo trecho sobre la superficie del mar, y se escuchó la detonacion del cañonazo.

—¿Bajais á tomar conmigo una copa por el buen viaje?—dijo Juan Darien.

—Pronto os sigo; espero aquí ver algo que me interesa.

—¡Ah! el rescate de vuestra protegida. Os aguardo abajo; teneis un corazon como una perla.

Juan Darien se separó de allí, y Don Enrique se quedó mirando á la playa.

Apenas sonó el cañonazo, una lancha con seis vigorosos remeros se desprendió del puerto, y como si volara sobre las aguas, atravesó hasta llegar al navío «Almirante.»

Llegó apenas allí, bajó la escala y descendió por ella una dama, que fué recibida por los bogas con muestras de gran respeto.

La lancha, con la misma ligereza volvió al puerto, adonde se distinguia un hombre que esperaba, rodeado de algunas mujeres.

La escuadra de Morgan recibia en sus velas un viento favorable, y comenzaba á deslizarse ligera en el Océano.

Don Enrique se alejaba, pero no cesaba de mirar á la playa.

Allí pasaba una escena que le pareció extraordinaria.

La lancha habia llegado, la dama habia saltado á tierra, el hombre con los brazos abiertos habia salido á su encuentao; pero cuando Don Enrique creia que iban á estrecharse en un tierno abrazo, vió que el homhre retrocedió, la dama se dirigió á las demás mujeres que habia en la playa, y luego cayó como desmayada.

El hombre corrió hácia el mar como para precipitarse en sus olas, y los bogas que habian conducido la lancha le detuvieron: comenzó entonces una lucha, cuyo fin no pudo ya alcanzar Don Enrique; las velas de un navío se interpusieron.

Cuando pudo volver á mirar estaba muy lejos.

—¿Qué habia sucedido? ¿qué significaba todo aquello?

Don Enrique se perdia en un mar de conjeturas y per-

manecia absorto, cuando oyó la voz del pirata campechano que le decia:

—Antonio, creo que ya nada veis de la tierra; vamos, que os espero para tomar por el buen viaje.

Don Enrique, meditabundo, siguió á Juan Darien.

—Veo—le dijo éste—que aun estais conmovido; habeis quizá hecho mal en soltar esa dama: ¡qué demonio! un hombre como vos merece que le quieran las mujeres; mala racha me sople si yo en vuestro caso no hago lo que el almirante.

—¿Qué ha hecho?

—Traerse una gacela de tierra que vale mas que la «Vénus» con todo y el botin de Portobelo: real moza, con unos ojos como dos soles, y vamos.......

—No sabia yo.

—Pues aquí viene; como que fué un regalo de los marineros de la armada.

—¿Cómo?—preguntó espantado Don Enrique, presintiendo algo de terrible.

—Sí; ¿no oísteis hablar de la dama que los marineros regalaron al almirante?

—Sí; pero es la misma que ha vuelto al puerto.

—¿Habeis perdido la brújula? Esa dama que fué al puerto, es la que tomamos prisionera la noche del desembarco en la estera, y que tan mal nos habló de vos.

—¿Doña Ana?

—No sé cómo se llamará; pero no es la del almirante.

—¿Y esa?

—Aquí está; venid á verla.

Juan Darien condujo á Don Enrique, que le seguia como un loco, sin comprender lo que le pasaba, y le puso delante de una dama que estaba cerca de allí en un sitial, pero

á quien no habia visto, fija como estaba su atencion en otra parte.

—¡Doña Marina!—exclamó Don Enrique.

—¡Don Enrique!—gritó la dama reconociéndole.

—Buen viento—dijo Juan Darien;—este vigía conoce todas las banderas del enemigo.

Y dejando á Don Enrique con la dama, se retiró silbando un aire de su patria.

....

....

El Indiano esperaba con una febril impaciencia el momento en que la armada de los piratas se diera á la vela.

Presenció los últimos aprestos, y miró embarcarse en los botes á los últimos soldados.

Tenia ya preparada una lancha para botarla al mar en el instante en que sonara el cañonazo que le habia indicado Don Enrique.

Por fin, todo estaba listo en los navíos, y la señal deseada sonó en el «Almirante.»

El Indiano vió deslizarse sobre las ondas aquella lancha que iba con su esperanza para tornar con su felicidad y con su honra.

Algunas damas de la ciudad abandonadas por los piratas rodeaban á Don Diego, que anhelante seguia con sus miradas todos los movimientos de aquella lancha, temiendo á cada instante ver disipadas sus ilusiones ó que Morgan faltase á su palabra, y que un cañonazo disparado por el navío echase á pique á los que iban por Doña Marina; todo lo esperaba de los piratas.

Las damas que acompañaban á Don Diego participaban de la terrible ansiedad, y nadie se atrevia á hablar sino para sí.

—¡Ya llegan!—dijo el Indiano.

—Baja la escala—gritó una mujer.

—Ya está allí—dijeron todos, al ver que descendia del buque una mujer.

La lancha tornó á la playa, y Don Diego queria volar á su encuentro.

Atracó por fin, y la dama saltó, con la cabeza cubierta por un velo; Don Diego se arrojó á su encuentro con los brazos abiertos, y lanzando un grito de desesperacion retrocedió.

Habia reconocido á Doña Ana.

—¡No es ella!—exclamaba—¡no es ella! ¡Ah! me han engañado! me han burlado! ¡Infames!

—¿Y Doña Marina?—preguntó una dama á la espantada Doña Ana.

—Creo que va en otro navío- -contestó.

—¡Es preferible la muerte!—exclamó Don Diego, y se lanzó á la playa.

Los bogas de la lancha comprendieron su intencion, y antes que hubiera llegado á la orilla, se habian apoderado de él.

—¡Dejadme! ¡dejadme morir!—aullaba el Indiano—¡Mi esposa! ¡Marina! ¡favorita de un pirata! ¡Oh! dejadme morir, ó sereis tan infames como ellos!

Y Don Diego luchaba con los que trataban de contenerle.

Entretanto, Doña Ana se habia dirigido á una de las damas, y le habia preguntado:

—¿Sabeis de Don Cristóbal de Estrada?

—Murió en el combate—contestaron.

Doña Ana lanzó un grito y cayó desmayada en la arena......

Don Diego se habia calmado con los esfuerzos de los ma-

rineros y las reflexiones de las damas, y permanecia sombrío y silencioso.

Doña Ana volvió en sí, miró al Indiano un momento, y luego arrodillándose á sus piés, exclamó:

—¡Soy sola ya en el mundo! sed mi padre, mi amparo, mi hermano! Vivid para vuestra hija! vivid para vengaros!

Don Diego la contempló un momento, y luego exclamó:

—¡Viviré, y nos vengaremos!.......

XIII.

A bordo.

Doña Marina no era ya aquella mujer sencilla que hemos conocido en la capital de Nueva-España, que hablaba ese idioma poético y bíblico de los habitantes del Nuevo-Mundo. Era ya una dama con todos esos requisitos nimios de la civilizacion europea.

Cuando Don Enrique reconoció á la mujer del Indiano, un torrente de ideas horribles brotó de su cerebro.

Don Diego creeria que él le habia engañado, que en todo aquello habia una infame mistificacion de la que él era el autor, que le creerian capaz de haberse vengado de una manera tan vil, y su conducta, de que él mismo estaba tan satisfecho, se pintaria con negros y vergonzosos rasgos.

—Don Enrique—dijo Doña Marina, que fué la primera que pudo hablar—¿esto es obra de vuestra venganza?

—Señora—contestó él trémulo—Dios me libre de haber pensado jamás en una venganza tan indigna.

—Entonces ¿cómo me explicais vuestra presencia entre estos hombres, mi prision aquí, ese algo que yo no puedo explicar, pero que siento?

—Señora, puede ser que las apariencias os hagan creer que yo tengo parte en cuanto os ha acontecido; pero os juro por Dios que todo ha pasado contra mi voluntad, y que vos contareis siempre con mi apoyo.

—¿Para qué lo necesito? Muerto Don Diego, perdida mi hija......

—Os engañais, señora; Don Diego vive y está al lado de vuestra hija......

—¿Vive Don Diego? ¿vive mi hija?—exclamó la dama levantándose.—¡Ah! repetídmelo por favor, no me engañeis, no me engañeis!

—Don Diego vive; he hablado con él; sé por él que vuestra hija está viva......

—¡Ah! entonces ¿por qué habeis sido tan cruel de no decirle dónde yo estaba?

—Señora, es el destino que nos ha perseguido y nos ha burlado: yo prometí á vuestro esposo conseguir vuestra libertad, volveros á sus brazos; yo conseguí la órden de Morgan para enviaros; pero por una horrible desgracia, que aun no alcanzo bien á comprender, otra dama que estaba prisionera en el navío almirante, ha tomado, señora, vuestro lugar, y ha sido puesta en libertad.

—¡Dios mio! ¿y qué sucederia?

—Señora, desde el navío he podido contemplar la escena que tuvo lugar entre esa mujer y vuestro esposo en la playa: él se adelantó á recibirla creyendo que érais vos......

—¡Desgraciado!......

—Pero ¿comprendereis, señora, lo terrible de mi situacion? Vuestro esposo creerá, y con razon, porque las aparien-

cias me condenan, que le he engañado, que le he burlado, cuando á costa de mi sangre os hubiera rescatado......

—¿No sois ya enemigo de Don Diego?

—Señora, ¿creeis que injurias como las que he recibido de Don Diego, pueden olvidarse, Doña Marina? ¿Por quién he perdido mi patria, mi nombre, todo, todo? por él, por él, por la espantosa burla de que fuí objeto el dia del sarao con que obsequiábais al marqués de Mancera.

—Don Enrique, es muy cruel de vuestra parte hacerme en estos momentos semejantes reproches.

—Señora, no son reproches, y mal caballero fuera yo si tal hiciera; tengo con vuestro esposo pendiente una terrible deuda, pero que no la cobraré sino en el terreno del honor: entretanto, y mientras la desgracia pese sobre vos y sobre él, señora, contareis ambos con mi apoyo y con mi esfuerzo: felizmente Dios me pone á vuestro lado para defenderos y sosteneros, y lo haré, lo haré á costa de mi vida.

—Gracias; teneis un corazon de oro.

—No, señora; cumplo con mi conciencia.

—Oidme: ¿sabeis cómo he venido aquí y para qué?

—Sí, señora.

—Pues bien; estoy en poder de Morgan, que pretende hacerme su querida, que quiere tomarme como un instrumento de sus placeres; yo he leido en sus ojos sus terribles deseos, y ese hombre debe ser tan impetuoso en sus pasiones, que será capaz de todo por satisfacerlas. Cuando yo fuí entregada á Morgan nada temia, y esperaba con resolucion el momento supremo; yo creia muerto á Don Diego, perdida para siempre á Leonor, y antes que ser de ese hombre, estaba yo resuelta á morir: mirad.

Y Doña Marina sacó de debajo de su cotilla un puñal pequeño y con la empuñadura y la vaina de oro.

—Este puñal—continuó Doña Marina—está envenenado con el jugo de esas plantas que solo conocen los indígenas de nuestro país, y la herida es instantáneamente mortal; pero entonces queria morir porque nada esperaba sobre la tierra; ahora quiero vivir, vivir para mi hija y para mi esposo; ¿es verdad que debo vivir?

—Sí, señora, vivid.

—Sí; pero necesito sostener una lucha espantosa, diaria, de todos los dias, de todos los instantes; resistir al terror, al tormento, á la fuerza, á la seduccion, quizá hasta los mismos venenos......

—¡Es cierto! ¡se os preparan dias crueles!

—No los temo si puedo contar con vuestro apoyo.

—Contad con él, señora, aun cuando me costara la vida.

—Entonces yo sabré resistir, porque sé que hay quien me compadezca siquiera, quien me comprenda, quien pueda algun dia, si muero, referir á Don Diego y á mi hija cuanto he hecho por ellos.

—Pero, señora, tened valor.

—¿Creeis que desmaye y sucumba?

—No, jamás; pero temo que en un rapto de desesperacion, hagais uso contra vos de esa arma terrible.

—Teneis razon—contestó Doña Marina, y lanzó al mar el puñal.

—¿Qué haceis?—dijo Don Enrique.

—Con esa arma en mis manos quizá no hubiera podido contenerme, yo no podia responder de mí, y tal vez, ciega por el dolor, habria acabado con mi existencia; y no quiero, no quiero morir; resistiré, me siento con fuerzas para ello, y si sucumbo, no será por el suicidio, sino por la violencia de mi mal.

—Doña Marina, confiad en la Providencia, que ella os

dará fuerzas, y despues fiad en mí; yo os sostendré en esa lucha.

—¡Dios es testigo de vuestra promesa!

—Que sabré cumplir.

Juan Darien llegó entonces á interrumpir la conversacion.

—A fe de marino—dijo—que conoceis á cuantas damas se han encontrado en esta tierra, y parece que todas tienen con vos negocios importantes, segun lo que con ellas departís.

—Esta dama—dijo Don Enrique—es la esposa de un gran amigo mio, y me intereso por su suerte.

—Es verdad—agregó Doña Marina, que tenia un aire mas calmado despues de la conversacion que habia tenido con Don Enrique;—el señor es amigo de mi esposo.

—Deseo conseguir la libertad de esta dama—dijo Don Enrique—y cuento para ello con vuestra amistad.

—Podeis hacerlo, aunque me parece cosa muy dificil; el corazon del almirante ha encallado en esos negros ojos, y será trabajo de gigantes ponerlo á flote.

—Lo emprenderemos, ¿es verdad?—dijo Enrique.

—Yo estoy listo para ayudaros; pero si el almirante se pone en facha y nos echa la primera andanada, nos echa á pique, de seguro......

—Quizá ya ni recuerde, supuesto que no ha enviado por esta dama.

—No lo penseis, que segun entiendo, pronto vendrá por ella.

—Dios nos ayudará, y cuento con vos.

La armada debia acercarse á la costa á recibir allí una gruesa suma que el gobernador de Panamá enviaba á Morgan.

Explicaremos por qué el gobernador español enviaba tributo al pirata.

Tan luego como Morgan se apoderó de la ciudad, envió dos prisioneros con la comision de buscarle cien mil reales de á ocho, con la advertencia de que si no se le entregaban, reduciria á cenizas la ciudad.

El presidente ó gobernador de Panamá, que habia sabido la venida de los piratas, habia avanzado con fuerzas, contando con que no tomarian la plaza, y él llegaria como un auxilio, solo para perseguirlos y acabarlos; pero bastó solo una partida de Morgan que encontró en un desfiladero, para contenerlo.

El gobernador, furioso, amenazó al pirata con una guerra sin cuartel; el pirata se rió de sus amenazas é insistió en el envío de los cien mil reales, que tomaron, segun el lenguaje de aquellos tiempos, el nombre de *tributo de guerra.*

Cuotizaron á los comerciantes y propietarios, y convínose en entregar la suma á Morgan.

Esta era la razon de por qué la armada tenia que tocar en uno de los puntos cercanos de la costa.

El viento sopló favorable, y ya en la tarde de aquel dia llegaron los navíos al punto señalado, y ancló la escuadra en una ensenada, y saltaron á tierra en un bote los comisionados por el almirante para recibir el tributo de guerra.

A esa misma hora, Morgan mismo en otro bote, vino á bordo de la «Vénus» á recoger á su prisionera.

Doña Marina estaba resignada; iba á emprender con el pirata una lucha terrible de astucia y de energía; necesitaba para triunfar, no solo de la resolucion del que resiste, sino de la sagacidad del que acomete.

Necesitaba, para evitar el último trance, adquirir un dominio sobre el corazon de aquel hombre, y para adquirir

ese dominio era preciso inspirarle no un amor carnal, no un provocativo deseo de placer, sino un amor profundo, espiritual, un amor de esos que elevan el alma en vez de arrostrarla entre el cieno, un amor verdadero.

¿Podria conseguirlo?

Su corazon le decia que sí; su razon quizá la hacia dudar, porque no conocia ni la vida anterior ni los sentimientos del pirata. Se trataba de purificar una alma para obligarla al sacrificio, de encender tanto una pasion, que llegara hasta el sublime de la abnegacion; se iba á jugar, á despedazar el alma y el corazon de un hombre, para hacerlo digno de ejecutar una accion generosa; se buscaba la virtud comenzando por la idea del pecado.

Aquella era una empresa aventurada, era un camino peligrosísimo, pero quizá el único.

Dominar el torrente precipitando su curso; hé aquí el plan.

—El almirante viene hácia acá—dijo Don Enrique á Doña Marina;—¿qué ordenais, señora? ¿quereis que yo le hable?

—No, Don Enrique—contestó tranquilamente Doña Marina—dejadme hacer; tengo un plan: cualquiera cosa que veais no os engañeis, no sospecheis de mí, ¿lo oís? no juzgueis, por las apariencias; pero no me abandoneis, vigilad: si algun secreto llega hasta vos de lo que contra mí se trame, avisadme, pero no mas: cuando yo crea necesaria vuestra ayuda os llamaré; mientras tanto, afectad respecto de mi suerte la mas completa indiferencia; ¿lo oís? pero sobre todo, os lo repito, no os dejeis guiar por las apariencias, ni juzgueis por ellas de mí.

Morgan estaba ya en la «Vénus,» y conducido por Juan Darien se dirigia en busca de Marina.

La jóven se habia desprendido de los adornos que le colocaran las damas de los marineros, y habia procurado dar á su trage el mayor aire de sencillez y de modestia.

—Dios os guarde, hermosa—le dijo Morgan tendiéndole la mano;—en vuestra busca vengo para llevaros al navío en que debeis reinar.

—Señor—contestó Doña Marina—en donde vos esteis no seré sino vuestra esclava; prisionera soy, botin de guerra, y podeis disponer de mí y arrojarme al mar si os place como una carga averiada, que yo no tengo mas vòluntad que la vuestra.

Morgan escuchaba con admiracion este discurso; la belleza de Doña Marina le fascinaba, y aquellas palabras dichas con un aire tan dulce y tan tierno, revelaban un corazon inocente, y al mismo tiempo una triste resignacion.

En aquel momento, el pirata sintió por aquella mujer lo que no habia sentido nunca por ninguna otra; sintió una especie de respeto: de seguro que en aquel momento no se hubiera atrevido á tocarla, como no se atrevia á ordenarle que le siguiera.

Es un fenómeno curioso que se observa muy comunmente, que los hombres mas terribles, aquellos cuyo corazon no tiembla ante el peligro, cuya constancia y energía no se doblegan ante el infortunio y ante la misma muerte, son los que con mas facilidad se dejan alucinar y dominar por el amor; y semejantes á un niño, en aquellos momentos, su timidez los hace débiles á presencia de los débiles.

Doña Marina comprendió lo que pasaba en el alma del pirata, y no quiso, abusando de su triunfo, provocar en él una reaccion tanto mas peligrosa cuanto mas sumiso estaba el almirante en aquellos momentos. Así, antes que esperar que él lo dijese, se adelantó á su pensamiento.

—Mandad, señor—le dijo;—estoy pronta á seguiros como vuestra esclava.

—Venid, señora—contestó Morgan—seguidme, pero no como mi esclava, sino como señora y dueña de mi albedrío.

Los demás piratas se habian alejado respetuosamente para dejar á Morgan que hablase libremente con la dama; cuando la vieron ponerse en pié y al almirante ofrecerle la mano, todos se acercaron.

Morgan, llevando á Doña Marina con muestras de gran respeto, llegó hasta la escala y la ayudó á pasar al bote.

Don Enrique procuraba observar todo sin hacerse sospechoso.

Cuando la lancha partió, Don Enrique la siguió con la vista.

—¡Ah—exclamó—es un arcano profundo el corazon de la mujer.

Doña Marina, al subir al buque «Almirante,» alzó los ojos al cielo y dijo en su interior:

—¡Dios mio! protégeme como hasta aquí!

XIV.

En lucha.....

Morgan estaba fuertemente impresionado; cada palabra, cada movimiento de Doña Marina, le parecian un encanto, y desde aquellos momentos no pensó sino en ella, y se creyó feliz con tenerla en su poder.

El pirata no podia ni figurarse siquiera que aquella mujer tuviera la mas leve esperanza de resistir sola, sin amparo de ninguna especie, en el mismo navío en donde sus deseos eran una ley suprema que nadie se hubiera atrevido á desobedecer, y con un hombre dotado de una voluntad tan firme y de un carácter tan resuelto, que hacia palidecer bajo su mirada á los mas audaces aventureros.

Indudablemente que lo menos en que pensó Morgan fué en encontrar resistencia en aquella mujer. Pero precisamente esa idea era la que habia encontrado Doña Marina como el ancla de salvacion.

Morgan y Marina llegaron al navío «Almirante.»

La tarde era apacible; las brisas frescas cruzaban sobre el mar llevando á la abrasada costa su aliento consolador. Detrás de las montañas se habia ya hundido el sol, dejando en las nubes que flotaban en el Occidente, el reflejo de sus rayos en los encendidos colores que las matizaban.

Morgan se sintió poeta cuando se sintió enamorado. El hombre del mar, que jamás habia visto en el cielo, en el sol y en las nubes, mas que el anuncio de la tempestad ó la esperanza de buen viento, contempló aquella tarde el celaje y las montañas que se dibujaban en el horizonte, con una belleza que nunca les habia encontrado.

El pirata estaba al lado de Doña Marina, y sin embargo, no se atrevia á hablarla; por fin, hizo un esfuerzo, venció aquella timidez, que tan nueva era para él, y le dirigió la palabra. Doña Marina le habia observado en silencio.

—Señora—dijo Morgan—¿quereis decirme, quereis explicarme lo que me pasa? Sois para mí la mas hermosa de cuantas mujeres he encontrado en mi vida; mi corazon se ha encendido al encontraros; vuestros ojos me atraen y me deslumbran; al tocar vuestra mano todo mi cuerpo se ha estremecido de una manera extraña: el cielo, la costa, los mares, la luz, todo me parece mas bello desde que estais á mi lado. Quiero hablaros, y apenas me atrevo; ardo en deseo de acariciaros, de teneros entre mis brazos, y estoy mas tímido que un ciervo en presencia del águila. Decidme, señora, ¿cómo se explica esto? Yo sé que vosotras las mujeres de las Indias teneis filtros, y venenos, y amuletos, y hechizos, con los que dominais á los hombres; yo sé que por medios maravillosos dominais la voluntad, mandais el corazon, infundís la pasion, dais la muerte con el amor. Decidme, señora, ¿habeis usado conmigo de algun hechizo? ¿por qué os amo ya tan pronto, y por qué os respeto? porque

siento hácia vos lo que no he sentido por ninguna otra mujer.

—Señor, las mujeres de mi patria se hacen amar de los hombres por el brillo de sus ojos, por el fuego de sus miradas, y sobre todo, por la grandeza del amor que sienten ellas mismas; nosotras amamos, señor, como se ama en las selvas, como ama una naturaleza vírgen y vigorosa; porque tambien los hombres de nuestra tierra aman como no aman los hombres de todos los países; por eso gozan en sus amores lo mas sublime del placer; porque esperan, señor, hasta que el alma esté verdaderamente apasionada; porque no confunden, señor, el deseo con el amor: por allí el alma se confunde con el alma, y no para olvidarse ni para sentir el hastío del pasajero anhelo satisfecho, sino para formar un lazo eterno, indisoluble, que se estrecha mas y mas cada dia. No hay hechizos, no hay amuletos; no hay mas que amor, y no mas amor.

—Señora—contestó Morgan—hermosas mujeres de todos los países han llegado á mi bajel y me han dado su amor, y nunca he sentido por ellas lo que por vos: si es verdad, si no teneis esos hechizos que nos cuentan, ¿qué debo pensar, señora?

—Almirante—exclamó de repente la dama—¿creeis en Dios?

Morgan quedó como sorprendido de aquella pregunta tan intempestiva, y á su parecer tan extraña á la conversacion.

—Respondedme—insistió Doña Marina—¿creeis en Dios?

—¿En Dios?

—Sí, en Dios, en Dios; en ese Dios que tiende sobre nuestras cabezas ese cielo, alumbrado por el sol ó sembrado de estrellas; en ese Dios que calma ó levanta las tempestades en los mares; en ese Dios que penetra con su mi-

rada en el seno profundo de la tierra y en el secreto recinto de nuestro corazon: ¿creeis en Dios?

—¡Oh! ¿y quién que ha vivido como yo en los mares, quién que ha sentido el aliento de las tormentas y el eterno vaiven de las ondas, puede dejar de creer en Dios? Creo, creo, señora; ¿pero por qué me preguntais eso?

—Os lo pregunto porque Dios es el solo capaz de haberos inspirado por mí ese respeto, ya que sentís en vuestro corazon esa pasion de que me hablais; porque El, que mira mi aislamiento y mi desgracia, siembra en vuestra alma la semilla de mi salvacion.

—¿Quiere decir, señora, que no me amareis nunca? ¿quiere decir que nunca sereis mia por vuestra voluntad?

—Quiere decir, señor, que vos sereis feliz consiguiendo mi amor con vuestro amor, y no arrastrándome á vuestros piés como una esclava comprada en el mercado; quiere decir, que vereis en mí á la mujer cuyo corazon y cuyo cariño debeis conquistar con la ternura, no el instrumento vil de un placer momentáneo; quiere decir, que me elevareis hasta hacer que os ame, y no me degradareis hasta olvidar que soy una dama; quiere decir, en fin, que sentireis por la vez primera ese deleite espiritual que no habeis conocido hasta ahora, el amor puro que todo lo purifica, en vez del mundanal goce que todo lo ensucia y lo corrompe.

—¿Y me amareis así?

—Puede ser; vuestro corazon es grande y noble, vuestras hazañas vuelan por todas partes en alas de la fama: si vos llegáseis á amarme á mí como yo deseo, señor, os adoraria.

—Seria para mí la suprema felicidad—exclamó Morgan pasando un brazo en derredor del cuello de Doña Marina y procurando atraerla para darla un beso.

—¿Tan pronto?—dijo la dama retirándose con modestia. —¿Tan pronto quereis que ya os ame? ¿que consienta por amor y por cariño en ser vuestra? ¡Oh! esperad, esperad algun tiempo; ganad primero el corazon, encended la pasion en el alma; yo os aseguro que los goces que os esperan, compensarán el pequeño sacrificio que os exijo.

—Pero, señora, si mi alma se abrasa, si mi corazon quiere romper el pecho, si mi cerebro arde, si un minuto es para mí un siglo de penas......

—Entonces, ordenad; soy vuestra esclava, vuestra prisionera; á todo estoy resignada; pero no espereis encontrar en mí á la mujer amable que reciba y devuelva embriagada de placer vuestras caricias; no espereis hallar una alma que se confunda con la vuestra; no espereis escuchar de mis labios esas palabras dulces, esas frases que encantan; no espereis que os llame «amor mio,» «mi bien,» no: resignada estoy al sacrificio; pero encontrareis, señor, á la víctima que gime, que suspira, que pide la venganza del cielo contra su verdugo; encontrareis á la dama ofendida, humillada, envilecida, que os aborrecerá desde lo íntimo de su corazon, que os maldecirá con todas las fuerzas de su alma, que os despreciará porque habeis abusado de vuestra fuerza...... Elegid, señor; sois vos el amo y yo la esclava.

—Señora—exclamó Morgan levantándose—no sois la esclava; yo no puedo resistir á esas palabras que jamás habia oido: me mostrais el cielo, no quiero cerrarme las puertas; esperaré, y lucharé para alcanzar. ¿Me llegareis á amar?

—Esperad, señor, si quereis á la dama y no á la esclava.

En este momento los comisionados que volvian de la costa, llegaban en el bote y tocaban el costado del «Almirante.»

—Señora—dijo Morgan—os dejo, y espero ganar vuestro corazon.

—Dios lo quiera, porque me siento capaz de amaros con toda mi alma.

Doña Marina tendió majestuosamente su mano, y el pirata besó con respeto la punta de aquellos lindos dedos y se apartó conmovido.

—¡Gracias, Dios mio!—dijo Doña Marina alzando sus ojos al cielo; ¡gracias otra vez! ¡tú solo no me abandonas!

Las naves se dieron á la vela llevando el rico *tributo de guerra* que habian pagado los desgraciados habitantes de Portobelo, y se dirigieron á Jamaica, tocando antes en la isla de Cuba.

Morgan estaba cada dia mas apasionado de Doña Marina, y cada dia la dama sostenia una nueva lucha con el pirata. Aquel hombre, acostumbrado á no encontrar jamás obstáculo, nada habia conseguido del amor de la indiana: algunas veces raptos de furor le acometian, y se encontraba capaz de todo, y se irritaba del papel que la jóven le hacia representar; pero una frase, una mirada, una caricia cuando mas de Doña Marina, calmaban aquel rebelde corazon.

Morgan era un leon prisionero en una red de seda.

Afortunadamente para Marina, la llegada de los navíos á Cuba y á Jamaica, la reparticion del botin entre todos los que habian tomado parte en la expedicion, el pago de lo que adeudaban los piratas á los comerciantes ingleses de Jamaica, y los preparativos para una nueva empresa, cuyo objeto era la toma y saqueo de la ciudad de Maracaibo, ocupaban de tal manera la imaginacion del almirante, que apenas tenia tiempo que dedicar á sus amores.

Cuando alguna de aquellas graves ocupaciones permitia á Morgan visitar á Doña Marina, á quien no habia permi-

tido salir del navío almirante, la dama le recibia con tanto cariño, con tanta ternura, mostraba tan honda tristeza por las penas del almirante, que éste se sentia desarmado.

Doña Marina y Morgan pasaban entonces largos ratos conversando; la jóven le referia sus infortunios, le hablaba de su patria, de su niñez, con tanto sentimiento, que el pirata no podia menos de conmoverse, y la acariciaba con un aire verdaderamente paternal.

Casi se habia acostumbrado el almirante á ver en aquella jóven una hija.

Un dia, al despedirse Morgan, Doña Marina tomó la mano del pirata, la besó con respeto, y le dijo conmovida:

—¡Adios, padre mio!

Morgan se volvió rápidamente, y miró los ojos de Doña Marina húmedos por el llanto.

—¿Vuestro padre?—exclamó—¿me llamais vuestro padre?

—¡Oh! sí, señor; perdonadme si os ofendo: sois tan bondadoso, tan tierno, tan noble con esta pobre mujer, que miro en vos mi amparo, mi padre, mi Providencia; todo, señor, todo; ¿os ofendeis?

—¡Nunca, hija mia!—contestó conmovido el almirante —¡nunca! Yo no sé lo que me pasa con vos; os amé al conoceros, y quise gozar vuestra hermosura, como he gozado la de tantas mujeres; me hablásteis, y nació en mi alma otro sentimiento, desconocido para mí, y quise ganar vuestro corazon: los dias han pasado; tuve lástima de vuestra debilidad y de vuestro aislamiento; os tuve lástima, señora, porque conocí que me teníais miedo, y una ternura infinita sucedió en mi corazon al fuego devorador que le abrasaba: aun no dejo de amaros, aun mi carne se rebela contra mi espíritu; pero ya me encuentro fuerte para respetaros; me habeis llamado padre y estoy desarmado. Doña Marina, sereis

mi hija, así os lo prometo: ¡tórtola que busca abrigo bajo las álas del águila, tú lo encontrarás! me siento capaz por tí de ser noble y generoso; pero cuida de tus palabras, de tus acciones, porque si vuelve á encenderse este fuego, seré incapaz de contenerme, lo conozco, y entonces, ¡ay de tí!

Doña Marina dió un grito de júbilo, y cayó á los piés del almirante, besando su mano y exclamando con todo el corazon:

—¡Padre mio! ¡padre mio!

XV.

Los zelos del leon.

Desde aquel dia la suerte de Doña Marina fué mas dulce, sus relaciones con Morgan mas estrechas, y llegó á sentir por él un verdadero cariño.

Doña Marina entonces refirió á Morgan que tenia una hija que habia quedado en Portobelo, y que su marido lloraba su ausencia en aquel mismo sitio, esperando quizá, ó quizá creyéndola perdida para siempre.

—¿Y quieres mucho á esa niña?—preguntaba Morgan.

—Señor—contestó Marina—apenas con mi amor vais conociendo lo que se quiere á una hija, y sin embargo, ya comprendereis lo que es ese santo vínculo. ¡Ah! si viérais á mi Leonor, que yo espero que la vereis algun dia, ¡oh! qué bonita, qué graciosa! me parece que la estoy mirando aquí á nuestro lado; os llamará, porque yo se lo enseñaré, os llamará abuelito, porque vos habeis sido mi verdadero padre; se sentará en vuestras rodillas, jugará con el puño de vues-

tra espada, con la cadena de vuestro reloj; os tirará de los bigotes y de la barba; ya vereis: yo querré quitarla para que no os impaciente, y vos me reñireis á mí, porque esto ha de parar en que consintais mas á esa muchachita que á mí, me reñireis y la dejareis hacer cuanto quiera...... y os reireis de sus gracias y de su inocencia.

El pirata se sonreia con ternura; se estaba desarrollando á su vista un cuadro que no habia llegado á entrever nunca, un placer que no habia estado jamás á su alcance. Morgan no era un viejo; pero su alma combatida por esas furiosas tempestades de las pasiones, necesitaba ya de los goces de la edad madura.

No tenia familia, y gozaba al soñársela improvisada; su imaginacion le presentaba vivas aquellas escenas que le pintaba Doña Marina.

—¿Y tú crees que me querrá mucho esa niña?

—Os lo aseguro; os querrá quizá mas que á sus padres, como á su abuelito consentidor; y reirá, y sonará las manecitas de contento cuando os oiga esos gruñidos de viejo marino con los que haceis temblar á vuestros soldados, y con los que no conseguireis sino poner alegre á vuestra nietecita. Decidle mi nietecita—dijo alegremente Marina, tirando de la barba cariñosamente al pirata, como podia haberlo hecho con su mismo padre.

Morgan besó aquella torneada mano y contestó:

—Bien, mi nietecita. Vamos, tú has hecho conmigo cuanto has querido: comenzamos porque te quise hacer mi querida, y hemos parado en que me has hecho tu padre y abuelo de tu hija, y que haces conmigo cuanto quieres.

—Pero confesad que estais contento y que os he proporcionado goces que no conocíais.

—Puede ser, hija mia.

—Escuchadme: supongamos que al salir de Portobelo hubiera yo consentido en ser querida vuestra; ¿qué hubiérais conseguido? una mujer mas en el mundo, una mujer como tantas otras que han sido el instrumento de vuestros placeres; una mujer á quien hubiérais olvidado, despreciado, despues de haber satisfecho vuestros pasajeros deseos; y ahora, ¿os acordaríais de mí? ¿no estaria mi nombre confundido con el de tantas otras mujeres? ¿no se unirian mis maldiciones y mi llanto á tantas otras maldiciones que deben pesar ya sobre vuestra cabeza, á los llantos que deben pesar en vuestro corazon? Ahora encontraríais en vuestra alma el mismo vacío, la misma indiferencia; me habríais abandonado en Cuba ó en Jamaica; seria yo una mujer perdida, perdida para siempre, sin mas recurso que la prostitucion, sin mas amparo que pretender de uno de vuestros oficiales que me tomara por su querida, y si la muerte no me sorprendia en la juventud, pasar mi vejez mendigando un pan que llevar á la boca, y mi hija no conoceria á su pobre madre, y ella os maldeciria tambien; ¿es cierto?

—Es cierto—contestó con aire sombrío el pirata, porque pensaba en tantas mujeres á quienes habia hecho sufrir aquella misma suerte.

—En cambio de todo eso, ahora os amo, os bendigo; sois mi padre, mi salvador; mi hija será vuestra hija; vuestro corazon está lleno de un afecto purísimo, de una ternura desconocida; sentís el goce, el bienestar, la felicidad que proporciona al alma una accion buena y que no se compra en el mundo ni con todos los tesoros de la tierra: ¿tengo razon? ¿estais contento de lo que habeis hecho?

—Sí, hija mia, sí.

—Una querida menos, señor, que os parecia hermosa an-

tes de ser vuestra, porque despues os hubiera causado hastío, y en cambio una hija, una familia.

—Es cierto, es cierto!—contestó Morgan conmovido.

Morgan habia llegado ya á consentir en ser padre adoptivo de Doña Marina.

Durante aquel tiempo, Don Enrique habia visto pocas veces y solo de lejos á la dama; pero sabia que estaba alegre y satisfecha, y además, ella no habia reclamado su apoyo ni su proteccion, y el jóven supuso ó que el pirata habria desistido de sus amores, ó que ella era feliz con ellos.

Los preparativos de la marcha de los piratas habian terminado, y la escuadra estaba ya en momentos de darse á la vela. El almirante habia confiado el mando de uno de los navíos á Don Enrique; Juan Darien tenia entonces el papel de vicealmirante.

Una mañana, la del mismo dia en que la escuadra iba á levar anclas, Don Enrique tuvo necesidad de pasar al navío «Almirante» en busca de Morgan.

El pirata no estaba allí, y solo Doña Marina contemplaba el horizonte sobre cubierta.

Don Enrique se dirigió á ella.

—¡Oh! Don Enrique—dijo la dama—casi deseaba yo vuestra llegada.

—Es para mí una gran dicha llegar cuando deseábais verme; ¿os soy útil en algo?

—Era nada mas para contaros que he triunfado, que soy feliz.

—¿Sois feliz, señora?

—Sí; el almirante tiene una alma grande y noble; no solo me ha respetado, Don Enrique, sino que creo muy fácil que si llegamos á la Tierra Firme, me vuelva al lado de mi esposo y de mi hija.

—Señora, habeis conseguido una cosa maravillosa: yo os doy el parabien; mi honor en esto estaba comprometido, y solo siento no haber podido ayudaros en nada.

—Mucho me habeis servido; la idea de que habia cerca de mí álguien que se interesaba por mi suerte, me daba valor.

—En todo caso, ya sabeis, señora, que mi promesa subsiste y que os he dado mi palabra.

—Cuento con eso, y en prueba de ello os diré para vuestro gobierno: tenemos que caminar en distintos navíos, ¿es cierto?

—Sí, señora.

—¿Cuál montais vos?

—Mando el «Valeroso,» aquel que veis desde aquí: procurad conocerlo; es un navío quitado por los nuestros á los españoles; un leon coronado tiene en la proa.

—No lo olvidaré; pues bien, oidme: cuando durante la navegacion estemos á distancia capaz de vernos, si extiendo un pañuelo blanco, es porque mi suerte corre próspera; si uno rojo, es porque estoy en peligro; si negro, el peligro es inminente.

—Por mi parte no lo olvidaré yo tampoco, y procuraré caminar de manera que no me falten todos los dias noticias vuestras: yo agitaré tambien un lienzo blanco en señal de que os veo y de que comprendo lo que me decís.

—Perfectamente: ahora idos, que el almirante se acerca.

En efecto, Morgan se acercaba: Don Enrique se retiró; pero ya el pirata habia observado que sostenia una conversacion animada con Doña Marina.

La chispa de los celos brota con extraordinaria facilidad en el corazon de los hombres que han pasado ya de la juventud; desconfian de su propio valor, temen que la mujer

á quien aman encuentre mejor á los que son mas jóvenes, y se miran siempre débiles en presencia de cualquier enemigo; nunca están seguros de sus conquistas, porque las creen debidas al interés ó al temor, y sueñan que ellos son el objeto aparente de una pasion que la mujer amada consagra en secreto á otro hombre mas feliz.

Morgan sintió como si una víbora le hubiera mordido en el corazon; vaciló, y sin embargo, logró reprimirse; y sin dar á conocer lo que pasaba en su alma, se dirigió á Don Enrique con la sonrisa en los labios.

—Hola, mi nuevo capitan, ¿estais ya listo?

—Enteramente—contestó Don Enrique;—mi navío no tendrá nada que envidiar.

—¿Es decir que estais contento?

—Mas de lo que os podeis suponer.

Cuando un hombre está preocupado, cuando una idea se ha apoderado de su cerebro, todo cuanto oye decir le parece que se refiere á esa idea.

Las palabras de Don Enrique, «mas de lo que os podeis suponer,» le parecian á Morgan sospechosas.

—Yo me alegro—contestó distraido;—ya sabeis cuánto os he querido.

—Lo sé; como que sois casi mi padre.

—¡Cómo!—exclamó con aire sombrío el pirata, uniendo las ideas que estas palabras hicieron nacer en su alma, con los recuerdos de las conversaciones con Doña Marina.

—Es decir, señor, que os debo favores de padre.

—No hay que hablar de eso—contestó Morgan reportándose.

—Dispensadme si os molesto; pero mi gratitud me hace hablar así: me voy, señor, porque pronto nos daremos á la vela.

—Sí, id.

Don Enrique se retiraba, pero repentinamente le llamó el almirante.

Le habia ocurrido ver el semblante del jóven y el de Doña Marina cuando ambos se hablasen delante de él.

—Señor—dijo Don Enrique volviendo.

—Deseo presentaros con esa dama, si es que no la conoceis desde antes.

—Creia yo haberos dicho que la habia tratado ya en México.

—Se conocen—dijo interiormente Morgan—me engañan; —y luego agregó en voz alta:—no lo recuerdo; entonces, con mas razon despedíos de ella, porque yo la quiero mas que á una hija.

Y los dos se acercaron á Doña Marina.

Ni la dama ni Don Enrique sospechaban lo que estaba pasando en aquellos momentos en el alma del almirante.

—Señora—dijo Morgan—este jóven, que ha sido vuestro conocido en México, desea despedirse de vos.

Doña Marina inclinó ceremoniosamente la cabeza, y Don Enrique murmuró con la mayor cortesía:

—Señora, estoy á vuestros piés—y luego dirigiéndose al pirata, le tendió la mano y le dijo:—Señor, adios.

—Adios, Antonio—contestó Morgan, estrechando la mano de Don Enrique.

El jóven se retiró y comenzó á descender al bote, diciendo entre sí:

—¡Qué triste está hoy el almirante! quizá tendrá malas noticias!

Entretanto, Morgan pensaba:

—¡Cómo disimulan! Es una ficcion muy grande; es una despedida muy fria para dos antiguos conocidos: quieren

engañarme; pero yo los vigilaré; á mí no me engañarán; soy un viejo lobo marino...... ¡Ay de vosotros!

Y se puso á dar sus órdenes para que la escuadra se diese á la vela, porque el viento soplaba favorable.

Durante la primera noche de la travesía nada observó Morgan, á pesar de que no perdia de vista un instante á Doña Marina. La jóven estaba mas alegre, mas comunicativa, y la nube que habia oscurecido por un momento la alegría del pirata, comenzaba á disiparse.

Llegó por fin á creer que se habia engañado, se acusó á sí mismo de ligereza, y procuró, como por una especie de remordimiento, estar mas amable que de costumbre con Marina.

En la tarde del siguiente dia al de la partida, el «Valeroso,» sin duda por las maniobras que mandaba el capitan, navegaba muy cerca del navío «Almirante;» las tripulaciones estaban casi al habla, y como el viento era fresco y el cielo estaba puro, se podian distinguir los que iban en uno y en otro navío.

Morgan meditaba, fumando un enorme tabaco, y contemplaba á Marina, que estaba á corta distancia de él.

La jóven iba tambien meditabunda y no habia visto á Morgan.

De repente, el almirante vió que Marina alzaba el rostro y miraba fijamente para el rumbo que traia el «Valeroso;» una sospecha volvió á herirle, y procuró ocultarse para ver sin ser visto.

Doña Marina volvió el rostro para ver si álguien la observaba, se creyó sola, y agitó en su mano un pañuelo blanco por un instante.

Morgan entonces dirigió su ardiente mirada al «Valero-

so;» un hombre agitó allí tambien un pañuelo blanco, y el pirata conoció á Don Enrique: estaban de acuerdo; aquella era indudablemente una señal, un saludo cuando menos.

Un relámpago de sangre y de fuego cruzó ante los ojos del almirante; sus oidos zumbaron como si sobre él pasase un huracán; vaciló, y tuvo que contenerse para no caer.

Lo primero que le ocurrió, fué llevar la mano á la empuñadura de su cuchillo, y lanzarse sobre Doña Marina y asesinarla sin piedad, y arrojar al agua su cadáver, y romper los fuegos sobre el «Valeroso» y echarlo á pique, y no dejar que se salvase de allí nadie, y luego volar el navío «Almirante,» pegando fuego al pañol de la pólvora.

Morgan en aquel instante era un tigre rabioso, capaz de cometer el mas espantoso de los crímenes; pero la naturaleza no vino en ayuda del espíritu; la conmocion habia sido para su cuerpo tan terrible, que no la pudo resistir, y pasado el primer acceso, se sintió desfallecer, se anubló su vista, pasó algo desconocido para él en su cerebro, inclinó la cabeza y lloró.

Aquel corazon de diamante cedió á la debilidad humana, sintió mas grande su desgracia que su fuerza, mas profunda su amargura que su ira, mas agudo su dolor que su deseo de venganza, y lloró, porque el llanto es el último recurso del alma, es el único desahogo en la suprema alegría y en la suprema felicidad; para el hombre mas enérgico, en ciertos instantes, si no pudiera llorar, moriria ó perderia la razon.

Durante un largo rato, las lágrimas del almirante corrieron, quemando sus toscas mejillas, y en todo ese tiempo nada pensó, porque era el vacío lo que dejaba en su corazon y en su cerebro aquella ilusion al desvanecerse.

Por fin, alzó fieramente la cabeza, limpió sus ojos, y sa-

cudiendo su melena como un leon que siente un enemigo, exclamó con una especie de rugido salvaje:

—¡Infame!....... ¡y yo que creia!....... ¡me ha engañado!...... ¡ha jugado con mi corazon!....... ¡yo la trataré como á todas, como á todas!........ ¡Oh! y lo que son mis soldados, no sabrán nada, nada; seria una diversion para ellos....

Y luego, procurando dar á su semblante un aire tranquilo, se acercó adonde estaba Doña Marina.

La jóven, distraida, contemplaba el choque de las olas contra los costados del navío.

—Marina—dijo suavemente el pirata.

—¡Padre mio!—contestó la dama sin mostrar sobresalto de ninguna especie—¿qué me quereis?

—Tengo que hablarte.

—Pues hablemos.

—¿Sabes—dijo el pirata, mirándola amorosamente—sabes que no me creo ya con fuerzas suficientes para cumplirte mi palabra?

—¿Cuál palabra?

—La de tratarte como á mi hija.

—¡Dios mio! ¿y por qué?—exclamó la jóven, palideciendo ante el aspecto extraño del almirante.

—¿Por qué?—dijo Morgan, acentuando mucho el tono de la voz y con los ojos brillantes—porque tu belleza me provoca mas y mas cada dia, porque no puedo contenerme, porque tengo celos.

—¡Celos! ¿y de quién?

—De nadie, de todos, del porvenir; tengo celos de que algun dia, esa hermosura que es mia, que me pertenece, que tengo en mis manos á mi disposicion para gozar de ella cuando quiera, sea de otro, de otro, en vez de ser mia,

y entonces sienta haberla perdido, cuando ya no tenga remedio, cuando en brazos de otro hombre le prodigues tus caricias, y os burleis quizá de mi necedad.

—Pero señor, ¿qué conseguiríais si aun no teneis mi amor?......

—Marina, para nada necesito ese amor si tú eres mia, si puedo hacer de tí lo que quiera; poco me importa que sea porque me ames ó porque me temas; poco me importa que tú seas mia por tu voluntad ó contra ella; lo que necesito es que seas mia, que mañana cuando salgas de mi navío, no te burles de mí; que mañana cuando te abandone, ya sea porque estoy hastiado de tí, que no me quede ese deseo que me devora y que seria para mí un martirio; ¿lo oyes? es mi voluntad, y mi voluntad se cumplirá, porque no estoy acostumbrado á encontrar resistencia, y ¡ay de tí si intentas resistirte!

El pirata hablaba como fuera de sí; la cólera, el amor, el deseo, los celos, todas las pasiones, todos sus instintos combatian en su corazon, y se retrataban en su semblante y se adivinaban en la entonacion de su voz y en la creciente agitacion de su pecho.

—Señor—contestó Marina temblando—¿esos goces del alma y ese amor espiritual?......

—No me hables de eso, no me hables de eso, porque apenas he comenzado á conocer ese amor, y he sentido que es un infierno; que es la lucha del cuerpo con el espíritu; que es la hiel de la desesperacion y de la duda en el presente, en el pasado, en el porvenir; no, ese amor es un fuego lento que calcina los huesos, que seca el corazon; no, no, no te oiré, porque es un engaño, un hechizo, un filtro que envenena; yo siento un fuego ya que devora mis entrañas, y necesito apagarlo con el placer; necesito que seas mia, que

seas mia como han sido tantas mujeres, para calmar esta fiebre que tú misma me has causado.

—Señor, ¡por Dios!

—¿Lo oyes? tú serás mia de hoy en adelante; toda consideracion se acabó: serás...... mi querida mientras yo quiera, ¿lo oyes?

—¡Nunca!—exclamó con energía salvaje Doña Marina—¡nunca!

—¿Nunca, víbora? ¿nunca? es decir, ¿crees que despues de que me has herido el corazon con tu diente venenoso, lograrás escapar de mi mano?

—Sí; antes morir que consentir en ser tuya un instante.

—Lo veremos; yo te haré de águila altanera, tornarte en blanda paloma; yo te obligaré, soberbia indiana, á venir á mis plantas para pedirme por gracia mi amor y mis caricias: sí; porque tanto sufrirás, que mi amor será para tí como el paraíso; y luego, cuando esté yo hastiado de tu belleza, cuando otra mujer me parezca mas hermosa, entonces te arrojaré en la primera costa que encontremos á nuestro paso, para que llores allí la culpa de haberme engañado y resistido.

—Antes morir, miserable!—exclamó Doña Marina irguiendo soberbiamente su hermosa cabeza y con los ojos brillantes por la cólera—ántes morir; porque si tú has convertido en instrumentos de viles placeres á otras damas, es porque han sido cobardes y han tenido miedo de la muerte: mira, infame, cómo me libro para siempre de tu odiosa presencia......

Y Doña Marina, furiosa, hizo un impulso para lanzarse al mar; pero antes que hubiera podido lograr su intento, la vigorosa mano del pirata la habia detenido.

Comenzó entonces una lucha terrible, en la que apenas

podia el almirante contener á la dama; tanto vigor así habia comunicado la desesperacion á los delicados miembros de aquella mujer.

Morgan gritó y dos marineros llegaron en su auxilio y sujetaron á la jóven.

—Atadla y encerradla en una bodega—dijo furioso el almirante, y dos minutos despues aquella órden estaba ejecutada.

XVI.

La prueba.

Desde aquel dia Morgan comenzó á usar con Doña Marina una crueldad infinita. Encerrada en una de las inmundas bodegas del navío, sin ver mas que al marinero que dejaba una pequeña racion de pan y un poco de agua, sin respirar el aire libre, sin ver casi la luz, la infeliz jóven sufria horriblemente.

Aquella bodega estaba llena de enormes ratas, que venian á arrebatarle casi de la mano su miserable alimento, que roian sus vestidos, que llegaban hasta morder sus mismos dedos.

Doña Marina no podia ni dormir; aquellos repugnantes animales la atacaban en el momento en que entraba en quietud, y pasaban sobre su rostro, causándole una impresion espantosa con sus patas frias y desnudas.

La atmósfera pesada y nauseabunda que la rodeaba, era tambien para ella un tremendo martirio.

Y sin embargo, así permaneció ocho dias sin que Morgan apareciese por aquella mazmorra, peor mil veces que cualquier calabozo de la tierra.

Una tarde, el almirante creyó que era ya tiempo de ver á aquella desgraciada; supuso que su energía habia cedido á tanto sufrimiento, y bajó á buscarla.

En aquellos pocos dias la indiana habia quedado casi desnuda; tenia la cabeza cubierta de polvo, estaba pálida y estenuada, y su mirada era hosca como la de un loco, ó como la de una persona que ha pasado muchos dias en la oscuridad.

El pirata sintió por ella una especie de compasion al entrar con una lámpara en la mano en aquella bodega; Doña Marina, por pudor y por miedo, procuró ocultarse.

—Creo que habrás ya conocido—dijo Morgan—los malos resultados que te ha traido tu conducta, ¿es verdad?

Doña Marina no contestó.

—Habla—continuó Morgan—habla; ¿estás arrepentida? ¿quieres salir de aquí?

El mismo silencio por parte de la jóven.

—No tengas miedo, acércate; no quiero ya hacerte mi querida, porque has perdido tu belleza en ocho dias; quizá ahora como antes, si te encontrara, no me dignara yo mirarte; pero necesito que seas mia siquiera un dia; esta es para mí no cuestion de placer, sino de amor propio, de orgullo; porque no dirás tú ni nadie sobre la tierra, que Morgan el pirata se ha empeñado en una cosa sin haberla podido conseguir: piénsalo bien, Marina, consiente en ser mia un dia, no mas un dia, y estás libre, y te llenaré de riquezas; de lo contrario, sufrirás aunque mueras, y con tu cadáver se sepultará el secreto de mi derrota, en las aguas del mar. Marina, ¿quieres ser mia?

—¡Nunca, mónstruo! sal, sal de aquí; déjame morir, pero morir con el placer de no verte; morir con el orgullo de que no he sido ni seré tuya; morir maldiciéndote, y dejando en tu corazon el disgusto de no haberme poseido.

—¡Marina! ¡Marina! no tientes mi corazon, no enciendas mi cólera.

—¿Tu cólera? ¿qué me importa á mí tu cólera? la desprecio. ¿Crees que temo la muerte? te engañas, pirata, vil robador de mujeres, incendiario, excomulgado, infame: mátame, mátame, te desafío; no soy yo uno de esos cobardes que te siguen, que tiemblan y palidecen de tu enojo, porque no saben mirar de frente á la muerte, no; yo no solo te desprecio, sino que te provoco, ¿lo oyes? te provoco, miserable!

El almirante desnudó su puñal y se lanzó sobre Marina, que se adelantó á recibirle, presentándole su pecho desnudo; pero haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se contuvo y retrocedió.

—¿Lo ves? ¿lo ves?— exclamó Doña Marina como fuera de sí—tiemblas y no te atreves á herir, porque no te temo y porque tú no sabes sino matar cobardes como tú...... Hiere, hiere, miserable!...... eres un perro, y te desprecio.

El pirata dió un rugido, y como si se hubiera sentido incapaz de contenerse por mas tiempo siguiendo allí, dió violentamente la vuelta y salió de la bodega, estremeciéndose sin saber por qué, al oir la estridente carcajada que lanzó la jóven al verle huir.

El pirata salió sombrío y silencioso; aquella escena le habia afectado espantosamente.

En el mismo dia, dos hombres entraron á la bodega en que estaba Doña Marina, y la sacaron de allí sin decir una palabra, y la trasportaron á una cámara.

Morgan pensó que aquella cárcel acabaria con la víctima

antes de que él pudiera satisfacer sus deseos, y el pirata no queria la muerte de la jóven, queria saciar en ella un capricho, y luego arrojarla de su lado, sin importarle que fuera á los brazos de su familia ó al fondo de los mares: una vez triunfante de aquella tenaz resistencia, todo era para él indiferente.

Marina, por su parte, despues de pasar uno de aquellos accesos de furor, en los que no solo no temia, sino que deseaba la muerte, se decidió á vivir y á luchar á brazo partido con su destino; tenia una fe grande en el porvenir, y sobre todo, contaba con su resolucion de encontrar la muerte en el último trance.

La muerte era para ella un recurso, aunque extremo, pero completamente seguro: por la mano del pirata, provocando su ira ó arrojándose al mar, podia morir cuando ya no tuviera esperanzas de salvar su honor; pero entretanto lucharia, lucharia, porque estaba resuelta á vivir por su hija, porque no se sentia cobarde para la lucha, porque no temia sucumbir por el valor.

....

....

Al desprenderse Morgan de Jamaica llevaba el poderoso auxilio de un navío inglés armado con treinta y seis bocas de fuego, que el gobernador de la isla le habia proporcionado, para reforzar su armada y ponerlo con mas facilidad en estado de atacar las posesiones españolas de la Costa-Firme.

El capitan de aquel navío era un gran amigo de Morgan, y se llamaba Binkes, de orígen holandés.

Binkes habia conocido á Morgan desde su niñez, y el almirante tenia en él esa confianza que le faltaba con los subordinados; y como era natural, en la situacion del pirata necesitaba de una persona á quien confiar sus penas.

Morgan refirió á su amigo cuanto le habia pasado con Doña Marina.

—¿Y tú amas á esa mujer?—preguntó Binkes.

—Creo que no la amo, pero quisiera vengarme de ella; sobre todo, no quiero que se burle de mí.

—¿Y no has encontrado medio de reducirla?

—¡Imposible! tiene una voluntad indomable.

—Si tú me la entregaras, la domaria.

—Pero......

—Supuesto que no la amas y que hasta ahora nada has podido conseguir, pásame la prenda y veremos......

—Pero se reirá de mí; creerá que ha vencido.

—Escúchame, Morgan: no conozco á esa mujer; pero quisiera yo quitarla de tu lado; temo que influya tanto en tu espíritu, que pierdas esa energía, ese valor indomable.

—No seria dificil, porque estoy profundamente afectado......

—Lo creo muy bien; pero me temo que no sea ese el remedio.

—¿Pues cuál?

—Hacerla mia.

—Entonces por la fuerza.

—Me parece que es llegado el caso.

—Mañana, despues de la comida, iremos á ver á tu rebelde prisionera, y serás dueño de ella.

—¿Crees que lo conseguiré?

—De mi cuenta corre; alienta y ten fe en mí.

Morgan se sentia alegre con solo aquella conversacion, y esperó con ansia la venida del dia siguiente. El que encuentra grandes obstáculos para una empresa, espera siempre auxilios misteriosos ó desconocidos, y el pirata pensaba ya

que su amigo tendria algun raro secreto para rendir la virtud de una mujer.

A la mañana siguiente, el buque inglés estaba lujosamente empavesado; se preparaba un almuerzo en honor de la resolucion tomada por los gefes para atacar la ciudad de Maracaibo.

Doña Marina gemia sola y sin esperanza, encerrada en una cámara en el navío «Almirante.»

Don Enrique habia llegado á saber los crueles tormentos que sufria la jóven, y pensaba solo en los medios de libertarla.

Aquel dia determinó aprovechar los momentos en que Morgan estuviese en el convite dado en el navío inglés, para hablar con ella.

En efecto, comenzó aquel convite, y los piratas se entregaron á una loca alegría, olvidándose de todo, y hasta Morgan mismo dejó de pensar en Doña Marina al encontrarse en medio de sus compatriotas.

Don Enrique aprovechó el momento y entró al navío «Almirante.»

Pocos hombres estaban en él de guardia, y los unos dormian y los otros miraban lo que pasaba en la cubierta del navío inglés, sin ocuparse de lo que acontecia en el suyo.

Don Enrique abordó al «Almirante» por el opuesto lado y cubriéndose de los ingleses con el mismo casco del navío.

El jóven no encontró obstáculo, y llegó hasta la cerrada puerta que guardaba á Doña Marina; allí llamó.

—Doña Marina, Doña Marina—gritó al través de la madera.

—¿Quién sois?—contestó la dama con voz lánguida.

—Un amigo, un amigo que desea hablaros; acercaos.

—¡Ah! ¿sois vos, Don Enrique?

—Yo soy, señora, que vengo inquieto por vuestra suerte.

—Don Enrique, mi situacion es espantosa; ese hombre me tiraniza de una manera horrible, y quiere por fuerza que yo sea suya.

—¿Pero qué ha motivado semejante cambio en su conducta?

—Creo que tiene celos.

—¡Celos! ¿y de quién, señora?

—De vos.

—¿De mí?

—Sí, de vos; porque desde el dia en que os vió hablar conmigo, su conducta ha sido incomprensible: él, antes tan bueno, tan cariñoso, ahora es déspota, cruel.

—¿Y no teneis esperanza?

—Solo en la muerte.

—No os desalenteis; yo tengo otra esperanza menos espantosa.

—Hablad; ¿en qué esperais?

—En la fuga.

—¡En la fuga! ¿y cómo?

—Mirad, señora: yo buscaré la oportunidad y os haré pasar á mi navío, y nos daremos á la vela; y aunque todos los buques de Morgan nos den caza, no lograrán alcanzarnos; tengo fe en la ligereza del «Valeroso.»

—¡Dios os escuche!

—El que os ha escuchado soy yo—exclamó una voz robusta detrás de Don Enrique.

El jóven volvió el rostro, y vió parado cerca de sí á Binkes, el amigo de Morgan, á quien acompañaban cuatro marineros.

—¡Estamos perdidos!—exclamó en su interior Enrique.

—Vamos—dijo Binkes;—tú, mal oficial, tratas de robar-

le la dama á tu almirante; esta tarde estarás colgado de una entena, divirtiendo á la tripulacion: atadle.

Antes de que Don Enrique hubiera podido hacer un solo movimiento de defensa, los cuatro marineros ingleses le habian sujetado y le ataban con una cuerda los brazos.

—Ahora izad, y llevémosle á su amo para que le haga justicia.

Los marineros cargaron con Don Enrique, y precedidos de Binkes, salieron del «Almirante,» descendiendo á su bote, en medio de la admiracion de los marineros del navío, que los dejaban obrar, conociendo el cariño que Morgan profesaba á su amigo.

Doña Marina escuchó con terror aquella escena, y al retirarse los aprehensores y el prisionero, cayó de rodillas, confiando á Dios su suerte y la de Don Enrique.

Veamos ahora por qué habia ido Binkes á bordo del «Almirante.»

Casi al concluir la comida, la alegría de los convidados rayaba en locura; se decian entusiastas brindis que se celebraban con cañonazos.

Binkes se acercó á Morgan y le dijo:

—Para completar la alegría, voy yo mismo á traer á tu prisionera, para que aquí en medio de nosotros caiga entre tus brazos y se cante tu triunfo.

Y sin esperar respuesta del almirante, hizo botar una lancha y se dirigió al navío «Almirante.»

Ya hemos visto allí lo que por desgracia de Marina y de Don Enrique, llegó á escuchar.

Tornaba la lancha al buque inglés, conduciendo al prisionero Don Enrique y á Binkes y sus compañeros, que estaban completamente borrachos.

El jóven habia comprendido que habia llegado para él la

última hora: Morgan, cuyo carácter impetuoso conocia, le mandaria ahorcar inmediatamente.

La barca tocó el costado del buque inglés, y Binkes, seguido de sus marineros, tomó la escala y subió, dejando á Don Enrique en la lancha al cuidado de un solo marinero.

—Hacedme un favor—dijo Don Enrique á aquel hombre.

—¿Cuál?—preguntó secamente el inglés.

—Desatad mis manos.

—No, porque os arrojareis al mar.

—Os doy mi palabra de marino de no moverme de vuestro lado; pero estas cuerdas me despedazan las carnes.

—¿Ofreceis vuestra palabra?

—La empeño.

El inglés comenzó á desatar á Don Enrique y le dejó perfectamente libre.

—Gracias—dijo el jóven, sentándose á su lado.

Entretanto, Binkes habia llegado hasta la popa, en donde Morgan, con algunos compañeros, estaba aún empeñado en sus brindis, á los que respondia siempre un cañonazo.

—¿Viene ya Marina?—preguntó el almirante.

—Todavía no; pero voy á prepararos una sorpresa á tí y á ella.

—¿Qué sorpresa?

—Dejaria de serlo si te la comunicara.—Seguidme, dijo á los marineros, y se dirigió á la proa.

—Preparadme aquí una buena horca para colgar á ese tunante—dijo á los que le seguian, y los hombres se preparaban á obedecerle.

Morgan, en la popa, habia levantado su vaso lleno y gritaba:

—¡Por la sorpresa del almirante y de su amada!

El cañon respondió á su brindis; pero instantáneamente

una horrible detonacion hizo estremecer y saltar al buque inglés.

Los navíos ingleses tenian el pañol de la pólvora en la proa; el último cañonazo habia despedido una chispa que habia comunicado el fuego á las chilleras, y estas al pañol de la pólvora, y todo instantáneamente, y el navío inglés fué envuelto por la parte de la proa en un remolino de llamas.

Binkes habia perecido en aquella catástrofe, lo mismo que todos los que le seguian y cuantos estaban por la parte de proa, y solo Morgan y treinta ingleses se escaparon en la popa, lanzándose al mar.

Pasado el primer momento de estupor, todos los navíos botaron sus lanchas para salvar á los que nadaban, y Don Enrique, ayudado del marinero inglés, fué el primero que recibió á muchos de aquellos desgraciados.

—Fío en vuestro secreto sobre lo que ha pasado en el navío «Almirante»—dijo Don Enrique al marinero inglés.

—Dios no quiere que se sepa—contestó el otro—porque ha callado á los què debian contarlo; yo acataré la voluntad de Dios y no diré nada.

—¿Palabra de marino?

—Os la doy.

Y Morgan volvió á su navío, sin penetrar cuál era la sorpresa que le preparaba su infortunado amigo.

Doña Marina, que nada sabia, temblaba á cada ruido que escuchaba, y creia ver entrar al furioso almirante.

XVI.

El brulote.

El siniestro acontecimiento del navío inglés causó en el ánimo del almirante y de todos los suyos tan penosa impresion, que solo en él pensaron durante muchos dias, y Doña Marina alcanzó una tregua en sus padecimientos.

Morgan se dirigió con su armada á la Tierra–Firme, y pareció no pensar en la jóven, que seguia prisionera en el navío «Almirante.»

Las naves de Morgan llegaron á un punto de la costa en donde se pudo efectuar un desembarco oculto, y los piratas se dirigieron á Maracaibo.

Las naves quedaron custodiadas por pocos hombres, y á ellos encomendada tambien la custodia de la desgraciada Marina.

El almirante tenia un carácter impetuosísimo; pero tal número de empresas era el que acometia, que su cerebro, combatido por encontradas ideas, le hacia pasar muchas ve-

ces por un hombre voluble, sin que él lo fuera en efecto; pero lo que en Morgan podia notarse era que llamaban mas su atencion, que la absorbian completamente las aventuras peligrosas, los ataques y los combates, y que cuando se ocupaba de una de estas empresas, olvidaba sus amores y sus amistades, y hasta su misma persona: despues del triunfo, despues de pasado el peligro, sufria su corazon una especie de reaccion que le hacia pensar con mas entusiasmo en sus placeres y en sus deseos.

Esta era la razon de por qué abandonaba repentinamente á Doña Marina, en los momentos en que tal vez estaba mas exaltado por su resistencia.

Don Enrique comprendia perfectamente el carácter del almirante, y creyó que aquellos eran los momentos que se debian aprovechar para la fuga de Doña Marina; pero Morgan le eligió para mandar parte de las fuerzas de desembarco, y el jóven se avergonzó de pensar siquiera en la fuga la víspera de un combate.

Parecia que algun demonio familiar protegia los proyectos de Morgan. Maracaibo cayó en poder de los piratas á pesar de la heróica resistencia de los soldados españoles que la guarnecian, y la ciudad fué saqueada por las tropas del almirante, y sus desgraciados habitantes perseguidos por todas partes.

Nada fueron los delitos cometidos en Portobelo por los piratas, comparados con los hechos espantosos de aquellos hombres en Maracaibo y sus alrededores.

Para descubrir los tesoros ocultos por los comerciantes, se usaba de los mas horrorosos tormentos con todos los que habian caido prisioneros.

Un testigo presencial de aquellas escenas espantosas, dice así, hablando de estos sucesos:

"Entre las crueldades que usaron entonces, fué una el darles tratos de cuerda, y al mismo tiempo muchos golpes con palos y otros instrumentos; á otros quemaban con cuerdas caladas encendidas entre los dedos; á otros agarrotaban cuerdas al derredor de la cabeza, hasta que les hacian reventar los ojos; de modo que ejecutaron contra aquellos inocentes toda suerte de inhumanidades, jamás hasta entonces imaginadas.»

Morian multitud de aquellos infelices entre los mas rudos tormentos porque nada tenian que confesar, y otros hacian falsas denuncias, que averiguadas, les costaban tambien la vida.

La ciudad era un campo de maldicion.

Hasta entonces no comprendió verdaderamente Don Enrique lo que eran los piratas; hasta entonces no comprendió la razon del odio que contra ellos manifestaba todo el mundo civilizado.

Don Enrique no los habia visto sino al través de las fantásticas relaciones de sus hazañas, y confundiendo su valor con su generosidad, habia creido que cuanto malo se decia de ellos era efecto del odio de los gobiernos españoles, que no habian podido acabar con ellos; pero las terribles escenas que presenció en Maracaibo le hicieron conocer que no podia continuar al lado de aquellos hombres.

Formó, pues, la irrevocable resolucion de separarse, pero no sin arrebatarles á Doña Marina, á la que no podia dejar en manos de sus verdugos.

Determinó, pues, esperar una oportunidad.

Los piratas, caminando unas veces por tierra y otras en sus navíos, llevaron el espanto, la desolacion y el pillaje hasta la aldea de Gibraltar.

Nada se resistia ya á su furor y á su arrojo, y en cada

villa exigian el *tributo de quema,* que les producia cantidades fabulosas.

En medio de aquella carrera de triunfo y de pillaje, Morgan recibió la noticia de que una flotilla española esperaba á sus navíos en el lugar llamado la ensenada del Lagon, por donde precisamente tenian que pasar los piratas para salir á la alta mar.

Morgan comprendió el peligro que corrian sus pequeñas embarcaciones en un encuentro con los navíos españoles de alto bordo; pero inspirado por su audacia, en vez de pensar en la fuga, envió á uno de los prisioneros españoles que tenia consigo, demandando al almirante de la flota enemiga *tributo de quema* por la ciudad de Maracaibo.

La historia nos ha conservado la respuesta que se dió á tan audaz peticion, y que dice así:

«Don Alonso del Campo y Espinosa, almirante de la flota de España, á Morgan, caudillo de piratas:

«Habiendo entendido por nuestros amigos y circunveci-
«nos, las nuevas de que habeis osado emprender el hacer
«hostilidades en las tierras, ciudades, villas y lugares per-
«tenecientes á la dominacion de S. M. Católica, mi señor:
«yo he venido aquí, segun mi obligacion, cerca del cas-
«tillo que vos habeis tomado del poder de un partido, de
«cobardes y poltrones, al cual he hecho asestar y poner en
«órden la artillería, que vos habiades echado por tierra. Mi
«intencion es disputaros la salida del Lagon, y seguiros por
«todas partes á fin de mostraros mi deber. No obstante, si
«quereis rendir con humildad todo lo que habeis tomado,
«los esclavos y otros prisioneros, os dejaré benignamente
«salir, con tal que os retireis á vuestro país; mas en caso

«que querais oponeros á esta mi proposicion, os aseguro que «haré venir barcas de Caracas, y en ellas pondré mis tro«pas, que enviaré á Maracaibo para haceros perecer á todos «por los filos de la espada. Veis aquí mi última resolucion. «Sed prudentes en no abusar de mi bondad con ingratitud. «Yo tengo conmigo buenos soldados que no anhelan sino es «á tomar venganza de vos y de vuestra gente, y de las «crueldades y pícaras acciones que habeis cometido contra «la nacion española de la América.

«Fecho en mi Real navío *la Magdalena*, que está al án«cora en la entrada del Lagon de Maracaibo, en 24 de «Abril de 1669 años.

«DON ALONSO DEL CAMPO Y ESPINOSA.»

Morgan recibió esta carta y la leyó á los suyos en el mercado de Maracaibo, consultándoles si convendria mas rendir cuanto habian tomado y salir libres, ó emprender un combate tan desigual.

Un inmenso clamor respondió á sus palabras, y los piratas juraron que preferian mil veces morir á ceder nada de lo que habian adquirido.

Restablecida un momento la calma, Juan Darien tomó la palabra y dijo al almirante:

—No veo, señor, tan desesperada nuestra situacion para salir venciendo á los navíos españoles.

—Explicaos—contestó Morgan.

—Yo respondo de destruir el mayor de esos buques con solo doce hombres resueltos que me acompañen; ¿los encontraré?

—Sí, sí!—gritaron muchos.

—Pues bien; he aquí mi plan: construiremos un brulo-

te ó navío de fuego, valiéndonos para esto del que tomamos en la ribera de Gibraltar.

—Fácil será hacer el brulote—contestó Morgan;—pero mas fácil aún que sea conocido de los enemigos y no le dejen acercarse.

—En efecto—continuó Juan Darien;—pero ocúrreme para esto una astucia que será sencilla de ponerse en práctica.

—¿Y cuál es?

—La manera de que el brulote no sea conocido por tal de los enemigos, es esta: pondremos de un lado y otro trozos de madera con sombreros y monteras encima para engañar á la vista desde lejos, figurando que son hombres. Lo mismo haremos en las portiñolas que sirven á la artillería, que llevarán unos cañones fingidos. El estandarte será de guerra, desplegado al modo de quien convida al combate.

—¡Comprendo! ¡comprendo!—exclamó el almirante;—¡á la obra! ¡á la obra!

Desde aquel momento, Juan Darien se puso en movimiento, y muy pronto estuvo dispuesto el brulote.

Trasladaremos aquí cuanto dice acerca de aquel trabajo un historiador sencillo y testigo ocular de aquel lance:

«Hicieron primeramente guardar y atar bien á todos los prisioneros y esclavos; despues recogieron toda la pez y azufre que se pudo hallar en la villa para aprestar el brulote susodicho, y dispusieron otras invenciones de pólvora y azufre, como hojas de palma bien embarradas en alquitran; dispusieron descubrir las pipas de la artillería: debajo de cada una habia seis cartuchos de pólvora; aserraron la mitad de las obras muertas del navío, á fin de que la pólvora hiciese mejor su operacion; fabricaron nuevas portiñolas, donde pusieron en lugar de artillería tamboriles de ne-

gros; en los bordes plantaron piezas de madera que cada una representaba un hombre con sombrero ó montera, bien armado de mosquete, espadas y charpas.»

Preparado así el brulote, dió Morgan la órden para embarcar todo el botin, y de salir al encuentro de los españoles.

Don Enrique creyó que era llegado el caso de aprovechar las circunstancias para salvar á Marina y retirarse él de la compañía de aquellos hombres.

El órden de la marcha de los piratas, arreglado por Morgan, era el siguiente:

Por delante de la armada, el brulote con bandera de guerra desplegada; luego el «Valeroso,» que mandaba Don Enrique; dos grandas barcas adonde iban todas las riquezas del botin, las mujeres y los prisioneros, y luego los demás navíos.

Don Enrique, luego que escuchó aquellos preparativos se lanzó en un bote al navío «Almirante,» y exigió, en nombre de Morgan, que se le entregase á la dama prisionera, porque todas las mujeres debian ir en una misma barca.

Como todos sabian lo que se preparaba y conocian la gran confianza que el almirante depositaba en el jóven, no vacilaron en entregar á Doña Marina.

—¿Adónde me llevais?—preguntó la jóven.

—Silencio, señora—le dijo Don Enrique;—creo que os voy á hacer libre.

Doña Marina siguió á Don Enrique, y en medio de la confusion del embarque, nadie notó que una mujer habia llegado á bordo del «Valeroso» y que se ocultaba en una cámara.

Morgan, terriblemente preocupado, no se dignó, al llegar

á su navío, preguntar por Doña Marina, y los navíos echaron á navegar.

Cerraba ya la noche, cuando las dos escuadras se avistaron.

Los grandes navíos españoles estaban anclados á la entrada del Lagon y á un lado del castillo.

Los piratas anclaron tambien allí, fuera no mas de tiro de cañon.

Durante la noche reinó la mayor agitacion, y Morgan tuvo que dictar tantas órdenes para el combate del siguiente dia, que su imaginacion no se ocupó de la prisionera.

Por fin, un cañonazo anunció la llegada del dia; los piratas levantaron las anclas y embistieron contra las naves españolas, las cuales por su parte hicieron lo mismo.

Bien pronto el brulote cerró contra el navío real llamado «la Magdalena,» que era el que montaba el almirante, y se acostó sobre él.

El almirante español comprendió entonces lo que aquello significaba y quiso salvarse; pero era ya tarde. Juan Darien habia pegado fuego al brulote, y arrojándose al agua con sus compañeros, ganó á nado una de las barcas de los piratas.

El real «Magdalena» se envolvió en un manto de llamas, despues saltó al impulso de la pólvora que contenia la santa-bárbara, y luego se sumergió, no quedando de él mas que algunas tablas humeantes que flotaban sobre las olas.

Los del otro navío, mirando esto, huyeron hácia el castillo; pero perseguidos muy de cerca por los piratas, le echaron á pique y buscaron salvarse ganando á nado la playa.

El tercer navío cayó en poder de los piratas.

La flotilla española habia acabado.

Los piratas se entretenian en saquear el navío prisionero

y en matar ó aprisionar á los españoles que nadaban, y nadie pensaba en otra cosa mas que en el gran triunfo que acababan de adquirir.

Don Enrique conoció que habia llegado el momento, y los piratas vieron con admiracion que el «Valeroso» á toda vela pasaba por la entrada del Lagon y se lanzaba al alta mar.

Morgan comprendió lo que habia pasado, porque en vano buscó á Doña Marina; pero él sabia que el «Valeroso» era el mas velero, y no pensó siquiera en darle caza.

CUARTA PARTE.

EL HIJO DEL CONDE.

I.

La dama misteriosa.

GOBERNABA aún el marqués de Mancera en la Nueva-España, en 1669, y aquel gobierno era notable por su prudencia. La colonia estaba tranquila, y solo turbado el reposo de sus moradores por las noticias que dia á dia llegaban de los robos y crueldades de los piratas.

Los navíos de guerra españoles eran ya impotentes para garantizar al comercio de las Américas el envío de mercancías ó caudales, y llegaba ya la audacia de los piratas hasta vender en el mismo puerto de Vera-Cruz las mercancías.

Sucedia muchas veces que llegaban navíos de aquellos hombres, mandados por capitanes que no habian sido conocidos en los combates con los españoles, y aunque al navío

se le ponian guardias, se permitia el comercio de los efectos que traian.

En la capital de Nueva-España el renombre que tenian los piratas de audaces y de crueles, superaba los límites de todo lo posible. Muchas familias de las costas habian llegado á refugiarse á México para vivir con mas tranquilidad, y ellas traian leyendas fabulosas del valor de aquellos hombres, á los que se les suponia aun una figura distinta de los demás hombres.

Entre las personas que habian llegado á la ciudad, se contaba á Don Diego de Alvarez, el Indiano, que segun se sabia, con una hija suya muy pequeña habia logrado escapar en Portobelo de las matanzas de los piratas.

Don Diego habia perdido allí á su esposa Doña Marina, muerta, segun él decia, por uno de aquellos hombres que habia pretendido burlarse de ella.

El Indiano no era ya aquel jóven apuesto, galanteador, audaz y que gustaba de ostentar su opulencia, como en otro tiempo; estaba triste, taciturno, vivia con poco lujo y no visitaba sino al virey, que era su padrino de matrimonio, y al arzobispo de México, con quien cultivaba grande amistad.

Las jóvenes que habian conocido en otro tiempo á Don Diego, extrañaban su conducta, y aun algunas procuraban atraerle otra vez á la sociedad; pero todo fué en vano, porque Don Diego era ya casi un misántropo.

Sin embargo, hubieran podido observar que el Indiano, además de las visitas del virey y del arzobispo, solia algunas noches entrar á una casa que estaba cerca del monasterio de Jesus María, y en la que habitaba una dama misteriosa que causaba la curiosidad de los vecinos de la calle, sin que jamás hubieran podido averiguar quién era ella.

Los balcones y las ventanas de la casa que habitaba aque-

lla dama, no se habian abierto jamás; la puerta que daba á la calle estaba constantemente cerrada, y si se abria era para dar paso á una esclava negra y vieja que jamás cruzaba una palabra con nadie.

La casa estaba precisamente enfrente de la iglesia de Jesus María, y los vecinos madrugadores lo único que pudieron notar fué que casi al amanecer salia de la casa una dama cubierta con un espeso velo negro, que atravesaba la calle, entraba á la iglesia, oia la primera misa, y volvia despues á encerrarse hasta el dia siguiente á la misma hora.

Aquellos misterios impenetrables desesperaban á los vecinos, y no perdonaban medio de averiguar algo: un dia la puerta estaba entre abierta, y un muchacho se atrevió á entrar; pero á poco salió espantado, diciendo que parecia una casa abandonada.

Ninguna visita llegaba allí durante el dia, y solo algunas noches, que siempre eran las de los viernes, un bulto negro llegaba á la puerta á las once en punto, y sin que tocara le abrian, y nadie le veia salir, de lo que inferian todos, como era muy natural, que aquel bulto negro era una alma que andaba en penas, y creció el terror que inspiraba aquella misteriosa morada, y al pasar delante de ella se santiguaban las devotas.

Era un viernes en la noche; las once comenzaban á sonar, cuando por el rumbo de la plaza mayor desembocó en la calle de Jesus María un hombre embozado en una capa negra, cubierto con un sombrero negro tambien, sin pluma ni toquilla.

Aquel hombre caminaba lentamente y llegó hasta la puerta de la casa de la dama misteriosa antes que acabaran de sonar las campanadas de las once.

La puerta se abrió dando paso al hombre y volvió á cer-

rarse inmediatamente; una esclava con un candil alumbraba en el interior, y condujo al hombre por una estrecha escalera hasta una estancia modestamente amueblada y alumbrada por dos bujías de cera.

Una dama esperaba allí la visita de aquel hombre; era jóven y hermosa, y su trage tenia mas de provocativo que de honesto.

La esclava dejó hasta la puerta al nocturno visitador y se retiró.

—Dios os guarde, señora—dijo el hombre.

—Él os traiga en hora feliz, Don Diego—contestó la dama con una sonrisa encantadora.

Don Diego, pues era el Indiano aquel hombre, puso su sombrero en un sitial y se sentó taciturno en otro.

La dama le contempló largo tiempo en silencio, y luego acercándose á él, le tomó una mano y le dijo estrechándola contra su seno:

—Siempre tan triste, señor, siempre tan triste......

—¿Qué quereis, Doña Ana? Hay en el fondo de mi vida un recuerdo tan doloroso y tan sombrío, que me es imposible arrancarle de mi corazon.

—¿Y nada será capaz de devolveros la felicidad?

—¡Ay! creo que nada.

—¿Ni el corazon de una mujer que os amase hasta el delirio?

El Indiano volvió el rostro y miró con tristeza á Doña Ana, y ella bajó los ojos y se puso encendida.

—Doña Ana—dijo lánguidamente el Indiano—¿creeis que un corazon despedazado por el dolor como el mio, sea capaz de amar?

—Es quizá, señor, el único remedio que os queda para

curar esa herida mortal; es el único bálsamo para vuestro intenso dolor.

—Doña Ana, vos me habeis dicho eso varias veces; comprendo que eso que me decís equivale á una confesion de vuestro amor; quizá seria yo capaz de amaros; pero el recuerdo de Marina se interpone entre nosotros, y ese amor no se atreve ni aun á nacer...... Quizá aun vive Marina......

—Viva ó muerta, no existe para vos: si ha tenido un corazon digno, debe haber muerto antes que sucumbir á los amores de los piratas; si ha consentido por temor en ser la querida de uno de esos hombres, ¿no está muerta para vos? ¿no preferiríais verla mejor en el sepulcro, que presentarse otra vez delante de vos manchada por las caricias de Morgan, ó de Don Enrique, ó......

—Silencio, Doña Ana—exclamó el Indiano—silencio; no hableis de eso; para todos, para todos, Doña Marina ha dejado de existir, porque yo no soportaria la vida si el mundo supiera que mi mujer es ahora la querida de un pirata.

—Teneis razon, Don Diego; este debe ser un secreto impenetrable que solo debemos conocer los dos; pero entre nosotros podemos hablar de él, porque eso es hablar de vuestra suerte, de la mia, de vuestros dolores y de mis esperanzas.

—¿Pero no comprendeis que hablando de él se avivan mis dolores, y quizá se alejan esas que vos llamais vuestras esperanzas?

—No, Don Diego, porque así os acostumbrareis á ver en mí la mujer que os ama, que comprende vuestro corazon, y así llegareis á amarme como yo lo deseo, porque yo he llegado á amaros: ó decidme, ¿creeis que no soy bastante hermosa para fijar vuestras miradas?

Y Doña Ana, con disimulo, procuró mostrar parte de sus hombros y turgente cuello al Indiano.

Don Diego la miró embelesado; aquellas formas, aquella hermosura, aquel aire dulce y provocativo, y aquellos ojos ardientes y húmedos por la ilusion, y aquellos labios entreabiertos dejando ver dos hileras de dientes de marfil y adivinar unas encías nacaradas y frescas, hubieran hecho vacilar la virtud de un hombre menos jóven y menos fogoso que el Indiano.

—Doña Ana—contestó conmovido y pasando uno de sus brazos al derredor del cuello de la jóven—no solo me pareceis hermosa, sino encantadora, ya os lo he dicho otra vez; al veros se enciende mi sangre, y mis ojos me piden miradas de ternura para vuestras miradas, y mis brazos quieren estrechar vuestro seno, y mi boca ansía un beso para vuestra boca.

—¿Pues por qué vuestros ojos no responden á mis miradas, por qué no siento vuestro abrazo, por qué vuestro beso no viene á mis labios á recibir el mio? ¿son acaso de mármol? ¿me engañais al referirme lo que sentís? ¿lo que no acobarda á una infeliz mujer, puede hacer retroceder á un hombre como vos, Don Diego? Os amo, soy vuestra; ¿por qué tanto desvío?

—Doña Ana, no puedo resistir, y voy á abriros mi corazon, voy á deciros lo que siento, voy delante de vos como delante de Dios, á mostrar mi alma sin doblez y sin engaño; si en esta relacion escuchais algo que os disguste, perdonadme, Doña Ana, porque vos me obligais, porque sois el ángel tentador á cuyos halagos no me es posible resistir.

—Hablad, señor, hablad; abridme vuestro pecho; esto os servirá de consuelo.

Y Doña Ana se acercó á Don Diego, y su rostro estaba tan cerca del rostro del Indiano, que su aliento se confundia con el suyo. Uno de los brazos del jóven rodeaba el cuello de la dama, y ella tenia la otra mano de Don Diego entre las suyas y la estrechaba con entusiasmo.

Doña Ana en aquel momento estaba irresistible; su pecho se levantaba como agitado por la fatiga, y sus grandes y negros ojos clavados en los del Indiano, lo fascinaban como la mirada de la serpiente fascina al colibrí.

—Doña Ana—dijo con pasion el Indiano—os amé al conoceros, con todas las fuerzas de mi alma, vos lo sabeis; por eso odié á Don Enrique, porque me arrebató vuestro amor; por eso fuí su mortal enemigo. Cuando Don Cristóbal de Estrada os robó, no ansié ni veros, por temor de que esa vista me fuera fatal, por temor de que una sola palabra de vuestros labios me hiciera caer á vuestros piés, ó morir de desesperacion; yo no sabia qué clase de relaciones os unian con mi rival, yo no sabia si le amábais de veras, ó si era solo un capricho y el deseo de un buen matrimonio lo que os hacia preferirle á mí; y en un momento de despecho y por un movimiento de mi orgullo herido, y por no hacer testigo á Don Cristóbal ó de mi debilidad ó de mi vergüenza, no quise veros, Doña Ana, y renuncié hasta la esperanza de vuestro amor: ¿comprendeis esto, señora, lo comprendeis?

—Sí, señor, lo comprendo; seguid, seguid.

—Podria haberos pedido en matrimonio; pero, señora, yo amaba á Marina, y tenia empeñada con ella mi palabra; quizá vos no alcanzareis cómo se puede amar á dos mujeres á un mismo tiempo, quizá no os lo podré explicar, pero era ello la verdad; amaba yo á Marina y os amaba tambien á vos; pero ¡qué amores tan diferentes, y al mismo tiempo

tan profundos! Amaba á Marina con un amor dulce, tranquilo, exento de temores y de padecimientos, con un amor como la corriente de un arroyo entre las flores del valle, como la superficie de un lago entre las juncias y las cañas cimbradoras; á vos, señora, os amé con delirio, con pasion, con frenesí, con un amor tempestuoso, con un amor de fuego, con un amor comparable al torrente que se despeña furioso entre las quiebras de las montañas, semejante al encrespado mar que estrella sus olas hirvientes contra las rocas; á vuestro lado creia amaros mas á vos, y al lado de Marina vuestro recuerdo desaparecia enteramente; pero cuando estaba solo, cuando la imágen de Marina y la vuestra venian á mi alma, cuando estos dos amores que el infierno habia reunido en mi corazon para mi tormento, llegaban á luchar en mi seno, ¡oh, Doña Ana! entonces yo mismo no podré explicaros lo que sentia; la idea de perder á alguna de esas mujeres me hacia estremecer, y la conviccion de que era preciso unirme á una de las dos y olvidar á la otra, me desesperaba. La suerte vino á desatar ese nudo; fuísteis de Don Cristóbal de Estrada, y yo me enlacé con Marina: la lucha de mi alma cesó, pero un dolor lento y tenaz destrozaba mi corazon; os soñaba en los brazos de otro hombre, os creia feliz, y esta felicidad me hacia mal, porque creia que me habríais olvidado: si yo hubiera sabido que érais desgraciada, mi pena hubiera sido tambien menor, porque quizá así pensaríais en mí; pero vos en brazos de otro hombre!...... En fin, ya veis en qué ha parado todo. ¿Comprendeis, Doña Ana, comprendeis?

—¡Oh, sí, Don Diego!—exclamó Doña Ana con una sonrisa de felicidad—comprendo, porque mi corazon ha sentido tambien esa lucha; os amaba yo, y por orgullo, por amor propio, por rendir á mis piés á un hombre que se ha-

bia mostrado siempre desdeñoso conmigo, correspondí al amor de Don Enrique; mi madre alentó esta eleccion, porque ansiaba por un brillante matrimonio para su hija; la audacia de Don Cristóbal de Estrada se opuso á este proyecto, y yo, abandonada ya por vos y sin la esperanza de ser la esposa de Don Enrique, que no me hubiera nunca admitido por su mujer despues de lo que habia pasado con Don Cristóbal, consentí en ser la dama de aquel hombre, á quien seguí á lejanas tierras, viviendo en la apariencia tranquila, pero con el corazon triste, devorado por recuerdos penosos, morando cerca de vos, que causábais en mi alma tantas ilusiones, pero sin veros; vuestra imágen me seguia, y yo tenia que mostrar alegría y que fingirme feliz...... Volví á ver á Don Enrique; por un momento se inflamó de nuevo mi amor; pero bien pronto su desvío tornó en odio aquella ilusion de un momento, y aquel hombre me pareció aborrecible...... os encontré, vivimos bajo un mismo techo, viajamos unidos, y...... os amo, os amo ahora mas que nunca, porque en esas terribles peripecias de mi vida no habia llegado aún á amar á nadie, porque yo sentia que era capaz de amar, y no habia amado nunca, porque mi corazon necesita fijarse en un objeto, y se ha fijado en vos, señor, en vos, á quien amo, como vos me habeis dicho, con pasion, con delirio, con frenesí......

—Doña Ana, el recuerdo de Marina se interpone entre nosotros......

—Don Diego, nada se interpone entre nosotros, porque hay amores que no consienten obstáculos: Marina no existe para vos; ó la deshonra ó la muerte, la han separado para siempre de vuestro camino, no existe; no, no hay para vos ni para mí nada mas que nuestro amor.....

—Sí, nuestro amor, Doña Ana; pero el dia que este amor

se descubra, ¿estaré tranquilo si el mundo dice que habeis sido la querida de Don Cristóbal de Estrada?

—No, nadie lo dirá, porque nadie lo sabe, porque yo sostendré que por vos fuí robada de la casa de mi madre, que consentí en ser vuestra dama, aunque érais el esposo de Doña Marina......

—¿Direis eso?—exclamó Don Diego.

—Sí, por vos todo; la deshonra, todo, todo por vos, porque os amo; sea yo vuestra, Don Diego, y caiga sobre mí la cólera del cielo, porque os adoro.

Y en su entusiasmo acercó su rostro al del Indiano y depositó en sus labios un beso que hizo estremer al jóven hasta lo íntimo de su corazon.

—¡Doña Ana!—exclamó Don Diego levantándose como loco—aun no es tiempo!

Y sin esperar mas, salió precipitadamente de la estancia.

—¡Don Diego! ¡Don Diego!—gimió la jóven, mirando que el Indiano no volvia; inclinó la cabeza y sus lágrimas cayeron sobre su desnudo seno.

———

II.

Entre antiguos conocidos.

El viejo conde de Torre-Leal habia muerto, dejando dispuesto en su testamento que se conservase por algunos años el título y la herencia de la familia á su hijo mayor Don Enrique, acerca de cuya suerte nada se sabia; y en el caso de que este no volviese á parecer, entrase al dominio de aquellos bienes y al goce del título, su hijo menor habido en su matrimonio con Doña Guadalupe, la hermana de Don Justo. Entretanto, Doña Guadalupe tenia la administracion del condado, y su hermano Don Justo habia logrado el objeto de todas sus ansias.

Por este tiempo llegó á radicarse en México una familia rica procedente de la isla Española, que se componia de Don Pedro Juan de Borica, su esposa la señora Magdalena, y Julia.

La belleza de Julia, á quien llamaban la «francesita,» habia trastornado los cerebros de los jóvenes mas distinguidos

de la ciudad, y la jóven habia recibido mil declaraciones amorosas, las que ninguno pudiera decir que habia alcanzado siquiera una esperanza.

Julia, siempre triste y siempre preocupada, escuchaba todos aquellos homenajes sin fijarse siquiera en ellos.

Don Pedro Juan de Borica tuvo necesidad de visitar á Don Justo para negocios de comercio; hicieron amistades, y Don Justo entró como un buen amigo en la casa de la señora Magdalena.

Don Justo era viudo, estaba en una buena posicion, y creyó que la jóven Julia le convenia, y casi casi que habia venido directamente consignada para él, como los cargamentos de ultramar.

Ante todo pensó que era necesario dirigirse á Borica como jefe de la familia, para obtener su consentimiento.

Un dia que Don Justo se encontró á solas con Borica, quiso probar fortuna, que tenia como por segura, y le dijo:

—Amigo Don Pedro Juan, teneis una hija como una perlita.

—No está fea la muchacha—contestó con indiferencia Don Pedro Juan;—es entenada mia.

—No solo, sino que es muy bella y tiene brillantes cualidades, á lo que he podido notar.

—Sí.

—Pues debe ser muy feliz el hombre que la tenga por esposa.

—Ya......

—¿Creeis una cosa?

—¿Qué?

—Que esa niña me hace pensar en segundas nupcias.

—¿De veras?

—Si vos no me negárais vuestro consentimiento, me atreveria yo á pretenderla.

—Aun no pensamos en darle estado—contestó Pedro Juan, poniéndose pálido.

—Ya creo que es tiempo, y sobre todo tratándose de un buen partido.

—Ya os digo que aun no pensamos en ello.

—Hacedme favor de escucharme.

—Creo que es inútil tratar acerca de eso; además, que seria necesario contar con la voluntad de ella y con la de Magdalena, porque como sabeis, es hija de su primer matrimonio.

—Bueno, bueno; para todo es preciso contar antes con vuestro consentimiento, y si me lo dais, ya veremos de convencer á la señora Doña Magdalena, y luego ganar el corazon de la niña.

—Os repito, señor Don Justo, que no pensamos aún en eso......

—Y yo á mi vez os repito tambien que alguna vez se ha de pensar.

—Pero no será hoy—dijo bruscamente el ex-desollador.

Don Justo comprendió que incomodaba, y determinó buscar otro camino:—quizá la señora Magdalena sea mas tratable—dijo para sí;—yo le hablaré.

Y varió de conversacion con Pedro Juan.

Como era natural, Don Justo tuvo pronto oportunidad de encontrarse á solas con la madre de Julia, y aprovechó la ocasion.

—Señora—la dijo—debe ser mucha la inquietud de las madres por el porvenir de los hijos, y sobre todo si son mujeres.

—Es el cuidado que no deja sosiego en los últimos dias de la vida—contestó la señora Magdalena.

—Pero afortunadamente aun no estais en esa situacion.

—¿Por qué?

—Aun no estais en edad avanzada, señora; gozais de una salud envidiable y podeis esperar tranquilamente; quizá muy pocas madres tengan la esperanza que vos, de ver establecidas perfectamente á sus hijas.

—¡Dios lo permita!

—¿Y por qué no, señora? Julia es una jóven hermosa, de bellas cualidades, que realzan mas con la brillante educacion que le habeis dado; Julia merece mucho.

—Gracias; le haceis demasiado favor.

—No, señora, mas merece: un hombre honrado, juicioso, rico, seria muy feliz pudiendo llamar esposa suya á Julia.

—¡Oh! esos partidos están muy escasos.

Desde aquel tiempo era ya costumbre quejarse de la escasez de los hombres útiles para la sagrada coyunda, y á pesar de esto, los matrimonios, lo mismo que ahora, eran la fruta de todos los dias; pero las mujeres solteras hablan siempre de que los hombres de su tiempo no son buenos para maridos, ni afectos al matrimonio, con el solo objeto de hacer creer al público con la debida anticipacion, que si no se casan, no es por falta de cónyuge, sino de voluntad. En esto, el público finge creer; pero apuesta doble á sencillo que el primer postor se lleva la prenda á la menor indicacion.

Medio mundo vive engañando al otro medio la mitad de su vida, y la otra mitad vive siendo engañado; es una gran cuenta de falsedades que se liquida en cada generacion, sin arrojar mas deficiente que eso que se llama la historia, que el engaño de herencia que reciben los hombres de sus an-

tepasados; es que ellos se empeñan en creer y en hacer creer á los que vienen tras ellos, en el tiempo, que es el cuerpo de la verdad.

La novela siquiera es juego limpio, mentira clara, franca; es la mujer que se da colorete, pero que se lo cuenta á cuantos la miran, y que nunca riñe á nadie porque le diga que aquel bello color es una ficcion.

Don Justo pensó todo esto, ó no llegó hasta meditar en la historia y en la novela, comenzando su raciocinio como nosotros, por los matrimonios; pero creyó prudente engañar á la madre para conseguir algo de ella.

—¡Ah! señora!—exclamó—un partido ventajoso seria cosa muy fácil que lo encontrara Julia, porque además de sus bellas cualidades, tiene otro atractivo grande.

—¿Cuál, señor Don Justo?

—Su familia, señora, su familia.

—¿Su familia?

—¡Oh! sí, señora! una de las cosas que mas nos hacen pensar á los hombres cuando queremos unir nuestra suerte á la de una dama, es la familia con la que vamos á emparentar, sus cualidades, el ejemplo que pueda recibir nuestra futura y demás; ya os podeis figurar.

—Sí, señor.

—Vuestra hija tiene aún esa ventaja, que vos, y no hay en ello adulacion, vos sois una de las personas mas apreciables que he conocido.

—Pero......

—Nada, señora; yo me encontraria dichoso con pertenecer á vuestra familia.

—Es mucho honor para nosotros, señor.

—No, señora; yo seria completamente feliz si me permitiérais aspirar á la mano de vuestra hija.

—Pero, señor Don Justo, si apenas la habeis tratado......

—Señora, es lo bastante; soy libre, soy rico, no soy viejo; podeis en México informaros de mi conducta y mis antecedentes: decidme, señora, ¿no soy digno de aspirar á la mano de Julia?

—Si he de hablaros con franqueza, sin contrariar la voluntad de mi hija me seria muy grato que tuviera un esposo como vos: ¿sois español?

—No, señora, he nacido en México.

—Mejor......

—¿Cómo mejor?

—Cada uno en el mundo tiene sus ideas, y no me pregunteis el por qué de las mias; básteos saber que me agrada mas que seais mexicano.

—Entonces, ¿quiere decir, señora, que cuento con vuestro consentimiento para esta boda?

—Se entiende, contando con la voluntad de mi hija.

—Por supuesto.

—¿Habeis hablado con mi marido de esto?

Don Justo se puso encendido y vaciló para contestar; pero le pareció mas prudente decir la verdad.

—Sí, señora—contestó.

—¿Y qué os dijo?

—Me dijo—contestó Don Justo vacilando otra vez—me dijo........ la verdad, recibió mi proposicion con mucho disgusto.

—Lo comprendo así........ pero no tengais pena; aquí el único consentimiento que se necesita, despues de obtenido el de Julia, es el mio; contad con él, y además, haré de mi parte cuanto sea necesario para ayudaros en vuestros proyectos de boda, siempre que Julia esté conforme, que es la única condicion.

—Gracias, señora, gracias; no esperaba yo tanta bondad......

—Cuanto hagais respecto de vuestros proyectos en lo sucesivo, procurad que no lo sepa Don Pedro Juan de Borica; ya os podeis suponer que los hombres tienen sus caprichos que es preciso respetar en bien de la paz doméstica.

—Sí, señora; callaré como si nada me hubiérais dicho.

—Fío en vuestra discrecion.

Pedro Juan se presentó en este momento en la estancia, y la señora Magdalena, con esa sangre fria que caracteriza á las mujeres para disimular y para improvisar situaciones, continuó una conversacion que no habia tenido principio; de manera que el ex-desollador nada comprendió.

—¿Esos tibores de China decís que llegaron en la última nao de Filipinas? porque yo desearia comprar unos grandes para el corredor de esta casa; los tibores sirviendo de tiesto para naranjos, me agradan muchísimo.

—Pero hija—dijo Pedro Juan—tienes ya una multitud, me parece un gasto superfluo.

—Serán los últimos, te lo prometo—contestó la señora Magdalena.

—Sea como quieras—dijo Borica.

Y siguieron los tres hablando de los primores que habia traido la nao de Filipinas.

III.

Nubes tempestuosas.

PEDRO Juan de Borica recibió con disgusto profundo la indicacion de Don Justo para contraer matrimonio con Julia, porque Pedro Juan tenia fija siempre en su imaginacion la idea de hacer suya á Julia, y hasta entonces nada habia podido conseguir.

Sin embargo, esto no dependia de que Pedro Juan hubiese pecado por timidez; habia declarado ya su amor á la doncella, y habia recibido, como era natural, un terrible desengaño; pero él nunca se habia desanimado; la constancia le parecia un medio seguro para lograr el objeto que anhelaba, y no pasaba un solo dia en que no hiciera alguna indicacion á la jóven, indicacion mas ó menos atrevida, segun se presentaba la oportunidad.

Julia vivia en un verdadero martirio; odiaba ya profundamente á aquel hombre y le temia; pero por mas que meditaba, no le era posible salir de aquella triste situacion.

¿Decirle lo que pasaba á la señora Magdalena? ¿quejarse con ella? Imposible. Julia era demasiado buena hija para causar la desgracia de su madre, y calló.

Pero temia encontrarse á solas con Pedro Juan, temia comer á su lado; la pobre jóven pensaba en filtros, y en hechizos, y en bebedizos, de esos de que tanto se hablaba en aquellos tiempos, y que segun decian, los vendian las brujas á precio de oro, y bastaban por sí solos á rendir la virtud mas firme.

Julia en todo temia que Pedro Juan le diera algo de hechicería, porque él en uno de sus raptos de furor, llegó á amenazarla con hacer uso de malas artes.

Sin embargo, los dias pasaban y Pedro Juan no usaba de las malas artes, no mas seguia molestando á la jóven.

La señora Magdalena habia llegado ya á maliciar algo, y para estar mas segura llamó á Julia y procuró, con disimulo, hacerla confesar, sin excitar en ella sospechas terribles si no era cierto lo que pensaba, y sin descubrir sus celos, si por desgracia habia en todo ello un fondo de verdad.

Julia comprendió que su madre sospechaba algo, y procuró desvanecer aquellas sospechas, sin conseguir mas con aquella conducta que hacer mas desgraciada á la señora Magdalena, porque la pobre mujer llegó á suponerse que si su hija no correspondia al amor de Pedro Juan, por lo menos lo escuchaba con agrado.

Desde aquel dia el corazon de la señora Magdalena fué el campo de una terrible lucha de pasiones; los celos, el amor de su hija, algunas veces la ira, otras la tristeza y el decaimiento mas profundo, la desesperacion, la esperanza.

El corazon de aquella infeliz mujer se volvió el infierno; estaba celosa de su hija.

La señora Magdalena se volvió suspicaz y maliciosa, siem-

pre procurando vigilar á Julia, siempre procurando saber en dónde estaba Pedro Juan, siempre temblando de que estuvieran juntos, y sin poder hablar, y sin poderles decir una palabra, porque aun no tenia completa seguridad, aun no pasaba todo aquello de celos y de sospechas.

Solo Pedro Juan, el único culpable, estaba tranquilo, esperando con paciencia la llegada de lo que él llamaba «su dia,» poniendo todos los medios para conseguir su objeto, y sin comprender la tempestad que se formaba dentro de su misma casa, sin sentir el ojo vigilante de la señora Magdalena, sin ver que la hija y la madre se iban separando insensiblemente.

Pedro Juan, al saber la pretension de Don Justo, determinó precipitar los acontecimientos para hacerse dueño de Julia.

La señora Magdalena vió en la peticion de Don Justo un modo de salvar la situacion.

Así pues, Don Justo vino á ser la chispa que encendió el reguero de pólvora.

En la tarde de aquel mismo dia, la señora Magdalena llamó á su hija y se encerró con ella en su estancia mientras que Pedro Juan habia salido.

—Julia—la dijo—necesitamos hablar ahora de un negocio muy grave y que afecta tu porvenir.

—Os escucho, madre mia—contestó Julia.

—Julia, tú estás ya en edad de tomar estado; yo soy tu madre y tu único amparo sobre la tierra, y siento, á pesar de mi aparente robustez, que mi vida se agota......

—¡Oh, madre mia! por Dios, no me digais eso......

—¿Por qué no te lo he de decir? Yo declino en la vida; dejarte abandonada seria para mí el mayor tormento en la última hora; sin parientes, sin amigos, ¿qué seria de tí?.....

—Madre mia, aun hay tiempo de pensar en eso.

—Nunca se puede tener segura la existencia, y nadie puede disponer con seguridad del dia de mañana, y menos á mi edad y cuando se siente que la existencia se agota: Julia, tú debes casarte, y pronto.

—¿Casarme, y pronto, madre mia? ¿por qué?

—Ya te he dado mis razones, además de otras que me reservo y que no son por cierto las menos importantes: esta tarde ha venido aquí un caballero de la ciudad á pedirme tu mano; es noble, rico, honrado.

—Pero, madre mia, si yo no quiero casarme......

—No siempre se hace en el mundo lo que mas agrada, sino lo que conviene mas á la honra y á la salud del alma.

—Madre mia—dijo Julia, espantada del tono de aquellas palabras—¿qué quereis darme á entender?

—Yo me entiendo, y quizá, por desgracia, tú tambien me comprendes. Julia, es preciso que te cases.

—Señora, por Dios, no alcanzo el sentido de vuestras palabras, que debe ser horrible; pero yo no quiero casarme.

—¿Y quieres decirme por qué?—exclamó levantándose la señora Magdalena pálida de furor, porque la idea de que Julia tenia amores con Pedro Juan se presentó entonces con mas fuerza á su alma.

—Madre, ya lo sabeis—exclamó temblando Julia—ya lo sabeis, y no podria ocultároslo; porque amo á otro hombre.

—Lo conozco demasiado—gritó la señora Magdalena tomando convulsivamente á Julia de una mano—lo sé, lo he adivinado, porque eres una mala mujer y una hija infame.

—Madre!—gritó Julia aterrada.

—No me digas madre, porque yo no soy tu madre, porque yo no pude haber dado el ser á una mujer como tú,

porque si tú fueras mi hija no te hubieras atrevido á tanto conmigo; no eres mi hija......

—Señora, señora—exclamaba Julia llorando y arrastrándose de rodillas á los piés de la señora Magdalena—por Dios, explicaos!

—Dejadme, señora, dejadme, mujer; no, tú no eres mi hija, porque si lo fueras, no te hubieras atrevido á mantener infames y criminales amores con el marido de tu misma madre.

—¡Jesus me ampare!—exclamó Julia soltando el vestido de la señora Magdalena, que tenia asido, y levantándose como loca.

—¡Miserable! miserable! tú no eres mi hija, y si lo eres, yo te maldigo.

—¡Jesus!—gritó Julia, y cayó desplomada, rebotando en el piso su hermosa cabeza.

En este momento se abrió la puerta y se presentó Pedro Juan, pálido y convulso.

—¡Villano!—le dijo la señora Magdalena mostrándole el cuerpo inmóbil de Julia—¡he ahí vuestra obra! yo os desprecio!

Y salió del aposento como arrebatada por un torbellino.

Pedro Juan quedó como una estatua de mármol, inmóbil, contemplando á Julia desmayada y sin atreverse á socorrerla.

Largo tiempo se pasó así, hasta que Julia lanzó un suspiro y se incorporó, paseando por todas partes su mirada vaga, y llevándose despues las manos á la cabeza.

—¡Dios mio!—exclamó la jóven como hablando consigo misma—¿he soñado? ¿qué ha sido de mí? ¿en dónde estoy? ¿qué ha pasado? yo hablaba con mi madre...... y luego se enojó...... ¿y por qué?....... dizque yo tenia....... ¡oh, no,

Dios mio! qué sospecha tan cruel!...... y luego me maldijo...... ¡ah!......

Y Julia lanzó un grito, porque sus miradas acababan de encontrar á Pedro Juan, que la contemplaba inmóbil.

—¡Ah!—dijo levantándose—¿sois vos, que os gozais en mi desgracia? ¡Ah! por vos mi madre sospecha de mí, por vos me desconoce, por vos, por vuestra causa, estoy maldita, maldita, maldita!......

Y la jóven como loca repetia: « maldita! » « maldita! »

—¡Ah! pero vos no lo consentireis—continuó con exaltacion;—yo os lo ruego, os lo pido de rodillas.

—¿Pero qué quereis que haga?—dijo conmovido Pedro Juan.

—Os lo suplico—continuó Julia arrodillada delante de él —os lo ruego por Dios, por la memoria de vuestra madre; id, id, decidle todo, confesadle la verdad; contadle que yo jamás he oido vuestros galanteos, que no os he amado nunca, que os detesto...... id, id, por Dios, por Dios, mirad que la maldicion de mi madre quema mi frente, me está matando...... ¿no lo veis?

—¿Pero no comprendeis que á mí no me creerá?......

—¡Ah, señor! convencedla, vuestra verdad la convencerá: ¿por qué no os moveis? ¿por qué? ¡Ah, Dios mio! mirad, os lo pido por Dios; ¿no teneis corazon? ¿no decís que me amábais? ¿por qué no quereis salvarme? convenced á mi madre, convencedla, y mi gratitud será eterna, y seré vuestra esclava...... ¿y qué mas quereis?......

—Voy á probarlo, Julia; pero en estos momentos nada conseguiremos; ¿por qué no esperar á que se calme?

—Porque no puedo sufrir esta mancha y esta maldicion, porque me volveria loca......

La puerta se abrió y un lacayo penetró en la estancia.

—¿Qué quieres aquí?—preguntó indignado de aquel atrevimiento Pedro Juan.

—Perdóneme usía; la señora me manda entregarle esta esquela en el momento.

Pedro Juan recibió la esquela, y dijo al criado:

—Retírate.

El lacayo salió, Pedro Juan abrió la carta, y Julia escuchó su lectura con los ojos saliéndosele de sus órbitas.

« Señor: »—decia la carta.

« No puedo permanecer bajo el mismo techo que mi esposo y la mujer que me ha ofendido; os abandono á los dos á vuestros remordimientos.

« MAGDALENA. »

—Esto es imposible—exclamó Pedro Juan lanzándose fuera de la estancia.

—¡Oh! exclamó Julia—yo soy, aunque inocente, la causa de todo, yo la maldecida, yo la que no debo permanecer aquí.

Y saliendo de la estancia, bajó precipitadamente la escalera y llegó hasta la mitad de la calle.

Comenzaba ya á oscurecer.

VI.

La maldecida.

Julia, como una loca, comenzó á atravesar calles desconocidas para ella; miraba con asombro á cuantos la encontraban, y pasaba esquivando su rostro de cualquiera luz.

¿Adónde iba? no lo sabia ella misma; pero caminaba sin descansar.

La noche avanzaba, las calles iban quedando desiertas, y Julia, estenuada de fatiga y de sed, se dejó caer cerca de una puerta en un callejon triste, oscuro; hubiera querido dormir, morir, desmayarse, en fin, perder por un momento la memoria, la conciencia de su situacion; pero no podia.

Tenia deseo de andar, de correr, pero no podia ya dar un solo paso, y se resignó á permanecer allí.

Procuraba encontrar en su mente alguna idea que la iluminara para hallar un amigo, un refugio, y no encontraba ni un nombre conocido que viniera en su ayuda para alentarla.

Serian las diez de la noche, cuando oyó los pasos de un hombre que venia por el callejon.

La jóven tuvo miedo y procuró envolverse, por decirlo así, en la oscuridad de la calle.

El hombre se acercaba é iba ya á llegar adonde estaba la jóven, cuando se detuvo y llamó á la puerta inmediata.

Le esperaban allí sin duda, porque una voz femenil preguntó desde adentro inmediatamente:

—¿Quién va?

—Yo, hija—contestó el hombre.

La puerta se abrió, dejando salir una ráfaga de luz; el hombre que llegaba penetró, y todo volvió á quedar en silencio.

Julia volvió á entregarse libremente á sus tristes meditaciones.

Así pasó una hora, y la jóven volvió á escuchar que habia ruido en aquella puerta.

—Vuelven á salir—pensó la jóven;—Dios quiera que no me vean!

En efecto, la puerta volvió á abrirse, y el mismo hombre, acompañado de una mujer que tenia un candil en la mano, volvió á salir.

—Retírate, Paulita—decia el hombre;—puede hacerte mal el frio de la noche.

—Déjame que te alumbre—contestaba la mujer—siquiera mientras sales de este callejon.

—Bueno; pues hasta luego.

—Dios te lleve con bien.

El hombre dió un paso, y repentinamente lanzó una exclamacion; á la luz del candil que traia la mujer habia visto á Julia.

—¿Qué te sucede?—exclamó la mujer, adelantándose con el candil hasta donde estaba el hombre.

—Mira, Paulita—contestó el hombre mostrándole á Julia, que los miraba con terror.

—¡Una mujer abandonada!—exclamó Paulita, acercándose á la jóven.—¿Señora, qué es esto? ¿qué haceis aquí?

Julia nada contestaba.

—¡Ay! pobrecita jóven!—dijo Paulita;—arrímate, Jején; mira, creo que está *ida;* no contesta, no habla; y es bonita......

—Señora, niña—dijo el Jején—¿cómo os llamais? ¿qué estais haciendo aquí? Paulita, esta jóven debe ser rica; mira sus zarcillos, la saya.

—¿La haremos entrar en casa?—preguntó Paulita.

—¿Y si es loca?—contestó el Jején.

Paulita retrocedió espantada con esta observacion.

—¡Ay!—exclamó Julia—no soy loca, señora! no soy mas que una mujer desgraciada! ¡soy una maldecida!

—¡Ave María Santísima!—exclamaron á un tiempo Paulita y el Jején, retrocediendo y santiguándose con devocion.

—Sí, llevo sobre mí la maldicion de mi madre; pero Dios es testigo de que no la he merecido, de que soy inocente.

Y Julia se cubrió el rostro con sus manos y comenzó á llorar con amargura.

Paulita no pudo resistir; la compasion triunfó en su corazon, y se acercó á Julia.

—No lloreis aquí—le dijo con tono cariñoso;—entrad, entrad á nuestra casa; vamos, levantaos, entrad; la noche está muy fria y álguien podrá pasar: entrad, levantaos.

Y procuraba ponerla de pié.

Julia, vencida por aquella dulzura, quiso levantarse, pero estaba tan fatigada que casi le era imposible.

—Jején, Jején—gritó Paulita;—ven, ayúdame; haremos entrar á esta señora en casa; casi está desmayada.

El Jején se acercó, y á pesar de su pequeña estatura, levantó á Julia entre sus robustos brazos.

—Alumbra, Paulita—dijo;—esta señora se ha desmayado.

En efecto, Julia habia perdido el conocimiento. Paulita abrió la puerta, y el Jején entró en la casa y depositó su carga en una cama que habia en la estancia inmediata.

—¿Quieres que te acompañe?—preguntó el Jején á Paulita.

—No; vé á tu negocio, pero procura no tardar mucho.

El Jején salió y Paulita cerró por dentro la puerta. Julia volvió en sí dando un suspiro.

—¿Os sentís mejor?—dijo Paulita, acercándose á la cama.

—¡Oh! sí! cuánto favor os debo! soy tan desgraciada! tan desgraciada!......—y la jóven volvió á llorar amargamente.

—Calmaos, señora—le decia Paulita acariciándola—calmaos; ya estais aquí en un lugar tranquilo, sin temores, sin zozobra; calmaos: yo no os diré que me comuniqueis vuestras penas, porque no tengo mérito para ello; pero yo procuraré consolaros......

—¡Dios mio! vos teneis, señora, derecho de saber quién soy, quién es esta infeliz á quien habeis recibido en vuestra casa; vos teneis derecho á preguntármelo y á arrojarme de aquí si os causo horror.

—¿Arrojaros? ¿por qué? ¡Dios nos libre de una mala accion! no, señora, aquí nadie me manda mas que mi marido, que es ese hombre que os ha tomado en brazos para conduciros aquí, y él está muy contento siempre con lo que yo hago..... no, aquí estais bien, y nadie os preguntará ni siquiera cómo os llamais......

—Teneis una alma muy generosa, y voy á confiaros mis penas; oid:

—Señora, mirad que nada os pregunto, que nada quiero saber.......

—No importa; no os lo referiré por vos, por saciar vuestra curiosidad, sino por mí, por encontrar una persona en el mundo á quien confiar mis desgracias, por aliviar á mi alma del inmenso peso que la oprime, y creo que no encontraré un corazon mas digno que el vuestro para depositar mi secreto.

—En tal caso, hablad, señora, que yo guardaré vuestro secreto y procuraré consolar á vuestro corazon.

Julia se habia incorporado en el lecho; Paulita estaba sentada en el mismo lecho á su lado.

Aquellos dos rostros, de una hermosura tan diferente, casi se tocaban; la caridad habia formado entre aquellas dos almas un vínculo de oro.

Julia lloró un momento; luego enjugó repentinamente sus lágrimas, y como haciendo un esfuerzo violento, comenzó su relacion.

Paulita la escuchaba conmovida.

Julia le refirió todas sus desgracias, sin ocultarle ni sus amores con Brazo-de-acero, ni las seducciones de Pedro Juan, ni la misma maldicion de la señora Magdalena; pero todo con tanta expresion, con tanta verdad, y muchas cosas entre llantos y suspiros, que Paulita no pudo menos de enternecerse.

—¡Oh! sois inocente y desgraciada, señora!—le dijo al terminar aquella relacion—y yo soy dichosa con haberos ofrecido mi pobre casa.

Paulita atrajo la hermosa cabeza de Julia y la besó en la frente.

—Habeis sido para mí un ángel—contestó Julia;—¿qué seria de mí, abandonada, sin amparo, sin abrigo, sin esperanza? ¡Oh! sois mi providencia! os debo una gratitud eterna!

—No hay que decir mas, estais fatigada: ¿quereis tomar algo?

—No, me siento mejor.

En este momento llamaron á la puerta; Julia se estremeció, y Paulita, que la tenia abrazada, lo advirtió.

—No tembleis—la dijo;—es Jején, es mi marido—y desprendiéndose de los brazos de la jóven, corrió á la puerta y abrió violentamente.

El Jején penetró en la habitacion, pero no venia solo; un hombre embozado hasta los ojos y cubierto con un gran sombrero, le seguia.

El Jején, sin contestar á Paulita, se dirigió, seguido del embozado, hasta la estancia en que se encontraba Julia, y dijo mostrándosela:

—Ahí la teneis; ¿es ella?

—¡Es ella!—exclamó el hombre, dejando caer su embozo y quitándose el sombrero.

—¡Don Justo!—exclamó la jóven reconociéndole.

—Yo soy—contestó Don Justo;—yo, que he sido la causa, aunque inocente, de cuanto ha pasado hoy en vuestra casa, supe lo ocurrido; este hombre es para mí de gran confianza, y lo envié á llamar esta noche para que procurara averiguar qué habia sido de vos: la suerte me ha favorecido, porque al hablarle del servicio que yo queria que me hiciera buscándoos, me dijo que casualmente habia dado asilo en su casa á una jóven; creí que pudiérais ser vos, y no he vacilado en venir á convencerme por mí mismo: Dios me ayuda, porque tengo al fin la dicha de encontraros y ofre-

ceros, como lo hago, cuanto necesiteis para salir de tan horrible situacion.

Paulita, que estaba detrás de Don Justo, hizo un dengue como de burla, y el Jején, sonriéndose, le reconvino con una mirada y un ligero fruncimiento de entrecejo.

—Gracias, señor—contestó Julia—gracias; en nada debeis culparos de cuanto ha pasado, y creed que yo misma lo ignoraba: por lo demás, señor, en estos momentos aun no sé qué resolucion debo tomar; estoy incapaz de moverme, de pensar, de todo, y si mis protectores me lo permitieran, yo les pediria el favor de permanecer aquí siquiera dos dias.

—Por supuesto, por supuesto—dijo con viveza Paulita, adelantándose como para defender á Julia;—no dos dias, dos años: yo estoy muy contenta, nada nos faltará, porque yo haré trabajar al Jején, ¿es verdad? y él lo hará con mucho gusto; ¿es verdad, Jején?

—Sí, señora—dijo Jején—nada os faltará y aquí estareis segura.

—En tal caso—dijo Don Justo—nada hay que agregar; sin embargo, pasado mañana volveré á veros para que me deis vuestras órdenes, si algo se os ofrece. Adios, Julia, hasta pasado mañana. Si algo quereis antes, no teneis sino avisarle al Jején, y él me lo dirá.

—Gracias, señor, gracias—contestó Julia estrechándole la mano.

—Adios.

—Ah! un favor quisiera pediros—dijo Julia.

—Hablad; ¿qué no haré por serviros?

—Desearia que se guardara el mas profundo secreto acerca del lugar en que me encuentro; que ni mi madre, ni Don Pedro Juan, sepan de mí.

—Os lo prometo; nosotros cuatro nada mas lo sabremos sobre la tierra.

—¡Ah! sois muy bueno, señor!

Don Justo se retiró y el Jején le acompañó hasta la puerta; Paulita y Julia quedaron solas.

—¡Qué hombre tan bueno!—exclamó Julia.

—Para nada—contestó Paulita.

—¡Cómo!......

—No os fieis de él, os lo aconsejo.

—Pero......

—Silencio; ahí vuelve el Jején y le quiere mucho.

El Jején cerró la puerta y volvió adonde estaba Julia.

—Creo que has hecho mal en traer aquí á ese pájaro—dijo Paulita.

—¿Por qué, Paulita?—preguntó el Jején.

—Ya sabes que no le quiero.

—El mostraba mucho interés por la señora, y yo creí que le hacia á ella un servicio en esto; ¿hay algun antecedente malo?

—No—dijo Julia.

—¿Pues entonces?......

—Es una corazonada—contestó Paulita.

—Ya le pondremos en cintura si se propasa—agregó el Jején;—por ahora á descansar.

Y la feliz pareja salió á dormir al otro cuarto, cediendo á Julia el lecho conyugal.

V.

La transaccion.

CUANDO Pedro Juan leyó el billete de despedida de la señora Magdalena, se lanzó á buscarla para impedirle que abandonara la casa, y llegó tan oportunamente, que en aquel momento la señora Magdalena salia de su estancia.

—¡Magdalena!—exclamó Pedro Juan—¿adónde vas?

—Dejo para siempre esta casa—contestó con altivez la señora Magdalena.

—Pero ¿piensas lo que vas á hacer? á dar un escándalo, á convertir á toda la familia en la fábula de la ciudad.

—Todo lo he pensado, y suceda lo que Dios quiera, esta casa no la habitaré mas.

—¡Magdalena, por Dios!

—Déjame salir.

—Escúchame una palabra.

—Nada escucho.

—Magdalena, ten prudencia, mira......

—Déjame libre el paso.

—Oyeme......

—¡No!—exclamó la señora Magdalena con resolucion, y se dirigió á la escalera.

—Haz lo que quieras, Magdalena; pero mañana serás la víctima de tus remordimientos, ¡madre injusta y desnaturalizada!......

—¿Injusta dices?—preguntó, volviéndose violentamente la señora Magdalena—¿injusta dices? ¿injusta, desnaturalizada?

—¡Sí!—contestó Pedro Juan—¡injusta!

—¿Y te atreves á repetirlo, cuando he recibido de Julia la ofensa mas terrible que se le puede hacer á una madre? ¿y aun me llamas injusta porque he abandonado á tu cómplice?

—Sí, Magdalena, injusta, una y mil veces injusta; Julia es inocente......

—¿Inocente?

—¡Inocente! inocente! lo juro por la salvacion de mi alma! inocente, Magdalena!

—¿Pero su turbacion, su desmayo?

—Magdalena, ha llegado el momento de decir la verdad; yo soy el culpable, yo, que quise seducir su inocencia......

—¿Pero ella?

—Ella jamás escuchó mis palabras, jamás me mostró sino esquivez y hasta odio; el amor de hija, el deseo sin duda de evitarte un disgusto, le hizo guardar silencio, y tú premias su ternura con una sospecha que la infama......

—¿Pero eso es cierto, Pedro Juan? ¿no me engañas?

—¡Te lo juro, Magdalena, por lo mas sagrado que haya en la tierra! ¿no distingues el acento de la verdad en mis palabras?

—¡Ah! sí! sí! el corazon me dice tambien que es verdad, que tú no mientes; que Julia, que mi hija es inocente, y yo la he injuriado, y yo le he dado mi maldicion!

—¿Tu maldicion?

—¡Sí! ¡Ah! soy muy mala! muy injusta! debo buscarla! pedirle que me perdone!...... Julia! Julia!

Y la señora Magdalena corrió á la habitacion de Julia, gritando con pasion:

—¡Julia! ¡Julia! hija mia!

Pero ya Julia estaba muy lejos.

—¡Julia!—repetia la señora Magdalena recorriendo toda la casa;—¿dónde está Julia? dónde está mi hija?

—Señora—contestó un lacayo—hace un gran rato que salió á la calle.

—¡Dios mio! ¡qué culpable soy!—exclamó la señora Magdalena cayendo en un sitial.

En el momento dispuso Pedro Juan que todos los lacayos salieran en busca de la jóven, y él mismo tomó su sombrero y su capa y salió por las calles de la ciudad, dejando á la señora Magdalena entregada á la mas terrible desesperacion.

Uno de los lacayos contó á Don Justo la desaparicion de Julia, y por eso él la encontró por una verdadera casualidad; pero era ya una hora muy avanzada de la noche: además, no conocia el arrepentimiento de la señora Magdalena, y Julia misma le habia encargado el secreto, y él se cuidó muy bien de avisar á la familia en dónde ella estaba.

Por otra parte, Julia, abandonada en la casa de Paulita, era una conquista mas fácil para Don Justo, que en su casa y al lado de Pedro Juan.

Don Justo, satisfecho, se retiró á su casa, sin pensar siquiera en dar parte de su fortuna á nadie.

En la habitacion de Pedro Juan, por el contrario, los lacayos salian y entraban llevando noticias á cual mas alarmantes y desconsoladoras.

Quién aseguraba que unos viajeros habian encontrado á una jóven, que se suponia ser Julia, en el camino de Coyoacan.

Quién decia que un alguacil habia visto á una jóven arrojarse en uno de los canales.

Quién suponia que Julia se habia refugiado en un convento.

La señora Magdalena, con una resolucion y un estoicismo admirables, queria saber todas estas noticias y estos comentarios, y el corazon de la pobre madre lloraba sangre.

Ella era la única culpable, ella la causa de la pérdida de su hija ella, que se habia dejado precipitar por sus celos, sin respetar ni los vínculos mas sagrados.

Toda la noche se pasó en aquella horrible incertidumbre, toda la noche veló y oró la señora Magdalena, y durante toda la noche Pedro Juan recorrió las calles de la ciudad en todas direcciones, acompañado de lacayos con hachones y farolillos, preguntando á todas las rondas, interrogando á todos los transeuntes y molestando á cuantos vecinos podia.

Luciendo ya la mañana, el ex–desollador volvió á su casa fatigado, triste, y mas que todo, desesperado; nada habia podido averiguar, nada podia decir á la señora Magdalena para calmarla.

La desgraciada madre lloró, y pensó volverse loca. Pedro Juan, rendido por el cansancio, se sentó en un sitial á su lado, y á pocos momentos dormia.

Así trascurrió toda la mañana; la señora Magdalena se encerró en su aposento y no quiso comer; Pedro Juan al-

morzó con apetito y volvió en seguida á entregarse á sus inútiles pesquisas.

Volvió á oscurecer, y nada aún se habia podido averiguar del paradero de la jóven.

Tocaban la plegaria de las ánimas en las iglesias, cuando un lacayo avisó á la señora Magdalena que una jóven deseaba hablarla.

—Dile que no puedo recibir á nadie, que tengo un gran cuidado de familia—contestó.

—Se lo he hecho presente—replicó el lacayo—pero insiste y dice que es un negocio que interesa mucho á usía.

—Pues dile que entre—dijo la señora Magdalena.

La señora Magdalena pasó á una estancia inmediata, en donde la esperaba ya una mujer enlutada cubierta con un espeso velo.

La señora Magdalena saludó ceremoniosamente á la tapada y le ofreció asiento.

—Pues señora—dijo la tapada—me tomo la licencia de hablarle á usía sin ceremonia, porque el asunto que traigo es importante.

—Podeis decir—contestó la señora Magdalena.

—Señora, la hija de usía está en mi casa......

—¿Mi hija? ¿Julia?

—Precisamente, señora, está en mi casa, y yo y mi marido somos unos pobres; pero allí ni estorba ni nada le faltará mientras él y yo tengamos vida y salud para trabajar....

—Pero......

—Permítame usía que termine mi relacion; yo á la señorita Julia la quiero ya como á las niñas de mis ojos, porque es un ángel, y estaria muy contenta con que viviese siempre conmigo; pero está tan triste, llora tanto, que esta noche dije para mí: «yo me voy á ver á esa madre tan cruel...»

—Señora, ¿qué estais diciendo?

—Señora, usía me perdone; pero yo no entiendo cómo son sus señorías los que tienen dinero: entre nosotros los pobres, los hijos se van porque necesitan ir á procurarse qué comer, porque el trabajo del padre no da para muchos hijos; pero nosotros los pobres no somos capaces de echar á una hija, y luego tan bonita, á las cuatro esquinas, expuesta á que en un mal rato se perdiera......

—Vos no sabeis......

—¡Bah! todo lo sé, y bien, que ella me lo ha contado; que usía dió y tomó en que su marido tenia amores con la señorita, y sin mas averiguacion, á la calle con ella.

—Yo no la he despedido de mi casa; muchas lágrimas me ha costado su desaparicion.

—Sí, ya lo creo; usía no la dijo vete, pero la echó una maldicion, ¡ave María purísima! ¡Cómo son usías! que maldicen á sus hijos así no mas, como si no tuvieran ánima que salvar: entre nosotros los pobres, con un palo en la mano manejamos á un hijo; pero eso de maldecirlo, Dios nos ampare, porque un hijo maldecido se sala, y si la maldicion es injusta, tambien el padre; ¿cómo no piensan sus usías en eso?

Aquella conversacion de Paulita era una leccion tan severa para la señora Magdalena, que no se atrevia ni á levantar el rostro. Aquellas palabras estaban hiriendo su corazon, y los remordimientos comenzaban á atormentarla.

—Pero yo me estoy metiendo en lo que no me importa —continuó Paulita;—yo, sin avisarle á esa señorita, he venido á ver á usía á referirle lo que pasa, para que usía determine, porque yo no puedo verla padecer así, y usía no tendrá corazon para eso tampoco.

—¡Oh, no! que venga, que venga, que la recibiré con los brazos abiertos.

—Vamos, señora! ¿y será posible que venga ella, cuando ha salido de aquí hasta con una maldicion? y luego, ¡qué madrina trae! á mí, que no soy nada; como si fuera ella una limosnera, ó necesitara venir á pedir perdon, porque no ha faltado, y la trató usía con tanta injusticia.

La señora Magdalena se sintió avergonzada con aquella reflexion.

—Ahora, yo no sé si ella estará conforme en volver á su casa; ¿no tiene acaso dignidad? ¿no está expuesta á que mañana le vuelva á pasar lo mismo?

—Pues entonces—dijo vencida la señora Magdalena—¿qué os parece que debo hacer?

—Creo que lo mejor será que yo le cuente esta plática, y si la veo que se docilita, enviaré á mi marido para que pueda usía ir por ella, que es lo que debe ser.

—¿Dónde vivís?

—Yo enviaré á mi marido, y él os conducirá; vivo muy cerca de la plaza mayor: déme usía alguna cosa que como seña pueda traeros mi marido.

—Tomad—dijo la señora Magdalena, sacando de uno de sus dedos una rica tumbaga de oro.

—No, eso no; no se vaya á perder y crea usía que me la he tomado.

—Pero esta tumbaga la conoce Julia, y será la prueba de que habeis hablado conmigo.

—No se necesita; Julia me conoce demasiado ya para dudar de mí; déme usía un pañuelo.

—Aquí está—contestó la señora Magdalena;—pero hacedme favor de aceptar esta tumbaga, siquiera por los favores que habeis hecho á Julia.

—¿Qué favores?

—Recogerla, tenerla en vuestra casa.

—Ah! si es por eso, guarde usía su tumbaga, que antes es cierto que yo tenia una fonda; pero me casé, yo tengo ya con qué vivir, gracias á un hombre muy caballero que está ahora en desgracia, y ya ni vendo comida ni alquilo casa: conque Dios guarde á usía.

La señora Magdalena era una buena mujer, pero no tenia ese tacto delicado que se necesita para tratar á las gentes de corazon, y aquella noche habia salido derrotada en su conferencia con Paulita.

La muchacha se levantó y se dirigió á la puerta.

—Ah! perdonadme! ¿cómo os llamais?—preguntó la señora Magdalena.

—Paulita me llaman, y estoy casada con el Jején.

—¿Es apellido eso de Jején?

—No, señora—dijo sonriéndose Paulita;—así le llaman porque es pequeño de cuerpo.

Al oir la señora Magdalena que el marido de aquella mujer tenia un sobrenombre, hizo un gesto de desagrado, sin recordar quizá que al suyo le llamaban en la Española el «Oso rico.»

Paulita advirtió aquel gesto, y volviéndose hácia la señora Magdalena, le dijo:

—Mire usía, señora; mi protector una vez que estuvo enfermo, me contó que los reyes tambien solian tener sobrenombres; ¿por qué es malo que un pobre lo tenga, cuando hasta los reyes lo han tenido?

La señora Magdalena se mordió los labios y contestó:

—No; si yo nada he dicho.

—Es verdad: Dios guarde á usía—y esta vez salió Paulita á la calle, adonde el Jején la esperaba sentado en la acera de enfrente.

—¿Qué arreglaste?—preguntó Jején.

—Todo, y muy bien.

—Cuéntame.

—No, hasta la casa y delante de Julia.

—¿Se pondrá contenta?

—Mucho, si quiere volver á su casa.

—Lo dudo.

—Ella sabrá lo que hace.

Y Paulita y su marido conversando alegremente se dirigieron para su casa, en donde Julia los esperaba con impaciencia.

VI.

El proyecto de boda.

JULIA se habia quedado sola en la casa de Paulita, esperando que esta volviese con su marido.

Paulita habia procurado ocultar á la jóven el objeto de su salida, temerosa de salir mal en su empresa; pero como Julia tenia miedo de quedar sola, Paulita le encargó cerrar la puerta por dentro, y que no abriera si no llamaban de una manera particular convenida entre ellas.

Poco antes de regresar Paulita á su casa, dos hombres, embozados hasta los ojos, llegaron hasta la puerta de la casa y llamaron; pero como no eran los toques convenidos, Julia se cuidó muy bien de abrir.

Uno de aquellos hombres repitió los golpes á la puerta, nadie contestó tampoco, y entonces se entabló entre ellos el siguiente diálogo:

—¿Estás seguro—preguntó uno de ellos—que esta es la casa?

—Tan seguro, como que ayer en la mañana estuve aquí con el Jején.

—Pero no abren, y tú me has dicho que Paulita no sale por las noches.

—Es cierto, y aun hay luz adentro; mire usía.

Uno de los hombres aplicó el ojo á la cerradura de la puerta.

—En efecto—exclamó—hay luz; quizá se haya dormido esa muchacha: llamaremos mas fuerte.

Y volvieron á llamar con mas fuerza.

—Tal vez habrán salido.

—Puede ser; pero cuando dejaron luz, es porque no tardarán en volver.

—Volveremos mas tarde.

—Como usía lo disponga.

Y los dos hombres se alejaron por donde habian venido.

Pocos momentos despues se presentó Paulita con su marido y llamaron. Julia les abrió al momento.

—Albricias, hermosa, albricias!—dijo Paulita abrazando á Julia.

—¿Albricias? ¿de qué?—preguntó la jóven.

—Albricias! ¿sabeis de dónde vengo en este momento?

—Imposible, si vos no me lo decís.

—De vuestra casa.

—¿De mi casa?

—Sí; he visto á la señora, y está muy arrepentida de lo que hizo con vos, y desea veros.

—¿Pero qué le habeis dicho?......

—Muchas cosas buenas, sobre todo para vos, y si quereis, no tengo sino enviar al Jején con este pañuelo, y vuestra madre vendrá aquí por vos.

—Paulita, ¡cuánto os agradezco lo que habeis hecho! pe-

ro siento rubor de volver á mi casa, en donde mi madre ha desconfiado tan horriblemente de mí.......

—Se lo dije, y por eso no vino conmigo; es preciso contar con vuestra entera voluntad.

—¡Oh! si yo tuviera adónde irme!......

—Ingrata sois; esta es vuestra casa......

—Paulita, lo creo; pero considerad que es imposible para mí permanecer en esta situacion.

—Lo comprendo.

—¿Qué haré?

—Os voy á decir quizá una necedad: ¿por qué no aceptais el matrimonio que os propone vuestra madre?

—¡Dios me libre!

—¿Por qué? habladme con franqueza.

—Paulita, ya sabeis que amo á otro hombre.

—Lo sé; pero ese amor es un imposible; ese hombre es un pirata, y debeis comprender que no puede pisar ninguno de los dominios del rey de España: vos no podeis irlo á buscar á los mares; ¿en dónde ni cómo llegareis á encontrarle? Además, ¿os atreveríais á casaros con un hombre así? ya sabeis lo que se cuenta de ellos, que se roban en todas partes á las mujeres, que las asesinan luego que les fastidian......

—Pero Antonio es muy bueno.

—Todos los hombres son muy buenos cuando los queremos y cuando nos pretenden; luego los llegamos á conocer, y nos arrepentimos de no haberlos conocido antes: ¿ese hombre, Julia, podrá ser distinto de los otros piratas? si lo fuera, ya se habria separado de ellos.

—¡Si yo le amo mucho!

—En eso está el mal, en que le amais: cuando es un amor imposible, es lo mismo que enamorarse de una estrella, y

estas son las cosas que de jóvenes guardamos en la cabeza, y que despues nos pesan.

—Yo no creo imposible volverle á ver.

—¿Estais loca, Julia? ¿esperais que un pirata se atreva á venir á México? al pisar el puerto le ahorcarian: ¿esperais volver vos á la Española? Aun cuando así fuese, no lo veríais, porque solo de casualidad se ven á esos hombres, y además, que no veo mucha facilidad de que vos salgais ya de la Nueva–España: oid mis consejos, olvidad ese amor como un sueño, olvidadlo; aceptad el matrimonio que se os ofrece, para salir de la casa de vuestra madre y ser dueña de la vuestra: os aseguro que á nadie referireis vuestros soñados amores con el pirata, que no os haga burla; como si yo me enamorara del Gran Sultan.

—Pero ¿y él, que tanto me ama?

—Julia, Julia, sois una niña; ¿pensais que ese hombre se acuerde de vos? ¡ni sabrá adónde os llevó la suerte! De seguro que no será como sois, tan candoroso, y no ha de estar guardando fidelidad á un imposible, porque esto lo sabe él mejor, que es imposible; ellos tienen mujeres en todas partes, en cada pueblo, en cada aldea; las principales muchachas son para ellos: resignaos, que no será él quien piense ya en Julia, porque para él ha muerto.

—Paulita, ¡cuánto mal me hacen vuestras palabras!

—Lo siento; pero os amo como á mi hermana, y quiero curaros esa locura, y por eso y porque salgais de la casa en que tan mal os han tratado, os aconsejo que acepteis ese matrimonio: al principio será para vos un inmenso sacrificio, porque en todas partes vereis á vuestro pirata, y os parecerá que se os aparece á cada momento; pero al año ya me dareis las gracias y os reireis de esta que ahora soñais pasion: ¿conque quereis que mande llamar á vuestra madre?

Julia reflexionó, y luego contestó con resolucion:

—Que venga.

—Anda, Jején, hijo mio—dijo Paulita;—lleva este pañuelo á la señora de la casa en donde estuvimos, y dile que su hija la espera.

El Jején salió precipitadamente.

—Ahora que estamos solas—dijo Paulita—os contaré, para vuestro consuelo: yo tambien amé con mi primer amor á un hombre, á un hombre que fué tambien un imposible para mí; y no porque estuviera en tierras remotas, ni porque me fuera imposible volver á verle, sino porque era noble, porque era un conde, y yo era una pobre muchacha: yo hubiera sido, no su mujer, su dama, y él lo comprendió, y él me hizo comprender á mí el abismo que nos separaba, y él me contuvo en mi caida, y le escuché y me casé con el Jején: el corazon se me hacia pedazos; pero ahora comprendo que hice bien; seria yo quizá una mujer perdida: aun le amo, aun me estremezco al hablar de él; pero me domino, y sigo viviendo tranquila, porque era imposible que yo fuera la esposa de Don Enrique Ruiz de Mendilueta.

—¿Así se llamaba?

—Sí; Enrique Ruiz de Mendilueta se llama, Julia, porque aun no ha muerto; nadie sabe dónde está, pero creo que vive.

—¿Habeis padecido mucho?

—Mucho; pero conocí la razon: amar un imposible es una locura, creedme, Julia, os lo digo con experiencia, y vos no podeis ser ni la dama siquiera de ese hombre, porque no creo que volvais á verle.

Julia se cubrió el rostro y comenzó á llorar.

Paulita se acercó á ella y comenzó á acariciarla.

—¡Cuánto siento lo que os hago padecer con mis consejos!

—la dijo;—pero segun me habeis contado, no teneis una amiga verdadera, ni persona alguna que os aconseje; no podeis estar ya tranquila en vuestra casa, los celos han envenenado el corazon de vuestra madre, que estará constantemente desconfiando de vos: por otra parte, ¿creeis que ese vuestro perseguidor, ese Don Pedro Juan, prescinda de sus antiguas pretensiones?

—Despues de lo que ha pasado, creo que sí.

—Os engañais; al encontrarse á vuestro lado otra vez, al ver que ha pasado ya la tormenta, poco á poco irá cobrando confianza, y muy pronto, con vuestra presencia en su casa, volverá á encenderse su pasion y volverá á solicitar vuestro amor, hasta que haya otra tormenta mas terrible que la anterior.

—Por eso no quiero volver á mi casa.

—¿Pues adónde ireis? ¿teneis vocacion de monja?

—¡Oh! no, no.

—Entonces en cualquier parte estareis mal y expuesta siempre á la persecucion de ese hombre, y á que el dia que vuestra madre sepa algo, crea que para tener mas libertad habeis dejado su casa.

—¡Dios mio! ¿qué haré?

—Julia, ¿no teneis mas que el amor de vuestro pirata que os impida casaros con el hombre que os propone vuestra madre?

—Nada mas; perdido su amor, para mí todo es indiferente sobre la tierra.

—Pues lo que es su amor, dadlo ya por perdido......

—Eso es espantoso......

—Pero es la verdad; tened resolucion y arrojad esas locuras de vuestro pensamiento, ó amadlo, pero que esto no

os impida orar como todos los cristianos, y no soñando en imposibles: aprended á mí......

—Vos no amaríais sin duda á ese hombre.

—¿Que no le amaria? ¿que no le amaria? Julia, le amo aún con todas las fuerzas de mi alma; le amo aún, á pesar de que para mí es ya solo un recuerdo; le amo, le amo, y su amor está en mi corazon como en un santuario, y lo conservo como una religion, á pesar de los obstáculos invencibles que nos separan; y yo tuve y tendré quizá necesidad de luchar, de luchar y vencerme, porque yo le veia, y le hablaba, y se sentaba á mi lado, y estrechaba mi mano, y lo que es mas, comprendia que yo le amaba; y le veré otra vez, mi alma lo presiente, y, Julia, yo os lo aseguro, sabré vencerme. Conque decidme ahora vos, ¿en qué son comparables los tormentos de vuestra soñada pasion, con este combate diario y doloroso, en el que no hubiera yo tenido necesidad mas que de decir una sola palabra para ser, si no la esposa, al menos la querida de ese hombre adorado por mí? Julia, amad á vuestro pirata cuanto querais, pero no sacrifiqueis á ese amor de niña vuestro porvenir y la tranquilidad de vuestra madre.

En este momento se oyó en la calle el ruido de una carroza, y llamaron á la puerta.

—Ahí están—dijo Paulita, y se dirigió á abrir.

Julia se puso lívida; la puerta se abrió, y el Jején, seguido de la señora Magdalena, penetró en la estancia.

La madre y la hija se precipitaron la una en los brazos de la otra, y sin poder articular palabra, comenzaron á llorar.

Jején llamó á Paulita aparte y le dijo:

—¿A quién crees que he encontrado esta noche, al ir para la casa de esa señorona?

—¿A quién?—preguntó Paulita.

—A Don Enrique en persona.

—¡Jesus!—exclamó Paulita poniéndose trémula.

—No te espantes y vayan á maliciar algo; viene oculto y con riesgo de la vida.

—¿Pero qué te dijo?—preguntó la jóven, pudiéndose apenas tener en pié.

—Que me necesita, no sé para qué; que mañana á las once de la noche me espera enfrente de Catedral.

—¿Y no mas?

—No mas.

—¿Te preguntó por mí?

—No.

Paulita ahogó un suspiro y sintió que su corazon se hinchaba de dolor.

—¡Oh!—pensó la jóven—¡si Julia sintiera esto!

Julia y la señora Magdalena hablaban ya entre sí.

—Vamos, hija mia—decia la madre limpiándose los ojos—vamos, ya no llores; sígueme, volvamos á nuestra casa, y perdóname tantas imprudencias; tú no sabes lo que son los celos, y Dios te libre, hija mia, de saberlo nunca. Vamos á casa—y la tomó de una mano para llevarla consigo.

Julia humildemente se levantó.

—Adios, Paulita—dijo Julia abrazándola.

—Adios—contestó Paulita—y encontrando en aquella despedida un pretexto para dar salida al llanto que la sofocaba, se puso á gemir.

—Paulita—dijo Julia—no dejeis de ir mañana por casa, os espero......

—No—contestó Paulita;—mañana iré; aun tengo que seguir con vos una conversacion pendiente.

Julia y la señora Magdalena montaron en la carroza que

las esperaba rodeada de lacayos á pié que llevaban luces, y se dirigieron para la casa.

Al penetrar otra vez Julia en aquella mansion, de la que habia salido de una manera tan triste, sintió que todas las reflexiones de Paulita tomaron mayor fuerza; se le figuró que álguien se las repetia en su interior, y comprendió que la pobre muchacha tenia razon.

La señora Magdalena se iba poniendo sombría y dirigia para todas partes miradas inquietas.

Julia conoció lo que pasaba en aquel corazon, y una resolucion repentina y enérgica nació en el suyo; le pareció digno de ella sacrificarse por la felicidad de su madre, y dijo sin vacilar á la señora Magdalena:

—Madre mia, ¿de quién decíais que pretendia ser mi marido?

—De Don Justo, el hermano de la condesa de Torre-Leal—contestó admirada la señora Magdalena.

—Madre mia, decidle que le autorizo para que pida mi mano; pero ha de ser pronto, muy pronto.

—Gracias, hija mia, gracias; ¡Dios te bendiga!—exclamó la señora Magdalena anegada en llanto y cayendo en los brazos de su hija.

—¡Por vos, madre mia!—murmuró Julia.

Y las dos quedaron en silencio.

VII.

El 6 de Agosto.

Eran las once de la noche del dia 6 de Agosto de 1669, y llamaba á la casa de Doña Ana un hombre embozado. Era Don Diego, que volvia á ver á la dama por primera vez desde la escena que han presenciado entre ambos nuestros lectores.

Doña Ana estaba triste, el Indiano habia escapado casi de entre sus brazos, confesándole que la amaba, y sin embargo, no volvió; Doña Ana le esperaba todas las noches, y las noches pasaban y Don Diego no parecia: la dama sentia una inquietud mortal.

—Habrá prescindido de mi amor—pensaba;—¿qué hago entonces en esta soledad?...... No, no, vendrá; le espero, le espero.

En este momento llamaron al zaguan.

—¡El es!—exclamó Doña Ana, y se arregló el trage y el tocado como si ya Don Diego estuviera muy cerca.

Doña Ana oyó los pasos de álguien que subia la escalera, que se aproximaba por el corredor, y la puerta se abrió.

—¡Don Diego!—exclamó la jóven saliendo á su encuentro.

—¡Doña Ana!—dijo el Indiano.

—Temia que no volviéseis mas.

—Doña Ana, no os engañais; habia tomado mi resolucion, no queria ya veros.

—¡Ingrato!

—Sí, porque tenia remordimientos con vuestro amor; pero he pensado tanto en vos, en lo que me habeis dicho, siento tan triste, tan inmensa mi soledad, que me decidí á venir para deciros.......

—¿Qué? ¿qué?

—Que os amo, que quiero, que necesito que seais mia....

—¡Don Diego!—exclamó Doña Ana precipitándose en sus brazos—¡cuán feliz me haceis!

—Sí, Doña Ana, porque yo lo soy tambien: he comprendido que realmente Marina no existe ya para mí; yo estoy solo sobre la tierra como vos lo estais; soy jóven aún, necesito amar; vos me amais, y sois digna de que os ame, porque os debo una reparacion, y esto es lo que me ha decidido.

—¡Reparacion! ¿y de qué, Don Diego?

—¿De qué, Ana? de que yo soy la causa de todas vuestras desgracias, de que yo aconsejé á Estrada todo lo que hizo con vos el dia de vuestro rapto, de que esa misma noche, antes que él os hubiera visto, os hubiera hablado, vino á mí, me ofreció que si yo queria seríais mia y no de él, y yo, cegado, desprecié aquella ocasion; yo he sido malo para los dos.

—Pero no hay que hablar de eso si me creeis digna de vos aún.

—Digna sois, Ana, porque si vos habeis tenido amores con Don Cristóbal de Estrada, si habeis sido su querida, yo he tenido la culpa y me arrepiento; y ahora que Dios me pone en situacion de reparar mi delito, lo haré, y vos, Ana, sereis mi esposa.

—¡Oh!—exclamó conmovida Doña Ana—esa es demasiada felicidad! porque yo no merezco tanto: volver así tan alta á vuestro aprecio, es para mí la mayor de las dichas!

—Ana, os amo, sois buena, yo os haré feliz; consolareis mi soledad, sereis la madre de mi pobre hija, y nos iremos á vivir lejos de aquí, adonde nadie nos conozca: felizmente aun soy jóven y rico, y podemos aún pasar una vida tranquila.

—¡Don Diego! ¡sois un ángel!

—Preparad vuestros equipajes para mañana mismo; quiero que salgamos de la ciudad en la tarde.

—¡Oh! qué felicidad! qué felicidad!

—Mañana, á las dos de la tarde, vendré aquí en mi carroza por vos.

—¡Dios mio! se me va á hacer eterna la noche! este es el dia mas feliz de mi vida! ¿En qué fecha estamos? porque quiero grabarla en todas partes.

—No recuerdo.

—Yo sí, ya recuerdo, estamos á seis de Agosto.

—¿A seis de Agosto?—dijo sobresaltado el Indiano, recordando la cita con Don Enrique.

—Sí, á seis de Agosto; ¿qué os sucede?

—Nada—contestó el Indiano sacando una soberbia mues-

tra guarnecida de piedras preciosas, y diciendo para sí:—los tres cuartos para las doce.

—¿Por qué os habeis puesto sombrío? ¿esta fecha os trae algun recuerdo penoso?

—Sí, Ana, y me voy por eso inmediatamente.

—Pero explicadme, Don Diego.

—No tengo ya tiempo, será mañana. Adios, mi hermosa dama—dijo dándole un beso.

—Adios, amor mio—contestó Doña Ana.

El Indiano salió apresurado, y ella quedó diciendo:

—¡Qué extraño misterio! pero este hombre es ya mio.....

El Indiano se dirigió á la inmediata calle, que era el lugar designado por Don Enrique; pero Don Diego no creia en aquella cita: además, Don Enrique era para él culpable por haberle engañado, enviando á Doña Ana en lugar de Doña Marina: quizá estaria muy lejos de México; pero Don Diego sentia necesidad de buscarle.

Las doce sonaban cuando desembocó en la calle de Tacuba, y se dirigió al frente de la casa que habia habitado Doña Marina; por los balcones se advertia luz, cosa extraña en aquella hora.

Don Diego se paró frente á la casa, y de la puerta de ella se destacó un hombre.

—¿Quién va?—dijo el Indiano.

—Quien os ha citado para este lugar.

—¡Don Enrique!

—El mismo, Don Diego; sabeis que no acostumbro faltar jamás á mi palabra.

—Lo sé, y sin embargo, una vez por todas me habeis engañado vilmente.

—Tened la lengua, ó vive Dios que tendreis que arrepentiros.

—Sea en buena hora—dijo Don Diego tirando de su estoque;—defendeos, y Dios decidirá.

—Aun no llega el momento—contestó con calma Don Enrique y sin sacar su espada;—pero pronto vendrá: por ahora, tened la bondad de seguirme.

—¿Adónde?

—¿Teneis miedo?

—Jamás; guiad.

Don Enrique dió media vuelta y se encontró frente al zaguan de la casa; le abrió y penetró al patio, seguido del Indiano.

Don Enrique subió apresuradamente las escaleras, y el Indiano le seguia de cerca.

Aquella casa despertaba en el ánimo de Don Diego tristísimos y dolorosos recuerdos; parecíale ver á Doña Marina, hermosa con la animacion que comunicaba á su semblante el goce de los primeros amores; recordaba los dias felices que habia pasado allí á su lado, y con estos recuerdos se unian las punzantes memorias de los acontecimientos de Portobelo, la consideracion de lo que seria de Doña Marina en aquellos momentos, y una especie de remordimiento por sus amores con Doña Ana y por la resolucion que habia tomado de llevársela consigo al dia siguiente.

Todas estas ideas nacian en su cerebro simultáneamente, y luego pensaba adónde le conducia Don Enrique; quizá para hacer mas completa su venganza, pretendia hacerle morir en el mismo lugar en que habia recibido la injuria.

Don Diego era un valiente; pero hay pensamientos terribles y presentimientos negros, que caen sobre el corazon

mas ardiente como una gota de agua helada, y que hacen estremecer al hombre mas audaz.

El Indiano, al llegar cerca de la puerta del salon principal, vaciló un momento y llevó instintivamente su mano á la empuñadura de su daga.

Don Enrique ni aun le miraba; abrió con violencia la puerta y se precipitó en el salon; el Indiano le siguió; pero apenas penetró allí, lanzó un grito y quedó como clavado en el sitio.

Aquel salon estaba régiamente adornado é iluminado profusamente, y en un sitial cerca de una mesa, estaba sentada Doña Marina.

Al entrar Don Enrique, la jóven levantó el rostro, y al ver á Don Diego quiso ponerse en pié; pero las fuerzas le faltaron, y pudo apenas pronunciar palabras inarticuladas y tenderle los brazos.

—Don Diego—dijo solemnemente Don Enrique—ahí teneis á vuestra esposa, tan pura y tan digna como el dia que dejásteis de verla; á sus virtudes y á su belleza reune hoy un nuevo encanto, la corona del martirio: su alma ha salido triunfante de la prueba. Dios, su firmeza y mi fortuna, os vuelven hoy á Doña Marina; podeis arrojaros en sus brazos, porque es digna de respeto y de admiracion.

—¡Marina!—gritó el Indiano recibiendo en sus brazos á la jóven, que se precipitó en ellos trémula y silenciosa;—Marina! ¿es posible? ¿vuelvo á verte? ¿te tengo en mi pecho? Háblame, háblame, porque me parece que sueño.

—Don Diego—exclamó Marina—no soñais; Dios nos vuelve la felicidad.

Don Enrique iba á salir de la estancia para dejarlos solos, cuando Doña Marina, desprendiéndose de su esposo, tomó á Don Enrique de una mano y le detuvo.

—Don Diego—dijo—he aquí al hombre á quien, despues de Dios, debemos nuestra felicidad y nuestra honra; él ha sido mi refugio y mi amparo en medio de los peligros, él ha fortalecido mi constancia, él ha estado á punto de morir por servirme, y él, en fin, es el que me ha libertado con un rasgo de audacia inaudito, atravesando con su navío en medio de la armada del terrible Morgan.

—Marina, tú no sabes aún lo que ese hombre vale; él me ha vencido en el castillo de Portobelo, y me ha dado la libertad y la vida; yo le culpaba porque los piratas te arrebataban cuando él me habia prometido volverte á mis brazos; pero entonces aun no comprendia la grandeza de su alma. Caballero Don Enrique Ruiz de Mendilueta, señor conde de Torre-Leal, ¿quereis honrarnos con vuestra amistad, ya que habeis sido nuestro ángel salvador?

—Señor Don Diego de Alvarez, yo no soy ni caballero, ni conde; no soy sino el mexicano proscrito y miserable; no soy sino el hombre que no tiene ni patria, ni nombre, ni familia; no soy mas que el pirata Brazo-de-acero, que he venido hasta aquí para cumplir con una cita que yo mismo os habia dado para esta noche y entregaros á vuestra esposa: al daros esa cita me animaba el deseo de vengar en vos sangrientas injurias; hoy ya no me atreveria; la satisfaccion de haber hecho felices á mis enemigos, llena de tal manera mi corazon, que se apagan para siempre mis antiguos rencores......

—¿Y no quereis nuestra amistad?—dijo Doña Marina.

—Señora, no quiero que mi corazon crie vínculos que no pueden existir.

—¿Y por qué no?—dijo el Indiano.

—Porque voy á partir esta misma noche.

—¿Y adónde?

—No lo sé; á ocultar mis desgracias en un país remoto, á huir de la persecucion de los vireyes: un hombre de toda mi confianza debe esperarme á las doce de la noche frente á Catedral; con él voy á arreglar mi viaje, y mañana al lucir la aurora, me alumbrará muy lejos de aquí.

—Don Enrique—exclamó el Indiano—por mí habeis perdido patria, nombre, riquezas, porvenir, todo, todo, y os habeis vengado de una manera terrible para mí; Don Enrique, hacedme completamente feliz, permitiéndome que os vuelva cuanto os he arrebatado.

—Es imposible; eso se perdió para siempre......

—¡Oh! hacedme el último servicio, no me dejeis entregado á mis remordimientos; yo conseguiré lo que os ofrezco.

—¿Y cómo?—preguntó tristemente el jóven.

—No lo sé, no os lo puedo decir en este momento; pero tengo fe en que lo conseguiré.

—No lo creais.

—Mirad, no os pido mucho tiempo; ocho dias, Don Enrique, ocho dias; ¿qué son para vos ocho dias? ocho dias que estareis oculto en mi casa: si pasado este tiempo nada consigo, os doy mi palabra de caballero de que os lo diré con franqueza y estareis en libertad de partir.

—Don Diego......

—Sí, acceded á mi súplica, y pensad que es vuestro porvenir, vuestra felicidad, lo que os ofrezco como una muestra débil de mi gratitud, como un homenaje al hombre que me venció en valor y en generosidad.

—Acceded—dijo Doña Marina.

—Sea como vos quereis—exclamó con resignacion Don Enrique, y el Indiano y su esposa le enlazaron entre sus brazos.

De los ojos de Don Enrique se habia desprendido una lágrima.

—Ahora—dijo el Indiano á su esposa—vamos á ver á nuestra hija.

—Vamos!—exclamó con alegría Doña Marina;—venid, Don Enrique.

Y los tres, con el corazon lleno de alegría, salieron á la calle y se encaminaron para la casa de Don Diego.

VIII.

La alegría de Don Justo.

EL Jején llegó á las doce de la noche frente á Catedral, como se lo habia prevenido Don Enrique, y se puso á esperar; pero Don Enrique no volvió á pensar ya en él.

La hora pasaba, el frio de la mañana hacia tiritar al Jején, que permanecia firme en su puesto, hasta que los rayos del sol comenzaron á dorar las torres de la ciudad.

—Ya no viene Don Enrique—dijo para sí el Jején;—vamos á descansar, que si él me necesita sabrá buscarme.—Y se dirigió á su casa.

Paulita le esperaba con impaciencia; la noticia de que Don Enrique estaba en México traia tan turbado su corazon, que no le era posible no solo dormir, pero ni aun recostarse.

Como la jóven sabia que Don Enrique habia citado al Jején para las doce de la noche, esperaba ella saber lo que pensaba hacer el jóven, y á cada instante desde que su ma-

rido habia salido, le parecia oir pasos, y que álguien se acercaba, y que llamaban á la puerta: Paulita, á pesar de la gran resolucion de que habia hecho gala con Julia, estaba enamorada y no podia dominarse.

Por fin, llegó su marido.

—¿Aun no te has acostado, Paulita?—le preguntó.

—¿Qué sucedió?—preguntó la jóven sin contestar á la pregunta del Jején.

—Nada; que Don Enrique no fué, y que me he pasado la noche como un gallo.

—¿Por qué faltaria?

—No lo sé; quién sabe qué le sucederia.

—¿Y ahora qué sucede?

—Pues que yo no sé dónde él está para verlo, y espero esta noche que él venga á buscarme á mí: entretanto, voy á dormir un poco, y creo que harás lo mismo tú, ¿no es verdad?

—No tengo sueño, y además voy á visitar á Julia......

—¡Mucho cariño le has cobrado!

—Es tan buena y tan desgraciada!

—Anda, pues.

El Jején se acostó, y á poco roncaba como un bienaventurado. Paulita se vistió con mas cuidado que de costumbre para salir á la calle; Don Enrique no se apartaba de su imaginacion, y le parecia que iba á encontrarle en la calle, ó que iba á ser vista por él, y por esto ponia tanto cuidado en sus ropas y en su tocado.

Paulita estaba encantadora, y con la conciencia de que iba muy hermosa, salió á la calle y se dirigió á la casa de Julia.

Apenas serian las ocho de la mañana, pero todo el mundo estaba ya en pié en aquella casa. Julia no habia salido

de su habitacion, y la señora Magdalena habia enviado temprano una esquela á Don Justo.

Casi al mismo tiempo se presentaron en la casa Paulita y Don Justo, preguntando el uno por la señora Magdalena, y la otra por la señorita Julia.

Paulita fué conducida hasta la estancia que ocupaba su amiga, llamó discretamente á la puerta y penetró.

Julia estaba muy pálida, y sus ojos, rodeados de un círculo azulado, indicaban que habia pasado una noche terrible. Al ver á Paulita se levantó y se dirigió á su encuentro.

—Buenos dias, Julia; ¿cómo os sentís? ya veis que llego quizá demasiado temprano á visitaros; pero estaba yo tan inquieta......

—Paulita, me dais con esto un verdadero placer; soy tan desgraciada, y no tengo mas amiga que vos.......

—¿Y cómo seguís? ¿qué ha dicho vuestra madre? ¿qué habeis pensado?

—Paulita, vuestras reflexiones, vuestros consejos, alguna tristeza mal disimulada que noté en el semblante de mi madre, su inquietud, el recuerdo de cuanto me habia pasado, y el temor de la vida que me esperaba, me han hecho tomar una resolucion dolorosa, pero firme.

—¿Y cuál es esa resolucion?

—Estoy decidida á casarme con el esposo que me ofreció mi madre......

—¡Oh! ¡bendito sea Dios! ¡bendito sea Dios! esto es lo que se llama obrar con prudencia...... ya vereis, ya os acordareis de mí.

—Sí, estoy resuelta; así se lo he dicho á mi misma madre, y no he puesto mas que una condicion......

—¿Qué condicion?

—Que ese matrimonio se haga inmediatamente.

—¡Dios mio! pues teneis mas resolucion que la que yo os suponia......

—¿Qué podia yo esperar? ¿para qué habia de pasar dias de vacilacion? ¿por qué detener ese momento, que si es para mí un gran sacrificio, es la tranquilidad para mi pobre madre? Yo no puedo ya ser feliz; que lo sea ella: yo soy un obstáculo para su dicha; yo quitaré ese obstáculo casándome con el hombre que me pretende......

—¿Y quién es ese hombre? lo sabeis ya?

—Sí; es el hermano de la condesa de Torre-Leal, ese Don Justo que me fué á buscar á vuestra casa.

Paulita hizo un gesto de disgusto.

—¿Sabeis algo malo de él?—preguntó Julia.

—No; no le quiero yo porque era enemigo de Don Enrique.

—¡Ah! ¿del hombre á quien amábais?

—A quien amo, Julia, á quien amo, y que por desgracia mia ha llegado á México.

—¿Cuándo?

—No lo sé; pero al salir vos anoche, mi marido me dijo que le habia hablado.

—¿Y estais impresionada?

—Julia, no podeis comprender lo que pasa ahora en mi corazon; estoy alegre, y una tristeza profunda me asalta repentinamente; deseo verle, y temo el encontrarle; siento remordimientos por ese amor, con el que me parece que le falto á mi esposo, y al mismo tiempo me arrepiento de haberle amado; estoy orgullosa porque no sucumbí á su amor, y maldigo mi debilidad que me hizo detenerme antes de ser suya; porque ese hombre, Julia, tan noble, tan generoso, tan valiente, merece que una mujer se sacrifique por él; por-

que ese hombre merece que una mujer esté mas orgullosa de ser su dama que si fuera la esposa de un monarca.

—¿Tanto le amais?

—¡Ah, Julia! siento que me vuelvo loca! en toda la noche no he podido dormir, y he venido á veros tan temprano para quejarme con vos, para llorar con vos, para que tengais lástima de mí...... ¡Oh! ¿para qué ha venido á México ese hombre?

—¿Y se ha casado ya?—preguntó Julia.

—¿Casado?—repitió Paulita alzando la cabeza con un aire de espanto y al mismo tiempo de furor.—¡Oh! esa prueba sí no la resistiria yo, porque no comprendo que pudiera amar á otra mujer!......

—Pero vos sois casada sin embargo.......

—Lo soy, y no quisiera yo que él lo fuera...... ¿Pero qué derecho tengo yo para esperar exigir nada de él?

Y Paulita se puso á llorar amargamente.

—Calmaos, calmaos—le decia Julia acariciándola;—¿en dónde está esa indomable resolucion de que me hablábais anoche?

—Yo la tenia, la tenia, Julia; pero al saber que estaba aquí, la he perdido: ¡pobre de mí! ¡pobre de mí!

—Y bien, Paulita, si el hombre que yo amo apareciese de repente ante mis ojos, ¿qué seria de mí?

—Julia, eso es imposible; ese hombre no puede pisar la América sino en son de guerra.

—Pero es que el vuestro se ha aparecido.

—Julia, no suceden siempre las cosas lo mismo; Don Enrique ha vuelto á México porque nació aquí, porque no ha cometido ningun crímen contra el rey, al paso que el vuestro no podria pasar ni de Veracruz.

Llamaron en este momento á la puerta.

—¿Quién va?—dijo Julia.

—Señorita—contestó desde afuera una esclava—el ama quiere que su merced vaya á verla.

—Díla que voy—dijo Julia; y luego dirigiéndose á Paulita agregó:—seguramente mi madre va á comunicarme la resolucion de Don Justo: no os vayais, esperadme; necesito que me animeis.

—Julia, no perdais vuestra resolucion.

—Nada temais, estoy firme y serena; ¿no me veis?

Julia se levantó y salió majestuosamente de la estancia, dejando admirada á Paulita con su energía.

En tanto que las dos jóvenes habian tenido la conversacion anterior, habia pasado en el gabinete de la señora Magdalena una escena importante.

Don Justo llegó á la casa, como hemos visto, en los mismos momentos que Paulita, y se dirigió al aposento de la señora Magdalena. Se hizo anunciar y fué recibido sin obstáculo.

—Señora—dijo Don Justo—he recibido una esquela vuestra llamándome, y me he apresurado á venir para ofrecerme á vuestras órdenes.

—Don Justo, os lo agradezco; ¿sabeis ya lo acontecido con mi hija?

—Sí, señora, y os aseguro que me ha causado profundo disgusto, no solo por haber sido yo la causa involuntaria de todo, sino por las penas que ha sufrido Julia, á quien amo y respeto con todo mi corazon.......

—Gracias.

—Yo tuve la fortuna de saber á tiempo lo ocurrido, y de saber tambien el lugar en que ella se habia refugiado, para ir á ofrecerle mis débiles servicios.

—No sabia yo......

—Nada he querido deciros hasta que estuviérais mas calmada, para pediros el perdon de Julia y hacerla volver á vuestro lado.

—Gracias; pero ya Julia está aquí.

—¡Oh! cuánto me alegro!

—Está aquí, y consiente en ser esposa vuestra si vos estais resuelto á llevar adelante vuestras pretensiones.

Don Justo se levantó de su asiento como un niño á quien le ofrecen un juguete; estaba pálido de alegría.

—¡Dios mio! ¡qué gusto!—exclamó—¡qué placer! ¿cómo no, señora? Me haceis feliz! me haceis feliz! Julia mi esposa! mi esposa! ¡Oh! ¿y cuándo? ¿cuándo tendrá lugar esa boda?

—Es la única condicion que Julia os pone.

—¿Que se retarde?

—No; que se haga inmediatamente.

—Pues esa condicion me hace feliz, feliz.

—¿Admitireis?

—¿Quién lo duda? hoy mismo, mañana mismo, cuando quiera ella.

—Le preguntaremos.

—Sí, esta semana es para mí la semana de la alegría; ¡si supiérais!

—¿Qué?

—Que dentro de tres dias se cumple el plazo señalado por el conde de Torre-Leal para esperar la vuelta de su hijo mayor, á quien todos creen muerto; si ese dia no se presenta, como no se presentará, porque yo sé que está gozando de Dios, mi sobrino, el hijo de mi hermana, el hijo del segundo matrimonio del conde, entrará al goce de la herencia, y ya podeis comprender cuánta será por eso mi alegría; es hijo de mi hermana, y además yo soy su tutor.

—Entonces, para ese dia, si quereis, fijaremos el matrimonio.

—Si Julia quiere, si está contenta con eso, dentro de tres dias nos uniremos para siempre. ¡Oh! qué contento estoy!

Y Don Justo se frotaba con alegría las manos.

—¿Quereis que llame á Julia?—preguntó la señora Magdalena.

—Si os parece bien.......

—María—gritó la señora Magdalena.

—Señora—dijo una esclava.

—¿Está levantada la señorita Julia?

—Sí, mi ama.

—Dile que venga un momento.

La esclava salió á llevar el recado á Julia, y Don Justo, que no podia moderar su alegría, comenzó á pasearse apresuradamente delante de la señora Magdalena.

A decir verdad, la señora Magdalena estaba tan alegre como él de aquella boda; era una tentacion menos para Pedro Juan, y una garantía mas para la tranquilidad de su matrimonio.

IX.

Firmeza y energía.

Julia se presentó delante de la señora Magdalena y de Don Justo que la esperaban, pálida, pero serena; su voz no temblaba, aunque sus ojos daban muestras de llanto.

—¿Me habeis enviado á llamar, madre mia?—preguntó la jóven.

—Sí, hija mia; siéntate y escúchame.

Julia obedeció sin replicar.

—Ayer—continuó la señora Magdalena—me has manifestado tu voluntad de recibir como esposo al señor Don Justo, que está presente, y que habia pedido tu mano.

—Es cierto, madre mia.

—Bien; y recuerdo igualmente que la única condicion que pusiste, fué la de que este matrimonio se verificara cuanto antes.

—Es verdad.

—¿Y estás dispuesta aún á llevar á efecto este enlace?

—Lo estoy.

—Es que el señor desea que se verifique dentro de tres dias.......

—El puede disponerlo para el dia en que le parezca mas conveniente.

—Entonces, hija mia, creo que debes hablar con él á solas un momento.

—No hay necesidad—dijo la jóven.

—No la habrá, pero lo creo prudente, y os dejo en libertad: puesto que vais á casaros, no os faltará algo que hablar.

Y sin esperar contestacion, la señora Magdalena salió, dejando solos á Don Justo y á Julia.

La posicion de Don Justo no podia ser mas embarazosa para un hombre de tan poco trato de sociedad; sabia ya que aquella jóven iba á ser su mujer, y sin embargo, no se atrevia ni á dirigirle la palabra: Don Justo creia aquello como un inmenso triunfo, como la realidad de una ilusion que no se atrevia á tocar por temor de verla deshecha.

Julia, por su parte, como nada tenia que decir á aquel hombre, callaba y no le dirigia ni una mirada.

Por fin, él haciendo un esfuerzo inaudito, se atrevió á romper el silencio; pero como todos los tontos, fué tan torpe en el modo de principiar su conversacion, que mas le valiera haberse callado.

—Conque es decir, Julia, que deseais casaros conmigo —dijo.

—No he dicho tanto—contestó la jóven;—estoy resignada á llamaros mi marido.

—Entonces—dijo él con cierta especie de fatuidad—vos me amais.

—Don Justo, creo que no todavía.

—Entonces, ¿cómo os vais á casar conmigo? porque si os vais á casar conmigo es porque me amais; eso no lo podeis negar.

—Caballero, ya que promoveis esta conversacion que yo hubiera deseado evitar, voy á hablaros francamente, voy á deciros lo que pasa en mi corazon, voy á explicaros con verdad mi conducta; si aun así insistís en casaros conmigo, yo no tendré inconveniente ninguno.

—Hablad, Julia, con entera libertad.

—Ante todo debo advertiros, señor, que no os amo.......

—Dolorosa advertencia para mí.

—Pero necesaria: no os amo, ¿lo oís? no os amo; esto no quiere decir que os aborrezca, que seais antipático para mí, que me causeis repugnancia.......

—Entonces......

—Entonces, me sois completamente indiferente.

—¡Jesus!

—No os admireis; yo tal vez en lo sucesivo con el trascurso del tiempo, con vuestra conducta noble, con vuestro trato amable, con vuestro cariño y vuestras consideraciones, quizá os llegue á querer como á un buen marido; pero ahora no os miro como á mi novio.

—¡Julia!

—¡La verdad! y yo quiero que la escucheis entera de mi boca, porque jamás he engañado á nadie.

—Pero si vos no me amais, mi tranquilidad está perdida.

—Eso no, Don Justo; una dama soy que sabe lo que debe á su nombre, á su honra, y sobre todo, á su religion. Podeis, señor, descansar tranquilo; vuestro honor está en mis manos tan seguro como en una caja de oro, y si llegara el caso de que siendo vuestra esposa sintiera nacer un amor extraño en mi corazon, antes que dejarlo siquiera adivinar, me ahogaria yo con mis propias manos.

—Julia, esos sentimientos son dignos de una dama como vos; así os amo, así estoy conforme, ¿qué digo conforme? así estoy contento de ser vuestro esposo.

—Aun hay mas, señor; con la franqueza que os he dicho que no os amo y que hallareis en mí la fidelidad mas pura, os advierto que yo aborrezco esas tiranas costumbres de los países españoles, por las que el marido y la mujer se constituyen á su vez espías del que debe ser su amigo y no su prisionero, y jamás me resignaré á tener por esposo á un hombre que, receloso é imprudente, quiera por sí cuidar una honra que ha guardado en el corazon de una mujer digna: ¿lo entendeis?

—Estais en la razon, Julia.

—Bien, Don Justo; ahora decidme, ¿insistís en ser mi marido, sin olvidar nada de esto?

—Mas que nunca.

—Entonces, disponed el dia en que debe verificarse esa boda; pero os suplico que hasta ese dia nada me digais, ni me consulteis, ni aun tengais la pretension de hablarme: voy á dar un paso muy importante en mi vida, y quiero estar sola, libre, encerrarme, llorar, rezar, y si el dolor de mis desgracias no me hace morir ó me vuelve loca, el dia de la ceremonia estaré á vuestro lado para daros la mano de esposa.

—Pero, Julia, ¿qué penas os atormentan?

—Esos son los secretos de mi corazon: ¿he preguntado yo acaso los vuestros? ¿he tratado de saber vuestros antecedentes ó vuestra vida? Aprended á respetarme como yo os respeto á vos.

Don Justo quedó como abrumado con aquella salida.

—Adios, Don Justo—continuó la jóven—hasta el dia de nuestra boda.

—Adios, Julia—contestó Don Justo.

La jóven salió y Don Justo quedó por un momento pensativo; de repente, como volviendo en sí, exclamó:

—¡Mejor! todas estas cosas me hacen quererla mas y mas; esta es una mujer que no es como todas las mujeres: me conviene y me agrada; muy pronto será mia.

Y saliendo tambien de la pieza, se dirigió en busca de la señora Magdalena.

—¿Qué tal?—le dijo esta.

—Perfectamente—contestó Don Justo;—Julia es la mujer que me conviene, porque á mi edad, ya no estamos los hombres para aventuras de romances, ni para historias de libros de caballerías.

....

....

Paulita esperaba con ansia la vuelta de Julia, pero sin dejar de pensar por esto en Don Enrique.

La pobre muchacha estaba en su hora de padecimiento.

Julia entró de improviso y se arrojó en sus brazos.

—¿Qué ha pasado?—preguntó Paulita con interés.

—¡Está consumado mi sacrificio! ¡soy la esposa de ese hombre!

—¿Le aborreceis?

—No; pero no le amo.

—¡Cuánto os compadezco! pero al fin vivireis, si no feliz, al menos tranquila, y sobre todo, habreis hecho feliz á vuestra madre.

—Mi conciencia está tranquila á costa de mi corazon, Paulita; no hablemos ya de eso, mi resolucion está tomada ya.

—Haceis muy bien, Julia: ¿y para cuándo se ha fijado el dia de la boda?

—Para dentro de tres dias, segun pude entender; ese dia se vence un plazo que le interesa á Don Justo, ¡Dios sabe! Yo le he dicho que no le amo, y le he prevenido que hasta el mismo dia de la boda no me vea ni me hable; quiero estar sola estos tres dias: y decidme, ¿estais ya mas calmada?......

—¡Ojalá! esta idea no me abandona: ¿qué haré?

—Tened resolucion y energía, y venecereis; ¿vos no habeis dado el consejo? seguidle.

Paulita se despidió á poco, y Julia se encerró en su aposento: aquellas dos almas desgraciadas procuraban ayudarse y sostenerse la una á la otra, y cada una sentia la muerte y procuraba dar su vida.

Don Justo y la señora Magdalena comenzaron á hacer los arreglos del matrimonio.

Pedro Juan veia todo aquello con malos ojos, pero procuraba mostrarse indiferente, y aun aparentando que nada comprendia de lo que pasaba en la casa.

Los deseos de Julia fueron obsequiados; nada se le consultó, y se dispuso de ella y de su suerte como si ella no tuviera voluntad propia.

X.

El pago de una deuda.

Don Enrique y Doña Marina, siguiendo al Indiano, llegaron hasta la casa que habitaba éste. Doña Marina se precipitó á la alcoba en que dormia su hijita, y se entregó á todos los trasportes de la felicidad.

Don Diego hizo preparar una habitacion para que Don Enrique pudiera vivir en ella los dias que habia prometido permanecer en México.

A la mañana siguiente, Don Diego se dirigió á Palacio en busca del virey marqués de Mancera.

Don Diego gozaba de gran favor con el marqués, á quien queria entrañablemente, no solo por los favores que de él habia recibido, sino porque el marqués, hombre de claro talento y de buena instruccion, se sabia hacer amable en su gobierno, por lo que sus contemporáneos lo calificaban de astuto y de sagaz.

El virey recibia á Don Diego á cualquiera hora, y gustaba de hablar á solas y largamente con él.

Aquella mañana, el virey estaba de muy buen humor; habia recibido buenas noticias de los tercios que se formaban en las costas para resistir las invasiones de los piratas, y este era en aquellos dias su pensamiento dominante.

El Indiano, que conocia su carácter, comprendió que la oportunidad no podia ser mejor.

—Bien venido sea el caballero Don Diego de Alvarez, mi ahijado—dijo el virey.

—Siempre será bien venido si se le ofrece una oportunidad de ser útil en algo á V. E.—contestó el Indiano.

—¿Y qué se dice de nuevo por esa noble y leal ciudad?

—Señor, el pueblo vive tranquilo, confiando en el paternal gobierno de V. E.

—¿Sí, eh? pues á fe que yo no olvido los intereses de S. M. ni los de sus fieles súbditos los americanos; anoche he recibido cartas muy satisfactorias que me anuncian el buen estado que guardan las milicias que estoy formando.

—Felicito á V. E. con todo mi corazon.

—Ya verán esos señores piratas cómo en la Nueva-España no ponen los piés impunemente.

—Ya lo creo, señor; y á ese propósito me atreveria á suplicar á V. E. que me diera su permiso para contarle una nueva que me tiene lleno de alegría.

—Ahijado, tendré mucho gusto en oirla, siendo cosa que tanto os contenta.

—Señor, he encontrado á mi esposa.

—¡Cómo así! ¿á Doña Marina? ¿á mi noble ahijada?

—Sí, señor.

—¡Oh, y cuánto me alegro! ¡qué gusto va á tener la vi-

reina! ¿Pero no me habíais dicho que era ya muerta por mano de los piratas en Portobelo?

—Así lo dije á V. E., y así lo creia yo tambien; pero felizmente logró salvar, y está ya aquí.

—¡Aquí, en México! Vamos, contadme eso, que debe ser una aventura maravillosa, porque creo que mujer que cae en manos de esos hombres, no sale ya de su poder sino muerta ó deshonrada, que es lo mismo.

—Dios quiso favorecer á Doña Marina, valiéndose para esto de un hombre á quien los piratas habian logrado seducir para que los acompañase, y que habia logrado captarse el cariño del terrible Morgan, jefe de todos esos hombres, y de cuyo cariño se ha valido para evitar mil males, y ha logrado volverme á mi esposa.

—Pero referidme las cosas; ¿cómo han pasado?

—Doña Marina cayó en poder de los piratas; Morgan se enamoró de ella y la envió á su navío; yo tambien caí prisionero: ese hombre, que ha sido nuestro ángel salvador, me dió la libertad y me prometió rescatar á Marina. El tiempo pasó, los piratas dejaron á Portobelo, y yo creí á mi esposa muerta ó deshonrada, que al buen decir de V. E., viene á ser lo mismo. El pirata quiso hacer á Doña Marina su querida, y ella resistió con energía unas veces y otras con astucias: por fin, Morgan, desesperado de obtener su amor, la hizo encerrar en una bodega de su navío; el hombre que la salvó la vigilaba muy de cerca, aprovechó un momento en que Morgan saltó en tierra, é hizo entonces trasbordar á Marina á su navío, y como se empeñó un combate, él largó sus velas y logró escapar de los piratas; pero todo eso con tanto peligro, con tanta audacia, teniendo que fingir y que disimular tanto, que perdóneme V. E. si le digo que pocos hombres serian capaces de tanto.

—Es decir, que ese pirata está en México.

—Sí, señor; él mismo ha traido á mi esposa.

—¿Y no ha temido venir aquí?

—Confiaba seguramente en que su buena accion seria su egida.

—Extraño proceder! ese hombre tiene algo que no es comun.

—Señor, ese hombre es un hombre de un gran corazon.

—¿Y cómo se llama?

—Permítame V. E. que antes de decirle su nombre, pida para él un completo indulto.

—¡Indulto! ¿acaso él lo solicita? yo cumplo como caballero y como noble no persiguiéndole, no evitándole que vuelva libremente, porque así lo merece y porque esta relacion se la habeis hecho al caballero y no al virey: ¿pero indultarlo cuando no lo solicita, cuando no sabemos qué crímenes habrá cometido?

—Señor, el indulto no lo pide él, lo pido yo; yo soy el que digo á V. E.: «Hay un hombre á quien terribles circunstancias arrancaron de su patria, y le arrojaron en medio de los piratas; ese hombre no ha cometido ningun crímen, ha salvado el honor de una dama noble, ahijada vuestra. ¡Señor! yo os pido el perdon para ese hombre!»

—Bien, yo os le otorgaré; ¿y su nombre?

—Don Enrique Ruiz de Mendilueta, conde de Torre-Leal.

—¡Don Enrique!—exclamó el virey—¡Don Enrique, el mismo á quien yo desterré con motivo del escándalo en vuestra casa!

—El mismo, señor, el mismo.

—Pues ¿y por qué corrió la noticia de su muerte?

—No lo sé, señor; pero es el mismo.

—Don Diego, ese hombre es muy malo; yo le desterré de estos reinos por su escandalosa conducta........ vos recordareis.

—Señor, perdonadme; pero en aquel escándalo yo solo he sido el culpable, y seria faltar á mis deberes como caballero y como hombre agradecido, negarlo á V. E.

—¿Vos, Don Diego? ¿vos el culpable, cuando ví vuestro prudente comportamiento?

—¡Oh, señor! por favor, no me avergonceis obligándome á referiros todos los pormenores de la escena que tuvo allí lugar, preparada por mí para perder á Don Enrique precipitándole; pero era inocente, y yo solo el culpable; ¡lo juro, señor, por mi honra!

—Bien, os creo; pero esa no era la única acusacion contra Don Enrique; Doña Ana, ¿recordais? fué robada por el mismo Don Enrique.

—Señor, Doña Ana fué robada por Don Cristóbal de Estrada, que murió en Portobelo defendiendo uno de los castillos de su majestad; pero en ese rapto Don Enrique es tambien inocente; Doña Ana está aquí en México, y si V. E. quiere, ella misma podrá declararlo.

—¿Entonces todos esos malos informes que dia á dia recibí contra Don Enrique, no fueron mas que calumnias de sus enemigos?

—¿Podré saber de S. E. quién le daba esos informes?

—No tengo inconveniente, porque ese jóven me va interesando, y creo que pararé en arrepentirme de lo que hice contra él, Don Diego, porque ¡ay! los que mandamos estamos mas expuestos que nadie al error, porque todos se empeñan en ocultarnos la verdad.

—Desgraciadamente, señor.

—Pues bien; esos informes los recibí de parte de las mon-

jas, por medio de un cierto pariente del difunto conde, ó mas bien dicho, de su segunda mujer; un Don Justo.

—¡Ah, señor! ya comprendo, ya comprendo, y yo explicaré á V. E.

—¿Cómo? ¿ya sabíais?

—Sí, señor; en el tiempo en que era yo enemigo de Don Enrique, ese hombre, ese Don Justo, se ha introducido en mi casa para proponerme que hiciéramos causa comun para perder á Don Enrique, que le estorbaba, no sé en qué, ni de qué medios queria valerse, porque le arrojé con indignacion de mi casa; pero él tenia ese perverso designio: quizá por eso se empeñó en calumniarle y ponerle en mal con V. E.

—Puede que tengais razon, Don Diego.

—Sí, señor, porque un hombre como Don Enrique no es capaz de acciones que deshonren á un caballero; él era enemigo mio, él sabia ó creia saber que la causa de su persecucion y su destierro era la escena que pasó en mi casa; él conocia que esa escena era preparada por mí, y que yo era la única causa de que hubiera perdido su nombre, su patria, su familia, su porvenir; y ese hombre, en vez de vengarse, me salva la vida, y salva la vida y el honor de mi esposa.

—Noble accion, Don Diego; pero vos no cedeis en nobleza, y por eso me intereso mas en su suerte; ¿qué razon creeis que haya tenido ese Don Justo para calumniar á Don Enrique?

—No le alcanzo; quizá algo acerca de los intereses del conde, padre de Don Enrique, porque él era, segun entiendo, pariente de la segunda mujer; pero si V. E. quiere, yo averiguaré lo que haya en esto.

—Sí, me hareis en esto un bien; deseo hacer completa

reparacion de los perjuicios que causé á ese jóven por mi ciega credulidad: un hombre de bien debe siempre ser justiciero.

—¿Y en cuanto al indulto?

—Decidme, ¿solo vos y vuestra esposa sabeis que ese jóven estaba entre los piratas?

—Hay, señor, otra persona que lo sabe.

—¿Y quién es ella?

—Doña Ana, esa jóven de cuyo rapto se acusaba á Don Enrique, y que fué tambien salvada por él de las garras de los piratas.

—¿Creeis que guardará secreto?

—Sí, señor.

—Porque en tal caso, no necesitaria el indulto, le bastaria presentarse, y yo le levantaria el destierro y seria bastante.

—¿Y podria así recobrar el título y el caudal de su padre?

—No sé si su padre le desheredaria; vos podeis tambien informaros de eso, y yo os ayudaré en lo que sea necesario; vos y yo debemos á Don Enrique una reparacion.

—Gracias, señor; yo me informaré de todo, yo daré á V. E. noticia de todo, y por mano de V. E. volverá Don Enrique á ser feliz y digno vasallo de S. M. y servidor de V. E.

—Perfectamente.

—¿Quiere V. E. hablar á Don Enrique?

—No; mejor seria esperar hasta que esteis bien informado de todo enteramente, y pueda yo saber lo que hago en su favor.

—Mañana mismo lo sabrá V. E.

—Mejor es mientras mas pronto.

—Me retiro con el permiso de V. E.

—Id, y que Dios os ilumine en vuestras investigaciones.

El Indiano salió con el corazon henchido de alegría y de esperanza.

El virey quedó meditabundo, exclamando:

—¡Qué fácil es errar! ¡qué fácil!



XI.

El hilo de Ariadna.

El Indiano volvió á su casa decidido á emprender con todo ardor la empresa que le habia confiado el virey; pero necesitaba encontrar el extremo del hilo para penetrar en el laberinto.

Lo primero que le ocurrió naturalmente, fué dirigirse á Don Enrique, suponiendo que él sabria algo.

Don Enrique esperaba impaciente el término que habia señalado Don Diego para poder retirarse de México. La vida que el jóven iba á llevar durante aquellos dias, no podia ser mas triste; encerrado, oculto, sin mas compañía que los tristes recuerdos del pasado y las negras nubes del porvenir, Don Enrique tenia momentos en que creia volverse loco ó faltar á la palabra que habia dado al Indiano.

Algunas veces, Doña Marina, que era tan feliz, venia á hacerle compañía; pero aquella misma felicidad hacia recordar á Don Enrique su desgracia.

El mismo dia de la conversacion del Indiano con el virey, Don Enrique estaba muy triste; apenas llevaba algunas horas de encierro, y ya no podia soportar el fastidio y la tristeza.

Don Diego entró á verlo, y abordó la cuestion sin ceremonia y sin embarazo.

—Perdonadme la franqueza—le dijo;—¿recordais haber tenido en la época de vuestra prision algunos enemigos personales?

—Ciertamente no, al menos que yo los conociera—contestó Don Enrique procurando reunir sus recuerdos.

—¿Con un Don Justo no teníais motivos de rencilla?

—No; Don Justo es el hermano de la mujer de mi padre, que en paz descanse, y con él no tuve nunca disgusto de ninguna clase.

—¿Sabíais ya que vuestro padre ha muerto?

—Sí; un hombre á quien debo un gran servicio, y que precisamente es muy amigo de ese Don Justo por quien me preguntais, me dió noticia de la muerte de mi padre: ¡pobre padre mio, me creeria muerto!

—¿Decís que ese hombre os hizo un favor, y es el de todas las confianzas de Don Justo?

—Sí; oidme: una noche, las gentes del virey llegaron á mi casa; yo estaba enfermo, tenia fiebre, y apenas, como entre sueños, recuerdo esto: me hicieron vestir y entrar en una carroza que iba rodeada de soldados: yo sabia apenas lo que me pasaba, iba como durmiendo: no sé cuánto tiempo caminé en aquel carruaje: de repente oí tiros y rumor de combate que duró muy poco, la puerta de la carroza se abrió y un hombre me hizo salir, me montó en un caballo y galopamos. Ya yo no supe en dónde pasó aquella escena, que para mí tenia algo de fantástica, porque perdí entera-

mente el sentido. Cuando volví en mí me encontré en una casa de Popotla, y me asistia una jóven, hija de un ciego á quien yo habia querido mucho y que se llamaba Paulita. Por ella supe que habia yo estado veinte dias en los bordes del sepulcro, que el virey me perseguia por un escándalo que yo habia dado en vuestra casa y que era necesario huir, y no mas. Yo recordé la escena que tuvo lugar en el baile, y perdonadme, os culpé de aquella mala accion.

No habia mas remedio que huir, porque me dijeron que tenia yo poderosos enemigos de gran valía con el virey; pensé que se trataba de vos y os juré un odio eterno.

Por Paulita supe que un hombre que la amaba era el que me habia librado de los hombres del virey. Conocí á ese hombre, y él me sacó de la ciudad y me llevó hasta Veracruz. Durante el camino le pregunté quién le habia dicho que me salvara, y jamás me lo quiso decir. Llegado á Veracruz me embarqué en una barca que iba para la Española, en donde viví como cazador hasta que me uní á Juan Morgan.

—¿Y ese hombre que os salvó, decís que es el hombre de confianza de Don Justo?

—Al menos así me lo aseguró él mismo.

—¿Y ahora dónde está?

—Casó con esa misma Paulita, y podeis encontrarle en el callejon que desemboca á la plazuela de los Estudiantes: allí vive; preguntad por él, es conocido con el nombre de el «Jején.»

—¿Y es hombre de entera confianza para vos?

—Mayor confianza tengo en la lealtad de Paulita, que el Jején, aunque me ha servido, le conozco menos.

—¿Es decir que á ella podré hablarle con franqueza?

—Sí; ¿pero qué intentais?

—Dejadme, yo tengo mis proyectos.

—Pero decidme al menos......

—No; ya tengo el hilo y creo que todo se conseguirá. Adios, no tardo.

El Indiano, sin esperar mas, salió del aposento de Don Enrique, tomó su sombrero y se dirigió en busca de Paulita, repitiendo:

—Ya tengo un hilo......

Aquel dia, Paulita habia ido á la casa de Julia, y el Indiano no la pudo encontrar.

En la noche volvió en su busca y la encontró.

Paulita no sabia qué pensar de la desaparicion de Don Enrique; en vano el Jején le habia buscado, en vano le habia esperado aquella noche; el Jején dijo á Paulita:

—Está oscureciendo, me voy á andar calles en busca de Don Enrique; quién sabe lo que será de él.

La muchacha se habia quedado muy triste esperando su vuelta, y se habia puesto á coser para distraerse un poco.

Llamaron á la puerta; Paulita abrió y el Indiano se presentó:

—Señora—dijo Don Diego—dispensadme; ¿sois por ventura Paulita?

—La misma, caballero; pero yo no tengo el honor de conoceros.

—No importa: Paulita, tengo con vos un negocio de que tratar; permitidme que entre y hablaremos.

—Pero caballero, ni tengo negocio ninguno con vos, ni está bien que deje entrar así á mi casa á esta hora á un desconocido; soy mujer casada y honrada.

—Nada teneis que temer de mí.

—¿Cómo puedo saberlo?

—Mirad, vengo á hablaros de un negocio de Don Enrique Ruiz de Mendilueta.

—¿De Don Enrique?—dijo conmovida Paulita;—¡pero cómo me probais eso?

—Solo diciéndoos que se encuentra en México, cosa que solo sus mas íntimos amigos podrán saber.

—Teneis razon: entrad.

—Gracias á Dios—dijo el Indiano entrando y tomando asiento.

—¿Y bien?—dijo Paulita.

—Pues, Paulita, deseamos saber, esto es, Don Enrique y yo, la verdad de cuanto sepais acerca de todo lo que hizo vuestro marido para salvarle.

—Si Don Enrique os envia, no necesitais que yo os lo diga, que él lo sabe bien.

—Es verdad; pero hay cosas que ignora y desea y necesita saber.

—¿Cuáles son ellas?

—¿Quién envió á vuestro marido á salvarle?

—Yo.

—¿Vos?

—Sí, yo.

—¿Y cómo sabíais el riesgo que corria?

—¿Cómo lo sabia?...... ¿y cómo os llamais vos?

—¿Yo?

—Sí, vos, para saber á quién voy á confiarle este secreto.

—Yo me llamo Don Diego de Alvarez.

—¿Ese á quien llaman el Indiano?

—Sí, Paulita; ¿me conoceis?

—Os conozco, y por lo mismo nada os diré.

—¿Por qué?

—Claro; porque debeis ser enemigo de Don Enrique y no podeis venir de parte suya.

—¿Yo, enemigo de Don Enrique? ¿de dónde lo inferís?

—¡Oh! yo tengo muy buena memoria, y nunca olvido de que por causa vuestra iban á desterrar á Don Enrique.

—Eso ya pasó, y ahora somos muy buenos amigos.

—Lo dudo.

—¿Os convencereis si os traigo una carta de él?

—Entonces sí—dijo Paulita con alegría.

—¿Y me referireis todo?

—Todo, todo; pero ha de ser una carta escrita á mí.

—Voy por ella.

—Id, y sabreis cuanto querais.

—¿Vuestro marido estará aquí?

—¿Quereis que esté ó que no?

—Quisiera hablar á solas con vos.

—Bien; no estará aquí.

El Indiano volvió precipitadamente á su casa á traer la carta de Don Enrique para Paulita, y siempre pensando en el camino:

—Este es el hilo.

Paulita quedó sola, pero alegre.

—¡Dios mio!—decia—¡qué gusto! una carta suya y para mí, para mí; nunca he tenido semejante satisfaccion! ¿y voy á tener una carta de Don Enrique? ¿que me escriba á mí? me parece un sueño: ¡ojalá que vuelva pronto el Indiano!

Y á cada momento se ponia á escuchar por si oia los pasos de Don Diego que volvia.

Doña Ana habia esperado durante toda la mañana la llegada del Indiano, que segun lo que habian acordado, debia llevarla aquel mismo dia fuera de la ciudad.

La mañana pasó, y la impaciencia de Doña Ana fué sien-

do cada vez mayor: en la tarde no podia ya resistir; no solo no habia aparecido por allí Don Diego, pero no le habia enviado ni un recado. La jóven tenia ya preparado su equipaje, y estaba dispuesta para la marcha.

Mil encontradas ideas y á cual mas absurdas, se chocaban en la mente de Doña Ana para explicar aquella ausencia.

Unas veces creia que Don Diego la habia abandonado, que la olvidaba, perseguido por el recuerdo de Marina.

Otras pensaba que el Indiano habia reflexionado, y la creeria indigna de su amor, por todo lo que sabia de sus amores con Don Enrique y con Don Cristóbal de Estrada.

Otras, en fin, se figuraba que alguna desgracia le habia acontecido á Don Diego y le habia impedido acudir á aquella cita solemne.

En todo pensaba aquella desgraciada, menos en la verdadera causa de la falta del Indiano, porque no podia ni remotamente figurarse que Doña Marina estabe ya en México.

Por fin, llegó la noche, y Doña Ana no pudo ya contener su impaciencia; tomó su velo, se cubrió perfectamente para no ser conocida, y se dirigió á la casa de Don Diego para salir de aquella horrible duda.

Llegó allí precisamente en los momentos en que el Indiano habia salido y estaba en la casa de Paulita.

Doña Ana llamó á la puerta y preguntó por Don Diego de Alvarez.

—Su señoría no está en casa—contestó el portero.

—¿Volverá pronto?—preguntó Doña Ana.

—Lo ignoro.

—¿Podré subir á esperarle?

—Sí, señora.



Dª ANA.- pag. 534.

Doña Ana subió la escalera y se dirigió á una puerta en donde vió luz.

En aquellos tiempos no se usaban timbres ni campanas para anunciar á los que llegaban, y Doña Ana se acercó sin ser sentida hasta una de aquellas puertas; miró hácia dentro y retrocedió, como si un fantasma se hubiera levantado repentinamente delante de ella.

En un sitial, cerca de una mesa sobre la que ardian dos bujías de cera, cuya luz bañaba de lleno su rostro, estaba Doña Marina, teniendo en su regazo á su pequeña Leonor.

En aquella posicion Doña Ana pudo reconocerla inmediatamente, y por eso retrocedió aterrada.

En el primer momento de su asombro no supo qué hacer, y volvió á mirar; entonces cerca de Doña Marina descubrió á Don Enrique.

Esto le hizo comprender lo que pasaba; Don Enrique habia traido á Doña Marina, el Indiano la habia recibido, y Doña Ana estaba olvidada. Es decir, Don Enrique habia destruido de un golpe toda la felicidad de Doña Ana. Doña Ana volvia á quedar abandonada para siempre.

Reflexionó un momento, y comprendió que debia retirarse sin ser vista, y así comenzó á hacerlo, cuando sintió que álguien se acercaba por el lado de la escalera.

Afortunadamente para ella el corredor estaba oscuro, y pudo ocultarse detrás de unos tibores chinos que tenian unos grandes arbustos de naranjos.

El que llegaba era el Indiano, que pasó tan precipitadamente á su lado que no la vió.

Doña Ana procuró oir lo que decia; la puerta estaba abierta y el Indiano hablaba en voz alta.

—Don Enrique—dijo Don Diego—hacedme la gracia de escribir una carta para la persona que yo os diga.

—Con mucho gusto—contestó Don Enrique.

—Ahí teneis recado de escribir; yo os dictaré.

Hubo un rato de silencio, y luego dijo Don Enrique:

—Estoy dispuesto; decid:

Don Diego dictó la siguiente carta, de la que no perdió Doña Ana ni una palabra.

«PAULITA:

«Te ruego en nombre del cariño que te profeso, que refieras á Don Diego de Alvarez, amigo mio y portador de esta, todo cuanto sepas acerca de mi destierro por órden del virey, y de mi salvacion en aquella vez.

«El objeto de esta revelacion es reclamar los derechos que tengo al nombre y á la herencia de mi padre.

«Paulita, siempre te querrá

«ENRIQUE RUIZ DE MENDILUETA.»

—Perfectamente; cerradla, porque me voy en el acto á ver á Paulita que me espera.

—¿La encontrásteis?

—Fácilmente; vuestras señas fueron exactas: en el callejon que desemboca de la plazuela de los Estudiantes, la única casa.

Doña Ana no esperó mas; bajó apresuradamente la escalera, salió á la calle, y fué á sentarse en la oscuridad cerca de la casa cuyas señas acababa de adquirir.

—¡Oh! Don Enrique!—pensaba Doña Ana—tú me quitas de un golpe mi felicidad; pero yo te impediré lograr tus planes, á menos que consientas en casarte conmigo; hombre por hombre; me quitas un marido, debes darme otro, ó me vengaré cruelmente.

Poco despues de haber llegado allí, Doña Ana oyó los

pasos de Don Diego que se acercaba, le vió llamar á la casa de Paulita y entrar; despues se cerró la puerta por dentro.

—Ahora á observar—exclamó Doña Ana;—ya tengo yo el hilo de este negocio.

Y con mucha precaucion se acercó á la puerta, aplicó un ojo á la cerradura y despues el oido.

Paulita leia la carta de Don Enrique con una emocion que no podia disimular.

Despues, Doña Ana oyó que hablaba la jóven. Era que referia al Indiano toda la historia de la salvacion de Don Enrique, comenzando desde que el Jején le habia descubierto que iba por órden de Don Justo á sorprender á la escolta que lo custodiaba, para asesinarle.

—¡Ya tengo el hilo!—exclamó Doña Ana, y procuró no perder una palabra de lo que se hablaba en el interior.

XII.

Proyecto de alianza.

PAULITA refirió á Don Diego cuanto sabia, esto es, que el Jején debia asesinar á Don Enrique, y que á instancias de ella le habia salvado; que Don Justo le creia muerto, porque así se lo habia hecho creer el Jején, y que ese Don Justo vivia é iba precisamente á casarse con una jóven que estaba recien llegada á la Nueva España.

El Indiano comenzó á ver en esto algo de la verdad; pero no comprendia aún la verdadera causa de la persecucion de Don Justo contra Don Enrique; y así es que determinó ir en persona al siguiente dia á hablar con Don Justo, valiéndose de algun arbitrio para aclarar la verdad.

Doña Ana escuchó hasta el fin aquella conversacion, y luego, cuando conoció que Don Diego se retiraba, se deslizó en la oscuridad, y volvió á su casa con el corazon combatido por la ira, la envidia y los celos.

A la mañana siguiente, el virey recibió una carta anónima, concebida en estos términos:

«Señor:

«Uno de los piratas que han cometido tan espantosos crímenes en las islas y costas del Nuevo Mundo, está en México. Este hombre era uno de los principales y mas infames; vive en la casa de Don Diego de Alvarez: si V. E. quiere apoderarse de él para darle el condigno castigo, puede V. E. enviar á la justicia á esa casa y encontrarán al hombre.»

El virey leyó varias veces esta carta, y envió inmediatamente á buscar á Don Diego.

En el momento en que el Indiano salia para ir á visitar á Don Justo, llegó el recado del virey, y el Indiano, sin perder un momento, se encaminó á Palacio.

—Mal va vuestro negocio—dijo el virey.

—¿Por qué lo dice V. E.?—preguntó el Indiano.

—Leed—contestó el virey, entregándole el anónimo.

Don Diego leyó tambien varias veces aquel papel.

—Y bien, Don Diego, ¿qué os parece?—preguntó el virey.

—No alcanzo á comprender quién será el autor de esta denuncia.

—La letra parece de mujer.

—En efecto, señor; pero no me ocurre quién pueda ser ella.

—¿No me habíais dicho que una dama estaba en México que conocia este secreto?

—Sí, señor; pero esa dama ignora la presencia en esta ciudad de Don Enrique.

—¿Sabeis de otra mujer que lo sepa?

—¡Ah!—exclamó Don Diego, pensando en Paulita—ya me sospecho quién puede ser.

—¿Y quién?

—Una muchacha llamada Paulita, mujer de un llamado Jején, que fué el que batió á los soldados de S. E. la noche que desapareció Don Enrique.

—¿Cómo es eso?

—Sí, señor; es el principio de esa triste historia de Don Enrique, que aun no acabo de comprender, pero de la que tengo grandes noticias.

—¿Quereis referírmela?

—Aunque habia yo pensado callar á V. E. la parte que podia perjudicar al marido de Paulita, la accion que esta ha cometido denunciando á su protector, me liberta de mi compromiso de conciencia, y lo referiré todo, sin ocultar ni una palabra á V. E.

—Ya os escucho.

Don Diego tomó asiento al lado del virey, y le refirió cuanto habia escuchado la anterior noche de la boca de la jóven.

—¿Sabeis que es un malvado ese Don Justo?—dijo el virey cuando hubo acabado de escuchar aquella relacion.

—Sí, señor; ahora lo único que me resta, es saber el objeto que ese hombre llevaba al atacar así á Don Enrique de una manera tan encarnizada.

—¿Y cómo creeis saberlo?

—Hablando al mismo Don Justo.

—Nada os dirá.

—Es claro, señor, si le pregunto directamente; pero lo haré de manera que él no lo comprenda, y aseguro á V. E. que todo se sabrá.

—¿Y respecto de la persona que puso el anónimo?

—Prometo tambien averiguarlo, si V. E. me permite llevar ese.

—No hay inconveniente.

—Y será necesario, supuesto que ya se sabe todo, que V. E., usando de las facultades que tiene por nuestro soberano (Q. D. G.), dé un indulto pleno á Don Enrique, llegado que sea el momento.

—Estoy conforme.

—Entonces, con permiso de V. E.—dijo el Indiano guardándose el anónimo en el pecho—voy á continuar en mis investigaciones.

—Dios os guie.

El Indiano salió de Palacio, y vaciló entre ir directamente á visitar á Don Justo ó pasar por la casa de Paulita, cuya conducta le tenia horriblemente indignado.

Se decidió por este último extremo, y atravesando la plaza de las Escuelas ó de los Estudiantes, se internó en el callejon en que vivia el Jején.

La puerta de la casa estaba abierta, y Paulita, con un zagalejo encarnado, sin cotilla ni armador, con solo su camisa blanca como una nieve, y los hombros y el cuello descubiertos, se entregaba á sus tareas caseras cantando alegremente como un gorrion á la madrugada.

—Buenos dias, señor—dijo Paulita al ver al Indiano, y dirigiéndose á su encuentro.

—Buenos dias—contestó con sequedad Don Diego.

—¿Se ha adelantado algo en favor de Don Enrique?—continuó Paulita sin advertir la seriedad de Don Diego.

—Mas de lo que vos podeis suponer.

—¡Oh! qué gusto!

—Señora, ¿sabeis escribir?

—Un poco; ¿por qué quereis saberlo?

—Ya os lo diré: ¿me decíais anoche que le debíais á Don Enrique grandes favores?

—Sí, señor, de esos que jamás se olvidan.

—¿Y qué diríais de una persona que quisiera perder para siempre á su benefactor, y llevarle quizá hasta la horca?

—Diria yo que esa persona era ¡infame!

—Entonces, ¿cómo os habeis atrevido á escribir esta carta denunciando al virey la llegada de vuestro protector?

—¡Esta carta! ¡esta carta!—exclamó Paulita espantada y tomando el anónimo que le presentaba Don Diego—¡esta carta! ¡si yo no he escrito esto!

—Leed y contestadme; ¿es verdad que sois infame?

Paulita leyó con asombro aquel papel; una idea siniestra cruzó por su mente, que fué para ella mas que una sorpresa: Don Enrique, el hombre á quien ella amaba, habia sido pirata, y aquel pirata debia ser sin duda el amante misterioso de Julia.

—Contestad—decia el Indiano, furioso, tomando la alteracion que notaba en el rostro de la jóven, por una confesion de su delito;—confesad.

—¡Dios mio!—exclamaba Paulita sin atender al Indiano, él debe ser! él debe ser! ¡Dios mio! hasta hoy no sé lo que son celos.

—¿Qué estais diciendo? ¿de qué celos hablais?

—¿Y á vos, qué os importan mis secretos?—contestó furiosa la jóven;—¿por qué pretendeis saberlos?

—¿Por qué? porque esta carta ha perdido á Don Enrique, porque quizá le cueste la vida.

—¡La vida!—exclamó Paulita como fuera de sí—¡la vida! ¡pues que muera antes que ser de otra, porque no podria yo sufrir que fuera de otra, y yo misma le mataria!

—¡Desgraciada! ¿qué dices?

—¡Dejadme! ¡dejadme! no me hableis! no quiero hablar con vos!

Y Paulita, sin poder ya contenerse, tomó un manton y se lanzó á la calle.

Don Diego salió tambien y se encaminó á la casa de Don Justo.

En aquella casa el Indiano encontró un gran movimiento; pintores, albañiles, tapiceros, todos en actividad, y todos con ahinco trabajando por toda la casa.

—Los preparativos de la boda—pensó Don Diego, y se dirigió á uno de los lacayos.

—¿El señor Don Justo?

—En su aposento.

—Anunciadle á Don Diego de Alvarez.

El lacayo entró, y volvió á salir diciendo al Indiano:

—Que pase su señoría.

Don Justo recibió con muchas ceremonias á Don Diego.

—Ya esperaba yo vuestra visita.

—¿La esperábais?

—Sí tal; anoche recibí vuestra carta, y aunque era anónima, al oiros anunciar en mi casa, conocí que era vuestra. Miradla, aquí está.

Don Justo alargó al Indiano una carta.

El primer movimiento de Don Diego fué rechazar aquella carta protestando que no era suya; pero como un relámpago, le hirió la idea de que aquel anónimo podia tener relacion con el que habia recibido el virey; y en efecto, no hizo mas que fijarle la vista, y comprendió que la letra era de la misma mano. El anónimo decia:

«Señor Don Justo:

«Una persona de quien tal vez os habeis olvidado, pero á quien tratábais últimamente con motivo de un negocio de Don Enrique Ruiz de Mendilueta, os suplica la espereis

mañana antes del medio dia, en vuestra casa, para tratar de una alianza que desea formar con vos en este negocio, y que os puede convenir.»

—Ya veis como yo no necesito mucho para comprender —dijo Don Justo cuando el Indiano concluyó su lectura.

—En efecto—contestó el Indiano distraido.

—Pues hablemos, porque yo no puedo perder ya mucho tiempo; mañana es el dia fijado para mi boda, y ya vereis.......

—Yo venia......—dijo Don Diego, no sabiendo por dónde comenzar.

—Bien—continuó con fatuidad Don Justo—veníais á buscar mi alianza como yo busqué la vuestra; pero, amigo y señor, los tiempos han cambiado; entonces vivia Don Enrique, heredero del conde, y yo os necesitaba para deshacerme de él; hoy Don Enrique no existe, mañana vence el plazo señalado por el difunto conde para que el hijo de mi hermana, de quien soy tutor, entre en el goce de títulos y bienes del condado de Torre-Leal, por falta del hijo primogénito: ya podeis suponer que ahora no quiero hacer alianza con nadie porque para nada la necesito, y tanto mas, cuanto que recuerdo que vos me habeis arrojado de vuestra casa; conque así......

El Indiano se iba á lanzar sobre Don Justo al oir esta confesion y este insulto; pero un lacayo se presentó en este momento, y dijo á Don Justo en voz alta:

—Señor, la persona que puso á usía un anónimo anoche, desea ver á usía.

—¿Pues no fuísteis vos?—preguntó admirado Don Justo.

—No os he dicho yo tal cosa, ni yo venia á eso.

—Entonces, perdonadme; pero me equivoqué. ¿Quién es esa persona?

—Una mujer.

—Paulita—pensó Don Diego.

—Dile que no puedo recibir, que estoy ocupado.

—Me retiro—dijo precipitadamente el Indiano, deseando salir antes de que aquella persona se ausentase.

—¿Por qué?—preguntó Don Justo.

—Ya lo comprendereis.

Y tomando su sombrero salió sin detenerse.

En el momento de salir, percibió al lacayo que hablaba con la mujer que se habia hecho anunciar.

Don Diego conoció en el momento que no era Paulita; su aire, su trage, todo era diferente. La mujer aquella, venia enteramente cubierta con un velo negro y espeso; salió de la casa mostrando gran disgusto, y Don Diego se puso á seguirla.

Por el rumbo que llevaba, el Indiano comenzó á sospechar; pero cuando llegaron á la calle de Jesus María y la mujer llamó á la puerta de la casa de Doña Ana, el Indiano no tuvo ya duda ninguna.

La puerta se abrió, la mujer penetró á la casa, y antes que hubieran vuelto á cerrar, Don Diego estaba tambien adentro.

Al ruido que hizo él al entrar, la dama, que se habia levantado el velo, volvió el rostro y lanzó una exclamacion.

El Indiano se precipitó sobre ella como un tigre, y la tomó de una mano.

—Mirad—dijo, mostrándole el anónimo que habia recibido el virey.

—¡Jesus!—exclamó Doña Ana, volviendo el rostro para no mirarle.

—¡Doña Ana!—exclamó el Indiano—¡sois una infame! habeis denunciado á Don Enrique con el virey; habeis pretendido formar alianza con Don Justo para perder á Don Enrique: sois una víbora venenosa, y os desprecio! Jamás digais que me habeis conocido! os detesto!

Y arrojando lejos de sí á Doña Ana, salió precipitadamente de la casa.

XIII.

La víspera de la boda.

PAULITA salió de su casa como una loca; jamás habia sabido lo que eran los celos: ella se conformaba con que Don Enrique no la amara; pero pensar que él amara á otra, esto era para ella un tormento espantoso.

Además, sabia que Julia amaba con delirio á ese pirata que ella en su instinto de mujer personificaba en Don Enrique; y la idea de que otra mujer estuviese apasionada de él, era el último golpe á su corazon.

Su primera intencion, al salir de su casa, fué dirigirse á la de Julia, hablarla, y descubrir si en efecto aquel pirata era el mismo Don Enrique.

Con este pensamiento comenzó á subir la escalera; pero repentinamente le ocurrió una idea.

Si Julia llegaba á saber que Don Enrique estaba en México, se negaria resueltamente á casarse, y entonces era mas fácil que se uniera con su amante: una vez casada Ju-

lia, Don Enrique, si la amaba, tendria que huir lejos de ella, y quién sabe.

Aquel matrimonio fué para Paulita una esperanza; determinó no hablar nada á Julia, y para evitar todo peligro, volvió á salirse de la casa.

En el momento de llegar al zaguan, Paulita vió á su marido, que en el fondo del patio hablaba con mucho calor con Pedro Juan de Borica: ¿de qué estarian tratando?

Paulita se fijó poco en ello, preocupada como estaba, y se volvió á su casa.

El Jején no pareció por allí en toda la tarde.

El Indiano sabia ya lo bastante para poder hablar con el virey, y creia haber descubierto el móvil de todas las acusaciones de Don Justo.

Nada dijo á Don Enrique, y en aquella noche fué á visitar al virey.

—Supongo—dijo el marqués de Mancera—que habreis ya adelantado mucho en vuestras pesquisas.

—Puedo ya dar á V. E. noticias de todo.

—Eso es mucho.

—Dios me ha favorecido mirando mi buena intencion, y daré cuenta á V. E. de cuanto he sabido, con lo cual V. E. puede dictar ya una medida muy acertada.

—Veamos.

—En primer lugar, diré á V. E. que la carta anónima es precisamente de la dama que sabia el secreto de Don Enrique, y á quien él habia salvado.

—Pero esa mujer es una infame.

—Así se lo he dicho.

—¿Ella os lo confesó?

—Casi; al menos no se atrevió á negarlo.

—Por esa parte sabeis lo bastante; y respecto al Don Justo, ¿qué hay?

—Don Justo me ha dejado entender en su conversacion esto: el conde de Torre-Leal tenia un hijo de su primer matrimonio que debia heredar título y bienes; el conde contrajo segundas nupcias con la hermana de Don Justo, y de aquel enlace resultó un niño que no podia heredar sino á falta de Don Enrique; el interés de Don Justo estaba, pues, en que el mayorazgo desapareciese completamente, para que heredando el condado el hijo de su hermana, él fuese nombrado tutor del niño y administrador de los bienes.

—¡Qué negra trama!

—Sin duda su plan fué conseguir á fuerza de calumnias una órden de destierro contra Don Enrique, y contratar gente para que saliera en el camino y le asesinasen; consiguió la órden, aprestó la gente, y la fortuna fué que en vez de asesinarle aquellos hombres, respetaron su vida; y hé aquí por qué el desgraciado jóven tuvo que huir á tierras lejanas, que vivir de cazador, y luego que agregarse con los piratas.

—¡Historia bien triste! ¡diabólico plan!

—Al que yo contribuí sin querer, señor, porque yo confieso á V. E. que solo buscaba un modo de tener un duelo á muerte con Don Enrique, haciendo que la justicia estuviese de mi parte, para que si yo salia vencedor, no ser perseguido.

—Y yo tambien contribuí por haber dado oido á las calumnias de ese hombre.

—Felizmente tiene V. E. en su mano el medio de reparar esa desgracia.

—Y lo haré.

—Mañana, señor, va á casarse Don Justo, y mañana

cumple el plazo señalado por el difunto conde para que Don Enrique pierda el derecho al título y herencia, si no se presenta.

—Viviendo él, este plazo de nada importaria; pero será muy hermoso que se presente en el mismo dia á reclamar su lugar entre los condes de Torre-Leal.

—¡Oh! seria una cosa sorprendente.

—Pues lo haremos; ya vereis. ¿En dónde está Don Enrique?

—En mi casa, señor.

—Venid con él á las doce de esta noche; ya habré firmado el indulto, y desde ese momento quedará libre para reclamar su herencia.

—¡Oh! V. E. va á hacer la felicidad de Don Enrique.

—Bien, á las doce os espero.

Don Diego salió radiante de felicidad; pero queria para saborear mas el placer de hacer un bien, preparar á Don Enrique una sorpresa, y por lo mismo cuidó de no decirle nada absolutamente, y solo le suplicó que á las doce de la noche estuviese listo para acompañarle.

Don Enrique no preguntó adónde; dieron las doce, Don Diego tomó su sombrero y su capa, se ciñó su espada, y dijo á Don Enrique, que le habia imitado:

—Tened la bondad de seguirme.

Y mudo é indiferente Don Enrique, le siguió sin vacilar hasta la puerta de Palacio.

Penetraron en aquel grande y triste edificio que servia de habitacion á los vireyes de Nueva España; atravesaron grandes patios y largos corredores oscuros, en donde solo de cuando en cuando se divisaba algun triste farolillo, á cuya escasa luz hacia centinela un alabardero, y escuchan-

do solo el eco de sus pisadas, que resonaban pavorosamente, llegaron hasta la habitacion de su excelencia.

Habia allí algo de mas movimiento; se veian luces en los aposentos, y esclavas y lacayos cruzaban por allí; se escuchaban voces y risas y conversaciones.

Parecia que allí se habia refugiado la vida del antiguo palacio de Mocteuzoma.

El virey esperaba á Don Diego y á Don Enrique.

— Excelentísimo señor—dijo el Indiano—aquí tiene V. E. el jóven conde de Torre-Leal.

—Bien venido seais, jóven caballero—dijo el virey;—sentaos y departid conmigo un rato, que muchas cosas quiero saber y os quiero decir.

—Estoy á las órdenes de V. E.

—Ante todo, ¿sabeis ya que mañana espira el término que vuestro padre, que de Dios goce, fijó para que su título y bienes pasasen por falta vuestra á la cabeza de su segundo hijo?

—Señor, ignoraba yo completamente esa resolucion.

—¿Tanto así habeis abandonado vuestros derechos?

—Señor, proscrito por órden de V. E., sin esperanza de volver á la Nueva España, con la seguridad de ser ajusticiado si llegaban á encontrarme, porque pesaba sobre mí el ataque de las fuerzas del rey, en el que ciertamente no habia tomado parte, estaba ya resignado á pasar una existencia triste y oscura, viviendo en un país desconocido.

—Don Enrique—contestó el virey—todo eso ha pasado, yo he tenido mucha parte en vuestras desgracias, y quiero tenerla en vuestra rehabilitacion: en nombre de su majestad os entrego el indulto que necesitais por el tiempo que anduvísteis en compañía de los piratas.

—Gracias, señor.

—Ahora, estais expedito para reclamar vuestro título y los bienes que os pertenecen por la muerte de vuestro padre. El hombre que os usurpa estos bienes, es el mismo que os calumnió.

Don Enrique dirigió una mirada como interrogando á Don Diego; el virey la comprendió.

—Ese hombre—continuó—se llama Don Justo.

—¿Don Justo?

—Sí, el hermano de la segunda mujer de vuestro padre; mañana mismo os presentareis delante de él, como una evocacion, en momentos muy solemnes, quizá al acabar de celebrarse la ceremonia de su matrimonio.

—¿Se casa?—exclamó Don Enrique, olvidando que la política ceremoniosa de aquellos tiempos prohibia dirigir preguntas al virey.

—Sí, y Don Diego os referirá con quién.

—Con una hermosa jóven—dijo Don Diego—que está recien venida á esta ciudad: ignoro el nombre de su padre, y solo sé que estaban radicados en la isla Española, que ella es francesa de orígen, y que se llama Julia.

—¡Julia!—exclamó Don Enrique, olvidándose de que estaba en presencia del virey—¡Julia! ¡Dios mio! ¡esto es imposible!

—¿Cómo?—preguntó el virey—¿conoceis á esa jóven?

—¡Oh! sí, señor; perdone V. E. que quizá me haya atrevido á hablar demasiado alto; pero esa jóven, señor, es la mujer con quien yo pensaba unirme tan pronto como me encontrara libre, pobre ó rico, noble ó desconocido.

—¿Y ella lo sabia? ¿sabia quién érais vos?

—No, señor, no conocia ni mi nombre; pero sabia que yo la amaba, que debiamos unirnos, y ella me juró tambien amor.

—Entonces, os ha olvidado.

—No lo creo; Julia es muy buena: aquí, señor, hay algun misterio que no alcanzo á comprender; pero Julia no puede unirse á otro por su voluntad.

—Entonces, será preciso impedir ese matrimonio—dijo Don Diego.

—¿Y cómo creeis eso posible?—preguntó el virey.

—Si esa jóven ama á Don Enrique, bastará que Don Enrique se presente para que ella se niegue á unirse con Don Justo, y lo demás, señor, es muy sencillo.

—Bien me parece; pero no debeis perder un momento: la noche avanza, y quizá muy temprano tendrá lugar la ceremonia.

—Pedimos entonces permiso á V. E. para retirarnos.

—Podeis hacerlo. Don Enrique, en este pergamino teneis vuestró completo indulto: venid á decirme cómo os vaya en vuestros negocios.

—Gracias, señor—contestó Don Enrique inclinándose respetuosamente delante del virey, y tomando el pergamino.

Los dos jóvenes salieron de palacio.

—Amigo mio—dijo Don Enrique—os debo mucho, mucho; pero aun hay necesidad de que no me abandoneis: yo necesito impedir esa union; si Julia llega á casarse con Don Justo, no sé lo que será de mí.

—Don Enrique, nada vale lo que por vos he hecho, porque os debo á mi vez honra y felicidad; disponed de mí á vuestra voluntad.

—¿Sabeis adónde vive Julia?

—Lo ignoro completamente.

—¿Quién podrá darnos noticia de esto?

—Solo conozco una persona que lo sepa.

—¿Quién?

—Esa jóven que se llama Paulita.

—¿Paulita?

—Sí, porque ella fué la que me contó que Don Justo se casaba.

—Entonces, vamos á buscarla.

—Vamos.

Don Enrique, con una agitacion febril, se dirigió á la casa de Paulita.

La puerta estaba cerrada; Don Enrique llamó, y nadie contestó.

Esperó un momento, y volvió á llamar, y redobló sus golpes, y nadie contestaba.

—Indudablemente no están en casa—dijo el Indiano.

—¿Pues qué haremos?

—Esperar; no hay otro remedio.

—¿Esperar, Don Diego? y el tiempo vuela: ¿y si no vuelven? ¿si amanece? ¿si no tenemos quien nos enseñe la casa de Julia, y se celebra el matrimonio?

—¿Pues qué pensais?

Don Enrique se puso á meditar, y luego exclamó tristemente:

—No queda mas recurso que esperar; quizá vuelvan.

—Esperaremos.

Los dos quedaron de pié delante de la puerta; Don Enrique devorado por la mas terrible ansiedad, y Don Diego triste y pensativo.

La mañana estaba cercana y nadie parecia, y Don Enrique estaba á punto de volverse loco, segun la impaciencia que manifestaba.

De repente se oyeron pasos en el callejon; era un hombre.

Los dos jóvenes se precipitaron á su encuentro; el que llegaba quiso huir; pero ellos se apoderaron de él.

—¡El Jején!—exclamó Don Enrique reconociéndole—¡estamos salvados!

—Yo soy, Don Enrique—dijo el Jején reponiéndose de la sorpresa.

—¿Adónde vive Julia?—preguntó Don Enrique—¿lo sabes?

—Sí, señor.

—Llévame para allá.

—Es imposible.

—¿Imposible? ¿por qué?

—Señor, la justicia me persigue, y necesito huir.

—Pues dínos la calle, su casa.

—¿Para qué, señor?

—Jején, necesito impedir el matrimonio de Julia, y para esto necesito verla esta noche.

—Bien; pero en ese caso estad tranquilo, porque ese matrimonio no se verificará.

—¡No se verificará! ¿cómo lo sabes?

—Porque la señorita Julia no está ya en su casa, ha huido esta noche.

—¿Ha huido?

—Mas bien dicho, yo me la he sacado de órden de Don Pedro Juan, que quiere tambien evitar la boda.

—¿Y en dónde está?

—Señor, como supe que me perseguia la justicia, la he dejado en poder de Paulita, en la calle del monasterio de Santo Domingo, en una casa que hace esquina; podeis buscarla y allí la encontrareis.

—Pero esa casa ¿de quién es?

—Preguntad si vive allí Don Pedro Juan de Borica.

—¿Suya es la casa?

—No; pero él la alquiló para esto; allí está Paulita.

—¡Desgraciado de tí si nos engañas!

—¡Lo juro por Dios!

—Vete. Y vos, Don Diego, ¿me acompañareis?

—Vamos.

Y los dos se dirigieron apresuradamente á la calle del monasterio de Santo Domingo.

XIV.

Un rapto.

Pedro Juan de Borica habia procurado en vano calmar su pasion, luchar contra ese torrente de amor que sentia en su pecho por la hija de la señora Magdalena, olvidarla y buscar la paz y la felicidad en el hogar doméstico.

Los primeros dias despues de las escenas violentas que tuvieron lugar entre la señora Magdalena y su hija, Pedro Juan se sintió tan profundamente disgustado, que creyó que habia llegado el momento de su curacion.

Se guardó de ver á Julia, de hablarla y hasta de preguntar por ella; pero la noticia de la boda de Don Justo vino de nuevo á encender la pasion del ex-desollador.

Pedro Juan sintió el fuego de los celos, pero de los celos sin derecho, sin razon, de celos que podian llamarse mas bien despecho.

Imposible le parecia que Julia fuese de otro; él se habia ya acostumbrado á vivir en su compañía, á verla, á

oirla hablar á todas horas, á decirle ternezas, que si bien ella escuchaba con desagrado, pero las escuchaba, y esto era para Pedro Juan un consuelo y una esperanza; quizá el dia menos pensado Julia se dulcificaria.

Pero verla en poder de otro, separada de él para siempre, esto era perder hasta la esperanza, y el ex–desollador no se conformaba con eso.

El momento de la boda se acercaba, y Pedro Juan, desesperado y ciego, determinó hacer un esfuerzo é impedir aquel matrimonio á toda costa.

Un rapto fué la primera idea que vino á su mente; un rapto que él comprendia que se iba á intentar contra la voluntad de Julia, y que no daria otro resultado que apartarla de su casa, porque le importaba esto; queria mas bien verla morir que presenciar aquel matrimonio.

Pedro Juan necesitaba de un cómplice para llevar á efecto su resolucion, y él conocia en México á muy pocas personas: púsose á meditar, y de las frecuentes visitas de Paulita le vino la idea de valerse del Jején.

No sabia Pedro Juan qué clase de hombre seria el Jején, pero se decidió á hablarle, y le envió á llamar la víspera de la boda de Julia.

—Supongo—le dijo el ex–desollador—que vos en estos momentos no teneis ocupacion lucrativa; ¿es verdad?

—En efecto—contestó el Jején;—las cosas andan muy mal en México, es mucha la pobreza; ojalá que su señoría me proporcionara algun *quehacer*.

—No me seria muy dificil; pero desearia saber de qué sois capaz.

El Jején, como todos los pillos, era malicioso, y comprendió que lo que deseaba Pedro Juan era oirle discurrir, para ver si debia ó no tener confianza, y así, contestó:

—Mire su señoría, yo soy capaz de hacer cuanto se me ordene y encargarme de cuanta empresa se me encargue, con tal que sea bien pagada y no tenga que ver con cosa de leer ni escribir, porque eso no lo entiendo.

—Arrojado debeis ser para decir semejante cosa.

—No hay hombre mas arrojado que el que se decide á ser arrojado, y ya verá su señoría, si me ocupa, cómo soy capaz de todo.

—¿De todo?

—De todo.

—Mucho decir es ese.

—Lo que se puede cumplir.

—¿Y si se tratase de atacar soldados del rey?

—No seria la primera vez, contestó con arrogancia el Jején.

Pedro Juan le miró con curiosidad, pero tambien con aire de duda.

—¿No lo cree su señoría?—preguntó amostazándose el Jején.

—Sí: ¿y serias capaz de ayudarme á sacar de su casa á una dama?

—¿De ayudar á su señoría no mas, ó de encargarme yo de sacarla?

—De una ó de otra cosa.

—Con diferencia no mas en el precio del servicio, estoy á las órdenes de su señoría.

—¿Y si es necesario usar de alguna astucia, de algun ardid?

—Yo le encontraria.

—Veo que confiais demasiado.

—En dificiles trances heme encontrado para temer ahora.

—Perfectamente; ¿es decir que cuento con vos?

—De todos modos.

—Bien, escuchad: la dama de que se trata es Julia, la jóven que estuvo en vuestra casa.

—Sí, señor—contestó Jején sin mostrar admiracion.

—Pero no contamos con su voluntad; de manera que es preciso sacarla de aquí con engaño ó por fuerza, y sin que lo advierta la señora Magdalena: ¿cómo pensais que debe hacerse?

El Jején permaneció un rato pensativo.

—El aposento que ocupa esa dama, ¿tiene balcon ó ventana para la calle?—preguntó al fin.

—Tiene un balcon.

—¿Y ella duerme sola?

—Sola.

—Bien: ¿podrá conseguir su señoría que se mezclen unos polvos que daré, al alimento que tome cerca de la hora de acostarse?

—Fácilmente; yo mismo los mezclaré en el vino que ella toma.

—¿Y podemos llegar á su aposento en la noche sin ser sentidos?

—Tambien, porque tiene una puerta que da al corredor, y aunque ella la cierra con llave, yo con la esperanza de entrar por allí alguna vez, me he proporcionado una llave igual.

—Entonces os respondo del éxito: óigame su señoría: esta noche vendré, trayendo unos polvos que daré á su señoría; con esos polvos ella se dormirá como si estuviese muerta; entonces su señoría irá por mí, que me habré quedado oculto en alguna parte, descolgamos á esa señora por el balcon, y su señoría me dirá adónde se la llevo.

—Tengo ya una casa preparada en la esquina de la calle de Santo Domingo.

—Bueno, todo está en corriente; voy por los polvos: ¿y cuánto me ofrece su señoría por este trabajo?

—Mil duros.

—Convenido; voyme.

—¿Esta noche venís?

—A las diez en punto.

El Jején se caló su sombrero, y se fué en busca de una semibruja de esas que abundaban en aquellos tiempos, á comprarle *polvos de no sentir*, que eran narcóticos mas ó menos eficaces, que aquellas mujeres vendian sin escrúpulo de ninguna clase, aunque sí á muy buen precio.

Aquella noche, á las diez, el Jején llamó al zaguan y preguntó por el señor Don Pedro Juan.

Como el ex-desollador esperaba con impaciencia, no se habia retirado del almacen, que estaba en los bajos de la casa, y salió luego al encuentro del Jején.

—¿Sois vos?—dijo en voz baja.

—Sí, señor.

—¿Adónde están los polvos?

—Tómelos su señoría—y Pedro Juan recibió un paquete que guardó cuidadosamente.

—Ahora venid conmigo—dijo.

El Jején le siguió; atravesaron el patio principal, y en el segundo llegaron á una escalera secreta, por donde subieron hasta un aposento, en el que habia una cama y algunas sillas.

Sobre una mesa ardia una bujía de sebo.

—Aquí teneis vuestro escondite—dijo Pedro Juan;—permaneced aquí encerrado por dentro; nadie os verá, y yo vendré por vos cuando sea tiempo: ¿quereis cenar algo?

—Doy las gracias á su señoría; no tengo apetito.

—Si quereis recostaros un poco, ahí teneis cama; pero no os vayais á dormir cuando yo llame.......

—No hay cuidado—contestó sonriéndose el Jején.

—Pues hasta mas ver.

Pedro Juan salió cerrando la puerta, y el Jején por dentro torció la llave.

Aquella noche, Pedro Juan cenó con la familia ocupando el centro de la mesa, y teniendo á su derecha á la señora Magdalena y á su izquierda á Julia.

Durante toda la cena, Pedro Juan mostró la mayor tranquilidad; Julia estaba preocupada y la señora Magdalena muy alegre.

—Esta será la última noche que pasará Julia á nuestro lado—dijo Pedro Juan á su mujer:—lo siento, pero estoy tranquilo por su suerte, porque creo que va á ser recibida en los brazos de un hombre que la ama, aunque Julia se haya mostrado indiferente á su cariño.

Estas palabras encerraban un doble sentido que solo el Jején, si hubiera estado presente, hubiera comprendido.

—En efecto—contestó la señora Magdalena—mañana será la boda, si Dios quiere.

—Yo—continuó Pedro Juan—para tomar la última sopa con Julia, he encontrado en la bodega un magnífico vino español, que sin duda por su orígen no será del agrado de mi Magdalena.

—Te engañas—contestó la señora Magdalena sonriéndose;—dos cosas me agradan de España......

—Los vinos—agregó Pedro Juan—y......

—Mi marido—dijo con zalamería la señora Magdalena.

—Pues el marido va por los vinos—exclamó alegremente el ex-desollador levantándose de su asiento y saliendo del comedor.

En aquellos momentos la señora Magdalena era muy feliz.

Se acercó un poco á Julia, y dándole un beso en la frente, le dijo conmovida:

—¿Lo ves, hija mia? me haces muy dichosa.

Julia besó tambien á su madre, y luego limpió furtivamente una lágrima que corria por sus mejillas.

¡Cuán cara le costaba aquella alegría!

Pedro Juan volvió con una botella destapada en la mano izquierda y una copa llena en la derecha.

—¡Soberbio está el vinillo!—exclamó;—os he faltado adelantándome á probarlo, pero no he tomado ni una copa: ¡la cortesía! ¡ha sido no mas la cortesía! Tomad, Julia, aquí está vuestra copa llena; dame la tuya para tomar yo en ella, Magdalena...... ahora toma la mia y te serviré...... perfectamente...... ahora los tres á beber por la dicha que espero para Julia.

Y los tres apuraron sus copas.

—En efecto, es magnífico—dijo la señora Magdalena;—¿qué te parece, hija mia?

—Muy bueno—contestó Julia reprimiendo un ligero movimiento de disgusto.

La cena continuó alegre, y la sobremesa se prolongó hasta que Julia levantándose de su asiento, dijo:

—Madre mia, me retiro.

—¿Estás enferma?

—No; pero siento mucho sueño. Buenas noches.

—Dios te bendiga.

Julia se retiró á su aposento.

—¿Qué, estará enferma?—dijo con interés Pedro Juan.

—No—contestó sonriéndose la señora Magdalena;—creo

que el vino estaba demasiado fuerte para su cabeza; y yo tambien necesito retirarme.

—Yo voy nada mas á arreglar unas cuentas, porque siempre será preciso dar á Julia algun dote; es honor nuestro.

—¡Qué bueno eres, Pedro Juan!—contestó la señora Magdalena;—vé y no te desveles mucho.

La señora Magdalena se retiró tambien, y Pedro Juan se bajó al almacen para hacer tiempo.

....

....

Julia entró á su aposento, sintiendo un desfallecimiento, un sueño, una cosa tan extraña y tan irresistible, pero al mismo tiempo tan agradable, que no cuidó ni de cerrar la puerta, ni pensó en desnudarse; se arrojó en su lecho vestida, comenzaron á cerrarse sus ojos, y por fin, se quedó dormida profundamente.

Algun tiempo despues la puerta se abrió cautelosamente, y dos hombres penetraron en el aposento, cerrando por dentro con la llave.

—¿No despertará?—dijo muy bajo Pedro Juan.

—Solo dándole á oler vinagre—contestó el Jején.

—¿Y ahora?

—Ahora, abrimos el balcon, por esta cuerda me bajo, y con la misma atais á esa dama y la descolgais como un fardo.

—Puede lastimarse.

—No; atadla con una sábana, y de la sábana asegurais la cuerda; el balcon está bajo y yo la recibo.

—Bien.

—¿Os espero abajo?

—No; llevadla adonde sabeis; yo iré allá mañana: es preciso disipar toda sospecha.

El Jején bajó por la cuerda, y poco despues el fornido Pedro Juan descolgaba, como si hubiera sido un fardo, á Julia insensible.

Jején la recibió entre sus brazos y echó á caminar con ella.

Pedro Juan quitó la cuerda y salió, cerrando por fuera la habitacion de Julia.

XV.

Las dos rivales.

El Jején condujo á Julia hasta la casa de la calle del monasterio de Santo Domingo: durante el camino, el viento fresco de la noche y el movimiento comenzaron á hacer volver en sí á la jóven, de manera que al llegar á la casa estaba completamente despierta.

Contra lo que esperaba el Jején, la casa estaba abierta, pero no encontró en ella mas que á una mujer encargada por Pedro Juan de cuidarla; pero Paulita aun no habia llegado.

El Jején, fatigado, depositó su carga en una pieza interior que estaba dispuesta ya para recibir á Julia.

La jóven se sentó en el lecho y miró espantada á su alrededor; tan extraño era todo aquello, que le parecia estar soñando. Por fin, sus miradas se fijaron en el Jején, y le reconoció.

—¿Qué es esto?—exclamó—¿en dónde estoy? ¿es vues-

tra casa? ¿he soñado que habia vuelto al lado de mi madre, que me iba á casar?

El Jején no contestaba.

—¡Por Dios! explicadme lo que me ha pasado—continuó Julia—porque siento que me vuelvo loca: ¿adónde está Paulita?

A esta pregunta él creyó que podia ya contestar.

—Pronto vendrá, señora, pronto vendrá.

—¿Pero yo he estado enferma? ¿he soñado? No puedo coordinar bien mis ideas, siento la cabeza muy pesada.

—Señora, aun no estais buena; creo que aun debeis dormir un poco mas mientras viene Paulita.

Julia no sabia cuál era la realidad; aunque habia despertado, el narcótico obraba aún sobre su cerebro; su voluntad de pensamiento no estaba aún expedita; pensaba, pero sin tener la energía suficiente para encaminar sus reflexiones al través de las peripecias de aquella noche.

Los acontecimientos del dia anterior los veia como al través de un sueño; pero estaban muy claros para ser solo un sueño, y muy confusos para ser una realidad.

Sentia la cabeza pesada y con un dolor vago que la abrumaba; creyó que habia tenido fiebre: no quiso fatigar su imaginacion, y con esa humildad infantil de los enfermos, exclamó:

—Decís bien; dormiré aún mientras viene Paulita; estoy muy débil.

Y reclinándose en el lecho, comenzó á hacer esfuerzos por dormirse nuevamente.

El Jején salió del aposento, y en la pieza siguiente encontró á Paulita que llegaba.

—Paulita—le dijo—¡cómo has tardado!

—¡Ay! ni sabes la mala noticia que traigo!

—¿Qué hay, pues?

—Que en el momento en que me disponia para venirme, han llegado á la casa soldados y gentes de justicia buscándote.

—¿A mí, Paulita? ¿y por qué?

—No sé qué decian de falta á las tropas del rey: yo les dije que no estabas en México; registraron la casa, y al fin se han ido prometiendo y jurando que te han de aprehender.

—Sabiendo que me buscan los desafio á que lo consigan.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Yo? pues primero ocultarme unos dias, y luego veremos.

—¿Y por qué querias que yo viniese?

—Para este negocio—contestó el Jején, señalando la pieza en que estaba Julia;—he ganado esta noche un buen pico con el que podemos vivir un año, si un año duro en el escondite.

—¿Pues qué hay?—exclamó Paulita queriendo entrar.

—Espérate, voy á decirte lo que hay y lo que debes hacer, porque en este momento me voy á esconder; ¿entiendes? con los alguaciles poco y bueno. Ahí está una muchacha que me saqué de su casa por encargo de un caballero, contra la voluntad de ella; pero le dimos *polvos de dormir*, y así me la traje; él vendrá mañana temprano; tú cuida de que no se vaya á salir y espera mañana al sugeto.

—¿Pero ella quién es y cómo se llama?

—A todos los conoces, y ya verás qué sorpresa llevas.

—Pero dime......

—El que mandó sacarme á la moza, es Don Pedro Juan de Borica, el marido de la señora tu conocida.

—¿Y ella quién es?

—Ya la verás; ya me voy: mañana en la noche te buscaré en casa, y si no estás, vendré aquí: me voy, que no quiero tener que ver con los golillas.

El Jején salió apresuradamente, y Paulita entró á ver quién era la jóven.

Julia estaba acostada y tenia el rostro vuelto hácia la pared; Paulita se acercó á ella, y como el aposento estaba bastante iluminado, la conoció al momento.

—¡Julia!—exclamó Paulita.

—¿Paulita?—contestó Julia incorporándose.

—Julia, ¿cómo es esto? ¿qué haceis aquí tan tranquila?

—Eso es lo que yo no comprendo; ¿pues qué no estoy aún en vuestra casa?

—No, Julia.

—¿Pues en dónde estoy? ¿qué casa es esta? ¿cómo he venido aquí?

—Yo no sé de quién es esta casa; pero habeis venido aquí para un delito que yo no permitiré que se consuma, aunque mi mismo marido tenga parte en él.

—¿Cómo? ¿qué decís? explicaos.

—Julia, anoche os han dado á beber unos polvos que os han hecho dormir un sueño como la muerte, y aprovechándose de vuestra situacion, os han sacado de vuestra casa para traeros aquí.

—¿Pero quién, Paulita?

—Don Pedro Juan, el marido de vuestra madre.

—¡Dios mio! ¡qué infamia! ¿y por qué?

—Vos debeis comprender, porque él está enamorado de vos, y así impide vuestro matrimonio y os tiene en su mano.

—¡Infame! infame! pero yo no consentiré: yo quiero que me lleveis inmediatamente á mi casa, porque quiero casarme mañana, porque creo que es el único medio de libertar-

me de las persecuciones de ese mónstruo; casada yo, perderia para siempre su esperanza.

Paulita pensó en aquel momento en Don Enrique; casada Julia, tambien él perderia para siempre su esperanza, y aquel pensamiento la iluminó en lo que le convenia hacer.

—Decís bien—exclamó;—volvereis á vuestra casa: levantaos, y yo os conduciré.

Julia se levantó vacilando.

—Animo—dijo Paulita;—mañana á esta hora estareis unida para siempre á Don Justo.

Entonces Julia fué la que pensó en Don Enrique, ó mas bien dicho, en Brazo-de-acero, que era el nombre con que le conocia.

—Paulita—dijo—es inmenso ese sacrificio; voy á separarme para siempre del hombre que amo, voy á olvidarle sin que él me haya dado motivo alguno para semejante ingratitud: Paulita, si mañana ese hombre se presentara delante de mí, yo me moriria de vergüenza y de dolor, porque ese hombre no solo me ama, sino que salvó mi vida y mi honor: ¿y paga con una ingratitud un corazon bien formado?

Estas palabras hicieron estremecer á Paulita; eran un reproche por lo que ella meditaba; le pareció que oia la voz de sus padres que le decian «ingrata,» y no pudo contenerse; Paulita estaba formada para el bien.

—Oid—exclamó repentinamente;—¿ese pirata de que me habeis hablado era mexicano?

—Sí; ¿pero á qué viene esa pregunta?

—¿Y era en su país noble y rico?

—El dijo á mi madre que era rico y noble como un monarca.

—¡Dios mio! Julia, creo que ese hombre ha llegado á México!

—¿Qué decís?—gritó Julia mirándola espantada.

—Sí, creo que está aquí....... y que es nada menos que el mismo Don Enrique Ruiz de Mendilueta, de quien os he hablado.

—Misericordia, Dios mio! ¿el hombre de quien estais apasionada?

—El mismo.

—Paulita, Dios no lo permitirá, porque seria yo capaz de aborreceros.

—Julia, ¿y creeis que no tenga yo tambien razon de odiaros cuando vos me arrebatais al hombre que amé antes de que os conociera?

—Pero vos prescindísteis de su amor casándoos con otro.

—Porque yo no podia aspirar á la gloria de ser suya.

—Entonces debísteis de sacrificarle vuestra vida y adorarle siempre y no ser de otro.

—Julia, ¿y vos no vais á casaros ya?

—Por salvar la felicidad de mi madre; pero harto desgraciada soy.

—Y yo tambien, y yo tambien.

Las dos quedaron en profundo silencio; en aquellos dos corazones luchaban los celos, la desconfianza, el odio, el amor.

Cada una de aquellas dos mujeres no sabia qué hacer con la otra.

Julia admiraba la generosidad de Paulita al haberle dicho que su amante estaba en México.

Paulita pensaba que con esto hacia un servicio á Don Enrique.

De repente preguntó Paulita:

—¿Qué pensais hacer?

Julia, sin contestar, la miró con desconfianza.

—Respondedme, Julia, porque vos no comprendeis todavía lo que soy capaz de hacer.

Julia tomó estas palabras como una amenaza, y contestó irguiéndose y con un tono como de desafio:

—Y bien, ¿qué sois capaz de hacer?

—Julia—contestó Paulita pálida y con la voz trémula; —Julia, soy capaz de todo lo bueno y de todo lo malo; en este momento Dios me tenga de su mano.

Julia se sonrió con altivez.

—¡Oh! por la salud de vuestra madre os suplico que no os burleis de mí; me siento capaz de mataros, porque me ahogan los celos, ó de matarme yo por no estorbar la dicha de Don Enrique y por no presenciarla.

—Haced lo que mejor os plazca.

Paulita, pálida y con el rostro desencajado como el de una loca, sacó de debajo de su cotilla un puñal que brilló con un resplandor siniestro. Julia dió un grito.

—Paulita se detuvo, y como si se hubiera efectuado un cambio rápido en su alma, lanzó el puñal lejos de sí y tomó convulsivamente á Julia de una mano, exclamando:

—¡Seguidme!

—¿Y adónde?—preguntó Julia.

—Os he dicho que soy capaz de todo lo bueno y de todo lo malo; en un momento de furor pensé en mataros; ahora voy á llevaros á la casa de Don Enrique á entregaros á él.

—Una dama como yo—dijo con altivez Julia—no va jamás á la casa de un hombre con quien tiene amores, y menos á la mitad de la noche.

—¿Es decir que vos que le amais desconfiais de él? ¿le

creeis capaz de faltar á una dama? ¡Oh! vos no le amais ó no le conoceis! Don Enrique es todo un caballero, y tan pura quedaria á su lado vuestra honra, como al lado de vuestra misma madre: Julia, vos no comprendeis la grandeza de su alma, no sois digna de amarle; yo le debo mi honra porque él la ha respetado, porque yo se la hubiera sacrificado contenta, ¿lo oís? porque yo sí le amo como merece, porque para mí no habia consideraciones sociales, ni altivez de dama, ni miramientos de honor, nada, nada; por él, todo, hasta la muerte; por él, todo, hasta mi honra.

—¡Paulita! me atormentais con ese amor!

—Que vos no comprendeis: mirad qué amor tan grande será, que sacrifico á ese amor su amor mismo, porque ya lo veis, no vacilo en llevaros á su misma presencia.

—Paulita, sois muy generosa.

—¿Me seguireis?

—¡Vamos!—exclamó Julia, sintiendo desaparecer su timidez ante aquella salvaje energía.

Y las dos salieron de la casa.

De repente, Julia se detuvo y dijo con vacilacion á Paulita:

—¿Y si no es él?

Paulita entonces vaciló á su vez.

—¿Y si no es él?—repitió.

—Sí; ¿quién nos asegura que sea el mismo? ¿sé yo acaso cómo se llama el hombre de quien os he hablado? ¿sabeis vos cómo se llamaba entre los cazadores el hombre de quien me hablais?

—En efecto, teneis razon; seria hasta ridículo que os presentárais con un hombre desconocido: ¿qué pensaria entonces Don Enrique de vos y de mí?

—Paulita, acompañadme á mi casa.

—Vamos.

Pocos momentos despues, en la casa de la señora Magdalena se oian terribles golpes dados en la puerta de la calle.

El primero que los escuchó fué Pedro Juan, que no habia podido dormir por la agitacion de lo que acababa de pasar.

El ex-desollador pensó que aquello tenia relacion con lo que habia hecho en la noche; quiso ser el primero en informarse, saltó de la cama y bajó á abrir antes que el portero pudiera hacerlo.

—¿Y qué direis á vuestra madre?—preguntó Paulita á Julia;—¿le descubrireis el crímen de su marido?

—Dios me iluminará para no darle este golpe.

La puerta se abrió en este momento, y Julia se entró diciendo á Paulita:

—Hasta mañana.

—Adios—contestó Paulita.

Pedro Juan habia bajado á abrir trayendo un candil, y Julia le reconoció inmediatamente.

—¡Sois un infame!—exclamó la jóven.

—¡Por Dios! no me descubrais!—contestó temblando Pedro Juan.

—No soy capaz de matar á mi madre; contadle que otra persona llamó; ¿nadie sabe que estaba fuera?

—Nadie.

—Pues cuidad vos de que no lo sepa.

Y Julia subió ligeramente la escalera y se dirigió á su cuarto; pero estaba cerrado.

La señora Magdalena salió de su aposento preguntando:

—¿Qué pasa?

—No lo sé, madre mia—contestó Julia;—yo tambien salí á ver qué pasaba.

—¿Aun estás vestida?

—Rezaba yo, madre mia.

Pedro Juan subia en estos momentos.

—¿Qué fué?—le preguntó la señora Magdalena.

—Una mujer borracha que se empeñaba en entrar.

—¿Se ha ido?

—Sí.

—Pues voyme á mi cama—y la señora Magdalena se retiró.

—¿La llave de aquí?—dijo Julia.

—Aquí está—contestó Pedro Juan entregándosela.

Julia entró á su aposento y se encerró por dentro.

XVI.

El rastro perdido.

EL Indiano y Don Enrique se dirigieron á la casa que les habia indicado el Jején, en busca de Julia; pero cuando llegaron á ella, Julia y Paulita habian partido, y la mujer que cuidaba de la casa no pudo darles noticia del rumbo que habian tomado.

La mañana avanzaba rápidamente, y comenzaron á dibujarse sobre un cielo pálido las cúpulas y los campanarios de las iglesias; comenzaban á escucharse las campanas que llamaban á la primera misa, y algunas personas andaban ya en la calle.

—¿Qué haremos? preguntó Don Enrique al Indiano.

—Verdaderamente no sé qué debamos hacer; es ya de dia, y no sé adonde puedan haberse llevado á Julia.

—Al Jején es casi imposible encontrarle.

—Y es seguro que Paulita no volverá á su casa; entretanto, el tiempo vuela.

—Afortunadamente la boda no puede verificarse por el rapto de Julia.

—Es verdad; pero quién sabe qué será de ella.

—Me ocurre una idea.

—Decid.

—¿Recordais á Doña Ana?

—Sí.

—Esa mujer, no sé por qué razon, se ha declarado enemiga vuestra, y como es capaz de todo, me temo que esté mezclada en esta intriga.

—¿Creeis?

—¡Oh! sí lo creo; ¿quereis que vayamos á su casa?

—Si vos lo juzgais conveniente......

—Es la única parte en que me espero tener alguna noticia.

—Pues vamos.

Embozáronse los dos y se encaminaron á la casa de Doña Ana.

Era ya dia claro cuando llegaron á ella; D. Diego llamó, y pocos momentos despues se abrió la puerta.

Los dos amigos penetraron á la casa sin ceremonia.

—¿Buscan sus señorías á mi ama?—preguntó la esclava que habia salido á abrir.

—Sí—contestó D. Diego.

—Pues mi ama no está en casa.

—¡Cómo! ¿no está?

—No señores; ha salido antes de amanecer.

—¿Iria quizá á misa?

—No, señor, porque tomó por el centro de la ciudad.

Don Enrique y D. Diego se miraron, y en aquella mirada se pintaba el desaliento.

—¿Quiere decir que estamos perdidos? preguntó D. Enrique.

—Aun no—contestó D. Diego despues de reflexionar un poco;—hagamos el último esfuerzo: vamos á la casa de D. Justo; Doña Ana estaba en proyectos de alianza con ese hombre, y quizá el rapto haya sido una cosa dispuesta para atraerle......

—Pero ¿con qué motivo?

—No lo alcanzo; pero los proyectos de las gentes malas son tan difíciles de comprender, que aun despues de descubiertos, no se sabe el motivo que los impulsó á obrar.

—Pues vamos á la casa de Don Justo.

Y los dos, animados por una nueva esperanza, emprendieron el camino de la casa de Don Justo.

Llegaron allá, y la casa presentaba un triste aspecto de soledad; no se escuchaba en ella ruido de ninguna clase; ni lacayos, ni esclavos, ni palafreneros, nadie aparecia por el ancho y desierto patio; solo un portero de birrete tomaba sol sentado en un taburete.

—¿El señor Don Justo?—preguntó Don Enrique.

El viejo alzó el rostro como admirado de semejante pregunta.

—Supongo que sus señorías no son amigos de mi amo.

—¿Por qué?

—Porque ignoran que hoy es el dia en que mi amo se casa, y que quizá en este momento se estará verificando la ceremonia: yo no pude asistir por estas reumas que hace diez años, desde el tiempo del señor virey, que en paz descanse......

—Bien; ¿pero Don Justo se fué á su boda?

—Bonito mi amo para no haber ido! que es puntual su

merced como un reloj; yo le conozco mucho; hace como treinta años que le sirvo; aun no se casaba la niña Gualupita con el señor conde, que en paz descanse, y que la verdad yo apenas conocí al señor conde, porque su excelencia no venia acá, y yo por estas reumas......

—¿Decís que se estará ya celebrando la ceremonia?

—Con el favor de Dios sí, porque mi amo temprano se levantó, como que estaba su merced con el alboroto, que dicen que la muchacha es mas bonita que un doblon de á ocho y mas limpia que tacita de China.

—¿Pero la novia estaba ya dispuesta?

—Por supuesto, que temprano mandó mi amo preguntar á la casa de la novia que si ya podia ir; por señas de que fué Colás, un mulatico como una pólvora, que lo quiere mucho mi amo, porque van á ver sus señorías lo que le pasó.

—¿Y qué le contestaron?

—¿A quién?

—A Don Justo de la casa de la novia.

—Allá vamos, que no soy arcabuz; con tiento y no mueran de ansia sus mercedes, que poco á poco se anda lejos: vamos á qué fué el mulatico Colás con recado del amo á preguntar á la casa de la novia si ya estaba dispuesta, para que mi amo se fuera para ser dichoso; y el Colás es como la jonda de Pilatos, como que yo lo eduqué y lo crié, como si dijeran sus señorías mis mesmos pechos.

Don Enrique y Don Diego morian de impaciencia por saber qué habian contestado de la casa de Julia; pero comprendieron que interrumpir al viejo era prolongar mas su charla y le dejaron hablar.

—El amo llamó á Colás, que hoy tiene una librea que parece un veinticuatro de Sevilla, y le dijo: «Colás, te po-

nes en un vuelo en la casa de mi señora Doña Magdalena, que así se llama la madre de la novia, y me dicen que es de allá de donde fué la guerra del turco; ¿cómo se llama?

—Lepanto—contestó el Indiano furioso.

—Sea por Dios, que de por allá será: y le dijo el amo á Colás: pregúntale á esa señora si ya podré ir á la casa y si ya está todo dispuesto.......

—¿Y qué vino á decir Colás?—preguntó Don Enrique.

—Pues el muchacho, que es listo, ¡saz! corre que te corre, y en un decir Jesus ya estaba de vuelta; casualmente el amo estaba aquí delante, por mas señas que tiene una ropilla color de violeta, y Colás le dijo: «Que dice la señora Magdalena que cómo está usía, que besa á usía sus manos, que es usía su amo y señor, que por allá está ya todo dispuesto, y nada mas á usía se espera para el matrimonio, y que...... pero calle, ¡qué demonio de hombres! ¿pues no se van, dejándome como quien dice, la palabra en la boca?......

En efecto, Don Enrique y el Indiano no hicieron mas que oir la contestacion que habian dado en la casa de Julia, cuando mirándose entre sí, dieron la vuelta y salieron de la casa de Don Justo.

—Este es un misterio que no alcanzo á comprender—dijo Don Enrique.

—Yo menos—contestó el Indiano:—si Julia no estaba anoche en la casa de su familia, ¿cómo es que hoy en la mañana ya está dispuesta para la ceremonia?

—Quizá no sea ella la que se salió de su casa.

—Puede haber en esto un error; y lo peor es que quizá en este momento se esté celebrando el matrimonio y lleguemos demasiado tarde.

—Apretemos el paso.

Y los dos comenzaron á caminar con la mayor rapidez hasta llegar á la casa de Julia.

Allí creian encontrar gran movimiento, carrozas, pajes, lacayos, pero no habia nada de esto; la casa estaba cerrada, solo en un poztigo abierto del zaguan se veia á una mujer que mostraba ser una criada.

—Señora—la preguntó Don Diego—¿ya ha pasado la ceremonia?

—No sé, señor—contestó la criada.

—¿No sabeis? ¿pero no sois de la casa?

—Sí, señor; pero el matrimonio, si de eso me quereis hablar, no es ahora aquí en la casa.

—¿Pues en dónde?

—En casa de la señora condesa viuda de Torre-Leal, que es la madrina.

—¿Y ya se han ido para allá?

—Sí, señores; el novio iba en el coche con la señorita Julia y la señora grande y el amo.

—¿Y qué tiempo hace que se han ido?

—Media hora; puede que si usías se van para allá alcancen aunque sea la velacion, porque el casamiento ya ha de haber pasado.

—Volemos, aun puede ser tiempo—dijo el Indiano.

Y dando el ejemplo, echó á andar con mucha velocidad.

Don Enrique le seguia cabizbajo. En aquel momento, cuando su intencion era la de dirigirse á la casa de su padre, donde él habia nacido, donde habia pasado los primeros años de su vida, donde habia llegado á la juventud, entonces sintió que todos sus recuerdos llegaban como en tropel, y pensó en su padre anciano, que habia muerto sin el consuelo de ver á su hijo, pensó en las desgracias que

habian caido sobre su cabeza, y como era natural, pensó tambien en el Indiano, que era culpable de casi todos aquellos acontecimientos.

Y sin embargo, el generoso comportamiento de Don Diego vino como un rocío benéfico á tranquilizar el corazon de Don Enrique......

Y adelantándose un poco, llegó hasta el Indiano y enlazó su brazo.

XVII.

Hija y madre.

Doña Ana conoció que estaba perdida; el Indiano habia descubierto, sin saber ella cómo, la carta anónima que habia escrito al marqués de Mancera denunciando á Don Enrique como pirata: además de esto, Doña Marina estaba ya en México; Doña Ana, pues, habia perdido la esperanza de ser la esposa ó la dama de Don Diego.

Entonces pensó en vengarse, en perder á Don Enrique y á Don Diego, á toda costa, á todo riesgo.

En aquel corazon voluble é impresionable, los afectos y las pasiones cambiaban á cada momento, pero siempre vehementes, siempre intensos, como en esas playas de arena movediza, cada ola que viene deja al retirarse una nueva forma en aquella arena, que parece ser duradera, y que sin embargo, al llegar una nueva ola, cambia enteramente.

Doña Ana meditó toda la noche, y antes de que amaneciera el siguiente dia, se atavió ricamente, se envolvió en

un grueso manto, se cubrió el rostro con un tupido velo, y salió á la calle en busca de Don Justo.

Cuando llegó á la casa de éste, á pesar de que apenas lucia la mañana, todos estaban ya en pié, y se observaba una grande animacion.

Doña Ana atravesó en medio de la servidumbre sin detenerse, procurando tomar el aire de una persona de gran confianza en la casa, para que nadie la interrogase.

Subió la escalera, y llegando al corredor se encontró casualmente con Don Justo, que salia de uno de los aposentos.

Doña Ana le dirigió inmediatamente la palabra.

—Caballero—le dijo—quisiera hablar con vos un momento.

Don Justo vaciló para contestar, y quizá se hubiera negado á escucharla; pero alcanzó á ver la rica basquiña de Doña Ana, y descubrió una mano fina y bella y un pié pequeño y cubierto con un calzado de seda bordado de oro, y entonces le pareció que aquella solicitud era de escucharse.

Si las mujeres conocieran sus intereses y comprendieran que la hermosura adivinada vale mas que la conocida, y que el misterio vuelve bellas hasta á las que no lo son, sin duda que la primera de sus modas seria la del antifaz, y no se hubieran acabado aquellas encantadoras aventuras de las *tapadas* de los dichosos y romancescos tiempos de Felipe II.

Pero ahora, una mujer vista á toda luz, de un golpe, en medio de una calle, puede gustarnos, pero no nos interesa, porque el corazon, por mas que prediquen los apóstoles del materialismo, busca siempre lo misterioso y lo novelesco.

Quizá debajo de un velo se oculte el rostro de una fea, y ella tenga el sentimiento de ver huir al galan que la ha per-

seguido, tan luego como la conozca; pero en cambio, ni ese tiempo hubiera gozado de sus homenajes si él la hubiera vistó desde el primer momento como se ven hoy á todas las mujeres.

Don Justo, que era hombre, sintió todo esto, y hubiera jurado que la mujer que tenia delante de sí, era una dama bella y principal.

—Señora—contestó—si el negocio de que quereis hablarme es importante, y mas que todo corto, tendré mucho placer en oiros.

—Ya juzgareis—contestó Doña Ana.

—Entonces hacedme la gracia de pasar.

Don Justo guió á Doña Ana á una de las estancias de la casa, que estaba soberbiamente puesta.

Doña Ana se sentó en un sitial y dijo á Don Justo:

—¿Estamos enteramente solos?

—Sí, señora.

—¿Teneis la bondad de cerrar?

Don Justo cerró la puerta, pensando adónde irian á parar tantas precauciones.

—Don Justo, ¿me conoceis?—dijo Doña Ana levantándose el velo.

Don Justo retrocedió, exclamando:

—¡Doña Ana!

—Veo que no os olvidais de vuestros amigos.

—¡Oh! imposible!—contestó Don Justo, á quien Doña Ana le pareció mas hermosa que nunca, y que á pesar de estar tan cerca del matrimonio, no le disgustó aquel encuentro:—¡imposible, Doña Ana! estais mas bella! pero quien os ha visto una sola vez, no puede olvidaros nunca.

—Dejad de galanterías, que vais á casaros, y escuchadme.

—Hablad.

—Ayer estuve aquí y no conseguí veros.

—¡Qué lo siento!

—Os buscaba para deciros que está en México Don Enrique Ruiz de Mendilueta.

Don Justo dió un salto en su asiento como si le hubiera caido del techo un escorpion.

—Don Enrique?—exclamó—estais soñando? si ha muerto.

—Os engañais; Don Enrique vive, está aquí y yo le he visto.

—¿Le habeis visto?

—Sí.

—¿Es decir que vino con vos?

—No, no es decir eso; es decir que os cuideis, porque Don Enrique está aquí y reclamará el título y la herencia de su padre.

—Entonces soy perdido—dijo con profundo desaliento Don Justo.

—Tal vez no.

—¿Qué decís?

—Digo que quizá habrá un medio para impedir esa pérdida que vos creeis tan segura.

—¿Pues qué haceis que no me dais ese medio?

—Necesito que hagamos antes un contrato; todo tiene en este mundo su precio y sus condiciones.

—Decidme las vuestras: ¿qué quereis? oro? yo os daré......

—No vengo á venderos mi secreto......

—¿En tal caso?

—Yo quiero vengarme de Don Enrique y de Don Diego de Alvarez.

—¿Y de qué manera?

—Eso os toca pensarlo á vos y ayudarme en mis proyectos; no exijo mas.

—Pero no me ocurre de pronto.

—Meditadlo; un medio seguro, aunque sea tardío.

—Os lo prometo.

—Jurádmelo.

—Por Dios, por su Madre Santísima y por todos los santos del cielo, ¡os lo juro!—dijo con solemnidad Don Justo, haciendo con la mano derecha la señal de la cruz y llevándosela á sus labios.

—Bien; ahora oid el medio que tengo para libertaros de Don Enrique, y que puede tambien servir para mi venganza.

—Os escucho.

—Conozco un terrible secreto de la vida de Don Enrique, que puede servir no solo para impedirle reclamar la herencia de su padre, sino hasta para llevarle al patíbulo.

—¿Y qué secreto es ese?

—¿Sabeis lo que ha sido Don Enrique en el tiempo que ha faltado de la Nueva España?

—No.

—Pirata.

—¡Ave María Purísima!—exclamó Don Justo con espanto.

—Sí, pirata, pirata; yo le ví en el asalto y saco de Portobelo: él acompañaba al feroz Morgan; él era el jefe de confianza entre aquellos excomulgados; él ha enriquecido con el botin de las ciudades y pueblos de S. M.; él ha manchado el honor de cien familias nobles; él ha incendiado los templos y las casas: ¿creeis que un hombre así pueda ser conde de Torre-Leal? ¿y creeis que os salvo revelándoos este secreto?

—Sí, sí; ¿y sereis capaz de declarar esto ante la justicia?

—Y ante el rey mismo si es necesario.

—Entonces yo os enviaré á buscar cuando llegue el caso......

—No, es preciso que desde hoy me tomeis bajo vuestra proteccion, ó no diré nada, porque me harán matar: Don Enrique conoce mi casa, sabe que poseo ese secreto, comprende que estoy aislada en el mundo, y antes de que pueda yo declarar contra él, me hará morir, estoy segura de ello.

—Quizá teneis razon.

—Yo soy el único obstáculo que encuentra en su camino, y me hará desaparecer.

—Me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Hoy debe celebrarse mi matrimonio en la casa de mi hermana Guadalupe, la condesa viuda de Torre-Leal, que debe ser la madrina; allí pasaremos el dia y hasta la noche no volveremos á esta casa: os llevaré á la de mi hermana, y despues vendreis á vivir aquí; ¿os parece bien?

—Sí.

—¿Mi hermana os conoce?

—No creo que me conozca.

—Entonces es mejor; venid.

—¿Qué quereis que haga yo?—preguntó Doña Ana.

—Os dejaré en la casa de la condesa, allí esperareis, y tan pronto como se presente ese hombre, le echareis en cara su conducta, le acusareis de que fué vuestro raptor.

—Pero eso no es cierto.

—Es verdad; ¿pero hay quien pueda decir lo contrario?

—No.

—Entonces estais segura de que por mas que procure desmentiros, no lo alcanzará á lograr.

—Comprendo.

—Pues seguidme, que el tiempo vuela.

Don Justo ofreció la mano á Doña Ana y la llevó hasta el estribo de una carroza, que tirada por dos soberbias mulas les esperaba al pié de la escalera.

Don Justo y Doña Ana montaron, la carroza partió ligeramente, y atravesando al trote de las mulas varias calles de la ciudad, llegó á detenerse delante de la espléndida morada de los condes de Torre-Leal.

En aquella casa habia tambien grande animacion; se conocia desde luego que todos se preparaban para una fiesta.

Don Justo atravesó en medio de la servidumbre que llenaba los patios, llevando á Doña Ana, que iba cubierta cuidadosamente con su velo.

Los lacayos y los palafreneros saludaban humildemente, figurándose en su interior que aquella tal vez seria la novia.

La pareja subió las escaleras y entró á uno de los aposentos que estaba solo.

—Juliana—dijo Don Justo á una esclava—dí á la señora condesa que necesito hablarla; ¿está sola?

—No, señor, está con una señora.

—Bien; llámala.

Un momento despues se abrió una puerta, y se presentó la condesa viuda de Torre-Leal.

Era una mujer de media edad, extraordinariamente pálida, pero que revelaba dulzura y bondad en todas sus facciones y en todas sus palabras.

Vestia un rico trage de terciopelo negro, adornado de encajes negros tambien, y su tocado estaba formado de cintas de terciopelo y de encajes negros, sujetos entre sí por una magnífica joya de brillantes.

Llevaba unos largos pendientes, un ancho collar y un peto de brillantes.

—Buenos dias, Guadalupe, madrina—dijo con una sonrisa de orgullo Don Justo;—¿cómo has amanecido?

—Algo mejor—contestó la condesa inclinando ligeramente la cabeza á Doña Ana, que tambien se habia puesto de pié.

—Guadalupe, vengo á suplicarte que des hospitalidad por el dia de hoy siquiera á esta dama.

—Con mucho gusto—contestó la condesa.

—Es una persona á quien tú y yo debemos un especial favor, del que te hablaré.

—¿Un especial favor?

—Sí, ya lo sabrás. Descubríos, señora—dijo Don Justo dirigiéndose á Doña Ana;—estareis mejor.

Doña Ana se descubrió, haciendo una caravana á la condesa, que contestó con dulzura, diciéndole:

—Señora, tengo mucho gusto en poderos ofrecer mi casa y cuanto valgo, bastándome saber que mi hermano os recomienda.

—Gracias, señora condesa—contestó Doña Ana.

—Quisiera—agregó Don Justo—que la hicieras entrar, porque tengo que hablarle; ¿hay inconveniente en que pase á las otras piezas?

—Ninguno, tanto mas cuanto que servirá para acompañar á una amiga mia que está ahí esperando la hora de la ceremonia.

—Perfectamente.

—Juliana—dijo la condesa á la esclava que esperaba en la puerta.

—Mi ama—contestó la esclava.

—Lleva á esta dama á la sala; y vos, señora, consideraos desde este momento como en vuestra casa.

—Señora condesa, por vuestra mucha bondad.

Doña Ana se levantó y siguió á la esclava, que la condujo al través de varias habitaciones hasta la sala de la casa, que estaba preparada para recibir á las personas que debian de asistir al casamiento de Don Justo.

Doña Ana se habia quitado el velo y marchaba distraida examinando los muebles y las tapicerías de las habitaciones que iba atravesando.

Al llegar á la sala, advirtió que una mujer anciana, pero vestida con elegancia, estaba sentada en el estrado.

La jóven se dirigió á ella para saludarla, la anciana volvió el rostro, y las dos lanzaron á un mismo tiempo un grito.

—¡Ana!—exclamó la anciana.

—¡Mi madre!—gritó Doña Ana.

Y despues de un momento de vacilacion, se arrojaron llorando la una en brazos de la otra.

La esclava que habia conducido á Doña Ana se detuvo con admiracion, y luego, comprendiendo sin duda que nada tenia que hacer allí, y figurándose que era una escena preparada de antemano por la condesa, se salió, dejando entregadas á sus emociones á la madre y á la hija.

Entretanto, la condesa y Don Justo habian comenzado una conversacion muy animada.

XVIII.

Hermano y hermana.

—Justo—decia Doña Guadalupe—yo no aprobé jamás esos planes que tú formaste para deshacerte de Don Enrique.

—Yo pensaba en tu hijo, que es mi sobrino; esas riquezas y ese título suyas son.

—¡Oh! no hay que engañarse, Justo, no son suyos; es una usurpacion la que vamos á hacer, y Dios nos lo tomará en cuenta.

—Eres demasiado escrupulosa para ser madre......

—No, por el contrario, esos escrúpulos, como tú los llamas, son precisamente los que debo tener; soy madre, hermano mio, pero soy cristiana; amo á mi hijo, pero le amo demasiado para querer que enriquezca á costa de un crímen; las riquezas mal adquiridas son una maldicion para el que las posee......

—Todas esas son razones de predicador, Guadalupe, que

no me harán variar ni en un ápice del camino que me he trazado para alcanzar la felicidad de tu hijo; ademas, soy su tutor y tengo la precisa obligacion de cuidar de su porvenir.

—Pero es con perjuicio de su conciencia......

—¿De su conciencia? Y ¿qué conciencia puede tener de lo que está pasando ese niño? La mia será la que responda de eso, y yo estoy muy tranquilo respecto á conciencia: ojalá que así lo estuviera por lo que toca á Don Enrique!

—¿Es decir que no estás seguro de su muerte?

—Seguro...... no mucho...... Esta dama que he traido me dice que vive y que está en México.

—¡Vive! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡gracias!—exclamó con una verdadera alegría Doña Guadalupe.

—¿Cómo es eso?—dijo Don Justo;—¿te alegras de que ese hombre viva, cuando de un momento á otro puede presentarse y arrebatar á tu hijo su fortuna y su porvenir?

—Justo, el porvenir y la fortuna de mi hijo están seguros con lo que el conde nos señaló á mí y á él, sin necesidad de usurpar á nadie lo suyo: no, me alegro, me alegro de que Don Enrique viva, porque mi corazon no podia soportar la idea de que mi pobre hijo cargara, aunque inocente, con la sangre de su hermano. Ese título, esas riquezas estaban manchadas con la sangre de Don Enrique, y mi hijo hubiera sido muy desgraciado con poseerlas: Dios no quiere á los que por medios reprobados se hacen poderosos.

—¿Y si Don Enrique se presentara, tú serias capaz de entregarle todo, todo, con perjuicio de tu propio hijo?

—Sí, Justo, sí; y no seria un perjuicio, sino un honor y una buena accion, que Dios premiaria á mi hijo.

—Vamos, Guadalupe, estás loca, loca de atar: ¿conque tú serias capaz de todo eso?

—Sí, una y mil veces.

—Afortunadamente yo vivo y estoy aquí para impedirlo, y lo impediré mal que te pese; ¿lo oyes? yo soy el tutor de ese niño, y no he de permitir que con tus escrúpulos le hagas perder esa herencia, que es suya porque es de su padre y porque se la ha sabido ganar.

—¡Justo, por Dios!

—No, Guadalupe, te prevengo que me dejes obrar; Don Enrique se presentará, estoy seguro; pero te prevengo otra vez que no me interrumpas en mis operaciones: Don Enrique se presentará; pero ¡pobre de él! yo le confundiré y huirá avergonzado, ó sucumbirá.

—Pero esa es una accion infame; es el hermano de mi hijo.

—Bien; dejemos eso para otro dia, que se hace tarde, y voy á traer á Julia y á su familia para la ceremonia. Ya veremos. Adios: te recomiendo á la dama......

Don Justo se levantó sin esperar respuesta y salió de la estancia.

Doña Guadalupe inclinó la cabeza y quedó pensativa un largo rato; por fin, levantándose tambien de su asiento, exclamó con resolucion:

—¡No, una y mil veces! mi hijo no es pobre; pero aunque lo fuera, no quiero para él riqueza ni títulos adquiridos por medio de la infamia: no, yo hablaré á esa dama que ha traido mi hermano...... y veremos........................

....

....

La señora Magdalena, que no habia podido volver á reconciliar el sueño despues que oyó llamar al zaguan; se le-

vantó muy temprano y se dirigió á la habitacion de Julia.

La jóven estaba aún despierta y vestida; rezaba, lloraba y meditaba.

¿Seria ese jóven de quien le habia hablado Paulita, el mismo Antonio Brazo-de-acero? Si era él, ¿cómo iba Julia á casarse con Don Justo? si no era, ¿qué razon habia para negarse á esa boda, cuando tal vez el cazador la habia olvidado para siempre? En este caso, iba á sacrificar el reposo de la señora Magdalena á una quimera.

Estos pensamientos luchaban en el cerebro de Julia y destrozaban su corazon; aquella incertidumbre era peor para ella que la mas terrible realidad.

Rezaba pidiendo á Dios que la iluminara, que le diera la resolucion que habia perdido en su última conversacion con Paulita.

De repente oyó llamar á su puerta; era la señora Magdalena: habia llegado para Julia la suprema hora.

—Hija mia, ¿no te has acostado?—dijo la señora Magdalena.

—No, madre mia—contestó Julia.

—¿Pues qué hacias?

—Pedir á Dios valor y resignacion.

—¡Julia!

—No hagais caso de lo que digo, madre mia......

—Bien; vamos á que te vistas, porque Don Justo no debe tardar.

Julia no contestó; la señora Magdalena llamó á las camaristas, y comenzóse la operacion de vestir á Julia su trage de boda.

Habian pasado para la jóven tantas cosas durante aquella noche, que ella sentia que comenzaba á extraviarse su razon y á confundirse sus ideas.

Habia comenzado la noche y ella estaba tranquila en su casa y resignada en su sacrificio, considerando como imposible volver á ver á Brazo-de-acero. Despues, sin saber cómo, se encontró en una casa extraña en poder de Paulita, y aquella Paulita no era la jóven dulce y caritativa que conocia; era una especie de fiera que queria matarla, y entonces otro mundo se abria ante sus ojos, y Brazo-de-acero tomaba el nombre de Don Enrique, y se le anunciaba por medio de Paulita, que aparecia como su rival.

Repentinamente la generosidad brotaba en el corazon de aquella mujer del pueblo, que la volvia á traer á su casa, y como si todo no hubiera sido mas de un sueño, entraba en su aposento sin que su misma madre hubiera percibido su ausencia, y rayaba apenas la aurora cuando ya la vestian el trage de boda.

Todo aquello era para trastornar el cerebro mejor organizado, y Julia se encontró ricamente ataviada, casi sin comprender lo que le pasaba. Instintivamente obedecia y dejaba que hiciesen con ella cuanto mejor les pareciese.

Llegó Don Justo, y la señora Magdalena le esperaba ya, tambien vestida con su trage de ceremonia, y Pedro Juan de Borica, lujosamente puesto, no se hizo esperar mucho tiempo.

El ex-desollador estaba pálido y tenia los ojos inyectados. Llegó con desconfianza; pero cuando vió la sonrisa amable de su mujer, conoció que Julia habia guardado el secreto y se animó.

Los cuatro montaron en una carroza que los condujo á la casa de Doña Guadalupe.

La condesa salió á recibirlas y las hizo entrar á uno de los salones mientras llegaba el sacerdote que debia dar la bendicion á los novios en el oratorio de su misma casa.

Doña Ana se habia retirado al interior de la casa, para no ser vista y poder hablar libremente con su madre.

Doña Ana le contó cuanto le habia pasado.

—¿Conque quiere decir, hija mia, que has sido tú el jugete de Don Enrique y del Indiano?

—¿Qué queríais que hiciese, madre mia?—contestó Doña Ana;—sin amparo, sin apoyo de ninguna clase, me he visto despreciada de Don Enrique, primero, y despues de Don Diego: muerto Don Cristóbal de Estrada, me encontré sola, sola sobre el mundo, y en un país remoto; Don Diego me ofreció su proteccion, que no vacilé en aceptar, y él fué para mí tan generoso que llegué á amarle: si no me hubiera ofrecido su mano, si no me hubiera hecho consentir en llamarle mi esposo, quizá el golpe no hubiera sido para mí tan terrible; pero el mismo dia en que debiamos partir, ese mismo dia, señora, mi mala suerte, y mejor dicho, ese Don Enrique que ha sido la causa de todas mis desgracias, trajeron á México á Doña Marina, la mujer del Indiano, y todos mis planes vinieron por tierra. Quise vengarme y denuncié á Don Enrique con el virey; pero yo no sé cómo Don Diego lo supo, y he perdido ahora hasta su amistad.

—¿Y qué piensas hacer?

—Vengarme—contestó con una voz ronca Doña Ana—vengarme, perseguir á Don Enrique hasta obligarlo á pedir mi perdon y á unirse conmigo.

—Me parece imposible.

—Ya lo vereis; tengo armas terribles contra él.

—Dios te ilumine y te saque con bien.

—Me siento fuerte, madre mia, y no desmayaré.

En este momento entró la condesa.

—¿Vosotras no asistís á la ceremonia?—preguntó.

—Quisiera permanecer oculta—dijo Doña Ana—y quizá haya entre los concurrentes álguien que me conozca.

—Si quereis, os podré colocar en la sacristía, de manera que podais ver todo sin ser vista por nadie; conocereis á la novia, que es hermosa y viene ricamente vestida y con mucho gusto: ¿os parece bien?

—Sí, señora condesa; ¿ya es la hora?

—Todavía no; el padre está citado para las nueve y son apenas las ocho; yo tendré cuidado de daros aviso: entretanto, dispensadme si no os acompaño, porque tengo que cumplimentar á muchas personas.

—Señora condesa, sentiria yo causaros la menor molestia.

—Y supongo que ya que habeis tenido la dicha de encontrar á vuestra madre despues de tantos años de ausencia, tendreis muchas cosas que deciros.

—Muchas, señora condesa.

—Entonces os dejo en libertad.

—Como gusteis.

La condesa volvió á salir y Doña Ana quedó sola con su madre.

Entretanto, Julia era el objeto de todas las miradas y de todas las conversaciones.

Poco á poco la gran sala habia ido llenándose de convidados, que deseaban conocer á la novia; damas y caballeros de la nobleza principal de México, á quienes habia invitado la condesa para presenciar el matrimonio de su hermano.

XIX.

La boda.

Don Enrique y Don Diego llegaron á la casa de la condesa de Torre-Leal y comenzaron á rondar por allí, no sabiendo si entrar resueltamente ó valerse de algun ardid.

De repente, Don Enrique alcanzó á distinguir entre el grupo de lacayos que habia en la puerta, uno de los antiguos servidores de su casa, llamado Pablo.

—Me ocurre una idea—dijo á Don Diego.

—¿Cuál es?

—¿Mirais á aquel viejo que está cerca de la puerta?

—Sí le veo.

—Pues bien, ese es uno de los viejos criados de mi padre; puedo deciros que me ha criado: llamadle, fácilmente me reconocerá, y podrá valernos de mucho.

—¿Fiais en él?

—Sí; mas para proceder con cautela, bueno será explo-

rar antes su ánimo; llamadle, y no me daré á conocer hasta estar bien seguro de su adhesion.

El Indiano se apartó de Don Enrique y se llegó al viejo criado.

—Dispensadme, amigo—le dijo;—¿podríais hablar dos palabras con un caballero que os aguarda aquí á la vuelta de la casa?

—¿A mí?—dijo Pablo con desconfianza.

—Sí, á vos; creo que no teneis que temer, porque es de dia y no vamos muy lejos.

El viejo vaciló un poco, y luego dijo:

—Vamos.

El Indiano le condujo hasta donde estaba Don Enrique, que se habia calado el sombrero hasta las cejas y se habia embozado cuidadosamente.

—Aquí le teneis—dijo el Indiano.

—Para serviros—añadió el viejo, mirando cuidadosamente á Don Enrique de arriba á abajo.

—Si no me equivoco, vos sois Pablo, el antiguo servidor de la casa del conde de Torre-Leal.

—Para serviros—volvió á decir el viejo.

—¿Hoy tienen una fiesta en la casa de la condesa?—dijo Don Enrique.

—Sí, señor; se casa el hermano de mi señora.

—Y hoy tambien vence el plazo señalado para esperar á Don Enrique, el hijo mayor del conde; ¿es cierto?

—Así se dice entre la servidumbre—contestó con marcadas muestras de disgusto Pablo.

—Y vos, ¿conocísteis á Don Enrique?

—¿Que si le conocí?—exclamó Pablo queriendo casi llorar—¿que si le conocí? yo le traje en mis brazos cuando era niño; yo le queria como á mi hijo....... ¡Oh! Dios me lo per-

done! pero Don Enrique valia mas que todos esos que tienen ahora sus bienes y su herencia.

—¿Y qué fué de Don Enrique?

—Si yo supiera dónde anda, ¿creeis que no hubiera ido ya á buscarle?

—¿Y le conoceríais si llegárais á encontrarle?

—Al instante.

—¿Estais seguro?

—Como de que hay sol.

—¡Miradme entonces!—exclamó el jóven dejando caer el embozo que cubria su rostro.

El asombro, la ternura, el placer, se pintaron en el franco rostro del anciano, y despues de un momento de vacilacion, se arrojó sin ningun miramiento al cuello de Don Enrique, llorando y gritando:

—¡Niño!...... señorito!...... vos sois!...... ¡Ah! qué gusto! qué gusto!...... niño!...... qué gusto!......

—Vamos, viejo—decia Don Enrique enternecido tambien;—vamos, modera tu alegría, porque pueden pasar gentes que nos vean: óyeme, que tengo que hablarte mucho.

—¡Pero si no creo mi dicha!...... señorito!......—repetia el viejo.

—Bien; cálmate y escúchame, porque el tiempo vuela.

—¿Qué manda mi señor? de rodillas le serviré.

—Oyeme: necesito entrar á la casa sin que me vean, y permanecer en una pieza oculto hasta que me convenga presentarme.

—Eso es muy fácil, señorito; en vuestra antigua habitacion; ya os acordareis.

—Sí; ¿quién vive ahora allí?

—Nadie, señorito, nadie; vuestro padre mandó que permaneciera tal como vos la dejásteis, hasta el dia de hoy

que debe, ó mejor dicho, que debia pasar todo á nuevo dueño, y yo he tenido cuidado de ir todos los dias á limpiar los muebles, y los trages y las armas, como si vos estuviéseis presente.

--¡Qué bueno eres!

—De modo que si quereis en este momento vestiros vuestros magníficos trages, están listos; solo los caballos están ya viejos, como yo; pero eso sí, nadie los ha montado.

—Vamos—dijo Don Enrique, entusiasmado con aquella relacion.

Iré yo antes para abriros la puerta de la calle, con eso nadie os mira entrar.

—Está bien....... ¡Ah! ¿á qué horas será el casamiento?

—Hasta las nueve ha de venir el capellan.

—Pues anda, vé á abrir.

El viejo, con una ligereza impropia de su edad, llegó á la casa y corrió á abrir las puertas de la habitacion de Don Enrique.

Al acercarse el jóven á su antigua morada, su corazon latia con violencia y estaba pálido. El Indiano le seguia silencioso.

Pablo los esperaba en el zaguan.

Don Enrique y el Indiano entraron sin que nadie los mirase entrar.

Todas las habitaciones estaban en el mismo estado que cuando Don Enrique se separó; la mas exquisita delicadeza se notaba en el cuidado de cuanto allí habia.

Los muebles, las armas, los trages, todo habia sido respetado y cuidado.

Don Enrique sintió que su corazon se oprimia, y procuró distraerse.

—Estamos ya en la casa—dijo al Indiano;—ahora, ¿cómo pensais que debemos presentarnos?

—Me ocurre ir á dar parte al virey, y si él llevase su generosidad hasta venir á serviros de padrino en este lance......

—Lo creo imposible.

—No tanto; probaremos: el matrimonio no podrá verificarse hasta las nueve; entretanto puedo ir á palacio y hablar con su excelencia; ¿os parece?

—Con tal de que volvais antes de las nueve.

—Es seguro.

—Entonces estoy conforme.

—¡Ah! si no teneis inconveniente, os encargo que vistais el mejor y mas rico de todos vuestros trages.

—¿Y para qué?

—Tengo un proyecto, y desearia que me diéseis gusto en esto.

—Haré lo que me decís.

—Entonces vuelvo pronto; encargad que me abran cuando llame á la puerta.

—Descuidad, que Pablo no se separará ya de mí.

—Nunca, nunca—dijo el viejo con entusiasmo.

El Indiano salió, y Don Enrique comenzó á vestirse.

El Indiano se dirigió á palacio; el marqués de Mancera, conforme á su costumbre, estaba ya levantado.

En la antesala el Indiano encontró á Paulita.

—¡Paulita!—exclamó al verla—¿qué haceis aquí?

—Busco á su excelencia para pedirle el indulto de mi marido.

—¿Aun no le has hablado?

—No.

—Yo prometo ayudarte; ruégale á Dios que me saque

con bien de una empresa que tengo, y yo te prometo el indulto de tu marido.

—¡Dios lo haga!—contestó la jóven.

Don Diego entró á la habitacion del virey.

—¿Qué se hace?—dijo alegremente el marqués de Mancera á su ahijado.

—Señor, vuelvo á molestar la atencion de V. E. con el mismo negocio de siempre......

—¿Con Don Enrique?

—Sí, señor.

—¿Y cómo va eso?

—Señor, hemos avanzado mucho; la plaza enemiga está completamente sitiada, y nuestro ejército, es decir, Don Enrique, está ya dentro de la misma casa, aunque oculto.

—¡Oh! eso es soberbio!—dijo riéndose el virey.

—Pero dentro de dos horas cuando mas, debemos dar el asalto, porque he pensado que Don Enrique se presente en el momento de celebrarse el matrimonio.

—Eso es.

—Pero quisiéramos un favor tan grande de V. E., que casi no nos atrevemos ni á esperarlo.

—¿Y cuál es? porque ya sabeis que os he prometido ayudar á ese jóven hasta el último extremo.

—Señor, es una cosa como de comedia. Tengo el proyecto de que en el momento de celebrarse la boda se presente Don Enrique reclamando su título y su novia, y como es seguro que ni uno ni otro se pueden negar, él será el que se case en lugar de su enemigo, con todos los preparativos que el mismo Don Justo habia hecho para sí.

—Eso será muy gracioso.

—Y deseábamos que V. E. fuera el padrino de Don Enrique.

—Pero al verme entrar sin ser convidado, se alarmarán Don Justo y su familia, y ya no hay lugar á la sorpresa.

—Todo eso está prevenido, porque V. E. puede entrar á las habitaciones del nuevo conde de Torre-Leal sin ser visto, y entonces la escena será completa.......

El virey se levantó precipitadamente y se entró á la pieza contigua, dejando al Indiano sin comprender lo que iba á resultar de allí.

Pasaron así cosa de veinte minutos, despues de los cuales el marqués de Mancera volvió á salir.

Se habia vestido ricamente; en su cuello lucian las ricas insignias de algunas condecoraciones, y tenia un trage de ceremonia.

Llevaba en la mano derecha un gran sombrero negro con toquilla del mismo color, y en el brazo izquierdo una larga capa oscura.

—Estoy dispuesto, ahijado—exclamó alegremente;—ayudadme á poner la capa.

El Indiano tomó la capa y la colocó en los hombros del virey; éste se caló el sombrero y los dos salieron de la estancia.

—Creo—dijo el virey—que vamos á tener una escena bellísima; si la hubiéramos preparado con mucha anticipacion no hubiera salido mejor.

Pasaron por la antesala en donde esperaba Paulita.

—Señora—le dijo el virey—si quereis hablarme, volved mas tarde, que en este momento tengo un negocio importante.

Paulita se inclinó con respeto, y el Indiano, quedándose un poco atrás, le dijo á la jóven:

—Id á esperar á la casa de la condesa de Torre-Leal; pero guardad secreto de todo esto, y yo os respondo.

—Muy bien—contestó Paulita.

—¿Qué decíais á esa jóven?—preguntó el virey.

—Me tomé la libertad de decirle que dentro de dos horas yo le respondo del favor que solicita de V. E.

—¿Y qué favor es ese?

—Ya lo sabrá V. E. dentro de dos horas á lo mas, que lo habrá ya concedido.

—Mucho fiais.

—De la bondad de V. E. porque me es conocida.

El virey y el Indiano, embozados hasta los ojos, llegaron, sin ser conocidos de nadie, hasta la puerta de la casa de Don Enrique; llamaron, y el viejo Pablo, que esperaba, abrió al momento.

El Indiano condujo al virey hasta la estancia en que esperaba Don Enrique.

El jóven estaba ya en trage de corte, y al ver al virey se levantó y salió á su encuentro, haciendo ademan de besarle la mano.

El virey le tendió los brazos con benevolencia, diciéndole:

—Don Enrique, vais á ser mi ahijado, y quiero daros el abrazo de padre.

Y diciendo esto, le abrazó cariñosamente.

—Ahora bien—continuó el virey;—la hora se acerca, y yo necesito instruiros de cuanto debeis hacer: escuchadme con atencion y no olvideis ni una palabra.

—V. E. puede estar seguro de que nada olvidaré.

El virey tomó asiento é hizo sentar á su lado á Don Diego y á Don Enrique y comenzó á dar sus disposiciones.

....

....

Llenaban los nobles convidados el hermoso oratorio de la casa de la condesa de Torre-Leal.

Los novios habian entrado á la sacristía, de donde debian salir para celebrar el matrimonio.

En medio de aquel lucido concurso inquietaban algo á los concurrentes tres hombres que se hàbian colocado en uno de los ángulos de la capilla y cerca del altar.

Aquellos tres hombres permanecian embozados á pesar de estar dentro de la iglesia, y comenzaban á hacerse sospechosos, cuando aparecieron *los* novios y absorbieron toda su atencion.

Don Justo estaba radiante; Julia pálida y triste.

Comenzó la ceremonia y llegó el momento en que el sacerdote se dirigió á Julia.

—Julia de Lafon, ¿recibís por esposo y compañero al señor Don Justo Salinas de Salamanca y Baus?

La jóven vacilaba.

—No, contestó una voz enérgica desde uno de los ángulos.

Todos volvieron el rostro, y Julia lanzó un grito; uno de aquellos tres desconocidos tiró su capa y se adelantó al altar con gallardía.

—Yo soy el esposo de esta dama; yo, Don Enrique Ruiz de Mendilueta, conde de Torre-Leal.

Don Justo retrocedió como si hubiese visto un espectro.

Pero entonces, de la sacristía salió una mujer diciendo:

—Tú no puedes ser su esposo, ni conde de Torre-Leal, porque tú eres un pirata, y yo te he visto con ellos.

Era Doña Ana; entonces Don Enrique palideció y volvió el rostro como buscando amparo.

Otro de los embozados tiró su capa y se adelantó hasta colocai e al lado de Don Enrique, y dijo majestuosamente:

—Y yo, Don Antonio Sebastian de Toledo, marqués de Mancera y virey de esta Nueva España por la gracia del rey nuestro señor, digo que esa mujer miente, y que el no-

En medio de aquel lucido concurso inquietaban algo á los concurrentes tres hombres que se habian colocado en uno de los ángulos de la capilla y cerca del altar.

Aquellos tres hombres permanecian embozados á pesar de estar dentro de la iglesia, y comenzaban á hacerse sospechosos, cuando aparecieron los novios y absorbieron toda su atencion.

Don Justo estaba radiante; Julia pálida y triste.

Comenzó la ceremonia y llegó el momento en que el sacerdote se dirigió á Julia.

—Julia de Lafon, ¿recibís por esposo y compañero al señor Don Justo Salinas de Salamanca y Baus?

La jóven vacilaba.

—No, contestó una voz enérgica desde uno de los ángulos.

Todos volvieron el rostro, y Julia lanzó un grito; uno de aquellos tres desconocidos tiró su capa y se adelantó al altar con gallardía.

—Yo soy el esposo de esta dama; yo, Don Enrique Ruiz de Mendilueta, conde de Torre-Leal.

Don Justo retrocedió como si hubiese visto un espectro.

Pero entonces, de la sacristía salió una mujer diciendo:

—Tú no puedes ser su esposo, ni conde de Torre-Leal, porque tú eres un pirata, y yo te he visto con ellos.

Era Doña Ana; entonces Don Enrique palideció y volvió el rostro como buscando amparo.

Otro de los embozados tiró su capa y se adelantó hasta colocarse al lado de Don Enrique, y dijo majestuosamente:

—Y yo, Don Antonio Sebastian de Toledo, marqués de Mancera y virey de esta Nueva España por la gracia del rey nuestro señor, digo que esa mujer miente, y que el no-

ble conde de Torre-Leal ha ido por mi órden y en servicio de S. M. ha vivido entre los piratas.

Todos estaban asombrados.

—Conde, dijo el virey—dad la mano á vuestra esposa; yo seré el padrino, y mi señora la condesa la madrina.

—Con mucho gusto, contestó Doña Guadalupe.

—En cuanto á vos, Don Justo, mañana dispondreis vuestro viaje para Filipinas.

—¿Y mi esposo?—dijo Paulita, que habia penetrado hasta cerca del virey,—el que atacó á la tropa por salvar á Don Enrique.

—Está indultado —contestó el virey;—puede continuar la ceremonia.

....

....

Al dia siguiente Don Justo salia desterrado para Filipinas, y Doña Ana entraba para siempre á un convento.

FIN.

ble conde de Torre-Leal ha ido por mi órden y en servicio de S. M. ha vivido entre los piratas.

Todos estaban asombrados.

—Conde, dijo el virey—dad la mano á vuestra esposa; yo seré el padrino, y mi señora la condesa la madrina.

—Con mucho gusto, contestó Doña Guadalupe.

—En cuanto á vos, Don Justo, mañana dispondreis vuestro viaje para Filipinas.

—¿Y mi esposo?—dijo Paulita, que habia penetrado hasta cerca del virey,—el que atacó á la tropa por salvar á Don Enrique.

—Está indultado —contestó el virey;—puede continuar la ceremonia.

....

....

Al dia siguiente Don Justo salia desterrado para Filipinas, y Doña Ana entraba para siempre á un convento.

FIN.

